



CLIVE CUSSLER

y DIRK CUSSLER

EL TESORO DEL KHAN

Lectulandia

Una serie de sismos en zonas petroleras en Rusia, China y el Golfo Pérsico han sembrado el caos sobre el mercado energético mundial. Detrás de los siniestros está Borjin, un mongol multimillonario con delirios de grandeza que ha desarrollado una tecnología capaz de generar terremotos. Su meta: adquirir el dominio sobre Mongolia Exterior. Borjin no solo tiene acceso a una bolsa de petróleo suficiente para satisfacer la demanda de China, sino también a la riqueza del tesoro de Genghis Khan. Ahora planea un nuevo cataclismo en Alaska, y el intrépido Pitt debe detenerlo y, al mismo tiempo, salvar el sarcófago del emperador mongol.

Lectulandia

Clive Cussler & Dirk Cussler

El tesoro del Khan

Dirk Pitt - 19

ePub r1.0

TaliZorah 30.10.13

Título original: *Treasure of Khan*
Clive Cussler & Dirk Cussler, 2006
Traducción: Fernando Garí Puig
Ilustraciones: John Wells

Primer editor: Alicantino79
Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Kerry, con mi amor.

PRÓLOGO

LA TEMPESTAD DEL EMPERADOR

10 de agosto de 1281. Bahía de Hakata, Japón.

Arik Temur oteó la oscuridad y ladeó la cabeza hacia la borda mientras el sonido de los remos hundiéndose en el agua se hacía más fuerte. Cuando el chapoteo sonó apenas a unos metros, se sumergió en las sombras y agachó la cabeza. Esta vez, pensó con siniestra expectación, los intrusos recibirían una calurosa bienvenida a bordo.

El ruido de los remos cesó, pero el entrechocar de la madera le dijo que el pequeño bote se había detenido junto a la popa del gran navío. La luna de medianoche no era más que un fino arco creciente; sin embargo, el límpido cielo aumentaba la claridad de las estrellas y bañaba el barco en una algodonosa luminosidad. Temur permaneció arrodillado y en silencio mientras observaba la oscura figura que trepaba por la popa, seguida por otra y otra más, hasta que hubo una docena de hombres en cubierta. Los intrusos vestían túnicas de seda multicolor bajo armaduras compuestas de varias capas de cuero que crujían al moverse; no obstante, lo que captó la atención de Temur fue el brillo de sus espadas de combate, los afilados catanes.

Con la trampa dispuesta y el anzuelo mordido, el comandante mongol se volvió hacia el muchacho que se hallaba junto a él y asintió. Inmediatamente, el chico empezó a hacer sonar la gran campana de bronce que sostenía entre sus brazos. El metálico repiqueteo hizo añicos la quietud de la noche.

Los intrusos, sorprendidos por la repentina alarma, se quedaron petrificados. Entonces, un ejército de treinta soldados surgió bruscamente de entre las sombras y, armados con lanzas de afiladas puntas de hierro, se lanzaron contra los invasores arrojándoselas con una furia mortal. La mitad de la partida de abordaje cayó en el acto, alcanzada por venablos que atravesaron sus armaduras. Los restantes desenvainaron las espadas e intentaron repeler el ataque, pero fueron rápidamente superados por los defensores. En cuestión de segundos, todos yacían muertos en la cubierta de la nave; todos menos uno.

Vestido con una túnica roja de seda bordada y un amplio pantalón con las perneras remetidas en sus botas de piel de oso, saltaba a la vista que no se trataba de ningún campesino recién alistado en el ejército. Con letal precisión y agilidad, sorprendió a sus atacantes dando media vuelta y arremetiendo contra ellos, desviando las lanzadas con diestros golpes de su espada. En un abrir y cerrar de ojos se acercó a tres de los soldados del barco y los abatió rápidamente de sendas estocadas; a uno de ellos casi lo cortó por la mitad de un solo tajo de su espada.

Observando aquel torbellino que diezmaba a sus tropas, Temur se puso en pie,

desenvainó su arma y se lanzó hacia delante. El guerrero vio que Temur cargaba contra él y desvió hábilmente una lanzada antes de dar media vuelta y blandir su ensangrentada espada contra el mongol que se acercaba. El comandante había matado a más de veinte hombres a lo largo de su vida y esquivó sin dificultad la acometida. La punta de la hoja pasó a escasos centímetros de su pecho. Entonces, aprovechando el hueco, Temur alzó su espada y la clavó en el costado del guerrero. El hombre se puso rígido cuando el hierro atravesó su caja torácica y le traspasó el corazón; se inclinó hacia el mongol, inerte y con los ojos vueltos al cielo, y cayó muerto.

Los defensores prorrumpieron en gritos de victoria, que resonaron por toda la rada; de ese modo, el resto de la flota de invasión mongola allí reunida supo que el asalto nocturno había fracasado.

—¡Habéis luchado con bravura! —felicitó Temur a sus soldados, chinos en su mayoría, mientras se reunían junto a él—. Arrojad los cuerpos de estos japoneses al mar y limpiad de sangre la cubierta. Esta noche podremos dormir a salvo y con orgullo.

Mientras seguían los vítores, Temur se arrodilló junto al samurai y le quitó la espada de sus manos inertes. En la débil claridad de las linternas del barco estudió detenidamente el arma japonesa; admiró el fino trabajo de artesanía y la agudeza del filo, antes de enfundársela en el cinto con un gesto de satisfacción.

Mientras los cadáveres eran arrojados por la borda sin miramiento alguno, Yon, el severo capitán del barco, de origen coreano, se acercó a Temur.

—Buen combate —dijo sin expresar sentimiento alguno—, pero ¿cuántos ataques más contra mi barco voy a tener que soportar?

—La ofensiva terrestre volverá a cobrar impulso cuando llegue la flota del sur del Yangtsé. El enemigo no tardará en ser aplastado, y estas incursiones cesarán. Puede que la trampa que le hemos tendido esta noche lo desanime.

Yon soltó un gruñido de escepticismo.

—A estas alturas, mi nave y mi tripulación deberían estar de vuelta en Pusán. La invasión se está convirtiendo en un caos.

—Si bien es cierto que la llegada de ambas flotas tendría que haber estado mejor coordinada, no puede haber duda sobre el resultado final. La victoria será nuestra —repuso Temur con tozudez.

Mientras el capitán se alejaba meneando la cabeza, Temur maldijo por lo bajo. Verse obligado a contar para la batalla con un barco y una tripulación coreanos y con un ejército de soldados de infantería chinos era como tener las manos atadas a la espalda. Sabía que si conseguía llevar a tierra una división de caballería mongola, aquella isla nación quedaría sometida en una semana.

Pero desearlo no lo haría realidad, de modo que, a regañadientes, sopesó la verdad que encerraban las palabras del capitán. Lo cierto era que la invasión había

empezado con mal pie y, de haber sido supersticioso, incluso podría haber llegado a pensar que alguna maldición pesaba sobre ella. Cuando Kublai, emperador de China y Khan de Khanes del imperio mongol, pidió a Japón que le rindiera tributo, y éste se negó, lo natural fue que enviara una flota de invasión para acabar con tanta insolencia. Pero la flota enviada en 1274 resultó demasiado escasa. Antes de poder establecer una cabeza de playa segura, una fuerte galerna se abatió contra las naves y las diezmó mientras se encontraban ancladas.

En esos momentos, siete años más tarde, no iba a repetirse el mismo error. Kublai Khan había reunido una formidable fuerza de invasión combinando elementos de la flota oriental coreana con el principal grupo de batalla proveniente de China: la flota sur del Yangtsé. Más de ciento cincuenta mil soldados chinos y mongoles se reunirían en la isla de Kyushu, la más meridional de Japón, para aplastar a los señores de la guerra, la chusma que defendía el país. Sin embargo, la fuerza de invasión todavía debía consolidarse. La flota oriental que navegaba desde Corea había sido la primera en llegar. Deseosa de gloria, había intentado desembarcar sus tropas en la bahía de Hakata, pero no tardó en tropezar con dificultades. Enfrentada a una decidida defensa japonesa, se vio obligada a retirarse y esperar a que llegara la segunda flota.

Con creciente confianza, los guerreros japoneses empezaron entonces a llevar la lucha hasta las naves mongolas. Audaces cuadrillas a bordo de pequeños botes se deslizaban por la rada y asaltaban los anclados navíos de los invasores. Los macabros hallazgos de los cuerpos decapitados empezaron a contar la historia de los ataques de los guerreros samurais, que se llevaban las cabezas de sus despedazadas víctimas como trofeo. Tras varias incursiones de ese tipo, la flota de invasión empezó a amarrar sus barcos unos a otros como medida de protección. La idea de Temur de dejar su barco aislado de los demás, en un extremo de la bahía para que actuara como cebo, había funcionado y llevado a la muerte al pelotón de abordaje japonés.

A pesar de que aquellos ataques nocturnos no causaban grandes daños desde el punto de vista estratégico, sí disminuían la moral de las tropas invasoras. Casi tres meses después de haber salido de Pusán, los soldados seguían a bordo de los abarrotados navíos coreanos, y los brotes de disentería empezaban a extenderse por toda la flota. A pesar de todo, Temur sabía que la llegada de los barcos del Yangtsé daría la vuelta a la situación. Tan pronto desembarcaran en masa, las experimentadas y disciplinadas fuerzas chinas derrotarían a los desorganizados guerreros samurais. Pero, para lograrlo, tenían que llegar.

La mañana siguiente despertó limpia y soleada, con una fresca brisa que soplaba del sur. Desde la popa de su navío de apoyo *ningún*, el capitán Yon examinó los abarrotados lindes de la bahía de Hakata. La flota de barcos coreana era una visión impresionante por sí misma. Casi nueve mil embarcaciones de todo tipo y tamaño se extendían por la bahía. La mayoría eran panzudos y recios juncos, algunos pequeños,

de no más de cinco metros; otros, como el de Yon, medían casi veinticinco. Prácticamente todos habían sido construidos a propósito para la invasión. Aun así, la Flota de Oriente, tal como se la conocía, quedaba pequeña al lado de las fuerzas que estaban por llegar.

A las tres y media de la tarde se oyó el aviso de un vigía; el clamor de gritos excitados junto con el retumbar de tambores resonó por toda la bahía. A lo lejos, en el mar, las primeras siluetas de la fuerza de invasión del sur aparecieron en el horizonte, arrastrándose hacia la costa japonesa. Hora a hora, las siluetas se multiplicaron y fueron aumentando en tamaño hasta que todo el mar quedó convertido en una masa de oscuros barcos de madera con velas de color rojo-sangre. Más de tres mil naves con cien mil soldados a bordo surgieron por el estrecho de Corea formando una armada que no sería igualada hasta casi setecientos años después, durante la invasión de Normandía.

Las rojas velas de seda de la flota de guerra se agitaban en el horizonte como un turbión carmesí. Durante toda la tarde y hasta bien entrado el día siguiente, escuadra tras escuadra de juncos chinos se acercaron a la costa; se reunían en y alrededor de la bahía de Hakata mientras los comandantes militares calculaban el desembarco. Las banderas de señales fueron izadas en los buques insignias, donde los generales chinos y mongoles planeaban una nueva invasión.

Tras las defensas de sus diques marítimos, los japoneses contemplaron con horror la inmensa flota. La abrumadora contundencia del adversario pareció reforzar la determinación de algunos defensores. Otros observaron con desesperación y rezaron para que los dioses los ayudaran con alguna intervención divina. Hasta el más temerario de los samurais reconoció que había escasas posibilidades de que sobrevivieran a tan demoledor asalto.

Pero, a miles de kilómetros hacia el sur, otra fuerza se hallaba en movimiento; una fuerza más poderosa aún que la flota de invasión del Gran Khan: una combinación de viento, lluvia y olas se fundía en una terrible masa de energía. La tempestad se había formado como hacen la mayoría de los tifones: en las cálidas aguas del Pacífico Occidental, cerca de Filipinas. La había desencadenado una tormenta aislada que había alterado el frente de altas presiones circundante haciendo que el aire caliente chocara con el frío. Tras absorber el aire caliente de la superficie del océano, los arremolinados vientos aumentaron hasta convertirse en una tempestad. Al desplazarse libremente por el mar, la tormenta fue cobrando intensidad hasta que sus vientos adquirieron una fuerza devastadora. Los vientos de superficie aumentaron más y más, hasta superar los doscientos cuarenta kilómetros por hora. Aquel supertifón —como los llaman actualmente— se desplazó en línea recta hacia el norte antes de cambiar extrañamente de dirección hacia el noreste. En su camino se hallaban las islas meridionales de Japón y también la armada mongola.

Ante Kyushu, la flota de invasión estaba concentrada únicamente en la conquista. Ajena a la inminente tempestad, las dos escuadras se juntaron para un desembarco combinado.

—Tenemos órdenes de unirnos a las fuerzas que se despliegan en el sur — anunció el capitán Yon a Temur tras un intercambio de señales con otros barcos de la escuadra—. Fuerzas de avanzada han desembarcado ya y se han hecho con el control del puerto para que podamos descargar las tropas. Tenemos que seguir a una parte de la flota del Yangtsé fuera de la bahía de Hakata y prepararnos para desembarcar nuestros soldados como refuerzos.

—Será un alivio tener a mis hombres nuevamente en tierra firme —contestó Temur. Al igual que todos los mongoles, Temur era un guerrero de tierra acostumbrado a luchar a caballo. Atacar desde el mar era un concepto relativamente nuevo para los mongoles, una medida que el emperador había adoptado hacía pocos años como un medio necesario para subyugar Corea y el sur de China.

—Muy pronto tendrás tu oportunidad de luchar en tierra —contestó Yon mientras supervisaba el izado del ancla de piedra del barco.

A medida que seguía al cuerpo principal de la flota fuera de la bahía de Hakata y recorría la línea de la costa en dirección sur, Yon no dejaba de mirar con preocupación el cielo, que se oscurecía por el sur. Una única nube se fue haciendo más y más grande hasta que ensombreció todo el firmamento. A medida que caía la oscuridad, el viento y el mar empezaron a alterarse, y la lluvia a caer en raciones contra la nave. Muchos de los capitanes coreanos reconocieron las señales de la tempestad que se avecinaba y llevaron sus barcos mar adentro. Los marineros chinos, no tan experimentados en mar abierto, mantuvieron temerariamente sus posiciones cerca de la zona de desembarco.

Incapaz de dormir en su bamboleante litera, Temur subió al puente, donde encontró a ocho de sus hombres aferrados a la borda, enfermos por el mareo. La negra noche estaba salpicada por docenas de diminutas lucecitas que danzaban por encima de las olas, las pequeñas linternas que indicaban la presencia de las demás naves de la flota. Muchos de los barcos Seguían amarrados los unos a los otros, y Temur observó que los racimos de luces subían y bajaban simultáneamente entre el oleaje.

—No podré llevar tus tropas a tierra —gritó Yon a Temur por encima del estruendo del viento—. La tormenta va en aumento. Tenemos que salir a mar abierto para evitar ser lanzados contra las rocas.

Temur no hizo ningún esfuerzo para contestar, se limitó a asentir con la cabeza. Aunque no había nada que deseara tanto como sacar a sus soldados y a sí mismo de aquel barco que no dejaba de dar bandazos, era consciente de la locura que supondría intentarlo. Yon estaba en lo cierto. Por muy desagradable que fuera la idea, no había

más remedio que capear el temporal.

Yon ordenó que izaran la vela al tercio en el trinquete y viró proa hacia poniente. Dando fuertes cabezadas en el agitado mar, la robusta nave empezó a alejarse de la costa.

Alrededor del barco de Yon, la confusión reinaba entre la flota. Varios barcos chinos habían intentado llevar sus tropas a tierra a pesar del temporal, aunque en su mayoría seguían anclados a poca distancia. Algunos navíos, principalmente coreanos, siguieron al de Yon y empezaron a dirigirse mar adentro. Pocos estaban dispuestos a creer que un nuevo tifón pudiera dañar la flota como ya había ocurrido en 1274. Los escépticos no iban a tardar en verse desengañados.

El supertifón aumentó en intensidad y se acercó aún más, llevando con él torrentes de lluvia y viento. Poco después del amanecer, el cielo se tornó negro, y la tempestad descargó con toda su furia. Impulsado por la galerna, el torrencial aguacero caía casi horizontalmente, y sus enormes gotas chocaban con la fuerza suficiente para desgarrar las velas de la indefensa flota. Las olas rompían contra la costa con mazazos atronadores que se escuchaban a kilómetros de distancia. Acompañado de vientos que superaban la escala 4 de los huracanes, el supertifón se abatió finalmente sobre Kyushu.

En tierra, los defensores japoneses tuvieron que enfrentarse a muros de agua de tres metros de altura que barrieron la costa e inundaron casas, pueblos y sistemas defensivos, al tiempo que ahogaban a cientos de personas. Vientos devastadores arrancaron de raíz árboles centenarios y llenaron el aire de letales proyectiles. En las zonas interiores, el implacable diluvio derramó trescientos litros por metro cuadrado en una hora; anegó valles y desbordó ríos. Repentinos corrimientos de tierra mataron a incontables isleños, tras enterrar pueblos y aldeas enteras en cuestión de segundos.

Pero la tempestad en tierra no fue nada en comparación con la furia que se desató en el mar contra la flota mongola. Además de los brutales vientos y la perforante lluvia, llegaron monstruosas olas empujadas por la ira de la tormenta. Montañas de agua en movimiento rodearon la flota de invasión, hicieron zozobrar numerosos navíos y redujeron a astillas a muchos más. Los anclados cerca de la costa fueron empujados irremediablemente contra las rocas, donde se hicieron añicos. Las cuadernas se desencajaron y las tablazones se partieron ante la fuerza de las olas; docenas de naves se desintegraron sin más en el enfurecido mar. En la bahía de Hakata, los barcos que seguían abarloados fueron sacudidos sin piedad, y cuando uno de ellos se hundía se llevaba al resto con él hasta el fondo como una hilera de fichas de dominó. Encerrados en las naves que se hundían como el plomo, las tripulaciones y los soldados tuvieron una muerte rápida. Los que lograron escapar hasta la violenta superficie no tardaron en ahogarse, ya que pocos de ellos sabían nadar.

A bordo del *mugun* coreano, Temur y sus hombres se aferraban desesperadamente

al barco mientras éste era zarandeado de un lado a otro igual que un corcho dentro de una lavadora.

Yon condujo expertamente la nave entre los dientes de la tormenta luchando para mantener la proa contra las olas. En varias ocasiones, el barco escoró hasta tal punto que Yon creyó que zozobraría; sin embargo, allí estaba él al timón, con una sonrisa de determinación en su lucha contra los elementos mientras se adrizaba. De repente, apareció una monstruosa ola de doce metros de entre la oscuridad que hizo palidecer al capitán.

La descomunal muralla de agua se abatió sobre ellos con un ensordecedor estruendo. La ola rompiente barrió el barco igual que una avalancha y lo enterró entre espuma y rociones. Durante varios segundos, la nave coreana desapareció bajo las furiosas aguas. Los hombres que se hallaban bajo cubierta notaron que se les encogía el estómago por la fuerza de la inmersión pero, curiosamente, se dieron cuenta de que el bramido del viento desaparecía mientras todo se oscurecía. Según las predicciones, el barco de madera tendría que haber quedado reducido a pedazos por el impacto de la ola; sin embargo, la valiente embarcación aguantó. Mientras la ola gigante pasaba, la nave surgió de las profundidades como una aparición y siguió navegando en el frenético mar.

Temur salió despedido al otro lado del puente durante la inmersión y a duras penas pudo aferrarse al peldaño de una escalerilla mientras el agua lo cubría. Jadeó en busca de aire cuando el barco salió a la superficie y se quedó consternado al ver que los dos mástiles de la nave habían sido arrancados. Tras él sonó un angustiado grito desde el agua; se dio cuenta con horror de que Yon y otros cinco marineros coreanos habían sido barridos de la cubierta junto con un puñado de sus soldados. Un coro de aterrorizados gritos cruzó momentáneamente el aire antes de ser arrastrado por el aullido del viento. Por el rabillo del ojo, Temur alcanzó a ver al capitán y a los hombres forcejeando en el agua, pero no pudo hacer otra cosa que contemplar con impotencia cómo una enorme ola se los llevaba.

Sin mástiles ni tripulación, el barco se hallaba completamente a merced de la tempestad. Cabeceando y dando bandazos, castigado e inundado por las terribles olas, la nave tuvo innumerables ocasiones para hundirse, pero su sencilla y robusta construcción la mantuvo a flote mientras cientos de barcos chinos a su alrededor desaparecían en las profundidades.

Tras varias intensas horas de zarandeos, los vientos amainaron lentamente, y la brutal lluvia cesó. Durante un breve instante salió el sol. Temur llegó a creer que la tormenta había cesado. Pero no era más que el ojo del huracán que pasaba, ofreciendo un pasajero respiro antes de empezar de nuevo. Bajo cubierta, Temur encontró a dos marineros que seguían a bordo y los obligó a maniobrar el barco. Mientras el viento arreciaba de nuevo y la lluvia volvía a caer, Temur y los dos marineros se fueron

turnando al timón para enfrentarse al mortífero mar.

Sin tener ni idea de su posición ni de la dirección en que navegaban, los hombres se concentraron valientemente en la tarea de mantener a flote la embarcación. Ignorando que en esos momentos estaban bajo los vientos ciclónicos que llegaban desde el norte, fueron velozmente empujados a través del mar abierto hacia el sur. La mayor fuerza del tifón había descargado en Kyushu, de modo que no fue tan duro como antes. Aun así, rachas de viento de ciento treinta kilómetros por hora siguieron azotando y maltratando el barco. Cegado por la violenta lluvia, Temur no tenía idea de qué rumbo llevaban. El barco estuvo a punto de embarrancar en varias ocasiones contra islas, bajíos o arrecifes que resultaban invisibles en la penumbra impuesta por la tormenta. Pero, milagrosamente, el barco resistió; los hombres de a bordo nunca llegaron a saber lo cerca que habían estado de la muerte.

El tifón arreció durante varios días antes de empezar a perder gradualmente su energía y de que la lluvia y el viento se convirtieran en una ligera borrasca. El *mugun* coreano, maltrecho y lleno de vías de agua, aguantó y se mantuvo a flote con tozudo orgullo. A pesar de que el capitán y la tripulación habían desaparecido, y el barco no era más que un derrelicto, habían sobrevivido a todo lo que la tempestad les había sometido. Una extraña sensación de que se hallaban en manos de la suerte y el destino se apoderó de ellos a medida que las aguas se iban calmando.

El resto de la escuadra mongola de invasión no tuvo tanta suerte y acabó brutalmente destrozada por el tifón asesino. Prácticamente toda la flota del Yangtsé se hundió bajo las arboladas olas o despedazada contra las rocas de la costa. Un confuso amasijo de maderos, fragmentos de los enormes juncos chinos, de los barcos de guerra coreanos y de las barcazas de remos se amontonaba en las orillas. En el agua, hacía ya mucho que los gritos de los moribundos se habían desvanecido, arrastrados por el viento. La mayoría de los soldados, lastrados por sus pesadas armaduras de cuero, se habían hundido hasta el fondo nada más caer al agua. Los que habían conseguido mantenerse a flote a pesar del pánico habían fallecido por las feroces e incesantes arremetidas de las olas. Los escasos afortunados que llegaron arrastrándose hasta la orilla fueron rápidamente rematados por las patrullas de guerreros samurais que recorrían la costa. Tras la tormenta, los cadáveres se amontonaban en las playas como leña apilada, y el horizonte de Kyushu estaba hasta tal punto lleno de restos flotantes del naufragio que se dijo que un hombre podía cruzar el golfo de Imari sobre ellos y no mojarse los pies.

Lo que quedó de la flota de invasión regresó como pudo a Corea y China llevando con ella la increíble noticia de que la madre naturaleza había desbaratado nuevamente los planes de conquista de los mongoles. Para Kublai fue una derrota sin paliativos; para los mongoles constituyó la peor catástrofe desde el reinado de Gengis Khan, y demostró al resto del mundo que las fuerzas del gran imperio estaban lejos de ser

invencibles.

Para los japoneses, la llegada del letal tifón fue un milagro. A pesar de la destrucción que se abatió sobre la isla de Kyushu, se consiguió evitar la conquista, y las fuerzas invasoras fueron derrotadas. Muchos creyeron que ello se debía a las incesantes plegarias elevadas a la Diosa del Sol en el templo de Ise. Había prevalecido la intervención divina, señal inequívoca de que Japón contaba con la protección de los cielos para derrotar a cualquier invasor extranjero. Tan poderosa fue la creencia en el *kamikaze* —o «viento divino», como se lo llamó— que perduró en la historia del país durante siglos hasta su reaparición como nombre de guerra de los pilotos suicidas al final de la Segunda Guerra Mundial.

A bordo del barco coreano que transportaba las tropas, Temur y los demás supervivientes desconocían por completo la devastación sufrida por la flota de invasión. Empujados a mar abierto, dieron por hecho que la flota se reagruparía una vez pasada la tempestad y proseguiría con los planes de desembarco.

—Tenemos que reunimos con la flota —comunicó Temur a los hombres—. El emperador espera nuestra victoria, y nosotros debemos cumplir con nuestro deber.

Solo había un problema: después de tres días y tres noches de tormentas zarandeados de un lado a otro, sin mástiles ni velas, no tenían forma de saber dónde se encontraban. El tiempo se había despejado, pero no avistaban otros barcos, y lo que para Temur era todavía peor: a bordo no había nadie capaz de tripular un barco en alta mar. Los dos marineros coreanos que habían sobrevivido eran el cocinero y el anciano carpintero de la nave, y ninguno poseía conocimientos de navegación.

—Japón debe de estar hacia el este —consultó Temur con el carpintero—. Construye un mástil y unas velas nuevas y utilizaremos el sol y las estrellas para orientarnos hasta que divisemos tierra y encontremos la flota de invasión.

El viejo carpintero arguyó que la nave no estaba en condiciones de navegar.

—Está muy maltrecha y hace agua por todas partes —protestó—. Debemos navegar hacia el norte, hacia Corea, si queremos salvar la vida.

Pero Temur no quiso saber nada. Se construyó un mástil de emergencia y se izaron unas improvisadas velas. Con renovada determinación, el soldado mongol convertido en marinero guió el renqueante navío hacia el horizonte de levante, ansioso por llegar a la costa y unirse a la batalla.

Pasaron dos días, y todo lo que Temur y sus hombres vieron fue mar. El archipiélago japonés nunca se materializó. La idea de cambiar de rumbo quedó descartada cuando una nueva tormenta los alcanzó desde el sudoeste. Aunque menos fuerte que la anterior, el frente de la tormenta tropical era más amplio y se desplazaba con mayor lentitud. Durante cinco días, el transporte de tropas batalló contra fuertes vientos y duros oleajes que lo dejaron aún más malparado. La nave parecía estar llegando a su límite. El mástil de emergencia y las improvisadas velas se perdieron

nuevamente mientras que las vías de agua del casco mantuvieron al desdichado carpintero ocupado las veinticuatro horas del día. Pero hubo algo peor: todo el timón se desprendió.

Se llevó a dos de los soldados de Temur que se aferraron a él en un vano intento de salvar la vida.

Cuando parecía que el barco ya no aguantaba más, pasó otra tormenta sin causar más daños. Al final, el tiempo mejoró, pero los supervivientes estaban más angustiados que nunca. Llevaban una semana sin ver tierra, y tanto el agua como las provisiones empezaban a escasear. Los hombres rogaron a Temur que se dirigiera hacia China, pero los vientos dominantes y las corrientes sumadas a la falta de timón lo hacían imposible. El solitario barco se hallaba abandonado en medio del océano, sin marcaciones, sin instrumentos de navegación y con escasos medios de seguir un rumbo.

A medida que las horas se convertían en días, y los días en semanas, Temur perdió la noción del tiempo. Con las provisiones agotadas, la débil tripulación tuvo que recurrir a pescar para alimentarse y a recoger agua de lluvia para beber. El tiempo encapotado dio paso a cielos despejados y a un sol radiante. Al amainar el viento, la temperatura subió. El barco y la tripulación languidecieron mientras vagaban sin rumbo, empujados por ligeras brisas en un mar en calma. La sombra de la muerte no tardó en cernirse sobre la nave. Cada amanecer llevaba el hallazgo de un nuevo cadáver; la hambrienta tripulación fallecía durante la noche. Temur contemplaba a sus demacrados soldados con un sentimiento de deshonor; en lugar de morir en combate, su destino parecía ser el de perecer de inanición en medio de un océano vacío, lejos del hogar.

Mientras los hombres dormitaban a su alrededor bajo el sol de mediodía, un súbito griterío surgió en el costado de babor de la nave.

—¡Es un pájaro! —gritó alguien—. ¡Intentad matarlo!

Temur se puso en pie rápidamente y vio a tres hombres que intentaban rodear una gran gaviota de oscuro pico. El pájaro caminaba torpemente por cubierta mientras miraba con desconfianza a los hambrientos hombres. Uno de ellos agarró un mazo de madera con su flaca y curtida mano y lo arrojó contra el ave con la esperanza de matarla o aturdiría. La gaviota esquivó ágilmente el mazo y, con un fuerte graznido, batió alas y se alzó perezosamente en el cielo. Mientras los decepcionados hombres mascullaban, Temur observó la gaviota y la siguió con la mirada mientras volaba hacia el sur y desaparecía en el horizonte. Entrecerrando los ojos para intentar ver mejor la línea azul donde se fundían el cielo y la tierra, arqueó una ceja. Volvió a mirar forzando la vista todo lo posible y se tensó cuando sus ojos creyeron distinguir una pequeña protuberancia en el horizonte. Luego, su nariz se unió a la fantasía. Temur creyó oler algo. El húmedo y salobre aire al que sus pulmones se habían

acostumbrado tenía en esos momentos un aroma distinto. Una fragancia dulce y ligeramente floral acarició su nariz. Respiró hondo y se aclaró la garganta antes de gritar a los hombres del puente:

—¡Tierra a la vista! —dijo con voz ronca mientras señalaba la dirección de la gaviota—. ¡Que todos los hombres que se encuentren en condiciones ayuden a que lleguemos allí!

La exhausta y demacrada tripulación cobró vida ante aquellas palabras. Tras fijar sus ojos en un lejano punto del horizonte, los hombres hicieron acopio de fuerzas y se pusieron manos a la obra. Cortaron una sección de la cubierta y la echaron por la popa donde, tras sujetarla con unos cabos, serviría de improvisado timón. Mientras tres hombres lo manejaban para hacer girar el barco, el resto se lanzó a remar. Tablas, mangos de herramientas y hasta espadas sirvieron de rudimentarios remos en una desesperada lucha por llevar a tierra al maltrecho navío.

Lentamente, el punto se fue haciendo más grande hasta que se convirtió en una reverberante isla esmeralda, con su pico montañoso. Al aproximarse al litoral descubrieron que un fuerte oleaje rompía contra una escarpada y rocosa orilla que se alzaba verticalmente. En un momento de pánico, el barco quedó atrapado en una corriente cruzada que lo arrastró hacia una ensenada rodeada de afilados peñascos.

—¡Rocas al frente! —gritó el anciano carpintero con los ojos fijos en las protuberancias que se veían por la proa.

—¡Todos los hombres al costado de babor! —gritó Temur mientras se aproximaban al oscuro muro de piedra.

La media docena de hombres que se hallaban a estribor corrieron al otro lado y se pusieron a batir el agua furiosamente con sus improvisados remos. En el último segundo, una ola apartó la proa de las rocas, y los hombres contuvieron la respiración mientras el costado de babor del casco rozaba una hilera de rocas sumergidas. El chirrido cesó, y los hombres comprendieron que la tablazón había aguantado una vez más.

—¡Aquí no se puede desembarcar! —gritó el carpintero—. ¡Hemos de dar media vuelta y salir a mar abierto!

Temur observó el imponente acantilado que se alzaba desde el mar. Ante ellos se extendía una muralla de piedra negra y gris interrumpida solamente por la oscura boca de una cueva excavada al nivel del agua.

—¡Haced virar la proa y remad! —gritó—. ¡Volved a remar!

Hendiendo el agua, los agotados soldados consiguieron apartar el barco de las rocas y alejarlo de la ensenada. Siguieron a lo largo de la costa hasta que, al cabo de un rato, vieron que su relieve se suavizaba. Al fin, el carpintero gritó las palabras que todos esperaban oír.

—¡Podemos desembarcar allí! —anunció señalando una amplia ensenada que se

abría en el litoral.

Temur asintió, y los hombres guiaron la embarcación hacia el lugar con las últimas energías de sus débiles extremidades. Entraron remando en la ensenada y se dirigieron hacia una playa de arena hasta que el sucio casco embarrancó a escasos metros de la arena.

Los hombres, exhaustos, estaban demasiado agotados para saltar del barco. Temur cogió su espada y llegó a tierra firme acompañado de otros cinco hombres para ir en busca de agua y alimentos. Siguiendo el sonido de una corriente de agua, se abrieron paso a machetazos a través de una espesura de tupidos y altos helechos; tras ella hallaron una laguna de agua dulce alimentada por una cascada que caía desde una protuberancia rocosa. Llenos de júbilo, Temur y sus hombres se lanzaron de cabeza al lago y bebieron la fresca agua a grandes tragos.

Sin embargo, su alegría duró poco porque un repentino retumbar rompió el silencio. Era el batir del timbal del barco que llamaba al combate. Temur se puso ágilmente en pie y llamó inmediatamente a sus hombres.

—¡Volvamos al barco! ¡Ya!

Sin esperar a que sus hombres lo siguieran, se lanzó corriendo en dirección a la nave. Fuera cual fuera el dolor o el agotamiento que sus piernas hubieran sentido antes, se había desvanecido tras beber agua y por la inyección de adrenalina que fluía en sus venas. Corriendo a través de la espesura, oyó que el sonido del timbal iba en aumento a medida que se acercaba hasta que, por fin, atravesó un grupo de palmeras y salió a la playa.

Los veteranos ojos del soldado examinaron rápidamente las aguas circundantes y enseguida localizaron la causa de la alarma: una canoa, que ya había recorrido media ensenada, navegaba hacia el varado navío. A bordo, media docena de musculosos hombres con el torso desnudo remaban rítmicamente con sus palas de madera empujando la canoa hacia la orilla. Temur reparó en que la piel de aquellos individuos era de color bronceo, y que la mayoría de ellos tenían el pelo oscuro, rizado y más corto que él. Varios llevaban collares de los que pendían huesos en forma de gancho.

—¿Cuáles son tus órdenes, señor? —preguntó el flaco soldado que había estado batiendo el timbal.

Temur, sabedor de que incluso un harén de viejas doncellas sería capaz de vencer a sus hombres en aquel lamentable estado, vaciló antes de contestar.

—Armaos con lanzas —ordenó sin alterarse—, y formad una línea defensiva detrás de mí, en la playa.

Los soldados supervivientes saltaron del barco y corrieron a tierra, donde formaron una línea tras Temur armados con las pocas lanzas que habían quedado a bordo. Al lamentable grupo no le quedaban muchas fuerzas, pero Temur sabía que

morirían luchando por él si era necesario. Palpó la empuñadura de la espada samurai que llevaba al cinto y se preguntó si caería con aquella hoja en la mano.

La canoa siguió avanzando hacia los hombres de la playa; los remeros iban en silencio mientras la empujaban hacia la orilla. Cuando la proa se hundió en la arena, donde morían las olas, sus ocupantes saltaron a tierra y la arrastraron rápidamente fuera del agua. Luego, se quedaron de pie, junto a la embarcación. Durante unos segundos, ambos grupos se miraron fijamente. Por fin, uno de los hombres de la canoa se adelantó y se plantó ante Temur. Era bajo —no medía más de metro cincuenta— y más mayor que el resto, con el largo cabello blanco sujeto en una cola de caballo por una tira de corteza de árbol. Alrededor del cuello llevaba una ristra de dientes de tiburón y sujetaba un bastón de retorcida madera. Sus oscuros ojos brillaban, y sonrió abiertamente al mongol mostrándole una torcida colección de blancos dientes. Habló rápidamente en un lenguaje melodioso para expresar lo que pareció una bienvenida desprovista de cualquier hostilidad. Temur se limitó a asentir ligeramente sin apartar la vista de los demás hombres de la canoa. El anciano parloteó durante unos instantes; luego, volvió a la embarcación y metió la mano en su interior.

Temur aferró con más fuerza la espada japonesa y lanzó a sus soldados una mirada de advertencia. Sin embargo, se relajó al ver que el otro hombre levantaba un atún de unos quince kilos. Los demás nativos sacaron de la barca más pescado y marisco que llevaban en cestos de mimbre y los depositaron a los pies de los hombres de Temur. Los hambrientos soldados esperaron ansiosamente la señal de permiso de su comandante y después se lanzaron vorazmente sobre la comida mientras sonreían en señal de agradecimiento a sus anfitriones nativos. El anciano se acercó a Temur y le ofreció un trago de agua de un odre de cerdo.

Habiendo establecido una mutua confianza, los nativos señalaron en dirección a la espesura e hicieron gestos a los náufragos para que fueran tras ellos. Tras abandonar el barco a su pesar, Temur y sus hombres los siguieron a través de la jungla y caminaron un par de kilómetros antes de desembocar en un pequeño claro. Varias docenas de chozas con el techo de palma rodeaban un cercado donde unos cuantos pollos jugueteaban con unos cerdos. Al otro lado del claro, una choza mayor y de techo más alto servía de vivienda al jefe del poblado. Temur se sorprendió al saber que éste no era otro que el anciano de blancos cabellos.

Algunos habitantes del poblado se quedaron mirando boquiabiertos a los recién llegados mientras el resto preparaba apresuradamente un festín; los guerreros asiáticos estaban siendo recibidos en la comunidad con grandes honores. El barco, la ropa y las armas de aquellos extranjeros evidenciaban su gran sabiduría, de modo que los nativos los habían convertido en sus nuevos aliados contra potenciales enemigos. Por su parte, los soldados chinos y coreanos estaban demasiado contentos de seguir con vida y aceptaron gustosamente el ofrecimiento de comida, abrigo y compañía

femenina que les brindaron los amistosos lugareños. Solo Temur recibió tanta hospitalidad con reservas. Mientras masticaba un pedazo de abalón a la parrilla junto al jefe del poblado, y sus hombres disfrutaban de un momento agradable por primera vez en muchos días, se preguntó si algún día volvería a ver Mongolia.

Durante las semanas que siguieron, los hombres de la fuerza de invasión mongola se asentaron definitivamente en el poblado y poco a poco se introdujeron en la comunidad. Al principio, Temur no quiso dormir en la aldea y prefirió hacerlo en el barco, que empezaba a pudrirse. Solo cuando las castigadas cuadernas y baos cedieron, y los maltrechos restos de la nave se deslizaron al fondo de la ensenada, regresó a regañadientes a la aldea.

El recuerdo de su esposa y sus cuatro hijos bailaba en su cabeza; pero, con el barco hundido, Temur empezó a abandonar toda esperanza de regresar a su hogar. Sus hombres, que veían su nueva situación mucho más preferible a su inhóspita vida en China como soldados del emperador mongol, habían aceptado con gusto la nueva vida en aquel rincón tropical. Pero Temur no podía aceptar aquella actitud. El comandante mongol era un fiel sirviente del Khan y sabía que era su deber regresar al servicio del emperador a la primera oportunidad. Sin embargo, con su barco hecho pedazos en el fondo de la ensenada, carecía de medios para regresar al hogar. Con amarga conformidad, Temur se resignó a su vida de náufrago en la gran isla.

Pasaron los años y, poco a poco, fue disminuyendo la determinación del viejo guerrero. Con el tiempo, Temur y sus hombres aprendieron la musical lengua de los isleños, y el comandante mongol aprendió a compartir relatos de aventuras con el jefe de blancos cabellos. Mahu, que así se llamaba, presumía de cómo sus ancestros, unas generaciones atrás, habían realizado un épico viaje por mar en una gigantesca embarcación de vela. Según contaba, la isla en la que se hallaban los había llamado dejando escapar un temblor y un penacho de humo de la cima de la montaña, una señal de los dioses para que se instalaran en ella y prosperaran. Desde entonces, los dioses les habían sonreído porque les habían proporcionado una tierra de clima temperado y abundante agua y alimentos.

Temur se reía de ese relato y se preguntaba cómo era posible que aquellos primitivos isleños, que a duras penas llegaban con sus canoas hasta las islas vecinas, hubieran sido capaces de atravesar el océano.

—Realmente, me gustaría ver uno de tus majestuosos navíos, Mahu —le dijo un día.

—Pues te enseñaré uno —repuso Mahu indignado—. Así lo verás con tus propios ojos.

Divertido, Temur comprendió que el viejo jefe hablaba en serio y le aceptó la palabra. Tras dos días de caminar por la isla, empezaba a lamentar su curiosidad, pero entonces el abandonado sendero que recorrían se abrió de repente a una pequeña y

arenosa playa. Temur se detuvo cuando sus pies tocaron la arena; el viejo Mahu señaló hacia el extremo más alejado de la playa.

Al principio, el mongol no lo reconoció. Contempló el lugar y solo vio un par de enormes troncos que descansaban perpendicularmente al agua. El resto de la playa se veía desierta. Pero, al volver los ojos hacia los árboles caídos, se dio cuenta repentinamente de que eran algo más que madera muerta: se trataba de los armazones de soporte de un enorme navío que yacía, medio enterrado, en la arena.

El guerrero corrió hacia el objeto sin dar crédito a sus ojos. Quedaba más hipnotizado a cada paso. A pesar de que saltaba a la vista que llevaba años en la playa, puede que incluso décadas, el antiguo navío seguía intacto. Temur vio que se trataba de un diseño de doble casco con una única cubierta sostenida por los dos grandes troncos. La embarcación tenía una eslora de más de veinte metros, pero solo arbolaba un mástil, que se había podrido hacía ya tiempo. A pesar de que la tablazón de la cubierta se había desintegrado, Temur vio que los enormes soportes parecían tan firmes como cuando habían sido talados. En su mente no cabía duda de que se trataba de una nave oceánica y de que, después de todo, el colorista relato de Mahu resultaba ser cierto. Contempló con emoción los restos enterrados en la arena mientras veía en ellos el medio para escapar de la isla.

—Tú me sacarás de aquí y me devolverás a mi hogar y a mi emperador —murmuró para sus adentros pensando en la embarcación de madera.

Con una cuadrilla de nativos dirigidos por el carpintero del barco coreano, Temur se lanzó a la tarea de poner en condiciones el antiguo navío. De los árboles de la isla se cortó una nueva tablazón para la cubierta. Se trenzaron cabos con fibra de coco y con ellos se fijaron armazones y soportes. Se confeccionó una gran vela de caña que se envergó en un nuevo mástil tallado de un joven árbol de la playa. En unas pocas semanas, el prácticamente olvidado viajero de los océanos fue reclamado de la arena y puesto a punto para afrontar nuevamente las olas.

Para gobernar el navío, Temur podría haber enrolado a la fuerza a su antigua tripulación, pero sabía que la mayoría de ellos tenían miedo a arriesgar nuevamente la vida en un peligroso viaje por mar. Muchos de sus hombres tenían mujeres e hijos en la isla. Cuando pidió voluntarios, solo tres dieron un paso al frente, además del viejo Mahu. Temur no podía pedir más. Serían apenas suficientes para manejar la vieja nave, pero el comandante mongol aceptó sin rechistar la decisión de los que eligieron quedarse.

Hicieron acopio de provisiones. Después, los hombres aguardaron a que Mahu anunciara que el momento era propicio.

—La diosa Hiña nos ofrece ahora una navegación segura hacia el oeste —le dijo por fin a Temur al cabo de una semana—. Partamos.

—Anunciaré al emperador que tiene una nueva colonia en estas lejanas tierras —

gritó Temur a sus hombres reunidos en la playa cuando el catamarán fue botado al agua y una brisa de tierra los empujó vigorosamente hacia mar abierto.

Cargado con cantidad de agua, pescado seco y fruta, el navío emprendió su travesía con pertrechos suficientes para que su tripulación sobreviviera semanas en el mar.

A medida que la exuberante y verde isla desaparecía tras las olas, los hombres del catamarán sintieron una punzada de aprensión. Los recuerdos de las penurias pasadas en el mar diez años atrás volvieron a sus mentes, y se preguntaron si las fuerzas de la naturaleza les permitirían sobrevivir de nuevo.

A pesar de todo, Temur se sentía confiado. Tenía depositada toda su fe en el viejo jefe, Mahu. A pesar de que carecía de experiencia como navegante, el pequeño nativo leía las estrellas, sin dificultad y seguía los movimientos del sol durante el día mientras estudiaba las nubes y las olas del mar. Mahu sabía que los vientos hacia el sur de la isla viraban a poniente en los meses de otoño, y que llenarían su vela con una brisa constante que los llevaría a casa. También conocía el modo de capturar atunes con sedal y un anzuelo hecho de hueso donde ensartaba trozos de pescado. Con ellos complementarían su dieta durante la larga travesía.

Cuando perdieron tierra de vista, la navegación se hizo sorprendentemente fácil para la inexperta tripulación. Cielos tranquilos y una mar en calma acompañaron a los hombres durante un par de semanas mientras navegaban con el viento a favor.

Solo un aguacero ocasional puso a prueba la solidez de la embarcación, y dio de paso ocasión a los hombres para recoger agua de lluvia fresca. Durante todo ese tiempo, Mahu impartió las órdenes con calma, sin dejar de estudiar el sol y las estrellas. Varios días más tarde, mientras escrutaba el horizonte, se fijó en una infrecuente formación de nubes.

—Tierra hacia el sur, a unos dos días de navegación —anunció triunfalmente.

El alivio y la emoción se apoderaron de la tripulación ante la perspectiva de tocar tierra de nuevo. Pero ¿dónde se hallaban y a qué tierras se aproximaban?

A la mañana siguiente apareció en el horizonte una forma que se fue agrandando con el paso de las horas. Sin embargo, no era tierra, sino otro barco de vela que se cruzaba en su camino. Cuando el velero estuvo más cerca, Temur se fijó en que tenía la popa baja y que tomaba el viento con blancas velas triangulares. No se trataba de un barco chino, lo sabía. Más bien parecía un mercante árabe. El desconocido se situó al costado del catamarán y arrió las velas mientras un hombre flaco y de piel cetrina, vestido con ropas de llamativos colores, les gritaba un saludo de bienvenida desde la barandilla. Temur estudió al hombre unos instantes; luego, no viendo amenaza alguna, subió a bordo del pequeño velero.

El mercante provenía de Zanzíbar, y su capitán era un jovial musulmán con considerable experiencia en el comercio con la corte del Gran Khan. El barco se

dirigía al puerto de Shangai y llevaba un cargamento de marfil, oro y especias que pensaba cambiar por finas sedas y porcelanas chinas. La reducida tripulación de Temur fue bienvenida a bordo y contempló con tristeza cómo se cortaban las amarras del catamarán y era abandonado a la deriva en el Pacífico.

Astutamente, el capitán musulmán había pensado que salvar la vida de un comandante mongol redundaría en un trato de favor una vez en puerto, y no quedó defraudado. Su llegada a Shangai despertó un inmediato interés. Las noticias de la aparición de los soldados trece años después del frustrado intento de invasión de Japón corrieron por la ciudad como la pólvora. Representantes del gobierno fueron al encuentro de Temur y sus hombres y los llevaron a toda prisa a la ciudad imperial de Tatu para una entrevista con el emperador. Por el camino, Temur pidió a sus escoltas que le dieran noticias de cómo habían marchado la guerra y la política durante su ausencia.

En su mayoría, las noticias resultaron desalentadoras. Se enteró de que la invasión de Japón había sido un completo desastre y de que el tifón había barrido más de dos mil barcos y casi cien mil hombres. Temur se entristeció al saber que su comandante y muchos de sus camaradas no habían regresado con los escasos supervivientes de la flota. Igualmente descorazonadora fue la noticia de que las islas de Japón seguían sin ser conquistadas. A pesar de que Kublai Khan pensaba intentar una tercera invasión, sus consejeros le habían recomendado prudentemente que desistiera.

En poco más de una década, la dominación de todo el imperio había sido puesta en duda. Tras la derrota ante Japón, una expedición enviada para acabar con la agitación en Vietnam también había acabado en fracaso, mientras que los gastos de ampliación del Gran Canal hasta Chung-tu habían estado a punto de provocar el colapso de la economía imperial. Las cuestiones relacionadas con la salud del emperador habían suscitado recelos sobre su sucesor, y entre el pueblo surgía un creciente descontento ante el hecho de que fuera un mongol quien gobernara el imperio Yuan. Era un hecho indiscutible que, después de haber derrotado a la dinastía Fong en 1279 y haber unido China bajo un único gobierno, el imperio de Kublai iniciaba su lento declive.

Nada más llegar a la capital, Ta-tu, Temur y sus hombres fueron conducidos a la ciudad imperial y llevados a los aposentos privados del emperador. Aunque Temur había visto a Khan en numerosas ocasiones, años atrás, el aspecto del hombre que apareció ante él le causó una honda impresión. Recostado en una *chaise-longue* y envuelto en interminables pliegues de seda vio a un hombre obeso, ojeroso y macilento que miraba el mundo con ojos oscuros y malhumorados. Deprimido por la reciente muerte de su esposa favorita y la pérdida de su segundo hijo, Kublai había buscado consuelo en la comida y la bebida, abusando de ambas. A pesar de que había alcanzado la sorprendente edad de ochenta años, aquellos excesos estaban causando

estragos en la salud del reverenciado monarca. Temur vio que el obeso Khan descansaba un pie enfermo de gota sobre un cojín y que tenía al alcance de la mano varias jarras de leche fermentada de yegua.

—Comandante Temur, has regresado tras una prolongada ausencia para retomar tus obligaciones —declaró el Khan con voz cascada.

—Como el emperador ordene —repuso Temur haciendo una reverencia.

—Háblame de tus viajes, Temur, y de la misteriosa tierra en la que naufragó tu barco.

Llevaron lujosas butacas para que Temur y sus hombres se sentaran, y el comandante mongol inició su relato en el que describió el terrible tifón que desvió su barco del archipiélago japonés y su posterior vagabundeo por el mar. Mientras les eran servidas sendas copas de una bebida alcohólica, habló de su buena suerte al conseguir desembarcar en aquella frondosa isla y ser bienvenidos por los nativos. Cuando presentó a Mahu, explicó la ayuda prestada por el anciano mientras navegaban por el océano con el gran catamarán, antes de su encuentro con el mercante musulmán.

—Un viaje realmente notable —alabó Kublai—. Y, dime, esas tierras a las que llegaste, ¿eran ricas y fértiles?

—Sumamente, majestad. El suelo es generoso y, con un clima templado y abundante en lluvias, son muchas y muy exuberantes las plantas que crecen salvajes y las que se pueden cultivar.

—Os felicito, mi emperador —intervino el arrugado anciano de larga barba blanca que se mantenía detrás de Kublai. Saltaba a la vista que el consejero confuciano del trono no estaba impresionado con el relato ni con los hombres que tenía ante sí—. Habéis añadido nuevas tierras a vuestro imperio.

—¿Es cierto que has dejado una guarnición tras de ti? —preguntó Kublai—. ¿Es cierto que esas tierras se encuentran ahora bajo tutela mongola?

Temur maldijo para sus adentros al consejero por haberse inventado aquella falsa gloria para su emperador. Sabía que los hombres que había dejado atrás hacía mucho tiempo que habían trocado sus espadas por una tranquila vida doméstica. De hecho, su lealtad al Khan había sido motivo de duda mucho antes del naufragio del navío.

—Sí —mintió Temur—. Un pequeño contingente gobierna esas tierras en vuestro nombre.

Avergonzado, miró a Mahu, el anciano jefe del poblado; pero éste, comprendiendo la política del imperio, simplemente asintió.

Kublai paseó su mirada más allá de los hombres que tenía delante, como si sus ojos estuvieran contemplando una distante imagen lejos de su palacio. Temur se preguntó si el monarca se habría intoxicado con tanta bebida.

—Me gustaría ver ese maravilloso lugar, esa tierra que es la primera de mi

imperio que ve salir el sol —murmuró finalmente el Khan, como en una ensoñación.

—Sí. Es casi como un paraíso en la tierra. Más hermoso que cualquier otro territorio del imperio.

—¿Conoces el camino de vuelta, Temur?

—No domino el arte de navegar por el mar, majestad, pero Mahu sabe leer el sol y las estrellas. Creo que, con un buen barco, podría hallar el camino de regreso a su tierra.

—Has servido bien al imperio, Temur. Tu lealtad será recompensada. —En ese momento, Kublai se atragantó con un trago de la bebida y tosió, salpicándose la túnica de seda.

—Gracias, majestad —repuso Temur con una nueva reverencia.

Entonces, unos guardias aparecieron de repente y acompañaron al comandante y a sus hombres fuera de los aposentos del Khan.

Temur sintió tristeza al salir de palacio. El gran Kublai Khan no era más que la vieja y cansada sombra del antiguo líder que había gobernado uno de los mayores imperios de todos los tiempos. Mucho más que un simple conquistador sediento de sangre, como su abuelo, Kublai había gobernado con una sabiduría nunca vista hasta entonces. Había dado la bienvenida a comerciantes y exploradores llegados de lejanos países, impuesto leyes que estimulaban la tolerancia religiosa, y promovido la investigación científica en los campos de la geografía, la astronomía y la medicina. En esos momentos, se acercaba a la muerte, y, sin su visionaria dirección, al imperio no le quedaba otro destino que convertirse en un lugar menos inspirado.

Cuando Temur salió del recinto palaciego se dio cuenta de repente de que Mahu no lo acompañaba. Extrañado, comprendió que el anciano jefe se había quedado en los aposentos del emperador. Esperó a verlo salir, pero al cabo de una hora desistió y partió de la capital para emprender el camino que iba a llevarlo de regreso a la aldea que era su hogar y a su familia. Nunca más volvió a ver al hombre que lo llevó de vuelta a casa y, a menudo, se preguntó cuál debía de haber sido el destino de su amigo extranjero.

Apenas dos meses después, se anunció la triste noticia del fallecimiento del gran emperador. Kublai había sucumbido finalmente a los males de la edad y el alcoholismo. En Ta-tu, la ciudad que él había elegido para que fuera su principal capital, se celebró una pomposa ceremonia de despedida para rendir honores a la figura del emperador. Más adelante, se construyó un altar en su honor al sur de la ciudad, que hoy en día se conoce como Pekín, y que sigue en pie. Tras los ceremoniales, un cortejo fúnebre salió de la ciudad llevando el ataúd del Gran Khan en un florido carruaje. Seguido por miles de soldados y caballos, la solemne procesión marchó lentamente hacia el norte; se adentró en Mongolia y en la tierra natal de Kublai. En un lugar secreto de las montañas Jentii, se excavó la tumba

imperial donde el Khan recibió descanso eterno, junto con su cortejo de animales, concubinas y valiosos tesoros recogidos en todos los confines del imperio. Para asegurarle una pacífica vida eterna, el lugar de la sepultura fue pisoteado por cientos de caballos que borraron las huellas de su ubicación. Los trabajadores encargados de su excavación fueron ejecutados allí mismo, y los comandantes del cortejo tuvieron que jurar bajo amenaza de muerte que mantendrían el secreto. En unos pocos años, el sepulcro del emperador mongol se perdió en la historia, y el recuerdo de Khan fue arrojado a los vientos que barren sin descanso las verdes y boscosas laderas de aquellas montañas.

A miles de kilómetros al sur, antes del amanecer, un gran junco chino se alejó de su atraque en el puerto de Shangai y navegó silenciosamente por el río Amarillo hacia el océano Pacífico. El enorme junco, uno de los barcos mercantes oceánicos de la flota imperial, tenía más de sesenta y seis metros de eslora y arbolaba cuatro altos mástiles donde se envergaban docenas de velas. Con el imperio Yuan todavía en duelo, el navío no llevaba izadas ninguna de las banderas ni gallardetes oficiales. De hecho, no mostraba identificación alguna.

Pocas personas en tierra se hicieron preguntas sobre la temprana salida del gran barco, que normalmente solía partir acompañado de grandes fanfarrias. Solo unos pocos curiosos se fijaron en que partía con la mitad de su tripulación habitual, y menos fueron aún los que repararon en la extraña figura que iba al timón. Un anciano de largos cabellos blancos y oscura piel se mantenía al lado del capitán mientras señalaba las nubes y el sol que despuntaba. En una lengua desconocida dirigía el rumbo de la majestuosa nave mientras ésta se alejaba de la civilización y entraba en las aguas del extenso y azul océano rumbo a un destino incierto fuera de las cartas marinas.

RASTROS DE UNA DINASTÍA

4 de agosto de 1937. Shang-tu, China.

Los apagados retumbos sonaban en la distancia como tambores de guerra. Primero, una ligera detonación flotaba en el aire y era seguida, unos segundos después, por un inevitable mazazo que hacía que todo se estremeciera. La perezosa pausa que se abría entre cada una de ellas alentaba la falsa esperanza de que la barrera de artillería hubiera finalizado; pero entonces sonaba otra amortiguada detonación que volvía a poner de los nervios a todos los que esperaban el impacto que seguía.

Leigh Hunt se levantó de la recién excavada trinchera y estiró los brazos hacia el cielo antes de depositar con cuidado su paleta de mano encima de un muro de barro cercano. El arqueólogo del Museo Británico, licenciado en Oxford, iba vestido para la ocasión con un pantalón largo caqui y una camisa de trabajo a juego con bolsillos; ambos estaban cubiertos de una fina capa de polvo y sudor. En lugar del clásico salacot, llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse de los rayos del sol de verano. Con sus fatigados ojos castaños contempló el ancho valle hacia el este y hacia la fuente del atronador ruido. Por primera vez podían distinguirse pequeñas nubéculas de humo en el horizonte a través del reverberante calor matutino.

—Mira, Tsendyn —dijo como si tal cosa, hablando con alguien en la trinchera—, según parece, la artillería se está acercando.

Un hombre de corta estatura vestido con una fina camisa de lana y con un fajín anudado en la cintura salió en silencio de la excavación. Tras él, en la trinchera, el equipo de trabajadores chinos siguió trabajando el duro suelo con paletas de mano y piquetas. A diferencia de los trabajadores chinos, el pequeño pero musculoso individuo tenía unos ojos ligeramente redondeados hundidos en un rostro de piel curtida y cetrina. Cualquier chino habría reconocido a primera vista que aquellos rasgos eran propios de un mongol.

—Pekín está cayendo. Los refugiados ya han empezado a huir —dijo señalando una estrecha carretera de tierra a unos pocos kilómetros de distancia. Avanzando por el polvo, una docena de carretas tiradas por bueyes arrastraban las posesiones de toda una vida de varias familias chinas que intentaban escapar hacia el oeste—. Señor, debemos abandonar la excavación antes de que los japoneses se nos echen encima.

Instintivamente, Hunt se llevó la mano al revólver Webley-Fosbery calibre .455 enfundado en el cinturón. Dos noches atrás lo había disparado contra una banda de ladrones que habían intentado robar una de las cajas con los objetos extraídos de la excavación. En aquella China que se desmoronaba, las bandas de ladrones parecían campar a sus anchas; afortunadamente, en su mayoría se trataba de toscos individuos

que no iban armados. Tener que enfrentarse al ejército imperial japonés sería algo muy distinto.

China se estaba derrumbando rápidamente bajo el poderío de la maquinaria de guerra japonesa. Desde que el ejército renegado japonés de Kwantung se había apoderado de Manchuria en 1931, los mandos militares de Japón se habían marcado el objetivo de conquistar China como habían hecho con Corea. Seis años de incidentes y provocaciones habían estallado por fin en el verano de 1937, cuando el ejército imperial japonés invadió el norte de China ante el temor de que las fuerzas nacionalistas de Chang-Kai-Chek se hicieran demasiado fuertes.

Aunque, numéricamente, los chinos superaban con creces al ejército nipón, no eran rivales a causa del superior equipo, entrenamiento y disciplina que las fuerzas japonesas desplegaban en el campo de batalla. Utilizando sus recursos lo mejor que podía, Chang-Kai-Chek luchaba contra el enemigo durante el día y se retiraba durante la noche en su intento de frenar el avance japonés mediante una guerra de desgaste.

Hunt escuchó los estampidos de la artillería japonesa, que se acercaba y que indicaba la caída de Pekín, y comprendió que los chinos estaban en un apuro. La ciudad de Nanking sería la siguiente en caer y supondría una retirada más hacia el oeste de las tropas nacionalistas. Con un inminente sentido de su propia derrota, Hunt comprobó la hora de su reloj mientras hablaba con Tsendyn.

—Di a los culíes que dejen todas las excavaciones a mediodía. Pondremos a buen recaudo lo que hayamos recogido y completaremos la documentación final del yacimiento por la tarde. Luego, que se unan a las numerosas caravanas que marchan hacia el oeste. —Observó la carretera y vio que un grupo de soldados nacionalistas se incorporaban a la evacuación.

—¿Saldrá usted en avión para Nanking mañana? —preguntó Tsendyn.

—Suponiendo que el avión aparezca, sí. De todas maneras, pensándolo mejor, no tiene sentido volar a Nanking en esta situación de guerra. Mi intención es coger los objetos más importantes y dirigirme en avión hacia el norte, a Ulan Bator. Me temo que tendrás que arreglártelas para meter en el tren el resto de los objetos, el equipo y las provisiones. Deberías poder reunirte conmigo en Ulan Bator en unas semanas. Te esperaré allí antes de tomar el Transiberiano.

—Una hábil decisión. Está claro que la resistencia local se está desmoronando.

—Mongolia Interior no tiene ningún valor estratégico para los japoneses. Lo más probable es que estén persiguiendo los restos de las fuerzas que defendían Pekín —dijo haciendo un gesto con el brazo hacia las distantes posiciones de artillería—. Sospecho que dentro de poco se retirarán y disfrutarán de unos cuantos días de pillaje en Pekín antes de reanudar su ofensiva. Eso nos da tiempo suficiente para ponernos en marcha.

—Es una pena que tengamos que marcharnos precisamente ahora, cuando casi

habíamos acabado con la excavación del Pabellón de la Gran Armonía —comentó Tsendyn contemplando el laberinto de fosos que se extendía a su alrededor igual que un sistema de trincheras de la Primera Guerra Mundial.

—Sí. Es una maldita pena —ratificó Hunt meneando la cabeza con irritación—. De todas maneras, hemos demostrado que el yacimiento ya había sido saqueado a fondo.

Hunt dio un puntapié a un montón de fragmentos de mármol y piedra de la excavación que estaban apilados cerca y los contempló mientras el polvo volvía a posarse en los restos de lo que, en otro tiempo, había constituido una imponente estructura imperial. Mientras que la mayor parte de sus colegas arqueólogos que trabajaban en China se dedicaba a perseguir tumbas prehistóricas repletas de objetos de bronce, Hunt había centrado su atención en la más reciente dinastía Yuan. Aquél era el tercer verano que pasaba en el yacimiento arqueológico de Shang-tu, excavando los restos del palacio real de verano construido en 1260. Contemplando la pelada colina llena de montículos de tierra recién extraída resultaba difícil imaginar la pasada grandeza del palacio y de lo que allí se había levantado casi ochocientos años atrás.

A pesar de que los archivos históricos chinos aportaban escasos detalles, Marco Polo, el aventurero veneciano que tan vivazmente había documentado la China del siglo XIII y la ruta de la seda en su libro *Los viajes de Marco Polo*, proporcionaba una formidable descripción de Shang-tu en su apogeo. Construido sobre un enorme montículo en el centro de la amurallada ciudad, el palacio original estaba rodeado por un bosque de árboles expresamente trasplantados y por una serie de caminos pavimentados con lapislázuli que conferían un tono mágicamente azul al entorno. Jardines y fuentes exquisitas adornaban los espacios entre los distintos edificios gubernamentales y las residencias que rodeaban el Ta-an Ko, o Pabellón de la Gran Armonía, que hacía las funciones de palacio imperial. Construida con piedra y mármol verde y adornada con oro, la gran estructura tenía incrustaciones de mosaico y estaba decorada con impresionantes pinturas y esculturas, obra de los más distinguidos artesanos de China. Utilizado principalmente por el emperador como residencia de verano para escapar del calor de Pekín, Shang-tu se convirtió rápidamente en un foco de actividad científica y cultural. Se construyó un centro médico y un observatorio astronómico, y la ciudad se transformó en el paraíso de los eruditos tanto chinos como extranjeros. Una brisa constante que bajaba de las montañas refrescaba al emperador y a sus invitados mientras éste administraba un imperio que se extendía desde el Mediterráneo hasta Corea.

Pero seguramente fueron los terrenos de caza adyacentes los que proporcionaron mayor renombre a aquel palacio de verano. Se trataba de un enorme parque cerrado lleno de árboles, arroyos y tupida hierba que cubría más de veintidós kilómetros

cuadrados. En el parque abundaban ciervos, osos, y demás animales para satisfacer el placer cinegético del emperador y sus huéspedes. El lugar estaba surcado de caminos elevados para que los cazadores no tuvieran que mojar los pies. Los tapices que habían sobrevivido mostraban escenas del emperador cazando a lomos de su caballo favorito y con un leopardo amaestrado junto a él.

Siglos de abandono, descuido y pillaje habían reducido el palacio a poco más que un montón de ruinas. A Hunt le resultaba prácticamente imposible imaginar los frondosos jardines, las fuentes y los árboles tal como habían existido siglos atrás. En esos momentos, el paisaje era pelado y árido. Una gran llanura se extendía hasta las distantes colinas marrones. El lugar estaba desprovisto de vida, y la pasada gloria de la ciudad no era más que un recuerdo que flotaba con el viento. Xanadú, el romántico nombre de Shang-tu popularizado por el poema de Samuel Taylor Coleridge, solo existía en la imaginación de los soñadores.

Con el visto bueno del gobierno nacionalista, Hunt había empezado sus excavaciones hacía tres años. Paletada a paletada había sido capaz de establecer los límites del Palacio de la Gran Armonía y había identificado un gran salón, una cocina y un comedor. Las distintas piezas de bronce y porcelana recuperadas contaban la historia de la vida cotidiana en el palacio; pero, para decepción de Hunt, no descubrió artefactos sorprendentes, no hubo ejércitos de terracota ni jarrones Ming que lo ayudaran a labrarse nombre y fama. La excavación estaba prácticamente completada. Solo quedaban por desenterrar los restos de la cámara real. En esos días, la mayoría de sus colegas, que no querían verse atrapados en una guerra civil o por una invasión extranjera, ya se habían marchado rumbo a las regiones más occidentales de China. En cambio, Hunt parecía disfrutar perversamente de la agitación y el inminente peligro de aquel yacimiento situado en el noroeste de China, no lejos de Manchuria. Amante de lo antiguo y con cierta inclinación por lo melodramático, era consciente de que estaba asistiendo a un hecho histórico.

Pero Hunt también sabía que los miembros del Museo Británico estarían encantados con cualquier objeto que él pudiera proporcionarles para su próxima exposición sobre Xanadú. En realidad, el caos y el peligro creados por la invasión japonesa suponían una ventaja. No solo añadía interés a los objetos que transportaría a Occidente, sino que facilitaría su traslado. Las autoridades locales habían huido de los pueblos vecinos, y hacía semanas que no aparecía por allí ningún encargado del gobierno en materia de antigüedades. No iba a serle difícil llevarse las piezas de la excavación. Eso, suponiendo que el primero que pudiera marcharse fuera él.

—Bien, Tsendyn, supongo que ya te he tenido apartado de tu familia demasiado tiempo. Dudo que los rusos permitan que los japoneses metan las narices en Mongolia, de modo que me parece que estarás a salvo de toda esta locura.

—Mi mujer se alegrará de mi regreso —repuso el mongol sonriendo y mostrando

una hilera de dientes amarillos y puntiagudos.

El rumor de un avión cercano interrumpió la conversación. Al sur de donde se encontraban, un pequeño punto gris en el cielo se fue haciendo más grande antes de virar hacia el este.

—Un avión de reconocimiento japonés —murmuró Hunt—. No es una buena señal para los nacionalistas que los japoneses dominen los cielos.

El arqueólogo sacó un paquete de cigarrillos sin filtro Red Lion y encendió uno mientras Tsendyn seguía observando con expresión angustiada el avión que iba desapareciendo.

—Cuanto antes nos vayamos, mejor —dijo.

Tras él, un repentino griterío surgió de uno de los pozos de excavación. La cabeza de uno de los trabajadores chinos asomó por encima del borde y el hombre empezó a parlotear a toda velocidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hunt aplastando el cigarrillo.

—Dice que ha encontrado un trozo de madera lacada —explicó Tsendyn acercándose al pozo.

Hunt también se acercó, y ambos hombres se asomaron. El operario señaló animadamente el suelo con su herramienta mientras los demás trabajadores se acercaban al lugar. A sus pies, medio expuesto entre el polvo y la tierra, asomaba un objeto plano, cuadrado y amarillo del tamaño de una bandeja de servir.

—Tsendyn, excava tú —ordenó Hunt haciendo gestos a los demás hombres para que se apartaran. Mientras el mongol bajaba al pozo y empezaba a retirar con cuidado la tierra con un cepillo y una paleta, Hunt sacó su libreta de notas y un lápiz. Buscó el esquema que había trazado de la excavación, localizó la zona y el pozo e hizo un limpia marca en el lugar donde el objeto había sido hallado. Luego, en una hoja en blanco, empezó a dibujarlo a medida que Tsendyn iba apartando con mucho cuidado la tierra a su alrededor.

A medida que iba quedando limpio de polvo y restos, Hunt vio que el objeto era en realidad una caja amarilla de madera lacada. Cada centímetro cuadrado estaba exquisitamente pintado con delicadas imágenes de animales y árboles —llenas de detalle y rodeadas de incrustaciones de nácar. A Hunt le llamó la atención que en la tapa apareciera un elefante. Apartando cuidadosamente los restos de tierra de la base, Tsendyn levantó suavemente la caja del sedimento y la depositó sobre una piedra plana, fuera del pozo.

Los trabajadores chinos abandonaron sus tareas y se agolparon alrededor de la vistosa caja. La mayoría de los hallazgos que habían hecho hasta la fecha habían consistido en poco más que fragmentos de porcelana y alguna ocasional talla de jade. Sin duda, aquél era el objeto más impresionante con el que se había topado durante sus tres años de excavaciones.

Hunt estudió atentamente la caja antes de cogerla en sus manos y levantarla. Dentro había algo pesado que se movía al inclinarla. Con los pulgares notó la presencia de una junta a media altura en los poco profundos costados, e intentó levantar la tapa. La caja, cerrada durante casi ocho siglos, se resistió al principio, pero después se abrió ligeramente. Hunt la dejó en el suelo y, con la punta de los dedos, fue resiguiendo con impaciencia toda la abertura hasta que tiró de la tapa y esta por fin cedió. Tsendyn y los trabajadores se inclinaron sobre el hallazgo, igual que un equipo en una jugada de rugby, para ver qué contenía.

Dentro había dos objetos medio envueltos. Hunt los sacó para ver qué eran. Uno era una piel de animal, de color amarillo y negro y con las manchas de un leopardo o una pantera; estaba enrollada igual que un papiro y sus bordes estaban atados con tiras de cuero. El otro era un cilindro de bronce sellado en un extremo, pero con un tapa en el otro. Los trabajadores chinos sonrieron a la vista de esos objetos, sin saber qué significaban, pero suponiendo acertadamente que tenían importancia.

Hunt dejó la piel de leopardo y examinó el pesado cilindro de bronce. El tiempo le había conferido una profunda pátina verde que no hacía más que realzar la compleja figura del dragón que se extendía en toda su longitud y cuya cola se enroscaba en el extremo de la tapa igual que una cuerda enrollada.

—Vamos, ábralo —lo animó Tsendyn, impaciente.

Hunt retiró sin dificultad la tapa y miró en su interior. Luego, lo puso boca abajo y lo sacudió con cuidado recogiendo en la palma de la mano su contenido.

Era un pedazo de seda enrollada, de color azul pálido. Tsendyn sacudió el polvo de una lona cercana y la extendió en el suelo, a los pies de Hunt. El arqueólogo esperó a que el polvo se posara. Luego, se arrodilló y extendió con cuidado el rollo de seda en todo su metro y medio de longitud. Tsendyn reparó en que las manos del habitualmente flemático arqueólogo temblaban ligeramente mientras alisaba las arrugas del tejido.

La tela representaba la escena de un paisaje donde aparecían altos picos, profundos valles y ríos magníficamente dibujados. Pero aquel trozo de seda era desde luego mucho más que una simple obra de arte decorativa. A lo largo de su parte izquierda había una considerable porción de texto que Hunt reconoció como escritura uighur, el más primitivo de los lenguajes escritos mongoles, adoptado de los primeros pobladores, de origen turco, de las estepas de Asia. En el margen derecho se veía una serie de imágenes más pequeñas que ilustraban un harén de mujeres, manadas de caballos, camellos y otros animales además de un numeroso contingente de soldados que rodeaban varias arcas de madera. La pintura del paisaje carecía de figuras vivas salvo una, solitaria, situada en el centro de la tela: de pie, en lo alto de una colina había un camello bactriano cubierto por una manta donde aparecían inscritas dos palabras. Curiosamente, el camello parecía estar llorando; derramaba unas lágrimas

desmesuradamente grandes que caían al suelo.

Mientras estudiaba la pintura, unas gotas de sudor perlaron la frente de Hunt. Notó que el corazón empezaba a latirle con fuerza en el pecho, y tuvo que hacer un esfuerzo para respirar hondo.

«No puede ser», se dijo.

Los ojos del ayudante mongol también se desorbitaron cuando comprendió el significado de aquella imagen. No pudo evitar tartamudear al intentar traducírselo a Hunt.

—Las palabras de la izquierda son una descripción física de la región montañosa representada en la pintura: «En la cima del monte Burjan Jaldún, rodeado por los montes Jentii, duerme nuestro emperador. El río Onon apaga su sed, entre los valles de los condenados».

—¿Y la inscripción del camello? —preguntó en un susurro Hunt mientras señalaba con un dedo tembloroso el centro de la pintura.

—«*Temujin jagan*» —repuso Tsendyn ahogando sus palabras en un tono de reverencia.

—*Temujin* —Hunt repitió la palabra como en trance.

Aunque los trabajadores chinos no entendían nada, Hunt y Tsendyn comprendieron con estupefacción que acababan de realizar un hallazgo de descomunales proporciones. La emoción embargó a Hunt mientras asimilaba la importancia de aquel pedazo de seda pintada. A pesar de que trató de cuestionarse mentalmente su contenido, la fuerza de la descripción pictórica era demasiado abrumadora. El camello lloroso, las ofrendas representadas en uno de los márgenes, la descripción local... Además, estaba lo del nombre en el lomo del camello: *Temujin*. Se trataba del nombre de nacimiento de un muchacho de una tribu que llegó a convertirse en el mayor conquistador de todos los tiempos y al que la historia recuerda solo por su denominación real: Gengis Khan. Aquella antigua pintura sobre seda no podía ser otra cosa que un diagrama del secreto lugar donde había sido enterrado Gengis Khan.

Hunt cayó de rodillas cuando por fin aceptó la verdad. La tumba del emperador mongol era uno de los yacimientos arqueológicos más buscados de la historia. En una formidable gesta de armas, Gengis Khan había unido todas las tribus mongolas de las estepas de Asia y se había lanzado a una conquista como el mundo no había visto desde entonces. Entre 1206 y 1223, él y sus tribus nómadas se apoderaron, hacia poniente, de tierras tan distantes como Egipto; y al norte, como Lituania. Gengis murió en 1227 en la cumbre de su poder, y se sabe que fue enterrado en secreto en las montañas Jentii de Mongolia, no lejos de su lugar de nacimiento. Según la tradición de su tierra, había sido bajado a la tumba acompañado por cuarenta concubinas y riquezas sin límite. Luego, el lugar había sido cuidadosamente ocultado por sus

siervos. Los soldados de infantería que habían acompañado el cortejo fueron ejecutados mientras que sus comandantes tuvieron que prestar juramento de secreto bajo amenaza de muerte.

Cualquier pista sobre el paradero de la sepultura se desvaneció con la muerte de los que habían intervenido en ella y que mantuvieron su juramento de silencio hasta el último suspiro. Solo un camello, según decía una leyenda, desveló el lugar unas décadas más tarde. Un día, una camella bactriana, de quien se sabía que había parido uno de los animales enterrados con el gran emperador, fue hallada llorando en cierto lugar de las montañas Jentii. El propietario del animal comprendió que lloraba por su cría allí enterrada bajo sus pies, el mismo sitio donde descansaba también Gengis Khan. Sin embargo, la leyenda terminaba ahí porque el camellero se llevó con él el secreto del lugar, y la tumba de Gengis Khan quedó olvidada para siempre en las montañas que lo habían visto nacer.

Y en estos momentos, la leyenda cobraba vida en aquel fragmento de seda ante los ojos de Hunt.

—Es un hallazgo sagrado —murmuró Tsendyn—. Y nos conducirá a la tumba del Gran Khan. —El mongol hablaba con una reverencia que rayaba el temor.

—Sí —consiguió articular Hunt, imaginando la fama que le aguardaba si conseguía atribuirse el descubrimiento de la tumba de Gengis Khan.

De repente, temeroso de que los trabajadores chinos se dieran cuenta de la importancia de la tela, y de que alguno pudiera tener un ladrón entre sus parientes, Hunt la enrolló a toda prisa, volvió a meterla en el tubo de bronce y la depositó al lado de la piel de leopardo en la caja lacada. A continuación, envolvió ésta en un trozo de lona y la puso a buen recaudo en un morral de cuero del que no se desprendió el resto del día.

Tras buscar en la zona donde había aparecido la caja y no hallar otras piezas, Hunt ordenó a regañadientes que cesara la excavación. Los trabajadores guardaron sus piquetas, paletas y demás herramientas en un carro de madera y formaron una cola para recibir su mísero salario. A pesar de que solo ganaban unos pocos peniques diarios, muchos de ellos habían tenido que pelearse para conseguir ese trabajo, que era un bien escaso en las provincias chinas arrasadas por la pobreza.

Con el equipo y las piezas guardadas en los carros y los trabajadores despedidos, Hunt se retiró a su tienda de campaña tras cenar con Tsendyn y empaquetó sus pertenencias. Por primera vez, una sensación de incomodidad lo asaltó mientras registraba en su diario personal los acontecimientos del día. El hallazgo en el último momento de tan valioso objeto lo hacía más consciente de los peligros que lo rodeaban. Bandidos y saqueadores habían asaltado y robado a placer otras excavaciones de la provincia de Shaanxi, y un colega suyo había sido salvajemente golpeado por ladrones que buscaban bronce milenarios. Por otra parte, estaba el

ejército japonés. Aunque cabía la posibilidad de que no hicieran daño a un ciudadano británico, podían perfectamente apoderarse de su trabajo y de los objetos que llevaba. Además, ¿y si el descubrimiento de la caja se demostraba una maldición para él como había sido para lord Carnarvon el hallazgo de la tumba de Tutankamon?

Metió el morral con la caja bajo su camastro y se sumió en un agitado sueño en el cual todos esos pensamientos lo martillaron sin cesar. La noche se hizo aún más ominosa por la presencia de un fuerte viento que no dejó de zarandear la tienda hasta el amanecer. Cuando se levantó, a la salida del sol, vio con alivio que el morral seguía a salvo bajo su camastro y que no había señales de soldados japoneses. Tsendyn se encontraba cerca, asando un poco de carne de cabra en un fuego de campaña, acompañado por los dos muchachos chinos huérfanos que le hacían de asistentes.

—Buenos días, señor. Hay té caliente listo —sonrió Tsendyn entregando una humeante taza a Hunt—. El equipo está embalado, y he enganchado las muías a los carros. Podemos marcharnos cuando quiera.

—Bien. Muy bien. Si no te importa, recoge mi tienda y ten cuidado con el morral que hay bajo el camastro —repuso Hunt sentándose en una caja de madera y contemplando la salida del sol mientras disfrutaba del té.

El primer disparo de artillería sonó en la distancia una hora más tarde, justo cuando el resto de la caravana se alejaba de las excavaciones de Shang-tu en tres carros tirados por muías. Más allá de las llanuras barridas por el viento, a kilómetro y medio, se hallaba el pueblo de Lanqui. La caravana cruzó la polvorienta aldea y se unió a un pequeño grupo de refugiados que se dirigían al oeste. A mediodía, las muías entraron en la antigua ciudad de Duolun, donde los hombres se detuvieron a comer en un lado del camino. Después de dar cuenta de unos insulsos fideos con caldo, llenos de bichos, siguieron adelante hasta un descampado de las afueras. Hunt trepó entonces a una de las carretas y oteó el cielo medio cubierto de nubes. Casi con la precisión de un reloj, sonó entonces un zumbido, y el arqueólogo divisó una mancha plateada que se fue agrandando en el cielo a medida que se acercaba a la zona de aterrizaje. Cuando el aeroplano estuvo próximo, Hunt sacó un pañuelo y lo ató a un largo palo que clavó en el campo para que sirviera de improvisada manga de aire, y así el piloto pudiera saber la dirección del viento.

Suavemente, el piloto hizo dar un amplio giro al ruidoso avión de fuselaje metálico y, a continuación, lo hizo descender rápidamente y posarse en el campo de hierba. Hunt se sintió aliviado al comprobar que se trataba de un trimotor Fokker F-VII b, un aparato resistente y seguro, adecuado para volar sobre territorios inhóspitos y desolados. Observó con curiosidad que bajo la ventanilla del piloto aparecía pintado el nombre *Blessed Betty*.

Los motores apenas se habían detenido con un petardeo cuando la puerta del fuselaje se abrió y dos hombres vestidos con cazadoras de cuero saltaron al suelo.

—¿Es usted Hunt? Me llamo Randy Schodt —saludó el piloto, un tipo alto de rostro atezado pero amistoso que hablaba con fuerte acento estadounidense—. Mi hermano Dave y yo lo llevaremos a Nanking. Al menos eso es lo que dice el contrato —añadió dándose una palmada en el bolsillo de la cazadora.

—¿Qué hacen un par de yanquis por estos parajes? —preguntó Hunt, perplejo.

—No nos gustaba trabajar en el astillero que teníamos al lado de casa, en Erie, Pensilvania —repuso Dave Schodt, un tipo afable, como su hermano, y siempre dispuesto a bromear.

—Llevamos tiempo volando para el ministerio chino de Transportes, apoyando la prolongación de la línea de ferrocarril Pekín-Shangai. Lo malo es que el trabajo ha quedado bruscamente interrumpido a causa de las molestias ocasionadas por los amigos japoneses —añadió Randy con una sonrisa burlona.

—Me temo que hay un pequeño cambio de planes —replicó Hunt haciendo caso omiso de la chanza—. Necesito que me lleven a Ulan Bator.

—¿A Mongolia? —preguntó Randy, rascándose la cabeza—. Bueno, supongo que por mi parte no hay problema, siempre que nos alejemos de la vanguardia del ejército japonés.

—Iré a comprobarlo en las cartas de vuelo, a ver si tenemos autonomía suficiente para llegar hasta allí. Espero que haya una gasolinera cerca cuando aterricemos —rió Dave dirigiéndose hacia el avión.

Con ayuda de los pilotos, Hunt supervisó la carga de las piezas y el equipo más importante en el fuselaje del Fokker. Cuando el interior estuvo lleno de cajas de madera, Hunt cogió el morral que contenía la caja lacada y lo depositó con cuidado en el asiento delantero del pasajero.

—El vuelo a Ulan Bator tendrá doscientos veinte kilómetros menos que el vuelo a Nanking, pero con el viaje de regreso sobrepasaremos lo que su gente del Museo Británico contrató —le explicó Schodt extendiendo un mapa de la región encima de unas cajas. Ulan Bator, la capital de Mongolia, aparecía marcada con una estrella en la región norte central, a unos seiscientos kilómetros de la frontera con China.

—Tiene usted mi autorización —repuso el arqueólogo, entregándole una petición manuscrita para un cambio de ruta—. Le aseguro que el Museo Británico cubrirá cualquier gasto adicional.

—Seguro que sí —convino Schodt con una carcajada mientras se metía la nota en el bolsillo—. No querrá que sus preciosas piezas acaben en un museo de Tokio, ¿verdad? Bueno, Dave ha calculado la ruta y dice que podemos llegar hasta allí de un solo salto. Vamos a sobrevolar el desierto de Gobi, de modo que tenemos suerte de que nuestra *Blessed Betty* tenga tanques suplementarios. Podemos irnos cuando esté usted listo.

Hunt se acercó a los dos carros restantes que seguían cargados con el equipo y las

piezas. Tsendyn se hallaba de pie, sosteniendo las riendas de la mula principal y acariciando el hocico de otra.

—Bueno, Tsendyn, hemos tenido un verano difícil pero, al final, provechoso. Tu labor ha sido inapreciable para el éxito de la expedición.

—El honor ha sido mío. Usted ha rendido un gran servicio a mi país y a mi cultura. Mis herederos le estarán eternamente agradecidos.

—Llévate el resto de las piezas junto con el equipo a Sijiaz-huang. Desde allí podrás tomar el tren a Nanking. Un representante del Museo Británico se reunirá contigo para arreglar el envío de las piezas a Londres. Yo te esperaré en Ulan Bator, donde investigaremos nuestro último descubrimiento.

—Espero con ansia nuestro próximo trabajo —repuso Tsendyn estrechando la mano del arqueólogo.

—Adiós, amigo mío.

Hunt subió al avión mientras los tres motores radiales Wright Whirlwind de doscientos veinte caballos cobraban vida con un bramido. Tsendyn permaneció donde estaba y observó cómo el piloto orientaba el avión cara al viento y daba gas a fondo. Con un rugido ensordecedor, el aeroplano empezó a acelerar por el campo hasta que se elevó lentamente en el aire. Haciendo girar al gran avión en un suave arco hacia el noroeste, Schodt enfiló hacia la frontera con Mongolia mientras ganaba altitud.

Tsendyn se quedó mirando hasta que vio desaparecer el avión en el horizonte y el zumbido de los motores se desvaneció en sus oídos. Solo entonces metió la mano en el bolsillo de su abrigo para asegurarse. El rollo de seda seguía allí, como había estado desde última hora de la noche anterior.

Llevaban dos horas de vuelo cuando Hunt cogió el morral y sacó la caja lacada. El aburrimiento del vuelo combinado con la emoción de lo hallado era demasiado tentador y sintió la necesidad de tener entre sus manos una vez más el pedazo de seda. Con la caja en sus manos, notó el familiar peso del tubo de bronce rodando tranquilizadamente en su interior. Sin embargo, algo no encajaba. Abrió la tapa y encontró la piel de leopardo fuertemente enrollada y apartada a un lado, como había estado desde el principio. El tubo de bronce se encontraba a su lado, a salvo, en apariencia; pero, al levantarlo, lo notó más pesado de lo que recordaba. Retiró la tapa rápidamente con manos temblorosas, liberando un montón de arena que se derramó en su regazo. Cuando el último grano hubo caído, Hunt miró dentro del tubo y vio que el rollo de seda había desaparecido.

Sus ojos se desorbitaron al darse cuenta de que lo habían engañado, y tuvo que hacer un esfuerzo para recobrar el aliento. La sorpresa no tardó en convertirse en indignación. Inmediatamente gritó a los pilotos:

—¡Hemos de volver! ¡Den media vuelta a este avión! ¡Den media vuelta ya!

Pero sus órdenes no fueron obedecidas. En la cabina, ambos pilotos tenían de

repente un asunto mucho más grave del que ocuparse.

El bombardero Mitsubishi G3M, conocido con el apodo de Nell, no se hallaba en absoluto en misión de bombardeo. Volando solo a una altitud de tres mil metros, el bimotor llevaba a cabo una misión de reconocimiento para sondear los recursos aéreos de Rusia, que se rumoreaba que habían aparecido en Mongolia.

Tras su fácil conquista de Manchuria y el exitoso avance por el norte de China, los japoneses habían puesto los ojos en los importantes puertos marítimos y minas de Siberia, en el norte. Sospechando las intenciones japonesas, los rusos ya habían reforzado sus fuerzas defensivas en Siberia; y, recientemente, habían firmado un pacto con Mongolia que les permitía desplegar tropas y aviones en aquel país, prácticamente deshabitado. En todo caso, los japoneses se mostraban muy activos, recopilando información, sondeando y poniendo a prueba las líneas defensivas rusas, preparándose para la ofensiva definitiva que pensaban lanzar desde Manchuria a mediados de 1939.

El Nell volvía con las manos vacías de su incursión en Mongolia oriental, sin haber encontrado rastro de concentraciones de tropas o de la construcción de pistas de aterrizaje para los aviones rusos. El piloto japonés concluyó que, si existía alguna actividad militar rusa en Mongolia, tenía que localizarse mucho más al norte. Bajo él no había nada salvo alguna ocasional tribu nómada que deambulaba por el desierto de Gobi junto con sus rebaños de animales.

—Nada ahí abajo —dijo conteniendo un bostezo el copiloto del Nell, un joven teniente llamado Miyabe—. No sé por qué nuestro comandante está tan interesado en este territorio.

—Supongo que porque puede hacer funciones de tapón para los más valiosos del norte —repuso el capitán Negishi—. Lo único que espero es que nos trasladen a primera línea cuando empiece la invasión hacia el norte; nos estamos perdiendo toda la diversión de Shangai y Pekín.

Mientras Miyabe contemplaba el llano terreno que discurría bajo el bombardero, un breve destello metálico apareció en el rabillo de sus ojos. Escrutó el paisaje y localizó la fuente de la luz.

—Señor, tenemos un avión delante de nosotros y volando más bajo —dijo señalando con su enguantada mano el objeto.

Negishi se asomó hacia delante y enseguida localizó el aeroplano.

—Está cruzando nuestro camino —comentó el piloto japonés alzando el tono—. ¡Por fin una ocasión para la lucha!

—Pero, señor, no es un avión de combate. Ni siquiera creo que sea chino —advirtió Miyabe, observando los distintivos del Fokker—. Nuestras órdenes son entablar combate solamente contra aviones chinos.

—Ese vuelo supone un riesgo —rebatió Negishi—. Además, teniente, será un

buen blanco con el que practicar.

Sabía perfectamente que en el ejército japonés nadie recibía una reprimenda por actuar agresivamente en el teatro de operaciones chino. Además, como piloto de bombardero, tenía pocas oportunidades de entablar combate y destruir otros aviones. Se trataba de una oportunidad, y no pensaba desaprovecharla.

—¡Artilleros a sus puestos! —ordenó a través del intercomunicador—. ¡Preparados para una acción aire-aire!

Los cinco hombres que componían la tripulación se pusieron inmediatamente en marcha para ocupar sus posiciones. En lugar de adoptar el papel de presa para aviones más pequeños y veloces, tal como le correspondía, la tripulación del bombardero se convirtió de repente en el cazador. El capitán Negishi calculó mentalmente un rumbo de intersección con el trimotor; luego, redujo la velocidad e inició un lento giro hacia estribor. El Fokker pasó bajo ellos. Negishi salió del giro y se situó en la cola del plateado trimotor.

Volvió a acelerar mientras el Fokker seguía adelante. Con una velocidad máxima de trescientos noventa kilómetros por hora, el Mitsubishi era el doble de rápido que el trimotor y acertó fácilmente la distancia.

—¡Preparadas las ametralladoras de proa! —ordenó Negishi al tiempo que el desarmado avión crecía en los visores.

Sin embargo, el trimotor no se iba a quedar quieto como un pato. Randy Schodt ya había visto el bombardero y había seguido sus evoluciones hasta que se había situado en su cola. Sus esperanzas de que el avión japonés estuviera haciendo una maniobra inofensiva se desvanecieron cuando el Mitsubishi se situó claramente detrás de él en lugar de al lado. Incapaz de superar por velocidad al avión militar, Randy hizo lo único que podía hacer.

El artillero de la torreta del bombardero no había hecho más que apretar el gatillo de su ametralladora de 7,7 mm cuando el trimotor giró bruscamente a la izquierda y pareció inmovilizarse en el aire. Los proyectiles del artillero se perdieron inofensivamente en el cielo mientras el bimotor superaba a toda velocidad a su presa.

La inesperada maniobra pilló totalmente desprevenido a Negishi, que maldijo por lo bajo mientras intentaba forzar al bombardero para que siguiera al escurridizo trimotor. El tableteo de una ametralladora resonó en el fuselaje mientras el artillero de babor seguía el brusco giro del Fokker y lo rociaba con una ráfaga.

Dentro del avión, Hunt soltó una maldición contra los pilotos al oír que las cajas con las muestras y las piezas rodaban de un lado a otro. Un fuerte ruido le indicó que las porcelanas acababan de hacerse añicos por la brusca maniobra. No fue hasta que el Fokker giró, cuando Hunt vio por la ventanilla el bombardero japonés y comprendió lo que ocurría.

A los mandos, Randy Schodt intentó todas las maniobras que conocía para

librarse del Mitsubishi, confiando en que, al final, el bombardero abandonaría la persecución. Pero el piloto japonés estaba furioso por haber sido burlado una vez y lo acosaba sin descanso. Una y otra vez, Schodt frenó en seco su avión para quitarse al bombardero de encima, lo que le obligaba a dar toda una vuelta para volver a tenerlo en su punto de mira. Pero el cazador no estaba dispuesto a renunciar a su presa, y Schodt acabó teniendo al Mitsubishi encima. Finalmente, uno de los artilleros dio en el blanco.

El estabilizador de cola del Fokker fue el primero en desaparecer, hecho trizas por una lluvia de plomo. Negishi se pasó la lengua por los labios sabiendo que el avión no podría girar sin la ayuda del estabilizador. Sonriendo igual que un lobo, se aproximó para el golpe definitivo. Cuando los artilleros abrieron fuego, se quedó perplejo al ver que el Fokker volvía a ladearse hacia la derecha y frenaba de golpe.

Randy Schodt todavía no se había rendido. Con Dave manejando los controles de los motores de las alas, todavía podía maniobrar y esquivar al Mitsubishi. Nuevamente, el fuego de las ametralladoras dio inofensivamente en el fuselaje; Hunt torció el gesto cuando otra caja de muestras quedó hecha pedazos.

Cansado de las tácticas de su oponente, Negishi hizo virar el bombardero en un amplio arco y arremetió contra el Fokker de costado. Esa vez no tuvo ninguna posibilidad de escapar de las ametralladoras, y su motor de estribor voló en pedazos bajo una ráfaga de balas. Una nubécula de humo salió del motor cuando Randy cortó el combustible para evitar que se incendiara. Jugando con los dos motores que le quedaban, siguió luchando con toda su habilidad para mantener el Fokker en el aire y lejos de su enemigo. Pero se le estaba agotando el tiempo. Una certera ráfaga del artillero desde la torreta deshizo los controles del Fokker poniendo fin al vuelo del *Blessed Betty*.

Sin poder controlar la altitud, el herido trimotor empezó a caer hacia el suelo. Schodt miró impotente cómo el Fokker descendía con las alas hechas trizas. Increíblemente, el avión mantuvo el equilibrio durante el descenso, con el morro solo levemente inclinado. Justo antes del impacto, Randy cortó el combustible de los dos motores que le quedaban. Entonces, notó que la punta del ala izquierda golpeaba contra el suelo lanzando al avión en una espectacular cabriola.

La tripulación del bombardero contempló con cierta decepción cómo el Fokker se estrellaba pero no ardía ni explotaba. Después de capotar, los restos del trimotor cayeron por un arenoso barranco.

A pesar de lo que les había costado abatir un aeroplano civil, los vítores resonaron en el bombardero.

—Bien hecho, muchachos, pero la próxima vez debemos hacerlo mejor —alabó Negishi a sus hombres antes de virar el bimotor y poner rumbo a Manchuria.

A bordo del Fokker, Randy y su hermano murieron en el acto cuando la carlinga

quedó aplastada en la primera cabriola. Hunt sobrevivió, pero tenía la espalda rota y una pierna casi arrancada. Durante dos días se aferró dolorosamente a la vida antes de perecer en medio de los hierros retorcidos del fuselaje. Con las últimas energías que le quedaban, aferró contra su pecho la caja de madera lacada y maldijo su repentina mala suerte. Mientras exhalaba su último suspiro no supo que, fuertemente sujeta entre sus brazos, sostenía la pista del mayor de los tesoros que el mundo ha conocido.

I.
OLA SECA

2 de junio de 2007. Lago Baikal, Siberia.

Las tranquilas aguas del lago más profundo del mundo brillan con el color azul traslúcido propio de un zafiro pulido. Alimentadas por antiguas y frías corrientes, que están libres de lodo y sedimentos, el lago Baikal posee unas aguas particularmente cristalinas. Un pequeño crustáceo, el *Baikal epishura*, pone su granito de arena devorando las algas y el plancton que enturbian la mayoría de los lagos de agua dulce. La combinación produce unas aguas de claridad tan asombrosa que en los días soleados es posible ver una moneda arrojada a una profundidad de treinta metros.

Rodeado de nevadas cumbres por el norte y de densos bosques de taiga de abedules, abetos y alerces por el sur, la «perla azul de Siberia» surge como un faro de belleza en medio de un paisaje por otra parte hostil. Situado en el centro mismo de Siberia, y con su forma de luna creciente, sus seiscientos kilómetros de longitud se curvan de sur a norte por encima de la frontera con Mongolia. La enorme masa de agua del lago Baikal alcanza profundidades de casi kilómetro y medio y contiene una quinta parte de toda el agua dulce del planeta, más que todos los Grandes Lagos de América del Norte juntos. Solo unas pocas aldeas de pescadores bordean su costa, por lo que el enorme lago es un remanso de tranquilidad. Únicamente en su extremo meridional se encuentran centros de población significativos. Irkutsk, una ciudad siberiana de medio millón de habitantes, se levanta a sesenta kilómetros al oeste; mientras que, a poca distancia de su orilla este, se halla la antigua ciudad de Ulan-Ude.

Theresa Hollema alzó la vista de su ordenador portátil y admiró brevemente las montañas púrpuras que se divisaban al otro extremo del lago, coronadas por las algodonosas nubes que acariciaban sus cimas. La geofísica holandesa se deleitó con aquellos límpidos cielos azules de los que tan raramente podía disfrutar en su casa de las afueras de Ámsterdam. Aspirando una bocanada del fresco aire, intentó inconscientemente absorber la belleza del paisaje a través de todos sus sentidos.

—Hace un bonito día en el lago, ¿verdad? —preguntó Tatiana Borjin con el inexpresivo tono propio de todos los académicos rusos cuando se expresan en inglés. Pero ni la brusquedad en el hablar ni su personalidad práctica encajaban con su aspecto. A pesar de que parecía pertenecer a la etnia local de los buryat, en realidad era mongola. Con largos cabellos negros, bronceada piel y ojos casi almendrados poseía una belleza recia y natural. Sin embargo, en sus oscuros ojos había una profunda intensidad que indicaba que se tomaba todos los asuntos de la vida con áspera seriedad.

—No tenía idea de que Siberia fuera un lugar tan bonito —repuso Theresa—. El lago es una maravilla, tan tranquilo y sereno.

—Sí, en estos momentos es como una pacífica joya, pero se puede volver maligna en un instante. El Sarma, el repentino viento del oeste, puede desatarse con la violencia de un huracán. Los cementerios locales están llenos de pescadores que no respetaron las fuerzas del Baikal.

Un escalofrío recorrió la espalda de Theresa. Tenía la impresión de que los lugareños hablaban constantemente del espíritu del lago. Las cristalinas aguas del Baikal eran una fuente cultural de la cual los siberianos se sentían orgullosos, y el deseo de proteger el lago de los contaminantes industriales había dado lugar a que surgiera un movimiento ecologista a escala mundial.

Hasta el gobierno ruso se sorprendió ante el rechazo generalizado que provocó su decisión de construir una planta de tratamiento de celulosa en la ribera meridional, cincuenta años atrás. Theresa confiaba en que ninguna zodiac de Greenpeace apareciera para recriminarle su presencia en el lago.

Al menos, su misión era relativamente inofensiva. O de eso intentaba convencerse. Su compañía, la Royal Dutch Shell, había sido contratada para que informara sobre las fugas de hidrocarburos que se habían detectado en determinada zona del lago. Nadie había dicho una palabra sobre perforaciones ni pozos de exploración, y ella confiaba en que tal cosa nunca llegaría a ocurrir. Su compañía simplemente procuraba mimar a los propietarios de ciertos campos de exploración petrolíferos de Siberia con la esperanza de hacer mejores negocios.

Theresa nunca había oído hablar del Avarga Oil Consortium antes de llegar a Siberia, pero sabía que había un montón de empresas compitiendo en el mercado petrolífero ruso. Algunas compañías respaldadas por el gobierno, como Yukos o Gazprom, ocupaban los titulares; pero, como en otros lugares del mundo, siempre había pequeños perforadores que se habían hecho con un pedazo del pastel. A juzgar por lo que había visto hasta esos momentos, Avarga Oil no había conseguido ni las migas.

—Está claro que no están reinvertiendo sus beneficios en investigación y desarrollo —bromeó con los dos técnicos de Shell que la acompañaban mientras contemplaba, antes de subir a bordo, la pequeña embarcación alquilada para las tareas de exploración.

—Sí. Tiene gracia cómo lo han pintado para que parezca un pesquero a punto de irse a pique —contestó con una risotada Jim Wofford, un alto y simpático geofísico de Arkansas que lucía un tupido mostacho y una sonrisa fácil.

Parecía como si al pequeño pesquero de elevada proa lo hubieran rescatado recientemente del fondo del lago. La pintura exterior estaba desconchada por todas partes, y todo el barco apestaba a madera podrida y pescado muerto. Los metales no habían visto un trapo en décadas, y la cubierta solo había recibido un baldeo gracias a los últimos aguaceros. Theresa notó con preocupación que la bomba de achique

parecía estar en permanente funcionamiento.

—No tenemos barcos propios —dijo Tatiana sin intención de disculparse. Como representante de Avarga Oil, había sido la única intermediaria entre la empresa y los técnicos del equipo de Shell.

—No pasa nada —repuso Wofford con una sonrisa—. Lo que le falta de espacio lo compensa con incomodidad.

—Desde luego, pero me juego algo a que hay caviar escondido en alguna parte —contestó Dave Roy, el ingeniero sísmico compañero de Wofford que hablaba con un suave acento de Boston. Como Roy bien sabía, el lago Baikal era el hábitat natural de un enorme tipo de esturión que podía llevar en sus tripas hasta veinte kilos de caviar.

Theresa echó una mano a Roy y a Wofford para embarcar el equipo —los monitores sísmicos, cables y dos SSA— y colocarlo todo en el estrecho puente de popa del pesquero de nueve metros de eslora.

—¿Caviar? ¿Con vuestra afición por la cerveza? —se burló Theresa.

—En realidad, forman una combinación excelente —replicó Roy con burlona seriedad—. El alto contenido de sodio del caviar produce una necesidad de hidratación que las bebidas elaboradas con malta satisfacen plenamente.

—En otras palabras, una excusa como cualquier otra para beber más cerveza.

—¿Y quién necesita una excusa para beber cerveza? —preguntó falsamente indignado Wofford.

—Me rindo —rió Theresa—. No tengo ninguna intención de discutir con un alcohólico, y menos con dos.

Tatiana los miró sin sonreír. Luego, cuando el equipo estuvo a bordo, hizo un gesto con la cabeza señalando al capitán de la embarcación. Se trataba de un hombre de expresión adusta que solía llevar una gorra de cuadros pero cuyo rasgo más notable era una enorme y bulbosa nariz enrojecida por el ingente consumo de vodka. El hombre se metió en la estrecha timonera, puso en marcha el humeante motor diesel y, después, soltó amarras. El barco se desplazó lentamente por el pequeño puerto turístico de Listvianka, situado en la orilla sudoeste del lago, y empezó a surcar las plácidas aguas.

Tatiana desplegó un mapa del Baikal y señaló una zona a unos sesenta kilómetros al norte del pueblo.

—Exploraremos este sector, en la bahía de Peschanaia —anunció a los geólogos—. Tenemos informes de los pescadores de la zona de que se han visto numerosas manchas de petróleo en la superficie. Eso podría indicar algún tipo de fuga de hidrocarburos.

—No pensarás tenernos olfateando en aguas profundas, ¿verdad, Tatiana? —preguntó Wofford.

—Soy consciente de las limitaciones del equipo de que disponemos. A pesar de

que hay algunas posibles fugas en el centro del lago, comprendo que allí la profundidad es excesiva para que realicemos nuestras exploraciones. Nuestro objetivo se centrará en cuatro ubicaciones en la parte sur del Baikal que están próximas a la orilla, presumiblemente en aguas someras.

—Bueno, no nos costará averiguarlo —dijo Roy mientras enchufaba el cable impermeable de transmisión de datos en el sensor de arrastre con forma de pequeño torpedo amarillo. Además de proporcionar una imagen acústica del lecho del lago, el sensor del sonar de escaneo lateral también indicaría la profundidad relativa mientras fuera remolcado.

—¿Todas las zonas están localizadas frente a la orilla occidental? —preguntó Theresa.

—Solo las situadas en la bahía de Peschanaia. Tendremos que cruzar el lago para ir a las otras tres, porque se encuentran cerca de la orilla oriental.

El viejo pesquero se alejó de los muelles de Listvianka, tras pasar ante el ferry hidroplano que se disponía a atracar a su regreso de Port Baikal, en la orilla opuesta del río Angara. El moderno y afilado ferry parecía fuera de lugar al lado de la pequeña flota de viejos pesqueros de madera que llenaba los amarres de Listvianka.

La embarcación dejó atrás el puerto y viró hacia el norte, siguiendo la escarpada orilla occidental del lago. Tupidos bosques de taiga descendían hasta la orilla misma formando una frondosa alfombra verde interrumpida por herbosas planicies. Los intensos colores del paisaje que se elevaba contra el cristalino azul del lago hacían que a Theresa le costara hacerse una idea de lo inclemente que podía ser aquella región en pleno invierno, cuando el lago quedaba cubierto por una capa de hielo de metro y medio de espesor. El escalofrío que sintió al pensarlo hizo que se alegrara de estar visitándolo cuando los días se hacían más largos.

Sin embargo, tampoco le importaba demasiado. La verdadera pasión de la ingeniera petrolífera era viajar, y con gusto habría visitado el lago en el mes de febrero por el simple placer de la experiencia. Brillante y analítica, había escogido su profesión no tanto por el reto intelectual que planteaba, sino por la oportunidad que le brindaba de viajar por todo el mundo. Sus prolongadas estancias en Indonesia, Venezuela y el Báltico se habían visto con frecuencia interrumpidas por breves escapadas como aquella, cuando la enviaban a explorar remotos y potenciales campos petrolíferos. Trabajar en un entorno masculino tampoco le suponía un inconveniente; su vivaz personalidad y su humorística visión de la vida siempre acababan derribando las barreras con los hombres que previamente no se habían sentido atraídos por su atlética constitución, oscuro cabello y ojos castaños.

Sesenta kilómetros al norte de Listvianka, una pequeña bahía llamada Peschanaia hendía la orilla occidental y protegía una playa de arena. Cuando el capitán puso proa hacia la bahía, Tatiana se volvió hacia Theresa y anunció:

—Empezaremos aquí.

Con el motor en punto muerto, y el barco derivando, Roy y Wofford bajaron por la popa el SSA mientras Theresa montaba una antena GPS en el pasamanos y la enchufaba al ordenador del sonar. Tatiana comprobó la sonda en la timonera y gritó:

—¡Treinta metros de profundidad!

—Está bien, no es demasiado profundo —comentó Theresa mientras la embarcación reanudaba la marcha remolcando el sensor a unos treinta metros por detrás. Una imagen digitalmente aumentada del fondo del lago empezó a correr por el monitor de color que captaba las procesadas ondas de sonido que emitía el SSA.

—Podremos recibir datos significativos siempre que la profundidad no exceda los cincuenta metros —dijo Wofford—. Para profundidades mayores necesitaremos más cable y una barca mayor.

—Y más caviar —añadió Roy con aire hambriento.

Lentamente, el pesquero fue recorriendo la bahía en apretado zigzag mientras su capitán maniobraba con leves giros de timón, y los cuatro especialistas se concentraban en el monitor del sonar situado en la popa. Las formaciones geológicas poco habituales fueron anotadas, y sus posiciones, señaladas mientras los experimentados investigadores buscaban en el lecho del lago pruebas que indicaran posibles fugas de hidrocarburos. Para verificar las fugas habría que realizar estudios más avanzados mediante toma de muestras del fondo y análisis geoquímicos, pero el sonar de escaneo lateral permitiría que los investigadores señalaran los puntos geológicos que merecerían ser explorados.

Cuando llegaron al extremo norte de la bahía, Theresa se levantó y se estiró justo cuando el capitán hacía virar la embarcación y la enfilaba para realizar el último barrido. Vio entonces que en el centro del lago había un gran barco de color gris sucio que navegaba hacia el norte. Tenía aspecto de ser algún tipo de navío de investigación con un viejo helicóptero posado en el puente de popa. Los dos rotores del aeroplano giraban como si se dispusiera a despegar. Escrutando por encima de la superestructura, vio que en el mástil ondeaba tanto la bandera estadounidense como la rusa. Theresa supuso que se trataba de una misión conjunta. Al informarse acerca del lago Baikal le había sorprendido enterarse del interés de los científicos occidentales en el pintoresco lago y en su exclusiva flora y fauna. Geofísicos, microbiólogos y naturalistas llegaban de todos los rincones del mundo para estudiar el lago y sus cristalinas aguas.

—¡Otra vez conectados! —sonó la voz de Roy desde el otro lado del puente.

Veinte minutos más tarde, llegaron a la punta sur de la bahía y completaron el barrido. Theresa llegó a la conclusión de que eran tres las estructuras del lecho detectadas por el sonar que merecían una exploración en profundidad.

—Con esto tenemos bastante para iniciar el programa de hoy —dijo Wofford—.

¿Adónde vamos a continuación?

—Cruzaremos el lago hasta esta posición de aquí —repuso Tatiana, dando un golpecito en el mapa con su huesudo dedo—. A treinta y cinco kilómetros al sudeste de nuestra posición actual.

—Bueno, mejor será que dejemos el sonar en el agua. No creo que esta embarcación pueda navegar a una velocidad notablemente superior a la de exploración. Así tendremos una imagen de las profundidades mientras cruzamos —comentó Theresa.

—No hay problema —contestó Wofford, sentándose en el puente, estirando las piernas y apoyándolas en el pasamanos. Mientras observaba de hito en hito la pantalla del monitor, una expresión de perplejidad apareció en su rostro.

—Qué raro... —murmuró.

Roy se acercó y examinó la pantalla. La oscura imagen del fondo del lago se había vuelto loca de repente y mostraba una serie de picos que barrían el monitor.

—¿No estaremos arrastrando el sensor submarino por el fondo? —preguntó.

—No —contestó Wofford, que había comprobado la profundidad—. Sigue deslizándose a cuarenta metros por encima del fondo.

La interferencia continuó durante varios segundos más. Luego, tan bruscamente como había empezado, cesó. Los contornos del lecho del lago volvieron a desfilarse por el monitor en una imagen nítida.

—Puede que uno de esos esturiones gigantes haya intentado dar un bocado a nuestro sensor —bromeó Wofford, aliviado porque el equipo volviera a funcionar normalmente. Sin embargo, sus palabras estuvieron seguidas de un profundo y grave temblor que resonó por el agua.

Mucho más prolongado y grave que el retumbar de un trueno, el rumor sonaba extrañamente amortiguado. Durante casi medio minuto pudieron oírlo. Todos los ojos de la embarcación miraron hacia el norte, que era de donde provenía, pero no se percibía ninguna probable fuente.

—¿Estarán construyendo algo en alguna parte? —preguntó Theresa, buscando una respuesta.

—Puede —repuso Roy—, pero estamos muy lejos de cualquier lugar.

Observando el monitor, vio que una breve mancha de ruido emborronaba la imagen del fondo antes de que esta reapareciera con nitidez.

—Sea lo que sea —dijo Wofford torciendo el gesto—, me gustaría que dejara de interferir en nuestros equipos.

2

Quince kilómetros al norte, Rudi Gunn salió al ala exterior del puente de mando del grisáceo barco de investigaciones ruso *Vereshchagin* oteó el límpido cielo. Se quitó las gafas de gruesa montura de concha, limpió cuidadosamente los cristales, volvió a ponérselas y oteó de nuevo. Meneando la cabeza entró en la cabina y masculló:

—Ha sonado igual que un trueno, pero en el cielo no hay ni una sola nube.

Una risotada proveniente de un corpulento sujeto de cabellos y barba negros sonó ante aquellas palabras. El doctor Alexander Sargov tenía el imponente aspecto de un oso de circo, pero suavizado por una jovial actitud y unos cálidos ojos chispeantes de vida. El geofísico del Instituto Limnológico de la Academia de Ciencias Rusa disfrutaba riendo, particularmente si era a costa de sus nuevos amigos estadounidenses.

—La verdad es que vosotros, los occidentales, sois muy graciosos —dijo con fuerte acento.

—Alexander, tendrás que disculpar a Rudi —respondió una profunda y amable voz desde el otro lado del puente—, pero es que nunca ha vivido en una zona de terremotos.

Los opalinos ojos verdes de Dirk Pitt brillaron de regocijo mientras colaboraba en tomar el pelo a su subordinado.

El responsable de la Agencia Nacional de Investigaciones Marítimas y Submarinas, NUMA, se levantó de la bancada de monitores y estiró su esqueleto de casi metro noventa tocando el techo de la cabina con las palmas de las manos. A pesar de que dos décadas de aventuras marinas habían dejado huella en su recio cuerpo, todavía estaba delgado y en buena forma. Únicamente unas patas de gallo de más y unos brotes canosos en las sienes indicaban la lucha contra el paso del tiempo.

—¿Terremotos? —inquirió Gunn. El inteligente vicedirector de la NUMA, graduado por Anápolis y antiguo comandante de la Armada, contempló el paisaje, asombrado—. He vivido un par de terremotos, pero, más que oírlos, los noté.

—Los pequeños hacen temblar la vajilla —dijo Pitt—, pero los grandes pueden llegar a sonar igual que un puñado de locomotoras a la vez.

—En el fondo del Baikal se produce mucha actividad tectónica —agregó Sargov—. En esta región, los terremotos son frecuentes.

—Personalmente, puedo vivir sin ellos —comentó Gunn con escaso entusiasmo mientras volvía a ocupar su sitio ante las pantallas de los ordenadores—. Confío en que no interrumpa nuestra recogida de datos sobre las corrientes del lago.

El *Vereshchagin* formaba parte de una expedición ruso-estadounidense que tenía la misión de investigar las inexploradas corrientes del lago Baikal. Persona poco

propensa a encerrarse en la sede de la NUMA en Washington, Pitt dirigía un pequeño equipo de investigación de la agencia del gobierno que colaboraba con los científicos locales del Instituto Limnológico de Irkutsk. Los rusos aportaban el barco y la tripulación; y los estadounidenses, las sonoboyas de alta tecnología y el equipo de monitorización con el que se dibujaría una imagen tridimensional del lago y sus corrientes.

Se sabía que la gran profundidad del Baikal creaba patrones de circulación únicos que se comportaban de modo impredecible. Historias de arremolinados vórtices que arrastraban barcas de pesca hasta las profundidades tirando de sus redes eran moneda común entre las comunidades de las orillas.

Comenzando en el extremo norte del lago, el equipo de científicos había desplegado docenas de pequeños sensores metidos en vainas de color naranja debidamente lastradas para que se mantuvieran a distintas profundidades mientras eran arrastradas por las corrientes. Midiendo constantemente la temperatura, la presión y su posición, los sensores enviaban instantáneamente la información a una serie de grandes transpondedores submarinos situados en puntos fijos predeterminados. Los ordenadores a bordo del *Vereshchagin* procesaban los datos de los transpondedores y mostraban los resultados en gráficos tridimensionales. Gunn echó un vistazo a la hilera de monitores situados ante su asiento y se concentró en uno concreto que mostraba un corte transversal del lago. La imagen se parecía a un montón de canicas naranjas flotando en un cuenco de helado de color azul. De repente, una hilera vertical de bolitas naranjas saltó rápidamente hacia la parte superior de la pantalla.

—¡Caray! —exclamó Gunn—. O uno de nuestros transpondedores se ha vuelto loco o en el fondo del lago se está produciendo una importante perturbación.

Pitt y Sargov se acercaron y estudiaron la imagen de las bolas naranjas que ascendían a la superficie.

—La corriente está subiendo de forma notable —dijo Sargov arqueando una ceja—. Me parece difícil de creer que el terremoto haya sido lo bastante fuerte para provocar esta clase de efecto.

—Quizá no haya sido el terremoto en sí —comentó Pitt—, sino un efecto colateral del mismo. Un corrimiento de tierras submarino provocado por un pequeño terremoto podría haber provocado una ascensión así.

De haber podido estar a ciento treinta y cinco millas al norte del *Vereshchagin* y a sesenta metros de la superficie, Pitt habría visto que tenía razón. El sordo rumor que se había percibido en el lago provenía de las ondas de choque de un fuerte terremoto que había medido 6,7 en la escala de Richter. Aunque posteriormente los sismólogos determinarían que su epicentro estaba cerca de la costa septentrional del lago, los peores efectos se habían dejado sentir a medio camino de la orilla oeste, cerca de la

isla Oljon, que era un pedazo de tierra yerma que surgía cerca del centro del lago. Justo a partir de la orilla de la isla, el suelo caía casi a pico hasta la zona de mayor profundidad del Baikal.

Una serie de estudios sísmicos habían revelado varias líneas de falla bajo el lecho del lago, incluida una en la misma isla Oljon. Si un geólogo hubiera examinado dichas líneas antes y después del terremoto, habría medido un movimiento de menos de tres milímetros. Sin embargo, esos milímetros habían bastado para crear lo que los científicos llamaban «una ruptura de falla con desplazamiento vertical». Es decir, un corrimiento de tierras submarino.

Los invisibles efectos del terremoto desprendieron una masa de sedimentos aluviales de casi veinte metros de grosor y del tamaño de una montaña. La aglomeración de materia se precipitó por el barranco submarino igual que una avalancha, acumulando masa e impulso a medida que caía. La mole de roca, sedimento y lodo cayó casi un kilómetro, llevándose con ella otros afloramientos rocosos, antes de chocar contra el fondo del lago a una profundidad de mil quinientos metros.

En cuestión de segundos, millones de metros cúbicos de sedimentos fueron arrojados en el lecho del lago en medio de una sucia nube de lodo. El apagado rumor del enorme corrimiento de tierras se disipó rápidamente, pero la violenta energía por él desatada no había hecho más que ponerse en marcha. El sedimento desplazó una enorme masa de agua; primero la empujó hacia el fondo del lago y, después, la impulsó hacia la superficie. El efecto fue como el de una mano ahuecada que aplasta el agua en una bañera. La fuerza de los millones de metros cúbicos de agua desplazados tenía que escapar por alguna parte.

El corrimiento submarino había caído en dirección sur desde la isla de Oljon, y esa fue la dirección en que empezó a moverse la montaña de agua resultante. Al norte del corrimiento, el lago permaneció relativamente estable; pero, hacia el sur, se desató una ola gigante y devastadora. En el mar, semejante fenómeno habría recibido el nombre de «tsunami»; pero, en los confines de un lago de agua dulce, se llamaba una «ola seca».

El agua subió a la superficie en forma de una ola de tres metros de alto que comenzó a desplazarse hacia el sur por el pasillo inferior del lago. A medida que la ola seca era empujada hacia aguas menos profundas, fue aumentando en altura y velocidad en la superficie. Para aquéllos que la encontraran en su camino sería un muro líquido y mortal.

En el puente del *Vereshchagin*, Pitt y Gunn siguieron la evolución de la ola asesina con creciente preocupación. Un mapa tridimensional ampliado del lago al sur de la isla Oljon mostraba un torbellino de bolas naranjas que saltaban en rápida sucesión a lo largo de la línea que se expandía.

—Filtra únicamente los sensores de superficie, Rudi —pidió Pitt—. Veamos qué está pasando arriba.

Gunn introdujo unas breves instrucciones en el ordenador y, de repente, en la pantalla surgió una imagen bidimensional que mostraba toda una serie de sensores de superficie saltando a lo largo de una extensión de cinco millas del lago. Los ojos de los presentes en el puente se concentraron en el monitor a medida que sensor tras sensor iban saltando apreciablemente a lo largo de una línea que progresaba de norte a sur.

—De acuerdo, es una ola solitaria, y los sensores suben casi cinco metros a medida que pasa —informó Gunn, que comprobó una vez más sus cálculos y se volvió hacia Pitt y Sarjov asintiendo con aire sombrío.

—Sin duda, un corrimiento de tierras podría producir una ola como esa —dijo Sargov interpretando las imágenes electrónicas. Luego, el ruso señaló un mapa del lago que colgaba de uno de los mamparos—. La ola pasará por el poco profundo^[1] delta del río Selenga en su trayecto hacia el sur. Puede que eso reduzca su fuerza.

Pitt meneó la cabeza.

—A medida que la ola alcance aguas someras lo más probable es que se produzca el efecto contrario y aumente su fuerza de superficie —dijo antes de volverse hacia Rudi y preguntar—: ¿A qué velocidad se mueve, Rudi?

Gunn trazó con el ratón una línea entre dos sensores y calculó la distancia que los separaba.

—Basándome en los picos de los sensores, la ola parece estar viajando a una velocidad de ciento ochenta kilómetros por hora.

—Lo cual significa que la tendremos encima en unos cincuenta minutos —calculó Pitt.

Su mente se había puesto a trabajar a toda velocidad. Sabía que el *Vereshchagin* era un navío estable y robusto y que tenía muchas posibilidades de pasar por encima de la ola con un mínimo de daños. Los desperfectos más graves los sufriría el resto del tráfico del lago: las pequeñas embarcaciones de pesca y transporte que no habían sido diseñados para resistir el embate de una ola seca de tales dimensiones. Además, estaban los habitantes de las riberas, que serían víctimas de una repentina inundación de las áreas bajas de alrededor del lago. Se volvió hacia Sargov.

—Alexander, te aconsejo que hables con el capitán para que radie inmediatamente un aviso de emergencia a todos los barcos del lago. Cuando la gente aviste la ola será demasiado tarde para que puedan huir. También tenemos que contactar con las autoridades en tierra para que evacuen a todos los residentes que puedan verse afectados por la inundación. ¡No hay tiempo que perder!

Sargov corrió hasta la radio del barco y emitió personalmente el aviso. El aparato crepitó con infinidad de llamadas de los que respondían pidiendo confirmación de la

emergencia. Aunque Pitt no hablaba ruso, a juzgar por el tono de incredulidad de los que contestaban, comprendió que bastantes de ellos creían que Sargov estaba bebido o loco; de modo que no tuvo más remedio que sonreír cuando el rostro del habitualmente jovial científico se congestionó y soltó una sarta de obscenidades por el micrófono.

—¡Estúpidos pescadores! —maldijo—. ¡Me han llamado chiflado!

La alarma cobró fuerza cuando una barca de pesca, que se encontraba en una ensenada protegida de la bahía de Aya, consiguió evitar por los pelos que el extremo de la ola seca la hiciera zozobrar al pasar, y su capitán informó histéricamente del suceso. Pitt escrutó el horizonte con unos prismáticos y vio media docena de barcos de pesca, un pequeño carguero y el ferry hidroplano que se dirigían a todo motor hacia la seguridad de Listvianka.

—Me da la impresión de que al final te han hecho caso, Alex —dijo Pitt.

—Sí —contestó Sargov, aliviado—. El departamento de policía de Listvianka ha enviado un mensaje de alerta a todas las comisarías del lago y se dispone a ir de puerta en puerta para que evacuen las zonas de riesgo. Hemos hecho todo lo que podíamos.

—Bueno, puede que ahora quieras pedir a nuestro capitán que ordene avante a toda máquina y nos lleve hacia Listvianka y la orilla occidental del lago tan rápidamente como pueda —propuso Pitt sonriendo al ver que Sargov se había olvidado de su apremiante situación.

Mientras el *Vereshchagin* viraba hacia Listvianka y aumentaba la velocidad, Gunn estudió el mapa del Baikal y pasó el dedo por el extremo inferior del lago, que se arqueaba hacia el oeste.

—Si la ola sigue su curso en dirección sur, deberíamos quedar fuera de su empuje primario —comentó.

—Eso es lo que espero —repuso Pitt.

—Nos encontramos a dieciocho millas de Listvianka —dijo Sargov asomándose por una de las ventanas del puente y mirando hacia la orilla occidental—. Como decís vosotros, nos irá por los pelos.

En Listvianka se puso a sonar una vieja alarma aérea, y los atemorizados habitantes de la ciudad empezaron a izar a tierra sus embarcaciones mientras que, en los muelles, los más grandes eran amarrados fuertemente. Los escolares fueron enviados a casa con un aviso para sus padres, y los comercios del puerto cerraron sus puertas. Los habitantes de la ribera del lago se trasladaron en masa a terrenos elevados y esperaron la llegada de la montaña de agua.

—Lo de ahí fuera parece una carrera de galgos —dijo Sargov con humor negro, asomándose fuera del puente de mando.

Por delante de ellos, casi una docena de embarcaciones salpicaban el horizonte,

navegando a toda máquina hacia Listvianka como atraídas por un imán. El capitán del *Vereshchagin*, un tipo tranquilo llamado Ian Jaritonov, acariciaba el timón del barco mientras le rogaba en silencio que navegara tan deprisa como pudiera. Al igual que los demás presentes en el puente, echaba constantes vistazos hacia el sector norte del lago en busca de alguna señal de la inminente ola.

Pitt estudió el radar de la nave y se fijó en un objeto inmóvil situado a diez millas al sudeste de su posición.

—Según parece, alguien no se ha enterado del aviso —comentó a Sargov indicándole la señal del radar.

—Lo más seguro es que ese idiota tenga la radio desconectada —masculló el científico mientras observaba por el costado de babor con unos prismáticos. En la distancia distinguió el negro pesquero que se movía lentamente por el lago rumbo al este—. Se está dirigiendo directamente hacia el monstruo —comentó antes de coger el micrófono de la radio. Sus repetidos mensajes solo obtuvieron el silencio como respuesta—. Su ignorancia será su muerte —concluyó Sargov meneando la cabeza y dejando el micrófono en su soporte.

Su angustia se vio repentinamente interrumpida por un fuerte ruido que se acercaba y que hizo vibrar las ventanas del puente.

Volando a ras de agua, un pequeño helicóptero se dirigía en línea recta hacia el *Vereshchagin*. Al llegar a la altura del puente se elevó bruscamente y se quedó quieto en el aire por el lado de estribor. Se trataba de un Kamov Ka-26, un antiguo helicóptero soviético de uso civil que había sido creado en 1960 como transporte ligero. El aparato iba pintado de un descolorido color plateado y en su fuselaje lucía el emblema del Instituto Limonológico. El viejo helicóptero se acercó aún más al buque; su piloto, que no dejaba de mordisquear un cigarro, saludó alegremente con la mano a los hombres del puente.

«He soltado todos los sensores. Permiso para aterrizar este pájaro y que lo aseguren en la cubierta antes de que empiece el baile», crepitó la voz de Al Giordino a través de la radio.

Sargov se levantó y miró con mala cara los oscilantes movimientos del aparato.

—Este helicóptero es una de los equipos más valiosos del instituto —dijo ásperamente a Pitt.

—No te preocupes, Alex —repuso este conteniendo una sonrisa—. Al podría hacer pasar un Jumbo por el agujero de una rosquilla.

—Sería mejor que aparcara el aparato en tierra en lugar de arriesgarse a ser barrido del puente —comentó Gunn.

—Sí..., claro —balbuceó Sargov, que solo deseaba que el helicóptero se alejara del puente.

—Si no os importa —dijo Pitt—, me gustaría volar hasta ese barco de pesca para

intentar prevenirlo.

Sargov miró a los tranquilos ojos de Dirk y asintió. Pitt cogió rápidamente el micrófono de la radio.

—Al, ¿cómo vas de combustible? —preguntó.

—Reposté en Port Baikal. Debería quedar para unas tres horas de vuelo si no me paso con el gas. Pero el que diseñó el asiento de este pájaro no era precisamente un sibarita, debo decir.

Estaba claro que, después de casi toda la tarde desplegando sensores por el lago, Giordino estaba fatigado de tanto pilotar aquel exigente aparato.

—De acuerdo. Ve y pósalo en la plataforma, pero no pares los motores. Tengo que hacer una llamada de emergencia.

«Roger», crepitó la radio. Al instante, el helicóptero se elevó y fue hasta la popa del barco, donde se posó suavemente en una chirriante plataforma construida encima del puente.

—Rudi, por favor, manténnos al tanto de la evolución de la ola a través de la radio —pidió Pitt—. Llevaremos el helicóptero a tierra cuando hayamos interceptado ese pesquero.

—Como mandes —repuso Gunn mientras Pitt salía del puente.

Corrió hacia la popa del barco, bajó un nivel hasta su camarote y salió llevando al hombro una bolsa de lona. Trepó una escalerilla, se metió por un pasillo central y llegó al abierto puente de popa, donde pasó junto a una bulbosa cámara de descompresión de color blanco. Los rotores del helicóptero giraban ruidosamente por encima de él; notó el torbellino de aire que provocaban mientras subía a la plataforma y caminaba agachado hacia el asiento del pasajero de la aeronave.

A Pitt, el curioso aparato le recordaba a una libélula. A primera vista, el helicóptero de diez metros de largo no era más que un alto armazón con su correspondiente fuselaje. La pequeña carlinga parecía haber sido partida en dos tras los mandos gemelos de pilotaje, pero era solo el resultado de que la cabina de pasajeros había sido retirada. El anticuado aparato había sido diseñado pensando en su versatilidad; en aquel espacio libre se podía instalar un depósito para fumigar, una ambulancia, una cabina de pasajeros o, en el caso del Instituto Limnológico, una plataforma de carga. Una serie de hileras de tubos, que habían albergado los sensores de corriente, ocupaba en esos momentos la plataforma. Por encima, montados en lo alto del fuselaje, estaban los dos motores radiales que impulsaban las palas contrarotantes encajadas una encima de la otra. Una fina cola doble terminaba en un ancho estabilizador dotado de flaps elevadores. El aparato carecía de rotor de cola. El Ka-26, o Gorila como era conocido en Occidente, había sido construido para que fuera un práctico sistema elevador multiusos. Destinado a labores marinas, era perfecto para operar desde pequeñas plataformas flotantes.

Mientras Pitt corría hacia el lado derecho de la carlinga, la portezuela del pasajero se abrió, y un joven técnico ruso con una gorra de ZZ-Top saltó al puente. Tras indicar a Pitt que ocupara el asiento, entregó los auriculares y el micro de comunicación al alto estadounidense y se alejó a toda prisa de la plataforma. Pitt metió su bolsa de lona en un hueco entre los asientos, subió a bordo, saludó a su viejo amigo en el asiento del piloto y cerró la portezuela con un golpe seco.

Albert Giordino no encajaba con la imagen del aviador elegante. El recio italiano, de brazos como mazas, era un palmo más bajo que Pitt. Una mata de cabello rizado coronaba su cabeza, y un eterno cigarro sobresalía de un curtido rostro que no había visto una máquina de afeitar desde hacía días. Sus vivaces ojos castaños chispeaban con un punto de humor sarcástico que no dejaba de asomar ni en las más apuradas situaciones. El viejo amigo de Pitt —y director de tecnología submarina de la NUMA— se sentía más a gusto pilotando un sumergible, pero también manejaba todo tipo de aeronaves con la misma mano experta.

—He oído el aviso de emergencia. ¿Quieres que sigamos la ola seca mientras se dirige a Listvianka? —preguntó Giordino a través del sistema de comunicación.

—Primero tenemos que hacer una visita de cortesía. Salgamos de aquí rumbo sudeste y te iré poniendo al tanto por el camino.

Giordino elevó el Kamov por encima del oscilante buque y lo situó a una altitud de unos sesenta metros antes de virar hacia su objetivo. Mientras el aparato aceleraba hasta los ciento treinta kilómetros por hora, Pitt hizo una descripción de la ola y del pesquero desprevenido. El negro casco de la embarcación no tardó en aparecer en el horizonte, y Giordino enfiló hacia ella al tiempo que Pitt se ponía en contacto con el *Vereshchagin*.

—Rudi, ¿cómo va nuestra ola seca?

—Ganando fuerza a cada minuto que pasa, Dirk —contestó la sobria voz de Gunn—. La ola ha alcanzado diez metros de altura en la parte central y su velocidad ha aumentado a medida que ha pasado el delta del Selenga.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que nos alcance?

Gunn hizo una pausa para teclear en el ordenador.

—Tiempo estimado de llegada al *Vereshchagin*, unos treinta y siete minutos. Nos faltarán cinco millas para llegar a Listvianka.

—Gracias, Rudi. Conservad las escotillas cerradas. Nos mantendremos en el aire para ver el espectáculo una vez hayamos alertado a ese pesquero.

—Comprendido —repuso Gunn, que de repente deseó poder intercambiar su lugar con el de Dirk.

La ola seca estaba aún a cuarenta millas de distancia, y las colinas de Listvianka eran plenamente visibles para los hombres del *Vereshchagin*. El barco se hallaría a salvo del empuje principal de la ola cuando esta llegara, pero no había nada que

protegiera la orilla. Contando los minutos, Gunn se asomó fuera del puente y se preguntó en silencio qué aspecto tendría aquel pintoresco pueblo a orillas del lago al cabo de una hora.

3

—Parece que tenemos compañía —dijo Wofford, señalando más a allá de la popa de la embarcación, hacia el horizonte.

Aunque Theresa ya había localizado el helicóptero, las palabras de Wofford hicieron que todos los presentes dejaran lo que estaban haciendo y miraran. La rechoncha forma plateada se acercaba desde el oeste, y no había duda de que se dirigía recto hacia ellos.

El pesquero navegaba hacia la orilla oriental arrastrando los sensores de exploración, y su tripulación era completamente ajena al peligro que se avecinaba. Nadie a bordo había notado la súbita desaparición de los demás barcos, pero lo cierto era que no resultaba nada raro no ver barcos en el enorme lago.

Todos los ojos se volvieron hacia el cielo cuando el feo helicóptero se aproximó y se situó a babor del barco. Los miembros del equipo de sondeo contemplaron la figura de oscuros cabellos, sentada en el asiento del pasajero, que agitaba un micro por la ventanilla mientras señalaba con un dedo los auriculares que llevaba puestos.

—Está intentando comunicarse por radio —dijo Wofford—. ¿La tiene usted conectada, capitán?

Tatiana tradujo la pregunta al irritado capitán, que negó con la cabeza y contestó con unas indignadas palabras en ruso. Luego, el hombre cogió el micrófono de la radio que había en la timonera, lo sacó fuera mostrándolo a los tripulantes del helicóptero e hizo el gesto de cortarse el gaznate.

—El capitán dice que hace dos años que la radio no funciona —dijo Tatiana, explicando lo que saltaba a la vista—. Dice que no necesita ninguna radio, que puede navegar igual de bien sin ella.

—Vaya, ¿por qué será que no me sorprende? —comentó Roy alzando los ojos al cielo.

—Está claro que no ha estado en los Boy Scouts —añadió Wofford.

—Parece que quieren que demos media vuelta —dijo Theresa interpretando los gestos del copiloto—. Creo que nos dicen que volvamos a Listvianka.

—Ese helicóptero es del Instituto Limnológico —aclaró Tatiana—. No tienen ninguna autoridad. Podemos hacer caso omiso.

—Creo que están intentando prevenimos —protestó Theresa mientras el helicóptero bajaba sus rotores varias veces, y el copiloto seguía haciendo gestos con las manos.

—Probablemente nos estamos inmiscuyendo en alguno de sus insignificantes experimentos —comentó Tatiana. Y agitando los brazos hacia la aeronave, gritó:

—*Otbit! Otbit!* ¡Fuera!

Giordino, que contemplaba la escena desde la carlinga, sonrió divertido. El

malhumorado capitán parecía estar gritando obscenidades al helicóptero y la joven pretendía ahuyentarlos con los brazos.

—Según parece, no les gusta la mercancía que vendemos —observó el italiano.

—Me parece que el capitán tiene muy poco seso o demasiado vodka encima —repuso Pitt meneando la cabeza en señal de frustración.

—También puede que sea solo una mala imitación de Marcel Marceau.

—Fíjate en la línea de flotación de ese cascajo.

Giordino examinó el costado de babor y vio que la embarcación navegaba muy hundida en el agua.

—Se diría que está a punto de hundirse —comentó.

—No tendrá la menor oportunidad contra una ola de diez metros —declaró Pitt—. Vas a tener que dejarme a bordo.

Giordino no se molestó en cuestionar la sensatez de la petición o explicarle los peligros a Pitt. Sabía que sería una labor inútil. Pitt era como un *boy scout* crecido que nunca aceptaba un «no» como respuesta cuando se trataba de echar una mano a una ancianita para cruzar la calle. Siempre ponía su seguridad en el último lugar para ayudar a los demás, independientemente de lo peligroso que fuera. Controlando los mandos con mano firme, Giordino trazó un círculo con el helicóptero alrededor del barco buscando un lugar donde pudiera posarse o depositar a su amigo. Sin embargo, el viejo cascarón no parecía dispuesto a cooperar. Un alto mástil de unos cuatro metros se alzaba por encima de la timonera, protegiendo cualquier aproximación igual que una lanza. Con sus rotores de doce metros de diámetro, no había ninguna posibilidad de que el helicóptero pudiera aproximarse lateralmente sin golpear el mástil.

—No puedo acercarme lo bastante con ese mástil. Vas a tener que darte un chapuzón o arriesgarte a romperte una pierna en una caída de cinco o seis metros —le avisó Giordino.

Pitt examinó el decrepito pesquero negro con sus ocupantes que lo miraban, confundidos.

—La verdad es que un baño no me apetece —dijo contemplando las gélidas aguas del lago—, pero si puedes acercarme a ese mástil, haré la mejor imitación que pueda de un bombero.

La idea parecía una locura, pensó Giordino; pero Pitt tenía razón. Si podía maniobrar el helicóptero hasta situarlo justo encima del mástil, Pitt podría cogerse a él y deslizarse hasta el techo de la timonera y, de allí, saltar a la cubierta. Pero si la maniobra ya resultaba complicada en tierra, Giordino sabía que realizarla sobre un barco que se movía podía acabar derribando la aeronave si no iba con mucho cuidado.

Maniobrando el Kamov para situar sus patines a tres metros por encima del

mástil, Giordino inclinó lentamente el aparato hasta que la puerta del pasajero estuvo justo sobre el mástil. Luego, jugando con el control del gas, sincronizó su velocidad con la del pesquero. Una vez satisfecho, hizo descender el aparato hasta situarlo a menos de un metro del mástil.

—Con el barco moviéndose, voy a tener que hacer un descenso muy rápido y brusco para bajarte —dijo a través de los auriculares—. ¿Estás seguro de que después podrás volver a trepar para que te recoja?

—No tengo intención de volver al helicóptero —repuso Pitt, tajante—. Dame un segundo y te guiaré para el descenso.

Pitt se quitó los auriculares y cogió su bolsa de lona. Abrió la portezuela entre el torbellino originado por los rotores y dejó caer la bolsa; vio cómo rebotaba encima de la timonera. A continuación, sacó los pies fuera de la cabina y, con una mano, indicó a Giordino que se mantuviera así. El mástil se balanceaba adelante y atrás por el movimiento del barco, pero Pitt enseguida le cogió el ritmo. En el momento de menor vaivén, entre cabeceo y cabeceo, Pitt hizo un gesto con la mano a Giordino. Al instante, el piloto hizo descender el helicóptero justo un metro. En un abrir y cerrar de ojos, Pitt desapareció de la cabina. Giordino no esperó a ver si su amigo se había aferrado al mástil, sino que hizo subir el helicóptero y se alejó rápidamente del barco. Miró por la ventanilla y vio con alivio que Pitt bajaba lentamente por el mástil.

—*Vereshchagin* a unidad aérea, cambio —sonó la voz de Rudi Gunn en los oídos de Giordino.

—Adelante, Rudi.

—Solo quería informarte de la ola. En estos momentos está viajando a más de ciento ochenta kilómetros por hora, y su altura en el centro es de once metros y medio. Acaba de pasar el río Selenga, de modo que creemos que ya no aumentará su velocidad antes de llegar a la orilla sur.

—Supongo que a esto lo llamas «buenas noticias». ¿Cuánto tardará en llegar?

—A vuestra posición, unos dieciocho minutos. El *Vereshchagin* virará para aproarse a la ola dentro de diez. Espero que te quedes a la escucha para cualquier necesidad de ayuda que se presente.

—Rudi, por favor, confirma. ¿Dieciocho minutos hasta la llegada de la ola?

—Afirmativo.

Dieciocho minutos. En ningún caso había tiempo para que el decrepito pesquero alcanzara la seguridad de un puerto. Viendo su casco casi hundido en el agua, Giordino comprendió que, al depositar a su amigo en aquel ataúd flotante, posiblemente había firmado su sentencia de muerte.

Pitt se aferró un momento a la cruceta del mástil donde estaban montadas un par de mugrientas antenas. Cuando Giordino se hubo alejado, y el torbellino de los rotores dejó de azotarle, se deslizó tranquilamente por el mástil utilizando las piernas

para frenarse. Una vez en el techo de la timonera, recogió su bolsa de lona y de allí saltó al puente de popa donde se encontró frente a los estupefactos ocupantes del pesquero, que lo miraban boquiabiertos.

—*Privet* —saludó en ruso con una sonrisa—. ¿Hay alguien que hable inglés?

—Todos menos el capitán —contestó Theresa, igual de perpleja que los demás ante el hecho de que aquel desconocido no fuera ruso.

—¿A qué viene esta intrusión? —intervino Tatiana con brusquedad. Sus oscuros ojos observaban a Pitt con desconfianza. Tras ella, el capitán del pesquero le lanzó un comentario sin duda desagradable en su lengua nativa.

—Camarada —dijo Pitt en tono autoritario—, dígame al capitán que si quiere volver a tomarse un vodka en esta vida lo mejor que puede hacer es poner esta bañera rumbo a Listvianka sin perder un segundo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Theresa, intentando reducir la tensión.

—Que un corrimiento de tierras submarino ha provocado una gran ola seca cerca de la isla Oljon. Una pared de más de diez metros de agua se dirige hacia nosotros mientras hablamos. Se han radiado avisos de emergencia, pero su buen capitán tiene la radio apagada y no ha podido escuchar el mensaje.

Tatiana había palidecido mientras hablaba con el capitán en voz baja. El hombre asintió sin decir palabra. Unos segundos después, el viejo motor de la embarcación emitió un quejido de protesta cuando lo pusieron a todo gas rumbo a Listvianka. En la popa, Roy y Wofford ya estaban recogiendo su equipo de sondeo mientras el pesquero aceleraba.

Pitt alzó la vista y se sorprendió al ver que Giordino se había alejado de la zona. El plateado helicóptero desaparecía rápidamente por poniente. Si la embarcación no podía llegar a puerto antes que la ola, y estaba claro que eso era lo que iba a ocurrir, Pitt prefería tener a Giordino sobrevolándolos. Se maldijo en silencio por no haber cogido una radio de mano.

—Gracias por volar hasta aquí para avisarnos —dijo Theresa acercándose a Pitt con una sonrisa nerviosa y la mano tendida—. Su forma de subir a bordo ha sido peligrosa.

A Pitt, la amable franqueza de la joven le recordó a su esposa, Loren, y enseguida le cayó simpática.

—Sí, le agradecemos el aviso —añadió Tatiana a modo de disculpa en un tono más amable que antes. Después de que todos se hubieran presentado, añadió—: Viene usted del barco de investigación del Instituto Limnológico, ¿verdad?

—Sí. Se dirige a Listvianka junto con los demás barcos que estaban en este sector del lago. El de ustedes ha sido el único al que no hemos podido avisar por radio.

—Ya te dije que había algo que no iba bien en este bote —susurró Wofford a su colega Roy.

—Sí, y también algo que no iba bien con el capitán —repuso Roy meneando la cabeza.

—Según parece —dijo Tatiana—, vamos a enfrentarnos a la ola juntos. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de que nos alcance?

Pitt echó un vistazo a su reloj de inmersión Doxa.

—Basándome en la velocidad a la que se desplazaba cuando salí del *Vereshchagin*, menos de quince minutos.

—Entonces, nunca conseguiremos llegar a Listvianka —reconoció en voz baja Tatiana.

—El lago se ensancha en su extremo sur, lo cual desviará la ola hacia el oeste. Cuanto más nos acerquemos a Listvianka, menor será la ola que tendremos que remontar.

Sin embargo, una vez en la frágil embarcación, Pitt dudaba secretamente de que pudiera enfrentarse siquiera a una ola normal. El viejo pesquero parecía navegar cada vez más hundido en el agua, y su motor tosía y humeaba como si fuera a entregar su alma en cualquier momento. Por todas partes se veía madera podrida, y si así estaba la obra muerta o parte inferior, Pitt no quería ni pensar en qué estado se encontraría la obra viva o parte visible.

—Será mejor que nos preparemos para un poco de movimiento. Chalecos salvavidas para todos. Lo que no quieran que salte por la borda será mejor asegurarlo a la cubierta.

Wofford y Roy amarraron su equipo de observación con la ayuda de Theresa mientras Tatiana se metía en la timonera y revolvía en su interior. Al cabo de un momento salió con un montón de mohosos chalecos salvavidas.

—Solo hay cuatro —anunció—. El capitán dice que se niega a ponerse uno; aun así, nos falta otro —dijo mirando a Pitt como si fuera un intruso.

—No se preocupen. Yo he traído el mío —repuso Pitt. Mientras el equipo de investigadores se ponía los suyos, Pitt se quitó los zapatos y la ropa y, sin ningún pudor, se enfundó en el traje de neopreno que había sacado de la bolsa de lona.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Theresa.

Casi imperceptible, un distante rumor resonaba por el lago. A Pitt le pareció un tren de mercancías tomando una curva de montaña a toda velocidad. Sin embargo, el rumor no cesaba; iba en ligero aumento.

Sin necesidad de mirar, Pitt supo que el tiempo se les acababa. La ola debía de haber incrementado su velocidad y, con ella, su potencia mientras se precipitaba hacia ellos antes de lo calculado por Rudi.

—¡Allí está! —gritó Roy, señalando un punto del lago.

—¡Es gigantesca! —exclamó Theresa, impresionada por la visión.

La ola seca no era una rompiente de blanca cresta como las que gustan a los

surfistas, sino algo más extraño: un cilindro líquido que se desplazaba de orilla a orilla del lago igual que el gigantesco rodillo de una apisonadora. Incluso desde una distancia de treinta kilómetros, los hombres y las mujeres del pesquero vieron lo enorme que era. La imagen surrealista de aquella muralla en movimiento acompañada del grave rumor hizo que todos se quedaran petrificados de miedo. Todos salvo Pitt.

—Tatiana, dígale al capitán que ponga proa a la ola —ordenó.

El irascible individuo, a quien los ojos se le salían de las órbitas por el miedo, obedeció sin chistar. Pitt sabía que las circunstancias estaban en contra de la vieja y decrepita embarcación. Aun así, mientras hubiera alguna esperanza, estaba decidido a intentar mantener a todo el mundo con vida.

La primera dificultad radicaba en mantener a la gente a bordo. Examinó la cubierta y reparó en una vieja red enrollada junto a la regala de estribor.

—Jim, écheme una mano con esa red —pidió a Wofford.

Entre los dos la llevaron hasta situarla atravesada, detrás de la timonera. Mientras Wofford ataba un extremo al pasamanos de estribor, Pitt afirmó el otro en la cornamusa de babor.

—¿Para qué es eso? —preguntó Theresa.

—Cuando la ola se acerque, que todos se tumben en la cubierta y se aferren con todas sus fuerzas a la red. Actuará de amortiguador y, con suerte, evitará que alguien se dé un baño en el fondo del lago.

Mientras el capitán llevaba el barco hacia la ola, los tres hombres y las dos mujeres ocuparon sus posiciones en la red. Roy, situado junto a Pitt, le susurró sin que los demás lo oyeran:

—Valiente esfuerzo, amigo, aunque ambos sabemos que este viejo cascarón no va a conseguirlo.

—Nunca hay que rendirse —repuso Pitt con una extraña expresión de confianza.

El rugido de la ola se hizo más fuerte a medida que se acercaba a menos de siete kilómetros. Faltaban escasos minutos antes de que arremetiera contra la embarcación. Los ocupantes se prepararon para lo peor. Algunos rezaban en silencio mientras otros contemplaban la muerte con serena determinación. Pero, con el bramido de la ola, nadie detectó el ruido del helicóptero que se acercaba. El Kamov se hallaba apenas a cien metros del costado de babor cuando Wofford alzó la vista y exclamó:

—¡Qué demonios...!

Todos los ojos se desviaron de la ola que se acercaba y se clavaron en el aparato. Colgando bajo el Kamov había un gran objeto cilíndrico que oscilaba a escasos metros de la ola. El objeto dificultaba visiblemente la capacidad de maniobra de la aeronave, y todos salvo Pitt creyeron que el piloto se había vuelto loco. ¿A santo de qué se le ocurría transportar maquinaria al pesquero en un momento tan apurado?

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Pitt cuando reconoció el oscilante cargamento del helicóptero. Casi había tropezado con él cuando, momentos antes, había corrido por el puente del *Vereshchagin*. Era la cámara hiperbárica que había a bordo del buque de investigación por si se producía algún accidente de buceo. Giordino se había dado cuenta de que podía servir de cámara de salvamento insumergible para que los ocupantes del pesquero se metieran en ella. Poniéndose rápidamente en pie, Pitt hizo señales a Giordino para que la depositara en la cubierta de popa.

Con la ola seca aproximándose cada vez más al pesquero, Giordino actuó con presteza y se elevó sobre la popa hasta que su carga se estabilizó. En un súbito descenso y con un crujido, el artefacto de una tonelada de peso bajó del cielo y chocó contra la cubierta. La cámara con capacidad para cuatro personas ocupó todo el espacio disponible a popa y la hundió unos cuantos centímetros más en el agua.

Pitt desenganchó a toda prisa el cable y le hizo un gesto al piloto con el pulgar hacia arriba. Giordino hizo virar el aparato y se apartó del pesquero para quedarse a una prudente distancia desde donde observar el impacto de la ola.

—¿Por qué ha descargado ese trasto? —preguntó Tatiana.

—Ese trasto es vuestro seguro de vida —repuso Pitt, que llamó al resto—: ¡Todos dentro! ¡No hay tiempo que perder!

Mirando hacia delante, Pitt vio que la veloz ola se hallaba a kilómetro y medio de distancia. Descorrió el cierre sellado de la cámara y abrió la pesada compuerta circular. Theresa fue la primera en subir, seguida de Wofford y Roy. Tatiana vaciló y cogió una bolsa de cuero antes de seguir a Roy.

—¡Deprisa! —apremió Pitt—. ¡No hay tiempo para coger el equipaje!

También el hosco capitán, con el rostro desencajado por el miedo, abandonó la timonera y entró en la cámara tras los demás.

—¿Usted no viene? —preguntó Tatiana cuando Pitt se dispuso a cerrar la compuerta.

—Ya estarán suficientemente apretados siendo cinco. Además, alguien tiene que sellar la cámara —contestó con un guiño—. En la parte de atrás hay mantas y colchonetas. Utilícenlos para protegerse la cabeza. Sujétense bien. Ya casi está aquí.

La puerta se cerró con un golpe metálico, y Pitt hizo girar el mecanismo de cierre hermético. Un extraño silencio envolvió a los ocupantes, pero duró menos de un minuto. Entonces, la ola se les echó encima.

Theresa, sentada frente a un ojo de buey, observó al misterioso individuo que había salido de la nada para salvarlos. Vio que Pitt metía la mano en la bolsa de lona y sacaba unas gafas de buceo y una pequeña mochila que llevaba incorporada una bombona. Observó cómo se ponía el equipo a toda prisa y saltaba por la borda instantes antes de que la masa de agua oscureciera el ojo de buey.

La embarcación se encontraba todavía a quince millas de Listvianka y de la orilla oeste cuando la ola los golpeó. Los que estaban a bordo no podían saber que recibían la arremetida de un muro de agua cuya altura equivalía a la de una casa de tres pisos.

Desde su situación a sesenta metros del suelo, Giordino contempló con una desagradable sensación de impotencia cómo la ola chocaba contra el negro pesquero. La embarcación seguía navegando a toda máquina, y el piloto vio que intentaba valientemente remontar la pared de agua; pero el ímpetu del agua fue más fuerte que el podrido casco, y el viejo trasto pareció deshacerse y desapareció completamente bajo la impresionante ola seca.

Giordino escrutó desesperadamente la superficie en busca del rastro de Pitt o de la cámara de descompresión. Pero, cuando las aguas volvieron a la calma, solo vio flotando en el lago la sección de proa del barco. El decrepito pesquero se había partido en dos por la fuerza del choque, y solo la parte de proa había sobrevivido a la arremetida inicial. Toda la cubierta de popa, junto con la cámara de descompresión, había desaparecido. Los restos de la proa oscilaron un momento, agitando bajo el cielo el mástil de la timonera, antes de desaparecer entre un montón de burbujas camino de las profundidades del gélido lago.

—¡Sujetaos! —gritó Theresa en medio del repentino estruendo de la ola que los sumergía.

Sus palabras resonaron en la cámara mientras sus ocupantes eran zarandeados violentamente. Todo el cubículo se enderezó bruscamente cuando la ola levantó el pesquero por un extremo. Los tres hombres y las dos mujeres se agarraron frenéticamente a los soportes soldados de los dos camastros gemelos intentando no convertirse en proyectiles descontrolados en aquel reducido espacio. El tiempo pareció detenerse mientras el barco fracasaba en su intento de remontar la ola. Luego, un fuerte crujido sonó bajo sus pies cuando el pesquero se partió en dos. Libre de la proa, dotada de mayor flotabilidad, la sección de popa se hundió verticalmente en lo más profundo de la ola cuando su fuerza principal le pasó por encima.

Para Theresa, el impacto pareció ocurrir a cámara lenta. La sensación inicial de hundirse por un extremo dio paso a la fuerza de volteo de la ola que la empujó hacia atrás. Brazos, piernas y torsos volaron dentro de la cámara entre gritos y exclamaciones. La escasa luz que se filtraba a través del ojo de buey se desvaneció sumiendo el interior en una aterradora oscuridad.

Sin que sus víctimas lo vieran, la ola había volteado toda la sección de popa del pesquero atrapando la cámara bajo ella. El inundado compartimiento del motor, ayudado por el peso del motor y del eje de la hélice, empujó fácilmente la invertida cámara hacia el fondo del lago. A pesar de que el empuje de la ola pasó por encima de ellos, los restos del naufragio siguieron cayendo, empujando con ellos, por su propio peso, la cámara hiperbárica. En lugar de convertirse en una tabla de salvación, el cubículo se había transformado en un ataúd que arrastraba a sus víctimas hacia las heladas profundidades del lago siberiano.

La pesada cámara de acero había sido construida para que soportara la fuerza de treinta atmósferas —o la presión que se encuentra a una profundidad de trescientos metros—, pero la profundidad del lago allí donde había naufragado la embarcación era muy superior, cosa que provocaría que la cámara implosionase antes de llegar al fondo. Por sí misma, habría flotado y ascendido libremente a la superficie, donde se habría mantenido a flote a pesar del peso de sus ocupantes; pero, atrapada bajo la sección de popa, se dirigía implacablemente hacia su destrucción.

Cuando la luz se desvaneció, Theresa comprendió que se estaban yendo al fondo. Recordó las palabras de Pitt, que en el último minuto se había referido a la cámara como «un corcho», y dedujo que debía flotar. Ya que no parecía haber filtraciones de agua, llegó a la conclusión de que algo la empujaba hacia abajo.

—¡Que todos los que puedan se trasladen a este otro lado! —gritó a los demás después de arrastrarse hasta el rincón que decía—. Tenemos que cambiar el peso de

lado.

Sus aturridos y zarandeados compañeros se arrastraron hasta ella en silencio y se ovillaron mientras buscaban sus heridas en la oscuridad. El cambio de lado de unos cientos de kilos no habría podido liberarlos por sí solo, pero Teresa había acertado, ya que había colocado a todo el mundo cerca de lo que había sido el borde de la popa. Por encima de sus cabezas estaba en esos momentos el motor, la parte más pesada de la sección de popa. La concentración de peso de la cámara se hallaba ligeramente desviada del centro de gravedad y era suficiente para crear un desequilibrio en los restos que se hundían.

La presión fue aumentando con la profundidad. Siniestros crujidos resonaron por toda la cámara a medida que las juntas y soldaduras alcanzaban su máxima capacidad de resistencia. Sin embargo, el desplazamiento de peso cargó ligeramente sobre el ángulo de descenso, inclinando la popa. Dentro de la cámara, nadie notó la diferencia. Solo se oyó un roce cuando el metal empezó a desplazarse angularmente contra el casco. El movimiento aceleró el desequilibrio hasta que la cámara se inclinó hacia arriba. El ángulo llegó casi a los cuarenta grados antes de que la cámara quedara por fin liberada de la popa.

Cuando la cámara salió disparada como una bala hacia la superficie, los que se hallaban dentro de ella tuvieron la impresión de que se lanzaban por una montaña rusa, solo que marcha atrás. A Giordino, que escrutaba la superficie del lago desde el helicóptero, la visión le recordó el lanzamiento de un misil Trident desde un submarino nuclear sumergido de la clase Ohio. Tras ver pasar la ola y hundirse la proa se había fijado en una zona de burbujas cercana. Entonces, a una profundidad de unos veinticinco metros, vio la cámara de descompresión que subía hacia la superficie. Desde las profundidades, la cámara surgió del agua y se elevó en el aire antes de caer violentamente sobre la superficie del lago. Giordino se acercó con el Kamov y vio que parecía hallarse intacta y que flotaba sin dificultad en las aguas apenas agitadas.

A pesar del duro zarandeo, Theresa a duras penas pudo contener la alegría de ver nuevamente el cielo azul a través del ojo de buey. Se asomó mejor y comprobó que flotaban sin problemas. Una sombra pasó en lo alto; divisó la tranquilizadora forma del helicóptero. Con la luz iluminando nuevamente el interior, se volvió y observó el caos de cuerpos amontonados a su alrededor.

El tumultuoso trayecto había dejado a todo el mundo aturrido y golpeado; pero, increíblemente, no había nadie herido de gravedad. El capitán del pesquero sangraba por un feo corte en la frente mientras que Wofford se quejaba de un fuerte golpe en la espalda. Roy, Tatiana y ella habían escapado sin un arañazo. Se preguntó cuántos huesos rotos y contusiones tendrían de no haberse protegido con las colchonetas antes del embate de la ola. Mientras recobraba el sentido, sus pensamientos fueron para

Dirk Pitt, y se preguntó si habría sobrevivido a la ola seca.

El veterano jefe de la NUMA había pensado que el mejor modo de superar la ola era hacerlo en aguas abiertas. Como experto surfista que era desde los días de la niñez pasados en Newport Beach, Pitt sabía que sumergirse bajo una ola que se acercaba permitía que esta pasara por encima de uno con un mínimo empuje. Tras haber dejado a los miembros del equipo de sondeo a salvo dentro de la cámara, se había puesto rápidamente las gafas de buceo y el respirador Dräger y saltó por la borda. Una vez en el agua, pateó y nadó furiosamente para alejarse de la embarcación al tiempo que intentaba sumergirse para pasar bajo la ola antes de que le alcanzara. Sin embargo, falló por unos pocos segundos.

La ola seca lo atrapó justo cuando salía a la superficie. En lugar de escapar bajo ella, se vio empujado hacia la cresta a lo largo de la pared de agua. La sensación fue como la de subir en un ascensor a toda velocidad. Pitt notó que se le encogía el estómago a medida que su cuerpo era empujado hacia arriba. A diferencia del pesquero, que había flotado por la cara exterior de la ola antes de partirse, Pitt fue absorbido por la masa de agua y se convirtió en parte de ella.

Los oídos le pitaban por el estruendo que producía la descomunal ola, y sus turbulencias redujeron la visibilidad dentro del agua a cero. A pesar del torbellino que lo rodeaba, podía respirar normalmente a través de las gafas gracias al sistema de respiración que llevaba a la espalda. Por un momento tuvo la impresión de estar volando por el aire; de hecho, una parte de él disfrutó de la sensación aunque el peligro de morir aplastado siguiera presente en su mente. Atrapado en el ascenso, comprendió que no tenía sentido luchar contra la abrumadora fuerza del agua y se relajó ligeramente a medida que seguía siendo empujado hacia arriba. A pesar de que había sido arrastrado hacia delante varios cientos de metros desde que la ola lo había atrapado, no tenía la sensación de desplazarse frontalmente.

Siguió ascendiendo hasta que, de repente, notó que una de sus piernas quedaba fuera del agua. Un chorro de luz le deslumbró cuando su cabeza salió a la superficie. El impulso que lo llevaba cambió de dirección, y notó que su cuerpo era empujado hacia delante. Comprendió entonces que había sido arrastrado hasta la cresta misma de la ola y que corría peligro de ser lanzado por encima de su borde. A escasos centímetros, el frente de agua era un muro de diez metros que se hundía a pico hasta la superficie del lago. Pitt sabía que si caía por allí, y la ola rompía, podía morir aplastado bajo toneladas de agua.

Girando hasta quedar perpendicular al frente de la ola, nadó con toda la fuerza de sus brazos y piernas para pasar por encima de la cresta. Notó que la ola tiraba de él y se obligó a nadar con más energía. Batiendo sus extremidades a una velocidad de vértigo, igual que un nadador al sprint, se lanzó sobre la cresta. La ola siguió tirando de él, intentando sumergirlo en su turbulencia; pero Pitt puso todo su empeño con la

energía que da la desesperación.

Entonces, de repente, el tirón cesó y la ola pareció liberarlo y pasar bajo él. Notó que caía de cabeza, lo cual significaba que había alcanzado la parte de atrás de la onda. Ahora, el viaje en ascensor era hacia abajo, pero en una caída controlada. Se preparó conscientemente para el impacto, pero éste no llegó. La fuerza de arrastre de la ola disminuyó y desapareció hasta quedar en nada. Pitt se encontró flotando bajo la superficie en un mar de burbujas. Mientras el rugido de la ola se desvanecía, miró el medidor de profundidad fijado en su arnés y vio que se hallaba a siete metros de la superficie.

Orientándose en el agua vio la temblorosa superficie del lago por encima de su cabeza y se impulsó con sus fatigadas piernas hasta que su cabeza emergió fuera del agua. Se volvió hacia la atronadora masa de agua y vio cómo rodaba hacia su destructiva cita con la orilla meridional. El rugido se fue desvaneciendo; entonces, Pitt oyó el helicóptero. Girando en el agua, vio el Kamov que volaba muy bajo y se acercaba en línea recta hacia él. En el horizonte no distinguió la silueta de otros barcos.

Giordino llevó el aparato hasta Pitt y lo hizo descender tanto que metió los patines en el agua. Pitt nadó mientras la portezuela del copiloto se abría por encima de su cabeza. Se aupó a uno de los patines y de allí pasó a la cabina, donde ocupó el asiento del pasajero. Giordino elevó inmediatamente el aparato mientras Pitt se quitaba las gafas de bucear.

—Hay gente capaz de cualquier cosa con tal de hacer surf —sonrió Giordino, aliviado de haber encontrado a su amigo de una pieza.

—Al final ha resultado que la ola no era tan buena —jadeó un Pitt exhausto—. ¿Qué ha sido del pesquero?

Giordino meneó la cabeza.

—No lo consiguió. Se partió en dos como un palillo. Por un momento pensé que también habíamos perdido la cámara de descompresión, pero al final acabó saliendo a la superficie. Me pareció ver a alguien saludando desde el interior, de modo que supongo que los que estaban dentro de esa lata se encuentran a salvo. Me he puesto en contacto con el *Vereshcbagin*, que se halla de camino para sacarlos del agua.

—Buena idea la de traer la cámara en el último minuto. Esa gente no lo habría conseguido de no ser por ti.

—Lamento no haber podido sacarte antes de que llegara la ola.

—¿Y perderme esa montaña rusa? —Pitt asintió reconociendo su buena suerte por haber sobrevivido; luego, pensó en el *Vereshcbagin*—. ¿Cómo le ha ido al barco de investigación?

—Cuando llegó a la altura de Listvianka, la ola había disminuido a la mitad. Según parece, el buque la remontó sin despeinarse. Rudi dice que el mobiliario

cambió un poco de sitio. Aparte de eso, están todos bien. Pero parece que el pueblo se ha llevado la peor parte.

Pitt contempló las azules aguas y no pudo localizar la cámara de descompresión.

—¿Hasta dónde me ha arrastrado la ola? —preguntó mientras notaba que el esfuerzo le pasaba factura y empezaba a dolerle todo el cuerpo.

—Unas tres millas —repuso Giordino.

—Pues las he cubierto en un tiempo de récord olímpico —dijo secándose la frente.

Giordino llevó el helicóptero hacia el norte, volando bajo por el ya tranquilo lago. Un blanco objeto apareció en el agua, a lo lejos, y el italiano frenó el Kamov hasta que llegaron a la cámara flotante.

—Me apuesto algo a que el aire del interior empieza a estar un poco cargado.

—Tendrían que pasar varias horas antes de que exista la posibilidad real de un envenenamiento por dióxido de carbono —repuso Pitt—. ¿Cuánto falta para que llegue el *Vereshcbagin*?

—Unos noventa minutos, pero me temo que no podemos quedarnos a hacerles compañía tanto rato —dijo Giordino señalando el indicador de combustible.

—Bien, si eres tan amable de volver al puente, yo iré a decirles que no los hemos abandonado.

—No puedes privarte de otro chapuzón, ¿verdad? —comentó Giordino descendiendo el helicóptero hasta situarlo a menos de un metro de la superficie.

—Me pasa lo que a ti con el agua mineral de Rocky Mountain —replicó Pitt—. Asegúrate solo de que Alexander no nos pase por encima —añadió antes de ponerse las gafas de bucear.

Se despidió con la mano y se lanzó al agua, a pocos metros de la cámara hiperbárica. Mientras Giordino hacía virar el helicóptero hacia el barco de investigación que se acercaba, Pitt nadó hasta la cámara y se encaramó a ella para asomarse al ojo de buey.

Theresa dio un respingo cuando vio su rostro con las gafas de buceo apretado contra el vidrio.

—¡Sigue vivo! —exclamó con incredulidad al reconocer sus ojos verdes.

Los otros se apelotonaron a su alrededor y saludaron a Pitt, ignorando que había sido arrastrado a casi tres millas de distancia antes de regresar a bordo del helicóptero.

Pitt los señaló con un dedo enguantado y, a continuación, hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Nos está preguntando si nos encontramos bien —interpretó Roy.

Tatiana, la que se sentaba más cerca del ojo de buey, asintió con la cabeza y respondió con el mismo gesto del pulgar. Entonces, Pitt señaló su reloj y levantó el

índice.

Tatiana lo comprendió y volvió a asentir.

—Una hora —anunció a los demás—. La ayuda está en camino.

—Supongo que lo mejor será que nos pongamos cómodos —dijo Wofford. Junto con Roy, distribuyeron las colchonetas por el suelo, y todos pudieron sentarse más cómodamente.

Fuera, Pitt nadó alrededor de la cámara comprobando que no hubiera fugas ni daños. Satisfecho de que no se hundiera, volvió a encaramarse y trepó hasta la parte superior para esperar. En el límpido aire de la tarde, Pitt localizó fácilmente al *Vereshchagin* y lo siguió con la vista a medida que avanzaba hacia ellos.

Giordino ya tenía lista la grúa cuándo el buque se detuvo junto a la cámara una hora más tarde. Los cables de transporte seguían sujetos, de manera que lo único que tuvo que hacer Pitt fue atarlos al gancho de la grúa. Pitt permaneció encima de la cámara, como si cabalgara un blanco semental mientras ésta era izada del agua y depositada en la cubierta del *Vereshchagin*. Cuando tocó el puente, Pitt saltó a tierra y abrió la compuerta de entrada. Gunn llegó corriendo y se asomó al interior. Luego ayudó a salir a Theresa, a Tatiana y a los tres hombres.

—¡Joder, tío! ¡Qué gusto! —exclamó Wofford inhalando profundamente una bocanada de aire fresco.

El pescador ruso, que fue el último en salir, caminó con paso vacilante hasta la borda y se asomó, escrutando el lago en busca de su vieja embarcación.

—Puede explicarle que está en el fondo del lago, aplastada por la ola —dijo Pitt a Tatiana.

El hombre meneó la cabeza y se echó a llorar cuando Tatiana le tradujo la noticia.

—No dábamos crédito a nuestros ojos cuando le vimos aparecer después de que pasara la ola —comentó Theresa perpleja—. ¿Cómo ha logrado sobrevivir?

—A veces tengo suerte —sonrió, abriendo su bolsa de lona y mostrando su equipo de buceo.

—Gracias una vez más —dijo Theresa sumándose al coro de felicitaciones del resto de los supervivientes.

—No me den las gracias —dijo Pitt—. Dénselas a Al Giordino, aquí presente, que fue quien les llevó la cámara hiperbárica.

El piloto bajó de la grúa e hizo una reverencia burlona.

—Espero que esa lata no os zarandeara demasiado.

—Nos ha salvado la vida, señor Giordino. Gracias —dijo Theresa estrechándole la mano con tanto agradecimiento que no se la soltaba.

—Llámame Al, por favor —respondió el rudo italiano, derritiéndose bajo la mirada de la atractiva holandesa.

—Ahora sé como se siente la bola de una máquina de millón —comentó Roy.

—Dime, Al, no habrá un poco de vodka a bordo de este barco, ¿verdad? —gruñó Wofford frotándose la espalda.

—¿Llueve en Seattle? —replicó Gunn al oír la pregunta—. Por favor, seguidme, damas y caballeros. Haremos que os vea el médico de a bordo. Luego, podréis descansar en vuestros camarotes o tomaros una copa en la cantina. En cualquier caso, Listvianka ha quedado hecho un desastre, de modo que no podremos dejaros en tierra hasta mañana.

—Al, ¿por qué no los acompañas tú hasta la enfermería? —pidió Pitt—. Primero me gustaría hablar un momento con Rudi.

—Será un placer —repuso el piloto cogiendo del brazo a Theresa y guiándola, a ella y a los demás, por el pasillo de babor hacia la pequeña enfermería.

Rudi se acercó a Pitt y le dio una palmada en el hombro.

—Al me ha contado tu aventura en el agua. Si hubiera sabido que ibas a meterte de cabeza en esa ola seca te habría conectado unos sensores en la espalda —comentó con una sonrisa.

—Estaré encantado de compartir contigo mi experiencia sobre la dinámica de fluidos mientras nos tomamos un tequila —repuso Pitt—. ¿Cuál ha sido el alcance de los daños en tierra?

—Por lo que hemos podido ver desde la distancia, Listvianka ha salido de una pieza. Los muelles están un poco dañados, y hay algunas embarcaciones amarradas en la calle principal. El resto de desperfectos parece haberse limitado a las tiendas del puerto. Por la radio no hemos oído que informaran de ninguna muerte, así que parece que la alarma ha funcionado.

—Tendremos que seguir vigilantes por si se producen terremotos secundarios.

—Tengo conexión vía satélite con el Centro Nacional de Información de Terremotos, en Golden, Colorado. Nos avisarán si se produce alguno tan pronto como lo detecten.

Mientras anocheecía sobre el lago, el *Vereshchagin* entró en el puerto de Listvianka. La tripulación se apelotonó en el puente para contemplar los destrozos. La ola seca había golpeado como un mazo, tumbado los árboles y destrozado las pequeñas edificaciones que se levantaban en la orilla. Sin embargo, la mayor parte del pueblo y del puerto había sobrevivido sin daños mayores. El buque de investigación fondeó en la oscuridad, a una milla de los muelles que brillaban bajo una hilera de improvisadas luces recién instaladas. El zumbido de un viejo tractor Belarus les llegó a través del agua cuando los lugareños empezaron a trabajar de noche para limpiar los daños de la inundación.

En la cantina del barco, Roy, Wofford y el capitán del pesquero, sentados en un rincón, compartían un trago con algunos miembros rusos de la tripulación que generosamente habían aportado una botella de vodka Altai. Pitt, Giordino y Sargov se

encontraban al otro lado de la estancia, con Tatiana y Theresa, mientras acababan su cena de esturión asado. Cuando hubieron retirado los platos, Sargov sacó una botella sin etiqueta y sirvió una ronda.

—A vuestra salud —brindó Giordino alzando la copa ante las chicas y entrechocándola con la de Theresa.

—Que está mucho mejor gracias a ti —repuso Theresa riendo. Tomó un sorbo del vaso, pero la sonrisa se borró de su cara mientras los ojos se le desorbitaban.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó con voz ahogada—. ¡Sabe a lejía!
Sargov soltó una carcajada con su vozarrón.

—Es samogon. Se lo compré a un viejo amigo en el pueblo. Creo que es parecido a una bebida que en Estados Unidos llaman «moonshine^[2]».

El resto de los comensales rieron mientras Theresa apartaba la copa medio llena.

—Creo que seguiré con el vodka —dijo sonriendo ya.

—Bueno, ahora explicadme qué hacían un par de chicas guapas como vosotras buscando petróleo en el grande y traicionero Baikal —dijo Pitt tras apurar su bebida.

—La Avarga Oil posee derechos petrolíferos y mineros en los territorios situados al este del lago —contestó Tatiana.

—El Baikal es un tesoro cultural —intervino Sargov, claramente molesto ante la perspectiva de llegar a ver una plataforma petrolífera en las cristalinas aguas de su querido lago—. Tiene la categoría de Patrimonio de la Humanidad concedida por Naciones Unidas, y es un símbolo para los ecologistas de todo el mundo. ¿Cómo se os ha ocurrido que vais a poder perforar en el lago?

Tatiana asintió.

—Tiene usted razón. Respetamos el Baikal como un lugar de aguas sagradas y no tenemos intención de levantar plataformas de extracción en él. Si nuestras exploraciones resultan positivas y podemos llegar hasta los yacimientos, perforaríamos desde los territorios orientales en un ángulo muy pronunciado para llegar a los depósitos por debajo del lago.

—Eso es posible —aseguró Giordino—. En el golfo de México perforan de lado todo el tiempo, incluso horizontalmente. Aun así, eso no explica la presencia de este ángel de Rotterdam —añadió sonriendo abiertamente a Theresa.

Halagada por el comentario, Theresa se ruborizó antes de contestar.

—Ámsterdam. Lo cierto es que soy de Ámsterdam. Mis alcohólicos compañeros y yo trabajamos para la Shell Oil. —Mientras hablaba, señaló con el pulgar por encima del hombro hacia donde los achispados Wofford y Roy compartían chistes verdes con sus compañeros rusos—. Hemos venido por petición de Avarga Oil —añadió—. Por razones obvias, ellos no están equipados para realizar exploraciones submarinas. Mi empresa ha realizado prospecciones en el Báltico y también en los campos petrolíferos de Samotlor, en Siberia Occidental. Estamos estudiando una

iniciativa conjunta con Avarga Oil en ciertas zonas que parecen prometedoras. Para nosotros era algo natural venir hasta aquí para realizar juntos las prospecciones del lago.

—¿Habíais logrado confirmar la existencia de yacimientos petrolíferos antes de que la ola nos golpeará? —preguntó Pitt.

—Solo estábamos buscando indicios estructurales de fugas de hidrocarburos. No teníamos el equipo sísmico necesario para medir y localizar yacimientos potenciales. Cuando ocurrió lo de la ola seca, todavía no habíamos logrado identificar ninguna de las características que normalmente se asocian con las fugas de los yacimientos.

—¿Fugas de yacimientos? —preguntó Sargov.

—Sí. Se trata de una manera muy habitual, aunque algo primitiva, de localizar yacimientos petrolíferos. En un entorno acuático, las fugas se materializan como restos de hidrocarburos que suben a la superficie desde el fondo. En la época anterior a los artefactos sísmicos que envían ondas al subsuelo y recogen imágenes geológicas del terreno, las fugas eran el principal método de localización de yacimientos.

»Contamos con informes de pescadores de la zona que hablan de manchas de crudo donde no hay tráfico marítimo. De todas maneras, somos conscientes de que pueden provenir de yacimientos demasiado pequeños para que su explotación resulte rentable.

—Parece una iniciativa económicamente arriesgada teniendo en cuenta la profundidad del lago.

—Hablando de iniciativas, señor Pitt, ¿qué están haciendo ustedes y su equipo de la NUMA a bordo de un buque de investigación ruso? —inquirió Tatiana.

—Somos los invitados de Alexander y del Instituto Limnológico —repuso Pitt señalando con el vaso a Sargov—. Se trata de un esfuerzo conjunto para estudiar las corrientes del lago y sus efectos en la flora y la fauna.

—¿Y cómo es que descubrió con tanto adelanto esa ola solitaria?

—Sensores. Hemos desplegado cientos de sensores por todo el lago que miden la temperatura, la presión y todo lo demás. El bueno de Al los ha estado repartiendo como migas de pan desde el helicóptero. Lo que ocurrió fue que habíamos estado estudiando una zona cerca de la isla Oljon y teníamos una alta concentración de sensores allí. Rudi enseguida captó las señales de un corrimiento de tierras submarino y de la ola que se formó a continuación.

—Fue una suerte para nosotros y también para muchos otros —dijo Theresa.

—Al tiene olfato para las catástrofes —sonrió Pitt.

—Lo que ha sido una verdadera catástrofe es venir a Siberia sin una botella de Jack Daniel's —comentó Giordino mirando con aire nostálgico su vaso de samogon.

—Ha sido una lástima que nuestra base de datos haya quedado inutilizada por este inesperado incidente —dijo Sargov considerando las consecuencias desde un

punto de vista puramente científico—; pero, a cambio, nos habrá proporcionado algunas informaciones y datos interesantes sobre la formación y el movimiento de la ola.

—¿Y esos sensores son capaces de revelar dónde se originó el terremoto? —preguntó Tatiana.

—En caso de que ocurriera en el lago... —repuso Pitt.

—Rudi ha dicho que mañana pondrá a trabajar los ordenadores para ver si puede localizar exactamente el punto con la ayuda de los sensores. Los sismólogos con los que ha hablado situaban el epicentro en algún lugar cerca del extremo noroeste del lago —informó Giordino, que miró por la cantina sin ver rastro de Gunn, y añadió—: Probablemente estará en el puente de mando, charlando con sus ordenadores mientras nosotros hablamos.

Tatiana apuró su resto de samogon y miró el reloj.

—Ha sido un día agotador. Me temo que no puedo más.

—Estoy de acuerdo —dijo Pitt ahogando un bostezo—. ¿Me permite que la acompañe a su camarote? —preguntó inocentemente.

—Me parece bien —repuso ella.

Sargov se levantó al mismo tiempo que ellos y deseó buenas noches a todo el mundo.

—Supongo que vosotros dos os quedáis esperando a que sirvan la tarta helada, ¿no? —preguntó Pitt a Al y a Theresa con una sonrisa.

—Mis ansiosos oídos esperan escuchar relatos de los Países Bajos —replicó Giordino mirando a la joven.

—¿Y yo he de esperar a cambio anécdotas de las profundidades? —preguntó ella riendo.

—De lo que no me cabe duda es de que algo profundo tenemos entre manos —rió Pitt despidiéndose.

A continuación, acompañó educadamente a Tatiana a su cabina de popa y se retiró a su camarote del centro del barco. Los esfuerzos del día lo habían dejado exhausto, y se alegró de descansar su dolorido cuerpo en el colchón. A pesar del cansancio, le costó dormirse. Su mente repasó una y otra vez los acontecimientos de la jornada hasta que el sueño lo venció al fin.

Pitt llevaba varias horas dormido cuando se despertó bruscamente; se sentó de golpe en la cama. A pesar de que todo estaba en silencio, su instinto le indicó que algo iba mal. Encendió la luz de lectura, saltó de la cama y estuvo a punto de darse de bruces. Mientras se frotaba los ojos se dio cuenta de que el buque estaba escorado de popa en un ángulo de casi diez grados.

Se vistió a toda prisa, subió por la escalerilla hasta la cubierta principal y salió al pasillo exterior. Todo estaba desierto, y el barco parecía extrañamente silencioso mientras caminaba hacia la proa. Entonces comprendió la razón: los motores del barco estaban parados y, a aquella avanzada hora de la noche, solo se percibía el apagado rumor del generador auxiliar en la sala de calderas.

Trepó por otra escalera hasta el puente de mando y miró en el interior. Para su sorpresa, también estaba desierto. Mientras se preguntaba si sería la única persona a bordo, examinó la consola de los mandos hasta que localizó un interruptor rojo marcado con la palabra *trevoga*. Lo pulsó y, de repente, el barco se convirtió en un clamor de sirenas y timbres de alarma que rompieron el silencio de la noche. Segundos más tarde, el enjuto capitán del *Vereshchagin* irrumpía en el puente como un toro enfurecido.

—¿Qué ocurre aquí? —balbució haciendo un esfuerzo para recuperar su inglés en mitad de la noche—. ¿Dónde está el oficial encargado de la guardia, Anatoly?

—El barco se está hundiendo —explicó Pitt sin perder la calma—. Acabo de entrar en el puente, y no había nadie de guardia.

Una expresión de perplejidad apareció en el rostro del capitán cuando se dio cuenta de la escora del barco.

—¡Necesitamos potencia! —exclamó, descolgando el teléfono para comunicarse con la sala de máquinas; pero, nada más coger el auricular, todo el puente quedó a oscuras. Luces de fondeo, de cabina, de mandos, todo se apagó cuando se fue la electricidad; hasta las alarmas murieron con un doliente gemido.

Maldiciendo en la oscuridad, el capitán fue palpando los instrumentos hasta que encontró el interruptor de las baterías de emergencia. Lo accionó, y el puente quedó iluminado por el débil resplandor de las luces de seguridad. En ese instante, apareció el jefe de máquinas del *Vereshchagin*, jadeando. Era un hombre corpulento con una barba bien recortada en cuyos azules ojos se leía el pánico.

—Capitán, las compuertas de la sala de máquinas han sido bloqueadas. No hay forma de entrar. Me temo que debemos de estar ya medio hundidos.

—¿Cómo que alguien ha bloqueado las compuertas? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible que nos estemos hundiendo si estamos fondeados? —preguntó el capitán quitándose las telarañas del sueño en busca de una respuesta.

—Según parece, las sentinas están inundadas, y las cubiertas inferiores hacen agua por la popa —informó el jefe de máquinas, recuperando el aliento.

—Creo que será mejor que nos preparemos para abandonar el barco —propuso Pitt en tono concluyente.

Aquellas palabras calaron hondo en el capitán.

Para un capitán de barco, dar semejante orden es como entregar un hijo para el sacrificio. No existe nada más desgarrador. En parte por el tormento de tener que declarar ante los armadores, las compañías de seguros y los comités de investigación por un hecho que, ya de por sí, resulta bastante insoportable; sin embargo, lo peor es ver cómo la tripulación abandona el barco aterrorizada y ese conjunto de hierros y maderas desaparece ante los ojos de uno. La mayoría de los barcos adquieren para su capitán rasgos que les son propios, y a muchos se les ha reprochado mantener una relación casi romántica con sus navíos. Tal era el caso del capitán Jaritonov, que, a pesar de reconocer la gravedad de la situación, se sentía incapaz de pronunciar las fatídicas palabras. Con expresión sombría, se limitó a asentir al jefe de máquinas para que transmitiera la orden.

Pitt ya había salido del puente mientras su mente trabajaba a toda velocidad pensando en soluciones para mantener el barco a flote. Su primera tentación fue ir a buscar su equipo de buceo al camarote y acceder a la sala de máquinas, pero antes tendría que desbloquear la compuerta, y entonces ¿qué? Si la inundación provenía de una vía de agua en el casco, bajo la sala de máquinas, no podría hacer nada para cortarla.

La respuesta se le ocurrió al tropezarse con Giordino y Gunn en la repentinamente atestada cubierta.

—Parece que vamos a mojar nos los pies —comentó el piloto sin mostrar pánico alguno.

—La sala de máquinas se está inundando y la han bloqueado. El barco no se mantendrá a flote mucho más tiempo —contestó Pitt mirando hacia la escorada popa—. ¿Cuánto tardarías en hacer despegar ese trasto tuyo?

—Considéralo hecho —repuso Giordino antes de salir corriendo sin esperar contestación de Pitt.

—Rudi, comprueba que los miembros del equipo de sondeo que hemos rescatado se encuentran a salvo y llévalos a una lancha salvavidas. Luego, intenta convencer al capitán para que suelte toda la cadena del ancla —le dijo Pitt mientras Gunn tiritaba de frío bajo su ligera chaqueta.

—¿Qué tienes en la manga?

—Espero que un as —murmuró Pitt y acto seguido desapareció hacia popa.

El Kamov se alzó en el cielo nocturno, oscilando brevemente sobre el dañado buque.

—¿No nos hemos olvidado del «las mujeres y los niños primero»? —preguntó Giordino desde el asiento del piloto.

—He enviado a Rudi para que compruebe que los del equipo de sondeo están bien —repuso Pitt comprendiendo que la preocupación de Giordino por Theresa iba en serio—. Además, estaremos de regreso antes de que alguien haya podido mojarse los pies.

Mirando por la carlinga, contemplaron el perfil del barco iluminado más por las luces de la costa que por las de emergencia; Pitt confió secretamente en que sus palabras se convirtieran en realidad. El barco de investigación estaba claramente escorado de popa y parecía hundirse rápidamente. El agua había alcanzado las cubiertas inferiores y no tardaría en inundar la de popa. Giordino voló instintivamente hacia Listvianka, mientras Pitt dirigía su atención del *Vereshchagin* a la flota de embarcaciones amarradas ante el pueblo.

—¿Estás buscando algo concreto? —le preguntó Giordino.

—Un remolcador potente, a ser posible —repuso Pitt, consciente de que no había un navío de esas características en el lago.

Los barcos que desfilaban bajo ellos eran casi exclusivamente pequeños pesqueros como el que había alquilado el equipo de sondeos. Varios habían zozobrado o embarrancado por culpa de la ola seca.

—¿Qué te parece ese grandullón? —preguntó el italiano, señalando con la cabeza unas luces a unos tres kilómetros fuera de la bahía.

—No estaba aquí cuando llegamos la pasada noche. Puede que esté entrando. Echemos un vistazo.

Giordino viró el helicóptero hacia las luces que enseguida se convirtieron en la silueta de un barco. Cuando se aproximaron, Pitt vio que se trataba de un carguero de unos noventa metros de eslora. Tenía el negro casco lleno de manchas de herrumbre que goteaban hasta la línea de flotación. Una chimenea de un color azul descolorido y adornada con el símbolo de una espada de oro se alzaba en el centro de la cubierta. Saltaba a la vista que el viejo buque llevaba décadas recorriendo el Baikal, transportando carbón y madera de Listvianka hasta los remotos pueblos del norte del lago. Cuando Giordino sobrevoló su costado de estribor, a Pitt le llamó la atención la gran torre de perforación negra que se erguía en la popa. Sus ojos volvieron a la chimenea, y meneó la cabeza.

—No nos vale. Está anclado aquí, y no veo que salga humo de su chimenea, lo cual significa que seguramente tiene las máquinas paradas y frías. Tardaríamos demasiado en ponerlo en movimiento. —Pitt señaló el pueblo con la cabeza—. Supongo que tendremos que buscar velocidad antes que potencia.

—¿Velocidad? —preguntó Giordino mientras seguía la indicación de Pitt y hacía girar el aparato hacia Listvianka.

—Sí, velocidad —ratificó Pitt señalando el racimo de luces multicolores que oscilaba en la distancia.

A bordo del *Vereshchagin*, la evacuación transcurría ordenadamente. Media tripulación ya había subido a bordo de dos lanchas salvavidas que estaban a punto de ser botadas. Gunn se abrió paso entre el resto de los marineros y científicos, se dirigió a la parte de atrás y bajó hasta el puente inferior. El agua había alcanzado el techo al final del pasillo, pero donde él se encontraba solo le llegaba a los tobillos. Por suerte, las cabinas de los miembros del equipo de sondeo se hallaban cerca.

Gunn se estremeció cuando se acercó al camarote que Tatiana y Theresa compartían, y la gélida agua le lamió las pantorrillas. Llamó a gritos y golpeó con los nudillos. Dentro no había nadie. Tampoco se veían efectos personales, pero eso no era de extrañar ya que las mujeres habían llegado a bordo con lo puesto. Solo las arrugadas sábanas de las literas indicaban que habían estado allí.

Cerró la puerta y fue rápidamente hasta la siguiente cabina torciendo el gesto a medida que el agua le subía hasta los muslos. Llamó también antes de abrirla a pesar de la resistencia del agua. Al entrar recordó que Wofford y Roy compartían el camarote. En la penumbra de la luz de emergencia vio que se hallaba desierto, igual que el anterior, y que también parecía que hubieran dormido en las camas.

Mientras sus piernas soportaban los alfilerazos de la helada agua, Gunn se alegró de que la tripulación ya hubiera subido a cubierta. Solo le quedaba por comprobar el camarote del capitán del pesquero, pero si bajaba hasta allí el agua le llegaría al pecho. Tras descartar el riesgo de pillar una hipotermia, Gunn dio media vuelta, subió a cubierta justo cuando estaban arriando el tercer bote de salvamento y vio que no había ni rastro de los miembros del equipo de sondeo entre los escasos miembros de la tripulación que todavía no habían abandonado el barco. Solo quedaba una conclusión posible, pensó con alivio: que hubieran subido a uno de los dos botes anteriores.

Ivan Popovich dormía, hundido en su litera y perdido en un sueño en el que pescaba con mosca en el río Lena, cuando un fuerte ruido lo despertó de golpe. El rubicundo piloto del ferry hidroplano de Listvianka, el Vosjod, se envolvió en un abrigo de piel, salió medio dormido de su camarote y subió al puente de popa del buque.

Inmediatamente se encontró cara a cara con un par de brillantes focos que lo deslumbraron mientras el ruido y el vendaval que los acompañaban lo envolvían. Las luces se elevaron sobre el puente, oscilaron un instante, viraron y se alejaron. Mientras el eco de los rotores del helicóptero se apagaban en la noche, Popovich se frotó los ojos para disipar la miríada de lucecitas que bailaban en su retina. Cuando los abrió, se sorprendió al ver ante sí a un hombre. Era alto y moreno, y tenía unos blancos dientes que mostraba en una amistosa sonrisa. En tono tranquilo, el

desconocido dijo:

—Buenas noches, ¿le importa si le tomo prestado el barco?

El rápido ferry rugió mientras surcaba la bahía sobre sus hidroplanos hasta el cercano *Vereshchagin*. Popovich dirigió la nave directamente hacia la proa del escorado buque; luego, viró con habilidad, mientras quitaba gas, hasta quedar a ralentí con la popa frente al barco de investigación. Pitt permaneció en la popa del ferry, agarrado al pasamanos, contemplando el gris y hundido *Vereshchagin*. La embarcación mostraba una llamativa escora, y su proa apuntaba al cielo en un ángulo de veinte grados; su estado era crítico, y podía zozobrar o irse al fondo en cualquier momento.

Un golpeteo metálico resonó bruscamente en lo alto del buque cuando alguien soltó la cadena del ancla. Diez metros de gruesa cadena seguidos de un largo cabo con un orinque en su extremo rodaron por cubierta y cayeron al agua señalando el lugar donde descansaba en el fondo. Al instante, Pitt vio cómo la proa, aliviada la tensión del fondeo, se elevaba varios centímetros.

—¡Fondeo libre! —se oyó un grito en lo alto.

Pitt alzó la vista y vio las tranquilizadoras figuras de Gunn y Giordino, cerca del pasamanos de proa. Unos segundos después, entre los dos filaban por la borda un grueso calabrote.

Popovich fue por él sin perder tiempo. El veterano piloto del ferry acercó la popa hasta que Pitt pudo recoger la gruesa amarra y subirla a bordo. Tras afirmarla en una cornamusa, éste le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba a Popovich.

—¡Amarra firme! ¡Sácanos de aquí, Iván! —gritó.

El piloto puso los motores diesel en «avante despacio» hasta que el calabrote se tensó. A continuación, aumentó la potencia lentamente. Cuando el ferry empezó a batir el agua con fuerza, el piloto puso los motores en «avante toda».

De pie en la popa, Pitt oyó cómo los motores rugían a medida que aumentaban de revoluciones. El agua se agitó entre surtidores de espuma, pero no se percibió ningún impulso hacia delante. Pitt sabía que era como si un mosquito intentara tirar de un elefante, pero era un mosquito con una fuerte picadura. Impulsado por sus dos motores de mil caballos cada uno, el ferry podía navegar a treinta y dos nudos.

Nadie notó el primer movimiento; no obstante, centímetro a centímetro, el *Vereshchagin* empezó a moverse. Giordino y Gunn, junto con unos pocos miembros de la tripulación, observaban desde el puente conteniendo el aliento mientras avanzaban hacia el pueblo. Popovich no perdió el tiempo, y tomó el rumbo más corto hacia la costa, directo al centro de Listvianka.

Los dos buques se habían arrastrado media milla cuando una serie de crujidos y chirridos empezó a surgir de las entrañas del *Vereshchagin*. Se estaba desarrollando una batalla entre la inundada popa y la flotante proa por el control del viejo buque,

una lucha que ponía a prueba su integridad estructural. Pitt se quedó junto al cable de atar, observando cómo el grisáceo barco se estremecía, sabiendo que tendría que cortar el cable a toda prisa para evitar que el ferry se hundiera si el *Vereshchagin* se iba a pique de repente.

Los minutos parecieron durar horas mientras el *Vereshchagin* se aproximaba a la costa con la popa cada vez más hundida. En las entrañas del buque sonó otro gruñido metálico, pero el barco siguió acercándose al pueblo con exasperante lentitud; las luces de Listvianka lo bañaban con su resplandor. Popovich dirigió el ferry —cuyo calado era inapreciable— hacia una pequeña playa de guijarros próxima a los muelles. Para aquéllos que observaban, era como si estuviera intentando que el ferry embarrancara; aun así, todos rezaban para que siguiera adelante. Con el rugido de los motores resonando en los edificios del pueblo, el piloto siguió adelante hasta que, a pocos metros de la orilla, el apagado sonido de algo arrastrándose por el fondo indicó que el *Vereshchagin* por fin había encallado en tierra.

En el puente de mando del ferry, Popovich, más que oír, notó la embarrancada y rápidamente aminoró sus recalentados motores. Un silencio de muerte rodeó ambos buques cuando el eco de los motores se apagó. Luego, estallaron los vítores; primero, de la tripulación del *Vereshchagin* que había desembarcado cerca de allí en los botes salvavidas; luego, de los habitantes del pueblo que habían observado la maniobra; y, por último, de los pocos que se habían quedado a bordo del barco de investigación. Todos aplaudieron los heroicos esfuerzos de Pitt y Popovich. En respuesta, el piloto hizo sonar dos veces la sirena del ferry y fue a la popa a saludar a los hombres que había en el puente del otro barco.

—Felicidades, piloto, su pericia al timón ha sido comparable a la de Rachmaninov al piano —lo felicitó Pitt.

—Gracias. No podía soportar la idea de ver que ese viejo cascarón se iba a pique —repuso Popovich mirando el *Vereshchagin* con expresión nostálgica—. ¿Sabe? Yo empecé limpiando las cubiertas de esa cafetera. —Sonrió—. Además, el capitán Jaritonov es un viejo amigo. No me habría gustado verlo en un apuro ante las autoridades.

—Gracias a usted, el *Vereshchagin* volverá a surcar las aguas del Baikal. Confío en que, cuando lo haga, el capitán Jaritonov siga al mando.

—Yo también lo espero. Por la radio me dijo que había sido un acto de sabotaje. Puede que fuera cosa de uno de esos grupos ecologistas. Les gusta ir a la suya en el Baikal.

Por primera vez, Pitt consideró esa posibilidad. En efecto, parecía un sabotaje. Pero ¿de quién y con qué propósito? Quizá Sargov supiera la respuesta.

En Listvianka, se desató un torbellino de actividad cuando los habitantes del pueblo se precipitaron a ofrecer ayuda. Varias barcas pequeñas empezaron a

funcionar como lanzaderas llevando a la orilla a la restante tripulación; y un almacén de conservas cercano, con los suelos todavía húmedos tras la inundación, abrió sus puertas para acoger a los científicos y tripulantes. Las mujeres de los pescadores sirvieron diligentemente café y vodka y también *omul* ahumado para aquéllos que sintieran la necesidad de calmar su apetito a tan avanzada hora de la noche.

Pitt y Popovich fueron recibidos entre vítores y aplausos cuando entraron en el almacén. El capitán Jaritonov les dio efusivamente las gracias y, a continuación, en una desacostumbrada demostración de efusividad, rodeó a su viejo amigo Popovich en un abrazo de oso.

—Has salvado al *Vereshchagin*, amigo mío. Te estoy absolutamente agradecido.

—Me alegro de haber podido ayudar, pero debo decir que fue el señor Pitt quien vio el servicio que mi ferry podía prestar.

—Solo espero que la próxima vez no tengamos que llamarle en plena noche, Ivan —sonrió Pitt mirándole las pantuflas que Popovich todavía calzaba. Luego, volviéndose hacia el capitán Jaritonov, preguntó—: ¿No falta nadie de la tripulación?

Una expresión de inquietud cruzó el rostro del capitán.

—Anatoly, que hacía guardia en el puente, ha desaparecido. Tampoco está el profesor Sargov. Creíamos que quizá se hallaba con usted.

—¿Alexander? No, no estaba con nosotros. No le he visto desde que me despedí, después de cenar.

—Pues no estaba a bordo de ninguno de los botes salvavidas —aclaró el capitán.

Giordino y Gunn, ambos con expresión sombría, se acercaron.

—Y no es el único que no está —dijo el italiano, que había oído la conversación—. También han desaparecido todos los miembros del equipo de sondeo a los que rescatamos. Ninguno de ellos subió a los botes, y tampoco estaban en sus respectivos camarotes.

—Yo los comprobé todos menos el del capitán del pesquero —aseguró Gunn.

—¿Y nadie los vio abandonar el barco? —quiso saber Pitt.

—No —repuso Giordino, meneando la cabeza con incredulidad—. Se han esfumado sin dejar rastro. Como si nunca hubieran existido.

6

Cuando el sol asomó por el horizonte, varias horas más tarde, el precario estado del *Vereshchagin* se hizo visible con la luz del amanecer. La sala de máquinas, las cabinas y la bodega de popa estaban completamente inundadas, y el agua cubría casi una tercera parte de la cubierta principal. Cuántos minutos más habría aguantado de no haber sido remolcado hasta tierra era una cuestión que pertenecía al campo de las conjeturas; pero una respuesta era segura: no mucho.

De pie junto a los restos de un tenderete aplastado por la ola seca, Pitt y el capitán Jaritonov examinaban el embarrancado buque de investigación. Pitt observó que un par de relucientes y negras nerpas, las pequeñas focas del Baikal, emergieron cerca de la popa y nadaron perezosamente por encima del pasamanos antes de desaparecer bajo el agua en busca de alimento. Mientras Pitt esperaba ver emerger de nuevo a la foca, se fijó en la línea de flotación del buque y en la mancha de pintura roja que a medio casco había dejado una embarcación al arrimarse.

—El equipo de salvamento de Irkutsk no llegará hasta mañana —dijo Jaritonov con expresión sombría—. Haré que la tripulación ponga en marcha las bombas portátiles, aunque supongo que no tiene demasiado sentido hasta que no podamos determinar las causas exactas del daño.

—Más urgente es la desaparición de Alexander y de los miembros del equipo de sondeo —repuso Pitt—. Dado que no los hemos encontrado en tierra, debemos suponer que no salieron con vida. Habrá que registrar la sección inundada en busca de los cadáveres.

El capitán asintió a regañadientes.

—Sí. Tenemos que encontrar a mi amigo Alexander, pero me temo que no nos queda más remedio que esperar a que llegue un equipo de buceo de la policía para conocer la respuesta.

—No creo que tengamos que esperar tanto, capitán —dijo Pitt haciendo un gesto hacia la figura que se acercaba.

A unos cincuenta metros de distancia, Al Giordino caminaba por la orilla llevando al hombro un gran cortafríos con los mangos de color rojo.

—Lo vendían en una mudanza —dijo quitándose del hombro. Las largas palancas llegaban desde el suelo a su cadera.

—¿Nos permitiría usted acceder a las zonas restringidas del barco? —preguntó Pitt.

—¿Usted? ¿Usted va a investigar los daños? —preguntó Jaritonov, sorprendido por la iniciativa del estadounidense.

—Tenemos que averiguar si Alexander y los demás siguen a bordo —dijo Giordino en tono decidido.

—Quien haya sido el que ha intentado hundir el barco puede que tuviera interés en poner fin a nuestro proyecto de investigación —comentó Pitt—. Si es así, me gustaría saber por qué. Nuestro equipo de inmersión está guardado en la bodega de proa, de modo que podemos cogerlo cuando queramos.

—Puede que no sea seguro —advirtió el capitán.

—La parte más difícil será convencer a Al para que no se sumerja antes de la hora del desayuno —dijo Pitt intentando alegrar el ambiente ante la macabra tarea que los aguardaba.

—Sé de buena fuente que hoy el IHOP^[3] local organiza el día «come-todo-lo-que-quieras» de tortitas de esturión —contestó Giordino arqueando una ceja.

—Pues deberemos confiar en que no se queden sin.

Gunn se unió a Giordino y a Pitt y juntos embarcaron en una lancha neumática prestada para dirigirse al barco varado. Subieron por la inclinada cubierta hasta la bodega de proa; Gunn ayudó a los dos hombres a ponerse los trajes de neopreno, el lastre y a conectar los sistemas de respiración. Antes de que se colocaran las gafas de bucear, Gunn señaló el puente de mando.

—Voy a comprobar los ordenadores del puente y pedir una actualización de la actividad sísmica de la zona. No os larguéis con un par de sirenas sin avisarme.

—No te preocupes. Me temo que estarían congeladas de tanto nadar en esta agua —masculló Giordino.

Sin ponerse los pies de pato, los dos hombres caminaron pesadamente por la cubierta con los pies enfundados en sus escaarpines de neopreno y se fueron metiendo en el agua. Cuando ésta les llegó a la altura de los hombros, Pitt conectó el foco que llevaba ajustado en la cabeza y se sumergió. La escalerilla de estribor se hallaba a pocos metros; caminó en el agua hacia ella igual que un monstruo de Frankenstein. Una luz que se movía a su espalda le indicó que Giordino lo seguía a corta distancia.

Tras descender por la escalerilla dando pequeños saltos, Pitt dejó atrás las cabinas inferiores y siguió hacia el puente inferior y la sala de máquinas. Al alejarse de la luz del sol, la oscuridad no tardó en rodearlos; sin embargo, el agua estaba clara como en una piscina, y la lámpara de Pitt abría un sendero de luz en la penumbra. Con flotabilidad negativa, les resultaba más fácil caminar que nadar, de manera que llegaron hasta la compuerta de estribor de la sala de máquinas dando pequeños saltos.

Tal como había informado el jefe de máquinas, la pesada puerta de hierro estaba bloqueada. Una vieja y herrumbrosa cadena atada a una mampara rodeaba el cierre de la compuerta. Pitt se fijó en que el candado de latón parecía nuevo. Entonces se acercó el haz de luz de Giordino, y vio asomar la boca del cortafríos, que se disponía a morder el candado. Pitt se volvió para ver cómo los fuertes brazos de su amigo lo partían como si se tratara de una nuez. Pitt retiró las vueltas de la cadena, abrió la compuerta y ambos entraron.

A pesar de que el *Vereshchagin* tenía más de treinta años, la sala de máquinas estaba limpia y ordenada; sello de un jefe de máquinas cuidadoso. El gran generador diesel, situado en medio de la sala, ocupaba la mayor parte del espacio. Pitt fue recorriendo el lugar en busca de desperfectos en la cubierta y los mamparos, así como en los motores, pero no se veía nada a simple vista. Solo una gran plancha del suelo estaba fuera de sitio; había sido retirada de la parte de atrás y estaba apoyada en una caja de herramientas.

Agachándose hacia el agujero, Pitt se arrodilló al lado de la plancha y se introdujo por el hueco para examinar el compartimiento de la sentina de popa. Hasta donde iluminaba su linterna, las planchas del casco parecían intactas. Dándose la vuelta lentamente, se apoyó en un objeto metálico mientras la cabeza y la luz de Giordino se asomaban en el compartimiento. Bajo su haz, Pitt se fijó en un grueso tubo que iba hacia proa desde el objeto a su espalda. Volviéndose para examinar la protuberancia, vio que Giordino movía la cabeza afirmativamente.

El objeto era una válvula chata que se levantaba unos treinta centímetros por encima del tubo. A su lado había un pequeño rótulo donde se leía en grandes letras rojas *Predosterezhnie*, que Pitt interpretó como «Atención». La cogió con su enguantada mano e intentó girarla en el sentido de las agujas del reloj. La válvula no se movió. Entonces lo intentó hacia el otro lado. La válvula giró sin dificultad hasta que llegó al tope. Pitt miró a Giordino, que respondió con una mirada afirmativa. Sí, era tan sencillo como eso. La válvula abría los grifos de mar del barco, que empezaban inundando las sentinas y, finalmente, el barco entero. Alguien había entrado en la sala de máquinas, había abierto la válvula, desconectado las bombas de sentina y bloqueado el paso a la sala. Una manera sencilla de hundir un barco en plena noche.

Pitt nadó fuera de la sentina y cruzó la sala de máquinas. Al otro lado encontró una plancha cuadriculada, idéntica, pero correctamente colocada. La apartó, se introdujo por el hueco para examinar la válvula de babor y descubrió que también estaba abierta. La cerró y cogió la mano de Giordino, que lo ayudó a salir de la sentina.

Habían completado la mitad de sus objetivos. Habían entrado en la sala de máquinas y determinado las causas de la inundación. Sin embargo, quedaba la cuestión de Sargov, Anatoly y los miembros del equipo de sondeo. Pitt miró su reloj y vio que llevaban media hora sumergidos. Aunque les quedaba aire suficiente para un buen rato más, el frío del agua se les estaba metiendo en los huesos a pesar del aislamiento del traje. De joven se sumergía sin problemas en aguas frías, pero la ocasión le estaba recordando una vez más que ya no era un chaval.

Apartando ese pensamiento, acompañó a Giordino por la sala y, entre los dos, comprobaron rápidamente los demás compartimientos inundados de alrededor. Al no

hallar nada, subieron por la escalerilla hacia los camarotes inferiores. El pasillo los condujo hasta la parte media del barco, donde el corredor se bifurcaba hacia proa y popa con los camarotes a ambos lados.

Mediante gestos, Pitt indicó a Giordino que comprobara los de babor mientras él se ocupaba de los de estribor. Al entrar en el primero, que sabía que era el de Sargov, se sintió como un fisgón. A pesar de que estaba totalmente inundado, a Pitt le sorprendió que la mayoría de los objetos del cuarto siguieran en su sitio. Solo unas cuantas hojas de papel escritas a máquina y las de un diario local flotaban en el anegado camarote. Vio un ordenador portátil abierto sobre la mesa, pero apagado por el cortocircuito provocado por la inundación. La chaqueta que Sargov había llevado hasta la cena se encontraba colgada del respaldo de la silla. Pitt abrió el pequeño armario, encontró las camisas y pantalones del científico cuidadosamente colgados; pensó que nada de aquello hacía pensar en una persona que tuviera previsto abandonar el barco.

Salió del camarote del ruso y registró rápidamente los tres siguientes antes del llegar al del final de estribor. Era el camarote al que Gunn no había podido llegar cuando había ido en busca de los miembros del equipo de sondeo. Al otro lado del pasillo, Pitt vio oscilar la luz de Giordino, que se movía por delante de él y registraba el último camarote de babor.

Abrió la manija y se apoyó en la puerta para vencer la invisible resistencia del agua. Al igual que el resto de cabinas que había registrado, su interior aparecía ordenado, sin ningún desorden ocasionado por la inundación. Sin embargo, desde la puerta, Pitt vio que el camarote mostraba una diferencia: parecía que su ocupante podía seguir dentro.

A causa de la penumbra reinante podría haberse tratado de una bolsa de lona o de un par de almohadas tiradas en la litera; pero el instinto de Pitt le dijo otra cosa. Entró y vio que era un hombre lo que había encima del colchón. Un hombre muy pálido y muy muerto, a decir verdad.

Se acercó lentamente a la figura echada y se inclinó con cuidado sobre el cuerpo, iluminando el cadáver con la linterna que llevaba en la cabeza. Los ojos abiertos del arisco capitán del pesquero lo miraron sin parpadear con una expresión de confusión dibujada para siempre en el rostro. El viejo pescador llevaba una camiseta y tenía las piernas recogidas bajo los cobertores. La ceñida manta había evitado que flotara hasta que el aire hubo escapado de sus pulmones.

Alumbrando de cerca la cabeza del pescador, Pitt le pasó el dedo por la raíz del pelo. Justo encima de la oreja, una leve depresión indicaba un aplastamiento del cráneo. A pesar de que no había sangrado, era una clara muestra del violento golpe recibido. Pitt se preguntó macabramente si el viejo habría muerto a causa del golpe o por haberse ahogado al estar inconsciente mientras el camarote se inundaba.

La luz de Giordino apareció bruscamente en la puerta, y Pitt aprovechó para echar un vistazo alrededor y por el enmoquetado suelo. No vio ni jarros ni lavamanos de loza, no vio pisapapeles ni botellas de vodka que podrían haber caído y golpeado al hombre por accidente. La habitación estaba desnuda. No era más que el camarote asignado a un pescador que no llevaba efectos personales.

Echó otro vistazo al anciano y supo que su instinto no se equivocaba: desde el primer momento en que lo había visto, había sabido que ese hombre no había fallecido de muerte accidental. Había sido asesinado.

—¡No está! —gritó Gunn con el rostro arrebolado de furia—. ¡Alguien se ha llevado todo el soporte de nuestra base de datos y se ha largado con él! ¡Todo la información que hemos reunido en las últimas dos semanas ha desaparecido!

Gunn siguió mascullando mientras ayudaba a Pitt y a Giordino a quitarse los trajes de buceo bajo el puente.

—¿Y qué hay de las copias, Rudi? —preguntó Pitt.

—Eso es. Como buen pirado que eres de los ordenadores me consta que lo guardas todo, probablemente por triplicado —terció Giordino colgando su traje de una percha.

—¡Los discos de almacenamiento tampoco están! —chilló Gunn—. ¡Alguien sabía muy bien qué tenía que llevarse!

—¿Nuestro amigo Sargov? —preguntó el italiano.

—No lo creo —repuso Pitt—. Su camarote no tenía el aspecto de ser el de alguien a punto de largarse.

—No lo comprendo. Los datos de nuestra investigación solo pueden ser de utilidad para la comunidad científica. Lo hemos compartido todo con nuestros colegas rusos. ¿Quién iba a querer robar la información? —preguntó Gunn, que empezaba a tranquilizarse.

—Puede que no pretendieran robarla. Quizá solo querían que no descubriéramos algo que contiene —reflexionó Pitt.

—Podría ser —convino Giordino—. Rudi, eso significa que tu querido ordenador se encuentra seguramente en el fondo del lago Baikal sirviendo de cebo.

—¿Y se supone que eso debe ser un consuelo? —murmuró.

—No te pongas así. En el fondo has salido mejor parado que el viejo pescador.

—Es cierto. Ha perdido su barco —comentó Gunn.

—Ha perdido algo más que eso —intervino Pitt, que a continuación le contó el descubrimiento hecho en el camarote.

—Pero ¿por qué matar a un pobre viejo? —preguntó Gunn meneando la cabeza, incrédulo—. ¿Y qué ha pasado con los demás? ¿Han sido abducidos o es que se marcharon por su propia voluntad después de liquidar al viejo y llevarse nuestra base de datos?

En la mente de Pitt daban vueltas las mismas preguntas, solo que no tenía respuesta para ellas.

A mediodía, subieron a bordo del *Vereshchagin* una línea de corriente aérea desde tierra que proporcionó energía al varado barco y permitió poner en marcha las bombas de sentina que habían sido desconectadas. En la popa se situaron más bombas auxiliares que, entre el ruido de sus generadores, ayudaron a vaciar los

compartimientos inundados. Despacio pero inexorablemente, la sumergida popa fue emergiendo, aunque a una velocidad demasiado lenta para que los miembros de la tripulación se quedaran a verlo desde la orilla.

Por todo Listvianka, los habitantes del pueblo prosiguieron con las labores de limpieza. El famoso mercado de pescado al aire libre fue rápidamente levantado de nuevo, y enseguida los puestos empezaron a ofrecer sus aromáticas especialidades ahumadas. El sonido de las sierras y los martillos llenó el ambiente al tiempo que las hileras de tenderetes que habían sido aplastados por la ola seca empezaban a ser reconstruidos.

Poco a poco, comenzaron a llegar noticias de los daños ocasionados en el lago por la ola y el terremoto. En las orillas meridionales muchas propiedades habían sido gravemente afectadas; afortunadamente, no había noticia de ningún fallecimiento ni desaparición. La fábrica de papel Baikalsk, la industria más importante del lado sur, había sido la más afectada, y sus instalaciones se iban a ver obligadas a cerrar durante varias semanas mientras se retiraban los restos y se rescataba la inundada maquinaria. En cuanto al otro extremo del lago los informes indicaban que el oleoducto Taishet-Najoda que seguía la costa norte había sufrido muchos daños. Los especialistas del Instituto Limnológico ya se hallaban en camino para determinar los perjuicios que podían derivarse a causa de un vertido accidental en el lago.

Poco después de comer, el jefe de policía de Listvianka se presentó a bordo del *Vereshchagin* acompañado por dos inspectores de Irkutsk. Las autoridades policiales subieron al puente de mando donde saludaron al capitán Jaritonov con mucha formalidad. El comisario del pueblo, un tipo desgarbado vestido con un uniforme que le colgaba por todos lados, miró despectivamente a los tres estadounidenses que, al otro lado del puente, reconfiguraban su equipo de ordenadores, e hizo caso omiso de ellos. Como un clásico burócrata engreído con su propia autoridad, el jefe de policía disfrutaba del protocolo, aunque no de los detalles de su trabajo. Cuando Jaritonov le explicó las desapariciones de la tripulación y el hallazgo del pescador muerto en el inundado camarote, un destello de irritación asomó en la mirada del policía. La desaparición de aquellas personas y el sabotaje del *Vereshchagin* podía explicarlas como simples accidentes; pero la presencia de un cadáver le complicaba las cosas. Un asesinato significaría más papeleo y tener a la policía del estado husmeando por encima de su hombro. En Listvianka, todo su trabajo consistía en ocuparse de la ocasional sustracción de alguna bicicleta o de las habituales peleas de taberna, y así deseaba que siguiera siendo.

—Tonterías —dijo con voz áspera—. Yo conocía bien a Belikov. No era más que un viejo pescador borracho. Seguro que bebió más de la cuenta y la palmó. Un desgraciado accidente —aseguró, restándole importancia.

—¿Y qué hay de la desaparición de dos tripulantes y de los miembros del equipo

de sondeo que fueron rescatados junto con el pescador? Y eso por no hablar del intento de hundimiento de mi barco —preguntó en tono airado el capitán Jaritonov.

—Ah, sí... —repuso el jefe de policía—. Los miembros de la tripulación que abrieron los grifos de mar por error. Avergonzados seguramente de su equivocación prefirieron huir. Seguro que tarde o temprano reaparecerán en alguna de nuestras estupendas tabernas —dijo con aires de entender de esas cosas. Sin embargo, viendo que los dos detectives de Irkutsk no parecían tragarse semejante explicación, añadió —: Naturalmente habrá que interrogar al resto de la tripulación y a los pasajeros para redactar el informe oficial del suceso.

Pitt apartó los ojos del vanidoso jefe de policía y estudió a los dos inspectores que lo acompañaban. Saltaba a la vista que los dos miembros de la División Criminal de la ciudad de Irkutsk estaban cortados por otro patrón. Eran tipos duros que vestían de civil y no llevaban sus armas a la vista de todos. No eran polis corrientes, sino que mostraban un aire de tranquila seguridad que indicaba un entrenamiento y una experiencia adquiridos en algún lugar más especializado que una simple comisaría. Cuando los tres iniciaron la ronda del buque, Pitt reparó con sorpresa en que los dos inspectores parecían más interesados por la ausencia de Sargov que por el pescador muerto.

—¿Quién dice que Boris Badenov^[4] no está vivito y coleando? —preguntó Giordino por lo bajo después de ser brevemente interrogado.

Cuando terminó la ronda de preguntas, los inspectores regresaron al puente, donde el jefe de policía largó una última y severa admonición a Jaritonov para impresionarlo antes de que todos se marcharan.

Luego, el capitán del *Vereshchagin* anunció sombríamente que, por órdenes de la policía de Listvianka, todos los miembros de la tripulación tendrían que regresar a bordo de inmediato, donde permanecerían confinados hasta que finalizara la investigación.

—Al menos podrían haber dejado que nos tomáramos unas rondas de cervezas —protestó Giordino.

—Sabía que tendría que haberme quedado en Washington —masculló Gunn—. Ahora, en cambio, estamos encerrados en Siberia.

—Bueno, de todas formas, Washington es una miserable charca en verano —repuso Pitt admirando la vista del lago desde el puente.

Entonces reparó en el carguero negro situado a una milla y media de distancia, el mismo que él y Al habían sobrevolado la noche anterior. El barco se había acercado a la costa y se encontraba amarrado a un muelle intacto, en un extremo del pueblo, mientras una gran grúa iba descargando su cargamento de popa.

De un gancho cercano colgaban unos prismáticos, y Pitt los cogió sin pensarlo y se los llevó a los ojos para estudiar el buque. A través de las lentes de aumento vio

dos grandes camiones de plataforma descubierta, y otro con la caja capotada, aparcados en el muelle junto al mercante. La grúa depositaba bultos en los camiones, lo cual era poco frecuente ya que Listvianka era más bien un puerto de salida que proveía de mercancías al resto de las comunidades de las orillas del lago. Concentrándose en uno de los camiones de plataforma, vio que en su caja había un objeto alto y alargado metido en un palé y medio cubierto por una lona.

—Capitán, ese mercante negro de ahí. ¿Qué puede decirme de él? —preguntó a Jaritonov señalando el buque.

El capitán se acercó y forzó ligeramente la vista.

—Se trata del *Primorski*, un viejo cascarón del Baikal. Durante años ha estado haciendo el trayecto desde Listvianka a Baikalskoie, en el norte, llevando troncos y raíles para un tramo de ferrocarril que se estaba construyendo allí. Cuando los trabajos concluyeron, el año pasado, se quedó amarrado durante meses. Luego me enteré de que una compañía petrolífera lo había alquilado por un tiempo. Llevaron su propia tripulación para hacerlo navegar, lo cual irritó a la antigua. No sé para qué lo utilizan ahora. Seguramente para transportar equipos de oleoductos.

—¿Una compañía petrolífera? —preguntó Pitt—. No sería por casualidad la Avarga Oil, ¿verdad?

Jaritonov lo meditó un momento.

—Ahora que lo pienso, sí. Creo que era ésa. Disculpe a un viejo al que le falla la memoria. Puede que sepan algo de los miembros del desaparecido equipo de sondeo o del paradero de Anatoly y Alexander —añadió en tono preocupado antes de coger el micrófono de la radio y llamar al *Primorski*, que había tomado su nombre de una cordillera situada en la orilla occidental del lago.

Una voz cavernosa respondió casi inmediatamente y contestó con cortos y bruscos comentarios a las preguntas de Jaritonov. Entretanto, Pitt enfocó los prismáticos en el viejo carguero, en el desierto puente de popa.

—Al, echa un vistazo a esto.

Giordino se acercó, cogió los binoculares y estudió cuidadosamente el navío. Al ver lo que estaban descargando dijo:

—Parece que se andan con muchas precauciones para que nadie vea la carga que lleva, ¿no te parece? De todas maneras, estoy seguro de que, si les preguntaran, dirían que se trata de recambios usados para tractores.

—Echa una ojeada al puente de popa —le pidió Pitt.

—La otra noche, allí había una torre de perforación. Ahora ha desaparecido. Igual que nuestros amigos.

—Reconozco que estaba oscuro cuando sobrevolamos el barco, pero esa torre de perforación no era ningún juguete.

—No. No era algo que pueda desmontarse de la noche a la mañana sin un ejército

de mecánicos —aseguró Giordino.

—Pues, por lo que estoy viendo, la tripulación del barco son cuatro gatos.

El capitán cortó la comunicación por radio y los interrumpió con su vozarrón.

—Lo siento, caballeros. El capitán del *Primorski* me ha informado de que no ha embarcado pasajeros y que tampoco sabe nada de ningún equipo de sondeo. De hecho, asegura que desconocía su presencia en el lago.

—Claro, y supongo que tampoco sabrá dónde tiene el ombligo —replicó Giordino con sorna.

—No le habrá dicho por casualidad cuál es su carga, ¿verdad? —preguntó Pitt.

—Pues sí —contestó Jaritonov—. Transportan equipos agrícolas y recambios usados para tractores desde Irkutsk hasta Baikalskoie.

El novato policía encargado de vigilar que nadie abandonase el barco no tardó en aburrirse con la tarea. Recorriendo arriba y abajo la orilla, allí donde la proa del *Vereshchagin* había embarrancado, había vigilado el navío hasta la puesta del sol. Sin embargo, cuando cayó la noche sin que se produjera ninguna novedad, su concentración empezó a disminuir. Los ruidos que salían de un bar cercano fueron captando su atención y no pasó mucho tiempo antes de que se diera la vuelta y se quedara mirando su entrada esperando ver salir a alguna atractiva turista.

Completamente absorto, no pudo ver que dos hombres vestidos de negro arrastraban una pequeña Zodiac hasta situarla bajo la popa del *Vereshchagin* y se deslizaban silenciosamente hasta ella.

Pitt y Giordino se alejaron del buque de investigación procurando mantenerlo entre ellos y el policía.

—Tenemos unos magníficos locales al alcance de la mano donde tomar una copa y tú prefieres que vayamos de pesca —protestó Giordino en voz baja.

—No son más que antros carísimos donde las bebidas están calientes y las mujeres son frías —replicó Pitt.

—Bueno, incluso una cerveza caliente es mejor que ninguna cerveza —repuso Giordino en tono lastimero.

A pesar de que desaparecieron rápidamente en la oscuridad de la noche, Pitt insistió en que remaran en silencio durante casi una milla antes de poner en marcha el motor fueraborda de veinticinco caballos. El pequeño motor cobró vida, y Pitt situó la lancha paralela a la costa mientras avanzaban a medio gas. Giordino, entretanto, cogió un SSA y lo dejó ir por la popa conectado a los cien metros de longitud de cable electrónico de arrastre. Después de afirmarlo en cubierta, encendió un ordenador portátil e inició el programa del sonar de escaneo lateral. En cuestión de minutos, una imagen amarillenta del fondo del lago apareció en la pantalla.

—¡Ha empezado el espectáculo! —anunció el italiano—. ¡Y esta noche presentamos, damas y caballeros, un ondulante fondo arenoso a cincuenta y ocho metros de profundidad!

Pitt siguió llevando la lancha paralelamente a la costa hasta que llegó a la altura del mercante negro. Entonces mantuvo el rumbo otro cuarto de milla antes de dar media vuelta y dirigirse en la dirección opuesta, pero unos metros más hacia el interior del lago.

—Anoche, cuando lo sobrevolamos, el *Primorski* parecía estar fondeado más o menos por aquí —dijo Pitt haciendo un gesto con la mano hacia el sudeste. Luego, se volvió y se fijó en las marcas de la costa hacia el norte e intentó encajarlas con lo que recordaba haber visto desde el helicóptero.

Giordino asintió.

—Estoy de acuerdo. Yo diría que estamos en el sitio correcto.

Pitt sacó una brújula del bolsillo, tomó un rumbo y la dejó en el banco, ante él. Siguiendo la lectura de la brújula con ocasionales destellos de su linterna, mantuvo un rumbo fijo hasta que pasó media milla en la otra dirección. Luego, lo repitió más hacia el sur. Durante la hora siguiente siguieron buscando, moviéndose lago adentro mientras Giordino seguía en la pantalla del ordenador los cambios del fondo.

Pitt volvió la vista hacia la costa; se disponía a girar nuevamente y a seguir recorriendo su imaginario sendero cuando Giordino exclamó:

—¡Tenemos algo!

Pitt mantuvo el rumbo al tiempo que se inclinaba para examinar la imagen en el portátil. Un oscuro esqueleto empezó a desfilar por la pantalla seguido de otra línea que salía en ángulo de él. La imagen evolucionó lentamente hasta convertirse en una silueta en forma de «A» a la que le habían salido una serie de riostras adicionales.

—Tiene una altura de unos doce metros —anunció Giordino—. A mí me parece igual que la estructura que vimos en el puente de popa del *Primorski* anoche. ¡Qué vergüenza ensuciar así el fondo del lago!

—Una vergüenza, desde luego —repuso Pitt contemplando el negro mercante—. La pregunta, mi querido Watson, es ¿por qué?

Cuando Pitt se inclinó y paró el motor, Giordino supo que se disponían a ir en busca de la respuesta. Si algo ya había levantado las sospechas de Pitt la primera vez que había visto aquel barco, descubrir que además había sido alquilado por Avarga Oil no hizo más que aumentarlas. Estaba prácticamente seguro de que había alguna conexión entre esa nave y la desaparición de Sargov y los miembros del equipo de sondeo. Mientras estudiaba el carguero desde la distancia, Giordino sacó del agua el SSA y cerró el ordenador. Luego, montó los remos.

El *Primorski* se hallaba inmóvil en su amarre cerca del final de la ribera del pueblo. Los grandes camiones seguían estacionados en el muelle, con sus plataformas llenas de un oculto cargamento. Una alta valla de alambre aislaba la zona e impedía el acceso por tierra de los lugareños. Una garita con dos guardias, situada en la entrada, reforzaba las medidas de seguridad. Alrededor de los camiones, unos cuantos hombres se dedicaban a estudiar un mapa que alguien había desplegado encima de un parachoques. El barco parecía desierto.

Pitt y Giordino se acercaron silenciosamente a la popa, deslizándose bajo su sombra. Pitt agarró la amarra de popa, que caía hasta el agua, y la utilizó para acercarse al muelle. Cuando Giordino hubo atado el cabo de la lancha alrededor de uno de los astillados postes, Pitt saltó de la Zodiac y subió arrastrándose al muelle de madera.

Los camiones se hallaban aparcados al otro extremo, cerca de la proa. Aun así,

Pitt podía distinguir las voces de los hombres, que le llegaban desde la otra punta del desierto muelle. Vio un par de oxidados bidones de aceite y se acurrucó tras ellos, al borde del agua. Unos segundos después, Giordino apareció a su lado.

—Más vacío que una iglesia los lunes —susurró el italiano mirando el barco.

—Sí. Y también demasiado tranquilo.

Pitt se asomó por un lado de los bidones y vio la pasarela que daba acceso a las bodegas de proa del carguero. Luego, contempló el pasamanos de cubierta, que se hallaba a un par de metros por encima del muelle.

—Supongo que entrar por la pasarela sería demasiado llamativo —susurró a Giordino—. Creo que podremos trepar si nos encaramamos a uno de éstos —añadió señalando los bidones.

Sin hacer ruido, Pitt empujó uno de ellos hasta acercarlo al borde y se subió de un salto. Luego, tomando impulso, saltó la distancia de un metro que separaba el barco del muelle y se agarró al pasamanos inferior. Se quedó allí colgado unos segundos antes de darse impulso hacia un lado y subir a bordo pasando entre el pasamanos y la regala. Para Giordino, que era más bajo, no fue tan fácil; se quedó colgando de una mano. Habría caído de no haber sido porque Pitt lo cogió en el último momento y lo ayudó a subir.

—La próxima vez cogeré el ascensor —jadeó.

Se ocultaron entre las sombras mientras recobraban el aliento y examinaban el silencioso buque. Para las medidas habituales en el mar, el carguero era pequeño ya que su eslora no superaba los setenta y cinco metros. Estaba diseñado como los mercantes clásicos: con una superestructura central que albergaba el puente de mando y sendas bodegas a proa y a popa. Aunque el casco era de hierro, la cubierta estaba hecha de teca y apestaba a gasoil y a los diversos productos químicos que habían penetrado la madera a lo largo de cuatro décadas de uso. Pitt observó la cubierta de popa donde se veían unos cuantos contenedores metálicos apilados cerca de la única bodega. Moviéndose silenciosamente, él y Giordino se dirigieron hasta la sombra de uno de ellos, donde se detuvieron para asomarse y examinar la bodega.

En ambos extremos del recinto se veían montones de tuberías de pequeño diámetro. El centro del espacio se hallaba vacío, pero a pesar de la penumbra, se podían distinguir en el suelo las marcas de las patas del misterioso artefacto metálico. Más misteriosa aún era la trampilla circular de dos metros de diámetro que cubría el agujero de acceso a través del casco situada justo en el centro de las marcas de las patas.

—Parece el agujero de un barco perforador del mar del Norte —susurró Pitt.

—Y ahí está la tubería que lo acompaña —repuso Giordino—, pero está claro que esto no es un barco perforador.

Era una observación atinada. Un barco perforador lleva a bordo la tubería y los

equipos de almacenaje para perforar la tierra en busca de petróleo y recogerlo a bordo. Puede que aquel viejo carguero pudiera montar las tuberías taladradoras, pero no habría podido recoger una gota de petróleo si ésa era realmente su intención.

Pitt no se quedó a meditar sobre ello, sino que se dirigió rápidamente hacia el pasillo de babor. Al llegar a la esquina se detuvo y se apretó contra el mamparo antes de asomarse. Seguía sin haber rastro de los tripulantes. Avanzó con Giordino pisándole los talones, y respiró aliviado cuando quedaron fuera de la vista del muelle.

Llegaron a una pasarela que cruzaba la superestructura de lado a lado. Una solitaria luz en lo alto la bañaba con un débil resplandor amarillento. En algún lugar en la distancia, un generador eléctrico zumbaba como un coro de cigarras. Pitt se situó bajo la luz, se envolvió la mano en la manga del suéter y desenroscó la bombilla para apagarla. Al abrigo de las luces del muelle, la pasarela quedó prácticamente a oscuras.

En ese momento, la puerta de uno de los camarotes, que daba al cruce de la pasarela con el pasillo, se abrió de repente. Ambos hombres corrieron por la pasarela y se metieron en un compartimiento débilmente iluminado que estaba abierto, a la izquierda de Pitt. Cerraron la puerta tras ellos.

Mientras se quedaban junto a la puerta escuchando el sonido de los pasos, sus ojos examinaron el lugar. Se encontraban en el comedor de oficiales, que también servía de sala de reuniones. La estancia presentaba un llamativo contraste con el resto del viejo buque. Una alfombra persa se extendía bajo la gran mesa de caoba que ocupaba casi toda la sala y las sillas tapizadas de cuero. Un elegante papel pintado con motivos artísticos y unas cuantas plantas artificiales hacían que parecieran casi un salón del Waldorf-Astoria. Al otro lado, una doble puerta daba a la cocina del barco. En la mampara situada junto a Pitt había, a la altura de los ojos, una pantalla de vídeo que recibía señal de una antena de satélite.

—Un ambiente muy elegante para devorar un simple rancho de pescado y sopa *borscht*.

Pitt hizo caso omiso del comentario y se acercó a una serie de mapas colgados en la pared. Se trataba de imágenes generadas por ordenador de zonas ampliadas del lago Baikal. En distintos puntos del lago había acumulaciones de círculos concéntricos, algunos de los cuales se superponían a la costa, por donde discurría un oleoducto de oeste a este.

—¿Marcas de zonas de perforación? —aventuró Giordino.

—Seguramente. Y no son de las que pondrían contentos a los de La Tierra Primero —contestó Pitt.

Junto a la puerta, el italiano escuchó que en el exterior los pasos descendían por una escalera cercana. Cuando se hubieron desvanecido, entreabrió la puerta y se asomó al vacío pasillo.

—Nadie a la vista. Y no se ve rastro de pasajeros a bordo.

—Quiero echar un vistazo a la lancha auxiliar, si no te importa —susurró Pitt.

Salieron y volvieron al pasillo de babor. Siguieron adelante, y la superestructura del mercante no tardó en dar paso a la despejada cubierta de proa que albergaba dos bodegas gemelas. A lo largo de la barandilla de babor, cerca de la proa, había una vieja embarcación auxiliar que descansaba en un armazón fijado a la cubierta. El cabrestante cercano y los cables que todavía sujetaban la embarcación demostraban que había sido utilizada hacía poco.

—Está a plena vista del puente de mando —dijo Giordino, señalando con la cabeza la débil luz que brillaba a nueve metros por encima de sus cabezas.

—Sí, pero solo si hay alguien mirando en esa dirección —repuso Pitt—. Solo será un vistazo rápido.

Mientras Giordino permanecía entre las sombras, Pitt corrió agachado por la cubierta manteniéndose pegado a la barandilla de babor. Las luces del muelle y del puente bañaban la cubierta con un débil resplandor que proyectaba una leve sombra tras los pasos de Pitt. Por el rabillo del ojo, distinguió brevemente los camiones y a los hombres que se afanaban alrededor. Vestido con un pantalón y un suéter negros, Pitt era prácticamente invisible para ellos a esa distancia. Los que le preocupaban eran los ocupantes del puente de mando.

Llegó finalmente a la lancha. Se agachó tras su proa y se ocultó en las sombras entre la barca y la barandilla. Mientras su corazón recobraba un ritmo normal, escuchó cualquier ruido que le indicara que lo habían descubierto, pero todo estaba en silencio. Solo se oían los apagados sonidos que llegaban desde el pueblo. Pitt observó el puente y pudo distinguir, a través de las ventanas, a dos hombres que hablaban entre ellos. Ninguno prestaba atención a la cubierta de proa.

Acurrucándose, Pitt sacó su linterna de bolsillo e iluminó el costado de la barca durante unos pocos segundos. La luz brilló sobre un viejo casco de madera pintado de rojo. Pasó la mano por él, y algunas escamas de pintura carmesí se le pegaron a los dedos. Tal como había supuesto, era el mismo color que la mancha que había visto en el lado de estribor del *Vereshchagin*. Se asomó al interior de la lancha y vio algo que llamó su atención. Extendió el brazo y sus dedos recogieron una vieja gorra de béisbol con el emblema en rojo de un cerdo embistiendo. Pitt reconoció la mascota de la Universidad de Arkansas y cayó en la cuenta de que se trataba de la gorra de Jim Wofford. Ya no cabía duda de que el *Primorski* estaba involucrado en el sabotaje del *Vereshchagin* y en la desaparición de su tripulación.

Guardó la linterna y echó otra ojeada al puente. Las dos figuras seguían enfrascadas en su conversación y no prestaban atención a la cubierta. Rodeó despacio la proa de la lancha y se detuvo en seco. Una señal de alarma sonó en su cerebro, y su instinto detectó una presencia cercana. Pero era demasiado tarde para que pudiera

actuar. Al instante, un linterna le iluminó el rostro mientras una voz en ruso rompía el silencio:

—*Ostanovka!*

Un hombre apareció iluminado por las luces del puente y se acercó a Pitt. Era de constitución delgada, y sus negros y grasientos cabellos hacían juego con el mono de trabajo que vestía. Se balanceaba nerviosamente sobre sus pies, pero no había ningún nerviosismo en su forma de empuñar la automática Yarygin PYa de 9 mm con la que apuntaba al pecho de Pitt. Éste comprendió que el pistolero debía de haber estado sentado en el molinete de la cadena, desde donde tenía una perfecta visión de la pasarela de embarque. Desde su posición, sin duda había visto el destello de la linterna de Pitt y se había acercado a investigar.

No tendría más de veinte años, y miraba a Pitt con ojos penetrantes. La tareas de vigilancia no debían de ser su principal ocupación, dedujo Pitt a juzgar por los dedos manchados de grasa con los que sujetaba la pistola. Aun así, apuntaba a Pitt sin vacilar y no había duda de que apretaría el gatillo si se sentía presionado.

Atrapado entre la lancha y la barandilla y con la despejada cubierta entre él y el vigilante, Pitt se vio en una posición comprometida. Cuando el hombre sacó una radio portátil con su mano izquierda, Pitt decidió actuar. O bien se lanzaba contra él arriesgándose a recibir una bala en la cara o bien saltaba por la borda y se arriesgaba a un baño en las gélidas aguas del Baikal.

También le cabía confiar en que Giordino interviniera, pero su amigo se encontraba a cincuenta metros de distancia y quedaría plenamente a la vista del pistolero en cuanto saliera a la cubierta.

El hombre habló brevemente por el transmisor sin apartar los ojos de Pitt, que se quedó muy quieto mientras pensaba en cuál sería la condena en Rusia por entrar en una propiedad privada y, con humor negro, se dijo que al menos no tendría que viajar demasiado para dar con sus huesos en una cárcel de Siberia. Entonces se acordó del viejo pescador asesinado y se preguntó si ir a un gulag siberiano no sería una perspectiva demasiado optimista.

Flexionó ligeramente las piernas mientras esperaba a que la radio crepitara una respuesta, momento en el que sabía que el pistolero se distraería un segundo. Cuando una grave voz contestó, Pitt adelantó la mano a lo largo de la barandilla y se aprestó a saltar, pero no pasó de ahí.

El cañón de la pistola escupió un fognazo y se agitó en la mano del guardia. Pitt se quedó muy quieto cuando la bala arrancó un pedazo de madera del pasamanos, a pocos centímetros de sus dedos. Tampoco se movió cuando diversas voces surgieron repentinamente alertadas, más por el disparo que por la llamada a través de la radio. Dos individuos subieron corriendo por la pasarela de embarque, empuñando sendas pistolas idénticas a la que había estado a punto de arrancarle la mano. Pitt reconoció al instante al segundo individuo como el supuestamente desaparecido oficial del

Vereshchagin, Anatoly. No tardó en aparecer un tercer hombre con aspecto autoritario por la escalerilla del puente. Tenía largos cabellos castaños y contemplaba la escena con duros ojos oscuros. Bajo las luces del puente, Pitt vio que una larga cicatriz surcaba su mejilla izquierda, sin duda un recuerdo de juventud de alguna pelea con navaja.

—He encontrado a este intruso oculto detrás de la lancha —informó el guardia.

El hombre miró a Pitt brevemente y se volvió hacia los otros dos.

—Registrad la zona en busca de algún cómplice. Y no más disparos. No nos conviene llamar la atención.

Los dos esbirros se apresuraron a obedecer y se desplegaron por la cubierta, buscando entre las sombras. Pitt fue conducido al centro de la cubierta, donde una luz iluminaba la escena.

—¿Dónde está Alexander? —preguntó con sangre fría—. Me dijo que me reuniera con él aquí.

Pitt no esperaba que la bravata funcionara; aun así, estudió las reacciones del hombre, que se limitó a arquear una ceja.

—¿Inglés? —preguntó sin particular interés—. Entonces, debe de ser del *Vereshchagin*. Es una lástima que se haya perdido.

—Sí, pero en cambio he encontrado a los responsables de un intento de hundimiento —replicó Pitt.

Bajo la luz de la cubierta, vio cómo el rostro del hombre enrojecía de ira, pero el sujeto se contuvo cuando Anatoly y el otro tripulante se acercaron meneando la cabeza.

—¿Ningún compañero? —preguntó—. Está bien, llevadlo con el otro y dejadlos donde nadie pueda encontrarlos —ordenó en tono venenoso.

El vigilante dio un paso y hundió su pistola en las costillas de Pitt al tiempo que señalaba con la cabeza el pasillo de babor. A regañadientes, Pitt se dirigió hacia las sombras donde había dejado a Giordino seguido del pistolero y los dos tripulantes. Por el rabllo del ojo, vio que el hombre de la cicatriz regresaba al puente por una escalerilla lateral.

Cuando pasó ante un oscuro pasillo casi esperó ver a su amigo saltando encima de sus captores, pero Giordino no estaba por ninguna parte. Al salir a la cubierta de popa lo empujaron hacia los oxidados contenedores que se amontonaban en una banda. Tranquilamente y sin ofrecer resistencia, esperó a que uno de los tripulantes abriera el candado del contenedor antes de lanzarse al ataque. El pistolero seguía clavándole la automática en las costillas, pero, al hacerlo, mantenía un precario equilibrio. Rápido como el rayo, Pitt apartó el cañón del arma de un codazo. Antes de que el guardia se diera cuenta de lo que ocurría, Pitt se lanzó contra él cargando todo su peso y empuje en el puño derecho. El rechazazo descargó en la mandíbula del pistolero y estuvo a

punto de dejarlo inconsciente; pero, en lugar de desplomarse, el hombre cayó en los brazos de Anatoly mientras su pistola rebotaba en el suelo.

El otro tripulante seguía ocupado con el candado, de manera que Pitt se la jugó y se lanzó al suelo en busca del arma. Sus dedos acariciaban la culata de polímero cuando una masa de ochenta kilos le cayó encima. Con profesional sangre fría, Anatoly había empujado contra Pitt el cuerpo casi inerte del guardia. Pitt intentaba quitárselo de encima cuando notó el frío contacto del cañón de una automática en la mejilla y comprendió que la orden de no disparar valdría siempre que él soltara la pistola.

Anatoly lo mantuvo de rodillas y encadenado hasta que las puertas del contenedor se abrieron. Luego, Pitt fue arrojado sin miramientos al interior, donde tropezó con algo blando. En la penumbra comprendió que se trataba de un cuerpo humano que yacía hecho un ovillo en el suelo del contenedor. El cuerpo se movió y se incorporó sobre un codo, mirando a Pitt.

—¡Dirk! Vaya, me alegro de que hayas venido —sonó la ronca voz de Alexander Sargov.

Cuando Pitt fue aprehendido en la proa, Giordino soltó una maldición. Sin un arma, sus opciones eran muy limitadas. Consideró la posibilidad de lanzarse contra el pistolero, pero había demasiada distancia a plena vista que cubrir. Además, ver que el guardia disparaba le quitó de la cabeza cualquier pensamiento de heroicidad. Luego, cuando oyó que subían los hombres del muelle prefirió retirarse por la pasarela transversal y esconderse en estribor. Quizá pudiera situarse tras los hombres que subían a bordo e intentar lanzarse contra el guardia.

Moviéndose silenciosamente a lo largo del mamparo, corrió hacia la cubierta de babor por la pasarela transversal. Justo al doblar la esquina, chocó violentamente con una figura de negro que iba en dirección contraria. En una escena propia de las películas de policías del cine mudo, ambos hombres rebotaron el uno contra el otro como pelotas de goma y cayeron hacia atrás. Ágil como un gato y recuperándose rápidamente del golpe, Giordino se levantó y se lanzó contra el otro, que acababa de levantarse. Agarrándolo por los hombros lo empujó contra el mamparo. Un sonido metálico acompañó el impacto de la cabeza contra el casco, y el cuerpo cayó inerte en brazos de Giordino.

Apenas se había desplomado, cuando el ruido de unos pasos resonó por babor. Un vistazo a la iluminada cubierta de proa le reveló que se llevaban a Pitt hacia popa. Después de arrastrar al hombre inconsciente por la pasarela, Giordino se ocultó en la sala de reuniones. Al dejar el cuerpo encima de la mesa vio que el sujeto era más o menos de su misma estatura y que vestía el mismo mono de trabajo negro que el guardia. Un rápido registro le reveló que no llevaba armas y que se trataba del operador de radio del barco. Giordino le quitó el mono, se vistió con él y también se

puso su gorra de lana. Comprobó, satisfecho, que en la oscuridad podía pasar por un miembro más de la tripulación y salió al corredor, hacia popa, sin saber exactamente cuál sería su siguiente movimiento.

Sargov tenía la ropa arrugada; el cabello, despeinado, y en su ceja izquierda destacaba un moretón. A pesar de que su rostro parecía cansado, sus ojos chispearon de vida cuando reconoció a Pitt.

—¿Estás malherido, Alexander? —le preguntó Pitt ayudándolo a sentarse.

—Estoy bien —contestó con más energía—. Simplemente me zarandearon un poco cuando tumbé a uno de los suyos. —Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios.

Tras ellos, las compuertas del contenedor se cerraron con un portazo dejándolos sumidos en la más completa oscuridad. Un motor diesel cobró vida cuando uno de los tripulantes se puso al mando de los controles de una de las grúas del barco e hizo que el brazo de la cabria se detuviera encima del contenedor con el gancho oscilando sobre él. Entonces, soltó cable e hizo descender la uña hasta que aterrizó encima del contenedor con un metálico «clang». Luego, paró el motor.

Dentro del contenedor, Pitt sacó su linterna e iluminó a Sargov mientras éste recobraba las fuerzas.

—Intentaron hundir el *Vereshchagin* —explicó el ruso—. Espero que tu presencia aquí indique que fracasaron.

—Sí, pero por poco —contestó Pitt—. Conseguimos remolcar el barco hasta la orilla antes de que se hundiera en la bahía. Los miembros del equipo de sondeo también han desaparecido. ¿Subieron al barco contigo?

—Sí, pero nos separamos nada más subir al mercante. Escuché un tumulto en el pasillo, ante mi camarote, y cuando salí a investigar me encontré con el cañón de una pistola. Era el oficial de cubierta, Anatoly. El y la mujer, Tatiana, nos llevaron encañonados hasta la lancha auxiliar. De todas formas, sus razones para traernos hasta aquí son un completo misterio para mí.

—Bueno, por el momento eso tiene menos importancia que intentar escapar de aquí —dijo Pitt poniéndose en pie.

Tras examinar el contenedor vio que estaba vacío salvo por unos trapos tirados por el suelo.

Fuera, Anatoly cogió un par de cables de acero y los hizo pasar por debajo de la base del contenedor. El otro miembro de la tripulación trepó encima del contenedor y juntó los cables en el gancho de la grúa. Vacilante, el guardia que había recibido el puñetazo de Pitt se puso en pie y guardó la pistola mientras contemplaba la situación desde cierta distancia.

El tripulante que manejaba los cables saltó a cubierta y volvió a hacerse cargo de los controles de la grúa, situada a unos metros de distancia, en un oscuro rincón.

Manejando el mando elevador, recogió el gancho hasta que el cable estuvo tenso; a continuación elevó el contenedor hasta que lo tuvo oscilando en el aire. Concentrado en su trabajo, no reparó en la figura que cruzó la cubierta sigilosamente y se le acercó de costado. Tampoco vio el puño de hierro que surgió de la oscuridad y que lo golpeó bajo la oreja con la fuerza de un martillo pilón. Si no se hubiera desmayado al instante por aquel mazazo en su arteria carótida, habría visto el rostro de Al Giordino arrastrándolo fuera de la grúa como un muñeco desmadejado.

El italiano no tuvo tiempo de estudiar los mandos de la grúa tras ocupar la plaza del tripulante. Tiró de una palanca con la mano derecha y acertó: el brazo de la grúa ascendió, elevando el contenedor unos cuantos centímetros. Tras probar los controles laterales con la mano izquierda, hizo girar la grúa hacia el centro del barco unos metros antes de invertir la dirección y llevar el contenedor hacia el lado de babor de la cubierta, a escasos centímetros por encima del pasamanos. Giordino inmovilizó la grúa unos instantes; el contenedor osciló peligrosamente encima del agua. Tal como había esperado, Anatoly y el guardia siguieron el trayecto de la caja de hierro y se quedaron junto a la barandilla para ver el inminente hundimiento. A pesar de que la temperatura nocturna era baja, una gota de sudor se deslizó por la sien de Giordino mientras esperaba, con las manos sobre los mandos, hasta que, por fin, Anatoly le hizo un gesto para que soltara el contenedor. Giordino hizo girar la grúa un poco más, alejando el contenedor, y esperó a que este alcanzara el máximo arco de su movimiento pendular. Entonces, invirtió los controles e hizo girar la grúa hacia el puente con toda la violencia que pudo.

Los dos hombres en la barandilla contemplaron con expresión de perplejidad el brusco movimiento del brazo mecánico mientras el contenedor quedaba suspendido un instante en el aire antes de invertir su arco y precipitarse sobre ellos.

El guardia consiguió retroceder mientras soltaba una imprecación y el contenedor pasaba a escasos centímetros de su rostro. Anatoly no tuvo tanta suerte. En lugar de agacharse, quiso esquivar la masa metálica; pero tenía mucha distancia que cubrir y solo se había apartado ligeramente cuando el contenedor se le echó encima. El ahogado grito que exhalaban sus aplastados pulmones fue el único sonido que emitió antes de ser arrojado por la borda igual que un guiñapo.

El sorprendido guardia superviviente se volvió hacia quien manejaba la grúa y soltó un torrente de improperios, pero se calló de golpe cuando se dio cuenta de que no la manejaba su colega. Mientras el guardia desenfundaba la pistola, Giordino volvió a accionar los controles hacia la derecha, y el mecanismo de la grúa empezó a desplazarse de nuevo hacia babor. El italiano se agachó cuando el guardia apuntó y disparó. La bala pasó silbando por encima de su cabeza. A pesar de mantenerse agachado, no soltó los controles del mecanismo.

El oscilante contenedor había llegado a lo más amplio de su arco sobre el barco y

volvió a precipitarse hacia la barandilla. Poniéndose en su camino con intención de disparar otra vez, el guardia se agachó para dejarlo pasar; pero, cuando la caja voladora se acercaba al pistolero, Giordino accionó los controles de elevación bajando bruscamente el brazo mecánico. El contenedor se desplomó justo frente al guardia.

Un penetrante grito resonó en la cubierta de popa cuando el contenedor golpeó la cubierta y, llevado por el impulso, volcó y resbaló hasta aplastar la pierna izquierda del hombre que luchaba desesperadamente por ponerse en pie. Atrapado por el enorme contenedor y con la pierna destrozada, el pistolero aulló de dolor. Giordino saltó de la grúa, se le acercó corriendo y le retorció la muñeca, obligándolo a soltar la pistola. A continuación, se quitó el gorro de lana y se lo introdujo a la fuerza en la boca, para amortiguar sus gritos.

—Cuidado con los objetos que vuelan —advirtió Giordino con sorna al hombre que lo miraba con ojos vidriosos por el dolor.

Tras coger la pistola y apuntar al candado del contenedor, el italiano descerrajó dos tiros y arrancó el destrozado mecanismo. Luego, abrió una de las puertas del volcado cajón, que cayó por su propio peso en cubierta. Pitt y Sargov salieron medio rodando, como un par de dados que alguien hubiera lanzado, frotándose las partes doloridas del cuerpo.

—No me lo digas. En tu otra vida fuiste el maquinista de una montaña rusa —le dijo Pitt con una sarcástica sonrisa.

—Qué va —replicó Giordino—. Solo estaba practicando mi estilo con los bolos. Si estáis listos, propongo que salgamos de aquí a toda prisa.

En la zona delantera del barco se oyó un tumulto de voces y pasos que se acercaban a toda prisa. Pitt miró rápidamente la cubierta de popa, hacia los cuerpos inconscientes, antes de volverse hacia Sargov. El ruso no parecía en condiciones de correr.

—Iré a por la lancha neumática. Entretanto, coge a Sargov y bajad por la amarra de popa.

Antes de que Giordino acabara de asentir, Pitt ya había salido corriendo hacia la barandilla. Encaramándose a ella saltó hacia el muelle; pero, al no haber podido tomar carrerilla, aterrizó en él con un solo pie y estuvo a punto de caer al agua. Sin embargo, consiguió mantener el equilibrio e impulsarse hacia delante.

A bordo del barco sonaron más voces que se acercaban entre destellos de linternas. Pitt abandonó cualquier intento de pasar inadvertido y corrió hacia la Zodiac mientras un ruido de pasos lo perseguía por el muelle. Saltó a la pequeña embarcación; sus plegarias habían sido escuchadas, porque el motor arrancó a la primera. Dando gas a fondo, se dirigió hacia la popa del mercante y no aminoró hasta que la lancha rebotó contra el casco.

Cortó el gas y miró hacia lo alto. Justo por encima de él, vio a Sargov colgando precariamente de la amarra.

—¡Salta, Alexander! —lo apremió, poniéndose en pie y sujetando al pesado ruso que se dejó caer con la gracia de un saco de patatas. Por encima de sus cabezas un fusil automático roció de balas la cubierta del barco y el muelle. Un segundo después, Giordino apareció deslizándose mano sobre mano por la amarra hasta situarse encima de la Zodiac. Mientras los gritos proseguían en cubierta, se soltó sin hacer ruido.

—Salida al fondo a la izquierda —dijo en tono apremiante.

Pitt aceleró a fondo y dio media vuelta adentrándose en el lago. La pequeña lancha planeó sobre su casco rígido sacando los flotadores fuera del agua, lo cual aumentó su velocidad. Aun así, durante varios segundos siguió siendo visible desde la cubierta del mercante, y los tres hombres se agacharon para evitar el fuego de las armas automáticas.

Sin embargo, nadie disparó.

Pitt miró por encima del hombro y vio que media docena de hombres corrían hacia el costado de babor del carguero, pero se limitaron a observar cómo la lancha se perdía en la oscuridad.

—¡Qué raro que se hayan vuelto pacifistas en el último instante! —comentó Giordino contemplando la escena.

—Especialmente si tenemos en cuenta que tú ya habías despertado al vecindario con tu exhibición de puntería —convino Pitt, que no hizo ningún esfuerzo para disimular el rumbo que tomaban y se dirigió recto hacia el *Vereshchagin*. Unos minutos más tarde, detuvo la lancha junto a la escalera del lado de estribor del buque de investigación. En la orilla, el policía novato se dio cuenta de repente de su llegada y les gritó que se detuvieran. Sargov se puso en pie en la lancha y le respondió a voces en ruso. El policía enmudeció, dio media vuelta y salió corriendo hacia el pueblo.

—Le he dicho que vaya a despertar a su jefe —explicó Sargov—. Vamos a necesitar más hombres para poder registrar ese carguero.

Rudi Gunn, que en su ausencia había estado caminando nerviosamente, arriba y abajo, por la cubierta, oyó las voces y corrió a recibirlos mientras subían a bordo.

—¡Doctor Sargov! ¿Está usted bien? —preguntó Gunn mirando su rostro tumefacto y las manchadas ropas.

—Estoy bien. Por favor, vaya a buscar al capitán Jaritonov, si es tan amable.

Pitt acompañó al científico a la enfermería del barco mientras Gunn sacaba de la cama al médico y al capitán. Giordino encontró una botella de vodka y sirvió una ronda mientras el doctor examinaba a Sargov.

—Nos hemos librado por los pelos —declaró el científico recobrando las fuerzas y el color una vez que el licor empezó a correr por su torrente sanguíneo—. Estoy en

deuda con mis amigos de la NUMA —añadió levantando la copa que acababa de rellenar en honor de los estadounidenses y apurándola de un trago.

—A tu salud —contestó Pitt, imitándolo.

—*Vashe zdorovie!*

—¿Sabes qué ha sido de Theresa y los demás? —le preguntó Giordino con la preocupación reflejada en el rostro.

—No. Nos separaron cuando subimos al barco. Dado que estaba claro que tenían intención de matarme, imaginé que a ellos los querían con vida por alguna razón. Supongo que deben de estar aún a bordo del barco.

—¡Alexander, estás a salvo! —tronó el capitán Jaritonov entrando a grandes zancadas en la enfermería.

—Tiene una luxación en la muñeca y numerosas contusiones —informó el médico, vendándole un corte de la cara.

—No es nada —dijo Sargov, quitándose al médico de encima—. Escucha, Ian, ese mercante de la *Avarga Oil*... Está claro que han sido los responsables del sabotaje de tu barco. Ese hombre de tu tripulación, Anatoly, trabajaba para ellos, y puede que la tal Tatiana también.

—¿Anatoly, dices? Pero si no era de este barco. Se enroló al comienzo de la expedición, cuando mi primer oficial cayó enfermo por una intoxicación de pescado. ¡Traidor! —exclamó el capitán—. Avisaré ahora mismo a las autoridades. ¡Esos sinvergüenzas no se saldrán con la suya!

Las autoridades, encarnadas en el jefe de policía local y su joven ayudante, llegaron casi una hora más tarde, acompañados por los dos inspectores de Irkutsk. Ése era el tiempo que había tardado el impertinente jefe en salir de la cama, asearse, y dar cuenta de un tempranero desayuno de salchichas y café antes de pasar a recoger a los dos inspectores y dirigirse al *Vereshchagin*.

Sargov le relató nuevamente la historia de su secuestro, mientras Pitt y Giordino explicaban su búsqueda de la torre de perforación y su huida del carguero. Los dos hombres de Irkutsk se hicieron cargo gradualmente del interrogatorio formulando preguntas más atinadas y oportunas. A Pitt no se le escapó que ambos detectives parecían mostrar una curiosa deferencia hacia el científico ruso, al que trataban con cierta familiaridad.

—Sería prudente que nuestras fuerzas de seguridad investigaran ese carguero —dijo pomposamente el jefe de policía—. Serguei, por favor, reúne a las fuerzas de seguridad auxiliares de Listvianka y que se presenten de inmediato en la comisaría.

Pasó casi otra hora hasta que el pequeño contingente de fuerzas locales se encaminó hacia el mercante con su estirado jefe encabezando la marcha. Empezaban a despuntar las primeras luces del amanecer, y el sol arrojaba sus pálidos rayos sobre la fina capa de niebla que flotaba sobre el suelo. Pitt y Giordino, con Gunn y Sargov

acompañándolos, siguieron a las fuerzas de policía por el muelle, cuya entrada se hallaba en esos momentos abierta y desprovista de vigilancia. El muelle se veía completamente desierto. Pitt tuvo un mal presentimiento cuando se dio cuenta de que no había ni rastro de los tres camiones que habían estado aparcados junto al barco.

El engreído jefe de policía subió por la pasarela de embarque exigiendo a gritos ver al capitán, pero fue recibido por el zumbido de un solitario generador. Pitt lo siguió hasta el desierto puente de mando, donde el cuaderno de bitácora y las cartas náuticas brillaban por su ausencia. Lenta y metódicamente, el equipo de policías registró el buque, pero lo encontraron vacío. No hallaron el menor indicio de la actividad del mercante ni a nadie que pudiera decírselo.

—Esto sí que es un barco abandonado de verdad —masculló Giordino meneando la cabeza—. En los camarotes no quedan ni los efectos personales. Se han largado a toda prisa.

—Demasiado deprisa para que lo hayan hecho sin tenerlo previsto en el poco tiempo que hemos estado fuera. No. Más bien creo que ya habían terminado su trabajo y que estaban a punto de largarse cuando aparecimos. Apuesto a que, para empezar, la tripulación que subió a bordo ya no llevaba sus efectos personales. Sus planes eran marcharse de un barco desierto.

—Con los miembros de un equipo de sondeo secuestrados —añadió Giordino, pensando en Theresa. Tras un largo silencio, regresó al puente con la esperanza de hallar algún indicio de adonde habían ido los desaparecidos camiones.

Pitt se quedó en el ala del puente contemplando la cubierta de popa con sus contenedores vacíos. Su cerebro daba vueltas incesantemente en torno a los posibles motivos del secuestro y el destino del equipo. El rosado resplandor del sol bañó el barco con su difusa luz e iluminó las marcas del puente dejadas por la hundida torre de perforación, donde se había levantado la noche anterior. Fueran cuales fuesen los secretos de aquel barco, habían desaparecido junto con la tripulación y el cargamento que se habían esfumado silenciosamente en la noche. Sin embargo, la hundida torre de perforación era algo que no habían podido ocultar. Pitt no llegaba a penetrar su significado, pero en lo más profundo de sí, sospechaba que era una pista importante que conducía a un misterio aún mayor.

II.

EL CAMINO A XANADÚ

El capitán Steve Howard se llevó a los ojos unos viejos prismáticos y contempló las azules y brillantes aguas del golfo Pérsico que se extendían ante él. Aquella ruta marítima solía estar abarrotada de cargueros, superpetroleros y barcos de guerra que buscaban situarse en posición, especialmente en el angosto paso del estrecho de Ormuz. Sin embargo, aquella tarde, frente a Qatar, le complació comprobar que el tráfico marítimo casi había desaparecido. Por babor, lejos, se acercaba un gran petrolero que navegaba muy hundido en el agua llevando en su panza su cargamento de crudo. A popa, a unas pocas millas, tenía un barco perforador. Lo único que deseaba ver era tráfico de petroleros. Dejando escapar un suspiro de alivio, bajó los prismáticos y los enfocó en la proa de su barco.

La verdad era que los necesitaba para poder verla bien, ya que la maciza estructura se hallaba casi a trescientos cincuenta metros de distancia. El calor rielaba sobre la cubierta del *Marjan*. Aquel tipo de superpetrolero, conocido como VLCC^[5], había sido construido para cargar más de dos millones de barriles de crudo. Más grande que el edificio Chrysler y muy fácil de maniobrar, el gigantesco buque se dirigía a llenar sus descomunales bodegas con crudo extraído de los rebosantes campos petrolíferos de Ghawar.

El cruce del estrecho de Ormuz había hecho sonar una alarma inconsciente en Howard. A pesar de que la armada estadounidense tenía una visible presencia en el golfo, no podía cubrir a todos los barcos que entraban en aquellas atestadas aguas. Con Irán a un lado e innumerables terroristas en potencia acechando en los países ribereños de la península de Arabia, había motivos sobrados para inquietarse. Caminando por el puente y oteando el horizonte, Howard sabía que no se relajaría hasta que hubieran embarcado su cargamento de crudo y navegaran por las profundas aguas del mar de Arabia.

Los ojos de Howard se fijaron en un repentino movimiento en cubierta; ajustó los prismáticos hasta que los enfocó en un hombre rubio y delgado que corría a toda velocidad por la cubierta subido en un ciclomotor. El capitán observó cómo tomaba una curva y pasaba frente a un hombre desnudo de cintura para arriba que tomaba el sol en una tumbona al tiempo que cronometraba al vehículo.

—Veo que nuestro jefe de máquinas sigue intentando batir el récord —comentó Howard con una sonrisa.

El primer oficial, inclinado sobre una carta náutica multicolor del golfo, asintió sin levantar la mirada.

—Estoy seguro de que su récord seguirá imbatido al menos durante unos días, señor —contestó.

Howard rió para sus adentros. Los treinta hombres de la tripulación no dejaban de

inventar constantemente pasatiempos que aliviaran el aburrimiento de las largas travesías o de los tiempos muertos que suponían la carga o descarga del crudo.

El viejo ciclomotor, que se utilizaba como medio para desplazarse rápidamente por el enorme buque durante las inspecciones, había sido requisado como herramienta de competición. A continuación, se había trazado en la cubierta un circuito con curvas cerradas y saltos incluidos. Uno a uno, los miembros de la tripulación se habían dedicado a dar vueltas con el ciclomotor como si se estuvieran clasificando para una carrera en Daytona. Para desánimo de la tripulación, al final había sido el capitán quien había realizado el mejor tiempo. Nadie sabía que Howard había corrido carreras de motocross en Carolina del Sur, durante su juventud.

—Nos aproximamos a Dhahrán, señor —anunció el segundo, un tranquilo afroamericano de Houston llamado Jensen—. Ras Tanura se encuentra a veinticinco millas por delante. ¿Quiere que desconecte el piloto automático?

—Sí. Pase a control manual y reduzca la velocidad a diez millas. Notifique al práctico que dentro de un par de horas estaremos listos para que los remolcadores nos arrastren.

Todo lo relacionado con la navegación de un superpetrolero tenía que realizarse con la debida antelación, especialmente cuando se trataba de detener su gigantesca mole. Con los tanques vacíos y navegando muy alto en el agua, el navío era un poco menos torpe, pero para los hombres del puente de mando, seguía siendo como mover una montaña.

En la orilla occidental, el polvoriento desierto dio paso a Dhahrán, una ciudad empresa que era la sede del conglomerado Saudi-Aramco. Pasando ante ella y su puerto vecino de Dammam, el petrolero se dirigió hacia una estrecha península que se adentraba en el golfo desde el norte. Extendiéndose de un lado a otro, se hallaban las enormes instalaciones de carga de Ras Tanura.

Para la industria saudí del petróleo, Ras Tanura es el equivalente a la estación Grand Central. Más de la mitad de las exportaciones de crudo de Arabia Saudí pasan por ese complejo que es propiedad del gobierno y está unido a los ricos campos petrolíferos del interior del desierto por un laberinto de conductos y tuberías. En el extremo de la península, docenas de enormes depósitos almacenan el valioso líquido negro junto a los de gas natural y otros productos refinados que esperan ser embarcados rumbo a Asia y Occidente. Un poco más lejos, a lo largo de la costa, la mayor refinería del mundo transforma el crudo en diversos derivados. Sin embargo, la característica más impresionante de Ras Tanura es apenas visible.

En el puente del *Marjan*, el capitán Howard hizo caso omiso de los depósitos y tuberías que se veían en tierra y se concentró en la media docena de superpetroleros que se alineaban por parejas ante la península. Los buques estaban amarrados a una terminal fija llamada Sea Island, que se extendía por el agua como un dique a lo largo

de más de kilómetro y medio. Al igual que un oasis que abrevara un rebaño de sedientos camellos, la terminal de Sea Island alimentaba los superpetroleros con un chorro de crudo a alta presión proveniente de los depósitos de tierra. Invisible bajo las olas, un entramado de conducciones de sesenta centímetros de diámetro transportaba el líquido negro por el fondo del golfo a lo largo de un trayecto de cuatro kilómetros hasta la estación de carga.

A medida que el *Marjan* se fue acercando lentamente, Howard observó los tres remolcadores que acercaban un petrolero griego a Sea Island antes de dirigirse hacia él. El piloto del *Marjan* tomó el control y dirigió el costado del barco hacia un amarradero vacío situado en un extremo de la terminal de carga, justo enfrente del barco griego. Mientras esperaban a que los remolcadores los empujaran, Howard admiró el espectáculo de los otros siete superpetroleros amarrados en sus correspondientes lugares. Todos ellos con una eslora superior a los trescientos metros, sobrepasaban sobradamente en tamaño al *Titanio* y constituían auténticas maravillas de ingeniería naval. Aunque había visto cientos de barcos como aquéllos y había servido en muchos antes de convertirse en el capitán del *Marjan*, la visión de un VLCC seguía impresionándolo.

La sucia vela blanca de un *dhow* árabe en la distancia captó su atención; se dio la vuelta hacia la península para admirar el velero. La pequeña embarcación bordeaba la costa en dirección norte, más allá del barco perforador que había seguido al *Marjan* y que en esos momentos se encontraba situado cerca de la orilla.

—Los remolcadores están en posición a babor, señor —interrumpió la voz del piloto.

Howard se limitó a asentir, y el enorme buque no tardó en ser empujado hacia su amarre en Sea Island. Una serie de grandes tuberías de carga empezaron a verter crudo en las vacías bodegas hundiendo poco a poco al superpetrolero en el agua. Sabiendo que sus responsabilidades quedarían aplazadas durante varias horas, Howard se permitió relajarse ligeramente.

Era casi medianoche cuando Howard se despertó tras un breve sueño y quiso estirar las piernas con un paseo por la cubierta del buque. La carga de crudo estaba casi terminada, y el *Marjan* cumpliría sin dificultad con el programa que preveía su partida para las tres de la madrugada y que permitiría al siguiente superpetrolero ocupar el lugar que dejaría libre en el muelle de carga. La distante sirena de un remolcador le indicó que otro buque, situado más lejos a lo largo del muelle, había terminado de cargar y se preparaba para ser empujado lejos de Sea Island.

Mientras contemplaba las parpadeantes luces de la orilla, Howard se vio sorprendido por una brusca sacudida de los «delfines» contra el casco del *Marjan*. Los «delfines», que en realidad eran grandes soportes acolchados que recorrían la totalidad de Sea Island, aguantaban el empuje lateral de los superpetroleros mientras

cargaban en la terminal. Se dio cuenta de que los golpes de los «delfines» no provenían únicamente de abajo, sino que resonaban por toda la terminal. Se asomó a la barandilla y miró el muelle de carga.

Sea Island de noche, igual que los superpetroleros, estaba tan iluminada como un árbol de Navidad. Bajo la batería de focos situada en lo alto, Howard vio que era la terminal misma la que parecía latir contra los costados de los buques; pensó que aquello no tenía sentido. La terminal hundía sus cimientos en el lecho marino. De haber algún movimiento, éste tenía que provenir de los barcos que se mecían en sus amarres. Aun así, al contemplar la terminal en toda su longitud, la vio retorcerse como una serpiente, golpeando sucesivamente los costados de los buques.

El golpeteo de las protecciones fue en aumento hasta que el martilleo se hizo atronador. Howard se aferró al pasamanos sin comprender qué estaba pasando. Estupefacto, vio cómo, una tras otra, las cuatro tuberías de carga de sesenta centímetros se soltaban desparramando una lluvia de crudo en todas direcciones. Un grito cercano surcó el aire, y Howard distinguió la figura de un técnico de la plataforma que intentaba sujetarse desesperadamente al oscilante muelle.

Hasta donde le alcanzaba la vista, la terminal de acero se retorció y agitaba como una serpiente gigante, batiendo los costados de los barcos. Las alarmas empezaron a dispararse a medida que las conducciones de carga eran arrancadas de los demás petroleros por el implacable movimiento y regaban con un mar de crudo sus costados. En algún lugar del muelle, un coro de voces llamó pidiendo auxilio. Howard se asomó un poco más y vio a un par de hombres con impermeables y cascos amarillos que corrían y gritaban. Tras ellos, las luces de la terminal fueron desapareciendo en rápida sucesión. Howard se quedó un instante petrificado, viendo con horror cómo toda la estructura de la terminal de Sea Island se hundía ante sus ojos.

El golpeteo de los «delfines» contra el *Marjan* se hizo más fuerte, y las protecciones empezaron a aplastar los costados del petrolero. Por primera vez, Howard percibió un sordo rumor que parecía surgir de las profundidades. El rumor creció hasta convertirse en un rugido que se prolongó varios segundos antes de apagarse con la misma rapidez. En su lugar, solo quedaron los gritos de los hombres que corrían despavoridos por la terminal.

La imagen de un castillo de naipes derrumbándose fue la que acudió a la mente de Howard cuando los pilones que soportaban la estructura cedieron en rápida sucesión, y la terminal desapareció progresivamente bajo las aguas. Cuando oyó los gritos de los hombres que habían caído al agua, su espanto fue sustituido por el temor por la seguridad de su barco. Mientras se lanzaba a la carrera por la cubierta, cogió la radio portátil que llevaba en el cinturón y gritó una serie de órdenes al puente de mando sin dejar de correr.

—¡Cortad las amarras! ¡Por el amor de Dios, cortadlas! —jadeó.

Un torrente de adrenalina fluyó por sus venas, y el miedo lo hizo correr por la cubierta a tanta velocidad como pudo. Se hallaba a un centenar de metros del castillo de popa cuando las piernas empezaron a arderle, pero no aminoró su carrera, ni siquiera cuando saltó por encima de un enorme charco de resbaladizo crudo que anegaba la cubierta.

—¡Avisad al jefe de máquinas! ¡Necesitamos toda la potencia ya! —gritó sin resuello en la radio.

Cuando llegó a la superestructura de popa fue directamente a la escalera prescindiendo del ascensor, situado a varios metros de distancia. Mientras subía a grandes zancadas, le alivió notar en los pies las vibraciones de los motores que se ponían en marcha; pero, al llegar al puente de mando y precipitarse a las ventanas, vio que sus peores miedos se habían hecho realidad.

Delante del *Marjan* había habido otros ocho superpetroleros emparejados frente a frente, a ambos lados de la terminal; pero, en esos momentos, la terminal caía hacia el fondo, situado a más de treinta metros de profundidad, y tiraba de las amarras de los gigantescos barcos, aproximándolos y amenazando con hacerlos chocar. En la oscuridad de la noche, Howard vio que las luces de dos de ellos se reunían en un solo racimo; a continuación, se oyó el estridente rechinar del metal contra el metal cuando ambos cascos chocaron.

—¡Emergencia! ¡Atrás toda! —gritó Howard a su primer oficial—. ¿Cómo están las amarras?

—Las amarras de popa están libres —contestó Jensen, muy serio—. Sigo esperando que me informen de las de proa, pero parece que dos de ellas siguen firmes —añadió mirando a través de los prismáticos un par de gruesos calabrotos que se tensaban en la banda de estribor.

—¡El *Ascona* se nos está acercando! —gritó el timonel volviendo la cabeza hacia la derecha.

Howard siguió la dirección de la mirada y vio el barco con bandera griega, un superpetrolero negro y rojo y de la misma eslora. Amarrados inicialmente a unos veinte metros de distancia, los dos barcos se estaban desplazando lateralmente el uno hacia el otro, como atraídos por un imán.

Los hombres en el puente de mando del *Marjan* se quedaron petrificados, mirando con impotencia. La agitada respiración de Howard encontró su eco en los desenfrenados latidos de los corazones de los demás. Bajo ellos, las enormes hélices empezaron a batir furiosamente el agua cuando el frenético jefe de máquinas puso los motores a plena potencia.

Al principio, el movimiento fue imperceptible; luego, poco a poco, el enorme buque empezó a arrastrarse hacia atrás a paso de tortuga. El impulso se ralentizó unos segundos cuando las amarras de proa se tensaron, pero enseguida se rompieron, y el

barco siguió retrocediendo. Por la banda de estribor, el *Ascona* seguía acercándose. El petrolero construido en Corea estaba casi lleno de crudo y navegaba hundido en el agua un par de metros más que el *Marjan*. Desde su perspectiva en el puente, Howard tuvo la impresión de que iba a poder acercarse a la borda y saltar a la cubierta del otro petrolero en cualquier momento.

—Veinte a estribor —ordenó al piloto, intentando abrir la proa y alejarla del *Ascona*.

Howard había logrado apartar el *Marjan* unos cien metros de la hundida terminal, pero no fueron suficientes para escapar del barco que se le echaba encima.

El impacto fue más suave de lo que Howard había esperado, y en el puente ni siquiera lo percibieron. Solo el prolongado chirrido del hierro contra el hierro señaló la colisión. La proa del *Marjan* se encontraba a la altura del centro del *Ascona*, pero la maniobra de Howard había logrado evitar la mayor parte de la fuerza del impacto. Durante un interminable minuto, la proa del *Marjan* rozó el costado de babor del otro petrolero; luego, de repente, los dos barcos quedaron libres.

Howard detuvo los motores en el acto e hizo arriar un par de botes salvavidas para que recogieran a los posibles supervivientes de la terminal. Una vez hecho esto, retrocedió rápidamente otros trescientos metros para apartarse del tumulto y contempló el desastre.

Los diez superpetroleros habían sufrido daños. Los puentes de dos de ellos habían chocado y estaban tan empotrados el uno en el otro que tendrían que pasar días antes de que un ejército de soldados consiguiera separarlos. Tres de ellos tenían el doble casco tan abollado que vertían al mar ingentes cantidades de crudo. Afortunadamente, el *Marjan* había escapado con daños superficiales, y ninguno de sus tanques había corrido riesgo gracias a la rápida reacción de su capitán. Sin embargo, su satisfacción por haber salido indemnes se desvaneció cuando una serie de apagadas explosiones resonaron en las aguas del golfo.

—¡Señor! ¡Es la refinería! —avisó el piloto, señalando la orilla occidental.

En el horizonte surgió un resplandor anaranjado que creció como un sol naciente cuando nuevas explosiones atronaron las aguas. Howard y su tripulación contemplaron el espectáculo durante horas mientras la pira se extendía por la costa. No pasó mucho rato antes de que negras nubes de humo mezcladas con el olor del petróleo quemado flotaran sobre el barco.

—¿Cómo lo habrán conseguido? —balbució el primer oficial—. ¿Cómo habrán conseguido los terroristas introducir explosivos? ¡Pero si era una de las instalaciones más seguras del mundo!

Howard menó la cabeza sin decir nada. Jensen tenía razón. Un ejército privado rodeaba el complejo en una impenetrable red de medidas de seguridad. Pensó que el golpe había tenido que ser muy bien planeado para que los terroristas pudieran llegar

incluso hasta la terminal de Sea Island, aunque allí no se hubieran visto explosiones. Por suerte, su barco y la tripulación estaban a salvo, y su intención era que siguieran estándolo. Una vez completada la búsqueda de supervivientes en el agua, Howard llevó al petrolero a aguas profundas, donde lo tuvo dando vueltas en círculos hasta el amanecer.

Con el nuevo día, el alcance de los daños se hizo visible a medida que los equipos de emergencia iban llegando a la escena del suceso. La refinería de Ras Tanura, una de las mayores del mundo, era una ruina humeante y había quedado casi completamente destruida por el virulento incendio. La terminal de Sea Island, capaz de cargar de crudo dieciocho superpetroleros a la vez, había desaparecido por completo bajo las aguas del golfo. El complejo de depósitos de almacenaje, con una capacidad para treinta millones de barriles de derivados diversos, había quedado anegado hasta la cintura en un mar de negro chapapote vertido por las docenas de agrietados depósitos. En el interior del desierto, innumerables conducciones de crudo que se partieron como palillos inundaron de petróleo las dunas circundantes.

De la noche a la mañana, quedó destruida una tercera parte de la capacidad exportadora de crudo de Arabia Saudí. Sin embargo, el culpable no fue un ataque de terroristas suicidas. Por todo el mundo, los sismólogos no tardaron en señalar el origen del problema. Un fuerte terremoto, de una intensidad de 7,3 en la escala de Richter, había sacudido la costa de Arabia Saudí. Los analistas, al igual que los chistosos, lamentaron la casualidad de que la madre naturaleza hubiera decidido situar su epicentro a menos de dos millas de Ras Tanura. Las ondas de choque causadas al golpear una zona tan crítica acabarían extendiéndose mucho más allá del golfo Pérsico y sacudirían el mundo durante los meses venideros.

Hang Zhou dio una última calada a su barato cigarrillo sin filtro y arrojó la colilla por la borda. Con perezosa curiosidad observó cómo la brasa se precipitaba hacia las sucias aguas del fondo, casi esperando que prendiera la oleosa superficie y la convirtiera en un mar de llamas. Mientras la colilla se extinguía inofensivamente junto a un jurel muerto, pensó que los cielos sabían que en las oscuras aguas había suficiente petróleo vertido para cubrir las necesidades de una ciudad pequeña.

Como aquel pez podía demostrar, las malolientes aguas del puerto chino de Ningbo eran cualquier cosa menos saludables. Una fiebre de actividad constructora a lo largo de la orilla comercial había ayudado a remover las aguas, que ya estaban contaminadas por el incesante tráfico de viejos barcos contenedores, petroleros y cargueros que frecuentaban el puerto. Situado en el delta del río Yangtsé, no lejos de Shangai, Ningbo se estaba convirtiendo rápidamente en uno de los mayores puertos marinos de China, en parte gracias a su profundo canal, que permitía el amarre de los superpetroleros de trescientas mil toneladas.

—¡Zhou! —llamó una voz que parecía el ladrido de un doberman y cuyo propietario parecía un gordo bulldog. El chino se volvió para mirar a su supervisor, el director de operaciones de la Ningbo Container Terminal N.º 3, que caminaba por el muelle hacia él. Era un desagradable tirano que respondía al nombre de Qinglin y que ostentaba una expresión permanentemente ceñuda en su rechoncho rostro.

—¡Zhou! —repitió acercándose al estibador—. Hay un cambio en el programa. El *Akagisan Maru*, que iba a partir hacia Singapur, se retrasa por culpa de problemas en los motores. Así pues, vamos a dejar que *eljasmine Star* ocupe su amarre en el muelle tres A. Tiene previsto llegar a las siete y media. Asegúrate de que tu equipo está listo para recibirlo.

—Ahora mismo me ocupo de ello —dijo Zhou, asintiendo.

La terminal de contenedores donde trabajaban funcionaba las veinticuatro horas del día. Un incesante tráfico de mercantes daba vueltas en las cercanas aguas del mar de China Oriental esperando su turno en los muelles. La abundante mano de obra china producía un interminable río de productos electrónicos, juguetes y ropa baratos que era inmediatamente absorbido por los mercados de consumo de los países industrializados. Sin embargo, eran los pesados barcos contenedores —el anónimo caballo de batalla del tráfico comercial— los que movían el comercio global y permitían el vertiginoso crecimiento de la economía china.

—Asegúrate de ello. Y vigila a los equipos de carga. Estoy recibiendo quejas acerca de la lentitud con la que se ocupan de los barcos —gruñó Qinglin levantando la vista del sujetapapeles y colocándose el lápiz en la oreja. Luego dio media vuelta, pero se detuvo tras un par de pasos y se volvió para mirar con ojos desorbitados a

Zhou; al menos eso pensó Zhou, que por un momento creyó que la mirada iba dirigida hacia él.

—¡Está ardiendo! —exclamó Qingling.

Zhou comprendió que su supervisor miraba más allá y se volvió para ver a qué se refería.

Dentro del puerto que albergaba la terminal, una docena de barcos se movían de un lado a otro formando una mezcla de enormes buques contenedores y superpetroleros que empequeñecían a los cargueros. El que destacaba era uno de esos cargueros, porque de él salía un denso penacho de humo.

A los ojos de Zhou, el barco parecía un derrelicto que había faltado a su cita con el desguace. Calculó que al menos tendría cuarenta años de antigüedad, y su casco, antes azul, se había convertido prácticamente en una única mancha de óxido por las agresiones de la herrumbre. Un negro humo que se espesaba por momentos surgía de su bodega de proa, oscureciendo la mayor parte de la superestructura, y llamaradas que alcanzaban alturas de diez metros lamían intermitentemente la abertura de cubierta. Zhou fijó su mirada en la proa del buque, que seguía levantando espuma mientras cortaba el agua.

—Va deprisa y se dirige a... a la terminal comercial —balbució.

—¡Esos idiotas! —maldijo Qinglin—. ¡En esa dirección no hay ningún lugar donde puedan embarrancar!

Otros barcos e instalaciones del puerto ya habían divisado el fuego y llenaban las ondas con ofrecimientos de ayuda. Sin embargo, todas las llamadas al humeante buque quedaron sin respuesta.

Zhou siguió asomado al muelle de contenedores, contemplando cómo el llameante barco se acercaba. El brulote pasó entre una barcaza fondeada y un gran carguero en una maniobra que, dado el humo que ocultaba el puente de mando, a Zhou le pareció poco menos que milagrosa. Por un momento, pareció que el derrelicto se dirigía hacia la terminal de contenedores que había cerca de Zhou; pero, entonces, viró bruscamente a babor. Cuando el barco enderezó finalmente el rumbo, el estibador vio que enfilaba hacia la principal instalación de carga y descarga de crudo del puerto de Ningbo, en la isla Cezi. Fue entonces cuando observó sorprendido que no había nadie en el puente luchando contra las llamas. Escrutó el navío en toda su longitud e incluso llegó a ver de refilón el puente de mando a través del humo, cuando el mercante viraba; aun así, no llegó a divisar ningún miembro de la tripulación. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se preguntaba si se trataría de un barco fantasma.

Un par de grandes petroleros ocupaban la principal terminal de descarga de crudo de Ningbo, que había sido recientemente ampliada para poder acoger cuatro superpetroleros. El ardiente derrelicto enfiló hacia el petrolero de sotavento, un

mastodonte negro y blanco propiedad del gobierno saudí. Avisados por el frenético tráfico de llamadas, el primer oficial del barco hizo sonar la sirena, pero el viejo mercante no alteró su rumbo. Incrédulo, el primer oficial se quedó contemplando el llameante buque desde el ala del puente de mando, impotente para hacer cualquier otra cosa.

Alertados por el silbido de la sirena, los tripulantes del petrolero corrieron como hormigas hacia la pasarela para bajar a la terminal y escapar así del incendiado mercante que se les echaba encima. El primer oficial, al que se había unido el consternado capitán, siguieron mirando con ojos desorbitados mientras esperaban a que el oxidado brulote los embistiera.

Pero el impacto no llegó. En el último segundo, el incendiado mercante volvió a virar bruscamente a babor y evitó el costado del petrolero por escasos metros. A continuación, pareció enderezarse, situándose paralelamente al petrolero y enfilando hacia la terminal del muelle. Ésta era una plataforma semiflotante, construida sobre pilones, que se adentraba doscientos metros en las aguas del puerto y donde se hallaban todas las estaciones de bombeo y las conducciones necesarias para la descarga de crudo.

El oxidado mercante navegaba como una flecha mientras las llamas de la bodega se extendían por toda la cubierta de proa. Nadie había intentado aminorar su marcha; de hecho, parecía haber ganado velocidad. Golpeando el extremo de la terminal, la proa del carguero destrozó la plataforma de madera como si estuviera hecha de palillos y lanzó una lluvia de troncos y astillas en todas direcciones. Los pilones se desintegraron uno tras otro tras la arremetida sin conseguir apenas frenar la velocidad del buque, que continuaba su acometida. Unos cien metros más adelante, varios tripulantes que habían huido del petrolero se quedaron petrificados sin saber si habían escogido la mejor vía para escapar. La respuesta llegó unos segundos después, cuando el mercante en llamas los alcanzó. Oculto por el fuego y el humo, una masa informe de hierros, maderas y miembros humanos desapareció bajo el agua y se perdió rápidamente bajo el batir de las hélices del mercante.

El barco siguió adelante, pero al fin empezó a aminorar a causa de los escombros que se amontonaban en su proa. Aun así, el viejo buque seguía teniendo piernas y continuó avanzando con sus últimas energías. Tras aplastar el último pilón, el barco lanzó su agonizante embestida contra el frente del puerto que albergaba las instalaciones de almacenaje y descarga. Un ensordecedor choque acompañado por nubes de humo negro resonó por la isla mientras el incendiado buque se detenía por fin.

Los que habían contemplado el desastre dejaron escapar un suspiro de alivio al pensar que lo peor había terminado. Pero, entonces, en las tripas del carguero se oyó una apagada explosión que hizo saltar la proa por los aires entre una nube de

llamaradas. En cuestión de segundos, el fuego se extendió por todas partes, consumiendo el crudo derramado que rodeaba al barco. El incendio corrió por la superficie del flotante petróleo y llegó a la isla para devorar sus instalaciones. Todo el complejo quedó rápidamente envuelto en un pegajoso y negro humo que ocultaba el infierno que se había desatado debajo.

Al otro lado de la bahía, Zhou observó, anonadado, cómo las llamas se apoderaban de la terminal. Mientras veía que el oxidado carguero zozobraba después de que las llamas lo derritieran por dentro, intentó comprender qué clase de maníaco era capaz de hacerse saltar por los aires con semejante furia.

A poco más de un kilómetro de distancia del muelle, una pequeña lancha de un blanco descolorido se alejó lentamente de la isla Cezi. Oculto bajo una toldilla de lona, un hombre de piel oscura contemplaba el llameante desastre con un telescopio dotado de una mira láser. Después de evaluar los daños con una sonrisa de satisfacción, desmontó el aparato láser y el transmisor inalámbrico que lo acompañaba y con el cual había dirigido el sistema de navegación del viejo mercante. Mientras el humo ascendía en el cielo, lo guardó todo en una maleta de aluminio que dejó caer tranquilamente por la borda. Al cabo de unos segundos, el estuche y sus complejos componentes descansaban para siempre bajo veinte centímetros de lodo en las turbias profundidades del puerto de Ningbo.

El hombre se volvió hacia el piloto de la lancha, mostrando la larga cicatriz que surcaba su mejilla izquierda.

—Al puerto deportivo —ordenó—. Tengo que tomar un avión.

El incendio rugió durante día y medio antes de que las autoridades portuarias lograran extinguirlo. El petrolero consiguió escapar del desastre gracias a la rápida intervención de tres remolcadores, que se lanzaron a través de las llameantes aguas para arrastrarlo hacia la bahía, donde se consiguió sofocar los fuegos de abordó con facilidad.

Las instalaciones de tierra tuvieron menos suerte. La terminal de la isla Cezi quedó totalmente destruida y se cobró la vida de diez trabajadores. Por si fuera poco, media docena de tripulantes del petrolero habían desaparecido; se daban por muertos.

Cuando los inspectores pudieron examinar los restos del misterioso derrelicto se quedaron perplejos al no hallar cuerpos a bordo. Fue entonces cuando los relatos de los testigos oculares empezaron a tomarse en serio. Por lo visto, el barco había navegado sin llevar a nadie a bordo. Desconocido en las aguas locales, su rastro condujo a través de la compañía aseguradora hasta una empresa armadora malaya que lo había vendido como chatarra. La empresa de desguace había desaparecido, y del negocio no quedaba más que un nombre y un teléfono al que nadie contestaba.

Los investigadores especularon con la posibilidad de que hubiera sido obra de una tripulación anterior que, deseosa de vengarse de su capitán, había incendiado el

barco. El «Misterioso barco incendiado», como llegó a ser conocido localmente, se había estrellado contra la terminal de la isla Cezi por casualidad.

Sin embargo, Zhou opinaba de manera muy distinta; toda su vida creyó que alguien había guiado aquel barco de la muerte.

—Jan, faltan diez minutos para que tengamos que acudir a la sala de reuniones dorada. ¿Quieres un café antes de que empecemos?

Jan Montague Clayton miró a su colaborador, que estaba apoyado en la puerta, como si hubiera aterrizado del planeta Marte.

—Harvey, mi orina se ha vuelto del color de un capuchino, y por mis venas corre la cafeína suficiente para poner en marcha el transbordador espacial. Gracias, de todas formas. Iré dentro de un momento.

—De acuerdo. Comprobaré que el proyector funcione correctamente —repuso Harvey mirándola de soslayo antes de desaparecer por el pasillo.

Clayton había perdido la cuenta de los cafés que se había tomado durante los últimos dos días, pero sabía que habían sido su principal sustento. Desde que las noticias del terremoto de Ras Tanura habían llegado a su despacho, no se había levantado de su escritorio preparando un informe con las evaluaciones de su impacto económico al tiempo que reunía discretamente las reacciones de las compañías petrolíferas a través de la lista de confidentes que llenaba su Rodolex. El único respiro que se había tomado del caos que la rodeaba había consistido en una breve escapada, a las dos de la madrugada, a su elegante apartamento del East Village para dar una cabezada y cambiarse de ropa.

Como investigadora y analista de productos para el banco de inversiones Goldman Sachs, Clayton estaba acostumbrada a trabajar doce horas al día. Pero, como especialista en futuros de petróleo y gas natural, no se hallaba preparada para la catástrofe de Ras Tanura. Todos los gestores de fondos del banco acudían a ella en busca de consejo sobre cómo gestionar las cuentas de sus clientes. Al final había tenido que desconectar su teléfono y dejar de mirar su correo electrónico para poder concentrarse. Echó un último vistazo a unas cifras de exportación de petróleo, se levantó, alisó su traje beige de Kay Unger, recogió su portátil y se dirigió hacia la puerta. Pensándolo mejor, dio media vuelta y volvió rápidamente a su mesa, donde recogió su taza de café.

La sala de reuniones estaba abarrotada, principalmente de hombres que esperaban impacientemente su informe. Mientras Harvey abría la reunión, Clayton estudió a los presentes. Los socios y los altos ejecutivos eran fáciles de detectar. Sus cabellos prematuramente blancos y sus barrigas demostraban las horas que pasaban encerrados entre las paredes de sus despachos. En el otro extremo de la escala estaban los jóvenes asociados, agresivos y deseosos de ascender en la escala jerárquica de la firma hasta el vedado terreno de los altos cargos, donde los complementos anuales de siete cifras eran moneda corriente. A la mitad de aquellos remunerados y excesivamente atareados profesionales de la inversión les traía sin cuidado que las

predicciones de Clayton fueran acertadas o no siempre que tuvieran a alguien a quien echar la culpa de sus decisiones. Sin embargo, los que prestaron atención se dieron cuenta enseguida de que ella conocía su trabajo. En el poco tiempo que llevaba en la empresa, se había ganado la reputación de ser una aguda analista con una sorprendente capacidad para predecir las tendencias de los mercados.

—Jan nos presentará ahora la situación actual de los mercados petrolíferos —anunció Harvey, cediendo la palabra a Clayton.

Ella conectó su portátil al sistema de protección y esperó un instante a que la presentación PowerPoint apareciera en la pantalla. Harvey se levantó y cerró las cortinas de la sala que cubrían los ventanales desde los que se disfrutaba de una formidable vista del Lower Manhattan y de Broad Street.

—Damas y caballeros, esto es Ras Tanura —empezó diciendo en tono tranquilo pero confiado. Un mapa de Arabia Saudí apareció en la pantalla seguido de fotos de la refinería y de los depósitos de almacenaje—. Ras Tanura es la mayor terminal exportadora de crudo y gas natural de Arabia Saudí. O, mejor dicho, lo era hasta el terrible terremoto de ayer. Todavía se están valorando los daños, pero parece que el fuego destruyó el sesenta por ciento de la refinería y que, como poco, la mitad de las instalaciones de almacenaje sufrieron graves daños estructurales.

—¿Qué impacto va a tener eso en las exportaciones de petróleo? —interrumpió un hombre de grandes orejas, llamado Eli, mientras masticaba una rosquilla.

—Prácticamente ninguno —repuso Clayton haciendo una pausa para que el otro mordiera el anzuelo.

—Entonces, ¿por qué se ha producido la crisis? —preguntó mientras las migas le caían de la boca.

—La mayor parte de la producción de la refinería está destinada al consumo interno saudí. Lo que tiene un impacto en las exportaciones son los daños que han sufrido las conducciones y las terminales de carga. —En la pantalla apareció otra imagen que mostraba una docena de superpetroleros amarrados en la terminal de Sea Island.

—Estas terminales flotantes deberían estar a salvo de los efectos de un terremoto —comentó alguien desde el fondo de la sala.

—No si el epicentro del terremoto se encuentra a menos de tres kilómetros de distancia —repuso Clayton—. Y en este caso no se trataba de una terminal flotante, sino que estaba fijada al lecho marino. El desplazamiento de los sedimentos provocado por el terremoto hizo que Sea Island se fuera a pique. Esta terminal abastecía a los mayores superpetroleros, y esa capacidad es la que ha desaparecido por completo. Eso sin contar con que varias instalaciones de carga situadas en distintos muelles también resultaron destruidas. Según parece, el noventa por ciento de la infraestructura de Ras Tanura dedicada a la exportación ha sido dañada o

destruida. La crisis se ha producido por eso —terminó mirando a Eli.

Se hizo un tenso silencio en la sala. Al fin, una vez terminada la rosquilla, Eli volvió a hablar.

—¿Y podría decirme, Jan, en qué se traduce eso en términos de volumen?

—Pues en que el mercado verá cómo desaparecen de la cadena de distribución seis millones de barriles diarios de las exportaciones saudíes.

—¿No representa eso el diez por ciento de la demanda diaria mundial? —preguntó un alto cargo.

—La cifra se aproxima más al siete por ciento, pero veo que se hace una idea.

Clayton pasó otra diapositiva con un gráfico que mostraba el alza reciente del barril de crudo Texas en el mercado de Nueva York.

—Como saben, los mercados han reaccionado con su habitual histeria y han hecho que el precio del crudo subiera hasta los ciento veinticinco dólares por barril en el espacio de veinticuatro horas. Los de ustedes que trabajen con acciones ya habrán comprobado el consiguiente desplome del Dow Jones —añadió mientras se escuchaba un coro de gruñidos y gestos de asentimiento.

—De acuerdo. Y a partir de ahora, ¿qué? —preguntó Eli.

—Ésta es la pregunta del millón. Por el momento nos enfrentamos a una situación de pánico, y el pánico suele provocar comportamientos irracionales que son difíciles de predecir.

Clayton hizo una pausa y tomó un sorbo de café. Tenía a toda aquella gente pendiente de cada una de sus palabras. A pesar de que su atractivo aspecto ya era suficiente para llamar la atención, eran sus conocimientos lo que los tenía subyugados. Saboreó ese poder durante un momento y prosiguió.

—No se equivoquen, la destrucción de Ras Tanura dejará una huella devastadora en todo el mundo. En nuestro país tendrá una influencia en la economía parecida a la recesión posterior al 11 de septiembre. Cuando la semana que viene los ciento veinticinco dólares del barril se conviertan en siete dólares por galón en las gasolineras de todo el país, Joe Consumidor dejará el Hummer en el garaje y empezará a ir en autobús. Nuestra economía registrará una subida de precios que afectará desde los pañales a los billetes de avión. Nadie está preparado para un aumento de precios que en breve se convertirá en una losa para la capacidad de consumo.

—¿Hay algo que el presidente pueda hacer para evitarlo? —preguntó Eli.

—No mucho. De todas maneras, hay dos cosas que pueden amortiguar el golpe. La reserva estratégica de crudo de nuestro país está a tope. Si el presidente así lo decide, podría echar mano de las reservas para paliar la reducción de suministro saudí. Por otra parte, las perforaciones efectuadas en la reserva nacional del Ártico y aprobadas por la anterior administración empiezan a dar resultado, de modo que el

oleoducto de Alaska vuelve a funcionar a plena capacidad. Todo ello supondrá un aumento de la producción, pero no será suficiente para evitar que en algunas zonas del país se produzca escasez de petróleo.

—¿Qué podemos esperar a largo plazo?

—Aunque no podemos predecir el impacto que el miedo tendrá en los mercados, podemos predecir que, al final, prevalecerá la dinámica de la oferta y la demanda. El pico en el precio reducirá los actuales niveles de demanda a lo largo de los próximos meses, lo cual, a su vez, reducirá la presión en los precios del crudo. Además, los otros diez países productores de la OPEP harán todo lo posible por quedarse y compensar las exportaciones de Arabia Saudí, y eso a pesar de que no está claro todavía que dispongan de las infraestructuras necesarias para cubrir el déficit de suministro.

—¿Y a la OPEP no le interesa mantener el precio del barril por encima de los cien dólares? —se quejó Eli.

—Sí, si la demanda se mantuviera constante. Pero, tal como están las cosas, nos enfrentaremos a una aguda recesión económica. Si el precio se mantuviera arbitrariamente en ciento veinticinco dólares, asistiríamos a un colapso económico que rivalizaría con la Gran Depresión.

—Y usted no cree que sea ésa la intención...

—Podría ser. Pero un colapso económico mundial le interesa tan poco a la OPEP como a los países industrializados, ya que reduciría gravemente sus ingresos. Actualmente, la principal preocupación es el suministro. Si padecemos una nueva crisis de abastecimiento puede ocurrir lo peor.

—¿Y qué hay que hacer con las inversiones? —preguntó Eli, acertadamente.

—Las estimaciones iniciales sobre Ras Tanura dan a entender que la terminal de carga puede estar reparada o sustituida dentro de seis a nueve meses. Mi recomendación sería mantener el crudo al precio actual con la esperanza de que los precios retrocedan a niveles más moderados en un plazo de nueve meses a un año.

—¿Está segura de eso? —preguntó Eli con una nota de escepticismo.

—Desde luego que no —replicó Clayton—. Venezuela podría recibir mañana el impacto de un meteorito. Nigeria podría caer en manos de un dictador fascista. Existen mil y una causas políticas o ambientales que podrían hacer saltar por los aires el mercado mundial de crudo en un abrir y cerrar de ojos. Y ésa es la cuestión más delicada. Cualquier otra mala noticia puede hacer que pasemos de una recesión a una depresión de la que tardaríamos años en recuperarnos. De todos modos, me parece que no hay demasiados motivos para pensar que podemos sufrir a corto plazo otro desastre natural como el de Ras Tanura. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Hay alguna otra pregunta, damas y caballeros?

Harvey se levantó y abrió de golpe las cortinas; todo el mundo entrecerró los ojos

durante unos segundos.

—Jan, mi despacho se ocupa de capitales globales —comentó una mujer rubia vestida con una blusa granate—. ¿Podría decirme qué países son los más vulnerables ante la reducción de los suministros saudíes?

—Lo único que puedo decir, Sandra, es adonde se dirigen en estos momentos las exportaciones saudíes. Como usted sabe, Estados Unidos ha sido uno de los principales clientes de los saudíes desde los años treinta, aunque al mismo tiempo Washington ha intentado reducir nuestra dependencia del crudo de Oriente Próximo. Aun así, el petróleo saudí representa casi un quince por ciento de nuestras importaciones globales.

—¿Y qué hay de la Unión Europea?

—Europa Occidental obtiene la mayor parte de su petróleo del mar del Norte, aunque los suministros saudíes tienen su peso. Yo diría que su proximidad a otros suministradores debería evitar restricciones demasiado graves. La verdad es que me parece que los países que se verán más afectados serán los de Asia.

Clayton apuró el resto de café mientras abría un archivo de su ordenador y se fijaba en que todos los reunidos permanecían sentados a la espera de sus comentarios.

—Japón sufrirá un golpe importante —dijo repasando el informe—. Los japoneses importan el cien por cien de sus necesidades de crudo y, hace poco, ya resultaron perjudicados por el terremoto que se llevó por delante un tramo del oleoducto Taishet-Najoda. Aunque no fue ampliamente difundido, ese suceso ya hizo subir el precio del crudo tres o cuatro dólares por barril —comentó—. Puedo decirle que Japón importa el veintidós por ciento de su crudo de Arabia Saudí, de modo que sufrirán importantes restricciones. Sin embargo, un aumento circunstancial de las exportaciones de petróleo ruso, tan pronto como quede reparado el oleoducto siberiano, podría aliviar la presión sobre Japón.

—¿Y China? —preguntó una voz anónima—. ¿Qué ha pasado con ese incendio cerca de Shanghai?

Clayton frunció el entrecejo mientras repasaba la página.

—Los chinos se enfrentarán a una crisis parecida. Casi el veinte por ciento de sus importaciones proceden de Arabia Saudí y todas ellas les llegan por barco —explicó—. No he calculado el impacto del incendio de la terminal de Ningbo, pero puedo suponer que, combinado con el desastre de Ras Tanura, hará que los chinos se enfrenten a corto plazo con problemas muy serios.

—¿Tienen los chinos alguna fuente alternativa? —preguntó una voz del fondo.

—Ninguna que esté lista ya. Su elección natural serían los rusos, pero ellos parecen más inclinados a vender su petróleo a Japón y a Occidente. Kajastán podría aportar cierto alivio, pero su oleoducto con China ya trabaja al máximo de su capacidad. Creo que la situación puede tener un grave impacto en la economía china,

que ya padece escasez de recursos. —Clayton tomó nota mentalmente para estudiar la situación de China con más profundidad cuando regresara a su despacho.

—Antes mencionó restricciones de petróleo en nuestro país —dijo un hombre de rostro abotagado que llevaba una corbata color púrpura—. ¿Qué gravedad tendrán?

—Yo diría que se tratará de restricciones momentáneas en zonas limitadas. Eso suponiendo que no se produzcan otros impactos en los mercados. Nuevamente, el mayor problema al que nos enfrentamos es el miedo. El miedo, real o imaginario, a una nueva interrupción del suministro será el verdadero responsable de que se produzca un colapso económico.

La reunión se disolvió, y los preocupados financieros se retiraron a sus grises cubículos. Clayton recogió su portátil y se dirigía hacia la puerta cuando alguien se le acercó. Volvió la cabeza y distinguió la desaliñada figura de Eli, cuya corbata seguía mostrando migas de la rosquilla.

—Magnífica reunión, Jan —sonrió—. ¿Puedo invitarla a un café?

Clayton rechinó los dientes, pero no le quedaba más remedio que sonreír y asentir.

El día en Pekín era asfixiante. Una sofocante combinación de calor, polución y humedad envolvía la congestionada ciudad en un pegajoso e incómodo manto. El malhumor se apoderaba de la gente mientras coches y bicicletas pugnaban por hacerse un hueco preferente en los abarrotados bulevares. Las madres cogían a sus hijos y corrían a los numerosos lagos de la ciudad buscando aliviar el calor, y los vendedores ambulantes, adolescentes en su mayoría, se hacían de oro vendiendo Coca-Cola helada para apagar la sed de los sudorosos turistas y de los hombres de negocios de paso.

La temperatura resultaba algo más fresca en la gran sala de reuniones de la sede del Partido Comunista chino, situado en un seguro complejo al oeste de la histórica Ciudad Prohibida. Enterrada en los sótanos de un viejo edificio inadecuadamente bautizado como Palacio Dedicado a la Compasión, la sala, desprovista de ventanas, presentaba un curioso contraste entre su combinación de magníficas alfombras y finos tapices y los baratos muebles de oficina de los años sesenta. Media docena de hombres con el semblante serio, entre los que figuraba la élite del Comité del Buró Político del Partido —el órgano más influyente del gobierno chino—, se hallaban sentados a una mesa redonda junto con el secretario general y presidente de China, Qian Fei.

Al ministro de Comercio, un hombre calvo de ojillos redondos llamado Shinzhe que se encontraba allí para comparecer ante sus superiores acompañado por su joven ayudante femenina, la cargada estancia le parecía todavía más sofocante.

—Shinzhe, en noviembre, el Estado aprobó el plan quinquenal de desarrollo económico —dijo el presidente Fei en tono contrariado—. ¿Pretende decirnos que un par de simples accidentes han hecho que nuestros objetivos nacionales sean irrealizables?

Shinzhe se aclaró la garganta mientras secaba sus sudorosas manos en las perneras del pantalón.

—Señor secretario general, miembros del Politburó —contestó inclinando la cabeza ante el resto de destacados funcionarios—, las necesidades energéticas de China han cambiado espectacularmente en los últimos años. Nuestro veloz y dinámico crecimiento económico ha aumentado drásticamente nuestra necesidad de productos energéticos. Hace solo unos pocos años, nuestro país era un exportador de crudo. En la actualidad, más de la mitad de nuestro consumo lo satisfacen las importaciones de crudo. Se trata de un hecho lamentable, resultado de la evolución de nuestra economía. Nos guste o no, igual que Estados Unidos lo ha sido en las últimas cuatro décadas, ahora nosotros también dependemos de las fuerzas políticas y económicas que gobiernan el mercado internacional del crudo.

—Sí. Todos conocemos nuestro creciente apetito energético —declaró Fei.

El recién elegido secretario general era un juvenil cincuentón que manejaba a los tradicionalistas del sistema burocrático con partes iguales de amabilidad y astucia. Shinzhe sabía que tenía fama de temperamental, pero que también respetaba la verdad.

—¿Cuál será la gravedad del impacto? —preguntó otro miembro del partido.

—Será como si nos cortaran dos extremidades. El terremoto de Arabia Saudí limitará gravemente su capacidad de entregarnos crudo durante los próximos meses. A pesar de todo, con un poco de tiempo podremos buscar nuevos suministradores. Sin embargo, el incendio en el puerto de Ningbo tendrá peores consecuencias. Casi una tercera parte del crudo que importábamos entraba por allí. La infraestructura necesaria para recibir importaciones de crudo no es algo que pueda repararse rápidamente. Lamento tener que informar que vamos a enfrentarnos a una drástica escasez que no va a ser fácil de paliar.

—Me han informado que la reparación de los daños ocasionados por el fuego puede llevarnos casi un año y que ése es el tiempo que transcurrirá antes de que puedan restablecerse los actuales niveles de importaciones —comentó otro miembro de blancos cabellos del partido.

—Es una estimación que no se puede poner en duda —reconoció Shinzhe, inclinando la cabeza.

En lo alto, las luces fluorescentes parpadearon de repente al tiempo que el ruidoso e ineficaz sistema de aire acondicionado se apagaba. El silencio se apoderó de la oscurecida sala hasta que volvió la luz y el sistema de refrigeración cobró vida nuevamente. Con la luz apareció el genio del presidente.

—¡Estos apagones deben acabar! —exclamó—. ¡Medio Shangai se ha quedado sin luz durante casi cinco días! ¡Nuestras fábricas están funcionando media jornada para ahorrar electricidad, los trabajadores no tienen con qué calentar su cena por las noches! ¿Y ahora usted nos dice que no recibiremos petróleo del extranjero y que nuestro plan quinquenal es irrealizable? ¡Exijo saber qué se está haciendo para resolver estas dificultades! —bramó.

Shinzhe se encogió visiblemente ante aquella demostración de genio. Tras mirar alrededor de la mesa y ver que ninguno de los miembros del partido tenía el coraje de responder, hizo acopio de valor y empezó a hablar en voz baja.

—Como usted sabe, secretario general, los generadores de la central hidroeléctrica de las Tres Gargantas se incorporarán a la red dentro de poco. También tenemos en fase de construcción diversas nuevas centrales térmicas que se alimentarán con crudo o carbón. Sin embargo, hasta este momento, conseguir suficiente gas natural y crudo para alimentar las plantas no hidroeléctricas ya ha sido un problema, de modo que lo será más a partir de ahora. Las empresas petrolíferas

con patrocinio estatal han iniciado prospecciones en el sur del mar de China a pesar de las protestas del gobierno vietnamita, y seguimos ampliando nuestras redes de suministro en el extranjero. Tengo que recordar al Comité que el ministro de Exteriores acaba de cerrar con éxito varios acuerdos para comprar importantes cantidades de crudo a Irán, y que seguimos intentando comprar compañías petrolíferas occidentales que sean propietarias de grandes reservas.

—El ministro Shinzhe tiene razón —intervino discretamente el ministro de Exteriores, que se hallaba sentado junto a él—, pero todas estas iniciativas afectan a suministros a largo plazo y no solucionarán la crisis actual.

—¡Vuelvo a preguntarlo, pues! —exclamó Feí, alzando aún más el tono, casi gritando—. ¿Qué se está haciendo para paliar la actual escasez?

—Además de con Irán, hemos entablado conversaciones con diversos países de Oriente Próximo sobre la posibilidad de que aumenten sus exportaciones; aunque, lógicamente, deberemos competir con Occidente en el precio —repuso Shinzhe con voz queda—. De todas maneras, los daños del puerto de Ningbo limitan gravemente la cantidad de crudo que podemos recibir por mar.

—¿Y qué hay de los rusos?

—¡Los rusos están encantados con los japoneses! —espetó el ministro de Exteriores—. ¡Nuestro intento de desarrollar conjuntamente un oleoducto desde los campos petrolíferos de Siberia Occidental ha sido rechazado a favor de otro que llega hasta el Pacífico para suministrar a los japoneses! A corto plazo, solo podemos aumentar las importaciones de crudo rusas a través del ferrocarril; lo cual, como es natural, no representa el medio idóneo cuando hablamos de grandes cantidades.

—Así pues, no existe una solución real —gruñó Fei, cuya irritación no se había aplacado—. ¡Nuestro crecimiento económico se verá paralizado, dejaremos de llevar ventaja a Occidente y tendremos que volver a nuestras granjas y cooperativas de las provincias donde seguiremos padeciendo continuos apagones!

El silencio volvió a apoderarse de la sala; nadie se atrevió a contestar a la ira del secretario general. Solo el murmullo del viejo sistema de aire acondicionado se dejaba oír en el apesadumbrado ambiente. Entonces, la ayudante de Shinzhe, una joven menuda llamada Yee, carraspeó.

—Secretario general, ministro Shinzhe... —dijo mirando a uno y a otro—. Discúlpenme, pero hoy mismo el gobierno ha recibido una oferta de suministro de energía totalmente fuera de lo corriente, a través de nuestro ministerio. Lamento, ministro, no haber tenido la oportunidad de informarle —dijo mirando a Shinzhe—, pero en su momento no reconocí su importancia.

—¿Cuál es esa propuesta? —preguntó Fei.

—Se trata del ofrecimiento de una empresa de Mongolia para suministrar crudo de alta calidad...

—¿Mongolia? —interrumpió Fei—. ¡En Mongolia no hay crudo!

—La oferta es para suministrar un millón de barriles diarios —prosiguió Yee—. La entrega comenzaría dentro de noventa días.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Shinzhe fulminando con la mirada a su ayudante por haber hecho público aquel comunicado.

—Quizá valga la pena investigarlo —concedió Fei, con el semblante súbitamente iluminado—. ¿Qué más dice esa propuesta?

—Solo los términos de la contraprestación —repuso Yee, súbitamente nerviosa. Hizo una pausa, confiando en que la discusión terminara allí, pero al comprobar que las miradas de todos estaban fijas en ella prosiguió tímidamente—: Según los términos planteados por dicha empresa, el precio del crudo se establecerá según lo que marque actualmente el mercado y se mantendrá congelado durante un período de tres años. Por otra parte, tendremos que conceder el uso exclusivo del oleoducto que termina en el puerto de Qinhuangdao. Además, los territorios conocidos como Mongolia Interior y controlados por China tendrán que ser cedidos formalmente al gobierno de Mongolia.

Los presentes prorrumpieron en un coro de exclamaciones, y la sala se llenó de protestas ante tan desmesuradas exigencias. Tras unos segundos de ruidoso desacuerdo, Fei golpeó la mesa con un cenicero para imponer silencio.

—¡Ya basta! —gritó el secretario general, acallando en el acto el griterío. Una expresión de disgusto cruzó por su rostro mientras hablaba tranquilamente y en voz baja—: Averigüen si la oferta va en serio; si existe de verdad. Luego ya nos preocuparemos de negociar.

—Como desee, secretario general —se inclinó Shinzhe.

—Pero, antes, díganme una cosa: ¿Quién ha formulado tan despreciable oferta?

Shinzhe miró a su ayudante con impotencia.

—Se trata de una pequeña empresa desconocida para nuestro ministerio —respondió dirigiéndose a Fei—. Se llama Avarga Oil Consortium.

Se hallaban irremediablemente perdidos. Dos semanas después de haber salido de Ulan-Ude con instrucciones de explorar el valle superior del río Selenga, el grupo de exploración sísmica compuesto por cinco hombres se había extraviado. Ninguno de ellos, que pertenecían a la petrolera rusa Lukoil, era de la región, lo cual se añadía a su desgracia. Los problemas empezaron cuando alguien derramó una taza de café caliente sobre el GPS y provocó un cortocircuito que acabó con él; pero eso no fue suficiente para detener su avance hacia el sur, ni siquiera cuando tropezaron con la frontera de Mongolia y se salieron de los mapas de Siberia, que llevaban por razones de seguridad. Lo que hizo que siguieran adelante fue detectar una serie de pliegues en el subsuelo con el camión martilleador que indicaban posibles cuencas estructurales. Las cuencas estructurales en las formaciones sedimentarias eran cavidades naturales donde podían acumularse depósitos de gas natural o de crudo. El equipo de sondeo se dirigió hacia el sur mientras seguía el rastro de aquellas profundas cuencas que podían albergar petróleo, pero perdió por completo la ubicación del río.

—Todo lo que tenemos que hacer es dirigirnos al norte y seguir nuestras huellas allí donde sean visibles —dijo un hombre bajito y calvo, llamado Dimitri.

El líder del grupo se hallaba en pie, mirando hacia poniente y contemplando las sombras de los árboles que se alargaban con la puesta de sol.

—¡Ya sabía yo que tendríamos que haber dejado un rastro de migas! —sonrió un joven ingeniero llamado Vlad.

—No creo que tengamos gasoil suficiente para llegar a Kiajta —contestó el conductor del camión martilleador.

Al igual que el vehículo, era un tipo corpulento de fuertes extremidades. Trepó a la cabina del camión y se estiró en la baqueta delantera con las manos enlazadas en la nuca para dar una cabezada. El voluminoso artefacto de treinta toneladas llevaba una gruesa plancha de acero bajo la panza con la que aporreaba el terreno y enviaba ondas de choque a las profundidades de la tierra. Pequeños receptores distribuidos a cierta distancia recibían las señales cuando éstas rebotaban en las capas de sedimentos del subsuelo. Un proceso informático convertía las señales en mapas visuales y en imágenes del subsuelo.

Un sucio todoterreno de color rojo se detuvo a su lado, y sus dos ocupantes saltaron a tierra para unirse a la conversación.

—No teníamos autorización para cruzar la frontera, y ahora ni siquiera sabemos dónde está la frontera —se quejó el conductor del vehículo de apoyo.

—Esas lecturas sísmicas justifican que hayamos seguido su rastro —contestó Dimitri—. Además, nos ordenaron que dedicáramos dos semanas a la labor de campo. Dejemos que sean nuestros amigos los burócratas quienes se preocupen de

conseguir los permisos para perforar. En cuanto a la frontera, sabemos que se halla en algún lugar hacia el norte. Nuestra principal preocupación debe ser encontrar combustible suficiente para llegar a la frontera.

El conductor se disponía a protestar cuando una apagada explosión en la distancia llamó su atención.

—Allí arriba, en la montaña —dijo Vlad.

Por encima del rocoso altozano donde se hallaban se alzaba una pequeña cordillera que resplandecía con el verde de sus abetos. A unos kilómetros de distancia, un penacho de humo se elevaba desde una zona boscosa en el cielo libre de nubes.

Cuando el eco del estallido se hubo desvanecido, el sonido de la maquinaria pesada resonó en las pendientes.

—¡En nombre de la madre Rusia! ¿Qué ha sido eso? —gruñó el conductor del camión, despertado por la explosión.

—Una explosión en lo alto de la montaña —contestó Dimitri—. Seguramente de alguna instalación minera.

—Es agradable saber que no somos los únicos que están perdidos por aquí —masculló el conductor antes de reanudar su siesta.

—Quizá alguien pueda indicarnos el camino de vuelta a casa.

La respuesta no tardó en llegar. El ruido de un motor se fue acercando hasta que un todoterreno último modelo apareció en la distancia. El vehículo descendió por una colina y se lanzó campo a traviesa hacia el grupo de exploración. El coche no aminoró y solo se detuvo bruscamente tras acercarse en medio de una nube de polvo. Sus dos ocupantes se quedaron sentados en su interior unos segundos. Luego, se apearon cautelosamente.

Los rusos comprendieron inmediatamente que aquellos tipos, con sus chatas narices y altos pómulos, eran mongoles. El más bajo de los dos se adelantó y preguntó ásperamente:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Nos hemos apartado un poco de nuestro camino —contestó el imperturbable Dimitri—. De algún modo nos perdimos mientras explorábamos el valle. Tenemos que volver a cruzar la frontera para llegar a Kiajta, pero no estamos seguros de que tengamos gasoil suficiente.

Los ojos del mongol se agrandaron cuando escuchó la palabra «explorábamos» y, por primera vez, estudió cuidadosamente el camión martilleador aparcado tras los hombres.

—¿Están realizando prospecciones petrolíferas? —preguntó en tono más tranquilo.

El ingeniero asintió.

—Aquí no hay petróleo —espetó el mongol abarcando el paisaje con un amplio gesto del brazo—. Esta noche acamparán aquí. Se quedarán en este lugar. Por la mañana yo les traeré gasoil y les mostraré el camino hacia Kiajta.

El hombre dio media vuelta sin más ceremonias y, sin despedirse, subió al todoterreno con el conductor y ambos desaparecieron a todo gas por la montaña.

—Nuestros problemas se han resuelto —dijo Dimitri con satisfacción—. Montaremos el campamento aquí y saldremos por la mañana temprano. Solo espero que nos hayas dejado un poco de vodka —dijo dando una palmada en el hombro del dormido conductor del camión.

La oscuridad cayó rápidamente cuando el sol desapareció tras las lomas y trajo con ella el cortante frío del aire nocturno. Encendieron un fuego ante las tiendas, y los hombres se sentaron alrededor para dar cuenta de una insípida cena de carne enlatada y arroz. No pasó mucho rato antes de que empezara el cotidiano pasatiempo de cartas y vodka y se constituyera un bote con monedas y cigarrillos.

—¡Tres manos seguidas! —rió Dimitri mientras recogía sus ganancias de una mano afortunada en un juego de cartas ruso similar al rumi. Sus ojos brillaban bajo los pesadas párpados, y unas gotas de vodka le caían por el mentón mientras presumía ante sus colaboradores igualmente ebrios.

—Guárdalo y así tendrás para tu dacha en el mar Negro —comentó uno de ellos.

—¡O para un dachshund^[6] negro en el Caspio! —bromeó otro entre risas.

—Este juego es demasiado para mi bolsillo —balbuceó Vlad dándose cuenta de que ya había perdido cien rublos—. Me voy al catre, a ver si me olvido de las trampas de Dimitri.

El joven ingeniero hizo caso omiso de los comentarios burlones de los demás y se puso en pie con dificultad. Miró la tienda de campaña, pero primero se dirigió hacia la parte de atrás del camión para aliviarse antes de dormir. Borracho como estaba, tropezó y resbaló varios metros por un desnivel que había junto al camión antes de golpearse con una piedra. Se quedó allí tendido varios minutos agarrándose la lesionada rodilla y maldiciendo su torpeza cuando oyó la trápala de unos cascos de caballo que se acercaban al campamento. Se levantó y, a cuatro patas, trepó hasta el camión, desde donde vio el fuego del campamento al otro lado.

Las voces de sus camaradas callaron cuando el pequeño grupo de jinetes se aproximó. Vlad se frotó los ojos sin dar crédito a lo que veían mientras contemplaba aquellos jinetes a la luz de la hoguera. Eran seis jinetes de fiero aspecto, como si hubieran salido de un tapiz medieval. Iban todos vestidos con una larga túnica anaranjada que les llegaba a las rodillas y les cubría los anchos pantalones que llevaban remetidos en las gruesas botas de cuero. Una brillante faja azul en la cintura les servía para sujetar la funda de su espada, y al hombro portaban un arco y un carcaj lleno de flechas de emplumadas colas. Se tocaban con curiosos yelmos metálicos en

forma de cuenco de cuyo vértice asomaban penachos de crin. Como añadido a tan amenazador aspecto, lucían finos y largos bigotes que les caían más allá de las comisuras de la boca.

Dimitri se levantó sujetando una botella de vodka casi llena y saludó a los jinetes, invitándolos a acercarse.

—¡Un brindis por vuestras magníficas monturas! —exclamó arrastrando las palabras y alzando la botella.

El ofrecimiento fue recibido con un gélido silencio mientras los seis jinetes miraban fríamente al ingeniero. Entonces, uno de los jinetes se llevó la mano al costado. En un gesto relámpago que Vlad repasaría en su mente mil veces, el hombre cargó una flecha en el arco, tensó la cuerda y disparó. Vlad no llegó a ver la flecha de madera, solo cómo la botella caía de la mano de Dimitri y se hacía añicos en el suelo. A pocos pasos de allí, el ingeniero se llevó la otra mano a la garganta, de donde sobresalía el asta de la flecha. Luego, se desplomó de rodillas con un grito gorgoteante mientras un torrente de sangre le caía por el pecho.

Los tres hombres del campamento se levantaron, asustados, pero ese fue el último movimiento que hicieron. Al instante, una lluvia de flechas se precipitó sobre ellos como una tempestad. Los jinetes eran máquinas de matar; apuntaban sus arcos y disparaban docenas de flechas en un abrir y cerrar de ojos. Los ebrios técnicos no tuvieron ninguna oportunidad, y los arqueros encontraron sus objetivos fácilmente a tan corta distancia. Una serie de ahogados gritos resonó en la noche y todo terminó. Los hombres yacían muertos con cientos de flechas sobresaliendo de sus cuerpos sin vida.

Vlad contempló la matanza con ojos desorbitados de terror; estuvo a punto de gritar cuando la primera flecha alcanzó su objetivo. Tuvo la impresión de que el corazón se le iba a salir del pecho, pero la adrenalina hizo efecto; se levantó y corrió como el viento. Lanzándose pendiente abajo, corrió como no había corrido en su vida. El dolor de la rodilla, el alcohol en sus venas, todo desapareció bajo un miedo cerval. Corrió por las colinas, indiferente a los obstáculos que surgían en la oscuridad. Cayó varias veces y se hizo feos cortes en brazos y piernas, pero se ponía en pie rápidamente y seguía su loca carrera. Por encima del latir de su corazón y del jadeo de sus pulmones, aguzó el oído para captar el sonido de los caballos acercándose. Pero no lo hicieron.

Durante dos horas corrió y corrió, tropezó y trastabilló hasta que por fin llegó a las turbulentas aguas del río Selenga. Remontó la orilla hasta que encontró dos grandes troncos que le ofrecieron cobijo y escondite. Se metió bajo ellos a rastras y se quedó rápidamente dormido, agotado tras la pesadilla que acababa de vivir.

Theresa llegó a la conclusión de que el trayecto igualaba la traqueteante incomodidad de un viaje en diligencia por el Oeste estadounidense en 1860. Cada bache y grieta parecía transmitido directamente desde las ruedas hasta el suelo del camión de dos toneladas, donde su espalda lo recibía con toda la violencia, haciendo que sus huesos se estremecieran. Hallarse maniatada, amordazada y sentada en un banco de madera frente a dos guardias armados no mejoraba el grado de comodidad. Solamente la presencia de Roy y Wofford, esposados junto a ella, le ofrecía un mínimo consuelo.

Dolorida, cansada y hambrienta, intentaba hallar algún sentido a los sucesos ocurridos en el lago Baikal. Tatiana apenas había dicho nada después de despertarla en el camarote que compartían, cuando apretó el frío cañón de una pistola en su barbilla. Obligada a salir a punta de pistola del *Vereshchagin* y a subir a una lancha, ella y el resto del grupo habían sido trasladados a un carguero negro en el que permanecieron un buen rato. Luego, los llevaron a tierra y los encerraron en la parte trasera de un camión. Allí esperaron durante un par de horas; durante ese tiempo, oyeron un tumulto seguido de un tiroteo. Luego, el camión se puso en marcha y se alejó.

Se preguntó lúgubrementemente qué habría sido del científico ruso, Sargov. Había sido rudamente apartado del grupo al subir al carguero y conducido a la fuerza a otro rincón del barco. Le había dado mala espina y temía por la seguridad del alegre científico. ¿Y qué había ocurrido con el *Vereshchagin*? Cuando Tatiana la llevó fuera tuvo la impresión de que el buque se hallaba muy hundido en el agua. ¿Estarían en peligro igualmente Al, Dirk y el resto de la tripulación?

Pero la pregunta más importante era por qué los habían secuestrado. Temía por su vida, pero su autocompasión se desvaneció rápidamente cuando miró a Roy y a Wofford. Los dos hombres sufrían un dolor mucho mayor. Wofford se cogía una pierna, malherida, seguramente fracturada cuando lo empujaron fuera del mercante. La sostenía muy recta ante él, y torcía el gesto de dolor a cada traqueteo del camión.

Observó a Roy y vio que se había quedado dormido y que tenía una mancha de sangre seca pegada a la camiseta. Uno de los guardias lo había golpeado con su carabina cuando se detuvo para intentar ayudar a Wofford y le había abierto un feo corte en la cabeza. Estuvo inconsciente varios minutos, y su inerte cuerpo fue arrojado sin miramientos al interior del camión.

La angustia de Theresa se vio momentáneamente interrumpida por otra sacudida del camión; intentó cerrar los ojos y dormir para alejarse de aquella pesadilla. El vehículo siguió su agitado trayecto un par de horas más y en algún momento, a juzgar por la sucesión de arrancadas y paradas y el sonido del tráfico, debió de cruzar alguna

aglomeración urbana. El ruido de los demás vehículos no tardó en desvanecerse, y el camión volvió a cobrar velocidad mientras serpenteaba por un camino de tierra durante otras cuatro horas. Al fin, aminoró, y Theresa supo por la repentina actitud alerta de los guardias que habían llegado a su destino.

—Teniendo en cuenta el tiempo que hemos estado sin tocar el suelo, podría decirse que hemos hecho el viaje en avión —dijo Wofford con una mueca de dolor cuando saltaron sobre un nuevo bache.

Theresa sonrió ante aquella valiente demostración de humor, pero no contestó. El vehículo se detuvo. El ruidoso motor diesel se apagó, y alguien abrió las puertas de la caja del camión, inundando su interior con la claridad de un nuevo día. Con permiso de los guardias, Theresa y Roy ayudaron a Wofford a bajar. Luego, los tres se quedaron mirando el entorno que los rodeaba.

Se hallaban en medio de un amurallado recinto que albergaba dos construcciones independientes. Bajo el límpido cielo azul, y a pesar de la ligera brisa que les acariciaba el rostro, la temperatura era mucho más suave que en el lago Baikal. Theresa olfateó el aire y notó en él un aroma seco y polvoriento. En la distancia se veían suaves y verdeantes colinas, mientras que el verdigris pico de una montaña se alzaba cerca del complejo. El recinto parecía haber sido excavado en el flanco de la montaña, que a Theresa le pareció cubierto de bajos arbustos entremezclados con densos bosques de altos abetos.

A su izquierda, parcialmente oculto por un largo seto, se levantaba un bajo edificio de ladrillo, parecido a los que se ven en los modernos parques industriales. Aparentemente fuera de lugar, había unas cuadras adosadas a un extremo de la edificación, y media docena de recios caballos daban vueltas en un cercado mientras mordisqueaban los restos de hierba que asomaban por el suelo. En la otra punta del edificio había un gran garaje de plancha ondulada que albergaba una serie de camiones y equipos industriales. En su interior, un puñado de trabajadores vestidos con monos negros se afanaba en torno a varias máquinas destinadas al movimiento de tierras.

—Yo creía que el Taj Mahal estaba en la India —dijo Roy.

—Bueno, puede que hayamos llegado hasta la India —repuso Wofford con una dolorida sonrisa.

Theresa dio media vuelta y contempló el otro edificio del recinto. No tenía más remedio que estar de acuerdo con Roy. Realmente tenía cierto parecido con el monumento indio, aunque sus proporciones eran mucho más reducidas. En contraste con la funcionalidad del edificio de ladrillo, lo que se alzaba ante sus ojos había sido construido con un desmedido gusto por lo ornamental. Grandes columnas formaban el frontispicio de un bajo y resplandeciente edificio de mármol blanco. En su centro, un pórtico semicircular rodeaba la entrada principal. Un bulboso techo coronado por

una espiral dorada remataba el conjunto. En realidad, el diseño no se apartaba demasiado del Taj Mahal; pero a Theresa, aunque elegante, le parecía como si un gigantesco cornete de vainilla hubiera caído del cielo.

El terreno frente al palacio era igualmente regio. Dos canales fluían por el recinto e iban a alimentar un gran estanque antes de desaparecer frente a la entrada. Theresa escuchó el agua de un torrente cercano que seguramente los abastecía. Alrededor del canal y el estanque y frente a la mansión se extendía un jardín ornamental tan cuidadosamente dispuesto que habría sido la envidia de Versalles.

Un poco más lejos, Theresa vio que Tatiana conversaba con un hombre que llevaba una pistola en la sobaquera. El sujeto asintió, se acercó a la parte de atrás del camión y dijo «por aquí» con fuerte acento. Los dos guardias se pusieron detrás de Roy y Wofford para subrayar la perentoria orden.

Theresa y Roy echaron una mano a su compañero cojo y siguieron al chaparro guardia por un sendero hacia el opulento palacio. Enseguida llegaron a una gran doble puerta de madera tallada situada al abrigo del pórtico que daba acceso al interior. Flanqueándola como si fueran porteros del Savoy, había dos guardias ataviados con largas y bordadas capas de seda anaranjada. Theresa pensó que se trataba de guardias porque no hicieron ademán de abrir la puerta, sino que permanecieron totalmente inmóviles, sujetando sus largas lanzas.

Las puertas se abrieron y el grupo entró en un abovedado vestíbulo lleno de pinturas que ilustraban escenas pastorales de caballos en el campo. Un bajito chambelán salió de detrás de la puerta sonriendo maliciosamente e hizo un gesto al grupo para que lo siguiera. Caminando silenciosamente por el suelo de mármol, condujo al equipo de sondeo a lo largo de un pasillo lateral hasta tres cuartos de huéspedes. Theresa, Roy y Wofford fueron introducidos cada uno de ellos en una estancia confortablemente decorada, donde se quedaron mirando la puerta que el chambelán cerró con llave tras ellos.

Theresa vio que en una mesita auxiliar había un plato de sopa caliente y un poco de pan. Se limpió rápidamente la mugre del viaje de la cara y las manos y se sentó para dar buena cuenta de la comida. Cuando finalmente el agotamiento pudo más que el miedo que sentía, se tumbó en la blanda cama y cayó rápidamente dormida.

Tres horas más tarde, unos golpes en la puerta la arrancaron de su profundo sueño.

—Por aquí, por favor —anunció el chambelán, lanzando a Theresa una mirada ligeramente lasciva.

Roy y Wofford la esperaban en el pasillo; se sorprendió al ver que la pierna de Jim estaba vendada y que le habían dado un bastón. El corte de la cabeza de Roy también estaba curado, y el geofísico vestía una amplia sudadera de algodón en lugar de la camiseta manchada de sangre.

—¡Caramba, pero si parecéis un modelo de salud! —comentó Theresa.

—Si el modelo es uno de esos muñecos que utilizan las fábricas de coches en las pruebas de seguridad, entonces sí —contestó Roy.

—La hospitalidad ha cambiado para mejor —añadió Wofford mostrando el bastón.

Los tres fueron acompañados de vuelta al vestíbulo y, desde allí, a una amplia sala de espera. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros encuadernados en piel, en un rincón ardía el fuego en una chimenea y en el otro se veía un pequeño bar. Theresa miró con aprensión el enorme torso de un oso negro que colgaba de la pared, por encima de ella, mostrando los afilados dientes y las garras en un permanente gesto de agresividad. Contempló el resto de la estancia y lo que vio le pareció el paraíso del taxidermista. Toda una colección de ciervos, carneros y lobos disecados parecía guardar el lugar mirando aviesamente a los visitantes. Tatiana se hallaba en el centro de la habitación, junto a un hombre que bien podría haber hecho compañía a las fieras y a las bestias de las paredes.

Theresa pensó que era por la sonrisa. El hombre sonreía y mostraba una hilera de dientes afilados como los de un tiburón dispuesto a devorar a su presa. No obstante, el resto de su persona resultaba menos impresionante. Era de constitución delgada, pero musculosa, y llevaba el negro cabello peinado informalmente hacia atrás. Según el canon de belleza mongol, con sus altos pómulos y almendrados ojos castaños que tenían una curiosa irisación dorada, parecía apuesto. Las arrugas de su atezado rostro mostraban que había pasado su juventud en contacto con los elementos. Sin embargo, los educados modales y el impecable traje gris denotaban que esos días habían quedado atrás.

—Me alegro de que hayan venido —dijo Tatiana en tono inexpresivo—. Me gustaría presentarles al señor Tolgoi Borjin, presidente del Avarga Oil Consortium.

—Encantado de conocerlo —repuso Wofford, que se acercó cojeando y le estrechó la mano como si fueran viejos amigos—. ¿Le importaría decirnos ahora dónde diablos estamos y por qué? —preguntó estrechando con fuerza la mano de su anfitrión.

La repentina demanda de Wofford pareció pillar por sorpresa al mongol, que dudó antes de responder mientras se libraba del feroz apretón de manos del otro.

—Están ustedes en mi casa y en la sede de mi empresa.

—¿En Mongolia? —preguntó Roy.

—Les presento mis disculpas por su precipitada salida de Siberia —contestó Borjin, haciendo caso omiso de la pregunta de Roy—. Tatiana me contó que sus vidas corrían peligro.

—¿De verdad? —contestó Theresa lanzando una mirada de desconfianza hacia su antigua compañera de camarote.

—Su salida a punta de pistola fue necesaria para su seguridad —explicó Tatiana—. Los ecologistas radicales del Baikal son gente muy peligrosa. Según parece, se habían infiltrado en el buque de investigación del Instituto Limnológico y su intención era hundirlo como fuera. Tuve la suerte de poder contactar con un barco cercano que nos ayudó en la evacuación. Tuvimos que salir discretamente para no llamar la atención y arriesgarnos a otros ataques.

—Nunca he oído que los grupos ecologistas del Baikal se comportaran así —replicó Theresa.

—Se trata de una nueva generación de jóvenes radicales. Con la disminución en estos últimos años de los controles del Estado, me temo que los jóvenes rebeldes se han vuelto mucho más osados.

—¿Y qué hay del científico ruso que también nos acompañó a la fuerza hasta el barco mercante, el doctor Sargov?

—Insistió mucho en regresar al buque de investigación para alertar a los demás miembros del instituto. Me temo que ya no podemos garantizar su seguridad.

—¿Ha muerto? ¿Qué pasó con los demás que estaban en el barco?

—Nos vimos obligados a evacuar la zona por la seguridad de todos. No tengo más información sobre el barco de investigación ni sobre el doctor Sargov.

El rostro de Theresa palideció al escuchar aquellas palabras.

—¿Y por qué nos han traído hasta aquí? —preguntó Roy.

—Por el momento hemos dejado a un lado nuestros proyectos del lago Baikal, pero su colaboración en la tarea de hallar y evaluar potenciales campos petrolíferos sigue siendo valiosa para nosotros. Fueron contratados para seis semanas de trabajo, de modo que cumpliremos nuestra parte del contrato con otro proyecto.

—¿Han notificado estos cambios de planes a nuestra compañía? —preguntó Theresa, que se dio cuenta de que su móvil se había quedado en el *Vereshchagin*—. Tendré que ponerme en contacto con mi supervisor para hablar del asunto.

—Lamentablemente, nuestra línea de conexión telefónica está interrumpida por el momento. Se trata de un problema habitual en estas remotas regiones, como comprenderán. Tan pronto como quede restablecido el servicio, podrán hacer ustedes todas las llamadas que deseen.

—¿Y por qué nos tienen encerrados en nuestros cuartos como prisioneros?

—En estos instantes tenemos en marcha una serie de proyectos de investigación muy delicados. Me temo que no podemos permitir que unos desconocidos se paseen libremente por nuestras instalaciones. En el momento adecuado les llevaremos a dar una vuelta en una visita guiada.

—¿Y qué pasa si queremos marcharnos ya? —preguntó Theresa.

—Pues que un camión los conducirá a Ulan Bator, donde podrán tomar un avión para volver a casa —repuso Borjin, sonriendo y mostrando sus afilados dientes.

Fatigada aún por el largo viaje, Theresa no supo qué pensar y decidió que quizá lo mejor fuera no forzar la situación por el momento.

—¿Y qué trabajo quiere usted que hagamos? —preguntó.

Un montón de expedientes y carpetas fue introducido en la sala en un carrito junto con unos ordenadores portátiles llenos de informes geológicos y análisis sísmicos. La petición de Borjin era simple:

—Deseamos ampliar nuestros trabajos de perforación a nuevos ámbitos geográficos. Los estudios del terreno están a su entera disposición. Su tarea consistirá en decirnos dónde debemos perforar.

Y sin añadir una palabra más, salió de la estancia con Tatiana pisándole los talones.

—¡Esto es un montón de mierda! —exclamó Roy, poniéndose en pie.

—La verdad es que se trata de una información recopilada muy profesionalmente —dijo Wofford, mientras estudiaba un mapa del subsuelo que mostraba el grosor de distintas capas sedimentarias.

—No me refiero a esos informes —dijo Roy dando un manotazo a las carpetas amontonadas en el carrito.

—Tranquilo, amigo —susurró Wofford señalando con la cabeza un rincón del techo—. Estamos en *Gran Hermano*.

Roy alzó los ojos y vio una pequeña cámara de vídeo montada tras la cabeza disecada de un ciervo.

—Será mejor que de momento hagamos ver que estudiamos este material —prosiguió diciendo Wofford en voz baja y sosteniendo un mapa ante sus labios.

Roy se sentó, acercó uno de los ordenadores y lo abrió de manera que la pantalla ocultara su cara al hablar.

—No me gusta todo esto. Esta gente me parece de lo más turbia. No nos olvidemos de que hemos sido traídos hasta aquí a punta de pistola.

—Estoy de acuerdo —repuso Theresa—. Toda esa historia de que pretendían protegernos en el lago Baikal resulta ridícula.

—Por lo que yo recuerdo, la simpática Tatiana me amenazó con volarme la oreja si no abandonaba el *Vereshchagin* con ella —recordó Wofford, acariciándose el lóbulo—. No me parecen las palabras de alguien que se preocupa amablemente de mi bienestar.

Theresa desplegó un mapa topográfico de una cordillera y fue señalando distintos puntos a Wofford mientras le hablaba.

—¿Y qué hay del doctor Sargov? Se lo llevaron prisionero junto con nosotros por error. Temo que lo hayan matado.

—Eso no lo sabemos, pero puede ser cierto —dijo Roy—. Deberíamos asumir que lo mismo puede ocurrirnos a nosotros una vez les hayamos proporcionado la

información que necesitan.

—¡Todo esto es una locura! —dijo Theresa meneando la cabeza—. Pero tenemos que hallar el modo de salir de aquí.

—El garaje junto al edificio industrial parecía lleno de vehículos —dijo Wofford—. Si pudiéramos robar uno de los camiones y salir de aquí, estoy seguro de que sabría encontrar el camino a Ulan Bator.

—Nos mantienen encerrados en nuestros cuartos o bajo vigilancia. Tendremos que estar preparados para intentar una escapada por sorpresa lo antes posible.

—Me temo que yo no estoy en condiciones de correr un sprint ni dar saltos de pértiga —declaró Wofford, acariciándose la pierna lesionada—. Tendréis que intentarlo sin mí.

—Tengo una idea —dijo Roy mirando el escritorio que había al otro lado de la habitación.

Haciendo ver que buscaba un lápiz entre los mapas, se levantó y fue hasta la mesa donde cogió un lapicero redondo al tiempo que, dando la espalda a la cámara, pispaba un abrecartas que había entre ellos y se lo ocultaba en la manga. Luego, regresó y fingió tomar unas notas mientras susurraba a sus compañeros:

—Esta noche echaremos un vistazo. Sacaré a Theresa y exploraremos la zona en busca de una vía de escape —propuso—. Mañana por la noche haremos nuestro intento y nos llevaremos a nuestro herido —añadió sonriendo a Wofford.

—Os estaría muy agradecido —respondió éste—. Realmente muy agradecido.

Roy se despertó diligentemente a las dos de la madrugada y se vistió sin perder tiempo. Sacó el abrecartas que había escondido bajo el colchón y cruzó a tientas el oscuro dormitorio hasta la cerrada puerta. Allí, palpó el marco hasta que encontró las bisagras que sobresalían por dentro; entonces deslizó la punta del abrecartas bajo el perno que mantenía unidas las dos piezas de la bisagra y lo fue levantando hasta sacarlo del todo. Tras hacer lo mismo con las dos restantes, levantó la puerta con cuidado y tiró de ella hacia sí, lateralmente, desencajando el pestillo de la cerradura. Roy salió entonces al pasillo y dejó la puerta apoyada contra el marco, de manera que pareciera cerrada a los ojos de cualquiera que mirara sin fijarse demasiado.

Fue de puntillas por el desierto pasillo hasta el cuarto de Theresa, describió la cerradura, abrió la puerta y la encontró sentada en la cama, despierta y esperándolo.

—¡Lo has conseguido! —susurró viendo la figura de Roy perfilada contra la luz del corredor.

Roy sonrió brevemente y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Salieron al pasillo y se dirigieron sin hacer ruido hacia el vestíbulo principal. Una hilera de luces de escasa potencia iluminaba débilmente el camino, que parecía totalmente desierto. Las suelas de goma de los zapatos de Theresa empezaron a chirriar en el pulido suelo de mármol, de modo que se detuvo, se los quitó y siguió solo con las medias.

El vestíbulo estaba iluminado por una gran araña de cristal que los obligó a pegarse a las paredes y avanzar con cautela. Roy se agachó y se acercó rápidamente hasta una ventana que daba a la entrada principal. Se asomó y enseguida hizo un gesto negativo a Theresa. A pesar de lo avanzado de la hora, seguía habiendo dos centinelas junto a la puerta. Tendrían que buscar otro sitio por donde salir.

En el vestíbulo, se hallaban en el fondo de una «T» invertida. Las habitaciones de los invitados quedaban a la izquierda, y era de suponer que los aposentos de Borjin quedarían a la derecha. Así pues, fueron por el amplio corredor principal que conducía al estudio.

El palacio seguía en silencio salvo por el ruidoso tictac del antiguo reloj de pared que sonaba en el pasillo. Llegaron al estudio y siguieron adelante; pasaron de puntillas ante el comedor y un par de salas de reuniones decoradas con una impresionante colección de antigüedades de la dinastía Song y Jin. Theresa examinó los rincones del techo buscando cámaras de vigilancia, pero no vio ninguna. Un sonido susurrante le acarició los oídos, por lo que clavó instintivamente las uñas en el brazo de Roy provocándole una mueca de dolor; pero, al final, se tranquilizaron al comprender que se trataba del viento que soplaba en el exterior.

El pasillo terminaba en un espacioso salón con grandes ventanales que iban del

suelo hasta el techo. Aunque no se veía gran cosa en la negrura de la noche, Theresa y Roy percibieron la sensación que provocaba la impresionante vista de la montaña que dominaba el valle circundante. Cerca de la entrada de la sala, Roy vio una escalera alfombrada que conducía a una planta inferior. Se la señaló a Theresa, ella asintió y lo siguió sin hacer ruido. Los enmoquetados peldaños fueron un alivio para sus pies, que empezaban a estar cansados del duro y frío suelo de mármol. En uno de los recodos de la escalera se encontró frente a un gran retrato de un antiguo guerrero. El hombre de la pintura, a caballo, vestido con un abrigo con el cuello de piel, un fajín anaranjado y tocado con el clásico casco mongol, la contemplaba triunfantemente con sus oscuros ojos irisados de oro. En su boca asomaba una sonrisa que dejaba al descubierto unos afilados dientes que a Theresa le recordaron a Borjin. La intensidad de la imagen hizo que se estremeciera y siguiera bajando por la escalera sin mirar atrás.

El rellano daba a un único pasillo que se apartaba un corto trecho de la casa. En uno de sus lados había ventanas que daban a un gran patio. Theresa y Roy se asomaron a la más próxima y entrevieron una solitaria estructura.

—Por aquí tiene que haber una puerta que dé a ese patio —susurró Roy—. Si podemos salir deberíamos rodear el extremo del ala de invitados y deslizarnos hasta el garaje.

—Será un largo camino para que Jim pueda hacerlo cojeando; pero, al menos, no parece haber centinelas por aquí. Veamos si encontramos esa puerta.

Fueron rápidamente hasta el final del pasillo donde, por fin, encontraron lo que buscaban. Theresa probó la puerta, esperando que sonara una alarma al moverse el pestillo, pero todo siguió en silencio. Juntos salieron al patio, que estaba parcialmente iluminado por unas cuantas lámparas de exterior. Theresa se puso los zapatos nada más pisar el exterior. El aire nocturno era gélido, y se estremeció cuando el viento traspasó su fina ropa.

Siguieron por un sendero de pizarra que se abría en ángulo a través del patio hacia una estructura de piedra que se alzaba en la parte trasera de la propiedad. Parecía una pequeña capilla, aunque era circular y tenía un techo abovedado. La piedra con la que estaba hecha difería del mármol utilizado para el palacio, y tenía un aspecto genuinamente antiguo. Al acercarse, Roy pasó de largo ante la entrada en forma de túnel y siguió los curvados muros hacia la parte de atrás.

—Creo haber visto un vehículo ahí detrás —susurró a Theresa, que le pisaba los talones.

Cuando llegaron a la parte trasera de la edificación de piedra, hallaron un espacio cerrado por una cerca de madera de media altura. El interior de lo que en su día había sido una caballeriza cubierta estaba abarrotado con media docena de viejos carros de caballos cuyas plataformas se veían llenas de palas, picos y cajas vacías. Bajo una

lona asomaba la rueda delantera de una polvorienta motocicleta. En la parte del fondo se hallaba el vehículo que Roy había divisado en la distancia. Era una vieja antigualla cubierta por años de polvo acumulado que descansaba sobre dos neumáticos pinchados.

—Nada de lo que hay aquí va a llevarnos a Ulan Bator —comentó Theresa, desanimada.

Roy asintió.

—El garaje que hay al otro lado de la mansión será nuestro nuevo objetivo —dijo, pero se inmovilizó de repente cuando un gemido cercano llegó flotando con la brisa. Reconoció el relincho de un caballo, no lejos del patio—. ¡Tras los carros! —susurró a Theresa, señalándole la caballeriza.

Manteniéndose muy agachados, corrieron en silencio hasta la valla, pasaron por debajo y se escondieron tras el carromato más cercano. Ocultos tras las viejas ruedas de madera, se asomaron cautamente a través de sus radios.

Enseguida aparecieron dos hombres a caballo, precedidos por el golpeteo de los cascos en el camino de pizarra. Los jinetes rodearon el edificio de piedra, llegaron a la altura de la caballeriza y se detuvieron. A Theresa el corazón estuvo a punto de saltársele del pecho cuando los vio. Ambos iban vestidos con el mismo atuendo del hombre del cuadro. Sus anaranjadas túnicas de seda tenían reflejos de oro bajo las luces del patio. Pantalones bombachos, gruesas botas de cuero y un casco en forma de cuenco y rematado por un penacho completaban el atuendo de los guerreros. Los dos jinetes estuvieron dando vueltas un rato, a escasos metros de donde Theresa y Roy permanecían escondidos. Se hallaban tan cerca que Theresa podía notar en la boca el sabor del polvo que los caballos levantaban al golpear el suelo con sus pezuñas.

Uno de los hombres dijo algo ininteligible y, los caballos dieron un brusco brinco. Al instante, ambos jinetes desaparecieron a todo galope en la oscuridad.

—La guardia nocturna —declaró Roy mientras la trápala se desvanecía.

—Un poco demasiado cerca para mi gusto —contestó Theresa poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo de la ropa.

—No creo que dispongamos de mucho tiempo antes de que vuelvan. Veamos si podemos llegar al otro lado de la mansión principal y al garaje.

—De acuerdo. Démonos prisa. No quiero encontrarme de nuevo con esos tipos.

Atravesaron la valla corriendo y se dirigieron hacia el ala de invitados del complejo. Se hallaban a mitad de recorrido del patio cuando oyeron un grito y el súbito galope de los caballos. Miraron hacia atrás y vieron con espanto que los jinetes cargaban hacia ellos desde una corta distancia. Los dos centinelas habían regresado silenciosamente al edificio de piedra y se habían separado cuando vieron que Theresa y Roy atravesaban corriendo el patio.

Éstos se quedaron petrificados, sin saber si correr hacia el palacio o salir del patio. Pero carecía de importancia, ya que los jinetes estaban a ambos extremos del patio y los tenían plenamente a la vista. Theresa vio que uno de los caballos se encabritaba cuando su jinete tiró de las riendas y detuvo al animal. El otro siguió galopando hacia donde ella y Roy se encontraban.

Roy comprendió de inmediato que el jinete pretendía arrollarlos. Una rápida mirada a Theresa le reveló que el miedo y la confusión que se leían en sus ojos la dominaban y era incapaz de reaccionar.

—¡Muévete! —le gritó cogiéndola del brazo y apartándola del peligro.

Tenían el jinete prácticamente encima, pero Roy consiguió esquivarlo por poco; el estribo pasó rozándole el costado. Recobró el equilibrio y entonces hizo lo impensable: en lugar de correr a ocultarse, dio media vuelta y salió corriendo tras el caballo.

El desprevenido jinete galopó unos metros más. Luego frenó su montura y la hizo girar a la derecha preparándose para cargar de nuevo. Al completar el giro, el jinete se sorprendió cuando se encontró con Roy delante. El geofísico cogió las riendas del animal y las sujetó con fuerza.

—Ya está bien de jueguecitos ecuestres —ordenó secamente.

El jinete lo miró inexpresivamente mientras Roy procuraba sujetar el caballo cuyo aliento formaba nubéculas de vapor.

—¡Nooo!

El grito surgió de los labios de Theresa a un volumen que habría podido oírse en el Tíbet.

Roy la miró. Theresa yacía en el suelo, pero no parecía en peligro. Entonces percibió un objeto que iba hacia él a toda velocidad, y una súbita presión le atenazó el pecho al tiempo que notaba que algo lo quemaba por dentro. Cayó de rodillas, aturdido, mientras Theresa corría a su lado para acunarlo en sus brazos.

La afilada flecha lanzada por el otro jinete había fallado por poco el corazón de Roy, pero el proyectil le había atravesado el pecho y seccionado una arteria pulmonar. El efecto fue prácticamente el mismo; la hemorragia masiva no tardaría en provocar el colapso del corazón.

Theresa corrió hacia él e intentó desesperadamente contener el chorro de sangre que salía de la herida, pero no pudo hacer nada con los daños internos. Abrazó con fuerza a Roy mientras el color iba desapareciendo del rostro de éste; jadeó en busca de aire antes de desplomarse. Los ojos de su amigo brillaron un instante, y Theresa pensó que podría resistir. Entonces la miró y le dijo entre estertores:

—Sálvate tú.

A continuación, cerró los ojos y expiró.

El avión a reacción TU-154 de Aeroflot se inclinó lentamente sobre la ciudad de Ulan Bator antes de ponerse cara al viento y enfilarse la pista principal del aeropuerto de Buyant Ukhaa para su aterrizaje. Bajo un cielo limpio de nubes, y desde su estrecho asiento junto a la ventanilla, Pitt disfrutó de la amplia vista de la ciudad y del paisaje circundante. El gran número de grúas y excavadoras le indicó que la capital de Mongolia era una ciudad en marcha.

La primera impresión que produce Ulan Bator es la de una metrópoli del desaparecido Bloque del Este que se ha quedado atascada en los años cincuenta. Con sus 1,2 millones de habitantes, la ciudad está construida con el estilo arquitectónico soviético de la época, caracterizado por su grisura y uniformidad. Deslucidos bloques de apartamentos llenan la urbe por docenas y le confieren la calidez de una cárcel. Las preocupaciones arquitectónicas quedaban en segundo plano para el gobierno a la hora de levantar los grandes edificios de pisos que rodean el centro. A pesar de todo, una reciente autonomía, un regusto de gobierno democrático y una inyección de crecimiento económico han añadido cierta vida a una ciudad que busca modernizarse. Comercios modernos, restaurantes de lujo y atronadoras discotecas empiezan a surgir en lo que anteriormente era una ciudad deprimente.

En su corazón conviven cómodamente una combinación de lo viejo y de lo nuevo. Los suburbios de la periferia siguen llenos de *gers*, las tiendas en forma de hongo, hechas de felpa, que constituyen el hogar de los pastores trashumantes y sus familias. Cientos de tiendas grises y blancas abarrotan los desiertos campos que rodean la capital, que a su vez es la única ciudad digna de ese nombre de todo el país.

En Occidente poco se sabe de Mongolia aparte de la figura de Gengis Khan y de la carne de buey mongol. El país, escasamente poblado, se encuentra encajado entre Rusia y China y ocupa un extenso territorio casi tan grande como Alaska. Abruptas montañas recorren sus fronteras por el norte y el oeste, mientras que el sur lo ocupa principalmente el desierto de Gobi. El centro del país está dominado por las famosas estepas y ondulantes colinas que han visto nacer a los que seguramente han sido los mejores jinetes de la historia. Sin embargo, los días de gloria de las hordas mongolas se pierden en la memoria. Los años de dominio soviético, durante los cuales Mongolia se convirtió en uno de los países comunistas más grandes y despoblados del mundo, estrangulaban su identidad nacional y su crecimiento. Hace apenas unos pocos años que el pueblo mongol ha empezado a recuperar su propia voz.

Mientras contemplaba las montañas que rodeaban Ulan Bator, Pitt se preguntó si seguir con aquella persecución había sido realmente buena idea. Al fin y al cabo, el buque hundido en el lago Baikal era ruso y no de la NUMA, y ningún miembro de su tripulación había resultado herido. Por otra parte, el equipo de sondeo petrolífero

tampoco era responsabilidad suya por mucho que estuviera convencido de que no tenían nada que ver en el asunto. Aun así, algo en los trabajos de sondeo que habían llevado a cabo en el lago había desencadenado aquel peligroso juego y provocado su secuestro. Alguien estaba tramando algo perverso, y él quería saber qué y por qué.

Cuando los neumáticos del avión chirriaron en la pista, Pitt dio un codazo a su compañero de asiento. Al Giordino se había quedado dormido poco después del despegue en Irkutsk y había seguido así a pesar de que la azafata le había derramado café en el pie. Abrió pesadamente los párpados y miró por la ventanilla. Al ver la pista de aterrizaje, se incorporó rápidamente en su asiento, completamente despierto.

—¿Me he perdido algo en el descenso?

—Lo de siempre. Praderas, caballos, ovejas y un par de colonias nudistas.

—Mala suerte la mía —contestó contemplando la mancha marrón de su zapato con aire suspicaz.

—Bienvenidos a Mongolia y a «Héroe Rojo», que es lo que significa Ulan Bator en lengua mongola —tronó la jovial voz de Alexander Sargov desde el otro lado del pasillo.

Estaba incómodamente encajado en su estrecho asiento y tenía el rostro cubierto de vendajes, de modo que Giordino se preguntó cómo podía estar tan alegre. Cuando vio que el científico guardaba una petaca de vodka en su maletín tuvo su respuesta.

Los tres se dirigieron a Inmigración, donde Pitt y Giordino recibieron una dosis suplementaria de atención antes de poder recoger su equipaje. El aeropuerto era pequeño teniendo en cuenta que era internacional. Mientras esperaban un taxi en la acera, Pitt vio que un hombre vestido con una camisa roja lo observaba entre la gente. Examinó la terminal y comprobó que muchos lugareños lo miraban con extrañeza, sin duda poco acostumbrados a ver a un occidental de casi dos metros de alto.

Subieron a un baqueteado taxi y rápidamente cubrieron la distancia que los separaba del centro de la ciudad.

—Ulan Bator, y en realidad toda Mongolia, ha cambiado mucho en los últimos años —comentó Sargov.

—Pues a mí me da la impresión de que en los últimos siglos no ha cambiado nada —replicó Giordino mirando la gran cantidad de *gers* de felpa.

—Es cierto que Mongolia perdió el tren del siglo xx —convino Sargov—, pero no perderá el del siglo XXI. Al igual que en Rusia, la policía del Estado ya no controla la vida cotidiana de sus habitantes, y la gente está aprendiendo a vivir en libertad.

Puede que la ciudad te parezca deprimente, pero es un lugar mucho más animado que hace una década.

—¿Has venido muchas veces? —preguntó Pitt.

—He colaborado en varios proyectos con la Academia de Ciencias Mongola en el lago Hovsgol.

El taxi esquivó una serie de baches del tamaño de una trinchera y se detuvo ante el hotel Continental con un chirrido de neumáticos. Mientras Sargov registraba al grupo, Pitt admiró la colección de reproducciones de arte medieval que decoraba el amplio vestíbulo. Cuando miró hacia el exterior, vio que un coche se detenía en la puerta y que de él se apeaba un hombre con camisa roja. El mismo que había visto en el aeropuerto.

Pitt lo estudió mientras el sujeto permanecía junto al coche. Sus rasgos eran caucásicos, de lo que se deducía que no pertenecía a la policía mongola ni a Inmigración. Sin embargo, se le veía cómodo, y su amigable rostro mostraba tendencia a sonreír. Pitt se fijó en que se movía con mesurado equilibrio, igual que un gato caminando por lo alto de una tapia. No obstante, no era ningún bailarín. Oculto por la chaqueta a la altura de la cintura, Pitt apreció un bulto que solo podía ser el de una pistola.

—Todo listo —anunció Sargov, entregando las llaves a Pitt y a Giordino—. Estamos en el cuarto piso y ocupamos habitaciones contiguas. Los botones están ahora mismo subiendo las maletas. ¿Por qué no vamos a comer algo a la cafetería del hotel y trazamos un plan?

—Si en este lugar hay la posibilidad de tomarse una cerveza fría, yo me apunto —contestó Giordino.

—Yo todavía me siento entumecido por el viaje en avión —dijo Pitt—. Creo que antes iré a dar una vuelta a la manzana para estirar las piernas. Pedidme un sándwich de atún; me reuniré con vosotros en unos minutos.

Cuando Pitt salió del hotel, el hombre de la camisa roja le dio la espalda y se apoyó en el coche fingiendo mirar su reloj. Pitt echó a andar en la dirección contraria mientras esquivaba a un grupo de turistas japoneses que se disponían a entrar en el hotel. Caminando a paso vivo, marcó un ritmo rápido con sus largas piernas y enseguida estuvo a un par de manzanas de distancia. Entonces, dobló una esquina y echó una rápida ojeada por encima del hombro. Tal como sospechaba, el hombre de la camisa roja lo seguía a media manzana de distancia.

Pitt se metió por una calle lateral llena de tenderetes instalados a lo largo de la pared que vendían sus productos al aire libre. Momentáneamente fuera de la vista de su perseguidor, Pitt echó a correr y dejó atrás la primera docena de puestos. Pasó un quiosco y se ocultó tras un puesto que vendía ropa del que sobresalía un gran perchero lleno de abrigos de invierno y que ofrecía un buen escondite. Pitt se quedó inmóvil, con la espalda contra la pared. Una arrugada mujer vestida con un delantal apareció de detrás del mostrador lleno de zapatos y miró a Pitt con extrañeza.

Él le sonrió y se llevó un dedo a los labios.

—¡Chis!

La vieja lo miró con mala cara y volvió a su sitio meneando la cabeza. Pitt solo

tuvo que esperar unos segundos antes de que el hombre de la camisa roja llegara a paso vivo, examinando los distintos puestos. Pitt no movió un músculo mientras escuchaba el sonido de las gruesas suelas de cuero en el pavimento. Cuando éste sonó a su altura, Pitt saltó como un resorte.

El hombre de la camisa roja se dirigía a la siguiente parada cuando notó un movimiento a su espalda. Miró por encima del hombro y vio a Pitt, que lo sobrepasaba más de un palmo, justo detrás de él. Antes de que pudiera reaccionar notó que lo agarraban por los hombros.

Pitt podría haberle hecho la zancadilla, o tirarlo al suelo, pero, como no era hombre dado a oponerse a las leyes de la física, aprovechó simplemente el impulso que el otro llevaba y lo empujó hacia delante contra un aparador de metal lleno de gorras y sombreros. El menudo perseguidor se estrelló de cara contra el exhibidor y cayó en medio de un montón de gorras de béisbol. Aquella caída habría dejado sin sentido a un tipo cualquiera, pero a Pitt no le sorprendió ver que el enjuto individuo se ponía en pie ágilmente y se disponía a golpearlo con una mano mientras se llevaba la otra a la espalda.

Pitt retrocedió un paso y sonrió.

—¿Está buscando esto? —preguntó mostrándole la pistola Serdiukov SPS automática y apuntándole al pecho. Una expresión de perplejidad asomó en el rostro del hombre cuando comprobó que su arma había desaparecido; luego, miró fríamente a Pitt y sonrió.

—Señor Pitt, parece que se ha aprovechado de mí —dijo en un correcto inglés con un leve acento ruso.

—No me gusta que me sigan —repuso Pitt sin apartar el arma.

El hombre miró la calle a un lado y a otro nerviosamente y habló en tono quedo.

—No debe tener miedo de mí, señor Pitt. Solo soy un amigo que se interesa por usted.

—Bien, entonces podrá reunirse para comer conmigo y con unos amigos míos que estarán encantados de conocerlo.

—Pues vayamos al hotel Continental. —El hombre sonrió y se quitó la gorra con un dibujo de un camello corriendo que de algún modo se le había quedado colgando de la cabeza tras la refriega. A continuación, pasó ante Pitt y se encaminó de vuelta al hotel. Éste lo siguió unos pasos por detrás, con la pistola oculta en un bolsillo y preguntándose qué clase de excéntrico era ese tipo que le había estado siguiendo.

El ruso no hizo ningún intento de escapar y caminó hacia el hotel, cruzó el vestíbulo, entró en el restaurante y se dirigió sin vacilar hacia el reservado donde Sargov y Giordino disfrutaban de una bebida.

—¡Alexander, vieja foca! —saludó a Sargov con una risotada.

—¡Corsov! ¿Todavía no te han expulsado de este maldito país? —repuso el

científico poniéndose en pie y envolviendo en un abrazo de oso a su enjuto amigo.

—Mi presencia aquí es de un valor inapreciable para la misión del Estado —repuso Corsov en tono burlón. Luego, viendo el magullado rostro de Sargov, frunció el entrecejo y preguntó—: ¿Qué te ha ocurrido? Parece como si acabaras de escapar de un gulag.

—No. Solo fueron esos canallas poco hospitalarios de los que te hablé. Pero, discúlpame; todavía no te he presentado como es debido a mis amigos estadounidenses. Dirk, Al, éste es Iván Corsov, agregado especial en la embajada rusa en Ulan Bator. Iván y yo trabajamos juntos hace algunos años. Ha aceptado ayudarnos en nuestra investigación de Avarga Oil.

—Pues nos ha seguido desde el aeropuerto —le dijo Pitt en tono escéptico.

—Sí —reconoció Corsov—. Alexander me avisó de vuestra llegada y quise asegurarme de que nadie más os seguía.

—Vaya, según parece te debo una disculpa —admitió Pitt entregándole discretamente la pistola y estrechándole la mano.

—No pasa nada. Sin embargo, puede que a mi esposa no le guste el nuevo aspecto de mi nariz —contestó Corsov tocándose el moretón provocado por la caída contra el aparador.

—Que a tu esposa le guste tu aspecto es un misterio para mí —rió Sargov.

Los cuatro hombres tomaron asiento y pidieron la comida mientras hablaban de asuntos más serios.

—Alexander, me contaste el intento de hundimiento del *Vereshchagin* y el secuestro de los miembros del equipo de sondeo, pero lo que no sabía era que hubieras salido de todo esa aventura tan malherido —comentó Corsov señalando la venda de la muñeca del científico.

—Mis heridas habrían sido mucho peores sin la intervención de estos amigos —contestó Alexander alzando su copa ante Pitt y Giordino.

—A nosotros tampoco nos apetecía mojarnos los pies en plena noche —añadió Giordino.

—¿Qué os hace pensar que los secuestrados estén en Mongolia?

—Sabemos que el carguero estaba fletado por Avarga Oil y que el equipo de sondeo también había sido contratado por dicha empresa. La policía local no pudo hallar en la zona ninguna sede ni delegación de la compañía, de modo que supusimos que regresarían a Mongolia. La policía de fronteras nos confirmó que una caravana de camiones, que respondía a la descripción de los que vimos en Listvianka, había cruzado la frontera en Naushki.

—¿Se han presentado a los cuerpos de seguridad las oportunas solicitudes de ayuda?

—Sí. Se envió una petición formal a la policía mongola, y la cooperación ya se

está desarrollando en los niveles inferiores. De todos modos, el portavoz de la policía de Irkutsk me advirtió que la ayuda sobre el terreno una vez en Mongolia podría tardar en llegar.

—Es verdad. La influencia rusa en Mongolia ya no es lo que era —comentó Corsov meneando la cabeza—, y la seguridad en el país ha disminuido seriamente con respecto al pasado. Las reformas democráticas y las cuestiones económicas han relajado el control del Estado sobre el pueblo —añadió arqueando las cejas ante Pitt y Giordino.

—La libertad tiene su precio. Aun así, no quisiera que las cosas fueran al revés —repuso Giordino.

—Créeme, camarada, todos estamos encantados con las reformas que han aumentado la libertad de las personas. Es solo que, de vez en cuando, hacen que se me complique el trabajo.

—¿Y cuál es exactamente tu trabajo en la embajada? —preguntó Pitt.

—Soy agregado especial y director ayudante de información. A vuestro servicio. Ayudo a asegurar que la embajada esté bien informada de las cosas que pasan en su país anfitrión.

Pitt y Giordino intercambiaron una mirada de complicidad, pero no dijeron nada.

—¿Presumiendo de nuevo, Iván? —rió Sargov—. Bueno, ya basta de hablar de ti. ¿Qué puedes contarnos de Avarga Oil?

Corsov se recostó en su asiento y esperó a que la camarera le hubiera servido la bebida. Luego, habló en voz baja.

—Se llama Avarga Oil Consortium y es una curiosa criatura.

—¿En qué sentido? —preguntó Sargov.

—Bueno, el concepto de entidad corporativa es algo relativamente nuevo en Mongolia. Evidentemente, durante la época comunista no hubo propiedad privada, de manera que la aparición de empresas mongolas autónomas es un fenómeno de estos últimos quince años. Aparte de la explosión de empresas de titularidad pública o privada ocurrida hace cinco años, todas las anteriores fueron creadas con participación estatal o de empresas extranjeras. Y esto es particularmente cierto en el caso de las compañías mineras, puesto que las locales carecían del capital necesario para empezar y, además, el Estado era el propietario de las tierras. Sin embargo, no fue ése el caso de Avarga Oil.

—¿No tiene participación del gobierno de Mongolia? —preguntó Pitt.

—No. El registro confirma que es una empresa totalmente privada, pero la cuestión se vuelve aun más interesante porque fue una de las primeras compañías autorizadas por el nuevo gobierno autónomo de Mongolia a principio de los años noventa. El nombre de la empresa, dicho sea de paso, proviene del de una antigua ciudad que se cree que fue la primera capital del país.

—Para montar una empresa petrolífera no hace falta mucho más aparte de un permiso de explotación minera —comentó Giordino—. Puede que empezaran con un camión y un trozo de papel.

—Quizá. No puedo decirlos con qué recursos empezaron porque no lo sé, pero sus activos actuales van bastante más allá de un simple camión.

—¿Qué has podido averiguar? —preguntó Sargov.

—Se sabe que cuentan con un campo petrolífero que produce lo mínimo en el norte, cerca de la frontera con Siberia y también varios pozos de exploración en el Gobi. También son titulares de los derechos de explotación de extensos terrenos alrededor del lago Baikal. Pero su único activo real es un taller de servicios petrolíferos situado al sur de la ciudad, cerca del depósito del ferrocarril, que lleva años funcionando. Recientemente han anunciado que van a poner en marcha una mina de cobre cerca del Karakorum.

—No parece haber nada extraordinario ni fuera de lo normal en todo eso —comentó Pitt.

—Sí, pero es solo la parte oficial. He conseguido sacar del Ministerio de Industria y Agricultura una lista de activos mucho más misteriosos. —La expresión de Corsov daba a entender claramente que el ministerio no sabía que el ruso disponía de dicha información.

—Avarga Oil se ha hecho con los derechos de explotación minera y petrolífera de extensos territorios diseminados por todo el país. Y lo que resulta más sorprendente, se ha convertido en la propietaria de miles de hectáreas de terreno estatal. Éste es un raro privilegio en Mongolia. Mis fuentes me han contado que la compañía pagó una considerable cantidad de dinero al gobierno a cambio de esos terrenos. Sin embargo, no parece que pudiera contar con los recursos económicos para conseguirlos.

—Siempre hay un banco dispuesto a prestar el dinero —dijo Pitt—. Puede que los fondos estuvieran avalados por intereses mineros de fuera.

—Sí, es posible, aunque no he encontrado pruebas de ello. Lo más curioso es que buena parte de los terrenos se encuentran en regiones que no disponen de recursos mineros ni petrolíferos conocidos. Por ejemplo, uno de ellos se encuentra casi por completo dentro del desierto de Gobi.

La camarera llegó y depositó un plato de cordero asado ante Corsov. El ruso cogió un gran bocado y siguió hablando.

—Me pareció interesante que el máximo responsable de la empresa, su presidente, fuera alguien sin relevancia política ni contactos y que sea prácticamente un desconocido para los funcionarios del gobierno. La empresa cerró acuerdos con dinero contante y sonante. La fuente de ese dinero se me escapa, pero lo que sí sé es que ese tipo mantiene un perfil muy discreto en Xanadú.

—¿Xanadú? —preguntó Pitt.

—Es el nombre de su residencia, que es al mismo tiempo la sede de la empresa. Está situada a unos doscientos cincuenta kilómetros al sudeste de aquí. Yo nunca la he visto, pero un ejecutivo de Yukos que estuvo allí hace unos años para no sé qué negocio me habló de ella. Se supone que es un pequeño pero opulento palacio construido según el diseño de la residencia de verano de un emperador mongol del siglo XXI y que está llena de antigüedades. Dicen que no existe nada igual en todo el país. Curiosamente, nunca he sabido de ningún mongol que haya estado allí.

—Más pruebas de una fortuna que nadie sabe de dónde ha salido —comentó Sargov—. ¿Y qué hay de nuestros prisioneros? ¿Adónde los habrán llevado? ¿A esa planta industrial cerca de la ciudad o a Xanadú?

—Resulta difícil decirlo. Los camiones podrían pasar inadvertidos entrando y saliendo de las instalaciones de aquí, de modo que es un buen punto de partida. Pero, decidme una cosa: ¿por qué secuestraron a esa gente?

—Ésa es una buena pregunta para la que nos gustaría hallar respuesta —repuso Pitt—. Está bien. Empecemos con esa instalación industrial. ¿Podrías hacernos entrar para que echáramos un vistazo?

—Desde luego —contestó Corsov, ofendido por semejante pregunta—. Ya la he inspeccionado. Está protegida por guardias de seguridad; sin embargo, se debería poder acceder desde la vía del ferrocarril.

—Una rápida visita de noche no debería molestar a nadie —comentó Giordino.

—Sí. Supuse que eso sería lo que querríais. Lo único que deberéis hacer es comprobar si están allí los miembros del equipo de sondeo. Una vez determinada su presencia, podremos obligar a las autoridades mongolas a actuar. De lo contrario nos habremos hecho viejos antes de conseguir nada. Creedme, camaradas, el tiempo puede llegar a detenerse en Mongolia.

—¿Y qué hay de esa mujer, Tatiana? ¿Tienes alguna información acerca de ella?

—Por desgracia, no. Si hay que dar crédito a las autoridades de inmigración, pudo haber entrado en Siberia con nombre falso; pero, si forma parte de Avarga Oil y si se encuentra en Mongolia, la encontraremos.

Corsov acabó de devorar su cordero y apuró su segunda botella de cerveza china.

—Bueno. Será hoy a medianoche. Reuníos conmigo en la parte de atrás del hotel y os llevaré hasta esas instalaciones. Naturalmente, comprenderéis que, en mi situación, es demasiado peligroso para mí acompañaros —dijo sonriendo y mostrando sus grandes dientes.

—Creo que a mí también tendréis que dejarme al margen del capítulo de capa y espada —intervino Sargov mostrando su vendada muñeca—; de todas formas, estaré encantado de ayudaros en todo lo que pueda —añadió visiblemente decepcionado.

—No hay problema, amigos —repuso Pitt—. No es cuestión de desencadenar un incidente internacional entre nuestros países. Si ocurre algo nos haremos los turistas

despistados.

—No debería haber ningún peligro en una pequeña intrusión de nada —convino el científico ruso.

La animosa expresión de Corsov se tornó sombría de repente.

—Quizá, pero hay una luctuosa noticia de la que debo informaros —anunció—. Hace unos días, los hombres que integraban un equipo de sondeos petrolíferos, todos ellos técnicos de Lukoil, fueron asesinados por un grupo de hombres a caballo que les tendió una emboscada en las montañas al norte de aquí. Cuatro hombres fueron brutalmente asesinados sin motivo aparente. El quinto fue testigo de la matanza, pero consiguió escapar sin que lo descubrieran. Un pastor lo encontró, aterrorizado y exhausto, no lejos del pueblo de Eroo. Cuando el hombre regresó a la escena del suceso, acompañado por la policía local, todo había desaparecido: cuerpos, equipo, vehículos. Un representante de la embajada lo recogió y lo acompañó de regreso a Siberia. Un portavoz de Lukoil confirmó poco después la desaparición de los cuatro miembros restantes del equipo.

—¿Hay algo que relacione este suceso con Avarga Oil? —preguntó Giordino.

—Sin más pruebas, no lo sabemos; pero estaréis de acuerdo en que parece una extraña coincidencia.

El silencio se apoderó de la mesa durante un momento. Luego, Pitt preguntó:

—Iván, no nos has contado gran cosa de los propietarios de Avarga Oil. ¿Quién es el rostro que está detrás de la empresa?

—Di mejor «rostros» —corrigió el ruso—. La compañía está registrada a nombre de un sujeto llamado Tolgoi Borjin, de quien se sabe que tiene un hermano y una hermana más jóvenes. No conozco sus nombres, pero esa mujer, Tatiana, podría ser la hermana. Intentaré hallar más información. Los archivos públicos de Mongolia son lo que son, de manera que poco se sabe de la familia; solo sé que Borjin creció en una comuna estatal en la provincia de Jentii, que su madre murió siendo él niño, y que su padre era el supervisor y trabajaba allí. Como ya he dicho, la familia no parece tener vinculaciones políticas y tampoco se sabe que ocupe un lugar destacado entre la alta sociedad de Ulan Bator. Lo único que puedo hacer es repetir el rumor de que la familia se proclama miembro de la Horda de Oro.

—Forrados, ¿no? —preguntó Giordino.

Corsov meneó la cabeza.

—No es eso. La Horda de Oro no tiene que ver con la riqueza, sino que hace referencia al linaje.

—Pues, con un nombre así, tiene que haber habido fortuna en algún momento.

—Sí, supongo que podría decirse eso. Tesoros y tierras. En cantidad. De hecho, todo el continente asiático.

—¿No estarás diciendo...? —intervino Pitt.

Corsov lo interrumpió con un gesto afirmativo.

—Exactamente. Los libros de historia te dirán que los miembros de la Horda de Oro eran los descendientes del Chingis.

—¿El Chingis? —preguntó Giordino.

—Un famoso caudillo, reputado táctico y conquistador. Puede que el mayor líder del Medioevo —aclaró Pitt en tono respetuoso—, y más conocido como Gengis Khan.

Vestidos de oscuro y tras haber cenado tarde, Pitt y Giordino salieron del hotel no sin antes haber armado cierto alboroto en la recepción al preguntar dónde estaban los mejores bares de la zona. Aunque los turistas extranjeros habían dejado de ser una rareza en la ciudad, Pitt sabía que era mejor no levantar sospechas. Dieron la vuelta a la manzana caminando y se instalaron en un pequeño café situado frente a la entrada trasera del hotel. El establecimiento estaba muy lleno, pero encontraron una mesa en un rincón y se entretuvieron con un par de cervezas mientras esperaban a que el reloj marcara las doce. Un grupo de hombres de negocios medio borrachos cantaban ruidosamente al unísono junto con un camarero pelirrojo que tocaba un instrumento llamado *yattak*. Para diversión de Pitt, la melodía no parecía cambiar.

Corsov apareció puntualmente a medianoche al volante de un Toyota sedán gris. Apenas frenó para que Pitt y Giordino subieran; luego, aceleró calle abajo, dando un rodeo y pasando por la plaza Sujbatar. El lugar de reunión del centro de la ciudad recibía su nombre del líder revolucionario que había derrotado a los chinos y declarado la independencia de Mongolia en ese mismo lugar, en 1921. Seguramente se habría sentido decepcionado si hubiera sabido que, cuando Corsov pasó por allí, la principal atracción del lugar era la banda de rock local rodeada de adolescentes vestidos a la moda *grunge*.

El coche giró hacia el sur y se alejaron del tráfico del centro a medida que el ruso se adentraba por oscuras calles.

—Tengo un regalo para vosotros en el asiento de atrás —dijo sonriendo a través del retrovisor. Giordino miró y encontró un par de viejas chaquetas de piel y un par de cascos amarillos—. Os abrigarán del frío de la noche y os darán el aspecto de un par de trabajadores locales.

—O de un par de mendigos —dijo Giordino poniéndose una de las prendas. La gastada chaqueta estaba medio devorada por las polillas; tuvo la impresión de que sus musculosos hombros reventarían en cualquier momento. Sonrió al ver que a Pitt las mangas le quedaban casi un palmo cortas.

—¿No hay algún sastre trasnochador en el vecindario? —preguntó Dirk, alzando el brazo.

—¡Ja, ja! ¡Qué gracioso! —rió Corsov antes de meter la mano bajo el asiento y entregarle un sobre y una linterna—. Se trata de una foto aérea cortesía del Ministerio de Construcción y Urbanismo. No es muy detallada, pero os dará una idea de la distribución de las instalaciones.

—Has estado muy ocupado esta noche, Iván —dijo Pitt.

—Con esposa y cinco hijos, no creerás que soy de los que corren a casa después del trabajo, ¿verdad? —rió.

Llegaron al límite meridional de la ciudad, donde Corsov giró al este siguiendo las vías del ferrocarril. Cuando pasaron la estación principal de Ulan Bator, Corsov aminoró la marcha. Pitt y Giordino estudiaron rápidamente la foto a la luz de la linterna.

La borrosa fotografía aérea en blanco y negro cubría un área de unos tres kilómetros cuadrados, pero Corsov había marcado las instalaciones de Avara con un círculo rojo. No había mucho que ver: en cada extremo del rectangular recinto había lo que parecían unos grandes hangares con algunas estructuras más pequeñas repartidas por en medio. La mayor parte del terreno, que tenía un muro de protección en la parte que daba a la calle y estaba vallado por los otros tres costados, era una zona de almacenamiento al aire libre de tuberías y material para explotaciones petrolíferas. Pitt vio que un ramal del ferrocarril salía del lado este del recinto hasta empalmar con la vía principal que conducía a la ciudad.

Corsov apagó los faros y aparcó en un solar desierto. Al fondo se veían los restos de un pequeño edificio sin techo, una vieja panadería que se había quemado tiempo atrás dejando solo sus ennegrecidos muros como recuerdo.

—El ramal del ferrocarril está justo detrás de ese edificio. Seguid las vías hasta el recinto. En la parte de atrás no hay más que una valla de alambre —dijo el ruso, entregando a Pitt unas cizallas—. Os esperaré en el depósito de la estación hasta las tres. Luego, me detendré un momento aquí a las tres y cuarto. Si llegáis más tarde, tendréis que espabilaros solos.

—Gracias, Iván. No te preocupes, volveremos a tiempo —repuso Pitt.

—De acuerdo, y recordad una cosa: si ocurre algo, llamad a la embajada estadounidense, no a la rusa.

Pitt y Giordino se dirigieron al incendiado edificio y allí esperaron entre las sombras mientras veían desaparecer en la distancia las luces del Toyota. Luego siguieron adelante. A unos metros encontraron el ramal de ferrocarril, que corría en la oscuridad elevado del suelo; lo siguieron hacia las iluminadas instalaciones que se veían en la distancia.

—Supongo que ya sabes que en estos momentos podríamos estar probando el vodka local en ese bar tan agradable, ¿verdad? —comentó Giordino cuando una racha de gélido viento los alcanzó.

—Sí, pero la camarera estaba casada —replicó Pitt—. Habrías perdido el tiempo.

—Nunca me ha parecido que tomar una copa en un bar sea perder el tiempo. De hecho, he descubierto que parece que el tiempo no pasa cuando uno está en un bar.

—Eso es solo hasta que llega la cuenta. Te propongo una cosa: encontremos a Theresa y a sus colaboradores y la primera botella de Stolli la pongo yo.

—Trato hecho.

Siguieron la vía del tren y llegaron rápidamente a las instalaciones. La puerta que

cerraba el acceso a la vía, tal como Corsov había dicho, estaba hecha de valla de alambre y cerrada con un candado. Pitt cogió las cizallas y rápidamente cortó un trozo en forma de «L» en la malla. Giordino levantó el extremo suelto para que Pitt pudiera pasar y lo siguió.

El destartelado cercado estaba bien iluminado a pesar de lo avanzado de la hora y se oía un rumor de actividad. Manteniéndose en las sombras tanto como pudieron, Pitt y Giordino se movieron a lo largo del gran edificio que estaba en el lado este; parecía uno de los hangares. Las puertas correderas, que estaban abiertas, daban al interior del recinto. Los dos hombres se arrastraron hasta la entrada y se detuvieron tras una de ellas.

Desde su ventajosa posición tenían una buena vista de las instalaciones. A su izquierda, había una docena de hombres que trabajaban junto a la vía del tren, afanándose alrededor de cuatro vagones de carga de plataforma plana. Una grúa cargaba tramos de tubería de metro veinte de diámetro en el primer vagón mientras un par de carretillas elevadoras de color amarillo depositaban tubería de perforación de menor diámetro y cajas en los demás. A Pitt le tranquilizó ver que varios de aquellos hombres llevaban viejas chaquetas y cascos amarillos como los de ellos.

—Tubería de perforación para un pozo de petróleo y de oleoducto para transportarlo —susurró Pitt mientras observaba el proceso de carga—. Nada que se salga de lo normal.

—Salvo que tienen material suficiente para perforar hasta el centro de la Tierra y para construir un oleoducto hasta la Luna —repuso en voz baja Giordino mirando un poco más lejos.

Pitt siguió la dirección de su mirada. Por todas partes había apilados grandes lotes de tubería de gran diámetro. Parecía como si hubieran almacenado en ordenada secuencia una gigantesca tala de troncos de metal. A un lado del recinto se veía una cantidad igualmente impresionante de tubería de pequeño diámetro y de cajas diversas.

Volviendo su atención al hangar abierto, Pitt se asomó dentro. El interior estaba igualmente iluminado, pero no vio señales de movimiento. Solo la radio que emitía una canción indicaba la presencia de trabajadores. Pitt entró rápidamente seguido de Giordino, y ambos se situaron tras un camión aparcado a lo largo de la pared. Desde allí calibraron la situación.

Media docena de camiones remolque de plataforma plana ocupaban la parte delantera del hangar, aparcados entre dos volquetes. Diversas excavadoras pesadas y buldózers ocupaban la pared lateral. La parte trasera del hangar estaba separada del resto y se destinaba a taller. Pitt examinó algunos brazos metálicos y rodillos que se hallaban en diversas fases de montaje. En el centro había un ejemplar casi terminado que le recordó a un caballo de balancín.

—Bombas para pozos petrolíferos —dijo acordándose de las que había visto funcionar siendo niño en los campos petrolíferos del sur de California. Se fijó en que parecían más bajas y compactas que las que recordaba, que solían utilizarse para bombear los pozos que no tenían la presión interior suficiente para expulsar el crudo al exterior por sí solos.

—Más bien parece una noria construida para soldadores —contestó Giordino, que de repente señaló con la cabeza una garita en un rincón donde pudieron ver a un hombre hablando por teléfono.

Pitt y Giordino se hallaban ocultos tras uno de los camiones. Mientras se dirigían despacio hacia la entrada dos voces sonaron cerca de la puerta. Los dos hombres se agacharon rápidamente, se escabulleron hacia la parte de atrás del camión y se ocultaron junto a su gran rueda trasera. Desde allí observaron cómo los dos trabajadores pasaban ante ellos por el otro lado del camión y se dirigían a la garita del fondo. Pitt y Giordino corrieron de puntillas entre los vehículos y salieron del hangar para ocultarse de nuevo tras un montón de palés vacíos.

—Cualquiera de esos remolques podría ser uno de los que vimos en el Baikal, pero ahí dentro no hay nada que se parezca al camión cubierto que había en el muelle —susurró Giordino.

—Nos queda todavía el otro extremo del recinto —contestó Pitt señalando el otro hangar, que se hallaba a oscuras en una zona en sombras y que parecía cerrado a cal y canto.

Se encaminaron hacia el segundo edificio ocultándose en las distintas cabañas destinadas a guardar equipo y herramientas que había diseminadas por el recinto. A medio camino se acercaron a un grupo de cobertizos y a la garita del vigilante que señalaba la entrada a las instalaciones. Con Giordino pisándole los talones, Pitt dio un gran rodeo para acercarse. Se detuvieron en el último cobertizo, que estaba lleno de grasientas herramientas, y desde allí estudiaron el segundo hangar.

Era del mismo tamaño que el primero, pero no se veía actividad en él. Sus puertas correderas estaban cerradas, lo mismo que la pequeña entrada lateral. Lo que también lo hacía diferente era la presencia de un vigilante armado patrullando el perímetro.

—¿Qué puede haber en unas instalaciones como éstas que merezca ser vigilado así? —preguntó Giordino.

—¿Por qué no lo averiguamos?

Pitt se metió en el cobertizo y rebuscó en su interior.

—Quizá así demos el pego —dijo cogiendo un mazo de hierro y echandoselo al hombro. Giordino cogió una caja de herramientas y la vació de todo salvo de una sierra y una llave inglesa.

—Bien, jefe, ya podemos ir a reparar las cañerías —bromeó.

Salieron a campo abierto y se encaminaron hacia la entrada del edificio con toda

naturalidad. Al principio, el vigilante no prestó atención a los dos hombres que, con sus raídas zamarras de piel y sus cascos, parecían unos trabajadores más. Sin embargo, cuando hicieron caso omiso de su presencia al dirigirse a la puerta lateral del hangar, el vigilante entró en acción.

—¡Alto! —gritó en mongol—. ¿Adónde creen que van?

Giordino se detuvo, pero solo para atarse los cordones, mientras Pitt seguía caminando como si el guardia no existiera.

—¡Alto! —repitió el mongol corriendo hacia Pitt mientras se llevaba la mano a la cartuchera.

Pitt siguió caminando hasta que el hombre estuvo a menos de un par de pasos. Luego, se dio la vuelta y le sonrió ampliamente.

—Lo siento. No hablo su idioma —le dijo encogiéndose de hombros con aire inocente.

El guardia contempló los rasgos caucásicos de Pitt y escuchó sus palabras con cara de estupefacción. Entonces, el romo canto de una caja de herramientas verde surgió de la oscuridad y lo golpeó en un lado de la cabeza; lo dejó sin sentido antes incluso de que su cuerpo se desplomara.

—Creo que he abollado mi caja de herramientas —dijo Giordino poniendo mala cara.

—Puede que lo cubra el seguro. Ahora creo que será mejor que busquemos otro sitio para esta bella durmiente —repuso Pitt, pasando por encima del cuerpo y acercándose a la puerta, que halló cerrada. Entonces blandió el mazo y asestó un golpe a la cerradura. El pestillo saltó, y Pitt abrió la puerta sin dificultad. Giordino, que ya sujetaba al guardia por las axilas, lo arrastró al interior y lo dejó en un rincón mientras Pitt cerraba tras ellos.

El interior estaba oscuro, pero Pitt conectó el interruptor de la luz que había junto a la puerta, y la nave se iluminó con la claridad de los fluorescentes. Para su sorpresa, el hangar se hallaba prácticamente vacío salvo por dos vehículos de transportes de plataforma plana que solo ocupaban una pequeña parte del espacio total. Uno de ellos estaba vacío, pero sobre el otro había un voluminoso objeto oculto bajo una lona. El objeto tenía una forma alargada que recordaba a un vagón de metro; era casi lo opuesto al aquel objeto vertical que habían visto sobre el camión aparcado en el muelle del lago Baikal.

—No se parece al regalito que estábamos esperando —comentó Pitt.

—Podríamos destaparlo y averiguar en qué consiste el secreto —propuso Giordino sacando la sierra de la caja de herramientas y atacando con ella las cuerdas que envolvían el objeto como la mortaja de una momia.

Cuando las cuerdas estuvieron cortadas, Pitt agarró la lona y tiró de ella.

La tela cayó al suelo, y se quedaron mirando una extraña pieza de maquinaria

cilíndrica de casi diez metros de largo. Un laberinto de tubos y conducciones hidráulicas salían de la redonda cabeza e iban a parar a un chasis trasero. Pitt dio la vuelta y examinó la cabeza del artefacto, donde halló una placa circular de casi dos metros de diámetro llena de pequeños discos inclinados.

—Una máquina tuneladora —dijo pasando el dedo por uno de los discos, romo de tanto uso.

—Corsov mencionó que la compañía tenía intereses mineros. Según parece, en el país existen importantes reservas de cobre y carbón.

—Me parece un equipo muy caro para una compañía tan insignificante.

De repente, un agudo pitido de un silbato sonó por el recinto. Pitt y Giordino miraron hacia la puerta y enseguida vieron que el guardia había desaparecido.

—Alguien se ha despertado y ha llamado al servicio de habitaciones sin avisarnos —dijo Pitt.

—Vaya, y yo no tengo cambio para la propina.

—Bueno, creo que ya hemos visto todo lo que había que ver. Será mejor que desaparezcamos.

Corrieron hasta la puerta, y Pitt la entreabrió. Un grupo de tres vigilantes se acercaba desde el otro extremo del recinto en un jeep. Pitt reconoció en el asiento de atrás al guardia que Giordino había dejado sin sentido.

No vaciló. Abrió la puerta de golpe y salió a toda velocidad con el italiano pisándole los talones. Giraron y corrieron hacia el laberinto de tuberías almacenadas junto a la vía del tren. Los guardias gritaron algo, pero Pitt y Giordino se perdieron de vista tras el primer palé de tuberías.

—Espero que no tengan perros —dijo Giordino mientras se detenían a recobrar el aliento.

—No oigo ladridos. —Instintivamente, Pitt había cogido el mazo de hierro y se lo mostró a su amigo para demostrarle que no se hallaban totalmente indefensos. A continuación examinó la pila de tuberías y planeó una estrategia de huida.

—Escabullámonos entre las tuberías hasta la vía del tren. Si conseguimos rodear la plataforma de carga sin que nos detecten, puede que consigamos llegar a la puerta de atrás mientras siguen ocupados olfateando por aquí.

—Te sigo —contestó Giordino.

Salieron de nuevo y corrieron entre los enormes palés de tuberías, que tenían tres metros de altura. A cierta distancia por detrás escucharon a los guardias que se desplegaban en su persecución. Escabullirse entre las docenas de enormes palés era como serpentear por un gigantesco bosque de secuoyas de metal. Sus perseguidores se hallaban en clara desventaja.

Tomando el camino más corto y recto que pudo, Pitt se dirigió hacia las vías del tren y se detuvo en el último palé de tuberías. El ramal finalizaba a pocos metros de

allí, y justo detrás estaba el linde sur del recinto, delimitado por un muro de cuatro metros de alto.

—No tenemos forma de escalar eso —susurró Pitt—. Tendremos que seguir las vías.

Saltaron al ramal y se movieron hacia la rampa de carga a paso vivo para no llamar la atención. Frente a ellos, proseguía la carga de los vagones. Los operarios se habían interrumpido un momento al oír la alarma, pero volvieron a sus tareas al ver que los guardias se dirigían hacia el hangar.

Pitt y Giordino se acercaron al muelle de carga caminando por detrás de los vagones. Habían casi pasado el primero de ellos cuando un capataz saltó de la plataforma al suelo a pocos pasos de Giordino. El hombre perdió el equilibrio y chocó contra el italiano como si hubiera dado con una pared de hormigón.

—Lo siento —masculló en mongol, y a continuación lo miró a la cara.

Giordino vio que una chispa de alarma aparecía en los ojos del operario y decidió apagarla de un derechazo en la barbilla. El hombre se desplomó justo cuando unos gritos sonaban ante ellos. De pie en el siguiente vagón, dos operarios habían visto cómo Giordino derribaba a su capataz y gritaron de sorpresa. A continuación saltaron al suelo y corrieron agitando los brazos hacia el jeep de seguridad, que estaba saliendo del hangar.

—Adiós a una salida discreta —dijo Pitt.

—Te juro que no me he metido con él —masculló Giordino.

Pitt miró hacia la puerta por donde habían entrado. Si echaban a correr tendrían una oportunidad para alcanzarla antes de que el jeep los interceptara, pero los guardias les pisarían los talones.

—Necesitamos distraerlos —dijo Pitt rápidamente—. Intenta atraer la atención del jeep mientras veo la forma de sacarnos de aquí.

—Llamar la atención no será ningún problema.

Se agacharon juntos bajo el vagón y pasaron al otro lado. Pitt se quedó entre las sombras mientras Giordino se ponía en pie a la vista de todos y echaba a correr nuevamente hacia las tuberías. Un segundo más tarde, un grupo de operarios salía en su persecución. Sus botas levantaron polvo y gravilla a escasos centímetros del rostro de Pitt, que vio cómo el jeep de seguridad daba un brusco giro y sus faros iluminaban a Giordino en la distancia.

Le llegó entonces el turno de moverse. Salió de debajo del vagón y corrió hacia el siguiente. Una de las carretillas elevadoras estaba depositando un palé lleno de tuberías en la plataforma cuando Pitt se lanzó contra el compartimento del conductor. Seguía llevando el mazo, y lo descargó contra el hombre. La pesada cabeza de hierro aplastó uno de los pies del operario antes incluso de que Pitt aterrizara sobre él. El sorprendido conductor lo contempló con ojos desorbitados sin que su cerebro hubiera

tenido tiempo de registrar el dolor de los huesos rotos del pie. Pitt le mostró el mazo mientras un grito de dolor salía de los labios del infeliz.

—Lo siento, amigo, pero tengo que tomar prestado este cacharro.

El aterrorizado conductor saltó por el otro lado como si le hubieran crecido alas y desapareció en la oscuridad antes de que Pitt pudiera asestarle un segundo golpe. Pitt se instaló ante los controles, dejó el mazo a un lado y apartó rápidamente la carretilla de la plataforma. Ya había conducido un vehículo como aquel cuando, en su época de estudiante en el instituto, había trabajado en un almacén de recambios de automóvil; de modo que recordó enseguida cómo funcionaba. Hizo girar la carretilla sobre su única rueda trasera y pisó el acelerador apuntando las horquillas hacia Giordino.

Su amigo había corrido hacia las pilas de tuberías hasta que vio que uno de los guardias armados salía de detrás de una de ellas. El jeep llegaba por el centro del recinto con los otros dos vigilantes; otros tres operarios lo perseguían desde atrás.

A pesar de su desesperada situación, Giordino comprendió rápidamente que su mejor posibilidad consistía en dar media vuelta y enfrentarse con los operarios desarmados que le daban caza. Detuvo su carrera, dio media vuelta y se lanzó directamente contra el primero de ellos. Sorprendido, el operario vaciló cuando Giordino lo embistió clavándole el hombro en el estómago, como si fuera un toro embistiendo a un pelele. El hombre exhaló un jadeo, y su rostro empalideció mientras se desplomaba encima de Giordino. El recio italiano no perdió un instante y, cargando con aquel peso muerto, se lanzó contra el segundo hombre que llegaba inmediatamente detrás. Los tres cuerpos chocaron con un golpe sordo y siniestro y rodaron por el suelo con Giordino encima de los otros dos. En un abrir y cerrar de ojos, el italiano se puso en pie, dispuesto a enfrentarse con su tercer perseguidor; pero éste, un hombre larguirucho y de grandes patillas, había saltado ágilmente por encima de sus compañeros y se revolvió contra Giordino echándosele encima por detrás y rodeándole el cuello con el brazo. El resto de perseguidores convergieron contra él cuando el jeep se detuvo a escasos centímetros y el tercer guardia llegó corriendo, apuntándole con su arma. Comprendiendo que no podría contra todos, Giordino dejó de forcejear mientras pensaba que no era así como había pensado que terminaría aquella maniobra de distracción.

Vio que el conductor del jeep lo miraba con aire triunfante, como si acabara de lograr un trofeo de caza. El orgulloso vigilante, sin duda el jefe de los guardias, se disponía a apearse del vehículo cuando vaciló, y una expresión de perplejidad apareció en su rostro. La perplejidad se convirtió en horror cuando vio la mancha amarilla que surgía de la oscuridad.

Rodando a toda velocidad, Pitt mantenía la horquilla apuntada y a la altura del asiento del conductor del jeep. Un grito de aviso surgió del pasajero del vehículo, pero no había nada que el conductor pudiera hacer. La horquilla ensartó al jeep como

si este fuera de mantequilla; penetró por delante y por detrás del asiento del conductor. El morro de la carretilla golpeó entonces el costado del jeep, lo empujó unos metros y envió por los aires a sus ocupantes. Los dos guardias cayeron al suelo junto al coche. Pitt introdujo rápidamente la marcha atrás y se apartó del destrozado vehículo.

Cuando se produjo la colisión, justo frente a ellos, Giordino notó que la presa del patilludo se aflojaba por el susto y reaccionó de inmediato. Tirando de la muñeca del hombre, le asestó un codazo en las costillas. Fue suficiente para dejarlo aturdido y librarse de su presa. El italiano se dio la vuelta, se agachó para esquivar el gancho del operario y le devolvió el golpe, asestándole un puñetazo bajo la oreja. El infeliz se desplomó de rodillas como si hubiera recibido un mazazo.

Pero el tercer guardia seguía en pie. Giordino miró al hombre, que se hallaba a unos pocos metros, y se alegró al ver que ya no lo apuntaba porque había vuelto su atención hacia la carretilla, que corría recto hacia él. El vigilante disparó un par de veces contra el vehículo antes de apartarse de su camino. Agachado en la cabina, Pitt oyó que las balas pasaban silbando por encima de su cabeza y dio un volantazo al llegar a la altura del guardia. El ágil vehículo giró sobre sí mismo y, en el acto, Pitt se encontró en los talones del guardia. El sorprendido vigilante tropezó al intentar huir y cayó boca abajo. Pitt hizo descender la horquilla y se acercó para el golpe final.

El hombre debería de haber rodado a un lado, pero en lugar de eso, intentó levantarse y correr. Al incorporarse, uno de los brazos de la horquilla le golpeó en la espalda y se le deslizó bajo el abrigo. Pitt tiró de la palanca y elevó la horquilla por encima del vehículo con el guardia ensartado en ella. El hombre dejó caer su arma mientras pateaba y agitaba los brazos en su intento de aferrarse y no caer.

—¿Sabes que podrías herir a alguien con este trasto si no vas con cuidado? —dijo Giordino saltando a la cabina de la carretilla y agarrándose a la barra de seguridad.

—Yo siempre digo que la seguridad es lo primero. ¿O es lo segundo? —repuso Pitt, que ya había hecho girar la carretilla y aceleraba a lo largo de las vías del tren hacia la verja de atrás. Al pasar frente al muelle de carga, varios operarios se apartaron cuando vieron pasar la carretilla a toda velocidad, con el ensartado guardia agitándose en lo alto de la horquilla y gritando pidiendo ayuda.

Pitt divisó una pila de bidones de aceite y dirigió el vehículo hacia ellos.

—Final de trayecto para nuestros pasajeros de primera clase.

Enfiló hacia los bidones y clavó los frenos a escasos metros de ellos. La carretilla chirrió y patinó hasta que golpeó la base de la pila. El brusco frenazo lanzó por los aires al guardia, que cayó con estrépito encima de los bidones. Mientras daba marcha atrás, Pitt oyó una retahíla de imprecaciones que le indicó que el vigilante seguía con vida.

Hizo dar media vuelta a la carretilla hacia las vías del tren y pisó a fondo el

acelerador. Del lugar donde había quedado el jeep le llegó el sonido de gritos. Miró por encima del hombro y vio que los dos guardias los perseguían. Se oyeron disparos, y algunas balas impactaron en el chasis de la carretilla con un tintineo; pero ésta siguió acelerando. Ampliaron la distancia entre ellos y sus furiosos perseguidores.

Al acercarse a la verja, Pitt arrimó la carretilla a las vías hasta que la rueda derecha empezó a saltar sobre las traviesas.

—¡Velocidad de colisión! —gritó Giordino viendo la maniobra y agarrándose fuerte ante el inminente impacto.

Pitt enfiló hacia el borde izquierdo de la verja y sujetó con fuerza el volante. La horquilla izquierda golpeó de lleno el poste de la verja y arrancó la bisagra inferior mientras la derecha desgarraba la malla. El morro de la carretilla chocó contra la verja con toda la fuerza del impulso que llevaba. El choque hizo que la carretilla se elevara momentáneamente en el aire antes de abrir la verja de par en par.

Pitt tuvo que luchar con los controles para evitar que la carretilla volcara mientras salía de las instalaciones. El baqueteado vehículo saltó de las vías al camino de gravilla que corría a lo largo de ellas antes de volver a asentarse sobre sus tres ruedas. Pitt enfiló por el camino sin dejar de pisar el acelerador.

—¡Espero que nuestro taxi sea puntual! —gritó.

—¡Ojalá! ¡No vamos a poder mantener esta ventaja mucho más tiempo!

Volviéndose para mirar las instalaciones que acababan de abandonar, Giordino vio las luces de otro vehículo que se dirigía hacia la destrozada verja.

Pitt sujetó con fuerza el volante de la carretilla mientras ésta brincaba y saltaba por los baches y grietas del camino en la estrellada oscuridad de la noche. Para no dar a sus perseguidores ninguna idea de la dirección que habían tomado, Pitt había apagado las luces del vehículo. La oscura sombra de la incendiada panadería apareció por fin en lo alto de una cuesta; Pitt frenó en seco.

—¡Abajo! —ordenó aguantando el freno hasta que se detuvieron. Saltó a tierra y buscó a su alrededor hasta que encontró una gran piedra plana. Giró el volante para que siguiera orientado hacia el camino de grava, dejó caer la piedra en el acelerador y se apartó. La carretilla elevadora echó a rodar por el camino, zumbando silenciosamente, y desapareció en la noche.

—¡Qué lástima! Estaba empezando a tomarle cariño —dijo Giordino mientras subían a toda prisa la loma.

—Con un poco de suerte, a algún camellero del desierto le será de utilidad.

Cuando llegaron arriba se ocultaron tras los muros de la quemada panadería y contemplaron el desierto solar. El coche de Corsov no se veía por ninguna parte.

—Recuérdame que la próxima vez que estemos en público hable mal del KGB —comentó el italiano.

En algún lugar de la carretera, vieron iluminarse las luces traseras de un coche

cuando este frenó.

—Confiemos en que sea nuestro hombre —dijo Pitt.

Salieron del edificio en ruinas y corrieron hacia la carretera mientras oían el ruido que hacían unos neumáticos que se acercaban. Llegaron a la carretera y vacilaron cuando un coche apareció en la oscuridad con los faros apagados. Era el Toyota gris.

—Buenas noches, caballeros —sonrió Corsov mientras Pitt y Giordino subían. Su aliento llenaba de olor de vodka el interior del coche—. ¿Ha ido bien la excursión?

Detrás de los muros de la panadería vieron el destello de unos faros que brincaban. Sin decir palabra, el ruso dio media vuelta y pisó el acelerador. En cuestión de minutos estaba serpenteando por callejuelas hasta que aparecieron de repente ante la entrada trasera del hotel.

—Buenas noches, caballeros —se despidió Corsov con voz pastosa—. Nos reuniremos mañana; entonces me daréis un informe completo.

—Gracias, Iván —repuso Pitt—. Conduce con cuidado.

—Pues claro.

Pitt cerró la portezuela, y el Toyota salió a toda velocidad; desapareció al doblar una esquina haciendo chirriar los neumáticos. Mientras caminaban hacia el hotel, Giordino se detuvo de repente y señaló al otro lado de la calle. Del pequeño bar surgían risas y música.

Giordino se volvió hacia Pitt y sonrió.

—Me parece, jefe, que me debes un poco de distracción, pero de la buena.

Theresa estaba sentada en el estudio mirando sin ver el informe geológico que tenía en la mano. Una melancólica depresión teñida de ira había ido sustituyendo la impresión del brutal asesinato de Roy. Había sido como un hermano para ella, y su muerte, la noche anterior, le resultaba difícil de aceptar. La aparición de Tatiana en el patio, poco después de que Roy expirara en sus brazos, cuando la había fulminado con la mirada y había espetado con malevolencia: «¡Lo mismo te ocurrirá a ti si no obedeces!», no había hecho más que empeorarlo. A continuación, el guardia que había asesinado a Roy había recibido órdenes de devolverla sin miramientos a su habitación y mantenerla vigilada.

Desde ese momento, ella y Wofford habían estado bajo constante observación. Levantó los ojos y miró hacia la entrada, donde dos centinelas de rostro impasible, de pie en el umbral, le devolvieron la mirada. Sus *deis* de seda de brillantes colores dulcificaban su aspecto, pero después de lo ocurrido la noche anterior, Theresa sabía que eran asesinos despiadados.

Junto a ella, Wofford, con la pierna estirada encima de una silla, estaba perdido en la lectura de un informe. Se había quedado horrorizado al conocer la muerte de Roy, pero no había tardado en quitársela de la cabeza. Theresa llegó a la conclusión de que lo más probable era que estuviera centrándose en el trabajo para ocultar sus sentimientos.

«Lo mejor que podemos hacer es entregarles el trabajo que nos han pedido —le había dicho—. Puede que sea lo único que nos salve la vida».

Quizá tuviera razón, pensó mientras intentaba concentrarse en el informe que tenía entre las manos. Se trataba de una evaluación geológica de una cavidad en una zona sin identificar. Había capas de arenisca y piedra caliza que se entrecruzaban con otras de arcilla y esquisto. Se trataba precisamente del tipo de estratificación que indicaba la presencia de reservas subterráneas de crudo.

—Los estudios geológicos parecen prometedores, sean de donde sean —dijo a Wofford.

—Echa un vistazo a esto —contestó él desplegando en la mesa una impresión de ordenador.

Conocida como una «sección sísmica», la hoja mostraba una imagen ampliada digitalmente de distintas capas sedimentarias de un lugar concreto. La imagen se obtenía cuando un grupo de exploración enviaba ondas de choque al suelo y registraba las reflexiones del sonido. Theresa se levantó para verla mejor y la examinó con renovado interés. No se parecía a ninguna otra imagen sísmica que hubiera visto anteriormente. La mayoría de los perfiles del subsuelo eran opacos y borrosos y se parecían a una hoja de Rorschach dejada bajo la lluvia. En cambio, el

que tenía ante sus ojos era nítido y presentaba las distintas capas perfectamente delineadas.

—Sorprendente imagen. Tienen que haberla hecho con lo último en tecnología. Nunca había visto nada tan detallado.

—La verdad es que supera cualquier cosa que hayamos hecho en este campo, pero eso no es lo más sorprendente —añadió Wofford, señalando una forma bulbosa cerca del fondo de la hoja que se extendía más allá del borde.

Theresa la estudió con atención.

—Parece la clásica, pero mucho más grande, cavidad anticlinal —dijo refiriéndose a la capa de sedimentos en forma de bulbo. Para cualquier geofísico, la corona de una bóveda como aquélla era una señal positiva ya que era un lugar ideal para que en ella se acumularan depósitos de crudo.

—De buen tamaño, sí señor —contestó Wofford, cogiendo una pila de perfiles similares y extendiéndolos en la mesa—. Esta cavidad en particular se extiende a lo largo de casi cuarenta kilómetros, y hay otras seis más pequeñas que he encontrado en la misma región.

—Sin duda parecen las condiciones apropiadas para un depósito.

—Bueno, nunca se sabe hasta que se perfora; pero, a juzgar por estas imágenes, la cosa promete.

—¿Y dices que hay seis más? Eso representa un increíble potencial de reserva.

—Sí, al menos seis más. Todavía no he estudiado a fondo todos los informes, pero lo que se desprende del conjunto es pasmoso. Haciendo una estimación muy por encima, calculo que podría haber dos mil millones de barriles solo en esta cavidad. Suma las demás y la cifra asciende a diez mil millones. Y esto solo para un campo petrolífero. No hay forma de saber cuánto hay en el resto de la región.

—Increíble. ¿Y sabes dónde está localizado?

—Aquí está el problema. Alguien ha eliminado cuidadosamente todas las referencias geográficas de los datos. Solo puedo decirte que es subterráneo y que la topografía de superficie es plana y predomina una base arenisca.

—¿Me estás diciendo que podríamos estar mirando los campos petrolíferos del mar del Norte y que no sabes dónde están localizados?

—Exactamente. No tengo ni idea.

Sargov reía entre sorbo y sorbo de té. Su gran barriga se agitaba con las carcajadas.

—¡Conducir en plena noche una carretilla elevadora llevando colgado a un guardia de seguridad de Avarga Oil! —rió—. ¡Realmente, vosotros, los estadounidenses, tenéis sentido del espectáculo!

—No fue una salida discreta, como habría preferido —contestó Pitt, al otro lado de la mesa del bar—, pero dado que Al insistió, corrimos en lugar de caminar.

—Y un poco más y no llegamos a coger el tren —sonrió Giordino antes de dar un sorbo a su café.

—Estoy seguro de que en Avarga estarán preguntándose qué hacían dos occidentales paseándose por sus instalaciones. Lástima que no encontrarais pruebas de que los miembros del equipo de sondeo hubieran estado allí.

—Sí. La única cosa interesante que vimos fue esa tuneladora que estaba oculta bajo una lona igual que el objeto que sacaron del carguero en el Baikal.

—Puede que esa máquina sea robada y que la introdujeran subrepticamente en el país. Mongolia no tiene fácil el acceso a la tecnología. Quizá los de Avarga no quieren que el gobierno sepa que disponen de ese material.

—Sí, podría ser —repuso Pitt—. Aun así, me gustaría saber qué fue lo que descargaron en el lago Baikal y por qué estaba tan camuflado.

—Oye, Alexander, ¿sabes si ha habido algún progreso en la investigación del secuestro? —preguntó Giordino antes de dar un mordisco a su bollo.

Sargov alzó la mirada y vio que Corsov entraba en la abarrotada cafetería de la plaza Sujbatar.

—Dejaré que sea nuestro experto local quien responda a esa pregunta —dijo levantándose y saludando a su amigo de la embajada. Corsov obsequió a todos con su dentada sonrisa, acercó una silla y se sentó.

—Espero que hayáis dormido bien —dijo mirando a Pitt y a Giordino.

—Solo hasta que el efecto del vodka se disipó —sonrió Pitt, sabedor de que su amigo arrastraba una buena resaca.

—Iván —dijo Sargov—, estábamos hablando de la investigación del secuestro. ¿Qué noticias tenemos del frente oficial?

—Ninguna —contestó cambiando su habitual expresión jovial por otra más seria—. La policía todavía no se ha hecho cargo del caso. La solicitud de investigación está retenida en el Ministerio de Justicia. Os pido disculpas, me equivoqué cuando os dije que Avarga Oil no tiene influencias en el gobierno. Está claro que han sobornado a alguien.

—Cada hora que pasa puede ser importante para Theresa y los demás —dijo Giordino.

—Nuestra embajada está haciendo todo lo que puede a través de los canales oficiales; y yo, por mi parte, estoy siguiendo las pistas a través de medios no oficiales. No te preocupes, amigo mío. Los encontraremos.

Sargov apuró su té y dejó la taza vacía.

—Me temo que no podemos pedir gran cosa más a Iván. Las autoridades de Mongolia trabajan según sus propios criterios de tiempo. Al final, responderán a las continuas solicitudes de nuestra embajada a pesar de los sobornos que puedan estar entorpeciendo la investigación. Puede que lo mejor sea esperar y no hacer nada más

hasta que se despejen las trabas burocráticas. Además, tal como están las cosas, yo debo regresar a Irkutsk para preparar el informe de los daños sufridos por el *Vereshchagin*. La verdad es que me he adelantado y he cogido billetes para los tres, esta tarde.

Pitt y Giordino cruzaron una mirada de complicidad con Corsov y se volvieron hacia Sargov.

—La verdad, Alexander, es que nosotros también hemos hecho planes por nuestra cuenta —explicó Pitt.

—¿Vais a volar directamente a Estados Unidos? Pensaba que antes pasaríais por Siberia para recoger a vuestro camarada Rudi.

—No. Todavía no nos vamos a Estados Unidos, ni a Siberia tampoco.

—Pues no lo entiendo. ¿Adónde pensáis ir?

Los verdes ojos de Pitt destellaron mientras respondía:

—A un lugar mítico llamado Xanadú.

La red de información de Corsov había vuelto a demostrar su eficacia. A pesar de que el gobierno central en Ulan Bator había dado un decidido giro hacia la democracia tras la caída de la Unión Soviética, en las filas del gobierno seguía habiendo una minoría comunista que mantenía sentimientos pro-moscovitas. Fue un analista del Ministerio de Exteriores quien explicó a Corsov la inminente visita de las autoridades chinas; pero fue el ruso quien vio la magnífica oportunidad que aquello representaba para Pitt y Giordino.

El ministro chino de Comercio iba a llegar en cualquier momento, supuestamente para visitar una nueva planta de energía solar que acababa de ser inaugurada cerca de la capital. No obstante, la mayor parte del programa del ministro estaba dedicado a un encuentro privado con el presidente de Avarga Oil en su apartada residencia al sudeste de la capital.

—Puedo introducirlos en la comitiva que entrará en los dominios de Borjin. El resto correrá de vuestra cuenta —dijo Corsov a los dos estadounidenses.

—No te ofendas, pero no veo cómo alguien podría tragarse que formamos parte de la delegación china —comentó Giordino.

—Nadie tendrá que hacerlo porque formaréis parte de la escolta del gobierno mongol.

Giordino arqueó una ceja ante lo que le pareció una diferencia insignificante.

Corsov explicó que se había planeado una recepción formal para el ministro chino, que llegaba ese día, y que un comité de bienvenida del Ministerio de Exteriores acompañaría a la delegación china aquella noche; pero que, al día siguiente, cuando la delegación fuera de visita a la planta de energía solar y después viajara hasta la sede de Avarga, solo iría acompañada de una pequeña fuerza de seguridad del Ministerio de Seguridad de Mongolia.

—De manera que vamos a unirnos al servicio secreto mongol, ¿no? —preguntó Pitt.

Corsov asintió.

—En realidad los que cumplen estas misiones son oficiales de la policía nacional. Solo tuve que recurrir a un pequeño incentivo para lograr que os incluyeran como sustitutos de un par de escoltas de seguridad. Intercambiaréis el puesto con los verdaderos en la planta de energía y desde allí seguiréis a la comitiva hasta Xanadú. Como os dije, habría utilizado de mil amores mi propio operativo para esta tarea.

—No —contestó Pitt—. Nosotros asumiremos el riesgo a partir de aquí. Ya has hecho bastante por nosotros.

—Por mi parte —dijo con una sonrisa—, siempre puedo negar haber participado. Además, confío en que no revelaréis vuestras fuentes.

—Palabra de honor.

—Bien. Ahora solo tenéis que recordar que debéis ser muy discretos e intentar demostrar que vuestros amigos están secuestrados en esas instalaciones. Solo podremos obligar a que se ponga en marcha la policía de este país si tenemos alguna prueba.

—La conseguiremos. ¿Qué te debemos de las «propinas»?

—¡Qué palabra tan fea! —repuso Corsov torciendo el gesto—. Estoy en el negocio de la información. Cualquier cosa que podáis contarme de Avarga Oil y del señor Borjin y sus intenciones pagará con creces la miseria que he gastado en la escolta de policía. Esto significa que os espero mañana por la noche para tomarnos una buena sopa *borscht*.

—Eso sí que es tentador —repuso Giordino.

—Y una cosa más —añadió el ruso con su habitual sonrisa—. No olvidéis mantener con vida al ministro chino.

Pitt y Giordino fueron en taxi hasta la planta de energía solar; llegaron una hora antes que la delegación china. Mostraron brevemente —y con la mejor de sus sonrisas— las falsas credenciales de prensa de Corsov al adormilado guardia de la entrada y accedieron directamente. No era más que un terreno de unas cuatro hectáreas lleno de paneles solares que complementaban la energía producida por una cercana central térmica de carbón. Construida por una empresa energética como prueba piloto, la electricidad que proporcionaba no era suficiente ni para iluminar un estadio de fútbol. Con más de doscientos sesenta días de exposición solar al año, Mongolia tenía lo necesario para producir energía solar; sin embargo, la tecnología necesaria estaba fuera del alcance del consumidor.

Manteniéndose a una prudente distancia de la apresuradamente levantada plataforma de bienvenida, donde esperaban nerviosamente algunos funcionarios y técnicos de la planta, Pitt y Giordino se ocultaron tras un panel solar cerca de la entrada. Vestidos con cazadoras deportivas confeccionadas en China, gafas de sol y boinas negras, tenían todo el aspecto de ser miembros de algún cuerpo de seguridad. No tuvieron que esperar mucho antes de que la comitiva entrara en el recinto y se detuviera ante la plataforma de bienvenida.

Pitt sonrió para sus adentros al ver qué distintos eran aquellos vulgares vehículos que componían la caravana de las lustrosas limusinas negras de Washington. Tres limpios pero viejos Toyota Land Cruiser llevaban al ministro chino y a su comitiva de ayudantes y agentes de seguridad. El contingente iba precedido por una escolta mongola que conducía un todoterreno UAZ de cuatro puertas amarillo. Otro UAZ, este con el parachoques abollado por culpa de algún accidente, cerraba la marcha. A Pitt, los UAZ de fabricación rusa, que eran un derivado de los jeeps del ejército, le recordaban los voluminosos International Harvester de los años sesenta.

—Ahí está nuestro vehículo —dijo a su amigo, refiriéndose al baqueteado UAZ del final.

—Espero que tenga radio por satélite y sistema de navegación —contestó Giordino.

—Y yo solo espero que sus neumáticos sean de este siglo y no del pasado —masculló Pitt.

Observaron cómo los ocupantes del UAZ se apeaban del vehículo y desaparecían en el mar de paneles solares mientras el comité de recepción daba la bienvenida al ministro chino. Con toda la delegación pendiente de la visita, Pitt y Giordino se dirigieron sin ser vistos hasta el vehículo y ocuparon el lugar de los guardias en los asientos delanteros.

—Aquí tienes tu sistema de navegación —dijo Pitt sacando un mapa de la guantera, dejándolo en el regazo de su amigo y sonriendo al ver que el coche ni siquiera tenía radio.

A unos metros delante de ellos, el ministro de comercio chino estrechó rápidamente las manos de los miembros del comité y se acercó a unos cuantos paneles solares con la intención de abreviar lo más posible la visita. En menos de diez minutos volvía a estar sentado en su coche.

—Parece que tiene prisa —comentó Giordino, sorprendido por la brevedad de la visita.

—Supongo que debe de estar impaciente por llegar a Xanadú. Según parece, la visita a esta planta no es el momento culminante del viaje.

Los dos amigos se encogieron en sus asientos cuando la comitiva salió de las instalaciones y pasó ante ellos. Pitt puso el motor en marcha y se situó rápidamente tras el tercer Toyota.

La caravana salió hacia el este, alejándose de Ulan Bator y de las montañas Bayanzurj Nuruu. El monte Bayanzurj, una de las cuatro cumbres sagradas que rodean la ciudad como los puntos de una brújula, culminaba la cordillera. El paisaje de las montañas fue dejando paso gradualmente a otro dominado por ondulantes colinas sin árboles que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Aquéllas eran las legendarias estepas asiáticas de las historias. Una extensión de ricos pastos que rodeaban el centro de Mongolia como una verde faja. El viento que soplaba ondulaba la verde pradera creando efectos de olas del mar.

El vehículo que iba en cabeza seguía una carretera mal asfaltada que, al cabo de un rato, se convirtió en un camino de tierra y, poco después, en unas simples roderas que atravesaban la estepa. Yendo en último lugar, Pitt se vio obligado a conducir casi a ciegas a través de la nube de polvo que levantaban los coches de delante y que el viento cargado de arena se encargaba de aumentar.

La caravana viajó hacia el sudeste, brincando por las colinas durante unas tres

horas antes de empezar a ascender por un grupo de montañas. Al llegar a una anónima verja de hierro, la delegación tomó un camino que a Pitt le pareció en mucho mejor estado. La carretera ascendió varios kilómetros más antes de rodear un risco y acercarse a un tumultuoso río sobre el que se había construido un acueducto. Los vehículos se metieron en el puente de cemento, que trazaba una cerrada curva, y se acercaron a un recinto protegido por un alto muro. La conducción de agua se adentraba más allá de los muros; pasaba bajo ellos cerca de una entrada porticada. Dos centinelas vestidos con coloridos *deis* montaban guardia a cada lado de la enorme puerta de hierro que bloqueaba la entrada. Mientras los vehículos se iban deteniendo, Pitt planeó su siguiente paso.

—Bueno, no sé si me apetece que nos unamos al grupo para entrar a lo grande —comentó.

—Sí. Nunca te han gustado las multitudes —coincidió Giordino—. ¿Sabes si los demás escoltas mongoles están al tanto de que hemos sustituido a sus colegas?

—Ni idea, y tampoco creo que valga la pena averiguarlo.

Giordino contempló la entrada y arqueó una ceja.

—¿Problemas con el coche? —preguntó.

—Estaba pensando en un neumático pinchado.

—Dalo por hecho.

Giordino se apeó y se agachó junto al neumático delantero. Quitó la tapa de la válvula, presionó con una cerilla y esperó a que el aire acabara de salir. En unos segundos, el neumático se había deshinchado por completo; volvió a colocar el tapón. La puerta de recinto se abrió justo cuando Giordino subía al coche.

Pitt siguió la caravana mientras entraba, pero se detuvo en la puerta. Al ver que el centinela lo miraba con mala cara, hizo un gesto señalando el neumático pinchado; el hombre lo miró, asintió y le dijo algo en mongol mientras le indicaba que girara a la derecha nada más entrar en el recinto.

Pitt avanzó lentamente, aprovechando la excusa del neumático para echar un vistazo alrededor. La opulenta residencia de mármol quedaba al frente y un poco más abajo, precedida por un cuidado jardín. Pitt no tenía ni idea de qué aspecto había tenido el Xanadú original de siglos atrás, pero la estructura que tenía delante ya era suficientemente espectacular. Un par de jinetes montados en caballos blancos condujeron la comitiva hasta la entrada. Una bandera china ondeaba en un mástil del que pendía, al igual que de los otros nueve que lo rodeaban, un pedazo de piel blanca parecida a la cola de un zorro. Cuando los vehículos llegaron ante el palacio, Pitt se esforzó por distinguir a Borjin entre los que formaban el comité de bienvenida, pero se hallaba demasiado lejos para poder ver los rostros.

—¿Algún rastro de Tatiana entre esa gente? —preguntó Giordino mientras apartaba el coche de la caravana y giraba a la derecha.

—Yo diría que hay una mujer en el porche, pero no puedo decirte si es ella — contestó Giordino forzando la vista.

Pitt condujo el coche hacia el garaje y entró. El neumático pinchado golpeaba ruidosamente el suelo de cemento. Pitt llevó el coche a una zona aparte donde vio que había cajas de herramientas. Un mecánico, vestido con un mono grasiento y una gorra roja, apareció haciéndoles gestos con los brazos. Pitt hizo caso omiso de sus protestas y le sonrió amistosamente.

—¡Pffft! —dijo señalando la rueda.

El mecánico rodeó el vehículo y contempló la obra de Giordino; luego, los miró a través del parabrisas y asintió antes de dar media vuelta y regresar con un gato.

—Me parece que no es mal momento para ir a dar un paseo —dijo Pitt apeándose del coche.

Giordino lo siguió. Ambos caminaron hacia la entrada del garaje y se detuvieron allí, fingiendo esperar que les arreglaran el neumático. Sin embargo, en lugar de mirar al mecánico, lo que hicieron fue estudiar minuciosamente el interior del garaje. Había varios todo terrenos último modelo aparcados delante, mientras que el resto del espacio estaba ocupado por grandes camiones y equipo de excavaciones. Giordino se apoyó en un vehículo de mantenimiento estacionado junto a la puerta y contempló un polvoriento camión marrón.

—¿No crees que se parece mucho al que vimos en el Baikal?

—Desde luego, se parece. ¿Y qué me dices de ése de plataforma plana que hay allí? —repuso Pitt señalando un tráiler con su plataforma de carga, que se hallaba vacía salvo por unas cuerdas y unas lonas.

—¿Nuestro premio sorpresa?

—Puede —repuso Pitt mirando más allá del garaje hacia el edificio anejo—. Probablemente, todavía gozamos temporalmente de inmunidad —añadió señalando el edificio con la cabeza—. ¿Por qué no nos asomamos a echar un vistazo?

Caminando como quien sabe hacia donde se dirige, Pitt y Giordino fueron hacia el edificio de ladrillos. Pasaron ante un gran muelle de carga y entraron por las puertas de cristal que había al lado. Pitt esperaba encontrar una zona de recepción, pero la entrada daba directamente a una amplia zona de trabajo que se abría al vacío muelle. En las mesas se amontonaban máquinas para la comprobación de equipos y material electrónico diverso junto a circuitos impresos en los que trabajaban un par de operarios vestidos con batas de laboratorio. Uno de ellos, con ojos de pajarillo tras unas gafas de alambre, se incorporó y miró a los recién llegados con aire suspicaz.

—*Stualét?* —preguntó Pitt, acordándose de la palabra que quería decir «lavabo» en ruso.

El hombre estudió a Pitt unos segundos; luego, asintió y señaló un pasillo que salía del centro de la sala.

—A la derecha —dijo en ruso antes de sentarse y seguir trabajando.

—¡Impresionante dominio de idiomas! —le susurró Giordino por lo bajo.

—Es una de las cinco palabras que sé en ruso —presumió Pitt—. Recordaba que Corsov nos dijo que la mayoría de mongoles saben un poco de ruso.

Se internaron lentamente por el pasillo de blancos azulejos que tenía unos seis metros de ancho y un techo de una altura equivalente. Las marcas del suelo indicaban el traslado de equipo pesado. A lo largo de las paredes se veían amplias ventanas que daban a otras habitaciones que, en su mayoría, consistían en pequeños laboratorios llenos de aparatos electrónicos. Solo unos pocos despachos, decorados con espartana austeridad, interrumpían las áreas técnicas. Todo el lugar parecía extrañamente frío y desierto, en parte porque solo unos pocos técnicos debían de trabajar allí.

—A mí me recuerda más la trastienda de un Radio Shack^[7] que de una gasolinera Exxon —comentó Giordino.

—Es como si les interesaran otras cosas que no son extraer petróleo del subsuelo. Por desgracia, eso puede significar que no hayan traído aquí a Theresa y a los demás.

Pasaron ante los lavabos y siguieron por el pasillo hasta que éste terminó en una gran puerta de metal que se cerraba sobre un alto umbral. Después de cerciorarse de que no había nadie por los alrededores, Pitt agarró la manija y empujó. La gruesa puerta se abrió hacia dentro revelando una gran estancia que ocupaba toda la parte trasera del edificio, cuyo techo se alzaba más de nueve metros. De paredes, suelo y techo salían grandes protuberancias piramidales que le daban el aspecto de una cámara de tortura medieval. Sin embargo, no había peligro; Pitt lo confirmó pellizcando entre sus dedos una de aquellas puntas de espuma.

—Es una cámara anecoica —dijo.

—Sí, construida para absorber ondas electromagnéticas y de radiofrecuencia —añadió Giordino—. Normalmente, estas cosas las utilizan los expertos en defensa y las utilizan para poner a prueba complejos aparatos electrónicos.

—Ahí tienes tu compleja electrónica —dijo Pitt, señalando el centro de la sala, donde una gran plataforma se elevaba sobre el suelo de espuma sostenida por pilares. En ella, una docena de armarios metálicos se alineaban junto a varios estantes llenos de ordenadores. En el centro había una sección abierta sobre la cual colgaba, de un armazón metálico, un artefacto en forma de torpedo. Pitt y Giordino caminaron por la pasarela que conducía desde la puerta a la plataforma.

—Lo que hay aquí no es material apto para brutos —dijo Pitt estudiando los equipos.

Los armarios y los estantes albergaban más de cuarenta módulos del tamaño de un ordenador unidos por varios metros de grueso cable negro. Cada estante tenía indicadores LED y medidores de potencia. En un rincón, junto a un teclado y un monitor había una gran caja llena de diales y rotulada con las palabras

ERWEITERUNG y FREQUENZ.

Pitt estudió los indicadores y alzó una ceja.

—Puede que mis conocimientos de idiomas estén un poco oxidados desde la época del instituto, pero esto está en alemán, y me parece que el último quiere decir «frecuencia».

—¿Alemán? Yo habría dicho que chino o ruso serían más apropiados.

—La mayor parte del equipo electrónico también parece haber sido fabricado en Alemania.

—Aquí hay potencia de la gorda —comentó Giordino contando los aparatos conectados en secuencia—. ¿Qué crees que puede ser?

—Solo puedo hacer conjeturas. Esos grandes módulos parecen radiotransmisores profesionales. En cuanto a los ordenadores, deben de utilizarlos para el procesamiento de datos. Y luego está ese extraño trípode... —Se volvió y examinó el artefacto que colgaba del armazón. Consistía en tres largos tubos, de unos tres metros de alto, unidos entre sí. Los tramos inferiores se abocinaban cerca del suelo y estaban unidos por una sustancia muy compacta. De los otros extremos, por encima de su cabeza, salían gruesos racimos de cables conectados a las hileras de ordenadores—. Parecen una especie de transductores amplificados, aunque son los mayores que he visto nunca. Podría tratarse de una especie de supersistema de imagen sísmica como los que se usan en las prospecciones petrolíferas —dijo Pitt contemplando el artefacto colgante en forma de trípode.

—Parece más avanzada que cualquiera de las instalaciones perforadoras que he visto.

Pitt echó un vistazo a distintos manuales y libretas de notas que había junto a los equipos y vio que estaban escritos en alemán. Luego, cogió el que le pareció que era el manual principal, le arrancó unas cuantas páginas y se las guardó en el bolsillo.

—¿Qué, un poco de amena lectura para el viaje de regreso? —bromeó Giordino.

Pitt dejó el ejemplar, y ambos se dirigieron a la salida por la pasarela. Ya habían salido de la cámara y caminaban por el pasillo cuando oyeron un griterío al final del corredor.

—Seguro que la rata de las gafas nos ha delatado —dijo Giordino.

—No creo que te equivoques —contestó Pitt examinando el pasillo. Retrocedió unos pasos y dejó entreabierta la puerta de la cámara.

—Sígueme. Quizá podamos sorprenderlos por la espalda —dijo mirando a Giordino.

Corrieron por el pasillo hasta que Pitt abrió la puerta de uno de los cuartos, se escondieron dentro y apagaron las luces. Mientras permanecían alejados de la ventana, notaron que un extraño olor químico invadía el ambiente. En la penumbra, Pitt vio varias cubas de acero inoxidable junto a una mesa llena de pequeños cepillos

y palillos de dientes.

—Creo que han mordido el anzuelo —dijo Giordino.

Un sonido de pasos se acercó, pasó ante el despacho y se alejó. Asomándose por la ventana, el italiano vio que dos sujetos vestidos con batas de laboratorio corrían hacia la entrada de la cámara.

—Encuéntrame una escoba —le pidió a Pitt antes de salir a toda prisa del despacho.

En un abrir y cerrar de ojos, echó a correr por el pasillo; pero, en lugar de dirigirse a la salida, fue hacia los dos hombres y se echó encima de ellos justo cuando se asomaban al interior de la cámara por la puerta entreabierta. Al italiano, el choque le recordó un *strike* en la bolera. Los dos individuos salieron volando y cayeron boca abajo en el acolchado suelo. Antes de que se dieran cuenta de lo que les había ocurrido, Giordino ya se había incorporado y había cerrado la puerta tras ellos. Pitt llegó un segundo más tarde con una fregona que había encontrado en el aseo del despacho. Partió el mango en dos y se lo entregó a Giordino, que bloqueó con él la palanca de abertura de la puerta.

—Esto debería darnos cierto margen de maniobra —dijo el italiano, frotándose el dolorido hombro.

Pitt sonrió al oír los apagados gritos de los hombres, cuyas voces apenas eran perceptibles debido al material absorbente del interior de la cámara. Echaron a andar por el pasillo, pero Pitt se detuvo repentinamente al pasar por la habitación donde se habían escondido.

—Es solo por curiosidad —dijo. Encendió la luz y entró en el laboratorio.

—Acuérdate del gato —repuso Giordino.

Pitt fue hasta las tinas de acero, que estaban llenas de un líquido que olía a formaldehído. Se detuvo ante una de ellas y observó el brillante objeto que había en la bandeja que descansaba en el fondo. Encontró unas pinzas, sacó el objeto y lo secó con un trapo.

Era un colgante, hecho de plata y con una trabajada forma de diamante. En el borde superior, encima de la brillante piedra roja que ocupaba el centro, había grabado un halcón o un águila de dos cabezas. Unas finas inscripciones en letras árabes ocupaban la parte inferior. La joya tenía un aspecto antiguo e imperial, como si hubiera sido encargada para una mujer de la realeza.

—¿Un laboratorio dedicado a la conservación de antigüedades en medio de unas instalaciones técnicas como éstas? Extraña combinación, ¿no te parece? —comentó Pitt.

—Puede que a alguien le guste coleccionar monedas. ¿Qué tal si salimos de aquí antes de que alguno de nuestros amigos recuerde que lleva un arma?

Pitt se metió el colgante en el bolsillo, apagó la luz y siguió a Giordino por el

pasillo a paso vivo. Cuando llegaron a la gran zona de trabajo se escabulleron por la puerta ante el asombro del técnico de la bata blanca.

—Gracias por el baño —sonrió Pitt antes de desaparecer por la puerta.

Fuera, el viento había ido en aumento; en esos momentos soplaba con fuerza en el recinto y levantaba nubes de polvo.

Pitt y Giordino regresaron al garaje y vieron que el mecánico seguía luchando con una de las tuercas, lo que le impedía desmontar la rueda del UAZ. Pitt fue hasta la puerta y observó la residencia, al otro lado del jardín. Apenas consiguió distinguir a los dos escoltas mongoles que hablaban tranquilamente bajo el porche y a los dos centinelas que custodiaban la entrada del palacio.

—Si no han dejado entrar a los mongoles, dudo que nos lo permitan a nosotros —comentó.

—Tendremos que encontrar otro sitio para entrar. Si Theresa y los demás están aquí, deberían hallarse en algún lugar de esa mansión —convino el italiano escrutando el terreno que rodeaba el palacio—. No tenemos mucho tiempo para examinar a pie el terreno antes de que esos dos que hemos dejado encerrados logren salir.

—¿Quién ha hablado de hacerlo a pie? —preguntó Pitt mirando dentro del garaje y señalando el vehículo de mantenimiento que tenía las llaves puestas.

Entre los dos empujaron el vehículo fuera del garaje, mientras el mecánico seguía atareado con la rueda sin prestarles atención. Luego, subieron y Pitt puso en marcha el motor.

El cochecito, igual que los que se utilizan en los campos de golf, tenía una plataforma plana tras los dos asientos delanteros. Pitt pisó el acelerador, y el coche salió disparado hacia delante escupiendo gravilla con los neumáticos. A su derecha, vio que dos jinetes salían de unas cuadras situadas junto al extremo más alejado del edificio de ladrillo, pero sus siluetas se perdieron momentáneamente en las nubes de polvo. Giró el volante a la izquierda y se dirigió al lado opuesto del recinto.

El vehículo cruzó velozmente ante la puerta principal mientras Pitt se metía por un camino que bordeaba el muro perimetral; los guardias no prestaron atención al verde cochecito que pasó zumbando. Pitt aminoró al ver que el sendero de grava desembocaba en un puente ornamental. Bajo él, las profundas aguas del acueducto se repartían por los numerosos canales que atravesaban los jardines.

—Bonito sistema de riego —comentó Giordino cuando Pitt se detuvo en lo alto del puente. A su izquierda podían ver la parte superior de dos grandes tuberías que llevaban el agua bajo el muro del recinto antes de verterla en los canales. Pitt siguió adelante, sin apartarse del muro, hacia el límite izquierdo de la residencia. Seguían sin ver otro lugar de acceso al edificio aparte del situado en el pórtico, donde todavía estaban montando guardia los escoltas mongoles y los centinelas.

Por delante, el muro terminaba bruscamente en un abrupto y rocoso precipicio. Al otro lado, una tubería subterránea arrojaba las aguas del canal por una cascada artificial antes de que éstas se unieran al río que fluía más abajo. Pitt aparcó el cochecito tras un árbol y caminó hasta el borde. Un espacio abierto se extendía entre el muro y la residencia, demasiado inclinado para hacer bajar el vehículo por él, pero no tan imponente como la caída del salto de agua. Un pequeño sendero descendía en zigzag hasta una estrecha meseta que formaba la base del palacio. Más allá, el terreno caía montaña abajo haciendo innecesaria la continuidad del muro.

—¿Intentamos la puerta de atrás? —preguntó Giordino.

—O eso o lanzamos el cochecito a través de la entrada principal. Confiemos en que haya una puerta de atrás.

Empezaron a descender por el estrecho sendero, que estaba lleno de huellas de caballos. El fuerte viento arrastraba gotas de agua de la cascada, por lo que el frío les penetraba hasta los huesos. A medida que se acercaban a la residencia, vieron que estaba construida sobre una pequeña elevación y rodeada por un muro de roca.

—Vaya, no hay muchos sitios por donde se pueda entrar o salir de este lugar, ¿no te parece? —comentó Giordino mirando el muro de piedra que parecía prolongarse a lo largo del edificio.

—Supongo que todavía no han recibido la visita del departamento de incendios.

Se movieron hacia el centro de la mansión, pegados de espaldas a la pared para evitar ser vistos desde las ventanas superiores. El viento soplaba con violencia, y tuvieron que protegerse los ojos con las boinas para evitar que se les llenasen de polvo. Cuando llegaron al borde del patio, se agacharon tras un seto bajo y examinaron el terreno. Inmediatamente localizaron la puerta de entrada, ya que había otros dos centinelas vigilándola a cada lado.

—¿Te apetece practicar idiomas también con esos dos? —preguntó Giordino, muy serio.

Lo cierto era que, sin pruebas concluyentes de la presencia de Theresa y los demás, Pitt no deseaba irrumpir a la fuerza. Sin embargo, tras el tropiezo en el laboratorio, ya no podían confiar en salir discretamente de allí; de manera que tampoco tenían nada que perder. Fuera como fuese, tenían que averiguarlo.

—Hay una hilera de arbustos que lleva cerca de la puerta. Si podemos llegar hasta ese edificio de piedra y rodearlo puede que consigamos sorprender a esos guardias.

Giordino miró la curiosa edificación y asintió. Esperaron a que una racha de viento levantara una nube de polvo y corrieron hasta la redonda estructura de piedra. Una vez allí, la rodearon y se acercaron. Agachados en la entrada en forma de túnel, observaron a los dos centinelas, que seguían montando guardia a ambos lados de la puerta y que intentaban protegerse del viento buscando refugio en el umbral. Pitt y Giordino habían logrado cruzar el patio sin ser vistos. O, al menos, eso era lo que

creían.

Tras el movido trayecto de cuatro horas a través de las montañas y estepas de Asia Central por una carretera que ni siquiera era un mal camino de carros, el ministro de comercio Shinzhe estaba convencido de que su viaje era una pérdida de tiempo. No había mágicas reservas de petróleo en Mongolia. No había visto ni un solo pozo en todo el viaje. La culpa la tenía el presidente Fei por empeñarse en luchar contra molinos de viento en lugar de aceptar la realidad. El problema era que a Shinzhe le había tocado hacer de Don Quijote.

El irritado ministro de Comercio esperaba que el conductor se detuviera ante el siguiente *ger* y que el presidente de Avarga Oil saliera a recibirle montado en un mugriento caballo, por eso su disgusto y enfado se disiparon rápidamente cuando la polvorienta comitiva cruzó los portales de hierro y entró en los opulentos dominios de Tolgoi Borjin. Llegar a un lugar como aquél, en medio de la más absoluta desolación, daba sentido a su viaje. Cuando su automóvil se detuvo ante el majestuoso palacio, Shinzhe comprendió que su anfitrión no era un vulgar pastor.

Borjin, que iba vestido con un elegante traje europeo, hizo una reverencia cuando el ministro se apeó, y un traductor le trasladó su saludo de bienvenida en mandarín.

—Bienvenido, ministro Shinzhe, confío en que haya tenido un viaje agradable.

—Ha sido un placer poder disfrutar de los paisajes de Mongolia —contestó el ministro manteniendo diplomáticamente las formas mientras se quitaba el polvo de los ojos.

—¿Puedo presentarle a mi hermana Tatiana? Es nuestra directora de operaciones de campo.

Tatiana se inclinó elegantemente ante Shinzhe, que se fijó en que la joven mostraba la misma expresión altanera que Borjin. El ministro le devolvió la mejor de sus sonrisas y presentó a los miembros de su comitiva. A continuación, se volvió y admiró el grupo de jinetes que, vestidos como antiguos guerreros, rodeaban el camino de acceso.

—He oído hablar mucho de los caballos mongoles, señor Borjin —dijo—. ¿Acaso los cría usted?

—Solo unos pocos, para mi sistema de seguridad. Exijo que todos mis hombres sean diestros jinetes y hábiles arqueros.

—Un interesante homenaje al pasado —repuso el ministro.

—Y también práctico. En estas latitudes, un caballo puede llegar donde los vehículos no alcanzan. Además, algunas habilidades del arte de la guerra nunca pierden su valor. La moderna tecnología está muy bien, pero mis antepasados conquistaron medio mundo con el caballo, el arco y las flechas. Son habilidades que hoy en día siguen pareciéndome plenamente válidas. Pero, por favor, protejámonos

de este viento y vayamos dentro a ponernos cómodos —dijo Borjin conduciendo al grupo hacia la puerta y, una vez dentro, por el corredor principal hasta una amplia sala del fondo. Mientras admiraba la colección de antigüedades que adornaba el pasillo, Shinzhe se detuvo ante una escultura de bronce que representaba un caballo encabritado y que tenía su equivalente en un abigarrado mosaico que colgaba en la pared.

—Preciosa escultura —comentó el ministro, que había reconocido el origen chino de la obra—. ¿De la dinastía Yuan?

—No. De la dinastía Song o anterior —contestó Borjin, impresionado por el buen ojo del ministro—. La mayoría de las antigüedades de esta casa datan de principios del siglo XIII, una época de grandes conquistas en la historia de los mongoles.

El mosaico de la pared es una antigua obra originaria de Samarcanda; en cambio, el pedestal de la estatua es de India, de alrededor del año 1200 después de Cristo. ¿Es usted coleccionista?

—Oficialmente, no —repuso el ministro, sonriendo—. Poseo algunas piezas de porcelana de las dinastías Yuan y Ming, pero eso es todo. Estoy muy impresionado con su colección, Borjin. Los objetos de esta época son difíciles de hallar en el mercado.

—Tengo un anticuario en Hong-Kong —repuso secamente Borjin.

La comitiva llegó a la sala de reuniones del fondo del pasillo. Normalmente, sus grandes ventanales ofrecían una impresionante vista desde la ladera de la montaña; pero, en esos momentos, poco se podía ver aparte del santuario y el patio, un poco más abajo. El fuerte viento oscurecía la mayor parte del paisaje entre nubes de polvo, y las distantes estepas solo eran visibles a intervalos. Borjin pasó ante una zona con sofás y un pequeño bar y condujo al grupo hasta una gran mesa de caoba, a la que todos se sentaron, mientras él ocupaba uno de los extremos, de espaldas a la pared. Tras él había un gran conjunto de estantes donde se exhibía un arsenal medieval. Una colección de antiguas espadas, dardos y lanzas llenaban la pared junto con varios arcos de madera con sus correspondientes flechas. En los estantes superiores se veían distintos cascos, todos en forma de cuenco y con sus penachos de crin, rodeados por curiosos objetos de terracota que parecían primitivas granadas de mano. Toda la colección estaba vigilada por un formidable halcón que desplegab sus alas ominosamente. El animal tenía la cabeza alzada y el pico abierto, como si estuviera exhalando un postrer graznido de muerte.

Shinzhe paseó su mirada por las armas, el pájaro y el hombre que era el dueño de todo aquello y sintió un involuntario escalofrío. Había algo en aquel magnate del petróleo que le parecía igual de salvaje que el halcón. Sus fríos ojos parecían desvelar un rasgo de brutalidad, y Shinzhe pensó que su anfitrión seguramente sería capaz de coger una de aquellas lanzas y atravesar a un hombre sin pensarlo dos veces.

Mientras le servían una taza de té, el ministro intentó apartar de sí aquellos siniestros pensamientos y concentrarse en el propósito de su visita.

—Mi gobierno ha recibido su oferta de suministrar una importante cantidad de crudo a mi país. El líder de nuestro partido se lo agradece y está sumamente intrigado por la generosidad de su propuesta. El partido me ha encargado que confirme la validez de la misma y que discuta la remuneración para cerrar un acuerdo.

Borjin se recostó en su asiento y se echó a reír.

—¡Sí, claro! ¿Por qué va a querer Mongolia, el Némesis de Catay durante más de mil años, ayudar de repente a su inquieto vecino del sur? ¿Cómo es posible que un polvoriento rincón habitado por pastores trashumantes y campesinos surja de repente como una fuente de recursos naturales? Yo le diré por qué. Es porque ustedes nos convirtieron en prisioneros en nuestra propia tierra. Ustedes y los rusos nos han tenido encerrados y apartados del resto del mundo durante décadas. Nos hemos convertido en un aislado páramo, en una isla cerrada en un tiempo y un lugar ignotos. Pues, bien, ¡me temo que esos días han quedado atrás para siempre, ministro Shinzhe! Mongolia es una tierra rica en más de un sentido, y ustedes no se tomaron ni el tiempo ni la molestia de apreciarlo cuando tuvieron la oportunidad. Es ahora cuando las compañías occidentales claman por venir a explotar nuestras minas y a obtener madera de nuestros bosques. Pero, en la cuestión del petróleo, llegan demasiado tarde. Cuando no había nadie interesado en hacer prospecciones en nuestro suelo, nosotros mismos hicimos el esfuerzo. Ahora recogeremos los beneficios.

Hizo un gesto con la cabeza a Tatiana, que sacó un mapa de un cajón y lo desplegó ante el ministro; colocó un par de tallas de jade en las esquinas para mantenerlo abierto.

Era un mapa de Mongolia. Una forma ovalada e irregular, que parecía una mancha de vino barato, señalaba una zona del sector sudeste, cerca de la frontera. La mancha se extendía unos setenta kilómetros, y su borde inferior corría a lo largo de la frontera con la Mongolia Interior china.

—Esto es el campo de Temujin. Se trata de una cuenca natural que hace que el viejo campo de Daqing que tienen ustedes parezca un miserable escupidero en comparación —dijo Borjin, refiriéndose al mayor campo petrolífero de China, que desde hacía un tiempo se hallaba en declive—. Nuestras prospecciones indican unas reservas potenciales de cuarenta mil millones de barriles de crudo y cincuenta billones de metros cúbicos de gas natural. Los tres millones de barriles diarios que les suministraremos a ustedes serán simple calderilla.

—¿Cómo es que semejante descubrimiento no se ha hecho público? —preguntó Shinzhe con un deje de escepticismo—. No había oído hablar de nada así cerca de nuestras fronteras.

Borjin sonrió, mostrando sus dientes de tiburón.

—Poca gente hay fuera de esta habitación que esté al corriente —dijo crípticamente—. Ni siquiera mi gobierno sabe nada de dichas reservas. ¿Cómo cree usted que he podido conseguir los derechos de explotación de toda esa región? Ha habido algunos trabajos de prospección que han rozado el yacimiento, pero ninguno ha dado con la veta principal. Ha sido la tecnología que hemos desarrollado en nuestra empresa la que nos ha permitido dar con él, un poco por casualidad —añadió con una sonrisa—. Son reservas que están a gran profundidad, lo que explica que anteriores prospecciones no las hayan localizado. Basta decir que diversos pozos de prueba han confirmado nuestras estimaciones en cuanto a las reservas.

Shinzhe se quedó sentado mientras su rostro iba perdiendo el color. No tenía más remedio que admitir la existencia de aquel enorme yacimiento, pero que aquel arrogante charlatán de dudosa moralidad lo controlara le provocaba náuseas. Sabía que su mano era la perdedora y que Borjin controlaba la partida.

—Una cosa es tener crudo en el subsuelo, pero suministrarlo en noventa días es algo muy distinto —dijo el ministro sobriamente—. Su oferta decía que podríamos recibir el crudo en ese plazo de tiempo, pero no veo cómo puede ser posible.

—Hará falta un poco de esfuerzo por parte de ustedes, pero es perfectamente posible —contestó Borjin que, volviéndose hacia Tatiana, le pidió otro mapa. Ella desplegó uno que mostraba la región fronteriza entre el norte de China y Mongolia. Un entramado de trazos rojos llenaba la zona china del mapa.

—Son los oleoductos que tienen ustedes en la actualidad —explicó Borjin—. Eche un vistazo al que acaban de terminar en el noroeste entre Daqing y Pekín con su correspondiente ramal del puerto de Qinhuangdao.

Shinzhe estudió el mapa y se fijó en la pequeña cruz que marcaba un tramo que penetraba en Mongolia Interior.

—El oleoducto que indica esa cruz está a treinta kilómetros desde la frontera mongola y a cuarenta de la conducción que estoy construyendo hacia la frontera y que se halla casi terminada. Ustedes solo tienen que prolongar la tubería desde donde termina la mía hasta ese punto en su oleoducto de Daqing, y nuestro crudo empezará a llegarles.

—¿Cuarenta kilómetros de oleoducto? Eso no puede construirse en noventa días.

Borjin se levantó y paseó alrededor de la mesa.

—¡Vamos! Los estadounidenses tendieron quince kilómetros de vía férrea diarios cuando construyeron su ferrocarril transcontinental en 1860. Me he tomado la libertad de examinar el trayecto y dispongo de la tubería suficiente, que me ha proporcionado un suministrador. Por una cantidad adicional también puedo colaborar con mis propios equipos de excavación. Para un país que ha construido la presa de las Tres Gargantas, esto debería ser un juego de niños.

—Parece que ha estudiado a fondo nuestras necesidades —dijo Shinzhe con disimulado desprecio.

—Eso es algo que todo buen socio debería hacer —dijo Borjin sonriendo—. A cambio, mis exigencias son sencillas. Pagarán el barril a ciento cuarenta y seis *togrog*, es decir, el equivalente de ciento veinticinco dólares por barril. Tendrán acceso a los territorios del sur de Mongolia, lo que inofensivamente llaman «Región Autónoma de Mongolia» y me proporcionarán un oleoducto directo y exclusivo hasta el puerto de Qinhuangdao, donde también pondrán a mi disposición una terminal de carga desde donde pueda exportar mis excedentes de crudo.

El ministro no pudo contener un respingo ante aquellas exigencias; en ese momento, el mongol se volvió y se acercó a la ventana para contemplar los remolinos de polvo que se alzaban como lenguas de fuego. Entonces, un movimiento captó su atención, y miró hacia el patio. Dos figuras vestidas de negro corrían hacia el santuario. Borjin las observó mientras rodeaban la redonda estructura y las vio reaparecer y agacharse en la entrada. Se le hizo un nudo en la garganta. Se volvió hacia el ministro.

—Disculpe, pero debo atender un asunto urgente —le dijo.

Dio media vuelta antes de que el chino pudiera decir una palabra y salió a paso vivo de la sala de reuniones.

El viento había cesado momentáneamente, lo que obligaba a Pitt y a Giordino a permanecer a cubierto en el túnel. Pitt alzó la vista y admiró la alta arcada que conducía a la cámara principal del edificio de piedra. A pesar de que la construcción parecía antigua, saltaba a la vista que había sido recientemente restaurada, como demostraba la uniforme capa de mortero que fijaba las piedras. Pitt pensó que probablemente el palacio había sido construido en torno a la pequeña edificación de piedra.

—¿Qué es esto, un templo budista? —preguntó Giordino viendo el resplandor de las velas al final del corredor.

—Seguramente —contestó Pitt, sabedor de que el budismo era la religión predominante en Mongolia.

Ambos hombres, picados por la curiosidad, decidieron adentrarse por el amplio túnel hasta la cámara mientras esperaban a que el viento amainase.

Bajo el resplandor de una docena de antorchas y de gran cantidad de velas, Pitt y Giordino se sorprendieron al comprobar que se trataba más de un mausoleo que de un templo. A pesar de que un pequeño altar de madera se levantaba en el fondo, dos grandes sarcófagos de mármol ocupaban ambos lados de la cámara. Los féretros estaban hechos de piedra blanca y tenían un aspecto actual, lo que daba a entender que habían sido depositados allí hacía unos veinte o treinta años. Aunque Pitt no comprendía las inscripciones en cirílico grabadas en las losas, recordó los datos que Corsov le había dado sobre Borjin y supuso que se trataría de las tumbas de los padres del magnate.

Lo que lo confundía era lo que había en el centro de la cripta. Sobre un pulido pedestal de mármol, reposaba un ataúd de granito mucho más antiguo y lleno de inscripciones. Aunque no era particularmente grande, sus lados y su cubierta se veían llenos de ilustraciones de caballos y animales salvajes esculpidas y coloreadas con pintura. A pesar de que las imágenes eran nítidas, el tiempo había desgastado el color. En la cabecera del ataúd, se alzaban nueve mástiles de los que colgaban otras tantas pieles blancas como las que habían visto en la entrada de la residencia.

—Alguien pasó a mejor vida rodeado de lujo —comentó Giordino contemplando el féretro.

—El ilustre señor Borjin debe de descender de un linaje real —repuso Pitt.

Giordino miró hacia el fondo de la cámara y se fijó en un objeto que yacía tras el altar. No lo habían visto al entrar, pero el cuerpo que en esos momentos contemplaban se hallaba estirado en un banco tras el ara. Pitt y Giordino se acercaron y se sorprendieron al reconocer el cadáver: era Roy, medio cubierto por una fina manta y con la flecha sobresaliéndole todavía del pecho.

—Esto quiere decir que Theresa y Wofford siguen aquí —dijo Giordino con voz estrangulada.

—Confiemos en que no hayan seguido la misma suerte —comentó Pitt subiendo la manta para tapar la cara del cadáver.

Mientras se preguntaba si no habrían llegado demasiado tarde, la quietud de la cámara se rompió repentinamente por el ruido de pesadas botas que corrían por el suelo de piedra. Un segundo después, los dos centinelas que Pitt había visto al otro lado del patio irrumpieron en el mausoleo. Vestidos igual que los guardias de la entrada principal, no portaban armas convencionales, sino que cada uno llevaba una lanza de madera terminada en una afilada punta de hierro, un cuchillo enfundado en el cinto y, a la espalda, un carcaj de flechas y un arco. Eran las armas utilizadas por los jinetes mongoles de la antigüedad y, a corta distancia, eran tan letales como una pistola o un rifle.

Los centinelas frenaron su carrera cuando entraron en la cámara hasta que localizaron a Pitt y a Giordino cerca del altar; entonces se lanzaron contra ellos con las lanzas en ristre. Fue un golpe de buena suerte que los centinelas no les arrojaron las lanzas, sino que intentaran ensartarlos con ellas.

Giordino fue el primero en reaccionar. Cogió un pequeño banco que había cerca del altar y lo lanzó a las piernas de los guardias. Su puntería fue buena, y el banco golpeó al más cercano en las espinillas, barriéndole los pies y haciéndolo caer de bruces contra el suelo. Su lanza rodó inofensivamente a un lado.

El segundo guardia brincó por encima del banco como un saltador de vallas y cargó contra Pitt a toda velocidad. Éste se mantuvo sobre la punta de los pies, con las piernas preparadas y los ojos fijos en la punta de la lanza mientras esperaba que su atacante lo alcanzara. Desafiando toda razón, se mantuvo inmóvil proporcionando un blanco fijo. El guardia dio por hecho que su objetivo estaba paralizado de miedo y sería presa fácil, pero Pitt esperó y siguió observando hasta que el mongol estuvo apenas a unos pasos y echó la lanza hacia atrás para asestar el golpe fatal. Entonces, saltó a un lado al tiempo que tendía la mano izquierda y empujaba el asta de la lanza en la dirección opuesta. El guardia pasó ante él, cargando, y se dio cuenta con expresión de perplejidad que estaba asaeteando el vacío. Intentó girar la lanza hacia el lado, pero ya había empujado la punta del arma más allá del cuerpo de Pitt. Éste intentó agarrar la lanza, pero no lo consiguió y perdió la presa cuando el mongol giró sobre sí mismo y la blandió contra él. El asta de la lanza volteó y golpeó a Pitt en el hombro mientras se le escapaba de los dedos.

Ambos hombres perdieron el equilibrio y cayeron en distintas direcciones: el guardia, sobre el altar; y Pitt hacia la cripta. Pitt se puso en pie de un salto para enfrentarse a su atacante y retrocedió hacia el féretro de granito que se alzaba tras él. El mongol, prevenido ya contra Pitt, lo miró con recelo mientras recobraba el

equilibrio. Sujetó la lanza con fuerza, respiró hondo y cargó de nuevo con los ojos fijos en su enemigo, para no fallar.

Pitt, que se hallaba de espaldas contra la cripta, buscó desesperadamente un arma con la que defenderse; vio que Giordino se lanzaba contra el guardia caído. Ocupado en reducirlo, su amigo no podía serle de ayuda. Entonces, Pitt se acordó de los mástiles.

Las astas de madera estaban empotradas en bases individuales de mármol, en la cabecera del féretro. Pitt retrocedió rápidamente hacia ellas y, disimuladamente, agarró una con la mano derecha. El guardia no dio importancia al movimiento y simplemente varió la dirección de su arremetida. Pitt vaciló hasta que tuvo al mongol a una docena de pasos de distancia. Entonces, sacó rápidamente el asta de su sitio y la blandió ante sí. Con sus dos metros de altura, el mástil era más largo que la lanza del centinela. Con la perplejidad reflejada en el rostro, el mongol intentó vanamente detener su carrera. La roma punta del mástil, empujada por Pitt con todas sus fuerzas, lo golpeó de lleno en el estómago. El desdichado saltó por los aires y cayó de rodillas, jadeando y en busca de aire. El golpe le había arrancado la lanza de las manos, y el arma rodaba por el suelo. Desdeñando a Pitt, el mongol se arrastró hacia ella antes de levantar los ojos con horror. La base de mármol del mástil se precipitaba contra él igual que una maza de demolición. Intentó agacharse, pero el impacto lo alcanzó en el cráneo; se quedó tendido en el suelo, completamente inconsciente.

—Ya no hay respeto por la propiedad ajena —comentó al ver que la base de mármol del mástil se estrellaba en el suelo.

Pitt lo miró y vio que su amigo se frotaba el puño al tiempo que se levantaba sobre el cuerpo sin sentido del primer guardia.

—¿Estás bien?

—Mucho mejor que mi amigo aquí presente. ¿Qué te parece si salimos de aquí antes de que se presenten más de estos lanceros reales?

Pitt cogió una de las lanzas del suelo, y ambos salieron a toda prisa de la cámara. El viento silbaba en la entrada cuando se agacharon y se asomaron al exterior. Lo que vieron no los alegró precisamente.

Dos jinetes, vestidos con túnicas de seda de brillantes colores y cascos empenachados montaban guardia con sus monturas junto a la puerta de la residencia en sustitución de los dos centinelas de a pie. No lejos de allí, otro jinete peinaba la zona en busca del rastro de Pitt y Giordino. Sabiendo que nada bueno les esperaba si se quedaban allí, y aprovechando una racha de viento, los dos amigos salieron arrastrándose entre el polvo hacia el lado opuesto de la entrada y rodearon el mausoleo de piedra. Mientras se movían hacia la parte de atrás de la estructura de piedra, vieron el ala derecha del palacio y divisaron a una docena de jinetes que, igualmente ataviados, cabalgaban en su dirección; sin embargo, a diferencia de los

centinelas que habían visto hasta entonces, aquellos parecían llevar rifles.

—¡Buen momento para que se presente la caballería! —exclamó Giordino.

—Nos despeja un poco la ruta de salida —repuso Pitt, sabiendo que tendrían que cruzar a toda prisa el patio y retroceder por donde habían llegado para evitar la patrulla.

Llegaron a la caballeriza cubierta que había junto a la cripta y entraron agachados para atajar hacia el otro lado. Mientras corrían entre los montones de cajas y equipo, Pitt echó un rápido vistazo al antiguo y polvoriento coche aparcado en la parte de atrás; le sorprendió que fuera como un Rolls Royce de 1920. Se disponía a pasar por encima de la valla de madera cuando un objeto siseante pasó junto a su oreja. Se volvió y vio que una flecha se había clavado en una caja cercana, a escasos centímetros de la cabeza de Giordino.

—¡Cuidado! —gritó mientras se agachaba, y otra flecha pasaba silbando.

El italiano ya se había protegido tras un barril de madera cuando el proyectil se clavó en un poste cercano.

—¡Hay un cuarto jinete! —advirtió Giordino, asomándose por encima del barril.

Pitt observó el patio y, junto a un seto, vio al jinete que tensaba el arco y se disponía a disparar una tercera flecha. Esa vez, el objetivo era él. Acababa de agacharse tras un carro cuando el proyectil pasó silbando. Sin perder un segundo, Pitt salió de su escondite y se lanzó hacia el jinete. Era su oportunidad de contraatacar. Mientras el mongol cargaba nuevamente su arco, Pitt le arrojó con todas sus fuerzas la lanza que había cogido en la cripta.

El jinete se hallaba a casi quince metros de distancia, pero Pitt tenía buena puntería, y la lanza voló hacia el hombre a caballo. Solo un rápido quiebro lo salvó de morir atravesado. Aun así, la afilada punta le acertó en el brazo derecho, por encima del codo. Se aferró el brazo para contener la hemorragia, y el arco se le cayó de las manos.

Sin embargo, para Pitt y Giordino el respiro fue breve. Los otros tres jinetes se apresuraron a cerrar filas junto a su herido compañero y prosiguieron con la lluvia de flechas. La trápala del otro grupo de caballos, que se acercaba a todo galope, resonó por encima del ulular del viento, al otro lado de la caballeriza. En cuestión de minutos, el aire se llenó de afilados dardos que se clavaban en las cajas de madera y en los carros con fuerza letal. Los arqueros eran muy diestros, y sus flechas seguían los menores movimientos de Pitt y Giordino como si fueran imanes. De no haber sido por las violentas rachas de viento, los dos amigos habrían sido abatidos enseguida, pero las nubes de polvo entorpecían la visión de los jinetes, y el vendaval desviaba sus proyectiles. Por su parte, Pitt y Giordino hacían lo posible por mantener a raya a sus atacantes.

A pesar de estar desarmados, habían improvisado una defensa de la mejor manera

posible. En los carros encontraron un sinfín de herramientas y objetos diversos que emplearon como proyectiles. Giordino se mostró particularmente hábil en el lanzamiento de picos de doble punta; consiguió clavar uno en el muslo de un jinete y derribar a otro del caballo de un certero lanzamiento. Por el momento, aquella táctica les servía para contener a los mongoles, pero éstos sabían que los tenían atrapados.

Durante la lucha, el viento había sido el aliado de Pitt y Giordino y les había proporcionado cobertura levantando nubes de polvo y desviando los disparos de los arqueros; pero las rachas cesaron de repente, como si los dioses hubieran decidido tomarse un respiro para descansar. Mientras el polvo se posaba y cesaba el ulular, la calma que se apoderó del ambiente se convirtió en un ominoso mensaje para los dos amigos atrapados. Totalmente visibles en medio de la caballeriza, se convirtieron en el blanco de todas las flechas que les arrojaban con incesante furia. Levantarse para luchar habría significado la muerte instantánea, de modo que soltaron las herramientas, se arrojaron al suelo y rodaron bajo un carro para protegerse. Una docena de flechas clavaron sus afiladas puntas en el costado del vehículo, a escasos centímetros de sus cabezas. Los disparos empezaron a sonar desde el otro lado de la cerca; los jinetes de la segunda patrulla habían empezado a disparar.

—La verdad, no me apetece hacer de general Custer —masculló Giordino a quien le corría un hilillo de sangre por la cara provocado por una astilla voladora—. Pero no creo que hagan caso si ondeamos un pañuelo blanco.

—No es probable —contestó Pitt, acordándose de Roy.

Una flecha se clavó en la rueda del carro, justo a su lado, y rodó instintivamente para apartarse hasta que una protuberancia le golpeó en la espalda y lo obligó a detenerse. Volvió la cabeza y vio un objeto cubierto por una sucia lona, junto al carro. Una nueva andanada de flechas lo obligó a aplastarse en el suelo, junto a Giordino.

—¿Qué te parece si aprovechamos la próxima racha de viento para lanzarnos contra uno de los jinetes? —propuso Giordino—. Tú coges las riendas, yo al jinete y ya tenemos una montura. La única manera de salir de aquí con vida es procurarnos un caballo.

—Es arriesgado, pero seguramente es nuestra única escapatoria —repuso Pitt, que rodó a un lado para observar la situación y apartó sin querer un pedazo de la lona que cubría el objeto junto al carro. Giordino vio un destello en los ojos de su amigo cuando éste levantó la tela y vio lo que había debajo.

—¿Cambio de planes? —preguntó.

—No —contestó Pitt—. Es solo que vamos a salir de aquí a lomos de otro tipo de caballo.

La radio montada en la pared crepitó al recibir la señal, para dejar paso después a una voz. El fuerte viento provocaba un fondo de estática que amortiguaba la grave voz, pero la proximidad de la transmisión proporcionaba una potente señal.

—Los tenemos rodeados detrás del santuario. Llegaron con la delegación china como escoltas de seguridad proporcionados por nuestro gobierno, pero según parece, se trata de impostores. Mis hombres que se quedaron encerrados en la cámara acústica dicen que no son chinos y que parecen rusos.

—Ya veo —contestó Borjin, hablando por el micrófono en tono irritado—. Puede que sean agentes del gobierno o, lo que es más probable, espías de alguna empresa petrolífera rusa. Asegúrate de que no salen con vida del recinto, pero no disparéis hasta que la delegación china se haya marchado. ¡Ah!, espero un informe completo de por qué no se les localizó en cuanto llegaron.

Borjin dejó el micrófono y cerró el aparador de caoba que ocultaba el transmisor. Salió de la antesala y caminó por el pasillo para regresar a la sala de reuniones. El ministro de comercio chino se encontraba de pie junto a los ventanales, contemplando la tormenta de polvo, perdido en sus propios y confusos pensamientos.

—Disculpe la interrupción —dijo Borjin tomando asiento con una crispada sonrisa—. Dos de sus escoltas han tenido un lamentable accidente y me temo que no podrán acompañarlo en su viaje de regreso. Naturalmente, si usted lo desea, yo mismo le facilitaré unos sustitutos.

Shinzhe asintió con aire ausente.

—¿Y los disparos que acabamos de oír ahí fuera? —preguntó.

—No son más que los habituales ejercicios de tiro de mis guardias de seguridad. No hay razón para alarmarse.

El ministro siguió mirando por la ventana con rostro inexpresivo mientras su mente se centraba en el asunto que lo había llevado hasta allí. Al fin, como si sintiera el peso de la edad, se volvió lentamente y se sentó frente al magnate.

—Su propuesta es lo más parecido que he visto a un chantaje, y sus exigencias resultan absurdas —dijo, permitiendo por primera vez que aflorara su enfado.

—Mis exigencias no son negociables, y no me parecen absurdas para un país que, de no aceptarlas, se verá abocado a una recesión económica sin precedentes —siseó venenosamente Borjin.

Shinzhe miró a su anfitrión con desprecio. Desde el momento en que lo había visto por primera vez, aquel arrogante y prepotente magnate le había caído mal. A pesar de sus diplomáticos modales, saltaba a la vista que aquel hombre no sentía el menor respeto por China ni por el importante papel que ésta representaba ante el mundo. Le desagradaba la idea de tener que negociar, pero al mismo tiempo era

consciente de que los hombres fuertes del partido —y el presidente en particular— esperaban llegar a un trato con respecto al suministro de crudo. Temía, y con razón, que el líder supremo estuviera dispuesto a aceptar tan abominable propuesta, y pensó que ojalá hubiera otra alternativa.

—Ministro Shinzhe, debe contemplar esta transacción desde la perspectiva del beneficio mutuo que nos aportará —prosiguió Borjin en tono más conciliador—. China conseguirá el petróleo que necesita para que su economía siga creciendo. Yo conseguiré un contrato de suministrador a largo plazo, y la República Autónoma de Mongolia recuperará el lugar que le corresponde como parte de una Mongolia mayor.

—Inmiscuirse en la soberanía de un territorio no es algo que pueda hacerse a la ligera.

—No hay nada significativo ante lo que China deba rendirse. Ambos sabemos que esa región no es más que un territorio rural habitado por pastores mongoles. Mi interés en reunificarla nace del deseo cultural de recuperar las tierras que en su momento pertenecieron a nuestra nación.

—Puede que esté en lo cierto al decir que se trata de un territorio de escaso valor. Aun así, resulta en extremo infrecuente que una empresa privada se implique en intercambios territoriales.

—Tiene usted razón. Lo cierto es que mi gobierno no sabe una palabra de nuestras negociaciones, pero estoy seguro de que le parecerá un verdadero regalo desde un punto de vista político; un regalo que será recibido con los brazos abiertos por las masas.

—Y del cual, no me cabe duda, usted se beneficiará adecuadamente.

—En mi condición de intermediario, he asignado una parte de los derechos de explotación de esos territorios a mi empresa, pero solo representan una pequeña parte del total. —Sonrió perversamente y entregó una voluminosa carpeta a su interlocutor—. Ya he preparado los documentos necesarios para que nuestros países los firmen. Me gustaría tener conocimiento a la mayor brevedad posible de la aceptación por parte de su gobierno.

—Mañana por la tarde presentaré mi informe al secretario general del partido y este decidirá. No obstante, debo advertirle que su negativa a discutir los términos del acuerdo pueden hacerlo inviable.

—Pues que así sea. Mis exigencias están claras. —Borjin se levantó—. Espero que disfrutemos de una larga y fructífera colaboración, ministro Shinzhe —declaró, haciendo una profunda pero escasamente sincera reverencia.

Shinzhe se levantó y correspondió levemente. Acto seguido salió de la sala seguido de su comitiva. Borjin y Tatiana siguieron a la delegación hasta la puerta y los observaron mientras se dirigían a toda prisa a sus vehículos, tropezando entre las nubes de polvo. Cuando las luces traseras de los automóviles desaparecieron tras la

verja de entrada, Borjin cerró la puerta de la mansión y se volvió hacia Tatiana.

—La fruta está madura para que la recojamos —le dijo caminando por el pasillo.

—Sí, pero los riesgos son muchos. Para ellos no será fácil entregar los territorios de Mongolia Interior. Puede que empiecen a sospechar algo.

—Tonterías. Los chinos pueden comprender el deseo cultural de Mongolia de buscar la reunificación de sus antiguos territorios. Es una tapadera perfecta. Y no deja de ser una jugosa ironía que vayan a entregarnos los territorios que nosotros explotaremos para venderles el petróleo que necesitan.

—Cuando se enteren de la verdad no les hará ninguna gracia. Puede que den por nulo el acuerdo o hagan algo peor. Además, no estarán dispuestos a pagar precios superiores a los del mercado.

—Eso último es muy sencillo. Con la nueva tecnología que hemos desarrollado podemos hacer que los mercados se inestabilicen durante años y aprovecharnos de ello. Ya lo hemos demostrado en el golfo Pérsico y podemos repetirlo en cualquier parte.

Llegaron a la sala de reuniones, entraron y se dirigieron al pequeño bar lleno de botellas de licor. Borjin cogió una de coñac y sirvió dos copas.

—Mi querida hermana, ya hemos ganado. En cuanto el crudo empiece a fluir, tendremos a los chinos cogidos por el gaznate y no se atreverán a echarse atrás. Pero si cambiaran de parecer, no tendríamos más que acelerar el oleoducto a Siberia y conectarnos a Najodka. Entonces podremos vender nuestro crudo a Japón y al resto del mundo y reírnos en sus narices.

—Sí, gracias al incidente del barco incendiado de nuestro hermano en Ningbo, los chinos están en un serio aprieto.

—Sí. Temuge ha hecho verdaderos milagros, ¿verdad?

—No estoy tan segura. No es necesario que te recuerde que estuvo a punto de matarme en el lago Baikal, ¿verdad?

—Aquella ola fue una consecuencia imprevista. En cualquier caso, ahora estás a salvo —contestó Borjin en tono paternal—. Tienes que admitir que ha sido de lo más efectivo. Piensa en la dificultad de coordinar la destrucción del oleoducto siberiano con el incendio del puerto chino. Además, el equipo que reunió en el golfo Pérsico ha sido de lo más eficaz. Después de la próxima demostración en Oriente Próximo, los chinos vendrán a suplicarnos de rodillas.

—¿Y Temuge está en el Pacífico, rumbo a Estados Unidos, para el golpe final?

—Sí. Ya se han hecho a la mar. El equipo del Baikal llegó a Seúl hace dos días. Partieron poco después. Envié al grupo de excavaciones de Jentii con Temuge, ya que tuvimos que cesar nuestras operaciones tras el incidente con el equipo de prospecciones ruso.

—De todas formas, sus trabajos de búsqueda no han dado frutos. A juzgar por la

cripta vacía que encontramos cerca de la de Gengis Khan hay que concluir que la otra fue saqueada o que nunca fue enterrado allí. Es un misterio por qué los tesoros nunca han aparecido.

—Poco importa. Los chinos no tardarán en proporcionarnos grandes cantidades de efectivo. Tendremos que esperar unas semanas antes de la próxima crisis petrolera —dijo con una sonrisa—. Luego, se mostrarán más que dispuestos.

Borjin salió de la sala de reuniones y se acercó a la escalera seguido de cerca por su hermana. Se detuvieron en el rellano y alzaron sus copas ante el enorme retrato del guerrero mongol que colgaba de la pared.

—El primer paso está dado. Estamos en camino de restaurar las riquezas y la gloria de la Horda de Oro.

—Nuestro padre estaría orgulloso —dijo Tatiana—. Él lo ha hecho posible.

—¡Brindo a la salud de nuestro padre y de nuestro señor, Gengis! —exclamó Borjin tomando un sorbo de coñac—. ¡Que las conquistas empiecen de nuevo!

En la parte trasera de la residencia, el jefe de seguridad se sujetó la radio en el cinto. El corpulento sujeto, que respondía al nombre de Batbold, acababa de saber que la delegación china había salido del recinto; por lo tanto, ya podía acabar a tiros con los dos intrusos de las caballerizas, si seguían con vida.

Los torbellinos de polvo oscurecían el interior del recinto, pero la lluvia de flechas y plomo probablemente habría abatido a los dos espías. Éstos habían renunciado a sus inútiles intentos de arrojarles objetos. De hecho, hacía varios minutos que no daban señales de vida; llegó a la conclusión de que sin duda estarían muertos. Para asegurarse ordenó una andanada más de flechas y de disparos; luego, gritó alto el fuego.

Tras desenvainar la corta espada que llevaba al cinto, Batbold y tres de sus hombres desmontaron y se dirigieron a la caballeriza a examinar los cuerpos. Se hallaban a unos tres metros de la valla cuando oyeron que alguien rompía una de las cajas de las caballerizas. Mientras Batbold y sus hombres se detenían en seco, se oyó un golpe metálico seguido de un sordo ronroneo que se apagó lentamente. El jefe de seguridad dio un cauteloso paso adelante y vio que algo se movía detrás de uno de los carros mientras el ruido se repetía una y otra vez.

—¡Allí! —exclamó, señalando una de las carretas—. ¡Disparad!

Cuando los tres guardias se echaron las carabinas al hombro, un fuerte petardeo sonó ante ellos; un montón de cajas salieron volando de la caballeriza y derribaron un pedazo de valla. Al instante, un objeto se lanzó contra ellos en medio de un ruido ensordecedor.

Batbold miró estupefacto la motocicleta roja y el sidecar que se le echaban encima. Nadie parecía conducirla, y en el lugar del conductor y del pasajero solo se veían dos cajas. Dando un paso atrás, Batbold comprendió que sus ojos lo engañaban y blandió la espada ante él para defenderse de la máquina que se acercaba, pero fue demasiado tarde.

Cuando la moto pasó a su lado como una exhalación, Giordino salió de la caja igual que un muñeco de resorte. En sus manos sujetaba una pala cuadrada con la que asestó un golpe al jefe de seguridad; acertó de pleno en la mandíbula con un seco chasquido. El hombre se desplomó en el suelo con la sorpresa pintada en el rostro.

La motocicleta cargó contra los otros tres guardias que seguían a Batbold; los mongoles corrieron despavoridos sin disparar un solo tiro. Uno de ellos tropezó y cayó bajo las ruedas del sidecar. Otro consiguió ponerse a salvo, pero el tercero fue alcanzado en la nuca por la pala de Giordino, que lo dejó tendido en el suelo.

Mirando por la rendija de la caja de madera que se había echado encima de los hombros, Pitt esquivó los jinetes armados con rifles y dirigió la motocicleta hacia el

grupo de arqueros. Viendo un hueco entre los caballos, se lanzó por él para escapar del cerco.

—¡Mantente agachado! —le dijo a Giordino—. ¡La fiesta no ha hecho más que empezar!

Segundos después, una lluvia de flechas empezó a rebotar en el sidecar y a clavarse en sus improvisadas armaduras de madera. Pitt notó que algo le hacía un corte en el muslo, y probablemente habría notado el caliente goteo de la sangre si no hubiera tenido la mente centrada en otras cosas.

La antigua motocicleta corrió hacia la línea de arqueros dejando un rastro de humo azul debido a una mala carburación. Tal como Pitt había esperado, el grupo armado con fusiles no se atrevió a disparar por miedo a herir a sus compañeros; pero los arqueros no tuvieron tantos miramientos y soltaron una nueva descarga.

Pitt intentó esquivar los dardos y cargó directamente contra uno de los caballos. El asustado animal se encabritó y se apartó bruscamente para dejar pasar al ruidoso vehículo, lo que obligó a su jinete a agarrarse para no salir despedido. Pitt captó el reflejo de una lanza, que pasó a escasos centímetros de su rostro y se clavó en el suelo. Enseguida vio que dejaba atrás al encabritado caballo y la línea de arqueros y aceleró para salir del patio.

Giordino se dio la vuelta en el sidecar y se asomó por encima de la caja que le servía de protección. Los jinetes se habían reagrupado y se lanzaban en persecución de la motocicleta.

—¡Siguen detrás de nosotros! —gritó—. Voy a jugar un rato con esos tíos. ¡Avísame cuando lleguemos al salto de esquí!

—¡Se acerca! —contestó Pitt.

Antes de subirse a la moto, Giordino había visto un saco lleno de herraduras en una de las carretas y lo había cogido. En esos momentos se disponía a utilizarlas como proyectiles. Asomándose por encima de la caja, empezó a arrojarlas al jinete más próximo. Las piezas de hierro no eran fáciles de manejar, pero enseguida se dio cuenta de sus cualidades aerodinámicas y no tardó en dar en el blanco. Derribó a dos jinetes y desvió el tiro de algunos más, lo que obligó a sus perseguidores a mantener la distancia.

Mientras, en el asiento del piloto, Pitt conducía la motocicleta a todo gas por el borde del patio. Cuando había visto la moto checoslovaca en la caballeriza, pensó que no sería más que un montón de chatarra inútil, pero aquella Jawa 500 OHC de 1953 todavía tenía aire en sus neumáticos y unos cuantos litros de gasolina en el depósito. Con la séptima patada a la palanca de arranque, el viejo bi-cilíndrico había cobrado vida ofreciéndoles una remota posibilidad de escapar.

La buena puntería de Giordino con las herraduras les había proporcionado cierta ventaja sobre los jinetes; de repente, Pitt giró el manillar y enfiló hacia el límite

trasero de la propiedad.

—¡Abrochate el cinturón! ¡Estamos a punto de despegar! —gritó a su amigo.

Giordino se encogió en el sidecar y se aferró con una mano al asidero que tenía delante mientras con la otra sujetaba la última herradura que le quedaba.

La parte de atrás de la propiedad no estaba amurallada, ya que terminaba en un abrupto precipicio. Pitt sabía que se trataba de un intento suicida, pero no tenían otra vía de escape. Frenó al llegar al borde y se lanzó por la pendiente.

Notó que el estómago se le encogía cuando el terreno desapareció bajo las ruedas y la moto cayó hacia delante. Los primeros diez metros eran de caída casi vertical, y prácticamente volaron por el aire antes de que el neumático delantero tocara el suelo. La motocicleta rebotó sin control, haciendo que las cajas que los protegían salieran despedidas. Las improvisadas armaduras, llenas de flechas, saltaron en pedazos al estrellarse. Aunque sin duda les habían salvado la vida, Pitt se alegró de verse libre de tan molesto impedimento y se concentró en intentar mantener el control de la moto.

Con el peso del sidecar, lo lógico hubiera sido volcar al tocar el suelo, pero Pitt sujetó con fuerza el manillar y se desplazó para compensar el mal aterrizaje. Luchando contra el instinto de ponerse de través, mantuvo la moto enfilada hacia la pendiente. La inercia del impulso estabilizó el vehículo a pesar de que descendían por el barranco a toda velocidad. La herradura de Giordino pareció darles buena suerte porque no tropezaron con ningún obstáculo importante durante el descenso. De vez en cuando, algunos fragmentos de piedra rebotaban ante ellos, y Pitt dedujo que se trataba de los disparos que les hacían desde lo alto. Sin embargo, el petardeo de la motocicleta unido al ulular del viento acallaban el sonido del fuego. Una racha levantó una nube de polvo que los ocultó de los disparos, pero también cegó a Pitt, que siguió sujetando el manillar con todas sus fuerzas mientras rogaba que no tropezaran con una piedra o un árbol en su camino.

Desde el borde del barranco, los guardias dispararon sus rifles contra la moto, que se alejaba envuelta en una nube de polvo. Acto seguido, media docena de jinetes se lanzaron en su persecución. Para los caballos el descenso fue lento inicialmente; pero, una vez pasada la primera pendiente, los jinetes cobraron velocidad.

En la moto, Pitt y Giordino seguían sujetándose como podían mientras el vehículo se precipitaba barranco abajo a más de cien kilómetros por hora. Al darse cuenta de que no contribuía a aminorar la velocidad, Pitt soltó por fin el freno trasero, que había mantenido bloqueado desde el principio.

Tras varios segundos rodando casi en vertical, la pendiente se fue suavizando. Seguía siendo muy pronunciada, pero ya no tenían la sensación de caer en el vacío, y Pitt empezó a esquivar los matojos que llenaban la ladera y las piedras más grandes. Al pasar sobre una grieta, perdieron el contacto con sus asientos, pero pudieron recuperar su posición antes del siguiente bache. Pitt tenía la sensación de que sus

riñones se aplastaban con cada salto.

En varias ocasiones, la motocicleta patinó hacia un lado o hacia otro, a punto de volcar; pero, cada vez, Pitt consiguió enderezarla con la ayuda de Giordino que, desde el sidecar, iba cambiando el peso de lado para mantenerla equilibrada. Pitt no podía sortear todos los obstáculos, y el sidecar no dejaba de llevarse por delante piedras y arbustos. Su afilado morro no tardó en ofrecer el aspecto de haber sido golpeado con un enorme mazo.

Poco a poco, la pendiente fue perdiendo inclinación, y las piedras y los arbustos dejaron paso a una estepa de hierba seca. Pitt simplemente tuvo que acariciar el acelerador para mantener la velocidad en ese terreno más llano. El viento seguía soplando con la misma fuerza de antes y parecía darle directamente en la cara. Las nubes de polvo eran espesas y constantes y reducían la visibilidad a unas decenas de metros.

—¿Nos persiguen aún? —preguntó Pitt a gritos.

Giordino asintió. Echaba constantes vistazos hacia atrás y había visto que el grupo de jinetes iniciaba su descenso por la ladera de la montaña. Aunque sus perseguidores se hallaban lejos, y las nubes de polvo los ocultaban de su vista, el italiano era consciente de que la persecución no había hecho más que comenzar.

Pitt también lo sabía. Mientras la motocicleta siguiera avanzando, se mantendrían por delante de sus perseguidores, pero su carrera iba a convertirse en una lucha por despistarlos; confió en que la tormenta de arena ocultara sus huellas. En cualquier caso, ahora sus vidas dependían de una vieja motocicleta con una limitada cantidad de gasolina.

Pitt pensó en la moto checa. Las Jawa habían empezado a construirse antes de la guerra en una fábrica que también producía granadas de mano y armas diversas. Conocidas por sus ligeros pero potentes motores, las Jawa de posguerra habían sido motos técnicamente avanzadas y con fama de robustas, al menos hasta la nacionalización de la fábrica. El caso era que el motor seguía funcionando sin inmutarse. Pitt, consciente de que cuanto más distancia pusiera entre los jinetes y ellos mejor les iría, se dijo que sacaría a la moto todo el jugo que pudiera. Apretó los dientes y aceleró a fondo aferrando el manillar entre una arremolinada nube de polvo.

La oscuridad cayó rápidamente en las vastas y ondulantes estepas. Altas nubes empujadas por el viento ocultaban la luna y las estrellas sumiendo el paisaje en una profunda negrura. Solo un haz de luz asomaba de vez en cuando en el seco terreno, pero desaparecía enseguida en una nube de polvo que acompañaba el rumor de un motor bi-cilíndrico de cuatro tiempos, cuyo constante petardeo sonaba rítmicamente.

La motocicleta checa con su sidecar surcaba la planicie de hierba como una moto de agua planeando sobre las olas. La vieja Jawa gruñía y protestaba en cada bache y en cada salto, pero seguía adelante infatigablemente. A Pitt le dolía la mano de acelerar constantemente, pero estaba decidido a extraer toda la potencia de la antigua máquina. A pesar de ir a campo traviesa y del bamboleante sidecar, conseguía mantener una velocidad de casi setenta kilómetros por hora. A semejante ritmo ampliaban la ventaja sobre sus perseguidores a cada kilómetro que pasaba, pero eso era irrelevante puesto que los neumáticos dejaban una huella en el suelo que indicaba claramente la dirección que tomaban.

Pitt había confiado en encontrar algún cruce que pudiera utilizar para borrar su rastro. En una ocasión, vio una luz en la lejanía y se dirigió hacia ella, pero el breve rayo se desvaneció en una nube de polvo y se encontraron rodando en la negrura. A pesar de que no se veía ninguna carretera bajo el mortecino resplandor del faro, Pitt percibía que el paisaje estaba cambiando. Las ondulantes colinas se habían suavizado y la hierba del suelo disminuía. El terreno sin duda era menos abrupto, se dijo Pitt, que hacía rato que no oía las maldiciones que soltaba Giordino cada vez que pasaban por un bache. Las colinas no tardaron en desaparecer, y la tupida pradera se convirtió primero en una rala superficie y, después, en un terreno de tierra salpicado de matojos.

Habían entrado en los límites septentrionales del desierto de Gobi, un antiguo y desecado mar interior que ocupa el tercio inferior de Mongolia. Más parecido a una pedregosa llanura que a un ondulante mar de arena, el árido paisaje constituye el hogar de una rica fauna de gacelas, halcones y otros animales salvajes que medran en un territorio en otros tiempos poblado de dinosaurios. Pero ningún animal era visible para Pitt y Giordino, que apenas conseguían distinguir los afloramientos de granito que surgían entre la arena. Pitt se apoyó en el manillar para girar, alrededor de un peñasco antes de meterse por una garganta entre grandes rocas que al final desembocó en una vasta llanura.

La moto cogió velocidad cuando sus neumáticos rodaron sobre terreno más duro; Pitt se vio rodeado por torbellinos de polvo que reducían aún más la visibilidad. La máquina de tres ruedas siguió avanzando por el desierto durante otra hora, aplastando matojos y pequeñas piedras con rítmica regularidad, pero el motor empezó a toser y a

ahogarse. Pitt consiguió rodar unos kilómetros más en reserva hasta que el depósito quedó tan seco como el paisaje que los rodeaba; la moto se detuvo al lado de lo que parecía el lecho arenoso de un antiguo río.

El silencio del desierto los envolvió. Solo el viento que soplaba en los matorrales y la arena que se arremolinaba a escasa distancia del suelo pusieron a prueba su oído, ensordecido por el atronador petardeo del tubo de escape. El cielo empezó a aclararse, y el viento redujo su fuerza a unas rachas ocasionales. Algunas estrellas que se asomaban en lo alto arrojaban una leve claridad en el desierto paisaje.

Pitt se volvió hacia Giordino y lo encontró cubierto de polvo. En la penumbra vio que el rostro, el pelo y la ropa de su amigo estaban enterrados bajo una capa de arenosa suciedad. Increíblemente, su amigo se había quedado dormido en el sidecar con las manos aferradas al asidero. La repentina quietud y la falta de traqueteo acabaron por despertar al italiano, que abrió los ojos y observó el desolado paisaje que los rodeaba.

—Espero que no me hayas traído hasta aquí para ver carreras de galgos —masculló.

—No —contestó Pitt—. Lo que tenemos en el programa de esta noche son carreras de caballos.

Giordino saltó del sidecar y se estiró mientras Pitt se examinaba su herida del muslo. La flecha le había rozado la pierna antes de empotrarse en las aletas del motor. Hacía rato que la herida había dejado de sangrar, pero le había dejado un rastro de sangre seca que le goteaba hasta el pie.

—¿Qué tal la pierna? —preguntó Giordino, fijándose por primera vez en la herida.

—Bien, pero un poco más y me clava a la moto —contestó Pitt arrancando la flecha de entre las aletas de los cilindros.

Giordino se volvió en la dirección por la que habían llegado.

—¿A qué distancia crees que estarán?

Pitt calculó mentalmente el tiempo y la distancia transcurridos desde su accidentada salida de Xanadú.

—Dependerá del ritmo que lleven. Yo diría que contamos con una ventaja de unos treinta kilómetros. La patrulla no habrá podido mantener al galope a sus caballos mucho rato, de modo que se habrá contentado con trotar.

—Supongo que no había un atajo para bajar rápidamente de la montaña. De lo contrario habrían enviado vehículos en nuestra persecución.

—Yo me temía un helicóptero, pero tampoco podrían haber volado en medio de esa tormenta de arena.

—Con un poco de suerte les habrán salido llagas en el culo de tanto montar y habrán tirado la toalla o lo habrán dejado correr hasta mañana. Eso nos daría tiempo

para salir de este lugar.

—Pues no creo que haya ninguna parada de autobús por los alrededores — contestó Pitt, que cogió el manillar y barrió el desierto con la luz del faro. Un alto promontorio rocoso se extendía a su derecha. Aparte de eso, el terreno era llano como una mesa de billar.

—En lo que a mí concierne, después de ese centrifugado bajando la montaña, estirar las piernas me va de perlas. ¿Quieres seguir avanzando contra el viento? — preguntó señalando las huellas dejadas por la motocicleta.

—Primero tenemos que hacer un truco de magia —repuso Pitt.

—¿Qué truco?

—Hacer desaparecer una moto en medio del desierto —dijo Pitt con una sonrisa.

Muy pronto, los seis jinetes habían renunciado a seguir el veloz ritmo de la motocicleta y habían reducido su marcha a un paso vivo que los caballos pudieran mantener sin esfuerzo. Aquellos caballos mongoles eran unos animales muy resistentes, criados para aguantar. Descendientes de la raza que había conquistado Asia, eran famosos por poder vivir con escasas raciones de comida y agua y, aun así, no desfallecer. Bajos, recios y de aspecto no particularmente elegante, su resistencia no la igualaba ninguna otra raza.

El grupo de jinetes llegó a la base de la montaña, donde el jefe de la patrulla, un tipo de rostro adusto, se detuvo bruscamente y examinó el suelo con sus ojos de pesados párpados. A continuación, sacó una linterna e iluminó un par de huellas que se abrían paso por la pradera. Las estudió detenidamente y, una vez satisfecho, guardó la linterna, azuzó a su caballo y trotó tras los surcos seguido por el resto de sus hombres.

El jefe de la patrulla calculó que la vieja motocicleta no había podido recorrer más que otros treinta kilómetros. Por delante de ellos solo había estepa y desierto, y estos prácticamente no ofrecían lugares donde esconderse en muchos kilómetros a la redonda. Calculó que si conservaban los caballos conseguirían dar caza a los fugitivos en menos de ocho horas. En cualquier caso, no tenía necesidad de llamar pidiendo vehículos de refuerzo del recinto. La misión no representaba ningún desafío para sus hombres. Todos ellos habían aprendido a montar a caballo antes que a caminar; la forma de sus piernas así lo demostraba. Los fugitivos no tenían escapatoria. Unas horas más y los hombres que habían puesto en ridículo a los guardias de seguridad de Xanadú estarían muertos.

Continuaron cabalgando en plena noche, azotados por el viento, mientras seguían las huellas dejadas por la motocicleta. Al principio, las rachas de viento les llevaban el lejano petardeo del motor, pero el sonido no tardó en desvanecerse en las distantes colinas, y los jinetes se sumieron en el silencio de sus propios pensamientos. Cabalgaron durante cinco horas y solo se detuvieron cuando llegaron a la pedregosa

llanura que marcaba la linde del desierto.

Las huellas de los neumáticos eran más difíciles de seguir en la dura superficie, por lo que los jinetes perdían el rastro a menudo y debían dar vueltas hasta que volvían a encontrarlo a la luz de las linternas. Cuando faltaba poco para que amaneciera, los fuertes vientos que los habían cegado con arena toda la noche por fin empezaron a amainar. Con la luz del día, las huellas se hicieron más visibles, y los jinetes avivaron el paso. El jefe de la patrulla envió un rastreador por delante para avisar al grupo si las huellas desaparecían en alguna zona donde el terreno fuera particularmente duro.

El grupo siguió el rastro hasta un lecho arenoso cerca del cual se alzaba un promontorio rocoso. Más adelante, el terreno se convertía en una llanura lisa como la palma de la mano. Los surcos de las ruedas serpenteaban por el lecho y se perdían en la distancia, hendiendo claramente el duro suelo. Los jinetes se disponían a galopar un rato cuando el jefe reparó en el rastreador, que se había detenido un poco más adelante. El hombre se volvió hacia el jefe de la patrulla con expresión perpleja cuando el grupo llegó a su altura.

—¿Por qué te has parado? —gritó el jefe.

—Las huellas... han desaparecido —balbució el rastreador.

—Pues sigue adelante y encuentra dónde vuelven a empezar.

—Es que no continúan... Las roderas deberían verse en la arena, pero no hay ninguna. Acaban aquí —dijo el hombre señalando el suelo.

—¡Idiota! —masculló el jefe espoleando su caballo y describiendo un amplio arco por delante del grupo y regresando finalmente con sus hombres, que lo esperaban inmóviles. En esos momentos, quien parecía desconcertado era él.

Se bajó del caballo y se acercó a las marcas de los neumáticos. Sus botas se hundieron ligeramente en la fina capa de arena que cubría la pedregosa llanura. Siguió el rastro de la motocicleta y su sidecar y estudió el suelo hasta donde las huellas terminaban bruscamente. Miró a su alrededor y vio que la arena cubría el terreno en todas direcciones. Sin embargo, las únicas señales visibles eran las dejadas por los caballos. No se veía por ninguna parte rastros de pisadas humanas ni de los neumáticos.

Era como si el vehículo y sus ocupantes se hubieran desvanecido en el aire.

Encaramados como aguiluchos en lo alto de un nido, Pitt y Giordino observaron a los jinetes desde unos veinte metros de altura por encima del suelo. Tras haber escalado el afloramiento rocoso en la oscuridad, habían encontrado una plataforma que quedaba perfectamente oculta de las miradas desde abajo. Se estiraron allí y durmieron por turnos hasta que los jinetes aparecieron poco después del amanecer. El sol había ayudado a ocultarlos iluminando a sus perseguidores y dejándolos a ellos entre las sombras de los peñascos.

Los dos amigos sonrieron al ver que los jinetes daban vueltas en plena confusión alrededor del interrumpido rastro de la motocicleta; sin embargo, estaban lejos de haber salido del apuro. Observaron expectantes cómo dos jinetes se adelantaban mientras los cuatro restantes buscaban a un lado y a otro. Tal como Pitt había esperado, los jinetes concentraban su atención en las huellas que tenían delante sin considerar la posibilidad de que los fugitivos hubieran vuelto sobre sus pasos antes de encaramarse a lo alto del risco.

—No sé si te das cuenta, Houdini, pero vas a conseguir que se pongan furiosos con nosotros —susurró Giordino.

—Pues mejor. Cuanto más furiosos estén, menos se fijarán.

Siguieron observando y esperando durante una hora mientras la patrulla registraba el terreno antes de reagruparse donde las huellas terminaban. Siguiendo órdenes del jefe del grupo, la patrulla se abrió en abanico alrededor de las roderas y empezó a retroceder. Dos jinetes se adelantaron y otros dos se aproximaron al promontorio rocoso.

—Hora de agacharse —susurró Pitt mientras él y Giordino se aplastaban contra la piedra y escuchaban el ruido de los caballos que se acercaban. Se quedaron inmóviles mientras la patrulla pasaba justo bajo ellos. Habían hecho todo lo posible para borrar sus huellas antes de subir a las rocas, pero habían trabajado en la oscuridad, y no era lo único que sus perseguidores podían descubrir.

A Pitt se le aceleró el corazón cuando oyó que los jinetes se detenían y conversaban entre ellos un momento. Entonces, uno de ellos desmontó y empezó a trepar por los peñascos. El hombre se movía lentamente, pero Pitt supo por el ruido de sus botas sobre la roca que se estaba acercando. Miró a Giordino, que ya sujetaba en la mano una piedra del tamaño de una pelota de béisbol.

—¡No hay nada! —gritó el mongol, unos metros por debajo de la oculta losa.

Giordino se dispuso a lanzar la piedra, pero Pitt le sujetó la muñeca. Unos segundos más tarde, el jefe de la patrulla gritó algo al que había trepado. Por el tono de su voz, Pitt dedujo que le estaba diciendo que bajara y siguieran adelante. El roce de las botas en las piedras se alejó y, a los pocos minutos, el mongol llegó al suelo y

volvió a montar. Pitt y Giordino oyeron nuevamente el ruido de los cascos hasta que se perdió en la distancia.

—Nos hemos librado por poco —dijo Giordino.

—Por suerte, nuestro escalador se cansó de subir. Ese proyectil tuyo le habría dejado una bonita marca —contestó Pitt mirando la piedra que su amigo seguía sujetando.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó el italiano—. ¿Nos quedamos quietecitos?

—Sí. Apuesto lo que quieras a que volverán a hacernos otra visita.

Pitt recordó lo que había leído sobre las conquistas de los mongoles del siglo XIII. Fingir una retirada era una de las tácticas favoritas de Gengis Khan cuando se enfrentaba a un poderoso enemigo. Sus ejércitos organizaban con frecuencia complicadas estrategias de retirada que llegaban a durar varios días, hasta que los ejércitos enemigos alcanzaban una posición vulnerable donde un feroz contraataque podía acabar con ellos. Pitt era consciente de que lanzarse a pie por el desierto los pondría en una situación de peligro frente a los jinetes, de modo que no estaba dispuesto a correr el riesgo hasta estar seguro de que se habían marchado.

Acurrucados en su refugio de piedra, los dos amigos descansaron de sus aventuras de la noche anterior mientras esperaban pacientemente a que el peligro se desvaneciera en el horizonte. Una hora más tarde, un sordo rumor los despertó de golpe. El ruido sonaba como un trueno, pero en el cielo no se veían nubes. Miraron hacia el norte y observaron una nube de polvo que seguía a los seis jinetes. Los caballos iban a todo galope siguiendo el rastro de la motocicleta. En cuestión de segundos pasaron a toda velocidad bajo la posición de Pitt y Giordino hasta que llegaron donde las huellas desaparecían. Los seis jinetes aminoraron su marcha, se desplegaron en abanico y buscaron por todas direcciones. Cabalgaban con la cabeza agachada y la vista clavada en el suelo, intentando encontrar algún rastro o alguna señal que explicara la desaparición de los dos fugitivos. Estuvieron dando vueltas casi una hora, pero sin resultados. Luego, tan rápidamente como habían aparecido, los jinetes se reagruparon y se alejaron a medio galope por donde habían llegado.

—Hábil reaparición —comentó Giordino mientras la patrulla desaparecía definitivamente en el horizonte.

—Me parece que la persecución ha terminado —dijo Pitt—. Es hora de que nos pongamos en marcha y veamos si encontramos una buena hamburguesería.

Ni Pitt ni Giordino habían comido nada desde el día anterior, y sus vacíos estómagos gruñeron a la vez mientras bajaban de las rocas. Se dirigieron hacia el rastro de huellas y se detuvieron ante un tupido grupo de matorrales. Pitt sonrió al ver que la rama principal surgía de la carrocería medio enterrada del sidecar. Algunas piedras dispuestas al azar rodeaban las partes parcialmente expuestas del vehículo y

las ocultaban a los ojos de un posible observador.

—Como trabajo nocturno de camuflaje no está mal —comentó Pitt.

—Yo diría que la suerte también nos ha acompañado —repuso el italiano dándose una palmada en el bolsillo donde guardaba la herradura que había sacado del sidecar.

El plan de Pitt para hacer desaparecer la motocicleta había funcionado mejor de lo esperado. Tras quedarse sin gasolina, comprendieron que todo dependería de su habilidad en ocultarse. Volviendo sobre sus pasos, descubrieron una seca depresión situada a unos pocos metros de distancia; luego, regresaron a la motocicleta y la empujaron hasta allí, teniendo cuidado de mantener las ruedas en los surcos marcados y deteniéndose por el camino para ir borrando las roderas a la luz del faro. Sus perseguidores, que seguían el rastro de los neumáticos, no tendrían modo de averiguar que el vehículo había sido arrastrado hacia atrás desde sus últimas huellas.

Entre los dos llevaron la motocicleta al fondo de la depresión y se dispusieron a enterrarla. Giordino encontró un juego de herramientas bajo el asiento y, entre los dos, quitaron el sidecar. Tumbaron la moto de lado y consiguieron enterrarla bajo unos centímetros de arena. La tarea se les hizo más fácil cuando Pitt improvisó una pala con el asiento trasero. La arena impulsada por el viento que tanto los había molestado, colaboró cubriendo la moto con una gruesa capa de polvo.

Enterrar el sidecar les resultó más difícil ya que, a menos de medio metro bajo la arena, el suelo era de roca. Comprendiendo que nunca conseguirían enterrarlo sin un pico y una pala de verdad, lo arrastraron hasta unos arbustos de tamarisco y lo enterraron lo mejor que pudieron en medio de ellos. Giordino lo rodeó todo con unas piedras, y Pitt arrancó un matorral y lo plantó en el asiento de modo que sus ramas taparan los costados. Aunque estaba lejos de resultar invisible, el improvisado camuflaje había hecho su trabajo, como demostraban las huellas de los caballos que marcaban el terreno a pocos metros de distancia.

Mientras el sol de mediodía se abatía sobre el desierto levantando ondas de reverberación en el horizonte, los dos amigos miraron con nostalgia el apenas enterrado sidecar.

—No pensé que llegaría a echar de menos ese trasto —comentó Giordino.

—Sí. Dadas las alternativas, no estaba tan mal —repuso Pitt mirando a su alrededor en busca de señales de vida. Por todos lados se extendía la más completa desolación acompañada de un silencio sobrenatural.

Pitt levantó el brazo a la altura de los ojos, colocándose el reloj ante los ojos. A continuación volvió su cuerpo hacia el sol hasta que el amarillo orbe estuvo alineado con la manecilla de las horas del Doxa, que indicaba las dos. Se trataba de un viejo truco de supervivencia: si se encontraba en el hemisferio norte, el sur debía de hallarse en algún lugar intermedio entre la posición de la manecilla y las doce. Contemplando el terreno por encima del reloj, situó el sur a la una, el norte a las siete

y el oeste entre las dos y las cuatro.

—Hemos de ir hacia el oeste —dijo señalando unas rojizas colinas que se perdían en la distancia—. En algún lugar en esa dirección está el ferrocarril Transmongoliano que va de Pekín a Ulan Bator. Si nos dirigimos hacia el oeste, tarde o temprano tropezaremos con él.

—Tarde o temprano —repitió Giordino, meneando la cabeza—. ¿Por qué me suena eso a que no tenemos ni idea de lo lejos que puede estar?

—Porque no la tenemos —contestó Pitt, que se encogió de hombros y empezó a caminar hacia las colinas.

En el desierto de Gobi se registran algunas de las temperaturas más extremas del planeta. Los *más* de cuarenta y cinco grados del verano pueden caer hasta los cuarenta bajo cero en invierno. No es infrecuente que las oscilaciones térmicas alcancen los treinta grados en un solo día. Bautizado con un nombre que en mongol quiere decir «lugar sin agua», el Gobi es el quinto desierto mayor del mundo. El árido terreno había sido un mar interior y, en eras remotas, un paraje poblado de dinosaurios. La zona sudoeste del Gobi sigue siendo uno de los destinos favoritos de los paleontólogos que recorren el mundo en busca de fósiles intactos.

A Pitt y a Giordino, las desoladas y ondulantes planicies les parecían un océano, pero hecho de arena, piedra y polvo. Riscos de rosada roca caliza y afloramientos graníticos marcaban unas llanuras cubiertas de guijarros de distintos colores. Extendiéndose contra el fondo impecablemente azul del cielo, el desolado territorio tenía su propia y árida belleza. Y, para los dos hombres que atravesaban sus desoladas extensiones, aquello representaba una tranquilizadora distracción del hecho de que se hallaran en una zona potencialmente letal.

Las temperaturas de la tarde superaron los cuarenta grados a medida que el sol penetraba en el rocoso suelo. El viento se había reducido a una ligera brisa que aportaba el frescor de un soplete. Los dos amigos, sabedores de que era más importante protegerse de los rayos ultravioleta que ir más frescos, no se arremangaron ni la camisa ni el pantalón. También conservaron sus cazadoras en previsión del frío de la noche, pero se las anudaron en la cintura, no sin antes haberles arrancado el forro de seda para confeccionarse un pañuelo de cabeza que les confería el gracioso aspecto de un par de extraviados piratas.

Sin embargo, no había nada humorístico en la tarea que les esperaba. En su segundo día sin comida ni agua y cruzando un desierto que era un horno durante el día y que les amenazaba con temperaturas glaciales por la noche se enfrentaban al doble peligro de la deshidratación y la hipotermia. Curiosamente, ya no notaban las punzadas del hambre, pero en su lugar tenían que soportar una sed constante e insaciable. Además, la cantidad de polvo que habían tragado durante su huida en moto no hacía más que empeorar la sequedad de sus irritadas gargantas.

Pitt sabía que era imprescindible que conservaran sus fuerzas si deseaban sobrevivir a los rigores del desierto. Podrían aguantar tres días sin comida ni agua, pero ese plazo podía verse reducido a la mitad si se agotaban con el calor. Dado que habían descansado durante el tiempo que habían permanecido ocultos aquella mañana, Pitt decidió que podrían seguir adelante un poco más antes de parar. De todos modos, tenían que encontrar la civilización si querían sobrevivir.

Caminaban con paso medido tras fijar un objetivo en la distancia, pero cada

media hora aproximadamente buscaban alguna formación rocosa que pudiera ofrecerles un poco de sombra donde descansar y dejar que sus cuerpos se enfriaran. Repitieron esa táctica hasta que el sol se puso tras el horizonte y las temperaturas empezaron a suavizarse.

El Gobi es un desierto muy grande y escasamente poblado, pero no está completamente vacío. Pequeñas aldeas salpican las regiones donde se pueden excavar pozos de agua poco profundos, y los rebaños trashumantes pastan en las zonas periféricas donde crece algo de hierba. Si Pitt y Giordino seguían caminando, tarde o temprano se encontrarían con alguien; y Pitt tenía razón, en algún lugar hacia el oeste se hallaba la línea del ferrocarril que unía Pekín con Ulan Bator y la carretera que corría paralela a ella. Pero ¿a qué distancia estaba?

Pitt siguió encabezando la marcha hacia el oeste, pero comprobaba periódicamente con el reloj la dirección con respecto al sol. De repente, vieron que la llanura que atravesaban estaba surcada de huellas de neumáticos perpendiculares a su camino.

—¡Aleluya! ¡Por fin una señal de vida en este extraño planeta! —exclamó Giordino.

Pitt se agachó y estudió las roderas. Eran de un camión o un jeep, pero los bordes aparecían gastados y cubiertos por el polvo.

—No pasaron ayer por aquí —comentó Pitt.

—Entonces ¿no vale la pena seguir las?

—Estas marcas podrían ser de hace cinco días o cinco meses —explicó Pitt meneando la cabeza.

Resistiendo la tentación de ver adonde conducían, los dos amigos hicieron caso omiso de las roderas y siguieron adelante hacia poniente. Durante su marcha vieron varios rastros más de neumáticos que se dirigían a lugares desconocidos. Al igual que en el resto del país, casi ninguna carretera atraviesa el desierto de Gobi, y para trasladarse de un lugar a otro es solo cuestión de encararse y marchar. Si alguna vez un satélite hiciera una foto de las pistas y roderas que atraviesan Mongolia, la imagen parecería un puñado de espaguetis que alguien hubiera dejado caer al suelo.

Cuando el sol desapareció tras el horizonte, el aire del desierto empezó a refrescar. Aturdidos por el calor y la falta de líquido, los agotados hombres recuperaron cierto vigor gracias a la fresca brisa; avivaron el paso por la planicie. Pitt había apuntado a una triple protuberancia rocosa que utilizaba como marcación y a la que llegaron poco después de medianoche. El cielo despejado y la brillante luna los habían ayudado, iluminando su camino en la oscuridad.

Se detuvieron y se estiraron en una lisa piedra arenisca mientras observaban las estrellas del firmamento.

—La Osa Mayor está allí —dijo Giordino, señalando la conocida formación

estelar—, y tenemos la Osa Menor justo encima de nosotros.

—Lo cual sitúa la estrella Polar al final de su recorrido.

Pitt se levantó, miró hacia la estrella y levantó el brazo.

—El oeste —dijo señalando un oscuro promontorio a unos kilómetros de distancia.

—Será mejor que lleguemos allí antes de que cierren —dijo Giordino, levantándose con un gruñido. Sonrió al notar la herradura en el bolsillo y le dio una palmadita.

Una vez definido el nuevo destino, se pusieron en marcha. Pitt comprobaba el cielo cada pocos minutos asegurándose de que siguieran manteniendo la estrella Polar a su derecha. La falta de agua y alimento empezó a hacer efecto en los dos hombres, y su paso se fue ralentizando al tiempo que el silencio sustituía la conversación. Por si fuera poco, la herida de la pierna empezó a molestar a Pitt, que notaba una aguda punzada a cada paso que daba. El aire no tardó en volverse glacial, y tanto Pitt como Giordino se abrigaron con las cazadoras que llevaban anudadas a la cintura. Caminar los mantenía calientes, pero también hacía que consumieran unas cruciales energías que no podían reponer.

—Después de lo de Mali, me prometiste que no habría más desiertos —protestó Giordino, refiriéndose a una ocasión en la que habían estado a punto de morir en el desierto del Sahara mientras seguían la pista de una descarga de residuos radiactivos.

—Me parece que lo que dije fue «basta de desiertos subsaharianos» —replicó Pitt.

—¡Bah! ¡Un simple tecnicismo! ¿En qué momento crees que podemos esperar que Rudi acuda en nuestro rescate?

—Le dije que desmontara el equipo que teníamos a bordo del *Vereshchagin* y que, si podía encontrar un camión y cargarlo todo, se reuniera con nosotros en Ulan Bator a finales de semana. Me temo que nuestra gallina clueca no nos echará de menos antes de tres días.

—Para entonces, ya habremos llegado a Ulan Bator.

Pitt sonrió ante la ocurrencia. No le cabía duda de que, contando con agua suficiente, el duro italiano era capaz de llegar a la capital cargando con él a la espalda. Pero, sin agua, no tardarían en estar perdidos.

Una helada brisa del norte los azotó mientras la temperatura seguía descendiendo. Avanzar se convirtió en un incentivo para mantenerse caliente; se consolaron pensando que las noches de verano eran cortas. Pitt seguía llevándolos hacia el promontorio en dirección oeste, aunque durante bastante rato tuvieron la impresión de que no acortaban la distancia. Tras dos horas de caminar pesadamente por una pedregosa planicie, empezaron a remontar unas ondulantes colinas que se fueron haciendo más altas hasta convertirse en una elevación que formaba la base del

promontorio que constituía su objetivo. Tras un breve descanso, empezaron a ascender sin problemas, pero se vieron obligados a trepar ayudándose de manos y pies para superar unos peñascos cerca de la cima. La escalada dejó a los dos amigos exhaustos, y al llegar a la cima se detuvieron para recobrar el aliento.

Una nube ocultó la luna durante varios minutos, sumiendo el promontorio en una total oscuridad. Pitt se sentó en una piedra en forma de seta para descansar las piernas mientras un encorvado Giordino jadeaba. A pesar de que los dos eran duros como clavos, ya no eran los briosos sementales de diez años atrás, pero aguantaron en silencio los múltiples dolores que les asaltaban las piernas y el cuerpo entero.

—Mi reino por un móvil —gruño Giordino.

—Yo me conformo incluso con un caballo —repuso Pitt.

Mientras descansaban, la plateada luna salió de detrás de las nubes bañando el paisaje con un azulado resplandor. Pitt se puso en pie, se estiró y miró al otro lado del promontorio. Una acusada pendiente descendía hasta unos afloramientos rocosos que dominaban una planicie en forma de cuenco. Pitt estudió la llanura y reparó en lo que parecían unas formas redondas repartidas en el centro.

—Al, dime si ves el mismo espejismo que estoy viendo allí abajo —dijo señalando hacia el lugar.

—Si incluye una cerveza y un bocadillo, ya te digo ahora que sí —gruñó el italiano levantándose y acercándose a su amigo. Observó largamente la planicie y al final confirmó que también veía un par de docenas de formas redondas repartidas por el terreno.

—No se puede decir que sea Manhattan, pero civilización sí que parece.

—Esas manchas tienen la forma de los *gers*. Podría ser un poblado nómada —aventuró Pitt.

—Y parece lo bastante grande para que alguien tenga una cafetera —añadió Giordino, que se frotaba las manos para entrar en calor.

—Yo, que tú, apostarí por un té.

—Me da igual. Si está caliente, lo beberé.

Pitt miró la hora y vio que eran casi las tres de la madrugada.

—Si nos ponemos en marcha ahora mismo, llegaremos al amanecer.

—Justo a tiempo para el desayuno.

Los dos hombres se pusieron en camino hacia el oscuro campamento. Descendieron con cuidado por el corto barranco y serpentearon entre las rocas. Caminaban con renovado vigor, confiados en que lo peor de su aventura había quedado atrás. Agua y comida los esperaban en el poblado que en esos momentos tenían a la vista.

Su avance se retrasó porque tuvieron que rodear unos afloramientos rocosos demasiado abruptos para que pudieran escalarlos. Los dentados peñascos se

convirtieron en pequeños bloques de arenisca que los dos hombres tuvieron que superar antes de detenerse al borde de una pequeña meseta. El campamento se hallaba a sus pies, a un kilómetro de distancia, sumido en las sombras.

Los primeros rayos de luz empezaron a aclarar el cielo de levante, pero todavía era demasiado pronto para que ofrecieran suficiente iluminación. Las principales estructuras del campamento, redondas formas grisáceas sobre el claro terreno, resultaban claramente visibles. Pitt contó veintidós de aquellas tiendas redondas que sabía que eran los tradicionales *gers*. Desde lejos le parecieron mayores que los que había visto en los alrededores de Ulan Bator. Extrañamente, no se veían linternas ni hogueras. Todo el campamento estaba sumido en la oscuridad.

Repartidos alrededor de las tiendas, Pitt y Giordino distinguieron las sombras de distintos animales que componían el rebaño trashumante. Se encontraban demasiado lejos para poder determinar si eran caballos o camellos. Algunos de ellos estaban rodeados por una cerca próxima a las tiendas, mientras que el resto deambulaba libremente.

—Creo que pedías un caballo, ¿verdad? —preguntó Giordino.

—Esperemos que no sean camellos —contestó Pitt.

Los dos hombres cruzaron sin problemas el último tramo de desierto. Se hallaban apenas a un centenar de metros del campamento cuando Pitt se detuvo bruscamente. Giordino lo imitó, aguzando la vista y el oído para detectar cualquier señal de peligro, pero no vio ni oyó nada fuera de lo normal. El amanecer se hallaba en completa quietud, y no se oía ningún ruido salvo alguna ocasional racha de viento. Tampoco vio movimiento alrededor del campamento.

—¿Qué ocurre? —susurró finalmente a Pitt.

—Los animales —repuso éste en voz baja—. No se mueven.

Giordino observó las bestias en la oscuridad, buscando alguna señal de movimiento. A varios metros de distancia localizó un grupo de camellos que tenían la cabeza levantada, como si olfatearan el aire. Los observó atentamente durante un rato, pero ninguno movió un músculo.

—Puede que estén dormidos —aventuró.

—No —replicó Pitt—. Fíjate: no huele a nada.

Pitt había visitado los suficientes ranchos para saber que el olor del estiércol siempre estaba presente cuando había animales en los alrededores. Se agachó y se acercó lentamente a los animales, que no mostraron el menor temor y no se movieron ni siquiera cuando acarició el tupido pelaje de uno de ellos. Giordino vio entonces con sorpresa que su amigo agarraba el cuello de uno de los camellos y le daba un fuerte empujón. El animal no pareció resistirse, sino que cayó rígidamente de costado con un ruido sordo. Giordino se acercó corriendo y contempló el camello que yacía en el suelo con las patas en el aire. Solo que no eran patas, sino maderos.

El camello caído, al igual que el resto de los animales del rebaño, estaba hecho de madera.

—¿Desaparecido? ¿Qué quieres decir con que han «desaparecido»? —La ira hacía que una vena, larga como una lombriz, sobresaliera en el cuello de Borjin—. ¡Pero si les seguisteis la pista hasta el desierto!

Aunque sobrepasaba en altura y corpulencia al magnate, el jefe de seguridad se encogió visiblemente ante la reprimenda de su jefe.

—Las roderas simplemente se desvanecieron en la arena, señor, y no se veía ninguna señal de que hubieran sido recogidos por otro vehículo —explicó Batbold, contrito—. Estaban a cincuenta kilómetros de la aldea más cercana, que se encuentra hacia el este, mientras que ellos se dirigían hacia el sur. Sus posibilidades de sobrevivir en el Gobi son nulas —añadió para concluir.

Tatiana escuchaba desde el rincón del estudio mientras preparaba unos martinis con vodka. Entregó la copa a su hermano y tomó un sorbo de la suya antes de preguntar:

—¿Eran espías de los chinos?

—No —contestó Batbold—. No lo creo. Según parece, los dos intrusos ocuparon el lugar de los escoltas de nuestro gobierno. La delegación china no reparó en su ausencia cuando se marchó. Por lo visto su descripción coincide con la de los intrusos que irrumpieron en nuestras instalaciones de Ulan Bator, hace un par de noches.

—Los chinos no habrían sido tan torpes —comentó Borjin.

—Esos hombres no eran chinos, señor. Los vi con mis propios ojos. Parecían rusos, aunque el profesor Gantumur, en el laboratorio, asegura que le hablaron en inglés con acento estadounidense.

Tatiana se atragantó de repente con la bebida y tuvo que dejar la copa mientras carraspeaba.

—¿Estadounidenses? —preguntó—. ¿Qué aspecto tenían?

—Por lo que pude ver a través de la ventana, uno era alto y moreno, mientras que el otro parecía más bajo y fuerte y tenía el pelo oscuro y rizado —contestó Borjin.

—Sí. Es una descripción adecuada —asintió Batbold, evitando contar lo cerca que había estado de ambos hombres cuando recibió el impacto de la pala en la cara.

—Me recuerdan a los dos tíos de la NUMA —dijo Tatiana, repentinamente inquieta—. Dirk Pitt y Al Giordino. Fueron los que nos rescataron de la ola en el lago Baikal, y los mismos que subieron a bordo del *Primorski* y rescataron al científico ruso poco antes de que nos largáramos de Siberia.

—¿Y cómo es que te han seguido hasta aquí? —preguntó Borjin en tono cortante.

—No lo sé. Puede que a través del contrato de flete del *Primorski*.

—¡Pues han metido las narices donde no debían! ¿En qué partes del recinto estuvieron? —preguntó, volviéndose hacia Batbold.

—Entraron en el garaje con un neumático pinchado. Luego, se metieron en el laboratorio de investigación. El profesor Gantumur llamó a seguridad inmediatamente, de modo que solo estuvieron allí unos minutos. De algún modo consiguieron eludir a los centinelas que acudieron, y seguramente estaban examinando la residencia cuando usted los descubrió entrando en el santuario.

El rostro de Borjin enrojeció de ira, y la vena del cuello se hinchó aún más.

—Estoy segura de que están buscando a los miembros del equipo de sondeo de la compañía petrolífera —dijo Tatiana—. No saben nada de nuestro trabajo. No tienes por qué preocuparte, hermano mío.

—¡No tenías que haber traído a esa gente aquí! —la reprendió Borjin.

—¡Pues fue por tu culpa! —replicó la joven—. ¡Si no hubieras matado a los alemanes antes de que hubieran acabado de analizar los datos de los campos no habríamos tenido necesidad de pedir ayuda!

Borjin fulminó a su hermana con la mirada, negándose a admitir la verdad de sus palabras.

—Entonces hay que matar a los dos geofísicos. Haz que aceleren el trabajo. ¡Los quiero muertos antes de que acabe la semana! —ordenó con los ojos llameantes de furia.

—No te preocupes. Los estadounidenses no saben nada de nuestro trabajo, y aunque lo supieran no sobrevivirán para poder contarlo.

—Puede que tengas razón —contestó el magnate, tranquilizándose—. Esos hombres de mar están ahora muy lejos del agua. Pero, aunque solo sea para asegurarnos de que siguen así, envía allí abajo al monje de inmediato —añadió dirigiéndose a Batbold.

—Una prudente decisión, hermano.

—Por su pronta y polvorienta desaparición —brindó Borjin alzando su copa de martini.

Tatiana apuró el resto de su bebida, pero se preguntó en silencio si acabar con los estadounidenses sería tan fácil como pensaban. Como había tenido ocasión de comprobar, eran hombres decididos que no se rendirían fácilmente.

Tenían la impresión de estar en el decorado de una antigua película del Oeste, solo que, en lugar de ganado, había camellos. Saltaron la cerca y les llamó la atención ver que, para dar de beber a los supuestos camellos, había un gran abrevadero completamente seco. Los primeros rayos de sol arrojaban largas sombras sobre el numeroso e inmóvil rebaño, estratégicamente repartido por el campamento. Pitt decidió dejar de contar los camellos cuando vio que superaban el centenar.

—Me recuerda a aquel tipo de Texas que tenía un rancho lleno de Cadillacs medio enterrados en el suelo —comentó Giordino.

—Pues a éstos no creo que los pusieran aquí por razones artísticas —contestó

Pitt.

Siguieron adelante y llegaron al primer *ger*, cuyo tamaño era más del doble de uno normal. La tienda circular de felpa tenía casi treinta metros de diámetro y tres de altura. Pitt encontró una puerta de entrada pintada de blanco que, como todas las de los *gers*, estaba orientada al sur. Golpeó con los nudillos y saludó con un «¡hola!», pero lo único que consiguió fue una hueca resonancia. Pitt apoyó la mano en la pared de felpa y empujó; sin embargo, en lugar de encontrar un tacto blando y flexible, notó que tras la felpa había algo duro y firme.

—Creo que el lobo no podría derribar esto con sus soplidos —comentó antes de levantar una esquina de la lona y la felpa y comprobar que debajo había una superficie de metal pintada de blanco—. Es un tanque de almacenaje —dijo tocando la pared metálica.

—¿De agua? —preguntó Giordino.

—O de petróleo —repuso Pitt retrocediendo unos pasos y contemplando los otros *gers* que formaban el falso campamento.

—Puede que sean grandes para tratarse de tiendas nómadas, pero son pequeños para ser depósitos de petróleo —comentó Giordino.

—Me juego lo que quieras a que solo estamos viendo la punta del iceberg. Estas estructuras podrían estar enterradas en la arena diez metros o más, y nosotros estar viendo solo la parte superior.

Giordino buscó por el suelo y cogió una piedra con la que golpeó la pared del depósito. El eco resonó dentro del tanque.

—Está vacío. —Dio un paso atrás y lanzó la piedra contra el *ger* vecino. El impacto produjo un sonido similar—. Vacío también.

—Ya puedes despedirte de tu cafetera —dijo Pitt.

—¿Y a santo de qué iba alguien a camuflar unos depósitos de petróleo en medio de la nada en un falso poblado nómada?

—Puede que no estemos lejos de la frontera con China —repuso Pitt—. ¿Y si alguien no quiere que los chinos le roben el petróleo? Supongo que cuando montaron esto pensaban en algún satélite de vigilancia. Las imágenes que un cacharro de esos pudiera tomar parecerían auténticas.

—Si están vacíos quiere decir que los pozos no han dado resultado.

Recorrieron el campamento y cuando comprobaron que allí no iban a encontrar ni agua ni comida el misterio perdió su encanto. Fueron de depósito en depósito, esperando encontrar provisiones de emergencia o algo más que depósitos vacíos, pero todas las tiendas eran iguales y escondían grandes depósitos metálicos enterrados en la arena. Solo en la última encontraron una puerta que se abría realmente y que reveló una estación de bombeo enterrada varios metros por debajo del nivel del suelo. Una red de tuberías salía hacia los depósitos alimentada por una gran conducción de un

metro veinte de diámetro que salía del suelo del desierto.

—Un oleoducto subterráneo —comentó Pitt.

—¿Excavado e instalado con la ayuda de una tuneladora como la que vimos hace poco? —sugirió Giordino.

—Puede que se trate nuevamente de nuestros amigos de Avarga Oil. Quizá tenga que ver con las negociaciones que han emprendido con los chinos. Lo que no sé es qué significa.

Los dos hombres guardaron silencio mientras el cansancio y el abatimiento se apoderaban de ellos. En lo alto, el sol empezaba a abrasar el terreno alrededor del falso campamento. Exhaustos tras su larga marcha nocturna, y débiles por la falta de alimentos y agua, decidieron descansar. Se hicieron con unos pedazos de felpa de las tiendas e improvisaron con ellos unos toscos colchones que tendieron a la sombra, en la caseta de bombeo. Para sus doloridos huesos aquella inesperada comodidad resultó una bendición; enseguida cayeron en un profundo sueño.

El sol descendía hacia el horizonte por poniente, como una bola en llamas, cuando por fin despertaron. A pesar de las horas de descanso, dormir no les había repuesto energías, y tanto Pitt como Giordino reanudaron la marcha en un estado de aturdimiento. Su caminar era lento y se movían muy despacio, como si hubieran envejecido cuarenta años durante el sueño. Pitt tomó una nueva marcación con ayuda del reloj y pusieron rumbo oeste; descartaron seguir el oleoducto subterráneo. Avanzaban al mismo ritmo y sin hablar, obligando a sus cuerpos a dar paso tras paso, mientras los primeros atisbos de delirio comenzaban a nublar sus mentes.

El viento empezó a soplar de nuevo, desplazando torbellinos de polvo y arena en un anticipo de la tormenta que se avecinaba. Además, aquella brisa del norte llevaba consigo gélidas rachas, y ambos hombres no tardaron en envolverse el cuerpo y la cabeza con los trozos de felpa sobre los que habían dormido. Antes de que el sol se pusiera del todo, Pitt fijó como objetivo un lejano promontorio en forma de «S» y concentró sus esfuerzos en no desviarse. Con la fuerza del viento en aumento, sabía que no podría orientarse con la estrella Polar, y lo último que necesitaban en su estado era dar vueltas en círculos.

Una insistente frase —«camina o morirás»— empezó a martillearle el cerebro, empujándolo a seguir. Pitt notó la sequedad de la garganta e intentó apartar de su mente la sensación de sed. Miró a Giordino, que seguía adelante con ojos apáticos. Ambos recurrían a sus casi totalmente agotadas energías físicas y mentales para seguir poniendo un pie delante del otro.

A Pitt le pareció que el tiempo se desvanecía, y casi también su conciencia. Caminó sin darse cuenta de que lo hacía, pero de repente abrió los ojos, sin saber si había estado andando dormido. No tenía idea de cuánto rato había estado así, pero al menos Giordino seguía allí, caminando pesadamente a su lado. Su mente empezó a

divagar y pensó en su mujer, Loren, que trabajaba en el Congreso, en Washington. Aunque habían sido amantes muchos años, hacía poco que se habían casado, cuando Pitt comprendió que sus días de aventurero trotamundos eran cosa del pasado. Sin embargo, Loren sabía que la pasión por viajar nunca lo abandonaría, aunque él no lo reconociera. Apenas habían transcurrido unos meses desde su nombramiento como presidente de la NUMA, y ya se sentía inquieto encerrado en su despacho de la sede en Washington. Fue Loren, sabedora de que su marido era más feliz cuando estaba en contacto con su primer amor, el mar, quien lo animó a regresar a los trabajos de campo. Ella le había dicho que una separación temporal fortalecería su amor, aunque Pitt dudaba de que lo creyera de verdad. Por su parte, él no deseaba interferir en su carrera en el Capitolio, de modo que había seguido su consejo. En esos momentos se preguntaba si, al hacerlo, acabaría convirtiéndola en viuda.

Fue una hora más tarde, o quizá dos, cuando el viento cobró más fuerza y empezó a soplar con furia desde el noroeste. Las estrellas desaparecieron rápidamente del firmamento, tras un velo de arena, privándolos de esa única claridad, y se vieron envueltos en una nube de polvo que se tragó el ondulado promontorio que servía de referencia a Pitt.

Siguieron adelante como zombis, aparentemente sin vida, pero negándose a dejar de caminar. Giordino marchaba a su lado, como si un nudo invisible los uniera. El viento aumentó y les arrojó al rostro dolorosas nubes de arena que les impedían abrir los ojos. Aun así, siguieron avanzando, aunque desviándose de su rumbo hacia el oeste. Agotados, no tardaron en zigzaguear en dirección sur en un inconsciente intento de escapar del azote del viento.

Trastabillaron en un torbellino sin fin hasta que Pitt notó que su amigo tropezaba con unas piedras y caía junto a él. Se detuvo y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Un recio brazo surgió del suelo y lo agarró, tirando de él hacia abajo. Pitt tropezó con Giordino y cayó en un lecho de blanda arena. Mientras yacía allí, aturdido, notó que la lluvia de arena ya no azotaba su cuerpo. Invisible por la tormenta, Giordino había caído junto a un grupo de rocas en las que se abría una oquedad que los protegía. Pitt palpó las piedras con la mano mientras notaba que Giordino se arrastraba dentro y se desplomaba. Con las últimas energías que le quedaban, se quitó la capa de felpa y cubrió la cabeza y el cuerpo de su amigo y el suyo propio a modo de protección contra el frío. Luego, cerró los ojos y se dejó ir.

Los dos amigos quedaron inconscientes bajo el azote de la tormenta del desierto.

Giordino soñaba. Soñaba que flotaba en un tranquilo estanque de aguas tropicales. El cálido líquido era extrañamente denso, como jarabe, y convertía sus movimientos en un lento y laborioso esfuerzo. De repente, el agua lamió su cara en una serie de pequeñas y cálidas olas. Él apartó la cabeza para escapar de ellas, pero la cálida humedad siguió sus movimientos. Entonces, un aspecto del sueño adquirió una extraordinaria viveza: un olor, un olor sumamente desagradable, un olor demasiado potente para pertenecer a un sueño. La repulsiva pestilencia acabó por despertarlo y lo obligó a abrir los pesados párpados a la fuerza.

La brillante luz del sol le hirió las pupilas, pero pudo ver lo suficiente para comprender que no había ninguna agua azul y tropical que le acariciara el cuerpo. En su lugar, un enorme pedazo de rosada y húmeda carne le azotaba la mejilla. Giordino apartó la cabeza y lo vio desaparecer tras una hilera de grandes dientes amarillos situados al extremo de un morro que parecía tener un kilómetro de largo. El aliento del animal, que hedía a una repulsiva mezcla de ajo, cebolla y queso, envolvía el rostro de Giordino con su miasma.

Despertó del todo y, tras quitarse las telarañas del sueño, vio más allá del morro dos grandes ojos castaños rematados por largas pestañas. El camello parpadeó con curiosidad ante aquella extraña criatura y dejó escapar un breve resoplido antes de dar un paso atrás y mordisquear un trozo de felpa que sobresalía de la arena.

Giordino se incorporó trabajosamente, al tiempo que comprendía que la pegajosa agua del sueño era la capa de arena calentada por el sol. Una pila de arena de casi cuarenta centímetros se había amontonado en la pequeña oquedad durante la tormenta. Hundiendo los débiles brazos en la montaña de arena, quitó la capa de tierra de encima a la figura que yacía a su lado, enterrada bajo la felpa, y la sacudió débilmente. La felpa se apartó y dejó al descubierto el exhausto y maltrecho rostro de Pitt. Tenía la piel quemada por el sol, y los labios, agrietados e hinchados; sin embargo, sus verdes ojos chispearon de alegría cuando vieron que su amigo seguía con vida.

—Bueno, otro día más en el paraíso —comentó con voz ronca mientras miraba a su alrededor. La tormenta de arena nocturna había soplado hasta desgastarse y los había dejado bañados por el sol bajo un límpido cielo.

Se sentaron con gran esfuerzo mientras la arena les caía de los pliegues de la ropa. Giordino se llevó la mano al bolsillo, palpó y sonrió con satisfacción al comprobar que la herradura seguía en su sitio.

—Tenemos compañía —comentó con una voz que sonaba como el papel de lija en la madera.

Pitt contempló al animal que los había despertado y que se encontraba a unos

metros de distancia. Se trataba de un camello bactriano, como demostraban las dos jorobas que se inclinaban levemente hacia un lado. El tupido pelaje del rumiante era de un color parduzco que se oscurecía en los flancos. El camello devolvió la mirada a Pitt durante unos segundos y después siguió mordisqueando la manta de felpa.

—El barco del desierto —comentó Pitt.

—Más parece un remolcador —repuso Giordino—. ¿Qué hacemos, nos subimos a él o nos lo comemos?

Pitt estaba considerando si tendrían fuerzas suficientes para poder hacer cualquiera de las dos cosas cuando un agudo silbido sonó detrás de una duna y un muchacho apareció dando saltos a lomos de un caballo pinto. Llevaba un *del verde* y el corto y negro cabello le asomaba bajo una gorra de béisbol. El chico trotó hasta el camello llamándolo por su nombre a medida que se acercaba. Cuando el animal alzó la cabeza, el muchacho le echó rápidamente un lazo corredizo al cuello y tiró de la cuerda. Solo entonces pareció reparar en Pitt y Giordino, sentados en el suelo. El sorprendido pastor miró con ojos desorbitados a los dos quemados y sucios individuos que parecían fantasmas en la arena.

—¡Hola...! —lo saludó Pitt mientras se ponía en pie quitándose la arena de encima—. ¿Puedes ayudarnos?

—¿Hablar... inglés...? —balbució el muchacho.

—Sí. ¿Tú me comprendes?

—Sí, aprendí un poco de inglés en el monasterio —contestó con orgullo subrayando cada sílaba al hablar.

—Nos hemos perdido —declaró Giordino con voz áspera—. ¿Podrías darnos un poco de agua y comida?

El chico se apeó de su silla de madera y sacó un pellejo lleno de agua. Pitt y Giordino se turnaron para saciar su sed, primero con pequeños sorbos y después a grandes tragos. Mientras bebían, el muchacho sacó del bolsillo un lienzo donde llevaba envueltos un par de dados de cuajada seca; los cortó en pequeños trozos y se los ofreció a los dos hombres, que agradecidos los devoraron con un último sorbo de agua.

—Yo me llamo Noyon, ¿y vosotros?

—Yo soy Dirk, y él es Al. Encantados de conocerte, Noyon.

—Estáis locos, Dirk y Al, por pasearos en el Gobi sin agua ni montura —dijo severamente, pero su rostro de muchacho se suavizó cuando añadió—: Venid conmigo a mi casa. Mi familia os dará la bienvenida. Está a menos de un kilómetro de aquí. Para vosotros será un paseo a caballo. —El muchacho quitó la silla al caballo y ayudó a Pitt y a Giordino a montar. El caballo no era alto. Pitt subió fácilmente y ayudó a su amigo a instalarse tras él. Noyon tomó las riendas y los guió a través del desierto arrastrando al camello tras ellos.

Habían cubierto una breve distancia cuando Noyon rodeó un grupo de peñascos. Al otro lado, un numeroso rebaño de camellos pastaba en una planicie donde hierba y matojos crecían entre las piedras. En el centro se alzaba un único *ger* cubierto por una sucia lona blanca y cuya ajada puerta estaba pintada de un deslucido color naranja. Dos postes unidos por una cuerda formaban junto a la tienda un improvisado recinto para varios recios caballos. Un hombre de aspecto atezado y bien afeitado estaba ensillando uno de los animales cuando llegó el grupo.

—Padre, he encontrado a estos hombres perdidos en el desierto —dijo el chico en su lengua nativa—. Son americanos.

El hombre echó un vistazo a las maltrechas figuras de Pitt y Giordino y supo enseguida que los dos habían estado coqueteando con Erleg Jan, el señor mongol del inframundo. Los ayudó a bajar del caballo y estrechó sus temblorosas manos.

—Ata el caballo —ordenó a su hijo antes de acompañar a los dos desconocidos al interior de su hogar.

Tras agacharse para entrar, Pitt y Giordino se asombraron con la acogedora decoración del interior, que contrastaba vivamente con el humilde aspecto exterior. Grandes alfombras de vivos colores cubrían hasta el último rincón del suelo de tierra y se combinaban con las telas de motivos florales que colgaban del armazón que formaba las paredes. Las mesas y los muebles estaban pintados en distintos tonos de alegres azules, naranjas y rojos, mientras que las maderas del techo eran de un color amarillo limón.

El interior de la tienda estaba organizado como los *ger* tradicionales y simbolizaba la importancia que la superstición tenía en la vida diaria de los nómadas. A la izquierda de la entrada había un armario y una estantería para la silla y demás pertenencias del hombre de la familia. La zona de la derecha, la zona femenina, albergaba los utensilios de cocina. El centro de la tienda lo ocupaban un hogar y un hornillo cuya chimenea salía por un agujero en el techo. Las bajas camas estaban dispuestas a lo largo de las paredes, mientras que la parte del fondo quedaba reservada al altar familiar.

El padre de Noyon condujo a Pitt y a Giordino hasta unos taburetes situados en el lado izquierdo, frente al hogar. Una mujer menuda que se ocupaba de una vieja tetera les sonrió. Luego, al ver su agotado aspecto, les llevó unas toallas húmedas para que se lavaran la cara y las manos y puso a hervir un poco de carne de cordero. Al ver la herida de la pierna de Pitt, se la limpió y le cambió el vendaje mientras los hombres bebían tazas de té negro. Cuando el cordero estuvo a punto les sirvió orgullosamente las raciones más grandes y las acompañó de trozos de queso seco. Para los hambrientos amigos, el contraste de sabores les pareció de la más refinada cocina francesa. Cuando hubieron devorado sus raciones, el hombre sacó un odre lleno de la leche de yegua fermentada que los mongoles llamaban *airag* y les sirvió dos tazas.

Noyon entró en la tienda y se sentó tras los desconocidos para hacer de intérprete para sus progenitores, que no hablaban inglés. Su padre dijo unas palabras con voz grave mirando a Pitt y a Giordino a los ojos.

—Mi padre, Tsengel, y mi madre, Ariunaa, os dan la bienvenida a su casa —tradujo el chico.

—Os agradecemos vuestra hospitalidad. Nos habéis salvado la vida —contestó Pitt brindando con la taza de *airag* y probando la bebida, que le recordó a cerveza caliente mezclada con suero de leche.

—Decidme, ¿qué estáis haciendo en el Gobi sin provisiones? —preguntó Tsengel a través de su hijo.

—Nos separamos de nuestro grupo durante una excursión por el desierto —mintió Giordino—. Intentamos volver sobre nuestros pasos, pero nos perdimos cuando se produjo la tormenta de arena de anoche.

—Han tenido suerte de que mi hijo los encontrara. Hay muy pocos asentamientos en esta parte del desierto.

—¿A qué distancia estamos del pueblo más cercano? —preguntó Pitt.

—Hay una pequeña aldea a unos veinte kilómetros de aquí, pero ya basta de preguntas por el momento —dijo Tsengel leyendo el agotamiento en los ojos de aquellos dos desconocidos—. Debéis descansar después de haber comido. Ya seguiremos hablando más tarde.

Noyon acompañó a los hombres hasta un par de catres y después siguió a su padre al exterior para ocuparse del rebaño. Pitt se echó en el blando camastro y admiró los soportes amarillos del techo antes de caer profundamente dormido.

Él y Giordino se despertaron poco después de la puesta de sol por el insistente olor del cordero hervido y salieron a estirar las piernas fuera de la tienda. Tsengel y Noyon no tardaron en llegar galopando después de haber pasado la tarde reuniendo las cabezas de ganado dispersas.

—Ahora tenéis mejor aspecto —dijo Tsengel a través de su hijo.

—Y también nos encontramos mejor —contestó Pitt. El descanso, el alimento y la bebida habían revitalizado a los dos amigos, que se sentían sorprendentemente mejor.

—Mi mujer está cocinando. Será un manjar —sonrió el hombre.

Tsengel y su hijo ataron los caballos a una cuerda y se lavaron en un cuenco de agua jabonosa antes de acompañar a Pitt y a Giordino al interior, donde les esperaba una cena nuevamente de cordero y queso acompañada de fideos hervidos que consumieron con mucho menos entusiasmo. Su anfitrión sirvió *airag* en mayores cantidades que antes y en cuencos que parecían no vaciarse nunca.

—Posee usted un rebaño impresionante —dijo Giordino para halagar a su anfitrión—. ¿Cuántas cabezas tiene?

—Tenemos ciento treinta camellos y cinco caballos —contestó Tsengel—. Es un

buen rebaño. Aun así es la cuarta parte de lo que en su momento tuvimos al otro lado de la frontera.

—¿Se refiere a la Mongolia Interior china?

—Sí, a la llamada Región Autónoma que se ha convertido en poco más que otra provincia china —repuso Tsengel, clavando los ojos en el fuego con una chispa de odio.

—¿Y por qué se marcharon de allí?

Tsengel señaló con la cabeza una vieja fotografía en blanco y negro que había en el altar familiar que mostraba a un chico a caballo y a un hombre mayor sosteniéndole las riendas. Los penetrantes ojos del muchacho demostraban que eran el propio Tsengel y su padre.

—Al menos cinco generaciones de mis antepasados han sido pastores nómadas en los lindes orientales del Gobi. Mi padre llegó a poseer en su momento un rebaño de doscientos camellos, pero esos días se han perdido en el recuerdo. En esas tierras ya no hay sitio para un simple pastor trashumante. Los burócratas chinos siguen tratando la tierra sin ningún respeto por su equilibrio natural. Una y otra vez hemos sido empujados lejos de los pastos de nuestros ancestros y obligados a llevar nuestro ganado a las zonas más áridas del desierto. Entretanto, ellos chupan toda el agua o lo que sea para contribuir a la noble tarea de industrializar su nación. El resultado es que las praderas están desapareciendo ante sus narices. El desierto crece cada día que pasa, pero es un desierto muerto. Esos idiotas no se darán cuenta hasta que las arenas lleguen a su capital, Pekín, y entonces será demasiado tarde. Por el bien de mi familia no me quedaba más remedio que cruzar la frontera. Los pastos son ralos y escasos, pero al menos aquí un pastor nómada sigue siendo algo respetado —dijo orgullosamente.

Pitt tomó otro sorbo del amargo *airag* mientras estudiaba la vieja fotografía.

—Es un crimen privar a un hombre de sus medios de subsistencia —declaró mientras su mirada se posaba en la reproducción enmarcada situada en el fondo del altar que mostraba la imponente figura de un hombre con una fina perilla dibujada al estilo antiguo.

—Tsengel, ¿quién es ese hombre del altar?

—Es Kublai, el emperador Yuan. El gobernante más poderoso del mundo y, sin embargo, un benevolente amigo de las personas sencillas —repuso Tsengel, como si el emperador siguiera vivo.

—¿Estás hablando de Kublai Khan? —preguntó Giordino.

Tsengel asintió.

—Eran tiempos mejores, cuando los mongoles gobernaban China —añadió tristemente.

—Me temo que el mundo es muy distinto hoy en día —contestó Pitt.

El *airag* estaba haciendo su efecto en el mongol, que lo había bebido en grandes cantidades. Sus ojos se iban poniendo vidriosos y sus emociones eran más viscerales a medida que trasegaba la leche fermentada. Creyendo que los temas geopolíticos se estaban convirtiendo en materia sensible, Pitt decidió cambiar de conversación.

—Tsengel, nos tropezamos con un hallazgo curioso no lejos de aquí, antes de que nos sorprendiera la tormenta de arena. Se trataba de un poblado artificial lleno de animales de madera. ¿Conoce el lugar que digo?

Tsengel respondió con una potente carcajada.

—¡Ah, sí! ¡El pastor más rico del Gobi! Solo que sus camellas no dan leche — dijo tomando otro sorbo de bebida.

—Pero ¿quién lo construyó? —preguntó Pitt.

—Un día, un grupo de hombres aparecieron en el desierto con montones de equipos, tuberías y una máquina para excavar. Cavaron túneles bajo la superficie, túneles de muchos kilómetros. Me pagaron un poco de dinero para guiar su capataz hasta el pozo más cercano. Me contó que trabajaban para una empresa petrolífera de Ulan Bator y que habían tenido que jurar que no hablarían a nadie de su trabajo. Algunos miembros del equipo que lo habían hecho habían desaparecido misteriosamente, y el resto de los trabajadores estaban muy nerviosos. Construyeron a toda prisa los camellos de madera y los grandes depósitos que parecen un *ger*. Después, se desvanecieron. Esos depósitos siguen vacíos y no hacen más que acumular el polvo que arrastra el viento. Todo esto ocurrió hace muchos meses, y desde entonces no he vuelto a ver a nadie. Igual que los otros.

—¿Qué otros? —preguntó Pitt.

—Hay otros tres poblados de falsos *ger* que también son depósitos. Son todos iguales y están igualmente desiertos y vacíos aparte de los camellos.

—¿Y no sabe usted si en la zona están haciendo prospecciones petrolíferas o hay pozos?

Tsengel lo meditó unos momentos y meneó la cabeza.

—No. Hace ya muchos años vi unos campos petrolíferos en China, pero no sé de ninguno en esta zona.

—¿Y por qué cree usted que han camuflado esos depósitos y los han rodeado de falso ganado?

—No tengo ni idea. Hay quien dice que los *ger* de metal fueron construidos por un pastor muy rico para que recogieran el agua de lluvia y la devolvieran a las praderas. Hay un chamán que asegura que los animales de madera son un tributo colocado allí para compensar la desertización de la zona ocurrida como resultado de las excavaciones subterráneas. Otros dicen que es la obra de una tribu de locos. Pero la verdad es que todos se equivocan. Se trata simplemente del trabajo de algún poderoso que desea explotar las riquezas del desierto. ¿Por qué disfrazan su labor?

Pues para ocultar sus malvados corazones.

El *airag* había acabado prácticamente con Tsengel. Apuró los restos de su cuenco, se levantó tambaleante y deseó buenas noches a su familia e invitados; luego, fue dando traspiés hasta una de las camas y se dejó caer en ella. Al cabo de unos segundos roncaba ruidosamente. Pitt y Giordino ayudaron a recoger los restos de la cena y salieron fuera a tomar un poco el fresco.

—La verdad es que sigue sin tener sentido —dijo Giordino, mirando el cielo estrellado—. ¿Para qué ocultar unos depósitos vacíos en medio del desierto y dejar que acumulen polvo?

—Puede que haya algo más importante que ocultar que los depósitos en sí.

—¿Y qué podría ser?

—Puede que la fuente del crudo —dijo Pitt dando una patada en el suelo.

A pesar de los ronquidos de Tsengel, Pitt y Giordino durmieron profundamente en el *ger*. Noyon les había cedido su cama y se había tendido en el suelo con unos cojines. Todos se levantaron con la salida del sol y compartieron un desayuno de té y fideos. Tsengel había dispuesto que su hijo acompañara a los dos hombres hasta el poblado más próximo, donde los niños de los alrededores acudían a un monasterio para recibir clases tres días a la semana. Pitt y Giordino irían a caballo hasta el monasterio, adonde llegaba con cierta regularidad un camión de suministros procedente de Ulan Bator.

Tras deslizar algunos billetes en la mano a Ariunaa, Pitt le dio las gracias por la comida y la hospitalidad y se despidió de Tsengel.

—No podemos devolverle tanta generosidad.

—La puerta del *ger* de un pastor siempre está abierta. Tengan cuidado en sus viajes y acuérdense de sus amigos del Gobi.

Los hombres se estrecharon la mano. Luego, el mongol partió a caballo para ocuparse de su ganado. Pitt, Giordino y Noyon montaron en tres recios caballos y se alejaron en dirección norte.

—Tu padre es un buen hombre —comentó Pitt mientras veía desaparecer en el horizonte el rastro de Tsengel.

—Sí, pero está triste por hallarse lejos de la tierra donde nació. Aquí no nos va mal, pero sé que su corazón está en Hulunbuir, hacia el sudeste.

—Si es capaz de prosperar en un lugar como este —dijo Giordino mirando el desolado paisaje a su alrededor—, yo diría que podrá conseguirlo en cualquier parte.

—La vida es dura, pero cuando sea mayor ayudaré a mi padre. Iré a la universidad de Ulan Bator y me convertiré en médico. Entonces le compraré tantos camellos como desee.

Cruzaron la pedregosa llanura y se abrieron paso entre unas escarpadas peñas. Los caballos siguieron avanzando por su camino sin que nadie tuviera que guiarlos, siguiendo el sendero igual que las muías del Gran Cañón conocen todos los pasos del río Colorado. No pasó mucho tiempo antes de que a Pitt y a Giordino empezara a dolerles la espalda. Los caballos iban ensillados con la tradicional albarda mongola hecha de madera. Al igual que la mayoría de los niños de las estepas y regiones desérticas, Noyon había aprendido a montar a caballo antes incluso que a caminar, por lo que estaba acostumbrado a tan incómoda montura; pero, para novatos como Pitt y Giordino, era como ir saltando en un banco del parque.

—¿Estás seguro de que no hay una parada de autobús por aquí cerca o un aeropuerto? —preguntó Giordino con una mueca de dolor.

Noyon meditó larga y seriamente la pregunta.

—Autobús, solo en el pueblo; pero avión, sí. No está lejos. Yo os llevaré — contestó al final.

Antes de que el italiano pudiera decir una palabra más, el muchacho espoleó su caballo y galopó hacia un promontorio cercano.

—¡Lo que nos faltaba, un pequeño rodeo! —protestó Pitt.

—¿Y quién dice que no hay un fantástico Learjet esperándonos al otro lado de esa loma? —replicó Giordino.

Hicieron girar sus caballos y los espolearon para seguir al muchacho. Los animales, deseos de seguir a su guía, se pusieron al galope. Cabalgaron hasta la base del risco y lo rodearon por su extremo norte. Los cascos de los caballos resonaron fuertemente mientras cruzaban una zona de llana roca arenisca. Tras rodear varios peñascos, llegaron por fin donde se encontraba Noyon, que los esperaba a la sombra de una roca. Para disgusto de Giordino, no había aeropuerto alguno ni señales de transporte aéreo. Hasta donde alcanzaba la vista solo se veía una vasta y pedregosa extensión desértica marcada aquí y allá por pequeñas formaciones rocosas. Pero, al menos, el chico había sido sincero en un aspecto: solo se habían desviado un corto trecho de su camino. Los dos amigos frenaron sus caballos y los pusieron al paso al acercarse a Noyon. El chico les sonrió y señaló un punto en la base del promontorio.

Pitt miró, pero solo vio una pendiente rocosa cubierta de arena rojiza. Algunas piedras tenían una forma extraña y parecían despedir un reflejo plateado.

—Un precioso jardín de piedras —masculló Giordino.

Pero Pitt, intrigado, se acercó; se fijó en que dos de las protuberancias presentaban un perfil regular, hasta que al aproximarse más se dio cuenta de que no se trataba en absoluto de rocas, sino de dos motores radiales parcialmente enterrados. Uno de ellos estaba unido al chato morro de un fuselaje que yacía boca arriba, mientras que el otro seguía fijo al ala que desaparecía bajo la arena.

Noyon y Giordino se acercaron mientras Pitt descabalgaba y apartaba la arena de una de las semienterradas carrocerías. Entonces levantó la vista y dijo a Giordino, perplejo:

—No es un Learjet, amigo. Es un trimotor Fokker.

El Fokker F-VII b yacía panza arriba donde se había estrellado, sin que lo hubieran tocado en setenta años. La arena impulsada por el viento se había amontonado en grandes cantidades sobre el avión, y su ala y la mayor parte del fuselaje estaban casi completamente enterrados. Un poco más atrás, el ala de babor, junto con el motor, se había convertido en un amasijo de chatarra junto a las rocas que la habían arrancado al capotar. El morro aparecía aplastado igual que el fuelle de un acordeón, y la cabina estaba llena de arena hasta arriba. Sepultados en ella, los cadáveres del piloto y el copiloto seguían atados a los asientos. Pitt retiró con la mano la gruesa capa de polvo de debajo de la ventanilla del piloto hasta que el descolorido nombre de *Blessed Betty* apareció ante sus ojos.

—Mal lugar para aterrizar —comentó Giordino—. Pensaba que habías dicho que estos aparatos eran indestructibles.

—Casi —respondió Pitt, que conocía muy bien aquellos aeroplanos porque tenía uno entre su colección de coches antiguos—. Los trimotores Fokker, igual que los Ford, eran aviones muy robustos. El almirante Byrd utilizó uno para sobrevolar el Ártico y la Antártida. Charles Kingsford-Smith cruzó el océano Pacífico en 1928 con su Fokker, el *Southern Cross*. Estos aviones llevaban unos motores Wright Whirlwind que eran capaces de mantenerlos en el aire indefinidamente.

—Debió de estrellarse por culpa de alguna tormenta de arena —aventuró Giordino.

Mientras Noyon los observaba desde una prudente distancia, Pitt y Giordino recorrieron el enterrado fuselaje hacia la cola hasta que descubrieron una protuberancia. Apartaron parte de la arena que la cubría y vieron que se trataba del borde inferior de la puerta lateral de embarque. Siguieron excavando la blanda arena hasta que consiguieron despejar un hueco lo bastante grande para abrir la puerta por completo. Mientras su amigo retiraba las últimas brazadas, Pitt se fijó en unos orificios que perforaban el fuselaje.

—Tenemos una nueva hipótesis —dijo Pitt pasando la mano por los agujeros de bala—. A este avión lo derribaron.

—Me pregunto por qué —repuso Giordino que se disponía a abrir la portezuela cuando Noyon soltó un grito lastimero.

—Los viejos dicen que hay hombres muertos ahí dentro. Los lamas siempre nos dicen que no debemos molestarlos. Ésa es la razón de que los pastores nómadas no hayan entrado en el avión.

—No te preocupes —contestó Pitt—. Respetaremos a los muertos y nos aseguraremos de que los entierren como es debido para que sus almas puedan descansar en paz.

Giordino giró la palanca y tiró suavemente hasta abrir la puerta. Un batiburrillo de trozos de madera, arena y fragmentos de porcelana salió del oscuro interior y cayó al suelo por la abertura. Pitt cogió un plato medio roto de la dinastía Yuan decorado con un pavo real.

—Caramba, no es la vajilla de diario —dijo reconociendo el valor de aquella antigüedad—. Esto tiene al menos quinientos años de historia.

Aunque no era un especialista, Pitt había adquirido cierta experiencia en antiguas reliquias gracias a las inmersiones que había realizado en numerosos pecios. Con frecuencia, las únicas pistas para identificar la edad y el destino del barco naufragado las proporcionaban los restos de cerámica que se encontraban a bordo.

—Pues yo diría que ahí dentro tenemos el rompecabezas más antiguo y más grande del mundo —comentó Giordino apartándose para dejar que Pitt mirara dentro después de haberse asomado él.

El interior del aparato era un caos. Por todas partes se veían montones de cajas rotas y astilladas que habían derramado su contenido por la cabina dejando una alfombra de fragmentos blancos y azules. Solo las pocas cajas que viajaban en la cola habían sobrevivido al accidente.

Pitt entró arrastrándose y esperó unos instantes a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. La oscuridad de la cabina y el rancio y polvoriento aire del interior le conferían un ambiente fantasmagórico al que contribuían las filas de asientos de mimbre que colgaban del techo del invertido fuselaje. Agachando la cabeza, Pitt se dirigió primero hacia las cajas de la cola. Los fragmentos de loza crujieron bajo sus pies, obligándolo a moverse con cuidado.

Encontró cinco que seguían intactas. Todas ellas estaban llenas de rótulos pintados con las palabras «Frágil» y «Propiedad del Museo Británico». La tapa de una de ellas estaba medio suelta; Pitt la levantó y la abrió. Dentro había un gran cuenco de porcelana envuelto en papel protector. Con sus más de setecientos años de antigüedad, el blanco cuenco presentaba un borde irregular y estaba esmaltado con complicados motivos florales de tonos azules y verdes. Pitt admiró la calidad de la obra y devolvió el cuenco a su lugar. Tal como los restos diseminados por la carlinga parecían indicar, el avión llevaba un cargamento de cerámica antigua, pero no pasajeros, afortunadamente.

Pitt volvió sobre sus pasos, y Giordino se le unió cerca de la puerta.

—¿Qué has visto? —preguntó en tono callado.

—Solo un cargamento de cerámica antigua que parece ser que iba destinado al Museo Británico. En la cola siguen quedando algunas cajas intactas.

Pitt avanzó encorvado hacia la parte delantera. Casi toda la carga había sido arrojada hacia delante en el impacto y había formado una barrera de restos ante la cabina. Pasó por encima de un gran jarrón roto y vio que entre los restos del suelo

asomaba una vieja chaqueta de aviador. Tras pasar junto a un montón de cacharros rotos y apartar una caja para echar un vistazo se detuvo en seco. En la débil claridad que proporcionaba la poca luz que penetraba por la puerta vio que la prenda seguía ocupada por su propietario original.

Los momificados restos de Leigh Hunt descansaban donde había expirado, décadas después de que se hubiera arrastrado entre los restos del accidente, en medio del insoportable dolor de su espalda rota. En su brazo izquierdo sujetaba una caja de madera amarilla, mientras que los blancos huesos de su mano derecha aferraban todavía una pequeña libreta. En su rostro, preservado por el seco aire del desierto bajo una fina capa de sílice, una mueca le torcía el gesto.

—Pobre diablo, debió de sobrevivir al accidente y morir luego —comentó Pitt en voz baja.

—Está claro que esa caja y la libreta eran importantes para él —repuso Giordino.

Con mal disimulado disgusto, Pitt arranco la libreta y la caja de manos del cadáver y entregó ésta a Giordino. Luego, cogió una gastada bufanda de seda que había cerca y cubrió con ella el rostro del muerto.

—No creo que los pilotos salieran mejor librados —dijo mirando la parte delantera.

Pasó por encima del cadáver de Hunt y se asomó a la abertura del mamparo que separaba la carlinga del fuselaje. Todo el compartimento estaba lleno de arena, que había entrado a través de las rotas ventanillas cuando el avión se estrelló.

—Nos llevaría todo un día excavar eso —comentó el italiano, mirando por encima del hombro de su amigo.

—Puede que en nuestra próxima visita —contestó Pitt, que estaba seguro de que los huesos de los pilotos seguirían intactos bajo el montón de arena.

Los dos hombres volvieron sobre sus pasos y salieron a la brillante luz del sol. Noyon daba vueltas nerviosamente, pero se detuvo y sonrió con alivio cuando vio que Pitt y Giordino salían del avión. El italiano alzó la caja amarilla para que el muchacho la viera y la abrió. Dentro había un tubo de bronce y un rollo de piel de leopardo, conservados en perfecto estado desde que Hunt los había descubierto.

—No son precisamente las joyas de la corona —comentó ligeramente decepcionado.

—Esto debería aportarnos alguna luz —dijo Pitt abriendo la libreta y leyendo en voz alta lo escrito en la primera hoja—: «Excavaciones de Shangtu. 15 de mayo de 1937. Diario de campo del doctor Leigh Hunt, jefe de la expedición».

—Sigue leyendo —dijo Giordino—. Me muero de ganas de saber si esta piel de leopardo estaba destinada al escabel de la biblioteca del doctor Hunt o a convertirse en un cojín del tocador de su amante.

—Perdonen que los interrumpa, amigos —intervino Noyon—, pero debemos

seguir camino si no quieren perder el autobús del monasterio.

—Está bien. El misterio tendrá que seguir esperando —contestó Pitt guardándose el diario en un bolsillo y cerrando la puerta del avión.

—¿Y qué hay de nuestros amigos de dentro? —preguntó Giordino.

—Cuando lleguemos a Ulan Bator hablaré con el doctor Sargov. Él debería saber cómo ponerse en contacto con el gobierno mongol para asegurarse de que este sitio recibe la atención debida. El doctor Hunt merece que los objetos por los que dio la vida sean recuperados por profesionales.

—Y también que él y los pilotos reciban sepultura.

Pitt amontonó una buena cantidad de arena contra la puerta para asegurarse de que permanecería cerrada, mientras Giordino guardaba la caja en una de las alforjas de los caballos. A continuación montaron en los caballos que Noyon sujetaba y subieron a las incómodas sillas de madera.

—¿Estás seguro de que entre esas cajas del fondo no había ningún cojín? —preguntó Giordino haciendo una mueca de dolor.

Pitt se limitó a sonreír y negar con la cabeza. Mientras partían al trote hacia la aldea, se volvió para echar una última mirada a los restos del viejo aeroplano y se preguntó qué secretos le revelaría el diario de Hunt.

Una hora a caballo fue lo que tardaron en llegar hasta la diminuta aldea de Senj. El lugar difícilmente habría aparecido en un mapa puesto que estaba formado por unos pocos *gers* agrupados alrededor de un bebedero. El manantial fluía todo el año y ofrecía sustento permanente a los pastores de la zona que, de otro modo, habrían tenido que trashumar varias veces al año en busca de fértiles pastos. Como era costumbre en aquellos parajes, los camellos y los caballos que paseaban libremente por la aldea superaban ampliamente en número a los habitantes humanos.

Noyon condujo a Pitt y a Giordino a un *ger* donde ondeaba una bandera de color naranja y se veían varios caballos atados a una cuerda. Unos niños, que jugaban al escondite cerca de allí, se interrumpieron un momento al ver aparecer a los extranjeros, pero enseguida siguieron con sus juegos. Cuando desmontó del caballo, Giordino, con las posaderas doloridas, caminaba igual que un marinero ebrio.

—La próxima vez creo que me inclinaré por el camello y correré el riesgo con sus jorobas —protestó.

Pitt parecía igualmente contento de poder poner pie en tierra.

—Una temporada con el rebaño y montarían ustedes como verdaderos *arat* —dijo Noyon, refiriéndose a los jinetes locales.

—Una temporada en esa silla y estaré listo para la de ruedas —masculló el italiano.

Un anciano del pueblo vio a los hombres y cojeó hacia ellos mientras hablaba rápidamente con el chico.

—Él es Otgonbayar —dijo Noyon—. Les invita a visitar su *ger* y a compartir un cuenco de *airag*.

El ruido del motor de un camión sonó en las colinas circundantes y un descolorido autobús verde no tardó en coronar una loma y en enfilarse hacia el poblado en medio de una nube de polvo. Noyon contempló el vehículo que se acercaba y meneó la cabeza.

—Me temo que ha llegado nuestro autobús —dijo al viejo.

—Por favor, di a Otgonbayar que le agradecemos su invitación, pero que tendrá que ser en otra ocasión —pidió Pitt antes de acercarse al anciano y estrecharle la mano. El anciano asintió y sonrió mostrando sus desdentadas encías.

El autobús se detuvo con un chirrido de frenos, y el chófer tocó la bocina. Los niños dejaron sus juegos y caminaron en fila hacia el vehículo, al que subieron de uno en uno cuando éste abrió su puerta plegable.

—Vamos —dijo Noyon acompañando a los dos amigos a bordo.

El autobús ruso era un modelo Kav Z de los años ochenta, una vieja reliquia del ejército soviético. Lo mismo que muchos vehículos que habían acabado en Mongolia, lo había hecho tras agotar su período de vida útil en el país tutelar. Con su deslucida pintura, cristales rotos y gastados neumáticos, mostraba todos y cada uno de los doscientos cincuenta mil kilómetros que llevaba a cuestas. No obstante, igual que un viejo boxeador que se niega a retirarse, su armazón había sido medio recompuesto y lanzado a la carretera para un nuevo asalto.

Cuando subió tras Noyon, Pitt se sorprendió al ver que el conductor del autobús era un hombre mayor anglohablante que le sonrió a través de una blanca barba con chispeantes ojos azules.

—Hola, chicos —les dijo—. Noyon me ha contado que sois estadounidenses. Yo también. Sentaos y nos iremos.

El autobús llevaba una veintena de pasajeros y se llenó tras recoger a los niños de un par de campamentos vecinos. Pitt vio que el asiento de detrás del conductor estaba ocupado por un dashchund canela y negro que dormía tumbado de lado. El asiento que había al otro lado del pasillo, junto al conductor, estaba libre, de modo que se instaló allí con Giordino a su lado. El chófer cerró la puerta y salió de la aldea a todo gas; enfiló hacia el desierto y ganó velocidad a medida que iba cambiando las marchas hasta alcanzar los setenta kilómetros por hora.

—El monasterio de Bulangün no es precisamente lo que se llama un destino de vacaciones —dijo el conductor mirando a Pitt y a Giordino por el retrovisor rectangular del techo—. Y vosotros, ¿qué? ¿Estáis haciendo turismo de aventura por el Gobi?

—Más o menos —contestó Pitt—, aunque podríamos decir que ya hemos acabado con la parte a caballo de la excursión. En estos momentos solo buscamos un

modo de regresar a Ulan Bator.

—Pues no tendréis problemas. Mañana llegará al monasterio el camión que les lleva los suministros desde la capital. Si no os importa pasar la noche en compañía de unos cuantos monjes, mañana podréis regresar en el camión.

—Eso sería perfecto —contestó Pitt, que vio divertido cómo el dashchund pegaba un brinco cuando el autobús saltaba al pasar un bache y volvía a caer en el asiento sin despertarse.

—Oiga, no le importará que le pregunte qué hace alguien como usted por estos parajes —quiso saber Giordino.

—Nada importante. Me limito a ayudar a una fundación arqueológica privada que se dedica a colaborar en la reconstrucción de monasterios budistas. Antes de que los comunistas se hicieran con el poder en Mongolia, en 1921, había casi setecientos monasterios en el país. La mayoría de ellos fueron quemados y saqueados en la década de los treinta, durante la terrible purga desatada por el gobierno. Cientos de monjes desaparecieron en el correspondiente proceso de exterminio, o bien ejecutados *in situ* o bien deportados a los campos de trabajo de Siberia para que murieran en cautividad. Los que no perecieron asesinados fueron obligados a renunciar a su religión. De todas maneras, muchos siguieron con sus ritos en secreto.

—Pues si hace tanto tiempo que sus templos han sido destruidos y sus prácticas suprimidas, ahora deben de tenerlo difícil para empezar de nuevo.

—Sí, pero muchos monjes que vieron las purgas que se avecinaban lograron enterrar y preservar un gran número de textos antiguos y objetos sagrados. Cada día aparecen reliquias a medida que algunos de los antiguos monasterios vuelven a abrir sus puertas. La gente empieza a confiar en que los pasados abusos del gobierno no se repetirán.

—¿Y cómo ha pasado usted de poner ladrillos a conducir un autobús? —preguntó Giordino.

—En esta vida hay que estar dispuesto a hacer un poco de todo —rió el conductor—. El grupo con el que colaboro no está formado solo por un puñado de arqueólogos, sino que incluye a carpinteros, educadores e historiadores. Nuestro acuerdo de reconstruir monasterios nos permite también establecer escuelas para los niños locales. Como podrán imaginar, la educación que reciben los hijos de los pastores trashumantes es francamente insuficiente. Nosotros les enseñamos a leer, a escribir, matemáticas e idiomas con la esperanza de brindar a esos chicos una mejor calidad de vida. Noyon, ese amigo de ustedes, chapurrea tres idiomas y es un genio con los números. Si conseguimos darle una buena educación durante el resto de su infancia y evitar que caiga una PlayStation en sus manos, quizá consiga convertirse en un buen médico o ingeniero. Esto es lo que confiamos en poder ofrecer a estos chavales.

El autobús coronó una loma desde donde se divisaba un estrecho valle; en su

centro, una verdosa extensión de hierba donde brotaban flores de color púrpura ponía una mancha de color en el monótono paisaje. Pitt se fijó en el racimo de pequeños edificios de piedra que se levantaba en su centro, rodeados de unos cuantos *gers* blancos. Un pequeño rebaño de camellos y cabras ocupaba un cercado cercano, y algunos todo terrenos estaban aparcados a lo lejos.

—Ése es el monasterio de Bulangiin, hogar de una docena de monjes, un lama, diecisiete camellos y de algún ocasional y hambriento voluntario de los «u ese a».

El conductor siguió la pista, que no era más que una hilera de huellas de neumáticos, y al cabo de un momento detuvo el vehículo ante una de las blancas tiendas.

—¡Hemos llegado al colegio! —exclamó el hombre dirigiéndose a Pitt y a Giordino mientras los niños salían corriendo del autobús. Noyon pasó ante ellos y se despidió con un alegre gesto de la mano antes de saltar al suelo y echar a correr.

—Bueno, si me disculpan, tengo que impartir una clase de geografía —anunció el conductor una vez hubieron bajado todos los niños—. Si son ustedes tan amables de dirigirse al edificio que tiene un dragón en el alero encontrarán allí al lama Santanai, que habla inglés y estará encantado de ocuparse de ustedes para que pasen la noche.

—¿Le veremos a usted más tarde?

—Seguramente no. Después de devolver a los niños a sus casas tengo que dar una charla en una de las aldeas sobre la democracia occidental. Ha sido agradable hablar con ustedes. Que disfruten de su estancia.

—Gracias por el viaje y por la información —contestó Pitt.

El conductor recogió con mimo el dashchund, sacó un libro de geografía de debajo del asiento y caminó con garbo hacia el *ger* que hacía de aula.

—Un tipo simpático —comentó Giordino levantándose y apeándose del autobús. Pitt lo siguió; al bajar, vio que encima del parasol del conductor había un rótulo donde se leía: BIENVENIDOS. EL NOMBRE DE SU CHÓFER ES CLIVE CUSSLER.

—Sí —convino con un asentimiento—, pero conduce como Mario Andretti.

Atravesaron el terreno hacia tres construcciones en forma de pagoda cuyos curvados tejados estaban cubiertos de envejecida cerámica azul. El central y más grande era el templo principal y estaba flanqueado por la sala del santuario y un almacén. Pitt y Giordino subieron los escasos peldaños que conducían al templo principal y admiraron los dragones tallados cuyas colas se enroscaban en los curvados tejados. Los dos amigos entraron en el templo atravesando unas enormes puertas más allá de las cuales fueron recibidos por unos graves cánticos.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la escasa iluminación proporcionada únicamente por las velas, vieron dos anchos bancos que corrían a lo largo de la sala y terminaban en un pequeño altar. En cada uno de ellos se sentaba media docena de

monjes, frente a frente, separados por el pasillo central. Los monjes, con sus túnicas color azafrán y sus cabezas rapadas, se mantenían inmóviles y con las piernas cruzadas mientras cantaban. Pitt y Giordino caminaron de puntillas hasta un rincón y se sentaron en silencio para contemplar el resto del mantra.

El lamaísmo tibetano es la forma de budismo que se practica en Mongolia, y los lazos religiosos que unen ambos países datan de siglos atrás. Antes de las purgas comunistas, casi una tercera parte de los varones mongoles eran lamas practicantes que llevaban una vida de ascetismo en cualquiera de los muchos monasterios repartidos por todo el país. El budismo estuvo a punto de desaparecer bajo el régimen comunista, pero en la actualidad hay una nueva generación de mongoles que está empezando a reencontrarse con la espiritualidad de sus antepasados.

Mientras observaban la ceremonia, que se diferenciaba muy poco de las practicadas por los lamas de siglos atrás, los dos amigos no pudieron evitar sentir el misticismo que reinaba dentro del templo. El aroma del incienso acariciaba sus sentidos con su exótico perfume, y las velas desprendían un cálido resplandor que parpadeaba en el techo pintado de rojo y en los pendones carmesí que colgaban de las paredes. Numerosas estatuas de Buda en distintas encarnaciones llenaban los rincones y el altar; y, por último, estaban los hipnóticos sonidos que surgían de los labios de aquellos nobles monjes, que repetían al unísono una frase sacada de los libros de plegarias que tenían abiertos ante ellos.

El mantra fue ganando en intensidad y las voces se hicieron más fuertes hasta que un anciano lama de gruesas gafas golpeó repetidamente un tambor de piel de oveja. Los demás monjes se unieron al *crescendo* haciendo sonar pequeñas campanillas o soplando en grandes conchas marinas hasta que las paredes del templo empezaron a vibrar. Luego, como si una mano invisible hubiera bajado el volumen, el conjunto se fue acallando hasta quedar sumido en un silencio total. Los monjes meditaron unos minutos más en la quietud antes de levantarse de los bancos.

El lama de las gruesas gafas dejó su tambor y se acercó a Pitt y a Giordino. Debía de tener más de ochenta años, pero se movía con la agilidad y la fuerza de un hombre mucho más joven. Sus profundos ojos castaños brillaban con una chispa de calidez e inteligencia.

—¡Ah, los estadounidenses que deambulaban por el desierto! —dijo en inglés con fuerte acento—. Soy el lama Santanai. Bienvenidos a nuestro templo. Hemos incluido en nuestros rezos de hoy una plegaria para que viajen sin peligros.

—Por favor, le rogamos que disculpe nuestra intrusión —contestó Pitt, sorprendido de que el lama estuviera al tanto de su llegada.

—El camino a la iluminación está abierto a todos. Vengan, deje que les muestre su hogar —sonrió el monje precediendo a Pitt y a Giordino y saliendo del templo para enseñarles los alrededores—. El monasterio data de 1820. Sus ocupantes fueron

más afortunados que la mayoría durante la gran purga. Los agentes del gobierno destruyeron las dependencias donde vivían los monjes, los almacenes de las provisiones y se llevaron a todos los que vivían aquí. No obstante, por razones desconocidas, el templo quedó intacto y vacío durante décadas. Los sagrados textos y otros objetos de culto fueron puestos a salvo por los pastores locales, que los rescataron y enterraron en algún lugar cercano. Cuando el gobierno volvió al camino de la tolerancia, reabrimos el templo como la pieza principal de nuestro monasterio.

—Los edificios no parece que hayan sufrido el abandono de todos estos años — comentó Giordino.

—Los pastores locales y algunos monjes que vivían en la clandestinidad conservaron secretamente el templo durante los años de la represión. Su remota ubicación ayudó sin duda a que se mantuviera lejos de los inquisidores ojos de los más feroces ateos del gobierno. De todas formas, nos queda mucho trabajo por delante antes de que tengamos el monasterio totalmente restaurado —dijo señalando los montones de troncos y materiales de construcción—. Por el momento vivimos en nuestros *gers*, pero algún día tendremos una residencia permanente.

—¿Usted y sus doce discípulos?

—Sí. Por el momento tengo a doce monjes aquí, más un aspirante que nos ha visitado. Sin embargo, confiamos que dentro de poco nos acompañarán otros diez jóvenes.

El lama condujo a los dos amigos hasta un edificio más pequeño situado junto al templo principal.

—Les puedo ofrecer acomodo en el almacén. El equipo arqueológico occidental que está con nosotros se ha marchado a trabajar durante unos días a un yacimiento cercano y han dejado varios camastros que ustedes pueden utilizar si lo desean. Mañana podrán volver a Ulan Bator en el camión de las provisiones si eso es lo que quieren.

—Sí, gracias —repuso Pitt—. Estamos impacientes por regresar.

—Mañana lo dispondremos todo. Ahora me disculparán, pero debo volver al templo para unas clases. Pónganse cómodos y reúnanse con nosotros para la cena a la puesta del sol.

El lama dio media vuelta y regresó al templo con la larga túnica ondeando al viento. Pitt y Giordino subieron unos peldaños y entraron en el edificio que servía de almacén, una estrecha estructura de altos techos. Nada más cruzar la puerta tuvieron que rodear una gran campana de bronce que había dentro, una antigua reliquia que pedía a gritos un campanario. Más allá de la campana encontraron un lote de provisiones en una mesa apoyada en la pared. Enfrente había mantas y colchas para los fríos meses de invierno que se avecinaban. Al fondo encontraron varios camastros de lona dispuestos bajo la imagen pintada de Sakyamuni, el buda sentado con las

piernas cruzadas en un trono de flores de loto.

—¿No te parece extraño que el lama conociera nuestra presencia en la zona? —preguntó Pitt.

—El desierto es pequeño —contestó Giordino—. Mira la parte buena: no tenemos que dormir en el suelo y podremos relajarnos hasta que aparezca nuestro transporte. La verdad es que no me importaría probar ahora mismo estas confortables instalaciones —dijo echándose en uno de los camastros.

—Yo tengo algo que leer primero —contestó Pitt yendo hacia la puerta antes de que empezaran los ronquidos.

Salió, se instaló en los peldaños del almacén y contempló el antiguo templo y el desértico valle que se extendía más allá. Luego, sacó la libreta y empezó a leer el diario del doctor Leigh Hunt.

—Hasta la vista, Dirk, y diga adiós a su amigo Al de mi parte —dijo Noyon subiéndolo los escalones y tendiendo la mano a Pitt, que se levantó y se la estrechó maravillándose ante la madurez de aquel muchacho de diez años.

—Hasta la vista, amigo —contestó—. Espero que volvamos a vernos.

—Sí. La próxima vez súbase a un camello —sonrió el chico antes de dar media vuelta y correr hacia el autobús que esperaba a lo lejos. Las puertas se cerraron tras Noyon, y el vehículo se puso en marcha hacia la loma por donde se ponía el sol.

El ruido despertó de su siesta a Giordino, que salió desperezándose.

—¿Noyon y los demás niños vuelven a casa después del colegio? —preguntó al ver que el autobús desaparecía en la distancia.

—Sí, ha venido a despedirse y a decirme que tiene a nuestra disposición sus mejores camellos siempre que queramos —repuso Pitt antes de volver a la lectura que lo tenía hipnotizado.

—¿Qué tal es el relato de nuestro arqueólogo momificado?

—No te lo creerías —dijo Pitt.

Giordino vio la seria expresión del semblante de su amigo y se sentó a su lado.

—¿Qué has encontrado?

—Que Hunt, junto con su ayudante mongol y un equipo de trabajadores chinos, estaban excavando los restos de una desaparecida ciudad del noreste de China llamada Shangtu.

—Nunca había oído hablar de ella.

—Puede que la conozcas por su romántico nombre occidental: Xanadú.

—¡No me dirás que hay dos! —exclamó Giordino meneando la cabeza—. ¿De verdad existió?

—Desde luego. Era el palacio de verano del Kublai Khan, que lo mandó construir a unos doscientos kilómetros de Pekín para escapar del calor del estío de la ciudad. Estaba rodeada por unos vastos terrenos de caza amurallados y dentro del recinto vivía una comunidad de unas cien mil almas. Sin embargo, cuando Hunt llegó, ya no era más que un montón de ruinas en una planicie desierta.

—Entonces eso quiere decir que los objetos que encontramos en el avión datan de la era de Kublai Khan, ¿verdad? Si es así, deben de valer una fortuna, al menos los que no se hicieron añicos al estrellarse el avión. Y la caja con el tubo de bronce y la piel de leopardo también deben de ser de la misma época.

Pitt tenía la caja en los escalones, junto a él, con la piel de leopardo y el tubo de bronce en su interior; sacó primero la piel del animal.

—Hunt apenas menciona esta piel, pero mira esto —dijo Pitt extendiéndola y dándole la vuelta. En el lado del pellejo se veían ocho pequeños dibujos distribuidos

en distintas viñetas. La primera mostraba un gran junco chino navegando por un río seguido por dos naves más pequeñas. Los dibujos siguientes los presentaban navegando por el mar y anclados en una pequeña ensenada. En la última viñeta el gran junco estaba en llamas. Un pendón con el dibujo de un perro azul que ondeaba al viento en el palo mayor también ardía. En la costa se veían varias cajas apiladas que también eran pasto de las llamas, que parecían consumir todo el terreno alrededor de la ensenada.

—Parece como si narrara un viaje en barco que terminó en un gran incendio —dijo Giordino—. Quizá se toparon con unos adversarios que conocían el uso del fuego griego. También podría indicar que anclaron cerca de un incendio y que las pavesas prendieron en el junco. ¿El arqueólogo inglés no da su interpretación?

—No, ninguna. Me pregunto si llegó siquiera a examinar el dorso de la piel de leopardo antes de morir.

—¿Y hay algún comentario de la caja?

—Lo importante no parecía ser la caja, sino el tubo de bronce. O, mejor dicho, algo que había dentro del tubo. Según parece, en el interior había un rollo de seda en el que estaba pintado el mapa de un tesoro de incalculable valor.

—El recipiente estaba vacío cuando lo encontramos. ¿Crees que ese rollo de seda puede seguir con Hunt en el avión?

—Mira. Lee las últimas anotaciones de Hunt —contestó Pitt pasándole el diario. En la última página aparecían escritos tres breves párrafos:

5 de agosto de 1937. Estamos de camino a Ulan Bator en avión y debo dejar constancia de un terrible descubrimiento. Tsendyn, mi fiel ayudante, socio y amigo, me ha traicionado en el último momento. El rollo de seda ha desaparecido, ha sido robado de su recipiente que yo guardaba con todo cuidado en mi tienda. Tsendyn es la única persona que ha podido cogerlo, y ha sido como si me clavara un puñal por la espalda antes de que yo subiera a este avión. Sin el rollo de seda, la pista de GK se pierde. Intentaré recordar el dibujo y reproducirlo de memoria. Luego, organizaré una pequeña expedición en UB y me lanzaré en su búsqueda. Puede incluso que me tope con Tsendyn en las laderas del Burjan Jaldun y consiga mi justa recompensa. Mi única esperanza...

La anotación terminaba a media frase, pero seguía un poco más adelante, escrita con mano temblorosa. Giordino vio que la hoja estaba manchada de salpicaduras de sangre.

Fecha desconocida. Nos hemos estrellado en el desierto. Quiero enviar mis más sinceras disculpas a Leeds, del Museo Británico, y mi amor a mi querida esposa Emily. Que Dios se apiade de nuestras almas.

—¡Pobre desgraciado! —exclamó Giordino—. Eso explica que estuviera tumbado encima de los restos en el interior del avión. Debió de pasar allí varios días

antes de morir.

—Y su dolor tuvo que ser todavía peor sabiendo todo lo que había perdido.

—¿Y cuál crees que podía ser el tesoro al que se refería el mapa? ¿Quién es «GK»?

—Hunt describe el rollo de seda y el dibujo en una anotación anterior. Lo mismo que su ayudante, Tsendyn, Hunt estaba convencido de que indicaba el camino hacia una tumba perdida. La ubicación en las montañas Jentii de Mongolia, los símbolos reales, incluso una leyenda sobre un camello que lloraba, todo cuadra con lo que la historia conoce. Ese mapa dibujado en la seda indicaba el lugar en que se enterró a Gengis Khan.

Giordino dejó escapar un silbido y meneó la cabeza.

—Gengis Khan, ¿eh? Pues seguro que se trataba de un mapa falso. La tumba del viejo Gengis todavía no ha sido encontrada. Su sepulcro sigue siendo uno de los mayores misterios arqueológicos de la historia.

Pitt contempló una nube de polvo que se arremolinaba en el horizonte mientras un millar de imágenes corrían por su mente. Luego, negó con la cabeza.

—Al contrario. Su tumba ha sido descubierta —dijo en voz baja.

Giordino lo miró con expresión de sorpresa, pero conocía a Pitt demasiado bien para poner en duda su afirmación. Pitt pasó las hojas del diario hasta encontrar una página cerca del principio y se la mostró a su amigo.

—Tsendyn, el ayudante mongol de Hunt. Se apellidaba Borjin.

—¡No puede ser! ¿Crees que se trata del padre?

—Si no estoy equivocado, hace poco hemos visitado la tumba de mármol de un tal Tsendyn Borjin.

—Pues si el que estaba en aquella capilla era el padre de Borjin, entonces, el sarcófago que había en el centro de la cámara...

—Exacto —afirmó Pitt—, la tumba de Gengis Khan se encuentra en casa de Tolgoi Borjin.

Al ponerse el sol se unieron al lama y a los demás monjes para cenar en uno de los *gers*. Al igual que las últimas comidas que habían tomado, aquella fue un sencillo menú de caldo de verduras con fideos acompañado de té negro para beber. Los monjes cenaron en silencioso recogimiento y se limitaron a responder con movimientos de cabeza a las pocas palabras pronunciadas por el lama. Pitt estudió los marchitos rostros de aquellos hombres que se movían con estoica elegancia. La mayoría pasaban de los sesenta, y sus graves ojos se hundían en sus arrugadas cuencas. Todos llevaban la cabeza rapada, salvo uno de ellos, que era mucho más joven y robusto. Aquél, en concreto, después de dar cuenta rápidamente de su cena, se volvió hacia Pitt y le estuvo sonriendo hasta que los demás hubieron acabado.

Acabada la cena, Pitt y Giordino asistieron a las oraciones de la noche en el

templo y, después, se retiraron al almacén. Lo descubierto sobre Gengis Khan en el diario de Hunt tenía obsesionado a Pitt, que estaba más impaciente que nunca por regresar a Ulan Bator. Mientras se preparaban para acostarse, arrastró uno de los camastros cerca de la entrada.

—¿Qué pasa, ya no sabes dormir bajo techo? —bromeó Giordino.

—No es eso —repuso Pitt—. Algo me ronda en la cabeza.

—Lo que me ronda en la cabeza a mí es que llevamos casi una semana sin hacer una comida digna de ese nombre —masculló el italiano metiéndose bajo las sábanas.

Pitt bajó de una estantería una caja que contenía objetos y accesorios diversos como incienso para las oraciones de los monjes y rebuscó en su interior. Luego, apagó la lámpara de queroseno y se unió a su amigo para contar ovejas.

El intruso llegó después de medianoche y abrió la puerta del almacén lo justo para poder pasar él y un rayo de luna. Se detuvo un momento mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra y después se acercó al camastro que había cerca de la entrada. Cuando dio el segundo paso, su pie rozó una campanilla de las que utilizaban los monjes en sus oraciones y que estaba en el suelo. El suave tintineo resonó en la silenciosa estancia, y el desconocido se detuvo en seco, sin atreverse siquiera a respirar. Mientras los segundos pasaban lentamente, aguzó el oído para detectar el menor movimiento, pero todo estaba en silencio en la sala.

El hombre se arrodilló, cogió la campanilla y la apartó con sumo cuidado, pero sus nudillos toparon con una segunda campanilla que también quitó de su camino antes de aproximarse centímetro a centímetro al camastro y poder ver con claridad la forma del cuerpo que dormía bajo la manta. Entonces se situó ante él, desenvainó una espada de doble filo y, alzándola con ambas manos, descargó un tajo letal. La afilada hoja golpeó justo debajo de la almohada, donde debía hallarse el cuello del durmiente.

Pero algo fallaba; no había notado la nudosa resistencia de la hoja al cortar el hueso, no había manado sangre ni oído el agónico jadeo de la víctima al morir. La hoja se había abierto paso sin encontrar resistencia y se había hundido en el armazón de madera. La confusión se apoderó del asesino durante unos segundos, hasta que comprendió que le habían tendido una trampa. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde.

Pitt cargaba contra él desde su posición al fondo de la estancia. El rayo de luna que entraba por la puerta iluminaba por detrás al asesino que, encorvado sobre el camastro, le ofrecía una diana clara. Pitt llevaba en la mano una pala que había cogido del montón de herramientas de construcción y escondido bajo el colchón. Cuando estaba a solo un paso del camastro que había llenado de almohadas, blandió la pala y arremetió contra la negra silueta.

Al oír los pasos de Pitt que se acercaban hacia él, el intruso hizo todo lo posible

por recuperarse. Desclavó la espada de la madera y la alzó por encima de su cabeza. Notó más que vio que Pitt se lanzaba contra él en la oscuridad, y descargó un golpe con la hoja describiendo un amplio arco; pero Pitt se le anticipó.

La hoja de la pala surgió de entre la oscuridad y su filo acertó de lleno en las manos del intruso justo cuando empezaba a descargar el golpe. El sonido del metal quebrando los huesos fue seguido rápidamente por un estremecedor grito de agonía que resonó por todo el monasterio.

La espada cayó de las manos del asesino y resonó en el suelo de madera. Intentando evitar el enfrentamiento, el hombre se aferró la rota mano y trastabilló hacia la entrada. Pitt le lanzó otro golpe con la pala, esta vez desde la izquierda, pero el intruso dio un salto y esquivó la embestida. El camastro estaba situado entre los dos, y Pitt, cuando vio que el asesino se volvía hacia la puerta, lanzó otra arremetida, más baja y con todas sus fuerzas, por encima del vacío colchón. La punta de la pala dio de lleno en la pierna del hombre, justo por debajo de la pantorrilla.

Un nuevo relámpago de dolor atravesó el cuerpo del asesino mientras perdía el equilibrio y caía pesadamente al suelo sin soltar su malherida mano. Invisible en la oscuridad, se dio contra la gran campana de bronce en la base del cráneo. Pitt oyó un ruido seco, como el que haría un bate de béisbol al romperse y, acto seguido, el golpe sordo del cuerpo inerte dando contra el suelo.

Giordino apareció junto a Pitt, rodeó el camastro y abrió la puerta de un puntapié. A la luz de la luna vieron que el cuerpo sin vida del asesino yacía de costado y con la cabeza extrañamente ladeada.

—Se ha partido el cuello —declaró Giordino arrodillándose junto al cuerpo sin vida.

—Pues a nosotros nos reservaba algo menos agradable —repuso Pitt dejando la pala y recogiendo la espada del suelo.

Unas luces aparecieron en el porche, y enseguida entró el lama seguido de dos monjes que llevaban lámparas de queroseno.

—Hemos oído un grito —dijo el lama antes de bajar la vista y encontrarse el cuerpo a sus pies. La túnica carmesí de la víctima brilló a la luz de las linternas, e incluso Giordino se sorprendió al ver que el intruso iba vestido con el atuendo de los pacíficos monjes budistas. El lama contempló el cabello negro y el juvenil rostro y lo reconoció de inmediato.

—Es Zenui —dijo sin delatar emoción alguna—. Está muerto.

—Ha intentado asesinarnos —declaró Pitt mostrando la espada y los destrozados cobertores del camastro—. Le di con la pala y lo hice caer. Supongo que se dio con la campana y se partió el cuello. No me sorprendería que llevara encima otras armas.

El lama se volvió hacia uno de los monjes y le habló en mongol.

El hombre se arrodilló junto al cadáver y le palpó las ropas hasta que descubrió

un cinturón con un puñal y una pistola automática.

—¡Éste no es el camino del dharma! —exclamó el lama, escandalizado.

—¿Cuánto tiempo hacía que este hombre estaba en el monasterio?

—Llegó anteayer. Justo antes que ustedes. Dijo que venía de la provincia de Orhon y que estaba cruzando el Gobi en busca de la paz interior.

—Pues ya la ha encontrado —dijo Giordino con una mueca burlona.

El lama recordó una conversación anterior y miró a Pitt y a Giordino con aire suspicaz.

—Cuando llegó, nos preguntó por dos extranjeros que se suponía que estaban cruzando el desierto. Yo le dije que no sabía nada de ustedes, pero que había bastantes posibilidades de que aparecieran por aquí puesto que el camión que nos trae semanalmente las provisiones es el medio más seguro para llegar a Ulan Bator. Cuando le dije eso, expresó su deseo de prolongar su estancia entre nosotros.

—Eso explica que usted estuviera al tanto de nuestra llegada —dijo Pitt.

—Sí, pero ¿por qué atentar contra sus vidas?

Pitt le relató brevemente su visita y posterior huida de las instalaciones de Borjin en busca de los miembros del equipo de sondeo.

—Lo más probable es que este hombre fuera uno de los sicarios del magnate.

—Entonces ¿no es un monje?

—Yo no creo que esa fuera su verdadera vocación.

—La verdad es que desconocía por completo nuestras costumbres —dijo el lama muy serio, y añadió—: Me temo que un asesinato en el monasterio nos traerá muchos problemas con las autoridades.

—En realidad, su muerte ha sido un accidente. Informe de ello como tal.

—La verdad es que podemos prescindir perfectamente de una investigación —añadió Giordino.

—Sí —convino el lama—. Si ésa es la verdad, informaremos de que se ha tratado de un accidente. Y lo haremos después de que ustedes se hayan marchado. —El lama ordenó a los dos monjes que envolvieran el cuerpo en una sábana y se lo llevaran al templo; luego añadió—: Lamento que sus vidas se hayan visto en peligro estando entre nosotros.

—Y nosotros lamentamos haber traído tantos problemas a la paz de este sagrado lugar —contestó Pitt.

—Que el resto de su estancia aquí transcurra en paz —dijo el lama antes de retirarse al templo, donde ofició un breve rezo por el alma del difunto.

—Buen trabajo de detective —dijo Giordino cerrando la puerta y atrancándola con el estropeado camastro—. ¿Cómo supiste que había un falso monje aquí?

—Pura intuición. No me pareció que tuviera el mismo ascético aspecto de los demás monjes. Además, nos estuvo mirando durante toda la cena como si supiera

quiénes éramos. Tampoco me parece improbable que Borjin enviara a uno de los suyos tras nuestros pasos, ni siquiera a alguien disfrazado de monje.

—Confío en que no iría acompañado de más amigos. En fin, supongo que esto quiere decir que te debo una —dijo el italiano.

—Que me debes ¿qué?

—Trabajo de pala durante el resto de la noche —contestó y deslizó la abollada herramienta bajo el camastro antes de arrebujarse bajo la manta.

El camión de las provisiones llegó a última hora de la mañana del día siguiente y descargó varias cajas de alimentos frescos y enlatados en el almacén. Tras ayudar a descargarlo, los monjes se reunieron en el templo para meditar mientras el lama se quedaba charlando con el conductor, y Pitt y Giordino se preparaban para partir.

—El chófer dice que son bienvenidos en el camión y que tardarán unas cinco horas en llegar a Ulan Bator.

—Le damos nuestras más sinceras gracias por su hospitalidad —dijo Pitt. Miró hacia el templo, donde el cuerpo del asesino descansaba en uno de los bancos envuelto en una sábana, y preguntó—: ¿No se ha presentado nadie preguntando por su visitante?

—No —repuso el lama—. Será incinerado dentro de cuatro días, pero sus cenizas no permanecerán en el monasterio porque no llevaba el espíritu de Sakyamuni en el corazón —dijo refiriéndose al Buda histórico y volviéndose hacia los dos amigos—. Mi corazón me dice que son ustedes hombres de honor. Les deseo que viajen con sabiduría y fortaleza de espíritu; así hallarán lo que buscan.

El lama hizo una reverencia, y Pitt y Giordino le correspondieron antes de subir al camión. El conductor, un viejo mongol al que le faltaban varios dientes, les dedicó una amplia sonrisa, puso el motor en marcha y se alejó despacio del monasterio. El lama permaneció donde estaba, con la cabeza gacha, hasta que el vehículo se perdió de vista y el polvo se hubo asentado en su túnica y sus sandalias.

Pitt y Giordino permanecieron sentados en silencio, reflexionando sobre las palabras del lama, mientras el camión traqueteaba por el desierto. Era como si aquel arrugado anciano hubiera adivinado lo que se proponían y les hubiera dado luz verde.

—Tenemos que volver —murmuró Pitt al fin.

—¿A Xanadú? —preguntó Giordino.

—A Xanadú.

III.

TEMBLORES

El gran mero de manchas azules fijó sus redondos ojos en la esbelta figura que nadaba hacia él. Se movía demasiado lentamente para tratarse de un tiburón, y su piel, de un azul fosforescente, era demasiado llamativa para que fuera un delfín; además, se propulsaba con unos extraños apéndices amarillos situados donde tendría que haber estado la cola. Por fin, tras llegar a la conclusión de que no era ni amiga ni enemiga, el mero se apartó de su camino y se dirigió a otra zona del arrecife en busca de alimento.

Summer Pitt apenas prestó atención al gran pez cuando éste se sumergió en las azules profundidades. Su atención estaba centrada en una cuerda de nailon amarillo tendida en el fondo y a la que seguía como si de un camino se tratara. Su atlético cuerpo se movía grácilmente en el agua, a unos sesenta centímetros de la superficie del arrecife de coral, y en sus manos sujetaba una cámara de vídeo digital con la que grababa las abigarradas imágenes del fondo a ambos lados de la cuerda.

Summer estaba reuniendo información sobre el arrecife como parte de un proyecto de la NUMA dirigido a investigar la salud de los arrecifes coralinos de las islas Hawai. Los sedimentos, la sobrepesca y la irrupción de algas como resultado de la contaminación y el calentamiento global estaban provocando la lenta y constante degradación de los arrecifes de todo el mundo. Los de Hawai se habían librado en gran medida, pero nada garantizaba que no acabaran sucumbiendo a la mortalidad a gran escala que se estaba registrando en los arrecifes que rodeaban Australia, Okinawa y Micronesia. Controlando la salud de los arrecifes, la influencia de las actividades humanas se podía detectar y atajar con la debida antelación.

La metodología resultaba sumamente sencilla: las imágenes captadas en vídeo se comparaban con otras muestras obtenidas meses o años antes en la misma zona. Un recuento de los peces y de los organismos del fondo proporcionaba un retrato instantáneo de la salud del arrecife. El proyecto de la NUMA había señalado docenas de arrecifes, los suficientes para proporcionar un panorama completo de las aguas de toda la zona.

Summer siguió nadando lentamente a lo largo de la marca hasta que llegó al final, situado en un desnivel arenoso y señalado por un perno de acero inoxidable clavado en el fondo. Fijada al perno, había una cartulina de plástico con unas anotaciones hechas con rotulador indeleble. Summer extendió la mano y volvió el plástico hacia la cámara, con la que registró los datos de la marca y el punto de paso antes de desconectar el aparato. Mientras devolvía la cartulina a su sitio, algo en una madriguera hundida en la arena captó su atención. Nadó hasta unas rocas cercanas y vio que un pulpo se deslizaba entre ellas. El inteligente invertebrado cambió de color y se hizo prácticamente invisible mientras se desplazaba hacia el arrecife. Volviendo

su atención a la arena, Summer vio que de ella sobresalía un objeto pequeño y redondo: un rostro en miniatura parecía sonreírle, como si estuviera contento de haber sido descubierto. Summer apartó la arena, lo cogió y se lo acercó a las gafas.

Era una pequeña figurita de porcelana de una doncella vestida con una bata floreada, con los negros cabellos recogidos en un moño y las mejillas coloreadas como un querubín. Sus almendrados ojos delataban sus indudables orígenes asiáticos. El trabajo artístico era un tanto tosco, y todo en ella denotaba antigüedad. Solo para asegurarse, Summer le dio la vuelta pero no encontró la habitual marca «Made in Hong-Kong» que había esperado ver. Rebuscó en la arena por si había algún objeto más, pero no encontró nada en los alrededores.

El chorro de burbujas de otro buceador llamó su atención. Un hombre se arrodillaba en el arrecife para tomar una muestra de sedimentos. Summer nadó hacia él y flotó a su misma altura mientras le mostraba la figurita.

Los verdes ojos de su hermano Dirk destellaron de curiosidad mientras examinaba el objeto. Alto y delgado como el padre, con quien compartía nombre y apellido, Dirk guardó la muestra de sedimento en su bolsa de inmersión e indicó con gestos a Summer que le mostrara dónde había encontrado la reliquia. Ella lo condujo más allá del arrecife, hacia la barra de arena donde había visto la sonriente figura. Dirk la siguió; ambos nadaron en amplios círculos, deslizándose apenas a un metro del fondo. Mientras lo rodeaban vieron que el ondulante arenal terminaba abruptamente en un nudoso lecho de lava por un lado y que, del lado de mar abierto, se iba inclinando hasta convertirse en una pronunciada pendiente cuyo fondo se perdía a cuatro mil metros. Un pequeño afloramiento de coral surgía en medio de la arena; Dirk se acercó para examinarlo.

El coral describía una línea recta durante unos tres metros antes de desaparecer bajo la arena, y Dirk vio que ésta era de un color más oscuro a lo largo de un frente continuo antes de llegar al muro de lava. Summer nadó hacia una protuberancia redondeada e hizo señas a Pitt para que se acercara a echar un vistazo. El joven nadó por encima de lo que parecía ser una piedra rectangular de unos dos metros de ancho. Descendió y palpó el borde lleno de duras incrustaciones con su enguantada mano; luego, exploró la superficie. La dureza desapareció cuando sus dedos pasaron por encima de una colonia de erizos marinos. Asintiendo con interés, Summer se acercó con la cámara preparada y filmó un primer plano del objeto. Los dos hermanos dejaron el hallazgo y acabaron su recorrido en círculos sin encontrar nada más. Luego, fueron hasta el fondeo donde habían empezado la inmersión y ascendieron los diez metros que los separaban de la superficie.

Sus cabezas emergieron en las aguas color zafiro de una ensenada cercana a la bahía de Keliuli, en la costa sudoeste de la Isla Grande. A unos cientos de metros, las olas rompían contra la rocosa orilla que se alzaba en forma de graníticos acantilados

que rodeaban la ensenada. El ruido de las olas resonaba atronadoramente en las verticales paredes mientras la espuma cubría su superficie.

Pitt se agarró a la barca neumática fondeada y se izó trabajosamente a bordo. Después de desprenderse de las botellas y los plomos, tendió una mano para ayudar a subir a su hermana, que, una vez a bordo, escupió el regulador, jadeando.

—Bueno, ¿qué te parece ese afloramiento de coral en medio de la barra de arena?

—Pues que mostraba cierta linealidad.

—Eso mismo he pensado yo. Me gustaría excavar la arena alrededor para ver si hay algo ahí debajo que no haya sido cubierto por el coral —dijo Summer sacando la figurita de su bolsa de inmersión y examinándola a la luz del sol.

—Crees que hay un barco hundido bajo el coral, ¿no? —le preguntó Dirk con una sonrisa mientras ponía en marcha el motor y recogía el fondeo.

—Esto tiene que haber salido de alguna parte —dijo mostrándole la figurita a su hermano—. ¿Qué antigüedad te parece que puede tener?

—No tengo ni idea —repuso Dirk—. Pero lo que sí me ha parecido interesante ha sido ese objeto rectangular.

—¿Tienes alguna teoría?

—La tengo, pero no quiero hacer especulaciones hasta que haya consultado los ordenadores del barco de investigación.

Dirk aceleró, y la pequeña lancha neumática saltó sobre las olas hacia el navío anclado en la distancia. El buque de investigación de la NUMA estaba pintado de un brillante color azul turquesa, y en la popa se podía leer su nombre: *Mariana Explorer*. Dirk condujo la lancha hacia el lado de babor y redujo la velocidad hasta situarla debajo de una grúa de la que colgaban unos cables con mosquetones. Mientras Dirk y Summer los fijaban a las argollas de la lancha, el torso de un hombre apareció por encima de la barandilla. Con su musculosa constitución, su gran mostacho y sus ojos azules, podría haber sido la reencarnación de Wyatt Earp con acento texano.

—¡Sujetaos! —gritó mientras accionaba los controles del cabrestante hidráulico. En un abrir y cerrar de ojos, Jack Dahlgren izó el bote fuera del agua y lo depositó en la cubierta del barco. Mientras ayudaba a baldear y a guardar el equipo de inmersión, preguntó a Summer—: ¿Has tomado todos los datos del arrecife? El capitán quiere saber si puede levar anclas y dirigirse a la siguiente zona de exploración, en el otro lado de la isla, en Leleiwi Point.

—La respuesta es que sí pero no —repuso Summer—. Hemos recopilado toda la información, pero me gustaría hacer otra inmersión en el mismo sitio.

Pitt mostró la figurita de porcelana a Dahlgren.

—Summer cree que tiene un barco hundido entre manos —dijo con una sonrisa.

—Me gustan los tesoros culturales.

—¿Qué señales de naufragio habéis visto? —preguntó Dahlgren.

—Nada que estuviera muy claro, pero Summer encontró un interesante objeto que parecía de piedra. Será mejor que echemos un vistazo al vídeo.

Dirk y Summer se ducharon, se vistieron y se reunieron con Dahlgren en el laboratorio del buque. Jack ya había conectado la cámara a un monitor de televisión y estaba pasando las imágenes por una gran pantalla. Cuando la piedra rectangular apareció, Dirk pulsó el botón de *pausa*.

—Ya he visto antes algo parecido a eso —dijo, e inmediatamente se sentó ante un ordenador y empezó a teclear—. Fue durante una conferencia de arqueología submarina, en la exposición de un trabajo sobre un barco hundido descubierto en Malasia.

Tras unos momentos de búsqueda, Dirk localizó la página web que contenía una copia del informe científico junto con fotos de lo rescatado; las fue pasando hasta detenerse en la imagen de una losa de piedra. Se trataba de una pieza rectangular de granito con un extremo ahusado y un par de agujeros taladrados en el centro.

—Si eliminas las incrustaciones, creo que tendrás algo bastante parecido a lo que sale en el vídeo de Summer —dijo Dahlgren comparando las imágenes.

—Sí. No solo tiene la misma forma, sino también el mismo tamaño —confirmó Dirk.

—Muy bien —dijo Summer picada por la curiosidad—. Pero ¿qué es?

—Un ancla —repuso Dirk—. O mejor dicho, la pieza de piedra que solía montarse en las anclas de madera. Antes de que llegara el hierro y el plomo, lo más fácil era hacer las anclas de piedra y madera.

—Estás hablando de los primeros tiempos de la navegación —dijo Dahlgren.

Dirk asintió.

—Por eso es interesante. El ancla de Summer parece igual a esta —dijo Pitt señalando la pantalla del ordenador.

—En eso estamos todos de acuerdo —convino Summer—, pero ¿de dónde proviene ésta? ¿Qué clase de pecio rescataron en Malasia?

—Bueno —dijo Pitt pasando las hojas del documento hasta dar con la representación de un gran barco de vela de cuatro palos—, ¿puedes creer que era un junco chino del siglo XIII?

El aire en la isla de Kharg era de un color marrón brumoso. Un humo grasiento, vomitado una semana antes por el desastre de Ras Tanura, seguía oscureciendo los cielos del golfo Pérsico. Incluso en la isla de Kharg, un peñasco rocoso situado frente a la costa iraní del golfo a ciento ochenta millas de Ras Tanura, inhalar una bocanada del contaminado aire suponía quedarse con un regusto de petróleo en la boca.

El irrespirable ambiente era el adecuado equivalente de las aguas en la orilla este de la pequeña isla, permanentemente cubiertas por una gruesa capa de crudo. Sin embargo, la contaminación del agua procedía de los vertidos de las instalaciones de carga y descarga cercanas. Un enorme dique en forma de «T» instalado en el lado de levante proporcionaba amarre para diez grandes superpetroleros. Frente a la costa oeste, una isla artificial que se alimentaba de los grandes depósitos construidos en el elevado centro de Kharg, tenía capacidad para llenar las bodegas de varios barcos-tanque. Aunque no era más que una diminuta extensión de terreno, la isla de Kharg constituía la mayor terminal exportadora de crudo de Irán y una de las instalaciones de carga y descarga más grandes del mundo.

El anochecer se acercaba cuando un maltrecho buque taladrador pasó lentamente frente a la flota de gigantescos petroleros amarrados en fila en la terminal de levante. Desviándose hacia el norte, el barco viró y se aproximó a los peñascos que bordeaban el extremo septentrional de la costa. Una patrullera iraní que vigilaba las aguas costeras pasó a su lado a toda velocidad, pero no prestó atención al viejo barco en el que ondeaba el pabellón de la India.

Tampoco se fijaron en él los trabajadores de la isla, particularmente cuando se hizo de noche; pero ese fue el momento en el que el barco perforador cobró vida silenciosamente y se fue desplazando despacio hacia delante y hacia atrás, explorando las negras aguas, hasta que localizó el punto exacto que buscaba. Entonces puso en marcha por proa, por popa y por amuras una serie de impulsores de estabilización que lo dejaron inmóvil en el sitio a pesar de la fuerza de la corriente y el viento. En la penumbra proporcionada por las lámparas de poca potencia, la tripulación se puso manos a la obra vestida con sus negros monos de trabajo. Montaron una corta tubería de perforación bajo la torre taladradora, y bajaron el conjunto a través de una piscina abierta en el casco del buque. Sin embargo, en el extremo de la tubería no había la habitual cabeza perforadora, sino un extraño amasijo de tubos abocinados hacia abajo en forma de trípode.

El artefacto fue depositado en el fondo del mar. Luego, la tripulación desapareció, y todo quedó nuevamente en silencio. Veinte minutos después, un sonido atronador surgió de debajo del buque, pero en la superficie todo lo que llegó a oírse fue un fuerte pero amortiguado estampido que apenas resultó apreciable para los

trabajadores de la isla y los barcos amarrados. Sin embargo, a quince metros de profundidad, una onda de sonido de alta potencia acababa de ser enviada al fondo del lecho marino del golfo. La onda sísmica rebotó y refractó inofensivamente a través de la corteza terrestre. Inofensivamente salvo en el preciso punto de convergencia de las tres bocinas, que apuntaban su descarga sísmica justo en la profundidad y posición exactas de la línea de falla.

La breve explosión acústica fue seguida de una segunda descarga y, después, de una tercera. Las concentradas descargas bombardearon la falla subterránea con vibrantes ondas sísmicas hasta que ésta alcanzó un punto de ruptura irreversible. Igual que Ella Fitzgerald era capaz de romper un vaso con la potencia de su voz, las ondas sísmicas quebraron la falla situada a setecientos metros de profundidad.

El rompimiento sacudió la superficie con un brutal temblor de tierra. El Centro Nacional de Información de Terremotos, en Golden, Colorado, registraría una intensidad de 7,2 en la escala de Richter; es decir, un terremoto de potencia devastadora. Sin embargo, la pérdida de vidas fue mínima; los principales daños se circunscribieron a los pueblos costeros iraníes cercanos a la isla de Kharg. Dado que las aguas del golfo Pérsico eran demasiado poco profundas para generar un tsunami, las consecuencias del terremoto se sintieron especialmente en el tramo de costa iraní cercano al extremo del golfo. Y en la isla de Kharg.

En la terminal, los daños fueron catastróficos. Toda la isla se estremeció como si una bomba atómica hubiera detonado bajo ella. Docenas de depósitos de crudo reventaron como globos y derramaron su contenido en ríos de crudo que se vertieron al mar. El muelle de carga de levante se partió en diversos trozos que golpearon a los superpetroleros allí amarrados hasta agrietarlos, mientras que la terminal de poniente se hundió por completo.

El pequeño buque perforador no se quedó para examinar el resultado de la catástrofe, sino que partió discretamente rumbo al sur antes del amanecer. El enjambre de helicópteros y de barcos de rescate que acudió a toda máquina apenas reparó en el viejo navío que se alejaba de la destrucción. Sin embargo, el buque había acabado él solo con la infraestructura exportadora de petróleo iraní; había hecho temblar una vez más el mercado mundial de crudo y había hundido la economía china en el caos.

La noticia de la destrucción de la isla de Kharg cayó como una bomba en el inestable mercado del crudo y provocó un pánico generalizado. Frenéticos intermediarios se lanzaron sobre los contratos de crudo de futuros, con lo que el precio alcanzó la estratosférica cifra de ciento cincuenta dólares por barril. En Wall Street, el índice Dow Jones siguió la pauta contraria, y la bolsa se vio obligada a cerrar antes de hora después de que los operadores vieran cómo los mercados perdían un veinte por ciento de su valor en menos de un día.

En Estados Unidos, los angustiados automovilistas reaccionaron a las noticias corriendo a las gasolineras para llenar sus depósitos antes de que subiera el precio de la gasolina. La avalancha de compradores agotó rápidamente el estrecho margen de las reservas de gasolina refinada, y la falta de combustible no tardó en extenderse de estado en estado. En algunas zonas, la escasez provocó escenas de caos y violencia mientras el pánico se apoderaba del país.

En la Casa Blanca, el presidente convocó una reunión de urgencia con sus principales asesores en materia de seguridad y economía. Hombre sensato, originario de Montana, escuchó en silencio mientras el asesor de economía daba cuenta del rosario de desgracias que aquella nueva crisis iba a provocar.

—Una subida en el precio del crudo del cien por cien en menos de un mes provocará presiones inflacionistas sin precedentes —anunció el economista, un hombre calvo de gruesas gafas—. Aparte del impacto que tendrá en todo el sector del transporte, existen incontables procesos de fabricación que se basan en el petróleo. Plásticos, productos químicos, textiles... De hecho no hay una sola industria que no vaya a sufrir directamente el impacto de este aumento de los precios. Y dicho aumento tendrá que ser repercutido en el consumidor, que ya está haciendo frente a la crisis de las gasolineras. La conclusión más inmediata es que nos enfrentamos a una recesión; pero me temo que además nos hallamos al borde de una larga y profunda depresión económica de dimensiones globales.

—Pero esta subida de precios, ¿de verdad no es un acto reflejo involuntario? Al fin y al cabo, no importamos una sola gota de crudo de Irán.

—Sin duda el pánico está teniendo un papel decisivo, pero los daños sufridos en la isla de Kharg han afectado gravemente al sistema de abastecimiento mundial de petróleo; y ese sí influye en los precios del crudo en nuestro país, a pesar incluso de que no importemos una sola gota de petróleo iraní. Como era de esperar, ya nos estábamos enfrentando a un recorte en el abastecimiento tras el desastre de Ras Tanura. El resultado de ambas catástrofes es que los mercados han alcanzado una volatilidad sin precedentes que, en parte, se alimenta de los rumores que aseguran que el responsable de la destrucción de las instalaciones del golfo Pérsico ha sido una

célula terrorista.

—¿Y qué hay de cierto en esos rumores? —preguntó el presidente dirigiéndose a su asesor en materia de seguridad, un hombre de rostro enjuto y aspecto académico.

—Nada que hayamos podido comprobar —repuso el asesor en tono inexpresivo—. Me encargaré de que Langley vuelva a estudiarlo, pero todas las pruebas apuntan a que se ha tratado de causas naturales. En principio, que esos dos terremotos hayan ocurrido en zonas próximas la una de la otra solo se puede atribuir a un capricho de la naturaleza.

—Conforme, pero no podemos permitir que ningún fanático se aproveche de la situación para conseguir unos titulares. Dennis, quiero que Seguridad Nacional decrete la alarma antiterrorista en todos los puertos y que se refuercen las medidas de seguridad en todas nuestras terminales de carga de crudo, en particular en el golfo Pérsico.

—Délo por hecho, señor presidente —contestó el director de Seguridad Nacional, sentado enfrente del jefe del ejecutivo.

—Garner, creo que el modo más eficaz de calmar la histeria colectiva sería liberar una parte de la Reserva Estratégica de Crudo. —La propuesta provenía del vicepresidente, James Sandecker, almirante retirado y ex director de la NUMA, un hombre menudo pero enérgico que lucía una barba pelirroja. Siendo como era un viejo amigo del presidente, siempre lo llamaba por su nombre—. Los mercados de crudo se tranquilizarán con el paso de los días. Liberar parte de nuestras reservas calmará el pánico generalizado ante una inminente carestía de petróleo y seguramente también aportará una dosis de confianza en los mercados.

El presidente asintió.

—Conforme, que se prepare una orden presidencial al efecto —ordenó a un ayudante.

—Un discurso desde el púlpito tampoco iría mal —añadió Sandecker mirando el gran retrato de Teddy Roosevelt que colgaba de la pared.

—Yo haré mi papel —convino el presidente—. Poneos en contacto con las cadenas de televisión y programad mi aparición para esta noche —ordenó—. Propondré un racionamiento voluntario de gasolina para los próximos treinta días. Puede que eso permita que las refinerías consigan reservas. Primero debemos tranquilizar a la opinión pública. Luego veremos cómo salimos de este embrollo.

—Deberíamos considerar otras opciones —intervino el jefe de gabinete—. Una congelación temporal de los precios y un racionamiento obligatorio se podrían imponer con relativa rapidez.

—Quizá fuera conveniente promover alguna iniciativa conservadora al mismo tiempo que en privado apretamos algunas tuercas —propuso Sandecker—. Puede que consigamos convencer a nuestros suministradores extranjeros para que aumenten la

producción. También podrían ayudarnos nuestros productores internos, aunque tengo entendido que el oleoducto de Alaska está funcionando a plena capacidad.

—Sí, los pozos del Ártico ya han aumentado su producción —confirmó el asesor económico—. De no ser así, ahora mismo nuestra situación sería mucho peor. Pero esto solo demuestra que nuestras actuales alternativas son limitadas. Las medidas que se han propuesto en esta mesa son muy oportunas y convenientes, pero solo tendrán un discreto efecto en la demanda interna. La realidad es que no afectarán en nada a los mercados mundiales. Lo más necesario en este momento es restablecer el abastecimiento, y eso llevará meses, tanto a Arabia Saudí como a Irán. Me temo que debo decir que hay muy poco que podamos hacer para influir de forma significativa en el mercado global del crudo.

La sombría predicción sumió a los presentes en un profundo silencio.

—De acuerdo; caballeros. Ha llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa. Me gustaría conocer todas las opciones, incluso las peores. Sospecho que vamos a tener que actuar deprisa. Quiero que me digan cuánto tiempo vamos a poder mantener las riendas de la economía con el precio del crudo al nivel actual —dijo traspasando con la mirada a su asesor económico.

—Es difícil decirlo —repuso este nerviosamente—. Puede que dispongamos de un plazo de unos treinta días antes de asistir a los primeros bloqueos de las cadenas de producción y a sus consecuentes despidos. Cuando los mercados hayan digerido la crisis inicial puede que baje el precio, pero será necesaria una bajada de unos treinta a cuarenta dólares si queremos evitar una recesión grave. El problema es que los mercados se hallan en un momento muy delicado. Una nueva crisis, del tipo que sea, y podríamos tener sobre la mesa un desastre mundial.

—Una nueva crisis... —dijo el presidente con aire grave y pensativo—. Dios nos libre de algo así.

El tranquilo arenal de donde había salido la figura de porcelana de Summer parecía un solar submarino en construcción. Por todo el fondo se extendían cabos de color amarillo y rejillas de aluminio de donde surgían pequeñas banderitas de color naranja. Lo que había empezado como un simple sondeo cerca del afloramiento rocoso se había convertido en un proyecto de excavación después de que Summer y Dirk descubrieran un armazón de madera enterrado a sesenta centímetros bajo la arena. Pruebas adicionales habían confirmado que la figura de porcelana y el ancla de piedra no eran simples objetos arrojados por la borda, sino que formaban parte de los restos de un naufragio que había quedado enterrado entre los dos arrecifes de coral.

Platos y cuencos de delicada porcelana exquisitamente decorada, figuras de jade y diversos objetos de culto indicaban su origen chino. Los restos del casco también se correspondían con el diseño de un enorme junco chino. Para sorpresa y disgusto de Summer, el descubrimiento de un antiguo barco chino en aguas de Hawai había despertado verdadera expectación, y los representantes de los medios de comunicación de todo el mundo se habían lanzado sobre ellos como buitres en busca de la noticia. Tras conceder una serie de repetitivas entrevistas, había vuelto a ponerse con gusto las botellas y los patos y había escapado de la confusión refugiándose bajo el agua. Sabía que los cazadores de noticias acabarían perdiendo el interés, y que entonces podrían proseguir la excavación tranquilamente.

Summer flotó por encima de las rejillas y dejó atrás dos submarinistas que apartaban la arena de una gran pieza de madera que se suponía que formaba el codaste. A unos metros de allí, unos sondeos manuales efectuados en la arena habían revelado la presencia de una pieza de madera que podía ser el timón. Deslizándose hasta el borde de la excavación, se acercó a una línea de fondeo y ascendió con el brazo alzado y el puño cerrado hasta que salió a la superficie.

Summer nadó unos metros hasta la escalerilla lateral de una barcaza metálica anclada encima de la zona de trabajo. Arrojó los pies de pato a cubierta y subió a bordo. La pequeña barcaza no era más que una cubierta corrida con una pequeña timonera en un extremo. Junto a ésta, había un armazón metálico lleno de equipos de buceo, y, repartidos por cubierta, un generador, una bomba de agua y varios compresores. Las dos planchas de surf que se veían en el techo de plancha ondulada de la timonera ofrecían la única nota de frivolidad en aquella plataforma de trabajo. Las planchas pertenecían a Summer y a Dirk, y formaban parte del equipo estándar siempre que tenían que trabajar en Hawai.

—¿Cómo está el agua? —gruñó la voz de Jack Dahlgren, que estaba inclinado sobre uno de los compresores, destornillador en mano, mientras Summer dejaba las botellas y el resto del equipo en su sitio.

—Esto es Hawai, Jack —contestó con una sonrisa antes de acercarse a él mientras se secaba el cabello con una toalla—. Siempre está fabulosa. ¿Lo tendrás arreglado pronto? —preguntó.

—Solo espero la última carga de gasolina y provisiones del *Mariana*. Tenemos un compresor para el aspirador y otro para abastecer de aire desde la superficie. Entre los dos harán que la inmersión en estas aguas tan limpias sea coser y cantar.

—Estoy impaciente por aplicar el aspirador a las últimas zonas que siguen enterradas.

El aspirador no era más que un tubo a cuyo extremo inferior se aplicaba aire comprimido. El aire presurizado ascendía por el tubo y producía un efecto de vacío ideal para aspirar la arena y los restos sueltos que cubrían el pecio.

—*Mariana Explorer* llamando a *Brown Bess* —crepitó la radio de a bordo. La voz de Dirk resultaba perfectamente reconocible.

—Aquí *Bess* —contestó Dahlgren—. Adelante.

—Hola, Jack. Tenemos la gasolina y los bocadillos, y estamos a diez millas de distancia. El capitán dice que nos abarloaremos por sotavento para descargar.

—Os estaremos esperando —dijo Dahlgren mientras oteaba el horizonte y localizaba una silueta color azul celeste que se dirigía hacia la barcaza. La radio crepitó una vez más.

—Ah, Jack, di a Summer que tiene otra visita que quiere hablar con ella del pecio que ha descubierto.

—¡Por favor, otro periodista no! —masculló la joven alzando los ojos al cielo.

—Summer dice que estará encantada de conceder otra entrevista —contestó Dahlgren por el micrófono, riendo al ver la expresión taciturna de la chica—. Corto y cierro.

El buque de la NUMA llegó al cabo de una hora y se amarró a la barcaza. Mientras Dahlgren supervisaba la descarga de un bidón de doscientos litros de gasolina, Summer subió a bordo del *Mariana Explorer* y se dirigió hacia la cabina de oficiales. Allí encontró a Dirk tomando un café con un asiático de tez morena vestido con pantalón caqui y un polo azul marino.

—Summer, te presento al doctor Alfred Tong —dijo Dirk después de saludarla.

Tong se levantó, hizo una inclinación de cabeza y estrechó la mano tendida de Summer.

—Es un placer conocerla, señorita Pitt —dijo mirando los verdes ojos de la joven, que era más alta que él.

Ella se fijó en que el hombre tenía unas manos fuertes y, a juzgar por su bronceado, parecía haber pasado mucho tiempo al aire libre, igual que ella. Intentó no mirar demasiado la cicatriz que recorría su mejilla de arriba abajo y se concentró en sus intensos ojos castaños y en sus negros cabellos.

—Gracias a Dios —suspiró Summer—. Temía encontrarme con otro reportero de televisión.

—El doctor Tong es conservador del Museo Nacional de Malasia —explicó Pitt.

—En efecto —continuó Tong en un inglés chapurreado—. Asistía a un seminario en la Universidad de Hawai cuando me enteré de la noticia de su descubrimiento. Un colega de la universidad me puso en contacto con el delegado local de la NUMA, y su capitán fue tan amable de invitarme a pasar el día con ustedes.

—La verdad es que todo ha coincidido a la perfección. El *Mariana Explorer* se encontraba en Hilo, cargando combustible y provisiones para la barcaza, y allí volveremos esta noche —explicó Dirk.

—¿Qué interés tiene para usted este naufragio, doctor Tong? —preguntó Summer.

—En nuestro museo tenemos una importante colección de objetos del sudeste asiático, así como una rica muestra sacada del navío chino del siglo XIV que rescatamos de los estrechos malayos. Aunque no es mi especialidad, sé bastante de las cerámicas de las dinastías Yuan y Ming, y me interesa saber qué ha encontrado. Pensé que podría ofrecerles mi ayuda para determinar la época del barco a través de sus hallazgos. A mí, al igual que a muchos, me encantaría colaborar en el descubrimiento de un navío real chino del siglo XIII en aguas del Pacífico Occidental.

—Sí. Identificar la época de la que data el barco es esencial —repuso Summer—, pero me temo que hemos encontrado un número muy limitado de objetos de cerámica. Hemos enviado unas muestras a la Universidad de California para que las analicen, pero le mostraré con gusto lo que nos queda.

—Puede que el contexto en el que fueron hallados esos objetos pueda sernos de ayuda. ¿Podría compartir conmigo la condición y la configuración del pecio?

Dirk tomó asiento a la mesa y desplegó unos croquis.

—Me disponía a enseñarle al doctor Tong este perfil de nuestros trabajos junto antes de que llegaras, Summer.

Todos se reunieron en torno a la mesa y examinaron el mapa. Era un diagrama del pecio visto desde lo alto, realizado por ordenador. Toda una serie de objetos diversos y restos del barco se repartían por la zona en forma de herradura próxima al lecho de lava. Tong se sorprendió por el escaso número de hallazgos, que no parecían indicar la presencia de un navío de gran tamaño.

—Hemos trabajado con los arqueólogos de la Universidad de Hawai para excavar todas las partes accesibles del barco. Por desgracia, apenas resulta visible un diez por ciento del total —dijo Dirk.

—¿Y el resto se halla bajo el coral? —preguntó Tong.

—No. De hecho, yace perpendicular a los dos arrecifes bajo la barra de arena, con la proa mirando hacia la costa —intervino Summer señalando el diagrama, que mostraba dos montículos de coral a ambos lados de la zona de trabajo—. La arena ha

protegido algunos objetos de ser devorados por el coral. Creemos que esta zona de arena puede ser un canal natural excavado entre los arrecifes hace miles de años, cuando el nivel de los mares era inferior.

—Pues si el coral no ha aprisionado el pecio, ¿por qué no hay más restos visibles?

—En una palabra: lava. —Summer señaló el extremo cerrado de la herradura, que mostraba un lecho rocoso que corría en dirección a la costa hasta salir de la carta—. Si mira usted por la ventana verá que la mayor parte de costa de este sector es un enorme campo de lava. El resto del pecio, lamento decirlo, se encuentra enterrado bajo un lecho de piedra de lava.

—Impresionante —dijo Tong arqueando una ceja—. Eso quiere decir que el resto del barco y su cargamento se halla intacto bajo la lava, ¿no?

—El resto del barco o se encuentra bajo la lava o ha sido consumido por ella. Si el barco se hundió y quedó sepultado por la arena antes de que la lava cubriera toda la zona, entonces es probable que se haya preservado intacto bajo ella. Los maderos que encontramos junto al campo de lava están muy enterrados, lo cual parece indicar que el resto del barco puede seguir ahí abajo.

—La ventaja es que podemos utilizar la lava para determinar la edad del barco —dijo Pitt—. Tenemos un vulcanólogo local que está estudiando los archivos de erupciones volcánicas y emanaciones de lava asociadas ocurridas en esta parte de la isla. Hasta el momento sabemos que no ha habido actividad volcánica en esta zona al menos durante los últimos doscientos años y puede que mucho más. Confiamos en tener más información en unos días.

—¿Y qué saben del barco que han identificado?

—Solo tenemos algunos fragmentos que parecen provenir de la parte de popa. Los maderos son grandes, lo cual apunta a un barco de grandes dimensiones, quizá de unos setenta metros o más. Además, tenemos el ancla de piedra, que encaja con los diseños chinos que se conocen de la época y que también nos habla de un barco grande.

—Un barco de ese tamaño y de esa época tendría que ser chino, sin duda —comentó Tong.

—En efecto —repuso Dirk—. En ese tiempo, los navíos europeos eran la mitad de grandes. He leído algo sobre la leyenda del almirante Zheng He, de quien se dice que dio la vuelta al mundo con su flota en el año 1405. Aunque lo que tenemos aquí no es tan impresionante como el monstruo de seis palos del que habla la leyenda y en el que navegó Zheng; si es que de verdad esos barcos tan grandes existieron.

—Las leyendas tienden a exagerar —dijo Tong—, pero haber cruzado el Pacífico cien años antes que Zheng ya habría sido toda una hazaña.

—Los objetos de cerámica que hemos recuperado son una intrigante prueba de que nuestro pecio data de esa época —dijo Summer—. En nuestras investigaciones

hemos encontrado diseños y dibujos que indican que el barco puede datar del siglo XIII o XIV. ¿Querría confirmar nuestros cálculos examinando los restos de cerámica que hemos rescatado?

—Estoy muy interesado en ver qué han recuperado.

Summer y Dirk condujeron a Tong por un pasillo y bajaron por una escalerilla hasta el bien iluminado laboratorio. Los estantes de la pared del fondo estaban abarrotados de recipientes de plástico llenos de los objetos recuperados en el pecio y que en esos momentos descansaban en agua dulce.

—La mayor parte de lo recogido son fragmentos del barco en sí —explicó Summer—. Las bodegas de la nave y los camarotes deben de seguir bajo la lava puesto que hemos encontrado muy pocos efectos personales. Hemos hallado algunos utensilios de cocina y un gran recipiente —dijo señalando los estantes—, pero seguro que le interesa más esto.

Sacó dos bandejas de plástico y las colocó encima de una mesa de acero inoxidable. Dentro de los recipientes había varios platos, un cuenco y algunos fragmentos de porcelana. En su mayoría eran de porcelana blanca, salvo el cuenco, que era de color negro. Los ojos de Tong se iluminaron. Sacó unas gafas y empezó a examinarlos de cerca.

—Sí, preciosos —murmuró.

—¿Qué podría decirnos del diseño? —inquirió Summer.

—Los motivos decorativos y el material corresponden a la producción de los hornos chinos de Jingdezhen y de Jianyang. La calidad parece ser algo inferior a los trabajos salidos de allí durante el final de la dinastía Ming. Este símbolo del pez... —dijo mostrando uno de los platos—, lo he visto antes en un cuenco del periodo Yuan. En principio estoy de acuerdo con ustedes en que estas muestras de cerámica son características de los objetos fabricados bajo las dinastías Song y Yuan, entre los siglos XII y XIII

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Summer mientras hacía un guiño a su hermano. Tong tomó el último objeto de la bandeja: un gran plato de color blanco y azul pálido al que le faltaba un trozo, como a un pastel al que le hubieran cortado un pedazo. La esmaltada imagen de un pavo ocupaba el centro, mientras que otras más pequeñas de leopardos persiguiendo una manada de ciervos recorrían el borde. Tong examinó el plato con renovado interés, mirando una y otra vez el trabajado dibujo bajo el esmalte.

—Uno de los conservadores del laboratorio encontró en la base de datos un diseño parecido a los usados por la realeza de los Yuan —dijo Dirk.

—Sí, lo es —murmuró Tong, que dejó el plato en su sitio y dio un paso atrás—. Sin duda es parecido, pero no fue hecho para la realeza. Lo más probable es que se tratara de un diseño destinado al comercio —añadió—. Sin embargo, sí estoy de

acuerdo en que pertenece a la era Yuan que, como ustedes saben, abarcó desde 1264 hasta 1368. Una época muy anterior a la del almirante Zheng.

—Eso es lo que creemos nosotros a pesar de lo increíble que pueda parecer que un barco de esa época llegara hasta aguas de Hawai.

La puerta del laboratorio se abrió y entró el capitán del *Mariana Explorer*. Bill Stenseth, un gigantón con cabellos de color arena, se había ganado el respeto de todos en el barco por su inteligencia y su buen humor.

—Dahlgren ha acabado de cargar el combustible y las provisiones en vuestro hotel flotante. Cuando estéis dispuestos a saltar a la plataforma, nosotros podremos marcharnos.

—Ya casi hemos terminado, capitán. Dirk y yo iremos a buscar nuestras cosas y nos reuniremos enseguida con Jack.

—¿Siguen trabajando en el pecio? —preguntó Tong.

—Todavía nos queda una última sección de maderos que despejar de arena; creemos que puede ser la parte de la popa y el timón —explicó Summer—. Si es así, nos dará una mejor idea de las dimensiones de la nave. El *Mariana Explorer* tiene que proseguir con nuestro proyecto de la exploración del arrecife al otro lado de la isla. Por ello, Dirk, Jack Dahlgren y yo nos quedaremos unos días en la barcaza para terminar los trabajos de excavación submarina.

—Ya veo —repuso Tong—. Bien, les doy las gracias por haber compartido conmigo estos objetos. Cuando regrese a Malasia buscaré en los archivos del museo, a ver si puedo encontrar para ustedes alguna información complementaria sobre las cerámicas que he visto.

—Gracias por haberse tomado la molestia de visitarnos y darnos su opinión. Estamos contentos de que haya confirmado nuestra estimación inicial de la edad del barco.

Dirk y Summer reunieron apresuradamente algunos efectos personales y pasaron a la barcaza, donde Jack Dahlgren ya estaba soltando las amarras del barco. Con un pitido de la sirena, el capitán Stenseth apartó el *Mariana Explorer* de la barcaza y al cabo de un momento desaparecía tras la accidentada costa rumbo a Hilo.

—Bueno, ¿qué habéis descubierto de nuestro barco de lava chino? —preguntó Dahlgren metiendo la mano en la nevera de hielo para coger un refresco.

—El doctor Tong está de acuerdo en que los restos de cerámica encajan con nuestra estimación inicial de que el pecio tiene entre setecientos y ochocientos años de antigüedad —contestó Summer.

—El buen doctor parecía sumamente interesado en el plato del que los chicos del laboratorio decían que tenía unos dibujos reales, pero no quiso mojarse.

—Envidia profesional, diría yo —sonrió Summer—. Es un barco real, estoy segura de ello.

—¡Realeza! —exclamó Dahlgren dejándose caer en una silla de lona con una cerveza y apoyando los pies en la barandilla—. ¡Lo mejor de lo mejor!

A siete mil kilómetros hacia el este, Pitt y Giordino entraron en el vestíbulo del hotel Continental de Ulan Bator, tambaleándose y con el aspecto de un par de harapientos mendigos. Sus arrugadas ropas estaban cubiertas de polvo, lo mismo que sus cabellos, zapatos, manos y caras. Una barba de dos días les oscurecía un rostro donde abundaban las quemaduras producidas por el sol. Lo único que les faltaba era algunas moscas revoloteando sobre sus cabezas.

El director del hotel los miró con cara de pocos amigos cuando se acercaron al mostrador de recepción.

—¿Algún mensaje para las habitaciones 4024 y 4025 ? —preguntó Pitt mostrando su mejor sonrisa a pesar de los agrietados labios.

El director alzó una ceja con sorpresa al reconocerlos y desapareció brevemente en un cuarto contiguo del que salió con dos objetos.

—Tiene usted un mensaje y un paquete, señor —dijo entregándole un sobre y un paquete cuyo envoltorio estaba cubierto por sellos de *entrega urgente*.

Pitt cogió el sobre y entregó el paquete a Giordino mientras se alejaban del mostrador.

—Es de Corsov —dijo a su amigo.

—¿Y qué tiene que decirnos nuestro querido agente del KGB?

—Lo han llamado a Irkutsk para una reunión del Ministerio de Exteriores. Nos envía recuerdos y espera que nuestras correrías por el sur hayan sido productivas. Dice que se pondrá en contacto con nosotros dentro de unos días, cuando regrese.

—Muy amable por su parte —dijo Giordino con cierto sarcasmo—. Me pregunto si Theresa y Jim podrán permitirse el lujo de esperar su regreso. —A continuación abrió el paquete que contenía un viejo libro de tapas de cuero y un gran frasco de vitaminas. En su interior también encontró una tarjeta que entregó a Pitt.

—¿De tu esposa? —preguntó.

Pitt asintió y leyó la nota manuscrita.

Tu libro favorito y unas pocas vitaminas para que te mantengas en forma. Por favor, mi amor, úsalas con el debido cuidado.

Los chicos te envían recuerdos desde Hawai, donde han organizado cierto revuelo con su descubrimiento de un barco hundido. Washington es un rollo si no estás tú. Vuelve pronto.

Loren.

—¿Un libro y vitaminas? No me parece que la señora Pitt se ponga muy romántica —bromeó Giordino.

—Ah, pero es mi libro predilecto. Está lleno de aventuras —repuso Pitt mostrándole el lomo de piel donde se leían el título y el autor.

—*Moby Dick*, de Melville. Sabia elección —dijo el italiano—. Yo me conformo con las aventuras de *Archie y Verónica*.

Pitt abrió el libro y pasó las páginas hasta que apareció una sección vaciada de su interior donde se ocultaba un Colt 45 automático.

—¡Vaya, veo que viene con arpón y todo! —exclamó Giordino dejando escapar un silbido.

Acto seguido, Pitt destapó el frasco de las vitaminas. En su interior había una docena de balas del calibre 45.

—¿No es un poco arriesgado para una congresista dedicarse a enviar armas por correo al otro lado del mundo?

—Solo si la descubren —repuso Pitt cerrando el libro y tapando el frasco.

—Con tan útiles herramientas ya no sé si tiene sentido que esperemos a que regrese Corsov.

Pitt meneó la cabeza.

—No, ya no. Creo que deberíamos marcharnos de aquí. No me parece que sea seguro permanecer por estas latitudes, sobre todo cuando Borjin vea que no recibe noticias de su asesino budista.

—Una ducha y una cerveza nos ayudarían a trazar mejor nuestros planes.

—Sí, pero antes déjame hacer algo —repuso Pitt dirigiéndose a la pequeña zona de negocios del vestíbulo.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó el colgante que había sustraído en los laboratorios de Borjin y lo metió en la máquina fotocopidora. Escribió una nota en la fotocopia resultante y la introdujo en la máquina de fax que había al lado antes de marcar un número de larga distancia. Luego pasó por el fax las hojas del manual técnico y marcó un segundo número.

—Esto debería bastar para mantener ocupadas a algunas manos ociosas —se dijo mientras daba media vuelta y se dirigía a su habitación.

Por fuera, la cochera de Georgetown se parecía a cualquier otra mansión de clase alta del lujoso barrio de Washington D.C. La estructura de ladrillo viejo lucía unos aleros recién pintados, los cristales de sus ventanas del siglo XIX aparecían impecablemente limpios y el pequeño jardín que la rodeaba estaba perfectamente cuidado. El conjunto presentaba un marcado contraste con el interior, que parecía el depósito de la Biblioteca Pública de Nueva York. Lustrosas estanterías de madera ocupaban prácticamente todas las paredes de la mansión, y estaban llenas a rebosar de libros de historia sobre barcos y navegación. Más libros llenaban la mesa del comedor y las repisas de la cocina, además de varios montones repartidos estratégicamente por el suelo de la casa.

Su excéntrico propietario, St. Julien Perlmutter, no lo habría querido de otra manera. Los libros eran la principal pasión de uno de los más destacados especialistas

en historia naval del país; había logrado reunir una colección privada que despertaba la envidia de coleccionistas y libreros por igual. Generoso con sus archivos, compartía de buena gana sus fuentes con todos aquéllos que manifestaban amor por el mar.

El zumbido del fax despertó de su modorra a Perlmutter en la cómoda butaca donde se había quedado medio dormido mientras repasaba el cuaderno de bitácora del famoso barco fantasma, el *Mary Celeste*. Levantó de la butaca su corpachón de casi doscientos kilos, fue a su estudio, arrancó la hoja del fax y se acarició la canosa barba mientras leía la nota escrita.

St. Julien:

Tengo una botella de *airag* recién fermentado para ti si puedes identificar esto.

Pitt.

—¿*Airag*? ¡Eso es un maldito chantaje! —masculló con una sonrisa.

Perlmutter era un gran gourmet a quien encantaban los placeres de la buena mesa y los manjares exóticos, como demostraba su enorme barriga. Pitt acababa de tocarle una fibra sensible al mencionar la bebida mongola. Perlmutter examinó atentamente las páginas del fax que mostraban las dos caras de un mismo colgante de plata.

—Dirk —dijo en voz alta—, no soy especialista en joyería, pero sé quién puede saber de esto. —Cogió el teléfono, marcó un número y esperó a que respondiera una voz.

—Hola, Gordon. Soy St. Julien. Escucha, ya sé que teníamos nuestro almuerzo programado para el jueves, pero me iría bien que me echases una mano con un asunto. ¿Qué tal si quedamos hoy? Estupendo. Yo me ocupo de reservar mesa. Nos vemos a las doce.

Perlmutter colgó y volvió a examinar la imagen del colgante. Viniendo de Pitt, significaba que había alguna historia fantástica detrás. Fantástica y peligrosa.

The Monocle, cerca de Capitol Hill, estaba abarrotado con su habitual clientela de la hora del almuerzo cuando Perlmutter entró. Siendo como era uno de los locales preferidos de los políticos de Washington, el lugar se hallaba repleto de senadores y congresistas. Perlmutter localizó enseguida a su amigo Gordon Eeten sentado en un reservado de un rincón; era uno de los pocos comensales que no llevaba un traje oscuro.

—Me alegro de verte, amigo mío —lo saludó Eeten, que también era un hombre corpulento y simpático que poseía el agudo ojo de un detective.

—Veo que te me has adelantado —dijo Perlmutter viendo la copa de martini casi vacía que su amigo tenía delante.

Llamó al camarero para pedirle un Gibson con ginebra Bombay, y se sentó para pedir la comida. Mientras esperaban los platos, Perlmutter enseñó a su amigo el fax de Pitt.

—Me temo que será mejor que hablemos de negocios antes de empezar a comer —le dijo—. Un amigo mío encontró esto en Mongolia y le gustaría saber qué importancia puede tener. ¿Podrías decirme algo?

Eeten examinó las fotocopias con cara de póquer. Como tasador experto de Sotheby's, había valorado incontables objetos artísticos históricos antes de que salieran a subasta pública. Siendo como era amigo de la infancia de Perlmutter, siempre avisaba al historiador cuando se avecinaba una subasta donde podía haber objetos de interés marítimo.

—Es difícil valorar la calidad —dijo antes que nada—. No me gusta hacer una tasación basándome en una simple fotocopia.

—Conociendo a mi amigo, me temo que el valor es lo que menos le importa. Creo que está más interesado en su antigüedad y contexto histórico.

—¿Por qué no has empezado por ahí? —repuso Eeten, visiblemente más relajado.

—Entonces, ¿sabes de qué se trata?

—Sí, eso creo. Vi algo parecido en un lote que subastamos hace unos meses. Como es lógico, tendría que examinar la pieza personalmente para verificar su autenticidad.

—¿Qué puedes decirme de ella? —preguntó Perlmutter disponiéndose a tomar notas en una libreta.

—Parece ser de origen selyúcida. La doble águila era el símbolo favorito de la dinastía.

—Si la memoria no me traiciona, los selyúcidas fueron una dinastía de musulmanes de Turquía que durante un tiempo controlaron una parte importante de Bizancio —comentó Perlmutter.

—Sí. Invadieron Persia allá por el año 1000, pero alcanzaron su mayor poder unos doscientos años después, antes de ser aplastados por el imperio rival de Ala ad-Din Muhammad. Los selyúcidas eran buenos artesanos, principalmente trabajando la piedra, pero también eran hábiles en metalurgia; llegaron incluso a acuñar monedas de plata y cobre durante un tiempo.

—De modo que este colgante se encuadra en sus habilidades...

—Desde luego. La diminuta caligrafía corresponde a la costumbre selyúcida de inscribir una oración islámica o una dedicatoria en sus últimos trabajos. Hay un profesor en Columbia que podría traducirte esa inscripción, que seguramente está escrita en kufí. ¿Quién sabe? Puede que sea una dedicatoria personal a un sultán.

—¿O sea que tiene reminiscencias regias?

—Sí. Mira, los selyúcidas rara vez utilizaban plata u oro en sus trabajos. Esos metales se consideraban de lujo y, por lo tanto, no eran compatibles con los ideales islámicos de sencillez. Naturalmente, dichas normas no se aplicaban en el caso de los sultanes, algunos de los cuales atesoraban tanta plata y oro como podían. Así pues, si

este colgante es auténtico, es muy probable que perteneciera a algún sultán.

—Todo esto quiere decir que estamos hablando de un trabajo de orfebrería selyúcida realizado entre el año 1100 o 1200 después de Cristo y que puede pertenecer a un sultanato —resumió Perlmutter escribiendo en su libreta.

—Es lo más probable. El lote que tasamos y subastamos hace unos meses formaba parte de un tesoro escondido y vinculado con Malik Shah, un sultán selyúcida que murió en 1092. Resulta interesante que tu amigo encontrara este colgante en Mongolia. Como te he dicho, los selyúcidas fueron barridos por las fuerzas de Ala ad-Din Muhammad, que a su vez fue derrotado por Gengis Khan alrededor del año 1220. Ese colgante pudo formar parte de los botines de guerra que los ejércitos mongoles se llevaron a casa.

En ese momento llegó el camarero con la comida: un chuletón para Eeten e hígado de ternera para Perlmutter.

—Es una información realmente notable, Gordon. No creo que al mercado lleguen con frecuencia objetos del siglo XIII procedentes de Asia, ¿verdad?

—Pues mira, tiene gracia que lo digas. No solemos ver piezas de este tipo, pero hará unos ocho o nueve años se puso en contacto con nosotros un marchante de antigüedades de Malasia que tenía un lote de este tipo de objetos para vender. Desde entonces no ha dejado de enviarnos más. Yo diría que durante ese tiempo le hemos vendido antigüedades por valor de más de cien millones de dólares. Y me consta que Christie's ha subastado cantidades parecidas.

—¡Caramba! ¿Tienes alguna idea de dónde han salido todas esas reliquias?

—Solo puedo especular —repuso Eeten masticando un trozo de carne—. El marchante malayo es un tipo de lo más discreto y se niega a revelar sus fuentes. Nunca hemos podido reunimos con él cara a cara, pero tampoco nos ha mandado nada falso. Todos los envíos eran de artículos genuinos, del primero al último.

—Parece raro que tanta cosa haya salido de Malasia, ¿no?

—Es cierto, pero esos objetos pueden proceder de cualquier parte. Ese hombre no es más que un marchante. De hecho, ni su nombre ni el de su empresa parecen malayos.

—¿Y cuál es? —preguntó Perlmutter acabando su plato.

—Tiene un nombre algo curioso. Se llama Buryat Trading Company.

Theresa experimentó una leve sensación de alivio cuando la puerta de su habitación se abrió y el centinela le indicó que saliera al pasillo. Llevaba rato diciéndose que, si iban a matarla, prefería que fuera pronto. Eso sería mejor que seguir confinada permanentemente y temiendo lo peor.

Habían pasado dos días desde que la habían encerrado en su habitación sin darle más explicaciones, y no había tenido contacto con nadie salvo durante los breves instantes en que le dejaban una bandeja con comida. Aunque no sabía nada de la visita de la delegación china, había oído cómo llegaba la comitiva y después se marchaba. Sin embargo, el mayor misterio había sido el intenso tiroteo que había estallado en la parte de atrás del recinto. Se había esforzado por mirar a través de la pequeña ventana de su habitación, pero no había visto más que una tormenta de arena. Al día siguiente había observado a los hombres que patrullaban a caballo, y le había parecido que había menos.

En esos momentos, al salir por la puerta, se alegró de ver a Wofford en el pasillo, apoyado en su bastón. Él le sonrió amablemente.

—Creo que se acabaron las vacaciones y que toca volver al trabajo —dijo.

Sus palabras se demostraron proféticas cuando fueron llevados al estudio de Borjin. El magnate estaba sentado, esperándolos mientras fumaba un gran puro. Parecía más sosegado que la última vez que lo habían visto, pero su arrogancia era mayor que nunca.

—Siéntense, amigos míos —les dijo invitándolos con un significativo gesto de la mano—. Espero que hayan disfrutado de su descanso.

—Desde luego —repuso Wofford—. Pasarse el día contemplando cuatro paredes es de lo más relajante.

Borjin hizo caso omiso del comentario y señaló un nuevo montón de informes geológicos.

—Su trabajo aquí está prácticamente acabado, pero tenemos cierta prisa en la selección adecuada de los pozos petrolíferos de esta región —anunció al tiempo que desplegaba un mapa topográfico que cubría un territorio de unos trescientos kilómetros cuadrados. Por las señales, Theresa y Wofford dedujeron que abarcaba una parte de la zona china del desierto de Gobi, justo al sudeste de la frontera de Mongolia.

—Ustedes ya nos han proporcionado información detallada de diversos yacimientos en esta región, y debo decir que sus consejos han sido de lo más esclarecedores —dijo Borjin en tono de superioridad—. Como pueden ver, los bloques que ya han examinado están marcados en este mapa regional. Lo que les pido es que evalúen dichos bloques con relación a la región entera y establezcan una lista

de prioridades para la perforación de pozos de prueba con miras a maximizar el potencial productivo.

—Pero estos yacimientos están ubicados en China, ¿no? —preguntó Wofford poniendo el dedo en la llaga.

—En efecto. Lo están —contestó Borjin en tono cortante y sin añadir más.

—¿Y sabe usted que las reservas potenciales se encuentran a bastante profundidad y que seguramente ésa es la razón de que fueran descartadas en el pasado?

—Lo sé. Y también sé que tenemos el equipo necesario para taladrar a la profundidad que haga falta —contestó el magnate en tono impertinente—. Necesito tener doscientos pozos en plena producción antes de seis meses. Encuéntrémoslos.

La arrogancia de Borjin había podido con la paciencia de Wofford. Viendo su rostro arrebolado, Theresa supo que su colega estaba a punto de enviar a paseo al magnate y decidió anticiparse.

—Sí, eso podemos hacerlo —espetó y añadió en un intento de ganar tiempo—: Tardaremos unos tres o cuatro días.

—Tienen hasta mañana. Mi jefe de operaciones se reunirá con ustedes mañana por la tarde para que le sometan un informe detallado de sus análisis.

—Y una vez hecho esto ¿seremos libres de regresar a Ulan Bator? —preguntó Theresa.

—Dispondré que tengan un vehículo de transporte al día siguiente por la mañana.

—Entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra —contestó Theresa cogiendo la carpeta y vaciando su contenido encima de la mesa.

Borjin asintió con mala cara, se levantó y salió de la estancia. Mientras desaparecía por el pasillo, Wofford se volvió hacia Theresa meneando la cabeza.

—Ha sido un bonito espectáculo de colaboración —comentó—. ¿Qué ocurre? ¿Estás intentando hacer borrón y cuenta nueva o qué?

—Es mejor que piense que creemos en él —contestó tapándose la boca con uno de los informes—. Además, no quería que te lanzaras encima de él e hicieras que nos mataran a los dos.

Wofford sonrió tímidamente, comprendiendo lo cerca que estaba Theresa de la verdad.

Sin dejar de pensar en las cámaras de seguridad, Theresa sacó un mapa de debajo del montón y le dio la vuelta junto con otros informes. Luego, cogió un bolígrafo y escribió en el dorso: «Ideas para escapar» y se lo pasó a Wofford con otros papeles. Éste cogió el mapa y leyó las palabras de su colega con interés. Mientras él lo sostenía a la altura de los ojos, Theresa vio que se trataba de un mapa del golfo Pérsico y que había una serie de trazos rojos en varias partes del mismo; se fijó en que dos lugares estaban rodeados con un círculo rojo justo encima de donde los

trazos eran más gruesos. Uno de los círculos rodeaba la isla de Ras Tanura; el otro, una pequeña isla frente a la costa de Irán.

—Jim, mira el mapa que tienes entre las manos —lo interrumpió ella quitándoselo y dándole la vuelta para que lo viera.

—Es un mapa de fallas —dijo Wofford tras estudiar las líneas coloreadas—. Señala el límite de una placa tectónica que recorre el golfo Pérsico y las líneas de falla más importantes que salen de ella.

Aislados desde su secuestro en el lago Baikal, ninguno de los dos sabía nada de los devastadores terremotos que habían assolado la zona del golfo hacía poco. Mientras Wofford examinaba los círculos rojos, Theresa rebuscó entre el montón de documentos y sacó dos mapas parecidos. El primero era una ampliación del lago Baikal, en Siberia.

—¡Dios mío! ¡Mira esto! —dijo mostrándole el mapa. Su dedo señalaba al norte del lago coloreado de azul. Justo por encima, frente a la orilla, se veía una gran línea de falla rodeada de un círculo rojo—. ¿Crees que pudieron haber hecho algo en esa falla; no sé, algo que acabó provocando la ola seca del lago? —preguntó.

—Pues como no hicieran estallar un artefacto nuclear, no veo cómo podrían haberlo conseguido —contestó Wofford en un tono que no denotaba excesiva convicción—. ¿Qué hay en ese otro mapa?

Theresa lo desplegó en la mesa, y los dos reconocieron al instante el mapa de la costa de Alaska que iba desde Anchorage hasta la Columbia Británica. El oleoducto de Alaska, que se adentraba tierra adentro y terminaba en el puerto de Valdez, aparecía marcado con rotulador amarillo. La tubería de metro veinte de diámetro, que transportaba el crudo de los ricos campos petrolíferos de la bahía de Prudhoe, abastecía el mercado interior estadounidense con un millón de barriles diarios.

Con creciente preocupación, Theresa señaló la gran línea de falla que aparecía en el mapa justo frente a la línea de la costa. Alguien había dibujado un círculo rojo en un punto de la falla, justo frente al puerto de Valdez.

Ambos contemplaron la marca con silenciosa angustia mientras se preguntaban qué planes había tramado Borjin para el oleoducto de Alaska.

Hiram Yaeger acabó de devorar su sandwich de pollo, apuró el resto de té helado y se disculpó ante sus colegas que lo acompañaban en la cafetería. El jefe del centro de ordenadores de la NUMA, que rara vez se ausentaba mucho tiempo de su sala de procesamiento, se encaminó a paso vivo a su guarida situada en el décimo piso de la sede que la agencia tenía en Washington. Cuando salió de la cafetería, sonrió para sus adentros al ver que un par de políticos que estaban de visita lanzaban una mirada de desaprobación a su camiseta de los Rolling Stones, impropia en alguien de cincuenta años como él.

El espigado genio de los ordenadores manifestaba su inconformismo vistiendo pantalones y botas lejanas y recogiendo los largos cabellos en una cola de caballo. Pero su talento había dejado en segundo plano su aspecto, y eso lo demostraba el enorme centro de ordenadores que había diseñado para la NUMA partiendo de cero. Sus bases de datos albergaban la más amplia colección de investigaciones relacionadas con la oceanografía y los estudios submarinos y recogían en tiempo real la información sobre el tiempo y el estado de la mar que le enviaban cientos de estaciones procesadoras repartidas por todo el mundo. Sin embargo, para Yaeger el centro de ordenadores era un arma de doble filo. Su formidable capacidad de almacenamiento atraía un constante flujo de demandas por parte del amplio abanico de científicos que trabajaban para la NUMA y que estaban impacientes por sacarle provecho para sus proyectos. Aun así, no se sabía que Yaeger hubiera rechazado nunca una solicitud para el uso de los ordenadores si ésta provenía de la propia agencia.

Las puertas del ascensor se abrieron en el décimo piso, y Yaeger entró en su cavernoso laboratorio de informática presidido por una gran consola en forma de herradura. Un tipo corpulento, de expresión amable y con una incipiente calva lo esperaba sentado en una de las sillas giratorias que había ante la consola.

—No puedo creerlo —sonrió el hombre—. ¡Te he pillado fuera del gallinero!

—A diferencia de mis queridos ordenadores, yo tengo que comer algo de vez en cuando —repuso Yaeger—. Me alegro de verte, Phil —añadió estrechándole la mano—. ¿Cómo van las cosas en el pozo de grava?

El doctor Phillip McCammon sonrió ante la alusión. Como jefe del departamento de geología marina, McCammon era el experto de la casa en sedimentos submarinos y además su departamento se hallaba ubicado en una de las plantas subterráneas del edificio.

—Seguimos picando piedra —contestó McCammon—, pero no me vendría nada mal un poco de ayuda de tus máquinas.

—Mis dominios están a tu entera disposición —declaró Yaeger haciendo un gesto

hacia el centro informático cuya capacidad de procesamiento equivalía a la de una docena de super-ordenadores.

—No ocuparé tu castillo mucho rato. He recibido una petición de un colega de Langley para que eche un vistazo a unos datos sísmicos. Me parece que la CÍA está interesada en los dos terremotos que recientemente han devastado el golfo Pérsico.

—Resulta una coincidencia interesante que hubiera dos terremotos tan cerca el uno del otro y que ambos estrangularan el abastecimiento de crudo. Si sigue subiendo el precio de la gasolina no tardaré en tener que venir a trabajar en bicicleta —bromeó Yaeger.

—Tú y mucha otra gente.

—Bueno, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

—Han dispuesto que el Centro Nacional de Terremotos de Golden, en Colorado, envíe una copia de todo lo que tienen en sus archivos sobre la actividad sísmica global de los últimos cinco años —explicó McCammon entregando a Yaeger una hoja con los datos de contacto—. Uno de mis analistas ha preparado un programa para evaluar las características de los terremotos del golfo Pérsico. Luego compararemos dichos parámetros con la base de datos de la actividad sísmica global para ver si encontramos otros perfiles similares.

—¿Crees que puede haber algo raro?

—No. No imagino qué podría ser. De todas formas, así echaremos un cable a nuestros vecinos cubriendo todas las posibilidades.

Yaeger asintió.

—No hay problema. Haré que Max recoja la información de Golden esta tarde. Mándame tu programa de software y mañana por la mañana tendremos algunas respuestas para ti.

—Gracias, Hiram. Mandaré que te suban ahora mismo el programa.

Mientras McCammon se dirigía al ascensor, Yaeger se volvió hacia uno de los ordenadores y empezó a teclear una serie de instrucciones, pero se interrumpió cuando reparó en las hojas de fax que había en su bandeja de correo entrante; soltó una exclamación al comprobar que procedían del hotel Continental de Ulan Bator.

—Lo que faltaba —murmuró mientras ojeaba las páginas. Luego, las dejó a un lado y siguió con el ordenador.

Al instante, una bella mujer se materializó al otro lado de la consola. Vestía una blusa de seda y una falda plisada que le llegaba por encima de las rodillas.

—Buenas tardes, Hiram. Empezaba a preguntarme si llamarías hoy.

—Ya sabes que no puedo estar alejado de ti, Max —contestó Yaeger.

Max era una imagen tridimensional, una especie de espejismo, creada por Yaeger como una herramienta de interfaz con la red de ordenadores. Modelada según el perfil de su esposa, pero con el tipo de una joven de veinte años, Max se había

convertido en algo muy real para Yaeger y los demás miembros de la NUMA, que dependían de su inteligencia artificial para que resolviera problemas complejos.

—Con esos halagos conseguirás lo que quieras —susurró en tono sugerente—. ¿Qué tenemos hoy? ¿Problemas gordos o pequeños?

—Un poco de ambos —repuso Yaeger—. Puede que tengas que estar trabajando toda la noche.

—Ya sabes que nunca duermo —dijo la imagen subiéndose las mangas de la blusa—. ¿Con qué empezamos?

—Supongo que lo mejor será que nos ocupemos del jefe —dijo mirando las hojas de fax.

El sol tropical se alzó lentamente sobre los montes de lava y las palmeras hasta que bañó totalmente la fondeada barcaza con sus rayos. A bordo de la embarcación, los rítmicos sonidos de una guitarra hawaiana salían de un aparato de música y ahogaban el zumbido de fondo del generador portátil.

Summer, Dirk y Dahlgren ya se habían levantado de sus camastros situados bajo la improvisada toldilla y se estaban preparando para pasar un largo día bajo el agua. Mientras Dirk llenaba de aire las botellas con un par de compresores, Summer acabó su desayuno de papayas, plátanos y zumo de guayaba.

—¿Quién va primero? —preguntó contemplando las tranquilas aguas de la mañana que rodeaban la barcaza.

—Creo que el capitán Jack ya tiene listo el programa de trabajo —dijo Dirk, señalando a Dahlgren.

Vestido con un bañador, chanclas y una vieja camisa floreada, Dahlgren estaba inspeccionando los reguladores de un par de ligeras escafandras de inmersión. El apodo de «capitán» hacía referencia a la desteñida gorra que llevaba en la cabeza. Era la clásica gorra de plato que solían ponerse los patrones de yate millonarios y que lucía dos anclas cruzadas encima de la visera. Sin embargo, la de Dahlgren parecía haber sido pisoteada por un tanque MI.

—Sí —repuso el aludido con voz grave—. Trabajaremos por turnos de noventa minutos, dos buceadores a un tiempo. Luego, tras un descanso, cambiaremos los turnos. Dirk y yo haremos el primero. Luego, tú podrás reunirte conmigo mientras Dirk se ocupa de su bronceado —dijo mirando a Summer.

—Eso me recuerda que no he visto una coctelera a bordo —comentó Pitt con aire entristecido.

—De todos modos —aclaró Dahlgren—, lamento informarte de que las últimas raciones de ron desaparecieron anoche con fines medicinales.

Una expresión de pánico cruzó el rostro de Dirk mientras su hermana alzaba los ojos al cielo como diciendo «¿Por qué habrá tenido que tocarme a mí?».

—De acuerdo, mis queridos miembros de Alcohólicos Anónimos, vamos a trabajar. Si resulta que descubrimos el timón de ese pecio, nos quedará mucho que excavar. Todavía tenemos que desmontar y guardar las rejillas y los marcadores, y me gustaría disponer de un poco de tiempo para explorar otras zonas antes de que el *Mariana Explorer* regrese.

Dahlgren se levantó, se quitó la gorra de capitán y la arrojó por el aire. La gorra trazó una perfecta elipse girando en espiral y golpeó a Summer de lleno en el pecho. Sorprendida, la joven se las arregló para cogerla antes de que cayera al suelo.

—Ahí tienes —dijo Dahlgren—. Haces de capitán Blight^[8] mejor que yo.

Summer se ruborizó mientras su hermano se echaba a reír. Luego, replicó:

—Ten cuidado porque tu suministro de aire podría interrumpirse estando tú ahí abajo.

Dirk puso en marcha los dos compresores y se enfundó el traje de neopreno para aguas tibias, lo mismo que Dahlgren. Se sumergirían sin botellas; el aire se lo suministraría uno de los compresores. Prescindir de las engorrosas botellas les facilitaría el trabajo y aumentaría el tiempo de inmersión. Dado que donde estaba el pecio la profundidad del agua era solo de diez metros, en teoría podrían trabajar todo el día bajo el agua sin temor a que los conductos se doblaran.

Summer cogió el aspirador y pasó por la borda el gran tubo de PVC. El conducto del segundo compresor iba sujeto a la boca del aspirador y suministraba aire a presión a través de una válvula de control. Summer fue bajando el aspirador hasta que notó que tocaba el fondo y se aflojaba la tensión.

Dirk se calzó las aletas y consultó el reloj.

—Te veo en noventa minutos —dijo a su hermana antes de colocarse la escafandra.

—Dejaré las luces encendidas —contestó Summer gritando para hacerse oír por encima del ruido de los compresores.

Dirk le dijo adiós con la mano y saltó al agua seguido de Dahlgren. El zumbido de los compresores desapareció en cuanto empezaron a sumergirse en las turquesas aguas. Dirk se destapó los oídos y fue hacia el fondo, donde encontró rápidamente el aspirador. Cogió el tubo y siguió a Dahlgren, que nadaba hacia un par de banderitas naranjas clavadas en el arenoso fondo. Dirk levantó el aspirador y accionó el interruptor del aire. Un chorro de aire comprimido surgió en el extremo del tubo y ascendió a la superficie arrastrando agua y arena consigo. Dirk empezó a moverlo entonces hacia delante y hacia atrás, sosteniéndolo justo por encima del fondo, excavando un pequeño agujero alrededor del marcador.

Dahlgren lo observó un momento. Luego ocupó su posición a unos metros de distancia. En sus manos llevaba una vara de acero inoxidable, con un mango en forma de «T» en un extremo, que clavó en la arena casi sesenta centímetros hasta que topó con algo duro. Sus experimentadas manos podían detectar por el tipo de vibración si había dado contra un objeto de madera. Sacó la sonda y volvió a clavarla medio metro más allá. Tras repetir los sondeos unas cuantas veces empezó a marcar el perímetro del objeto enterrado con banderines de color naranja.

El agujero creado por el aspirador de Dirk fue creciendo lentamente hasta que puso al descubierto una superficie plana llena de incrustaciones. Dirk miró entonces el perfil de marcadores dispuestos por Dahlgren y comprendió que el objeto tenía un tamaño enorme. Si de verdad habían topado con el timón de una nave, tendrían que revisar las estimaciones de su tamaño.

En la cubierta de la barcaza, Summer comprobó una vez más el compresor y se instaló en la tumbona de playa, cerca de los conductos de aire. Una fría racha de viento de la costa barrió la barcaza provocándole un escalofrío; se alegró de que el sol empezara a calentar la cubierta mientras disfrutaba del paisaje que la rodeaba y admiraba la abrupta costa hawaiana, disfrutando de los aromas naturales de la frondosa isla. Miró hacia mar abierto. Las olas del Pacífico parecían brillar con la exótica intensidad del azul de sus profundidades. Vio un barco negro que navegaba en la distancia, pero no le prestó atención. Inhaló profundamente el fragante aire y se tumbó.

Si aquello era trabajar, pensó, se podían ahorrar la paga de vacaciones.

Pitt estaba ya despierto y vestido cuando una madrugadora llamada sonó en la puerta de la habitación de su hotel. Abrió, no sin cierta aprensión, y para su satisfacción se encontró con Giordino, que le sonreía desde el pasillo.

—Me he encontrado con este mendigo; estaba pidiendo limosna en el vestíbulo —dijo el italiano, señalando por encima del hombro con el pulgar—. Pensé que tú sabrías qué hacer con él.

Un fatigado y despeinado Rudi Gunn se asomó por detrás del recio corpachón del italiano con expresión de alivio.

—¡Vaya, pero si es mi querido y largamente extraviado subdirector! —sonrió Pitt—. Ya empezábamos a creer que habías encontrado una hermosa *babushka* y te habías quedado a vivir en Siberia para siempre.

—Estaba encantado de largarme de allí, pero me habría quedado si hubiera sabido que Mongolia todavía es más salvaje que Siberia —rezongó Gunn entrando en la habitación y dejándose caer en una butaca—. Nadie me dijo que no había ni una sola carretera asfaltada en este país. Me he pasado toda la noche conduciendo por algo que no merecía el nombre de «carretera» y me siento como si hubiera recorrido la distancia que hay entre Nueva York y Los Ángeles en un saltador.

Pitt le sirvió una taza de café de la cafetera que había en la habitación.

—¿Has podido traer tu equipo de búsqueda y de inmersión? —le preguntó.

—Sí. Lo tengo todo en el camión que el Instituto Limnológico fue tan amable de prestarme o de venderme, todavía no estoy seguro. No me queda ni un céntimo porque tuve que sobornar a los guardias fronterizos rusos para que me dejaran entrar en Mongolia. Estoy seguro de que creían que era de la CÍA o algo así.

—Tu mirada no es lo bastante vidriosa para eso —bromeó Giordino.

—Bueno, supongo que no debería quejarme —dijo Gunn mirando a su jefe—. Al me ha contado vuestra odisea por el Gobi. La verdad, no me sonó a excursión campestre.

—No, pero fue una estupenda manera de conocer los alrededores.

—El chiflado ése de Xanadú... sigue reteniendo a los miembros del equipo de sondeo.

—Sabemos que Roy ha muerto. En cuanto a los otros, suponemos que siguen con vida, pero no tenemos ninguna seguridad.

El timbre del teléfono interrumpió la conversación. Pitt respondió y habló un momento. Luego, situó el aparato en el centro de la habitación y conectó el altavoz. La voz de Hiram Yaeger sonó en el cuarto.

—Saludos desde Washington, donde la burocracia local está empezando a preguntarse qué ha sido de sus gurús favoritos de las profundidades.

—Nada, simplemente están disfrutando de los tesoros sumergidos de la gran Mongolia —repuso Pitt.

—Justo lo que me temía. Naturalmente, sospecho que habréis tenido algo que ver con las noticias políticas que se han producido recientemente en esa parte del mundo.

Los tres hombres se miraron con expresión interrogativa.

—Hemos estado algo ocupados —dijo Pitt—. ¿Qué noticias son ésas?

—Esta mañana, China ha anunciado que piensa transferir a Mongolia ciertos territorios de Mongolia Interior que en estos momentos se hallan bajo su jurisdicción.

—¡Así que era eso! —interrumpió Gunn—. Esta mañana había gente reunida en la plaza que hay frente al hotel; parecían celebrar algo. Pensé que se trataba de alguna fiesta local.

—China finge que se trata de un gesto de buena voluntad hacia su vecino y se está ganando las felicitaciones de Naciones Unidas y de los jefes de gobierno occidentales. Hace años que funcionan movimientos clandestinos que reclaman la independencia de Mongolia Interior o su reunificación con la nación madre. Para los chinos ha sido siempre una patata caliente. En privado, los analistas políticos aseguran que se trata de una cuestión más económica que política. Algunos han especulado con un acuerdo alrededor de un oleoducto y de un contrato de suministro de crudo o de otros recursos que permitan mantener el crecimiento de la economía china. Sin embargo, nadie parece creer que Mongolia disponga de reservas de petróleo.

—De eso se trata precisamente, y creo que se podría decir que Al y yo intervenimos en cierto sentido en las negociaciones —dijo Pitt cruzando una mirada de complicidad con Giordino.

—Ya sabía yo que teníais algo que ver —rió Yaeger.

—En realidad, con quien tiene que ver es con una empresa llamada Avara Oil y su propietario, un tal Tolgoi Borjin. Al y yo visitamos algunas de sus instalaciones. Tienen depósitos de almacenamiento de crudo repartidos a lo largo de la frontera.

—No deja de llamar la atención la rapidez con la que se ha hecho con el control de la situación —comentó Giordino—. Debía de guardarse un as en la manga.

—O información falsa. Dime, Hiram, ¿has podido averiguar algo de lo que te mandé por fax? —preguntó Pitt.

—Max y yo hemos estado toda la noche recogiendo tanta información como hemos podido. Ese hombre y la empresa que dirige son un misterio. Disponen de capital, pero funcionan de un modo casi clandestino.

—Un contacto ruso de aquí nos confirmó más o menos lo mismo —dijo Giordino—. ¿Qué puedes contarnos de sus actividades petroleras?

—No hay constancia de que Avara Oil esté exportando crudo desde Mongolia; pero tampoco hay mucho que exportar. Se sabe que la compañía solo explota un

puñado de pozos menores.

—Así pues, no están sacando el crudo suficiente para poder abastecer una parte importante de la demanda de China ni de otros países.

—Nada parece indicarlo. No obstante, lo curioso es que hemos descubierto un número importante de contratos con suministradores de equipos de perforación occidentales. Con el precio del crudo por las nubes, a más de ciento cincuenta dólares el barril, se ha despertado una fiebre de sondeos para poner en marcha nuevos pozos, y los fabricantes de equipos se están retrasando en sus entregas. Sin embargo, Avarga fue de los primeros en recibir sus pedidos. Según parece, durante los últimos tres años han estado comprando numerosos equipos de perforación muy especializados. Todos ellos han sido enviados a Mongolia.

—Sí, algo de eso encontramos aquí, en Ulan Bator.

—Lo único que no encontramos fue una tuneladora. Solo descubrimos un envío de un modelo como ese pero fue exportado a Malasia.

—Puede que el pedido lo hiciera una empresa tapadera de Avarga Oil —aventuró Pitt.

—Es posible. El modelo que viste está diseñado para instalaciones de oleoductos a poca profundidad. Sería perfecto, por ejemplo, para enterrar un oleoducto en las blandas arenas del desierto de Gobi. Lo que todavía no he podido descifrar es de qué modo ha conseguido Borjin el capital para adquirir todo eso sin tener unos ingresos justificables —comentó Yaeger.

—La cuenta la está pagando Gengis Khan —contestó Pitt.

—No entiendo el chiste.

—No es ningún chiste —intervino Giordino—. Lo tienen guardado en el trastero.

Mientras el italiano explicaba a Gunn el hallazgo de la tumba en el santuario de Borjin y el posterior descubrimiento del diario de Hunt en el trimotor estrellado, Pitt sacó las diez páginas que Perlmutter le había enviado por fax.

—St. Julien lo ha confirmado —dijo—. Durante los últimos ocho años, tanto Sotheby's como las demás casas de subastas más importantes han estado recibiendo un aluvión constante de objetos para subastar provenientes de Asia y datados todos entre los siglos XIII y XIV.

—¿Te estás refiriendo al tesoro de la tumba de Gengis Khan? —preguntó Gunn.

—Me refiero a un botín de guerra valorado en más de cien millones de dólares. Perlmutter ha comprobado que todos los objetos subastados pertenecían a regiones conquistadas por Gengis Khan antes de su muerte. Además, el encargo de esa subasta lo hizo una enigmática compañía malaya llamada Buryat Trading Company.

—¡Es la misma empresa que compró la tuneladora! —exclamó Yaeger.

—¡Qué pequeño es el mundo! Muy bien, Hiram, cuando hayamos terminado quizá tú y Max podríais echar un vistazo más de cerca a dicha empresa.

—Claro, pero antes me gustaría charlar un poco sobre el pedazo de strudel que me enviaste.

—¡Ah, sí, los documentos en alemán! ¿Qué habéis descubierto tú y Max?

—En los documentos en sí, no gran cosa. Como decías en tu nota, eran las primeras páginas de un manual técnico. ¿Lo encontraste junto a un aparato eléctrico de gran tamaño?

—Lo encontramos en una sala llena de equipos de ordenador y otros aparatos conectados a una especie de triple bocina en forma de trípode de más de tres metros de alto. ¿Tienes idea de qué puede ser?

—No disponemos de datos suficientes para determinar su función exacta. Las páginas del manual son simplemente las instrucciones de un artefacto acústico para tareas sísmicas.

—¿Puedes explicar eso en cristiano? —pidió Giordino.

—Es equipo de laboratorio para experimentos. Está claro que Von Wachter ha logrado dar un salto adelante en la tecnología.

—¿Quién es ese Von Wachter? —preguntó Pitt.

—El doctor Friedrich von Wachter. Se trata de un eminente ingeniero en electrónica, profesor en la Universidad de Heidelberg. Es conocido por sus trabajos en acústica aplicada a las imágenes sísmicas. Fue Max quien estableció el vínculo entre Von Wachter y el artefacto que visteis. Uno de sus últimos trabajos hablaba de la aplicación teórica de los campos acústicos paramétricos para la definición de imágenes del subsuelo.

Gunn se sirvió otro café mientras se ponían cómodos y escuchaban atentamente la voz de Yaeger que surgía del altavoz.

—Aunque algunos datos son bastante difíciles de entender, parece que Von Wachter ha desarrollado un prototipo para la obtención de imágenes sísmicas mediante procedimientos acústicos —explicó Yaeger—. Como sabéis, en el negocio de las prospecciones petrolíferas, las imágenes sísmicas suelen obtenerse mediante explosivos o medios mecánicos, dinamita y camiones percutores, que envían ondas de choque al subsuelo; luego, las ondas reflejadas se registran y procesan mediante modelos informáticos para obtener de ellas una imagen del terreno.

—Ya —terció Giordino—. Los barcos que hacen sondeos en el mar utilizan un cañón de aire para generar las ondas de choque.

—Bien, pues parece que Von Wachter ha conseguido prescindir de esta técnica y desarrollar un sistema electrónico para la producción de ondas de choque. Si no lo he entendido mal, ese aparato suyo emite salvas de sonidos de alta frecuencia que se convierten en ondas sísmicas bajo la superficie.

—Nuestra experiencia con los sistemas de sondeo por sonar indican que las ondas de alta frecuencia solo tienen la capacidad de penetración suficiente para «ver» a

poca profundidad —comentó Giordino.

—Es verdad. La mayoría de ondas se reflejan cerca de la superficie. En principio, las salvas concentradas de Von Wachter permiten un bombardeo más intenso de ondas de sonido, por decirlo de alguna manera. De ese modo, parece que un gran porcentaje de las ondas penetran en profundidad. Por los datos preliminares del manual y tu descripción de lo que viste parece que Von Wachter utiliza tres grandes trompetas para enviar sus ondas de sonido.

—Me juego algo a que encontraron la tumba de Gengis Khan de ese modo —comentó Pitt—. Se supone que estaba enterrada en algún lugar escondido en las montañas junto con Kublai Khan y otros miembros de la realeza.

—Y ahora está claro que están utilizando ese sistema para encontrar petróleo —añadió Gunn.

—Parece una tecnología de vanguardia por la que las compañías petroleras deberían estar dispuestas a pagar lo que les pidan —dijo Giordino—. Ese Von Wachter debe de estar forrado.

—Me temo que lo que está es muerto. Tanto él como su equipo de colaboradores falleció hará cosa de un año en Mongolia por culpa de un deslizamiento de tierras.

—Vaya, ¡qué casualidad! —exclamó el italiano.

—¿Hará falta que añada que todos ellos trabajaban para Avarga Oil en aquella época? —añadió Yaeger.

—Más sangre en las manos de Borjin —dijo Pitt sin mostrar sorpresa.

La crueldad del imperio de Avarga Oil y de su jefe, Tolgoi Borjin, estaba empezando a dejar de ser noticia.

—Pero nada de todo esto encaja —dijo Giordino—. Tenemos un equipo de sondeos sísmicos asesinado y otro secuestrado. Tenemos una tuneladora, equipo de perforación especializado y una gran instalación de almacenaje camuflada en pleno desierto que, según nuestro amigo Tsengel, es una de las muchas que están conectadas por tuberías subterráneas que cruzan el desierto. Sin embargo, no se ven rastros de petróleo por ninguna parte. ¿Por qué?

El silencio se apoderó de la habitación haciendo casi audibles las mentes de todos, que trabajaban a toda velocidad. Entonces, el rostro de Pitt se iluminó.

—Ya sé por qué —dijo lentamente—. Porque no han podido perforar donde está el petróleo.

—Borjin seguramente habrá untado a la gente suficiente para perforar donde le dé la gana en toda Mongolia —terció Giordino.

—De acuerdo, pero ¿y si el petróleo no está en Mongolia?

—¡Pues claro! —exclamó Gunn viendo la respuesta con toda claridad—. ¡Ha encontrado petróleo en China o, para ser más exactos, en Mongolia Interior! Lo que me gustaría saber es de qué modo ha conseguido que los chinos cedan ese territorio.

La voz de Yaeger sonó en el teléfono:

—Están en un apuro. A causa de los terremotos en el golfo Pérsico y el incendio de sus instalaciones de carga y descarga cerca de Shangai, China se ha quedado de la noche a la mañana sin la mitad de sus importaciones de crudo. Su situación es desesperada y los hace propensos a actuar irracionalmente con tal de encontrar algún remedio rápidamente.

—Mi hipótesis explicaría la presencia de los depósitos de almacenamiento del desierto. Puede que ya tengan perforado en secreto algún pozo en Mongolia Interior que esté abasteciendo otro de los depósitos —especuló Pitt—. Lo único que verían los chinos sería el producto final enviado desde Mongolia y no sabrían que procede de su propio patio trasero.

—Pues no me gustaría estar a este lado de la Gran Muralla cuando descubran el pastel —dijo Gunn.

—Esto explicaría por qué Borjin secuestró a los miembros del equipo de sondeo en el lago Baikal —comentó Giordino—. Seguro que necesita sus conocimientos para determinar los lugares donde debe perforar para empezar a bombear crudo lo antes posible.

—¿Y no podría haber contratado esos conocimientos en el mercado libre? —preguntó Yaeger.

—Puede, pero no creo que Borjin estuviera dispuesto a correr el riesgo de que alguien se fuera de la lengua y delatara el lugar donde se encuentran los yacimientos.

—Ahora que ya ha cerrado el trato con los chinos, puede que suelte a esos tres infelices —comentó Gunn.

—No me parece probable —repuso Pitt—. Ya han asesinado a Roy y han intentado acabar con nosotros. No. Me temo que podemos darlos por muertos a partir del momento en que Borjin haya conseguido de ellos la información que necesita.

—¿No te has puesto en contacto aún con la embajada estadounidense en este país? Hemos de conseguir que se ponga en marcha la maquinaria política si queremos salvarlos —declaró Gunn.

Pitt y Giordino intercambiaron una breve mirada.

—La diplomacia no va a funcionar en este caso, Rudi —dijo el italiano—. Borjin está demasiado protegido. Nuestros amigos rusos han estado intentando esa vía sin resultados. Si ni siquiera ellos tienen influencia en este rincón del planeta, menos aún nosotros.

—Pues tenemos que hacer algo.

—Lo haremos —declaró Pitt—. Iremos a buscarlos.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Gunn—. Actuar en nombre del gobierno de Estados Unidos puede provocar un incidente internacional.

—No si el gobierno estadounidense no sabe nada. Además, no iremos solamente

Al y yo. Tú también vendrás.

Gunn notó que se le hacía un nudo en el estómago y que el color desaparecía de su rostro.

—Habría sido mejor que me quedara en Siberia —suspiró.

El doctor McCammon entró en el centro de ordenadores de la NUMA justo cuando Yaeger colgaba el teléfono después de hablar con sus colegas en Mongolia. Al otro lado de la consola, la imagen holográfica de Max se volvió hacia el geólogo marino y le sonrió.

—Buenas noches, doctor McCammon —le saludó—. ¿Trabajando hasta tarde?

—Esto... Buenas noches, Max —repuso sintiéndose como un tonto por hablar con una imagen generada por ordenador; luego, se dio la vuelta y saludó a Yaeger—: Hola, Hiram. ¿Un día largo? —preguntó fijándose en que el experto en informática iba vestido con la misma ropa del día anterior.

—Mucho —repuso Yaeger conteniendo un bostezo—. Una petición de última hora del jefe nos ha tenido ocupados. Esperábamos verte hace mucho rato.

—Tuve que atender diversas reuniones inesperadas que me han ocupado casi todo el día. Escucha, si no has tenido tiempo de ocuparte de los datos del centro de terremotos lo entenderé —dijo McCammon en tono comprensivo.

—No digas tonterías —dijo Yaeger como si lo hubieran insultado—. Max puede hacer varios trabajos a la vez mejor que nadie.

—Sí —terció Max—. Así, al menos uno de nosotros guarda las formas durante el proceso.

—Anoche accedimos a la información del Centro Nacional de Terremotos —prosiguió Yaeger haciendo caso omiso del comentario de Max—, y esta mañana a primera hora hemos introducido tu programa. Max, por favor —dijo mirando la imagen de su mujer—, imprime una copia de los resultados para el doctor McCammon y, mientras van saliendo, ¿por qué no nos haces un resumen verbal de tus averiguaciones?

—Desde luego —repuso Max. Al instante, una gran impresora que había en un rincón empezó a trabajar mientras Max escogía sus palabras.

—Los datos que hemos recibido del Centro Nacional de Terremotos recogen la actividad sísmica global de los últimos cinco años, incluidos los dos últimos terremotos que han asolado la región del golfo Pérsico. Como se me pidió, introduje el programa del doctor McCammon, que analizó ambos terremotos y filtró sus aspectos comunes pasándolos por la base de datos. Curiosamente, había varias características únicas y específicas asociadas con ambos temblores de tierra.

Max hizo una pausa para resaltar el efecto de sus palabras y dio un paso, acercándose a los dos hombres antes de continuar:

—Ambos sucesos se clasificaron como terremotos de baja profundidad ya que sus epicentros se hallaban a menos de tres kilómetros de la superficie. Esto contrasta con los temblores de foco superficial, cuyo abanico abarca profundidades de entre cinco y

quince kilómetros.

—La diferencia es significativa —dijo McCammon.

—Lo que no lo es tanto es que ambos terremotos tuvieron un origen tectónico y no volcánico. En cualquier caso, los dos fueron potentes ya que registraron valores superiores a 7 en la escala de Richter.

—¿Y no es poco usual que haya dos terremotos de la misma magnitud? —preguntó Yaeger.

—No es frecuente, pero tampoco es algo imposible —dijo McCammon—. Un terremoto de 7 en la escala de Richter en Los Ángeles habría llamado mucho la atención, pero lo cierto es que todos los meses tenemos un terremoto de esta intensidad en alguna parte del mundo. Lo que ocurre es que, puesto que se producen en zonas escasamente pobladas o bajo el mar, nadie les presta demasiada atención.

—Eso es cierto —intervino Max—. No obstante, existe una anomalía desde el punto de vista estadístico debida a la proximidad de ambos temblores.

—¿Hay más similitudes, Max? —preguntó Yaeger.

—Sí. A pesar de que resulta difícil de cuantificar, parece que los daños ocasionados por esos dos terremotos no se corresponden con su fuerza. En ambos lugares se registraron graves daños estructurales que fueron muy superiores a lo que es habitual en esos terremotos. Los daños se corresponden más con los que habría producido un terremoto de fuerza 8.

—La escala de Richter no siempre es una herramienta fiable para medir el poder destructivo de un terremoto —comentó McCammon—, particularmente en los casos de terremotos superficiales. En este caso hemos tenido dos temblores de tierra a poca profundidad que han sido muy dañinos. Sin duda, la intensidad en el suelo fue mucho mayor que la magnitud indicada en la escala.

Max frunció el entrecejo mientras examinaba sus bases de datos. Luego, asintió a McCammon.

—Tiene usted toda la razón, doctor. En ambos terremotos, las ondas sísmicas primarias fueron mucho menores en magnitud que las ondas de superficie.

—¿Algo más, Max? —preguntó McCammon, que por fin empezaba a sentirse cómodo con aquella imagen holográfica.

—Sí, una última cuestión. En ambos terremotos se registró la presencia de ondas P antes de que aparecieran las ondas de choque producidas por los temblores de tierra en sí.

—Ondas previas, supongo —dijo McCammon—. No es nada raro.

—¿Sería alguien tan amable de explicarme qué es esto de las ondas de superficie y las ondas P? —preguntó Yaeger en tono fatigado.

Max meneó la cabeza, contrariada.

—¿Es que siempre tengo que explicártelo todo? Se trata de sismología elemental.

Un terremoto tectónico normal libera tres tipos de energía sísmica, u ondas de choque, si lo prefieres. La onda inicial se llama «onda P» o «primaria». Tiene propiedades parecidas a una onda de sonido y puede viajar a través de la roca e incluso atravesar el núcleo de la Tierra. Hay unas más lentas o secundarias, de ahí el nombre de «onda S», que pueden desplazar la roca lateralmente con respecto a su vector de movimiento y que son las que producen los movimientos verticales y horizontales que causan los daños cuando llegan a la superficie. Cuando se aproximan a ella, ambos tipos de ondas rebotan y producen ondas adicionales que crean los temblores más importantes que se producen en el suelo.

—Entiendo —dijo Yaeger—. Eso quiere decir que básicamente son distintas frecuencias que salen de un mismo epicentro.

—Así es —confirmó McCammon.

—¿Y hay alguna línea de falla importante en la zona donde se produjeron ambos terremotos?

—La verdad es que el golfo Pérsico descansa cerca del límite de dos placas tectónicas, la Arábica y la Euroasiática. Casi toda la actividad sísmica que se produce en el mundo ocurre en las estrechas franjas que rodean los límites de las placas. Los terremotos que históricamente hemos visto en Irán, Pakistán y Afganistán dan a entender que esos dos terremotos no tienen nada de extraordinario salvo su proximidad.

—Bueno, pues parece que tus amigos de Langley no van a tener mucho con lo que trabajar —dijo Yaeger.

—No sabría decirte —repuso McCammon—. Pero, gracias a Max, van a tener un montón de datos de los que ocuparse.

Mientras el geólogo marino se dirigía a la impresora para recoger el informe, Yaeger formuló una última pregunta al ordenador.

—Max, cuando pasaste el filtro del programa de Phil, ¿encontraste correspondencia de otros terremotos con los mismos parámetros?

—Sí, claro. Me será más fácil mostrarlo gráficamente, de manera que podéis daros un festín visual en la pantalla de proyección.

Una gran pantalla blanca se iluminó de repente detrás de Max y mostró un gran mapamundi en color. En él aparecían dos puntos rojos en el golfo Pérsico que señalaban los recientes temblores. Unos segundos más tarde, una multitud de puntos del mismo color apareció en forma de racimos concentrados en una zona del nordeste de Asia. Un punto solitario parpadeaba un poco al norte de los demás. McCammon se acercó a la pantalla con curiosidad.

—Partiendo de los datos proporcionados por el Centro Nacional de Terremotos, hemos identificado un total de treinta y cuatro seísmos que comparten las características de los dos primeros. El más reciente fue hace poco más de una

semana, en Siberia —dijo Max señalando el solitario punto rojo.

Los soñolientos ojos de Yaeger se abrieron desmesuradamente.

—¿Cuál es la ubicación de los otros seísmos? —preguntó.

—Principalmente la zona de Mongolia. Quince seísmos ocurrieron en las montañas al norte de Ulan Bator, la capital; diez en el sur, en la provincia de Dornogov; y los otros nueve en una zona a caballo de la frontera con China. El seísmo solitario se produjo en Siberia, en el lago Baikal.

—Mongolia... —murmuró Yaeger, meneando la cabeza en señal de incredulidad. Se levantó despacio frotándose los cansados ojos y se volvió hacia McCammon.

—Phil —le dijo—, me parece que tú, Max y yo vamos a necesitar grandes cantidades de café.

Summer escuchaba el último disco de Nils Lofgren y canturreaba tranquilamente mientras controlaba la tensión en los conductos de aire que pasaban por encima de la borda de la barcaza. El aburrimiento estaba empezando a hacer presa en ella, por lo que se encontró deseando poder sumergirse y trabajar al otro extremo del conducto. Se puso en pie y se desperezó. Entonces reparó en el barco de color negro que había visto antes y que en esos momentos doblaba el cabo Kahakahakea. Una señal de alarma sonó en su subconsciente cuando lo vio virar y enfilarse directamente hacia la barcaza.

—Por favor, no más sabuesos sedientos de noticias —dijo en voz alta, confiando en que no se tratara de otra embarcación llena de periodistas. Sin embargo, la alarma sonó con más fuerza en su cerebro, y, mientras estudiaba el barco, comprendió el motivo.

El navío que se aproximaba era un barco perforador. Con sus escasos ochenta metros de eslora resultaba pequeño para lo que es habitual en este tipo de buques; también era viejo, y saltaba a la vista que había conocido tiempos mejores. El óxido manchaba sus imbornales, y su cubierta y superestructura aparecían sucios de mugre y grasa. Pero no era tanto la apariencia como la función del barco lo que inquietaba a Summer. ¿Qué hacía un barco perforador en aguas hawaianas? No se sabía que hubiera yacimientos petrolíferos en aquellas islas, y el océano alcanzaba rápidamente grandes profundidades, lo que convertía cualquier intento de perforación en una tarea imposible de costear.

Summer observó cómo la embarcación se dirigía lentamente hacia ella levantando crestas de blanca espuma con su sucia proa. El barco se encontraba a menos de una milla y no parecía que fuera a aminorar la velocidad. Cuando estuvo a un cuarto de milla, Summer echó un vistazo al improvisado mástil que se levantaba sobre la toldilla por encima de ella. La habitual bandera roja con el trazo blanco en medio que avisaba de la presencia de buzos en las cercanías ondeaba en la brisa matutina.

—¡Hay buzos en el agua, idiota! —maldijo en voz alta al ver que el buque mantenía el rumbo.

El barco se hallaba ya lo bastante cerca para que ella pudiera divisar algunas figuras de pie en el puente de mando. Summer corrió al costado de la barcaza que miraba al buque y empezó a gesticular con los brazos señalando la bandera. Al fin, el barco pareció que aminoraba, aunque seguía acercándose imprudentemente. Estaba claro ya que su intención era abarloarse a la barcaza.

Summer corrió a la timonera, donde había una radio montada en la mampara. Giró el dial de VHF hasta encontrar el canal 16 y espetó por el micrófono:

—Barco perforador que se acerca, aquí la barcaza de investigaciones de la

NUMA. Tenemos buzos en el agua. Repito: tenemos buzos en el agua. Manténgase alejado. Cambio.

Aguardó con impaciencia una respuesta, pero no hubo ninguna. Repitió la llamada con mayor urgencia, pero nuevamente no hubo respuesta.

En esos instantes el buque se encontraba a pocos metros de distancia. Summer corrió hacia la barandilla y gritó mientras señalaba la bandera de aviso. El navío empezó a virar, pero, a juzgar por el ángulo, Summer comprendió que se disponía a entrarle de costado. Esperando ver una horda de mareados periodistas y cámaras amontonados en la barandilla, se sorprendió al comprobar que la banda de estribor y la cubierta de proa estaban desiertas. Un escalofrío le recorrió la espalda al no ver a nadie y comprobar que los hombres del puente se mantenían fuera de su vista.

Pilotado por mano experta, el barco perforador se deslizó a lo largo de la barcaza hasta que su barandilla de estribor quedó justo por encima del pasamanos de la barcaza. Los múltiples impulsores de estabilización se activaron, y el navío quedó inmóvil en el sitio como si se hubiera amarrado a la barcaza.

Durante unos instantes, el desierto barco permaneció totalmente silencioso. Summer lo observó con una mezcla de curiosidad e inquietud. Se oyó entonces un apagado grito, y media docena de hombres salieron a toda prisa por una puerta. Summer los miró —eran todos asiáticos— y tembló de miedo. Cuando vio que saltaban a la barcaza, echó a correr hacia la timonera. Percibió que alguien la perseguía, pero no quiso mirar atrás antes de alcanzar la timonera y coger el micrófono de la radio para gritar:

—¡Mayday! ¡Mayday, aquí la...!

Su voz se apagó cuando unas callosas manos le arrebataron bruscamente el micro de los dedos y arrancaron la radio de la mampara. Con una malvada sonrisa en la cara, el hombre lanzó el transmisor por la borda y lo vio hundirse en el mar. Luego, se dio la vuelta con la misma sonrisa, que dejaba al descubierto sus sucios y amarillos dientes, pero se quedó sorprendido cuando Summer dio un paso adelante y le propinó una patada en las partes con todas sus fuerzas.

—¡Cabrón repugnante! —lo maldijo mientras el sujeto caía de rodillas con los ojos vidriosos. Summer comprendió que el hombre estaba medio aturdido y le propinó una nueva patada, esta vez en la cabeza. Su asaltante se desplomó y rodó por la cubierta, con evidente dolor.

Dos de los intrusos que habían subido a bordo y que habían presenciado la escena se lanzaron rápidamente sobre Summer y la sujetaron por los brazos. Ella intentó debatirse hasta que uno de los matones sacó una navaja y se la apoyó bajo el mentón mientras el otro le ataba las manos con un trozo de cabo.

Presas del miedo, pero sin poder actuar, Summer estudió a sus atacantes con atención. Eran bajos, pero de complexión fuerte. Su origen era asiático, pero tenían

pómulos altos y unos ojos más redondeados que los chinos. Iban vestidos con camisetas negras y pantalones de faena, y parecían acostumbrados al trabajo duro. Summer supuso que serían piratas indonesios, pero qué podían ver de su interés en la desnuda barcaza era algo que escapaba a su comprensión.

Miró al otro lado de la embarcación y se le hizo un nudo en el estómago al ver que dos de los intrusos blandían unas hachas con las que se disponían a cortar los cabos de fondeo de popa. Lo hicieron con un par de golpes y, acto seguido, se dirigieron a proa para repetir la operación. Entretanto, un tercer individuo los supervisaba de espaldas a ella. Su perfil le resultó familiar, pero no fue hasta que se volvió cuando lo reconoció como el doctor Tong. Éste se le acercó lentamente mientras examinaba el equipo de cubierta; los sujetos de las hachas se afanaban en cortar los fondeos de proa.

—¡Aquí no hay objetos antiguos, Tong! —le gritó convencida de que no era ningún académico, sino un simple ladrón de antigüedades.

Tong no le prestó atención y se quedó mirando el equipo en funcionamiento con aire disgustado. Se dio la vuelta y gritó una orden al hombre que Summer había derribado y que, en esos momentos, cojeaba por cubierta mientras se recuperaba de los golpes recibidos. El matón obedeció y se acercó tambaleante a la toldilla donde zumbaba el pequeño generador portátil. Tal como había hecho con la radio, lo levantó en el aire y lo lanzó por la borda. La máquina gorgoteó al hundirse. Entonces el sujeto puso sus ojos en los dos compresores. Cojeó hasta llegar a ellos y los manoseó en busca del interruptor de puesta en marcha.

—¡No! —gritó Summer.

El hombre localizó el interruptor, se volvió hacia ella con una malvada sonrisa en el rostro y apagó el compresor, que se detuvo con un siseo.

—¡Abajo hay hombres que respiran el aire de ese compresor! —gritó en tono de súplica.

Tong hizo caso omiso de sus ruegos y ordenó algo a su sicario. El hombre cojeó hasta el segundo compresor y, lanzando una nueva sonrisa a Summer, lo desconectó. Mientras el ruido de la máquina se apagaba, Tong fue hacia la joven y acercó mucho su rostro al de ella.

—Espero que su hermano sea buen nadador.

La furia que ardía en Summer había reemplazado al miedo, pero no dijo nada. El hombre que sostenía la navaja bajo su barbilla la pinchó un poco más y se dirigió a Tong en un idioma desconocido.

—¿La mato?

Tong contempló con ojos lascivos el bronceado cuerpo de Summer.

—No. Llévala a bordo.

Los matones de las hachas acabaron de cortar los cabos de fondeo y fueron hacia

Tong con las armas al hombro. La barcaza empezó a flotar hacia mar abierto, impulsada por la corriente. En el puente de mando del barco perforador, el timonel maniobró con los impulsores de estabilización y dio marcha atrás para desplazar el buque junto a la barcaza, controlándolo para que no chocara con ésta. Sin embargo, las embarcaciones se rozaron unas cuantas veces con un fuerte ruido metálico.

—¡Tú, inutiliza la lancha neumática! —ordenó Tong a uno de los tipos de las hachas—. ¡Los demás, al barco! ¡Deprisa!

El individuo se acercó a la Zodiac de la NUMA que estaba amarrada en la cubierta de proa por si alguien necesitaba desembarcar y le asestó varios hachazos haciendo que el aire escapara ruidosamente por los cortes; luego, cortó los cabos que la sujetaban y la arrojó al agua. La destrozada lancha neumática flotó unos instantes antes de que una ola la arrastrase al fondo.

Summer no llegó a presenciar todo el sabotaje porque el matón que la sujetaba la empujaba hacia la barandilla. Mil pensamientos se agolpaban en su mente. ¿Debía arriesgarse a luchar teniendo una navaja en la garganta? ¿Qué podía hacer para ayudar a Dirk y a Jack? ¿Tenía alguna esperanza si subía al barco perforador? Todas las preguntas conducían rápidamente a un mal final. Sin embargo, había una pequeña oportunidad, pensó, que era lograr llegar al agua. A pesar de tener las manos atadas, para ella no sería difícil ganar nadando a aquellos matones. Si lograba saltar al mar, podría bucear sin problema hasta el otro lado de la barcaza. Quizá eso fuera suficiente para que la dejaran en paz. Quizá así podría ayudar a subir a bordo a Jack y a Dirk y enfrentarse a aquella gente. Eso, suponiendo que estuvieran bien.

Summer fingió no ofrecer resistencia y siguió a su captor mientras subían al pasamanos para izarse a bordo del barco perforador. El hombre del cuchillo la empujó por los codos para subir, y uno de los hombres del barco se arrodilló y le tendió la mano para tirar de ella. Summer levantó los brazos pero fingió que resbalaba antes de poder aferrarse a la mano del hombre al tiempo que propinaba una patada en plena cara al hombre del cuchillo. Por el siniestro crujido supo que le había partido la nariz; sin embargo, no se volvió para ver el chorro de sangre que brotaba de sus fosas nasales, sino que se lanzó de cabeza a la estrecha franja de agua que separaba ambas embarcaciones.

Quedó suspendida en el aire una fracción de segundo, esperando el fresco contacto con el mar. Un contacto que no se produjo.

Un par de manos que parecieron surgir de la nada aparecieron por encima del pasamanos y la sujetaron por la camiseta y el fondillo del pantalón corto. En lugar de caer verticalmente, se vio arrojada de costado y se golpeó con la barandilla antes de caer violentamente en la cubierta de la barcaza. Apenas había aterrizado cuando las mismas manos la obligaron a ponerse de pie. Eran las manos de Tong, que mostraba una fuerza insospechada tratándose de un hombre que era un palmo más bajo que

ella.

—Vas a subir a bordo —le espetó.

El puñetazo le llegó por la izquierda; Summer reaccionó una fracción de segundo tarde para poder esquivarlo. El puño de Tong la alcanzó en un lado de la mandíbula y la hizo caer de rodillas. Un montón de estrellas danzaron ante sus ojos, pero no perdió el sentido. Medio atontada, fue izada a bordo del buque perforador y llevada a rastras por la cubierta, donde la encerraron en un pequeño cuarto-almacén situado detrás de la cabina del timón.

Allí se acurrucó encima de un rollo de cabo. La cabeza le daba vueltas y acabó vomitando en un cubo cercano. Al cabo de un momento empezó a sentirse mejor y se puso en pie para asomarse al pequeño ojo de buey. Mientras respiraba el aire fresco su visión se fue aclarando y pudo ver que el barco perforador se había situado en la ensenada en la misma posición que había ocupado la barcaza.

La barcaza. Estiró el cuello hasta que al fin vio su silueta marrón, flotando a la deriva en el mar, a más de una milla. Aguzó la vista para intentar divisar alguna señal de Dirk y Jack a bordo, pero no los vio por ninguna parte.

La vacía barcaza se alejaba mar adentro sin ellos.

Dirk había empezado a notar doloridos los brazos. Debía luchar con el aspirador contra el invisible empuje de las aguas que lo rodeaban. A pesar de que Dahlgren lo había sustituido en la tarea unas cuantas veces, llevaba más de una hora cargando con el tubo presurizado. La corriente de la marea de reflujo, cada vez más intensa y que empujaba mar adentro a casi dos nudos de velocidad, hacía el trabajo mucho más extenuante. En el fondo, la corriente era menos apreciable, pero sostener el aspirador por encima del pecio era como sujetar el mástil de una bandera en pleno vendaval.

Dirk miró la hora en su reloj de inmersión mientras forcejeaba con el aspirador para levantarlo unos centímetros. Solo faltaban quince minutos para el cambio de turno. Luego, haría un descanso en su monótono trabajo. Habían progresado menos de lo que esperaban; no obstante, la zona que habían logrado despejar era de unos dos metros cuadrados. La incrustada pieza de madera era gruesa pero plana, como correspondía a la forma del timón de un barco. Lo único sorprendente era su tamaño. Las sondas de Dahlgren habían delimitado un objeto de casi seis metros de largo, lo cual suponía unas dimensiones enormes para el timón de un barco de vela.

Siguiendo la ascensión de sus burbujas hacia la superficie, contempló nuevamente los bajos del barco que se había situado junto a la barcaza. Él y Dahlgren habían escuchado el rumor de sus máquinas bajo el agua cuando se había acercado y habían visto con curiosidad cómo se colocaba imprudentemente junto a la barcaza. Luego vieron la puesta en marcha de los impulsores de estabilización y comprobaron, no sin alivio, que ningún loco iba a echarles un ancla encima. Dirk pensó que se trataba de una nueva expedición de equipos de filmación de documentales. Sin duda de un momento a otro tendrían encima una legión de cámaras submarinos. ¡Hurra!, se dijo sarcásticamente.

Alejó aquellos pensamientos y se concentró en manejar el aspirador en la fina arena. Empujó la boca hacia un montículo y vio que el aparato no la aspiraba. Entonces reparó en que habían cesado la vibración y el ruido de succión del aire comprimido. Summer debía de haber desconectado el aspirador, lo cual significaba que o bien les estaba indicando que volvieran a la barcaza por alguna razón o bien que el compresor se había quedado sin combustible. Antes de emerger decidió esperar un par de minutos a ver si Summer volvía a poner en marcha el motor.

A unos metros de distancia, Dahlgren seguía hundiendo su sonda en la arena. Por el rabillo del ojo, Dirk vio que, de repente, se levantaba del fondo; pero algo en el movimiento de su amigo hizo que Dirk volviera la cabeza para confirmar si su instinto no le engañaba. Dahlgren había soltado la sonda y se había llevado las manos a la escafandra y al conducto del aire mientras sus piernas se agitaban por encima del fondo.

Dirk se dio cuenta de que su amigo parecía una marioneta, pero no tuvo tiempo de reaccionar porque el aspirador se soltó de sus manos y empezó a desplazarse por el agua hacia Dahlgren. Dirk alzó la vista justo a tiempo de ver que su propio conducto de aire se tensaba en el agua y tiraba de él haciéndolo subir.

—¡Qué demonios...! —masculló dentro de la escafandra, pero las palabras se ahogaron cuando intentó respirar.

Inhaló una pequeña bocanada, pero sin resultado. El compresor que abastecía los conductos del aire también había sido desconectado. Al igual que su amigo, sujetó el conducto del aire para controlar sus movimientos y evitar que la conexión del tubo con la escafandra se rompiera. Cerca de él, el aspirador oscilaba en el agua como un péndulo enloquecido; le golpeó en la pierna antes de rebotar en otra dirección. Sin aire, zarandeado como una marioneta y golpeado por el aspirador, Dirk se enfrentaba a unas agresiones sensoriales que habrían sumido en el pánico a cualquier otra persona. De ahí a ahogarse no había más que un paso.

Pero Dirk no se dejó llevar por el pánico. Había pasado buena parte de su vida haciendo inmersiones, y los fallos técnicos bajo el agua no eran nada nuevo para él. Muchas veces se había encontrado con una botella vacía en aguas poco profundas. La clave para sobrevivir a una emergencia bajo el mar, se dijo, era no perder la calma y pensar con lógica.

El aire era lo primordial. Su instinto lo llevaba a nadar hacia la superficie, pero no iba a ser necesario. Siempre que trabajaban conectados a un conducto de aire que lo suministraba desde la superficie, los buceadores llevaban una pequeña botella de aire de emergencia. Apenas más grande que un termo, la llamada «tanque-pony» proporcionaba respiración para unos diez minutos. Dirk soltó una mano del conducto del aire y se la llevó bajo el brazo izquierdo, donde la botella de emergencia se hallaba sujeta al chaleco de flotación. Abrió la válvula y enseguida pudo respirar a través del regulador. Con un par de bocanadas notó que los latidos de su corazón recuperaban el ritmo normal.

Sus pensamientos fueron entonces para Dahlgren, que seguía aferrándose al conducto de aire que compartían. A unos nueve metros de distancia, vio que de su escafandra surgía un chorro de burbujas y supo que también él había conectado la botella de emergencia; pero el aspirador se le había acercado y daba vueltas en el agua justo tras él. El aparato estaba siendo arrastrado por el flexible tubo del aire que se conectaba en la barcaza creando un sistema de arrastre que actuaba igual que una goma elástica. El conducto se estiraba ante la resistencia del tubo lleno de agua y volvía a recuperar su longitud original lanzando el aspirador atado a él como un tirachinas. Dirk vio que el tubo se tensaba a espaldas de Dahlgren y agitó los brazos para llamar la atención de su amigo. El texano se hallaba ocupado con su propio conducto del aire y no vio ni el aviso de Dirk ni el aspirador que se precipitaba hacia

él. Décimas de segundo después, el aparato salía despedido hacia Dahlgren. Para espanto de Dirk, el tubo salió disparado como una flecha y golpeó a Dahlgren en la nuca, justo por debajo de la escafandra. El cuerpo del submarinista flotó inerte mientras el aspirador se alejaba dando vueltas.

Dirk se maldijo a sí mismo mientras su corazón se aceleraba. Vio que el fondo marino se hundía bajo ellos y que estaban siendo arrastrados con más fuerza por el agua. En la superficie, la brisa marina se había unido a la corriente de la marea y empujaba a la maciza barcaza a una velocidad de cuatro nudos. Bajo las olas, un indignado Dirk se preguntó por qué demonios la embarcación derivaba y dónde estaba Summer. Luego, se volvió hacia Dahlgren. Por el momento ni siquiera pensó en emerger. Antes tenía que llegar hasta su amigo y asegurarse de que todavía respiraba.

Con frenética determinación, Dirk empezó a remontar el conducto del aire para acercarse al texano. Sus fatigados brazos le dolían a cada tirón, y su esfuerzo se veía multiplicado por los quince kilos de peso que llevaba en la cintura. Sin embargo, no estaba dispuesto a desprenderse del cinturón porque éste le permitía flotar a la misma profundidad que Dahlgren.

Arrastrándose a lo largo del conducto del aire como un alpinista submarino por una cuerda, había llegado a tres metros de su amigo cuando su enemigo reapareció. El oscilante aspirador se le acercó y pasó a un metro de distancia. El gran tubo giró hacia Dahlgren, se estiró y rebotó en la dirección contraria. Esta vez, Dirk alargó el brazo y lo sujetó cuando pasaba. El pesado tubo lleno de agua estuvo a punto de arrancarle las aletas cuando se puso a horcajadas sobre él. Montando el tubo como si fuera un potro salvaje, se arrastró hasta donde estaba unido al grueso tubo de goma. Desenfundó en cuchillo que llevaba sujeto a la pierna, agarró el tubo con una mano y empezó a cortarlo con la otra. El aspirador se agitó violentamente mientras él ahondaba el corte hasta que, finalmente, el aparato se soltó y se hundió en las profundidades después de que Dirk lo soltara y se despidiera de él con una patada.

Por fin libre del descontrolado artefacto, Dirk volvió su atención a Dahlgren. Su lucha con el aspirador le había hecho perder el contacto con su amigo, que en esos momentos se encontraba nuevamente a unos diez metros de distancia. Arrastrado por el conducto del aire, el texano parecía un muñeco roto. A pesar de sus doloridos brazos, Dirk volvió a trepar por el tubo, acercándose metro a metro hasta que llegó a la altura de su amigo. Se ató entonces su propio conducto a la cintura y nadó hasta él hasta que pudo agarrarse a su chaleco de flotación y mirar en su escafandra.

Dahlgren estaba inconsciente y con los ojos cerrados; a pesar de todo, seguía respirando levemente, como atestiguaba el hilo de burbujas que surgía de su regulador cada pocos segundos. Sujetando a Dahlgren con una mano, Dirk se desabrochó el cinturón de plomos y activó el sistema de inflado de su chaleco de

inmersión. El poco aire que le quedaba en la botella de emergencia fue a parar al chaleco; consiguió llenarlo a medias antes de que se vaciase la botella. Fue suficiente para impulsarlos a la superficie, ayudados por el vigoroso pataleo de las aletas de Dirk.

Apenas asomaron fuera del agua, se vieron sumergidos nuevamente, arrastrados bajo las olas como un esquiador que no suelta la cuerda. Volvieron a salir y a hundirse nuevamente; el movimiento siguió repitiéndose. Mientras oscilaban igual que un par de corchos, Dirk soltó los plomos de Dahlgren y consiguió quitarse la escafandra. Luego, inhalando profundamente cada vez que salía a la superficie y cogiendo el tubo de inflado manual del chaleco de su amigo, lo fue hinchando bocanada a bocanada. Al poco, lo tenía totalmente inflado; eso ayudó a reducir la frecuencia de sus inmersiones.

Temeroso de que el texano pudiera lesionarse en la cabeza por el tirón del conducto de aire, Dirk recuperó unos centímetros del tubo y lo ató al chaleco de Dahlgren. Mientras el conducto aguantase, tiraría de él por la cintura.

Con su amigo prácticamente flotando a salvo, Dirk lo soltó y volvió a cogerse a su conducto. Tenía que lograr subir a la barcaza. Fue recuperando metro a metro hacia la embarcación que seguía navegando a la deriva. Tenía por delante más de doce metros de conducto de aire y ya estaba bastante cansado por el rato pasado en el agua. Con sus disminuidas fuerzas, sus progresos se redujeron a unos pocos centímetros cada vez; tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para olvidarse del dolor de los brazos y luchar contra la tentación de soltarse. Poco a poco fue avanzando hacia la barcaza.

Fue entonces cuando miró hacia la embarcación por primera vez, esperando ver a Summer en la barandilla. Sin embargo, no había rastro de ella ni de nadie más en la despejada cubierta. Dirk sabía que su hermana nunca lo abandonaría por propia voluntad. Algo tenía que haber ocurrido tras la llegada de aquel barco; a Dirk le inquietaron las posibilidades. Lo invadió una renovada sensación de urgencia combinada con furia que lo empujó a lo largo de los últimos metros de conducto.

Cuando alcanzó el costado de la barcaza, se encaramó trabajosamente por encima de la borda y se dejó caer en cubierta. Allí se permitió unos segundos de descanso antes de quitarse el resto del equipo de inmersión y buscar a Summer con la mirada mientras gritaba su nombre. Cuando el silencio fue toda la respuesta que recibió, se dio la vuelta y empezó a recuperar el conducto de Dahlgren para subir a su amigo a la embarcación. El texano desapareció varios segundos bajo el agua, empujado por las olas, pero recobró el conocimiento y empezó a bracear y a patalear en un vano intento de propulsarse hacia delante. Con los brazos a punto de decirle «basta», Dirk consiguió acercarlo a la barcaza y atar el tubo de aire en una cornamusa de cubierta. Luego, se agachó por la borda, agarró a Dahlgren por el chaleco y lo izó a bordo.

El texano rodó por la cubierta y se sentó, medio aturdido. Se quitó torpemente la escafandra y miró a Dirk con ojos enrojecidos mientras hacía una mueca de dolor al tocarse el chichón de la nuca.

—¿Qué demonios ha pasado ahí abajo? —preguntó con voz pastosa.

—¿Antes o después de que el maldito aspirador utilizara tu cabeza para hacer prácticas de bateo?

—Así que fue ese maldito cacharro lo que me golpeó, ¿eh? Recuerdo que estaba en el fondo cuando algo tiró de mí hacia arriba y me quedé sin aire. Había conectado mi botella de seguridad y me disponía a subir a la superficie cuando todo quedó a oscuras.

—Por suerte conseguiste conectar tu botella de emergencia, porque tardé un buen rato en deshacerme del aspirador y subirme a la superficie mientras nos arrastraban los conductos del aire.

—Gracias por no haberme dejado atrás —dijo el texano—. Y Summer, ¿dónde está? ¿Y por qué nos hallamos a más de veinte millas de la costa? —preguntó fijándose en la abrupta costa hawaiana que se perdía en el horizonte.

—No tengo ni idea —contestó Dirk, solemnemente.

Mientras Dahlgren descansaba, se dirigió a la toldilla y buscó por toda la barcaza algún rastro que pudiera explicar la desaparición de su hermana. Cuando regresó, Dahlgren comprendió por la expresión de sus ojos que las noticias no eran buenas.

—La radio ha desaparecido. La Zodiac ha desaparecido. El generador no está, y todos los fondeos han sido cortados a la altura de cubierta.

—Y navegamos a la deriva hacia China. ¿Quiénes pueden haber sido? ¿Piratas de Hawai?

—O buscadores de tesoros que creían que teníamos un barco lleno de oro.

Dirk miró fijamente hacia la isla. Ya no podía divisar la ensenada, pero sabía que el barco seguía allí.

—¿Crees que fue el buque que oímos llegar? —preguntó Dahlgren, cuya borrosa visión le impedía ver bien.

—Sí.

—Entonces, Summer tiene que estar a bordo.

Dirk asintió en silencio. Si su hermana estaba en el barco, quizá estuviera a salvo. Era la esperanza que tenía. Pero la esperanza la perdía minuto a minuto a medida que se iban alejando de tierra. Tenían que ayudarse a sí mismos antes de poder ayudar a Summer. Navegaban a la deriva en una barcaza sin gobierno, en pleno Pacífico, y podían transcurrir semanas antes de que vieran pasar cerca un barco. La única esperanza, pensó Dirk sombríamente mientras veía cómo la isla disminuía de tamaño en el horizonte, era encontrar un medio de regresar rápidamente a tierra.

El último lugar del mundo donde Rudi Gunn deseaba estar era en la parte trasera de un camión ruso, dando saltos por un camino de tierra; pero allí era exactamente donde se hallaba. La espalda, el culo, las piernas... Todo le dolía por culpa del incesante traqueteo. Cada vez que un bache o una grieta del camino le hacían castañetear los dientes se convencía un poco más de que el fabricante se había olvidado de montar amortiguadores en el vehículo.

—La suspensión de este trasto debe de haberla diseñado el marqués de Sade —protestó cuando dieron un tumbo al pasar sobre un bache.

—Relájate —le recomendó Giordino con una sonrisa desde detrás del volante—. Ésta es la parte buena de la autopista.

Gunn palideció aún más al ver que la autopista consistía en un par de huellas de neumáticos que surcaban la alta hierba de la estepa. Llevaban desde el mediodía dando saltos por el campo, camino de Xanadú, el palacio y las instalaciones de Borjin. No tenían más remedio que confiar en la memoria de Pitt y de Giordino para hallar la ruta, y en más de una ocasión se habían visto obligados a adivinar cuál de los cientos de caminos debían seguir de entre los que cruzaban aquellos parajes de ondulantes colinas. Unas marcas que les resultaron familiares les confirmaron que se hallaban en el buen camino mientras se aproximaban a la pequeña sierra montañosa situada hacia el sudeste, que sabían que albergaba la propiedad.

—Otras dos horas, Rudi, y tus problemas habrán acabado —dijo Pitt calculando la distancia a través del parabrisas.

Gunn meneó la cabeza en silencio mientras le invadía la clara sensación de que sus problemas no habían hecho más que empezar. Una nueva llamada de Hiram Yaeger antes de que partieran de Ulan Bator había añadido un nuevo sentido de urgencia y gravedad a la misión que tenían entre manos. La revelación de que una larga serie de terremotos habían tenido lugar en Mongolia resultaba imposible de omitir.

—Estamos apenas arañando la superficie, en un intento de establecer una relación —había dicho Yaeger con voz cansada—, pero al menos sabemos a ciencia cierta lo siguiente: una serie de terremotos han sacudido distintas zonas del centro y el norte de Mongolia y también a lo largo de una zona dispersa por la frontera sur con China. Todos ellos son únicos y se apartan de lo habitual en la medida en que sus epicentros estaban cerca de la superficie. En su mayoría fueron de intensidad moderada, si los medimos según la escala de Richter; sin embargo, todos produjeron ondas de alta intensidad que pueden ser sumamente destructivas. El doctor McCammon ha descubierto que las ondas que precedieron absolutamente todos los terremotos fueron de una intensidad uniforme, lo cual no cuadra con un terremoto originado por causas

naturales.

—Eso quiere decir que crees que alguna intervención humana ha inducido esos terremotos, ¿no? —preguntó Pitt.

—Por improbable que parezca, eso es lo que indican los datos sismológicos.

—Sé que las perforaciones petrolíferas provocan, a veces, terremotos y que los ensayos de explosiones nucleares en el subsuelo también están relacionados. Recuerdo que cuando el viejo Arsenal de Rocky Fíats, cerca de Denver, empezó a inyectar aguas contaminadas en el terreno, hubo diversos terremotos que afectaron la zona. ¿Has conseguido determinar si en algún lugar se estaban desarrollando trabajos de perforación a gran escala o si el poderoso vecino del sur andaba realizando pruebas nucleares en la zona?

—Por lo que hemos podido determinar, los epicentros de la zona norte del país se han ubicado en una región montañosa al este de Ulan Bator, una zona remota y escarpada. Además, según Max, un terremoto inducido por la actividad perforadora no mostraría la misma uniformidad en las ondas previas. En cuanto a los temblores de la zona sur, si se hubiera tratado de pruebas nucleares se habría reflejado en los perfiles sísmicos.

—Entonces, déjame que adivine y diga que todo esto nos lleva al difunto doctor Von Wachter.

—Que alguien dé un premio a este hombre —dijo Yaeger—. Cuando Max nos contó que Von Wachter había muerto en un corrimiento de tierras en los montes Jentii, situados al este de Ulan Bator, se encendió la luz roja. Era demasiada coincidencia, por lo que llegamos a la conclusión de que su artefacto acústico o algo derivado de su tecnología tenía que ver con los terremotos.

—Eso no me parece posible —objetó Gunn—. Haría falta una terrible onda de choque para desencadenar un terremoto.

—Ésa es la impresión general —contestó Yaeger—; pero el doctor McCammon, junto con Max y otros sismólogos, han desarrollado su propia teoría sobre eso. Hemos hablado con un colega de Von Wachter a quien el doctor había hablado de su éxito con su tecnología de imagen reflejada. Según parece, el secreto de su técnica radicaba en su capacidad para condensar y empaquetar las ondas acústicas lanzadas al subsuelo. Normalmente, las ondas de sonido que se transmiten se convierten en algo parecido a los guijarros que lanzamos a un estanque; lanzan ondas en todas direcciones. Von Wachter desarrolló un sistema para unir esas ondas de modo que permanecieran concentradas en una banda muy estrecha mientras penetraban en la tierra. Por lo visto, las ondas resultantes que se reflejan en la superficie producen unas imágenes muy nítidas y mucho mejores que cualquier otra tecnología. Al menos eso fue lo que nos dijo el colega.

—Vale, pero ¿cómo pasas de una imagen sísmica a un terremoto? —insistió

Gunn.

—Mediante dos actos de fe. El primero sería asumir que el sistema de Von Wachter produce unas imágenes tan detalladas que son capaces de identificar fallas subterráneas activas y líneas de falla. En cualquier caso, esto no requiere un gran despliegue de imaginación ya que, con las técnicas que conocemos, las fallas se pueden detectar si no son muy profundas.

—De acuerdo —replicó Gunn—. Demos por hecho que el aparato de Von Wachter puede localizar con gran precisión fallas activas bajo la superficie. Aun así, habría que alterar esos puntos de presión de algún modo, taladrando o mediante explosivos, pongamos por caso, para conseguir provocar una ruptura en la falla y el consiguiente terremoto.

—Aquí llega el segundo acto de fe. Tienes razón en que habría que activar la falla de algún modo para que allí se produjera un terremoto. Sin embargo, una onda sísmica es una onda sísmica. A la falla no le importa si proviene de una explosión o de...

—... o de un estallido acústico —intervino Pitt acabando la frase de Yaeger en su lugar—. Tiene sentido. Esa bocina en forma de trípode de tres metros es un transductor que genera un estallido acústico. Por su tamaño y el del sistema de alimentación que lo acompaña, yo diría que debe de ser capaz de provocar una verdadera explosión acústica.

»Si esa explosión va dirigida contra una línea de falla, las vibraciones resultantes de las ondas sísmicas podrían provocar una fractura de la falla y un terremoto al instante. Ya sé que no es más que una teoría, pero parece que McCammon y Max están de acuerdo en que puede funcionar. Quizá la tecnología que Von Wachter puso a punto no tenía este objetivo, sino que fue algo que se descubrió como efecto colateral.

»Sea como sea, ahora está en manos de Borjin, y nosotros debemos asumir que posee la tecnología y la capacidad de utilizarla.

—La verdad es que tú ya has visto los efectos de cerca —dijo Yaeger—. Uno de los terremotos que encaja con el perfil es el del lago Baikal. Puede que provocara accidentalmente el corrimiento de tierras subterráneo que creó la ola seca que estuvo a punto de matarte. En estos momentos sospechamos que el verdadero objetivo era un oleoducto que discurre por la orilla norte del lago y que lograron reventar.

—Eso explicaría por qué intentaron hundir el *Vereshcbagin* y destruir nuestros ordenadores. Nosotros le hablamos a Tatiana, la hermana de Borjin, de nuestros estudios *sísmicos* del lago. Sin duda debió de sospechar que nuestros equipos detectarían las señales de origen humano que precedían al terremoto —concluyó Giordino.

—Señales de las que nosotros habríamos podido rastrear el origen hasta cierto

barco llamado *Primorski*, que se hallaba en el lago.

—¿Quieres decir que ya entonces estaban dando un uso destructivo a esa tecnología? —preguntó Gunn.

—Es peor de lo que crees. Desconocemos el propósito y la motivación que hay detrás de los terremotos de Mongolia y China. Pero las Características de esos temblores se corresponden exactamente con los del golfo Pérsico que han destrozado las instalaciones exportadoras de crudo de la región.

Los hombres reunidos en el hotel se quedaron estupefactos. Que existiera una tecnología capaz de provocar terremotos resultaba increíble, pero aún lo era más que alguien la estuviera utilizando para desencadenar un colapso económico global y que todas las pistas señalaran al misterioso magnate que vivía medio oculto en las montañas de Mongolia. Pitt estaba empezando a deducir las maniobras de engaño y destrucción puestas en marcha por Borjin. Gracias a su descubrimiento de los yacimientos de crudo de Mongolia Interior se estaba situando para convertirse en el rey del petróleo de Asia Oriental. Sin embargo, Pitt dudaba que sus ambiciones se quedaran ahí.

—¿Habéis pasado estas informaciones a las autoridades? —preguntó Pitt.

—Me he puesto en contacto con el vicepresidente Sandecker y he concertado una entrevista con él. El viejo quiere ver algo concreto. Prometió que el presidente convocaría una reunión del Consejo de Seguridad Nacional si se demuestra que los hechos requieren una acción inmediata. Le hablé de tu intervención y me pidió que aportaras pruebas de que los terremotos están directamente relacionados con Borjin.

El almirante James Sandecker, convertido en el vicepresidente Sandecker, había sido el jefe de Pitt en la NUMA y seguía manteniendo un estrecho contacto con éste y con el personal de la agencia.

—Las pruebas —contestó Pitt— están en el laboratorio que Borjin tiene en sus instalaciones. Allí tiene uno de esos artefactos acústicos, aunque no creo que sea el mismo que utilizó en el Baikal.

—Quizá el aparato del Baikal fue enviado por avión al golfo Pérsico. Creo que es razonable suponer que al menos hay dos de esos aparatos dando vueltas por ahí —dijo Yaeger.

—Tres son una suposición aún mejor. Creo que los temblores del Baikal y el golfo Pérsico demuestran que pueden hacer funcionar ese aparato desde un barco.

—Sí, los epicentros de los tres seísmos estaban bajo el agua.

—Y diría que los barcos son el nexo de unión —comentó Pitt—. El navío que vimos en el lago tenía una abertura en la bodega y cargaba con una torre de perforación en la cubierta de popa. Podrías empezar a investigar la presencia de un barco similar a ése en aguas del golfo coincidiendo con los terremotos.

—La idea de que sean capaces de provocar terremotos donde les apetezca resulta

aterradora —dijo Yaeger—. Creo que deberíais tener cuidado, chicos; no sé si el vicepresidente puede prestaros su ayuda en un lugar tan remoto como Mongolia.

—Gracias, Hiram. Tú ocúpate de rastrear esos barcos y nosotros nos encargaremos de desenmascarar a Borjin.

Pitt no esperó a escuchar el resultado de la entrevista de Yaeger con Sandecker porque sabía que poco se podía hacer con carácter inmediato. Aunque los vínculos de cooperación entre Mongolia y Estados Unidos se estrechaban día a día, podían tardar días y hasta semanas en lograr una intervención gubernamental. Por otra parte, incluso en el mejor de los casos, las pruebas contra Borjin eran solo circunstanciales.

Con las vidas de Theresa y Wofford pendientes de un hilo, Pitt esbozó con Giordino y Gunn un plan para infiltrarse en Xanadú y partieron hacia allí. Desde luego, Borjin no esperaba visitas. Con bastante sigilo y gran cantidad de buena suerte quizá lograrían liberar a Theresa y a Wofford y escapar de allí con las pruebas suficientes para incriminar a Borjin.

El polvoriento camión coronó una loma, y Giordino frenó cuando llegaron a un camino lateral cuya entrada indicaba que conducía al refugio de Borjin.

—El camino a Xanadú —comentó Giordino.

—Esperemos encontrar poco tráfico hoy en sentido contrario —dijo Pitt con expresión adusta.

El anochecer estaba cerca, y Pitt supuso que no era probable que nadie saliera del recinto a una hora tan avanzada del día y teniendo por delante un trayecto de cuatro horas hasta Ulan Bator. Seguía existiendo el riesgo de que una de las patrullas a caballo de Borjin hiciera su ronda más allá de las murallas del recinto, pero no podían hacer nada por evitarlo.

Giordino se metió por el camino y lo siguió mientras se adentraba en el corazón de la sierra. Tras llegar a lo alto de una cresta, Giordino aminoró al ver que un río aparecía junto a la carretera. Una tormenta de verano particularmente intensa acababa de descargar, y la corriente bajaba con fuerza. Tras días de no ver más que caminos polvorientos, a Giordino le sorprendió encontrar uno embarrado por culpa de las lluvias recientes.

—Si la memoria no me engaña, el recinto se encuentra a unos tres kilómetros de donde el río aparece por primera vez —comentó el italiano.

—Es el acueducto lo que tenemos que vigilar —advirtió Pitt.

Giordino siguió conduciendo despacio, mientras todos mantenían los ojos bien abiertos en busca del acueducto y de posibles patrullas de vigilancia. Al cabo de un rato, Pitt divisó por fin una gran tubería que salía del río y que desembocaba en el acueducto de hormigón. Era la señal que buscaban; les indicaba que se encontraban a menos de un kilómetro del recinto.

Giordino vio un claro al borde del camino. Metió el camión en él, lo aparcó entre

unos abetos y apagó el motor. El sucio y embarrado vehículo quedó perfectamente camuflado con el entorno; habría hecho falta una vista muy penetrante para localizarlo desde el camino.

Gunn miró nerviosamente su reloj y vio que faltaba poco para las ocho de la noche.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Pitt sacó un termo y sirvió a todos un poco de café.

—Ahora nos quedaremos tranquilamente esperando a que oscurezca —contestó bebiendo el caliente líquido—, y sea la hora de que salgan los hombres del saco.

La brisa tropical soplaba con fuerza sobre la barcaza mientras Dirk y Dahlgren se quitaban sus trajes de buzo y el cansancio de encima y se aprestaban a encontrar el medio de regresar a tierra.

—Este trasto es muy poco marinero para que podamos navegar con él... y eso suponiendo que tuviéramos un mástil y una vela para intentarlo —dijo Dahlgren.

—Y no los tenemos —contestó Dirk—. Vayamos antes a lo primero. Veamos si al menos podemos aminorar la velocidad de deriva.

—¿Cómo? ¿Con un ancla marina?

—En eso mismo estaba pensando —dijo Dirk yendo hacia uno de los compresores.

—Vaya, me parece una ancla un poco cara —comentó Dahlgren mientras iba reuniendo trozos de cabo de fondeo.

Improvisaron un cabo de unos diez metros que ataron al compresor por un extremo y sujetaron a una bita de popa por el otro. Luego, levantaron entre los dos el compresor y lo dejaron caer por la borda. Colgando bajo la superficie, la pesada máquina actuaría como una improvisada ancla marina y frenaría parcialmente la deriva provocada por el viento.

—Bien —bromeó el texano—. Además, un mordisco a ese trasto mantendrá alejados a los tiburones.

—Ese será el menor de nuestros problemas —repuso Dirk escrutando el horizonte en busca de algún barco al que pudieran hacer señales; sin embargo, las aguas al sudoeste de la cadena de islas de Hawai estaban desiertas.

—Parece que estamos solos.

Los dos hombres volvieron su atención a los equipos que había a bordo de la barcaza. Sin la Zodiac no tenían modo de abandonar la embarcación y dirigirse a tierra. Todo lo que quedaba a bordo era un segundo compresor, una bomba de agua, material de inmersión, algo de comida y ropa.

Dahlgren dio un golpecito con los nudillos en los maderos que sostenían la toldilla.

—Quizá podríamos construir una balsa con esto. Tenemos herramientas y cabo suficiente.

Dirk sopesó la idea con escaso entusiasmo.

—Tardaríamos todo el día en construirla, y creo que lo pasaríamos mal intentando navegar contra la corriente y el viento. Creo que nos irá mejor si nos quedamos donde estamos y esperamos a que pase un barco.

—Solo estaba pensando en el modo de llegar hasta Summer.

La misma idea ocupaba la mente de Dirk. No se trataba de sobrevivir, porque a

bordo tenían agua y comida de sobra. Cuando el *Mariana Explorer* regresara a la ensenada y viera que la barcaza no estaba, pondría en marcha una operación de búsqueda y rescate. Dirk estaba seguro de que los encontrarían antes de una semana. Pero ¿de cuánto tiempo disponía Summer?

Solo de pensarlo se sintió enfermo de miedo y se preguntó qué clase de gente era la que la había secuestrado. Maldijo su situación, allí sentados, impotentes, yendo a la deriva y alejándose de tierra. Mientras paseaba arriba y abajo por la barcaza se fijó en la tabla de surf de su hermana atada en el techo de la toldilla y sintió una punzada de desamparo. Tenía que haber algo que pudieran hacer.

Entonces se le ocurrió. Lo tenía delante de los ojos, o quizá había sido Summer que le había enviado la respuesta.

Una expresión de certidumbre le iluminó los ojos cuando se volvió hacia Dahlgren.

—Una balsa no, Jack —dijo con una confiada sonrisa—, pero sí un catamarán.

La gaviota gris aleteó para alzarse de la superficie del mar y soltó un graznido de protesta por haber estado a punto de ser arrollada. Mientras daba vueltas en lo alto, el pájaro observó con desconfianza la embarcación que se deslizaba por la superficie. Nunca había visto nada parecido, y lo mismo habría opinado cualquier humano de haber estado en su lugar.

La idea de Dirk había sido construir un catamarán con su tabla de surf y la de Summer, y entre él y Jack habían convertido esa idea en un diseño realizable. Las dos planchas hacían perfectamente el papel de dos flotadores, y Dahlgren había tenido la idea de utilizar el armazón de los camastros para unirlos como secciones transversales. Libres de sus lonas, unieron los tubos de aluminio a las planchas con cuerdas y sellaron sus extremos con cinta adhesiva por seguridad.

—Si pudiéramos taladrar un agujero en las planchas podríamos pasar un cabo y unir las para evitar que cada una salga volando en una dirección distinta si nos embiste una ola de cara —propuso Dahlgren.

—¿Estás loco? Estas planchas son unas Greg Noli auténticas. ¡Summer nos mataría si le estropeáramos su querida tabla!

Con el tercer camastro construyeron un mástil que aferraron con una improvisada jarcia, y las lonas les sirvieron para confeccionar una vela. En menos de dos horas habían conseguido tener lista una versión rústica y en pequeño de un catamarán.

—Yo no me apuntaría con esto a la Sydney-Hobart, pero creo que bastará para llevarnos de vuelta a la isla —declaró Dirk, admirando el resultado final.

—Desde luego —convino Dahlgren—. Horriblemente feo, pero perfectamente funcional; debe de encantarte.

Los dos hombres volvieron a ponerse los trajes de neopreno, ataron al mástil una bolsa con agua y comida y botaron la embarcación. Luego, subieron a ella con mucha

precaución y comprobaron su estabilidad y flotabilidad antes de soltar la amarra de la barcaza. El catamarán se alejó rápidamente cuando Dirk y Jack nadaron con las piernas para situarlo en un buen ángulo de viento. Dirk cazó entonces la escota de la improvisada mayor y la ató al travesano de popa. Para su sorpresa, la frágil embarcación saltó hacia delante sobre las olas impulsada por su extraña vela rectangular.

Los dos amigos permanecieron cada uno encima de una tabla hasta que estuvieron seguros de que los armazones de los catres aguantaban. Su trabajo con los cabos había sido bueno, y las dos planchas afrontaban las olas como una sola pieza mientras que los travesanos de aluminio no parecían moverse. A pesar de que se sentaron en las tablas, tanto Dirk como Jack recibían el embate de las olas.

—Es como hacer esquí acuático sentado en una mecedora —dijo Dahlgren con una sonrisa mientras una ola les pasaba por encima.

El pequeño catamarán aguantó la navegación y siguió deslizándose rápidamente, manteniendo el rumbo en parte gracias a la pala que Dirk había fijado en el travesano de popa y que hacía las veces de timón. De todas maneras, su capacidad de maniobra era reducida, y mantuvieron el rumbo durante más de una hora antes de hacer el primer bordo.

—¡Oye, colega, puede que tengas que replantearte lo de la Sydney-Hobart! —gritó Dahlgren entusiasmado—. Este cacharro navega de maravilla.

—Es verdad, pero hay que llevar un traje de buceo para poder navegar con él.

Ambos estaban maravillados por la espartana eficacia de la embarcación, y no pasó mucho rato antes de que perdieran de vista la barcaza al tiempo que la isla parecía agrandarse en el horizonte. Mientras se acomodaban a la navegación, los pensamientos de Pitt volvieron a Summer. Como hermanos gemelos que eran, compartían un vínculo que normalmente los hermanos no llegan a experimentar. Casi podía notar su presencia y sabía con plena certeza que ella seguía con vida. «Aguanta —le dijo mentalmente—. La ayuda está en camino».

Las oscuras laderas de lava del Mauna Loa brillaban con reflejos de color púrpura a la luz del atardecer a medida que se acercaban a la costa sudoeste de la isla de Hawai. Aquella abrupta zona estaba prácticamente deshabitada, y los acantilados de roca volcánica eran demasiado escarpados para permitir el acceso por mar salvo en unas pocas playas de negra arena. Dahlgren enfiló hacia un promontorio rocoso situado a una milla hacia el sur que se adentraba en el océano igual que un puño.

—¿No es ése el cabo Humuhumu?

—Por lo menos lo parece —repuso Dirk intentando identificarlo en la desvaneciente claridad—. Eso significa que la bahía de Keliuli no estará lejos una vez lo hayamos doblado. Estamos llegando a la costa casi en el mismo sitio desde el que salimos.

—¡Una fantástica navegación en tabla de surf, sí señor! —dijo Dahlgren mientras escrutaba la orilla en la otra dirección—. Eso quiere decir que el lugar más próximo para ponernos en contacto con las autoridades será Milolii.

—Que se encuentra a unas seis millas.

—Un agradable paseo en catamarán, a menos que tengas ganas de ir en la dirección opuesta para hacer una visita a los simpáticos muchachos que nos enviaron a mar abierto.

Dahlgren ya sabía cuál iba a ser la respuesta de Dirk a juzgar por su mirada. Sin decir palabra dieron una bordada hacia el sudeste y se dirigieron a lo largo de la costa hacia la bahía de Keliuli.

Encerrada en el pequeño cuarto trastero, Summer languidecía a medida que la tarde transcurría a velocidad de caracol. Tras registrar infructuosamente la estancia en busca de herramientas u objetos que pudieran ayudarla a escapar, no le quedó otra opción que sentarse y preguntarse qué les habría deparado el destino a Dirk y Jack. Al final, acabó empujando una caja contra la puerta e improvisando un asiento con un cabo enrollado que le permitió sentarse con cierta comodidad y asomarse por el ojo de buey para poder ver el mar y disfrutar de la brisa en la cara.

Al cabo de un rato, detectó desde su rincón cierta actividad en la cubierta de popa. Un bote de goma fue arriado al mar, y vio que varios buzos bajaban a investigar la zona donde se hallaban los restos del barco naufragado. Al menos, se consoló pensando que no encontrarían ningún objeto de valor en la sección expuesta del pecio, que ya había sido registrada a fondo durante la excavación.

Cuando los buzos regresaron a bordo, vio y notó que el barco perforador cambiaba de posición. Luego, al ponerse el sol, volvió a reanudarse la actividad; le llegaron el sonido de voces y el ruido de una grúa en funcionamiento en la cubierta inferior. La puerta de su cuarto se abrió entonces de golpe, sobresaltándola, y apareció un matón de cuello de toro y dientes torcidos que le indicó que lo siguiera. Summer obedeció a sus empujones y no tardó en llegar al puente de mando y verse ante una mesa de cartas donde Tong, que examinaba un diagrama bajo la brillante luz de una lámpara giratoria, la miró con desprecio.

—Señorita Pitt, mis buzos me han confirmado que su excavación ha sido exhaustiva y que no nos ha mentado. El barco se encuentra efectivamente enterrado bajo lava. Queda mucho trabajo por delante para confirmar su verdadero diseño.

Esperó a oír una respuesta, pero Summer se limitó a mirarlo fríamente y alzar las manos que seguía teniendo atadas por las muñecas.

—¡Ah, sí! —exclamó Tong—. Muy bien. Creo que ya no hay ningún lugar al que pueda escapar —dijo haciendo una señal con la cabeza al matón de cuello de toro.

El sicario sacó al instante una navaja y cortó las cuerdas. Frotándose las doloridas muñecas, Summer contempló el puente a su alrededor. Cerca de las ventanas había un solitario timonel que vigilaba una pantalla de radar. El resto del puente se hallaba desierto salvo por ella y sus dos acompañantes. Tong le hizo un gesto para que tomara asiento junto a él; Summer obedeció a regañadientes.

—Sí —dijo en voz baja—. Tal como le explicamos a bordo del *Mariana Explorer*, que por cierto debe de estar a punto de llegar, hemos recogido todos los objetos que hemos encontrado en las zonas libres de lava del pecio. La verdad es que no eran demasiados.

Tong sonrió a Summer, se acercó y le puso la mano en la rodilla. A ella le

entraron ganas de abofetearlo y marcharse corriendo, pero se contuvo y no hizo ninguna de las dos cosas. Lo fulminó con la mirada mientras intentaba con todas sus fuerzas ocultar el miedo y la repugnancia que la invadían.

—Querida, dejamos atrás al *Mariana Explorer* al salir de Hilo —dijo en tono burlón—. En estos momentos debería hallarse cerca de su destino al otro lado de la isla, en Leleiwi Point —añadió mostrando una malévola sonrisa.

—¿Por qué es tan importante este pecio para usted? —le preguntó Summer intentando desviar la atención de Tong de su persona.

—Realmente no lo sabe, ¿verdad? —dijo con incredulidad.

Entonces le quitó la mano de la rodilla y se volvió hacia la carta que había en la mesa. Era una imagen del fondo marino, tomada con el sonar, que mostraba el lugar de la excavación y el campo de lava adyacente. La carta mostraba señalado con una «X» el centro de la colada de lava.

—¿Han penetrado el campo de lava en sus excavaciones? —preguntó Tong.

—No, claro que no. Ignoro qué está usted buscando, señor Tong. Todos los objetos de valor han sido retirados, y los restos del naufragio yacen bajo una capa de lava. No hay nada que pueda hacerse al respecto.

—Sí lo hay, querida. Sí lo hay.

Summer miró a Tong con una mezcla de miedo y curiosidad, preguntándose qué carta tendrían guardada en la manga aquella panda de piratas y saqueadores.

Tong dejó a Summer bajo la vigilancia del matón, salió al ala del puente y bajó un tramo de escalerilla. Siguió luego hacia popa, abrió una compuerta y entró en una gran sala cuyas paredes estaban llenas de estantes abarrotados de ordenadores y paneles electrónicos que eran un duplicado de la cámara de pruebas del complejo familiar de Mongolia. Un tipo chaparro de mirada acerada se hallaba de pie junto a una gran mesa llena de monitores de color, mirando por encima del hombro la pantalla del operario principal. Era el mismo individuo que había encabezado la infructuosa búsqueda en las montañas Jentii tras el asesinato del equipo de exploración ruso. Cuando Tong se acercó, hizo un gesto de asentimiento.

—Hemos localizado una pequeña falla y hemos fijado las coordenadas —dijo en tono reservado—. Está muy cerca, pero es posible que no sea suficiente para crear la fisura que necesitamos en el campo de lava. Me temo que lo que usted pide es imposible. En lugar de perder el tiempo aquí, deberíamos seguir rumbo a Alaska, como su hermano ordenó.

Tong no permitió que el comentario lo molestara.

—Un par de días de retraso pueden valer la pena. Si tenemos éxito y se trata realmente del navío real Yuan, la misión de Alaska parecerá una nadería en comparación.

El otro asintió en señal de obediencia.

—Recomiendo cuatro o cinco detonaciones de potencia creciente y que después enviemos al equipo de buzos para que comprueben el resultado. Eso debería decirnos si hay alguna posibilidad de romper el campo de lava.

Tong se retiró unos pasos y dejó que los técnicos se hicieran cargo. Al igual que en el golfo Pérsico, el artefacto acústico fue bajado hasta el fondo a través de la abertura en el casco del buque; la estructura quedó de pie sobre el lecho marino. La fisura fue localizada y señalada como objetivo; a continuación, se conectaron los ordenadores de a bordo y los amplificadores de señal. Con solo pulsar un botón, enviaron el primer y gigantesco impulso eléctrico a través de las bocinas triples situadas a diez metros de profundidad. Unos segundos más tarde, el apagado estallido de una onda acústica resonó por todo el barco con una sutil vibración.

Tong se quedó contemplando el estallido con una sonrisa de expectación, confiando en que la expedición produjera dos éxitos en lugar de uno solo.

A una milla de distancia, el catamarán entró en la ensenada al amparo de la oscuridad del cielo nocturno. Dirk y Dahlgren volvieron a tumbarse en las planchas y se propulsaron con manos y pies a lo largo de la rocosa costa. Localizaron un bajío justo a flor de agua bajo los casi verticales acantilados. Dirk se puso en pie y contempló las amarillas luces del cercano buque perforador. A continuación, desmontó el mástil y la vela para mantener un perfil lo más discreto posible.

Los dos amigos se sentaron y descansaron mientras estudiaban el barco, cansados tras todo el día en el mar. Se hallaban lo bastante cerca para poder divisar una docena de hombres que se afanaban en la iluminada cubierta de popa en torno a una torre de perforación. Luego, vieron cómo unas altas bocinas en forma de trípode eran arriadas al agua a través de una abertura en el casco.

—¿Crees que pretenden perforar la lava para llegar al pecio? —preguntó Dahlgren.

—No me cabe en la cabeza que crean poder recuperarlo de ese modo.

Dirk y Jack dieron buena cuenta de las provisiones que llevaban y estiraron sus fatigados miembros. Algo fortalecidos, se disponían a trazar un plan de ataque cuando un retumbo de baja frecuencia surgió de debajo del buque.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gruñó Dahlgren.

—¿Una explosión submarina? —aventuró Dirk mirando el mar alrededor del barco y esperando ver surgir un surtidor de agua. Sin embargo, no vio nada de nada. La tranquila superficie de la ensenada apenas se había rizado—. ¡Qué raro que no haya afectado la superficie! Tiene que haber provenido del interior del barco.

—Pues no parece que a bordo haya causado ninguna reacción —repuso Dahlgren fijándose en que la mayoría de la tripulación había desaparecido y que todo en el barco parecía tranquilo.

Se disponían a echar al agua el catamarán cuando sonó un nuevo tronido. Al igual

que el primero, este tampoco afectó la superficie de las aguas de la ensenada. Mientras los dos hombres contemplaban la extraña detonación, una nueva vibración más poderosa que la anterior empezó a dejarse sentir bajo sus pies. El rumor fue en aumento, y el suelo empezó a vibrar con fuerza, amenazando con derribarlos mientras pequeños desprendimientos de lava y basalto caían de lo alto del acantilado.

—¡Cuidado! —gritó Dirk al ver que un peñasco cercano se soltaba y caía hacia ellos. Los dos se apartaron justo a tiempo. La roca pasó junto a ellos y por encima del improvisada catamarán antes de hundirse en el agua.

El terreno siguió vibrando varios segundos antes de que el temblor se desvaneciera. Algunas olas provocadas por el terremoto chocaron con fuerza contra el acantilado. Luego, las aguas de la ensenada volvieron a la calma.

—¡Caramba, pensé que todo el maldito acantilado se nos echaba encima! —exclamó Dahlgren.

—Pues puede que aún ocurra —repuso Dirk, mirando el muro de lava con aprensión—. Será mejor que no nos quedemos aquí para averiguarlo.

Dahlgren miró fijamente el buque perforador.

—Han sido ellos —dijo en un tono que no admitía discusión—, ellos han provocado el terremoto con esas extrañas detonaciones.

—Confiemos en que haya sido por accidente. Deben de estar intentando romper el campo de lava para poder llegar al pecio.

—Pues que se lo queden. Encontremos a Summer y salgamos de aquí antes de que consigan que toda la isla se nos venga encima.

Echaron rápidamente el catamarán al agua, subieron a bordo y se alejaron de las rocas impulsándose en silencio con manos y pies hacia el buque. Dahlgren miró la punta de su plancha y vio que estaba extrañamente aplastada; sin embargo, no tuvo el ánimo suficiente para decir a su amigo que era su tabla la que había sido dañada por el peñasco al caer.

Summer estaba sentada a la mesa de cartas del puente de mando, contemplando las distintas opciones que tenía para escapar cuando dispararon la primera salva acústica. El apagado tronido sonó justo debajo del barco, y ella, al igual que Dirk, pensó que se trataba de algún tipo de explosión y que aquellos saqueadores estaban intentando hacer estallar el lecho de lava para llegar al pecio.

Cuello de Toro la miró malévolamente desde el otro lado de la mesa y sonrió al ver que una expresión de furia y confusión se dibujaba en el rostro de la joven. Su sonrisa de torcidos dientes, manchados por el tabaco, se amplió cuando el segundo estallido submarino resonó en el puente pocos minutos después.

A pesar de que Summer despreciaba a sus captores, no podía evitar sentirse intrigada por sus acciones. Que recurrieran al asesinato y a la destrucción de la lava demostraba que aquel pecio tenía un valor incalculable para ellos. Summer se acordó del interés que Tong había mostrado por los objetos de porcelana y sus posibles distintivos reales. Sin embargo, tenía que tratarse de algo de más importancia si estaba dispuesto a volar el fondo marino para conseguirlo. Summer llegó a la conclusión de que debía de tratarse de oro y piedras preciosas.

Cuando el segundo estallido hizo vibrar el puente, sus pensamientos volvieron al intento de escapar. Si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir, lo primero era salir del barco. Era una magnífica nadadora, de modo que si conseguía lanzarse al agua no tendría problemas para llegar a los acantilados que bordeaban la ensenada. Escalarlos o seguir su contorno sería harina de otro costal, dado que la costa era muy abrupta, pero quizá pudiera esconderse en alguna grieta hasta que llegara el *Mariana Explorer*. Fueran cuales fueran las dificultades, aquella perspectiva resultaba preferible a seguir encerrada en aquel barco repleto de criminales.

Viéndose sola en el puente de mando con la única compañía del timonel y de su bruto escolta, supo que no dispondría de una oportunidad mejor. El timonel no parecía particularmente amenazador: era un muchacho de corta estatura y aspecto sumiso que no había dejado de mirarla de hito en hito como si ella fuera la diosa Afrodita.

Luego estudió a Cuello de Toro, que representaba el verdadero obstáculo. Estaba claro que la violencia era lo más familiar para aquel bruto, y todo en él indicaba que disfrutaría haciendo daño a una joven atractiva. Summer se estremeció al pensarlo. Tendría que derrotarlo en su propio terreno por mucho que el elemento sorpresa estuviera de su parte.

Haciendo acopio de valor, se dijo que ése era el momento. Se levantó lentamente de la mesa y caminó tranquilamente hacia las ventanas del puente, estirando las piernas y contemplando la oscuridad al otro lado de los cristales. Cuello de Toro no

tardó ni un segundo en seguirla y situarse tras ella.

Summer se entretuvo un momento, respirando hondo para relajarse, se volvió hacia el ala exterior del puente por babor y fue hacia ella a grandes zancadas. Su guardián le gruñó que se detuviera, pero ella hizo caso omiso de la orden. Caminando ligera, llegó hasta la puerta. El sorprendido matón corrió tras ella y le puso una sucia mano en el hombro para detenerla. La velocidad de la reacción de Summer lo pilló desprevenido.

Previendo su movimiento, ella lo agarró por la muñeca con ambas manos y giró rápidamente sobre sí misma y a un lado, retorciéndole el brazo a la espalda y preparando la llave de judo para derribarlo. El matón se anticipó a la llave y saltó a un lado, pero ella seguía dominándolo con la dolorosa presa del brazo, que podía partirle en cualquier momento con un simple gesto de la mano. El enfurecido sicario intentó golpearla con la mano libre, pero sus golpes resultaban inofensivos. Summer lo empujó entonces hacia atrás retorciéndole el brazo un poco más. El hombre soltó un grito e intentó zafarse, pero el dolor era demasiado intenso; al final cayó hacia atrás, estrellándose contra la consola cercana al timón y cayendo de rodillas, incapaz de ofrecer resistencia. Mientras Summer mantuviera su presa, el matón no podría hacer nada.

Una luz roja destelló brevemente en la consola cuando una nueva vibración surgió de las entrañas del barco. Al chocar contra la consola, Cuello de Toro había pulsado el botón que desactivaba los impulsores de estabilización y los dejaba en control manual. El joven timonel, sorprendido porque una mujer hubiera logrado reducir a un matón que la superaba en peso y tamaño, se apartó del timón pero señaló la luz de la consola sin dejar de hablar nerviosamente en mongol. Con el corazón latiéndole aceleradamente por el breve forcejeo, Summer respiró hondo y echó un vistazo a la consola.

Las inscripciones de los controles estaban en mandarín, pero, bajo la rotulación de fábrica, alguien había pegado unas etiquetas con el equivalente en inglés. Summer miró la parpadeante luz y leyó la traducción, que decía: *impulsores: control manual*. La idea surgió al instante en su mente.

—Hay un pequeño cambio de planes —dijo al timonel, que no la comprendía—. Primero daremos un paseo.

Summer examinó los controles hasta que localizó un par de diales rotulados como *impulsores de proa, babor e impulsores de popa, babor*. Con su mano libre, los puso a cero. Casi al mismo tiempo, un tercer estallido resonó bajo sus pies cuando el artefacto acústico fue disparado de nuevo; a Summer le pareció que había sido de lo más oportuno porque había enmascarado su maniobra con los rezones de fijación. Con un poco de suerte, la tripulación no se daría cuenta de que el buque había empezado ya a desplazarse de lado por la ensenada y de que, en cuestión de minutos,

se estrellaría contra las rocas de los acantilados. La confusión que reinaría entonces le daría sin duda la oportunidad de escapar.

—¡Apártate! —gritó al nervioso timonel que se había acercado a los controles.

El joven se alejó de un salto sin dejar de mirar con terror la mueca de dolor que deformaba el rostro de Cuello de Toro.

El buque perforador se deslizó en silencio por la ensenada, empujado por la batería de impulsores de estribor. A Summer le pareció escuchar un golpe metálico en la línea de flotación, pero el barco siguió desplazándose en la noche, rodeado de una oscuridad que impedía cualquier visibilidad. «Un poco más. Solo un poco más», se dijo mientras a duras penas mantenía inmovilizado al matón.

Contó nerviosamente los segundos, esperando el chirriante impacto del casco contra los acantilados de lava; pero el corazón se le encogió cuando un sonido muy distinto surgió en la puerta del ala exterior del puente. El sonido de una voz masculina.

—¿Qué pasa aquí? —gruñó el recién llegado.

Se volvió, presa del miedo, y vio que era Tong y que en su mano sostenía una pistola con la que le apuntaba al corazón.

Habían empujado el catamarán sin el mástil hasta un centenar de metros del buque perforador y lo habían rodeado por la proa hacia babor para evitar los potentes focos que iluminaban la cubierta de popa. Mientras observaban atentamente la nave en busca de tripulantes o de algún curioso asomado por la borda, Dahlgren se volvió de repente hacia Dirk y le susurró:

—Echa un vistazo al puente, ¡rápido!

Dirk contempló la superestructura y tuvo una breve visión de una persona entrando por la puerta que daba al puente de mando. Una persona de largos cabellos pelirrojos que le caían por los hombros.

—¡Summer!

—Sí, estoy seguro de que es ella —añadió Dahlgren.

El alivio se apoderó de Dirk al ver que su hermana seguía con vida e impulsó el catamarán hacia el buque con renovado vigor.

—Subamos a bordo y averigüemos qué está ocurriendo.

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. La cubierta más accesible del barco se hallaba a tres metros de altura por encima de sus cabezas, y como el buque se mantenía en posición gracias a los impulsores no había cadena del ancla por la que trepar. Dirk rezó para que hubiera alguna escalerilla empotrada en el casco, cosa que no era infrecuente en aquel tipo de buques.

Llegaron a la proa. Nadaban en silencio hacia la parte de atrás cuando la tercera detonación estalló bajo ellos. Notaron una vibración en el casco y vieron que la superficie del mar se ondulaba ligeramente, pero no sufrieron ninguno de los efectos habituales de una explosión submarina. Las luces situadas alrededor de la abertura del casco, que iluminaban el fondo del buque, les permitieron ver una serie de cables que bajaban hasta un artefacto en forma de trípode que se mantenía de pie en el lecho marino.

Tras avanzar unos metros más a lo largo del casco Dirk reparó en que ya no se oía el rumor de los impulsores de estabilización de ese costado. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, el casco del barco chocó contra el catamarán, que salió impulsado hacia arriba por la ola que levantaba. Sentado en la tabla, Dirk comprendió que el catamarán iba a volcar. Las planchas estaban siendo empujadas hacia abajo, y en cuestión de segundos la embarcación sería succionada por el barco que se movía.

—¡Salta! —le gritó a Dahlgren.

Se disponía a lanzarse al agua cuando vio dos cabos que danzaban sobre su cabeza. Era una amarra sin utilizar que había quedado colgando a unos metros por debajo del nivel de cubierta. Con un desesperado esfuerzo, Dirk se lanzó a por ella y

consiguió agarrarla con la mano izquierda. Enseguida la sujetó con la otra mano; la amarra quedó a un metro del agua, tensa por su peso.

Miró hacia abajo y vio que el catamarán era tragado bajo el buque que avanzaba. Dahlgren se hallaba un poco más atrás, nadando desesperadamente sobre la ola que el casco levantaba al moverse.

—¡Por aquí! ¡Tengo una cuerda! —le indicó Dirk levantando la voz lo mínimo para evitar ser oído desde el barco.

Pero fue suficiente para que el texano lo oyera y se esforzara frenéticamente por avanzar a un ritmo que evidentemente no podría mantener mucho rato. El agua parecía arremolinarse por todas partes a lo largo del casco, tirando de Dahlgren hacia un lado y hacia otro. Cuando por fin pudo aproximarse, Dirk estiró un brazo y lo agarró por el traje, tirando de él con todas sus fuerzas. Con un último esfuerzo consiguió sacarlo del agua lo suficiente para que el texano pudiera agarrarse a la otra amarra. Dahlgren se quedó colgando y sin moverse unos instantes, mientras recuperaba el aliento.

—¡Qué emocionante! —masculló.

—Es la segunda vez que hoy tengo que pescarte del agua —protestó Dirk—. Si esto sigue así, insistiré para que te pongas a régimen.

—No obedezco a chantajes —jadeó Dahlgren.

Tras descansar un momento treparon cada uno por su amarra y llegaron a cubierta. Unas débiles voces les indicaron la presencia de miembros de la tripulación en la popa, de modo que se dirigieron por babor hacia el castillo de proa sin ser vistos. Dirk echó una mirada al imponente acantilado que se aproximaba en la oscuridad. Sin duda algo tenía que estar ocurriendo en el puente de mando ya que el barco se hallaba en rumbo de colisión y nadie parecía haberse dado cuenta.

—Deprisa —dijo a Dahlgren—. Algo me dice que no vamos a quedarnos mucho rato a bordo de este barco.

Un nuevo tronido sonó en la distancia, pero esta vez provenía de los acantilados de la orilla.

A siete mil kilómetros de distancia, las puertas del ascensor se abrieron en el décimo piso del cuartel general de la NUMA y un ojeroso Hiram Yaeger se dirigió hacia su sala de ordenadores cargado con un termo lleno de café de Sumatra. Sus ojos se abrieron como platos al ver al doctor McCammon sentado ante la consola con expresión angustiada.

—¡Vaya! ¿Tomándome la delantera otra vez, Phil? —preguntó Yaeger.

—Lamento esta intrusión tan temprana. Acabamos de recibir algo del Centro Nacional de Información de Terremotos que puede ser importante —dijo el geólogo marino desplegando un sismograma en la mesa mientras Yaeger se sentaba en una de las sillas giratorias—. Un fuerte terremoto ha sacudido la gran isla de Hawai hace

unos minutos. Su magnitud alcanzó el 7 en la escala de Richter y fue superficial. Su epicentro se localizó a una milla de la costa, en un lugar llamado «bahía de Keliuli».

—¿Y qué aspecto tenían las ondas previas?

El doctor McCammon frunció el entrecejo.

—Muy parecidas a las que hemos visto en los otros casos. De aspecto no natural. Acabo de pasar la información a Max, a ver qué saca de ella. Espero que no te moleste que haya recurrido a su talento estando tú fuera.

Max, que se hallaba de pie junto a una hilera de ordenadores con aire pensativo, se volvió y sonrió a McCammon.

—Doctor, ya sabe que estoy encantada de ayudarlo siempre que me necesite. Es un placer trabajar con un caballero —añadió haciendo un mohín en dirección a Yaeger.

—Sí, Max, buenos días —contestó el aludido—. ¿Has completado los análisis del doctor McCammon?

—Sí. Como el doctor te mostrará, se registraron dos ondas previas antes del temblor. Ambas presentaban idénticas lecturas sísmicas, aunque la segunda fue algo más fuerte. Las dos se originaron cerca de la superficie.

—¿Cómo comparas las ondas previas con las de los temblores del golfo Pérsico? —preguntó Yaeger.

—Las ondas previas presentan unas características casi idénticas a las que precedieron a los terremotos que asolaron Ras Tanura y la isla de Kharg. Al igual que en esos dos casos, también se originaron en la superficie.

McCammon y Yaeger intercambiaron una mirada de preocupación en silencio.

—¿Hawai? —se preguntó al fin Yaeger—. ¿Por qué Hawai?

Entonces, meneando la cabeza, añadió:

—Creo que ha llegado el momento de que nos pongamos en contacto con la Casa Blanca.

A pesar de mirar fijamente el cañón de la Glock, Summer no soltó la muñeca de Cuello de Toro mientras Tong permanecía de pie en el umbral del puente de mando, intentando comprender qué sucedía. Tras él, un sordo estampido resonó sobre las aguas, pero Tong hizo caso omiso del sonido mientras en silencio admiraba la habilidad con que la joven había inmovilizado a uno de sus matones.

Al ver a su jefe, el timonel recuperó el habla y el valor a pesar de seguir manteniéndose a una prudente distancia de Summer.

—¡Los impulsores de babor están desactivados! —gritó señalando frenéticamente los acantilados que empezaban a ser visibles por babor a pesar de la oscuridad—. ¡Vamos a chocar contraías rocas!

Tong lo escuchó sin acabar de comprender. Luego, siguió los gestos del timonel y se dirigió al ala exterior del puente. Al darse la vuelta, un par de fuertes brazos cubiertos por un traje de neopreno salieron de la oscuridad y lo rodearon por el torso. El mongol apretó el gatillo instintivamente, pero el disparo salió desviado y atravesó inofensivamente el techo del puente de mando. Entonces, Tong intentó girarse para repeler a su atacante golpeándolo con la pistola como si fuera una porra, pero sus movimientos llegaron demasiado tarde: su adversario había dado un paso adelante haciéndole perder el equilibrio. Tong intentó echarse hacia delante para no perder pie, pero solo logró aumentar el impulso de su captor, que éste aprovechó para alzarlo y hacerlo girar. Entonces, con una increíble cabriola, lo levantó en el aire y lo arrojó por la borda.

El asombrado mongol apenas tuvo tiempo de dejar escapar un grito de espanto mientras desaparecía por el costado del barco. Su alarido se apagó cuando se hundió en el agua.

En el ala del puente, el ex vaquero Jack Dahlgren se volvió hacia la timonera e hizo un rápido guiño a Summer. Un instante después, Dirk entraba en el puente blandiendo un garfio que había cogido en la cubierta inferior.

—¡Estáis bien! —exclamó Summer al verlos.

—Vivos pero empapados —sonrió Dirk.

El alegre reencuentro fue interrumpido por un terrible choque que echó a todo el mundo al suelo. El buque perforador de cuatro mil toneladas, empujado por toda la potencia de sus impulsores laterales había golpeado de pleno contra las rocas de la ensenada. El chirriante impacto de la lava contra las planchas de acero resonó por todo el barco. Las afiladas rocas volcánicas perforaron el casco y agujerearon las bodegas por varios puntos. El agua de mar entró a borbotones haciendo que el navío escorara rápidamente hacia babor. En algún lugar de las oscuras aguas, el cuerpo sin vida de Tong daba vueltas en la corriente tras haber sido aplastado entre el casco y el

acantilado.

El joven timonel fue el primero en ponerse en pie. Hizo sonar la alarma del barco y desapareció a toda prisa por el ala de estribor. Summer soltó a Cuello de Toro, pero el matón desistió de cualquier intento de luchar cuando Pitt le apoyó el garfio en las costillas y lo obligó a salir por la puerta de babor. En el exterior, los gritos de la tripulación competían con un constante tronido.

—¿Por qué me da la impresión de que has tenido algo que ver con esta situación? —preguntó Dirk con una sonrisa.

—Medidas desesperadas —repuso Summer.

—Se acerca compañía —dijo Dahlgren asomándose por el ala del puente.

Dos niveles más abajo, un grupo de hombres armados corría a toda prisa hacia el puente de mando.

—¿Puedes nadar? —preguntó Dirk mirando a su hermana antes de dirigirse por la escorada cubierta hacia estribor.

—Estoy bien —repuso Summer—. Ya tenía pensado darme un chapuzón antes de que llegaras.

Los tres bajaron corriendo del puente hasta la cubierta, donde los gritos de la tripulación rasgaban la noche. Cerca de la proa, un grupo de hombres se aprestaba a arriar un bote salvavidas a pesar de que el agua empezaba a lamer la escorada cubierta por el costado de babor. En el lado opuesto, Summer no perdió más tiempo en encuentros con la tripulación; saltó por la borda y se deslizó por el inclinado casco hasta caer al agua. Dirk y Jack la siguieron de inmediato, y los tres nadaron para alejarse del barco.

El tronido proveniente de la orilla se hizo más fuerte hasta que otro temblor de tierra sacudió el suelo. Más intenso que el anterior, el terremoto golpeó las secciones más inestables del acantilado de lava. Por toda la ensenada se desprendieron grandes peñascos de lava que cayeron dando tumbos por los acantilados y levantaron grandes olas de espuma.

Las alturas que se alzaban sobre el barco compartían la misma inestabilidad estructural, y el temblor desprendió de sus paredes una gran roca. El gigantesco pedrusco rebotó una vez contra la pared antes de desplomarse sobre el barco; hendió la parte de atrás de la cubierta, que aplastó la sala de ordenadores que había debajo, y su base destrozó el pasillo de babor, dejándolo plano como la palma de la mano. La tripulación, presa del pánico, saltó al agua para escapar mientras el bote salvavidas conseguía alejarse de la proa.

El rugido del terremoto se fue apagando lentamente y, con él, fue cesando la lluvia de peñascos. La noche se llenó con los gorgoteantes sonidos del buque que se hundía, acompañados del ocasional grito de algún miembro de la tripulación. A unos cientos de metros de distancia, Summer, Dirk y Jack observaron desde el agua los

últimos minutos de vida del viejo buque.

—Formará un buen arrecife —comentó Dahlgren mientras el navío se iba hundiendo cada vez más en el agua.

Unos segundos más tarde, el buque perforador se tumbó de costado alejándose de las rocas y desapareció bajo las olas hasta tocar el fondo, situado a veinte metros de profundidad. Solo la alta torre de perforación se desgarró de la estructura cuando el casco zozobró y quedó apoyada contra el acantilado, señalando así el lugar de eterno descanso del navío.

—¿Qué crees que esperaban sacar de nuestro pecio? —preguntó Dirk.

—No llegué a averiguarlo —contestó Summer—, pero estaban dispuestos a llegar al extremo de reventar el lecho de lava para conseguirlo.

—Y de paso provocar algunos terremotos —añadió Dahlgren—. Me gustaría saber qué clase de artefacto utilizaban para desencadenarlos.

—Yo me contentaría con saber quiénes eran —dijo Summer.

El rumor de un aeroplano acercándose resonó en el cielo. Al cabo de un instante, el avión apareció y se ladeó sobre la ensenada. Era un Hércules C-130 turbo propulsado de la guardia costera; sus luces de aterrizaje iluminaban la superficie del mar. El aparato empezó a dar vueltas, zumbando por encima del bote salvavidas y de la aplastada torre de perforación antes de proseguir con su búsqueda de supervivientes en el agua. Unos minutos más tarde, un par de F-15 de la Guardia Nacional, procedentes de Hickam Field, pasaron aullando a baja altitud y se quedaron describiendo círculos por encima del Hércules para apoyarlo.

Los miembros de la NUMA que se encontraban en el agua no podían saberlo, pero Hiram Yaeger había logrado convencer al vicepresidente para que investigara la zona cuando se produjo el segundo terremoto. Los efectivos militares habían recibido la orden de sobrevolar el epicentro de los temblores.

—Esta visión es un consuelo para los ojos —dijo Summer mientras el C-130 los sobrevolaba en círculos—. No sé por qué están aquí, pero me alegro de que hayan aparecido.

—Apuesto a que ya están de camino una lancha y algunos helicópteros —aseguró Dirk.

—¡Diantre! —exclamó Dahlgren—. ¡No hace falta que venga a rescatarnos ninguna lancha! ¡Tenemos nuestra propia embarcación!

Nadó hasta un objeto que flotaba cerca de allí y regresó al cabo de un minuto. Tras él, arrastraba el aplastado pero todavía intacto catamarán.

—¡El catamarán! ¡Sigue entero! —se asombró Dirk.

Summer se acercó y lo contempló.

—Oye —declaró, ceñuda—, esto es mi tabla de surf. ¿Qué está haciendo aquí? —Miró perpleja el torcido almacén de aluminio que estaba unido con cuerdas a la tabla

de Dirk y vio que ésta tenía diversos golpes—. ¿Qué le ha pasado a la tuya?

—Es una larga historia, hermanita —repuso Dirk encogiéndose de hombros.

Las manecillas del reloj se habían detenido, o al menos eso le parecía a Theresa. Sabía que sus constantes miradas al lujoso reloj de pared del estudio de Borjin no lograban sino que el tiempo transcurriera aún más lentamente. Su proyectado plan de huida la tenía muy nerviosa. Al final, se obligó a dejar de mirar el reloj y a concentrarse en el informe geológico que tenía delante.

Llevaban ya dos días enteros encerrados en el estudio, trabajando incluso por las noches con las únicas interrupciones de las comidas. Lo cierto era que ella y Wofford, sin que sus captos lo supieran, habían completado los análisis de las perforaciones hacía horas; pero habían fingido que seguían enfrascados en la tarea con la esperanza de que la guardia nocturna estuviera compuesta por un único centinela, igual que había ocurrido la noche anterior, cuando uno de los vigilantes situado ante su puerta había desaparecido después de retirar la bandeja con la cena. Sus esperanzas de escapar habían aumentado.

Theresa echó una mirada a Wofford, que estaba estudiando un informe de imagen sísmica casi con expresión de felicidad. El geofísico se maravillaba con las detalladas imágenes que la tecnología de Von Wachter era capaz de proporcionar y devoraba los informes con el entusiasmo de un niño con un juguete nuevo. Theresa deseó poder apartar el miedo de su mente con la misma facilidad con la que parecía hacerlo su colega.

Las agujas del reloj acababan de pasar las nueve cuando Tatiana entró en el estudio vestida con un pantalón negro y un jersey a juego. Se había recogido el pelo y lucía un deslumbrante amuleto que llevaba colgado del cuello. Wofford la observó y pensó que su atractivo aspecto no era suficiente para disimular la fría e implacable personalidad que se ocultaba debajo.

—¿Han completado los análisis? —preguntó la joven secamente.

—No —repuso Wofford—. Estos nuevos perfiles han modificado nuestro anterior diagnóstico. Tenemos que hacer algunos ajustes para optimizar los planes de perforación.

—¿Y cuánto tardarán?

Wofford bostezó abiertamente para subrayar sus palabras.

—Con tres o cuatro horas creo que tendremos suficiente.

Tatiana echó un vistazo al reloj.

—Será mejor que se pongan a ello por la mañana. Quiero que tengan listas sus conclusiones y que se las presenten a mi hermano antes del mediodía —ordenó Tatiana.

—¿Y después de eso nos llevarán a Ulan Bator? —preguntó Theresa.

—Desde luego —repuso Tatiana con una sonrisa que delataba su falta de

sinceridad.

A continuación, se dio la vuelta y habló con el guardia de la puerta antes de alejarse por el pasillo. Theresa y Wofford se entretuvieron todo lo posible apilando, guardando los informes y ordenando la mesa de trabajo en un intento de ganar tiempo. Su mejor oportunidad, quizá la única, residía en permanecer a solas con el centinela fuera de la vista de los demás.

Al cabo de un rato de perder tiempo pero sin que llamara la atención, se levantaron y fueron hacia la puerta. Wofford cogió un fajo de informes para llevárselo, pero el centinela señaló los papeles y negó con un gesto de la cabeza. El geofísico dejó los papeles encima de la mesa, tomó su bastón y salió cojeando del estudio con Theresa mientras el guardia los seguía de cerca.

El corazón de Theresa latía desenfrenadamente mientras caminaban por el pasillo. La mansión estaba silenciosa y las luces apagadas; parecía que Borjin y Tatiana se habían retirado a sus aposentos privados del ala sur. La sensación de vacío quedó interrumpida cuando uno de los porteros salió de un cuarto lateral con una botella de vodka en la mano. El hombre lanzó una mirada de desprecio a los cautivos y se escabulló por la escalera hacia las dependencias de la servidumbre.

Wofford siguió cojeando, interpretando magníficamente el papel de inofensivo tullido. Cuando llegaron al final del pasillo principal, aminó el paso en la esquina para echar un rápido vistazo alrededor y asegurarse de que no había más guardias ni sirvientes por los alrededores. Cruzaron el vestíbulo, y Wofford esperó a que estuvieran cerca de sus habitaciones, situadas en el pasillo norte, antes de decidirse a hacer su movimiento.

Aparentemente fue un acto de descuido. Pilló sin querer el zapato de Theresa con la punta del bastón, y ella tropezó y cayó de bruces al suelo con la aparatosidad de las películas del cine mudo. Wofford la imitó, pero no llegó a caer, sino que trastabilló y quedó de rodillas sobre su pierna sana; entonces miró a Theresa, que yacía espatarrada en el suelo, sin apenas moverse. Era el turno del guardia.

Tal como Wofford había previsto, el hombre se mostró civilizado y se acercó para ayudar a Theresa. Wofford esperó a que el guardia hubiera cogido a Theresa con ambas manos. Luego, saltó como un gato. Impulsándose con su pierna sana, se lanzó hacia arriba y sobre el centinela al tiempo que blandía el bastón por su extremo y descargaba el golpe. El curvado mango de madera acertó al vigilante bajo la barbilla, echándole la cabeza hacia atrás. La fuerza del impacto partió el bastón en dos, y el extremo del mango cayó rodando por el suelo de mármol. Wofford aguardó mientras los ojos del mongol se tornaban vidriosos y caía hacia atrás, inconsciente.

Theresa y su colega permanecieron inmóviles en la silenciosa mansión, esperando nerviosamente ver aparecer un enjambre de guardias por el pasillo; pero todo siguió en silencio. El único sonido que llegaba a los oídos de Theresa era el de los

desbocados latidos de su corazón martilleándole el pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó Wofford entre susurros mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—Estoy bien. ¿Crees que está muerto? —preguntó señalando temerosamente al guardia con el dedo.

—No. Solo está descansando. —Wofford sacó el cordón de las cortinas que había arrancado de su habitación y ató rápidamente al mongol de pies y manos. Luego, con ayuda de Theresa, lo arrastró por el pulido suelo de mármol hacia uno de sus dormitorios. Allí lo amordazaron con la funda de una almohada y lo dejaron encerrado en el cuarto.

—¿Qué? ¿Estás lista para titularte en piromanía? —preguntó a Theresa.

Ella asintió nerviosamente, y los dos se encaminaron sigilosamente hacia el vestíbulo.

—Buena suerte —le susurró Wofford antes de ocultarse tras una columna lateral para esperar.

Theresa había insistido en regresar al estudio ella sola y había convencido a su colega de que era lo mejor; él se movía demasiado despacio con su cojera, y eso los ponía en peligro a ambos.

Se pegó a la pared y avanzó a lo largo del pasillo tan deprisa como se atrevió, caminando de puntillas por el suelo de piedra. El corredor estaba vacío y silencioso salvo por el tictac del reloj de péndulo. Theresa llegó rápidamente al estudio y entró sin hacer ruido. Por suerte, el guardia había apagado las luces al salir. La oscura estancia la protegía del iluminado pasillo, y Theresa se permitió respirar hondo para tranquilizarse.

Abriéndose paso a tientas por la familiar habitación llegó a la librería del fondo. Cogió unos libros al azar, se arrodilló y empezó a arrancarles las hojas y hacer un montón después de haber formado con ellas una pelota. Una vez tuvo la cantidad deseada, colocó alrededor algunos libros en pirámide. Luego, se levantó y buscó a tientas la mesa auxiliar que había en un rincón. En ella recordaba haber visto una caja de cigarros y una botella de vidrio tallado llena de coñac. Theresa la cogió y empezó a regar el estudio con el líquido, aunque reservó la mitad para empapar la pirámide de papel. A continuación regresó a la mesa, abrió la caja de cigarros y metió la mano hasta que encontró una caja de cerillas que Wofford había descubierto un día. Sujetando la caja fuertemente, fue de puntillas hasta la puerta y se asomó cautamente. El pasillo seguía desierto y en silencio.

Volvió a la librería y al montón de papel y libros que había amontonado en el suelo. Encendió una cerilla y la arrojó a la empapada pila. No se produjo una súbita explosión ni brotó ninguna llamarada, solo una llama azul que empezó a correr por los ríos de coñac que empapaban la moqueta.

—¡Arde! —exclamó Theresa—. ¡Haz que se queme esta maldita prisión!

Parecían unos monstruos, unos ogros de piel de goma negra que se movían como fantasmas entre los árboles. Desplazándose sigilosamente, las tres oscuras figuras cruzaron el camino agachadas y se situaron junto al acueducto. A pocos metros de distancia, las turbulentas aguas del río resonaban con furia en las montañas. Una de las figuras alzó el brazo por encima del acueducto y encendió una pequeña linterna. A diferencia del cercano río, allí el agua fluía tranquilamente. Pitt apagó la linterna e hizo un gesto afirmativo a sus compañeros.

Habían esperado una hora después de la puesta del sol, hasta que las boscosas cimas quedaron sumidas casi por completo en la oscuridad. La luna tardaría en salir, de modo que aún podrían disfrutar de una oscuridad casi total durante un par de horas más. Cuando había subido a la parte trasera del camión con sus tres compañeros, Pitt encontró el equipo pulcramente preparado y ordenado en tres montones.

—¿Qué profundidad tiene el acueducto? —preguntó Gunn mientras se ponía el traje de neopreno.

—No más de metro ochenta —repuso Pitt—. Seguramente tendríamos bastante con unos tubos para respirar, pero será mejor que llevemos respiradores Dräger por si hemos de permanecer bajo el agua un rato.

Pitt ya se había puesto el traje y se estaba ajustando un arnés con un sistema de respiración Dräger. Con un peso de solo quince kilos, el equipo permitía al buzo respirar una cantidad limitada de aire que se purificaba mediante filtros que limpiaban el dióxido de carbono. El sistema, que sustituía las engorrosas botellas con una mucho más pequeña y un arnés, eliminaba además las burbujas que salían a la superficie. Pitt se ciñó un cinturón de lastre y cogió también una bolsa impermeable donde había metido sus zapatos, dos radios de mano y su Colt 45. Saltó del camión, examinó los alrededores y volvió a asomarse dentro.

—¿Están listos los caballeros para un pequeño chapuzón nocturno?

—Yo sí que estoy listo, pero para un baño caliente y una copa de bourbon —masculló Gunn.

—Estoy preparado. Solo me falta coger mis herramientas —repuso Giordino rebuscando en una caja de donde sacó una sierra para metales, una palanqueta, una llave inglesa y un soplete submarino portátil que se colgó del cinturón antes de bajar del camión con aire serio.

Los tres hombres corrieron en silencio hasta el acueducto con sus trajes de goma; también llevaban pies de pato. Una vez junto al canal en forma de «U», Pitt echó un último vistazo alrededor. La luna todavía no había salido, y la visibilidad bajo el encapotado cielo no excedía los diez metros. Una vez dentro del acueducto serían prácticamente invisibles.

—Intentad mantener la velocidad controlada y al mínimo. Saldremos justo bajo el puente, dentro de los muros del recinto —explicó Pitt mientras se ponía los pies de pato. Comprobó el regulador, se colocó las gafas de bucear y se deslizó en el agua. Gunn lo siguió inmediatamente después, y Giordino cerró el grupo.

Las heladas aguas habrían congelado a un hombre sin el equipo adecuado en cuestión de minutos; pero Pitt, enfundado en su traje de neopreno, solo tuvo la sensación de una brisa refrescante. Había entrado en calor sobradamente tras ponerse el equipo y correr hasta el acueducto, de modo que incluso agradeció la sensación de frescor a pesar de las gélidas punzadas que notaba en la boca y alrededor de las gafas.

El agua del acueducto, empujada por la gravedad, fluía más deprisa de lo esperado, de manera que se tumbó boca arriba y pataleó con los pies por delante. De ese modo consiguió mantener una velocidad equivalente al paso de una persona. El acueducto seguía el serpenteante trayecto de la carretera, por lo que Pitt iba de un lado a otro del cauce mientras descendía. Las paredes de cemento estaban cubiertas de limo, y Pitt resbalaba y rebotaba fácilmente en su resbaladiza superficie.

El descenso casi le pareció relajante mientras contemplaba el cielo en lo alto y los tupidos abetos que bordeaban el camino. Al cabo de poco, los árboles empezaron a escasear y el acueducto se hizo recto al cruzar un claro. Una pequeña luz brillaba en lo alto; Pitt distinguió el borde del muro del recinto alzándose en la distancia.

En realidad había dos luces: una instalada en el muro y otra que brillaba en el interior de la garita de guardia. Allí, dos centinelas estaban sentados, charlando, ante un gran monitor de televisión. Una docena de cámaras repartidas por todo el recinto, incluida una montada directamente encima del acueducto, enviaban sus imágenes a la pantalla. Las granulosas y verdosas imágenes de visión nocturna solían captar algún lobo o una ocasional gacela, pero poco más había en aquellos remotos parajes. Los guardias refrenaban su deseo de jugar a las cartas o dar una cabezada porque sabían perfectamente que Borjin era implacable con el trabajo negligente.

Al ver el recinto, Pitt vació parte del aire de su chaleco y se sumergió bajo la superficie no sin antes volver la cabeza y divisar a Gunn flotando unos metros por detrás. Confió en que se hubiera fijado en lo que había hecho y que también él se sumergiera.

El agua era lo bastante clara para que Pitt pudiera detectar con facilidad las luces de la entrada y el obstáculo de la muralla. Al acercarse, encogió las piernas y se preparó para un posible impacto. No quedó decepcionado. Al pasar junto a las luces de su derecha, sus pies chocaron con una reja metálica que filtraba los restos que pudiera haber en el agua y evitaba que algún cuerpo extraño pudiera colarse en el recinto. Pitt se hizo a un lado rápidamente y se agachó de rodillas mientras miraba corriente arriba. Enseguida apareció ante él la negra figura de Rudi Gunn, al que agarró justo a tiempo de evitar que chocara con la reja. Enseguida llegó Giordino, que

se detuvo apoyando los pies en las barras de hierro como había hecho Pitt.

Dentro de la garita, los guardias eran totalmente ajenos a la presencia de los tres intrusos que permanecían sumergidos en el acueducto, a pocos metros de distancia. Si hubieran observado atentamente las imágenes de la cámara situada sobre el canal, habrían descubierto la presencia de unas oscuras siluetas que se movían bajo el agua y habrían ido a investigar; y si hubieran salido del calor de la garita y escuchado con atención habrían percibido el apagado chirriar del metal contra el metal. Pero ninguno de los dos centinelas hizo nada de eso.

La reja resultó ser un obstáculo menos importante de lo esperado. En lugar de un recio entramado de hierro, estaba hecha de barrotes verticales separados treinta centímetros. Giordino agarró la barra central y, palpando con las manos, fue bajando hasta el fondo, donde empezó a cortar la barra con su sierra metálica. El hierro estaba muy oxidado, y le bastaron unos cuantos vaivenes para seccionarlo. A continuación pasó al barrote contiguo, que le supuso algo más de esfuerzo. Apoyando los pies en el fondo del acueducto, agarró ambos hierros a la altura del corte y tiró de ellos creando una estrecha abertura en el fondo del canal.

Gunn seguía arrodillado bajo el agua cuando Giordino lo cogió del brazo y lo guió para hacerlo pasar entre los barrotes. Gunn se deslizó de costado por la abertura y se impulsó con las piernas para acabar de pasar; luego, se dio la vuelta resistiendo la corriente hasta que vio aparecer las siluetas de Pitt y Giordino. Solo entonces se relajó y dejó que el agua lo arrastrara. Los tres se deslizaron por el canal y pasaron por debajo del muro en total oscuridad hasta que salieron al otro lado del recinto.

Gunn salió a la superficie justo a tiempo de ver el pequeño puente que apareció sobre él. Hizo todo lo posible por detenerse, pero una mano salió de la negrura y lo sujetó.

—Fin de trayecto, Rudi —dijo la voz de Pitt en un susurro.

Las rectas y resbaladizas paredes del canal les dificultaron la salida, pero al final los tres hombres lograron encaramarse fuera por los pilones del puente. Agachados al abrigo del arco, se quitaron rápidamente sus trajes de neopreno y los ocultaron. Un rápido vistazo al recinto les dijo que todo estaba tranquilo y que no se veían patrullas a caballo en las inmediaciones.

Gunn abrió su bolsa sumergible y sacó unas gafas, unos zapatos y una pequeña cámara digital. A su lado, Pitt cogió el Colt 45 y las dos radios de mano; se aseguró de que tenían el volumen al mínimo y se sujetó una al cinto antes de entregar la segunda a Gunn.

—Lo siento, pero no teníamos armas suficientes. Si te metes en un lío, sencillamente nos llamas —le dijo Pitt.

—Créeme, habré entrado y salido de allí antes de que nadie haya tenido tiempo siquiera de parpadear.

La misión de Gunn consistía en introducirse en el laboratorio, fotografiar el artefacto sísmico y llevarse cuantos documentos encontrara. Si se topaba con operarios, tenía órdenes de Pitt de abandonar y esperar junto al puente. A Giordino y a Pitt les aguardaba la espinosa tarea de entrar en la mansión y localizar a Theresa y a Wofford.

—A menos que uno de nosotros no consiga salir discretamente intentaremos encontrarnos aquí. Luego, nos dirigiremos al garaje y cogeremos uno de los vehículos de Borjin.

—Toma esto, Rudi —dijo Giordino entregándole la palanqueta—. Es por si te encuentras la puerta cerrada o te topas con una rata de laboratorio particularmente curiosa.

Gunn asintió con una tensa sonrisa, cogió la herramienta y se escabulló en dirección al laboratorio. Quería maldecir a Pitt y a Giordino por haberlo llevado hasta allí, pero sabía que era lo correcto. Tenían que intentar rescatar a Theresa y a Wofford y al mismo tiempo conseguir pruebas documentales del misterioso artefacto. Eso convertía la operación en una misión para tres. «¡Y un cuerno! ¡Es más bien para cien!», se dijo Gunn alzando los ojos al cielo y esperando ver caer por arte de magia en mitad del recinto un pelotón de paracaidistas de las Fuerzas Especiales. Sin embargo, los cielos solo le brindaron algunas estrellas que se esforzaban por mostrar su brillo a través de la capa de nubes.

Gunn apartó aquellos pensamientos y se movió rápidamente por el recinto, corriendo agachado de matorral en matorral. Solo aminoró al cruzar el camino de entrada, donde pasó de puntillas para no hacer ruido sobre el suelo de grava. Luego, siguió las instrucciones de Pitt y dejó atrás el iluminado y abierto garaje. El tintineo de unas herramientas le indicó que al menos había una persona trabajando en el taller.

Mientras se dirigía hacia el laboratorio adyacente, el repentino resoplido de un caballo hizo que se detuviera en seco. No pudo detectar movimiento alguno en los alrededores, de modo que llegó a la conclusión que debía de proceder de las caballerizas que había al final del edificio. Estudió el laboratorio y comprobó con alivio que en la planta baja solo se veían encendidas unas pocas luces de seguridad. Había algunas más en el piso de arriba, de donde le llegaba una música amortiguada. Evidentemente, las dependencias de los científicos que trabajaban en el laboratorio se hallaban en la planta superior.

Tras comprobar que no hubiera patrullas a caballo rondando por las cercanías, se dirigió sigilosamente hacia la puerta de cristal y empujó. Para su sorpresa, encontró que estaba abierta y que daba directamente a una amplia zona de trabajo. Entró rápidamente y la cerró tras él. El lugar estaba iluminado por algunas lámparas, y se oía el zumbido de unos cuantos osciloscopios; por lo demás, parecía desierto. Gunn vio un perchero lleno de batas blancas cerca de la entrada, cogió una y se la puso

encima del traje de buzo pensando que quizá sería suficiente para engañar a cualquiera que pudiera mirar desde fuera.

Se adentró por el pasillo, que se extendía en toda la longitud del edificio, y vio que las luces estaban encendidas en un par de despachos. Temiendo ser descubierto en pleno pasillo, vaciló un segundo antes de lanzarse adelante caminando tan deprisa como podía sin llegar a correr; mantenía la cabeza gacha y la mirada al frente. Los escasos operarios que se habían quedado a trabajar hasta tarde, solo vieron pasar ante sus ventanas un borrón blanco; lo único que pudieron distinguir fue que se trataba de alguien con una bata blanca, seguramente uno de sus colegas que iba al baño.

Gunn llegó enseguida a la gruesa puerta del fondo. Jadeando y con el corazón latiéndole desbordado, descorrió el pestillo y empujó la puerta, que se abrió con suavidad revelando la gran cámara anecoica del interior. En medio de la sala, bajo un brillante arco de luces cenitales, se hallaba el artefacto acústico de Von Wachter, tal como Pitt se lo había descrito.

Aliviado por hallar el lugar vacío, Gunn entró y subió por la pasarela.

—Ya tenemos medio recorrido hecho —murmuró mientras conectaba la cámara digital. Al ver la radio que llevaba al cinto, se preguntó cómo les estaría yendo a Pitt y a Giordino.

—Si puedes llamar su atención desde delante, yo intentaré rodearlos y sorprenderlos por el costado —susurró Pitt, mientras observaba a los dos centinelas que montaban guardia a ambos lados de la puerta principal de la mansión.

—Una pequeña intervención de mi llave inglesa debería bastar —repuso Giordino dando una palmadita a la pesada herramienta que llevaba colgada del cinto.

Pitt agachó la cabeza y quitó el seguro del Colt. Que tuvieran que reducir a los dos centinelas que custodiaban la entrada no suponía un problema, pero otra cosa era lograrlo sin disparar un tiro y sin alertar al pequeño ejército que Borjin mantenía en el recinto.

Los dos hombres se movieron al abrigo de uno de los canales que llevaban agua hacia la mansión, avanzando con rápidas carreras. Se echaron al suelo y se arrastraron hasta un alto parterre de rosas que rodeaba la porticada entrada principal. Cuando se asomaron entre las amarillas rosas de Damasco vieron que se hallaban a la vista de los guardias. Éstos, acostumbrados a la monotonía de las rondas, se hallaban apoyados contra la pared; salvo por algún ocasional paseo nocturno o un tardío regreso de Ulan Bator, no era frecuente que vieran a Borjin ni a su hermana pasadas las diez de la noche.

Pitt hizo un gesto a Giordino para que no se moviera y le diera un margen de cinco minutos para situarse en posición. Mientras el italiano asentía y se agachaba, Pitt dio un rodeo hacia un lado de la entrada. Siguiendo el parterre de rosas, llegó al camino de entrada y, al igual que había hecho Gunn, pasó por la grava de puntillas. El terreno desde el camino hasta la mansión estaba despejado, y Pitt lo cruzó tan agachado como pudo. La parte delantera de la casa estaba adornada con pequeños setos; se ocultó tras uno de ellos, desde donde observó el porche. Los dos centinelas, ajenos a los movimientos de Pitt en la oscuridad, no se habían movido.

Moviéndose en cuclillas, Pitt fue avanzando de seto en seto hasta llegar al límite de la zona porticada. Se arrodilló, aferró la pistola y esperó a que Giordino entrara en acción.

Viendo que la actitud de los guardias no hacía sospechar ningún peligro, el italiano concedió un minuto más a Pitt antes de moverse del parterre. Se había fijado en que las columnas del porche ofrecían un punto ciego que permitía acercarse sin ser visto, de modo que se arrastró lentamente hasta que una de las columnas bloqueó su visión de los guardias. Entonces se levantó del parterre.

Tal como había supuesto, si él no podía verlos, ellos tampoco, por lo que avanzó en ángulo hasta situarse tras el pilar. La puerta principal se hallaba a menos de seis metros, y desde allí podía alcanzar fácilmente a cualquiera de los dos guardias. Sin decir una palabra ni hacer el menor ruido, abandonó la protección de la columna,

apuntó a uno de ellos y le arrojó la llave inglesa como si fuera un hacha.

Los centinelas vieron al fornido italiano al mismo tiempo, pero la sorpresa les impidió reaccionar. Solo pudieron contemplar boquiabiertos cómo la roja herramienta volaba por el aire y golpeaba a uno de ellos en el pecho, fracturándole las costillas y dejándole sin aliento. El centinela herido cayó de rodillas con un apagado gemido de dolor. El otro acudió instintivamente en su ayuda, pero al ver que su compañero no estaba seriamente herido se lanzó contra Giordino. Solo que el italiano ya no estaba en el mismo sitio porque había vuelto a ocultarse tras la columna. El centinela había dado un par de pasos hacia ella, pero se detuvo al oír un ruido tras él. Se volvió a tiempo de ver la culata de la pistola que lo golpeó en la sien, justo bajo el casco.

Pitt logró sujetarlo por los brazos antes de que se desplomara inconsciente al suelo. Giordino salió entonces de detrás de la columna y se acercó a su amigo mientras éste arrastraba al desvanecido centinela tras unos arbustos. Pitt vio entonces un destello de alarma en los ojos del italiano antes de que él le gritara:

—¡Al suelo!

Pitt se agachó al mismo tiempo que Giordino daba un par de zancadas y saltaba directamente hacia él. El italiano voló por el aire y por encima de su jefe hacia el primer guardia que se había levantado y pretendía abalanzarse sobre Pitt. El malherido centinela se había recobrado del impacto de la llave inglesa y había sacado un cuchillo que se disponía a clavar a Pitt en la espalda. Giordino desvió la puñalada con la mano izquierda antes de echarse encima del hombre con todo su peso y rodar por el suelo con él debajo. La presión que aplastó las fracturadas costillas del guardia fue insoportable; el infeliz jadeó y se quedó sin respiración antes de que el puño de Giordino se estrellara contra su cara apagando cualquier grito ulterior.

—¡De qué poco nos ha ido! —susurró Giordino.

—Gracias por el salto —repuso Pitt, levantándose y mirando a su alrededor. La zona exterior y la casa parecían tranquilas. Si los centinelas habían dado la alarma, no lo parecía.

—Saquemos a éstos de aquí —dijo Pitt arrastrando a su víctima hacia los matorrales.

Giordino lo imitó, cogiendo al centinela por el cuello y tirando de él hacia atrás.

—Espero que el cambio de guardia tarde un poco en llegar —masculló.

Mientras Pitt dejaba el cuerpo entre la vegetación, se volvió hacia su amigo y lo miró con ojos chispeantes.

—Creo que puede llegar antes de lo que crees —le dijo con un guiño de complicidad.

Theresa contempló cómo las llamas devoraban las arrugadas páginas y crecían lentamente mientras danzaban entre los libros. Cuando se hizo evidente que el fuego se extendería, corrió hacia la puerta del estudio, pero antes cogió la carpeta con los informes que Wofford había querido llevarse. Dentro había copias de las imágenes sísmicas obtenidas con el artefacto de Von Wachter junto con los mapas de fallas sísmicas con sus inquietantes señales rojas, incluido el de Alaska. Echó una última ojeada a las llamas que empezaban a extenderse por el fondo de la habitación; luego, dio media vuelta y salió a toda prisa por el pasillo.

Caminó tan rápidamente como pudo procurando no hacer ruido en el suelo de mármol. La adrenalina corría por sus venas ante la perspectiva de que su inminente huida se convirtiera en realidad. El plan era sencillo: se esconderían en el vestíbulo hasta que el incendio llamara la atención de los centinelas apostados en la puerta. Después, en medio del caos, se escabullirían fuera e intentarían hacerse con algún vehículo con el que forzar la puerta del recinto. El fuego había prendido, y Theresa sintió por primera vez la esperanza de que su humilde plan funcionase.

Aminoró el paso al acercarse al vestíbulo y buscó el escondite de Wofford. Éste se hallaba donde ella lo había dejado, de pie tras una ahusada columna. Al verla acercarse, la miró con el miedo reflejado en los ojos. Theresa le sonrió y asintió para indicarle que había tenido éxito, pero el habitualmente jovial Wofford siguió con la misma expresión.

Entonces Tatiana salió de entre las sombras, tras Wofford, apuntándole a la espalda con una pistola, una Makarov automática, y saludó a Theresa con una amenazadora sonrisa.

—Una bonita noche para pasear, ¿verdad? —preguntó con malignidad.

Theresa dio un respingo mientras un escalofrío le corría por la espalda; pero, al ver la sarcástica sonrisa de la joven, la furia sustituyó al miedo y decidió que, si había llegado su hora, vendería cara su vida.

—No podía dormir —dijo, intentando una bravata—. Estamos a punto de terminar nuestros análisis y convencí al guardia para que me dejara ir a buscar algunos informes para trabajar en nuestras habitaciones —añadió mostrándole la carpeta que llevaba bajo el brazo.

Fue un intento valiente, pero Theresa vio enseguida en los ojos de Tatiana que no había mordido el anzuelo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está el guardia?

—Está cerrando el estudio.

En ese instante se oyó oportunamente, al fondo del pasillo, el ruido de libros que caían como resultado de las llamas que estaban devorando los estantes de la

biblioteca.

Una expresión de curiosidad cruzó el rostro de Tatiana, que dio un paso adelante para asomarse al corredor sin dejar de apuntar a Wofford. El geofísico aprovechó el momento para mirar a Theresa, que le devolvió la mirada y asintió.

Como en un movimiento ensayado previamente, Theresa arrojó la carpeta con los papeles al rostro de Tatiana mientras Wofford intentaba apresarle el brazo derecho, que sostenía la pistola.

Con una rapidez de serpiente que los sorprendió, Tatiana dio media vuelta, se puso fuera del alcance de Wofford y de los papeles de la carpeta, que revolotearon inofensivamente tras ella, agarró a Theresa y apoyó el cañón del arma en su mejilla antes incluso de que las hojas cayeran al suelo.

—¡Debería matarte por esto! —susurró venenosamente al oído de Theresa mientras indicaba a Wofford con la otra mano que se mantuviera a distancia—. Vamos a ver qué otros trucos nos tenías reservados.

Empujándola a punta de pistola por el vestíbulo, Tatiana llevó a Theresa hasta la puerta principal. Poniéndose a un lado, la abrió bruscamente.

—¡Guardias! —gritó—. ¡Venid a ayudarme!

Los dos centinelas del porche, ataviados con el atuendo tradicional de los guerreros mongoles y con sus cascos de lata muy hundidos, entraron corriendo y rápidamente se hicieron cargo de la situación. El primero fue hasta Wofford y sacó una pistola que clavó en las costillas del geofísico. El segundo guardia, un sujeto más chaparro, se situó junto a Theresa y la sujetó por el brazo.

—¡Llévósla! —ordenó Tatiana, apartando la pistola de la mejilla de la joven.

El guardia obedeció apartándola bruscamente de Tatiana. Una punzada de desesperación se apoderó de Theresa, y miró a Wofford con angustia. Sin embargo, la expresión de miedo había desaparecido del rostro del geofísico, y en sus ojos había aparecido una chispa de esperanza. De repente, la presa que le sujetaba el brazo se deshizo y, con un inesperado movimiento, el guardia la soltó y cogió a Tatiana por la muñeca, retorciéndosela y obligándola a soltar la pistola. Antes de que ella se diera cuenta de lo que sucedía, el arma cayó y resbaló por el suelo de mármol. El guardia le retorció entonces el brazo a la espalda y la tiró al suelo. Tatiana cayó de bruces con un grito de dolor.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gritó levantándose mientras se acariciaba la dolorida muñeca y se fijaba en el guardia, cuyo uniforme le quedaba visiblemente grande.

El hombre le sonrió con un ademán que le resultó familiar, aunque fuera de lugar. Tatiana se volvió hacia el otro centinela y vio que el traje le iba dos tallas pequeño y que el arma que sostenía la apuntaba a ella. Lo miró a los ojos y dio un respingo al ver que unos penetrantes ojos verdes la contemplaban con morboso placer.

—¡Usted! —dijo con voz enronquecida por la sorpresa.

—¿Acaso esperaba a un admirador? —preguntó Pitt apuntándole con el Colt al estómago.

—Pero... Pero si usted murió en el desierto —balbuceó Tatiana.

—No. El que murió debió de ser aquel falso monje amigo suyo —repuso Giordino recogiendo la Makarov.

Tatiana pareció estremecerse ante aquellas palabras.

—¡Al, has vuelto! —exclamó Theresa, exultante ante el cambio de situación.

Giordino le dio un apretón en la mano.

—Lamento haber sido un poco brusco al entrar —le dijo.

Theresa asintió y le devolvió el apretón.

—Estamos encantados de verlo, señor Pitt —declaró Wofford—. La verdad es que no teníamos muchas esperanzas de poder salir de aquí de una pieza.

—Vimos lo que hicieron con Roy —dijo Pitt mirando fríamente a Tatiana—. Este lugar no es precisamente un campamento para señoritas. En cualquier caso, nos han ahorrado el trabajo de tener que dar con ustedes en esta mansión.

—Creo que sería un buen momento para pensar en largarnos, antes de que lleguen los verdaderos guardias de palacio —terció Giordino acompañando a Theresa hacia la puerta.

—¡Un momento! —dijo ella—. ¡Los informes sísmicos! Tenemos pruebas de que intentan romper las fallas tectónicas del golfo Pérsico y de Alaska.

—¡Eso es absurdo! —declaró Tatiana.

—Nadie te ha preguntado, guapa —contestó Giordino, apuntándola con la Makarov.

—Es cierto —confirmó Wofford agachándose para ayudar a Theresa a recoger los papeles tirados por el suelo—. También provocaron la destrucción del oleoducto que bordea el lago Baikal, y por tanto seguramente la ola seca. Tienen señalados claramente sus objetivos en el golfo Pérsico y el oleoducto de Alaska.

—Me temo que ya han conseguido lo que se proponían en el golfo —anunció Pitt.

—Esta información complementará las fotos que Rudi debe estar tomando en estos momentos —dijo Giordino.

Pitt vio la expresión de perplejidad de Theresa y Wofford y se explicó:

—En el edificio que hay al otro lado del recinto se encuentra un laboratorio donde guardan un artefacto acústico. Creemos que lo han utilizado para provocar los terremotos que han arrasado las instalaciones exportadoras del golfo. Sus documentos parece que apoyan nuestra tesis. No sabíamos que Alaska era la siguiente de la lista.

Theresa se estaba levantando con los brazos llenos de papeles cuando una ensordecedora alarma sonó en el vestíbulo. Las llamas habían puesto en marcha por

fin el sistema contra incendios, y la sirena resonaba por toda la mansión.

—Prendimos fuego al estudio —explicó Theresa—. Confiábamos en que sirviera de distracción para que Jim y yo pudiéramos escapar.

—Puede que todavía podamos —contestó Pitt—, pero será mejor que no esperemos a que lleguen los bomberos.

Salió rápidamente por la puerta mientras Theresa y Wofford lo seguían. Aprovechando la situación, Tatiana intentó quedarse atrás pegándose a la pared del fondo, pero Giordino la vio y sonrió mientras la agarraba del brazo.

—Me temo que vienes con nosotros, cariño. ¿Qué prefieres? ¿Ir caminando o volando? —le preguntó empujándola sin ningún miramiento hacia la puerta. Tatiana se volvió y le lanzó una mirada asesina. Luego, echó a andar a regañadientes.

Una vez fuera, Pitt condujo al grupo hasta las columnas del porche y allí se detuvo. El ruido de unos cascos de caballo al galope por su derecha le indicó que una patrulla que inspeccionaba la linde norte de la residencia había oído la alarma y se acercaba rápidamente hacia la entrada. Más adelante y hacia la izquierda, unos gritos y un tumulto de pasos surgió de la zona cercana a los establos, donde vivía el personal de seguridad. Pitt divisó las luces de las linternas de los guardias que se acercaban a la residencia a pie y maldijo el incendio provocado por Theresa.

Si hubieran salido unos minutos antes, la confusión habría jugado a su favor; pero, en esos instantes, todas las fuerzas de seguridad corrían a toda prisa hacia donde ellos estaban. Su única opción era esconderse y confiar en que los guardias pasaran de largo sin verlos.

Pitt indicó los rosales que había más allá de las columnas.

—Todo el mundo cuerpo a tierra. Esperaremos a que entren en la casa; luego, nos moveremos —dijo en voz baja.

Theresa y Wofford se echaron al suelo y se escondieron tras las espinosas zarzas. Giordino empujó a Tatiana detrás de otra planta y le tapó la boca con la mano mientras se llevaba la pistola a los labios y ordenaba:

—¡Chis!

Pitt se arrodilló, cogió la radio de mano y se la llevó rápidamente a los labios.

—Rudi, ¿puedes oírme? —preguntó en voz baja.

—Soy todo oídos —llegó la apagada respuesta.

—Estamos saliendo, pero está a punto de empezar una fiesta. Tendremos que reunimos dentro de unos cinco o diez minutos.

—Lo recojo todo y me voy hacia el garaje. Fuera.

Pitt se lanzó al suelo cuando tres guardias procedentes de las caballerizas se acercaron. Llegaron corriendo, pasaron cerca de él y entraron en la mansión sin darse cuenta de que los centinelas de la entrada no estaban. Solo había encendidas unas pocas luces en el interior, por lo que Pitt y sus compañeros quedaban ocultos por la

oscuridad.

La patrulla a caballo se hallaba todavía a más de cincuenta metros; Pitt contempló la posibilidad de salir de entre los arbustos antes de que se acercara más, pero lo pensó mejor. Los jinetes no esperarían que nadie estuviera escondido cerca de la entrada. Con un poco de suerte, el incendio provocado por Theresa estaría ardiendo con la furia suficiente para hacer necesario que los jinetes se sumaran a las labores de extinción.

La patrulla, compuesta por ocho hombres, se aproximaba a todo galope hacia la entrada principal, pero frenó de repente al llegar al camino de grava. Una desagradable sensación se apoderó de Pitt cuando vio que los jinetes se desplegaban en un amplio abanico en el límite del pórtico y se detenían. Un par de caballos resoplaron, inquietos, mientras los jinetes los refrenaban. En el interior de la mansión, la alarma dejó de sonar bruscamente. Cuatro guardias más llegaron a pie por el otro lado y se detuvieron al borde del camino. O bien el incendio estaba fuera de control o, como Pitt temía, había sido sofocado antes de que pudiera extenderse.

La respuesta llegó en forma de luz cegadora. Con solo dar a un interruptor, una docena de focos montados en los aleros del tejado se encendieron con toda su potencia, derramando la claridad de sus bombillas halógenas por los alrededores. Los cuerpos de Pitt y los demás, echados tras los zarzales, quedaron totalmente iluminados por el resplandor.

Pitt sujetó con fuerza el Colt 45 y apuntó al jinete más próximo. Los guardias de a pie se hallaban más lejos y no parecían ir armados, al contrario que los jinetes; para disgusto de Pitt, además de sus letales arcos y flechas llevaban rifles con los que les apuntaban. Aunque vio que Giordino también tenía a otro jinete en el punto de mira de su Makarov, su situación no pintaba nada bien.

Pero el tiroteo quedó suspendido cuando unos pasos resonaron en el mármol del vestíbulo y cuatro figuras aparecieron en el porche. Los tres guardias que habían entrado corriendo dieron unos pasos y se quedaron mirando a Pitt y a los demás. Sus túnicas de color naranja estaban ennegrecidas por las llamas y manchadas de hollín, pero en sus ojos no se veía el menor atisbo de pánico. Más preocupante para Pitt eran los rifles de asalto AK-47 que llevaban en las manos.

De entre ellos surgió un cuarto hombre, que se plantó en el centro del camino como si fuera su propietario, y así era en verdad. Borjin iba vestido con una bata de seda azul que marcaba un acusado contraste con el color rojo de su rostro encendido de furia. Iracundo, contempló los matorrales bajo los cuales yacían los cuerpos sin sentido de los centinelas de la entrada. Luego, se volvió hacia Pitt y sus compañeros y, en tono contenido pero con el rostro contraído de ira, gruñó:

—¡Me las vais a pagar!

Cuando entró en la cámara anecoica, Gunn sintió que la curiosidad era más fuerte que el miedo que lo atenazaba. Ya había visto antes cámaras como aquella, pero ninguna llena de tantos equipos electrónicos de alta potencia. Fila tras fila de ordenadores y amplificadores de potencia abarrotaban la plataforma y le conferían un aspecto que a Gunn le recordaba los equipos que podían encontrarse en el interior de un submarino Trident. Pero lo más interesante era el extraño artefacto que había en el centro de la habitación: tres tubos de unos tres metros de alto, acabados en forma de bocina y montados a guisa de trípode. Gunn se quedó mirando aquellos transductores acústicos y sintió un escalofrío al recordar la afirmación de Yaeger de que con aquello se podía provocar un terremoto.

Pero el escalofrío se tornó rápidamente en sudor cuando se dio cuenta de que la temperatura de la sala rozaba los cuarenta grados centígrados. Le sorprendió que los equipos electrónicos estuvieran conectados y funcionando en lo que parecía una prueba programada previamente. El calor generado por los distintos sistemas de alimentación había convertido la sala en una sauna. Tras quitarse la bata que había tomado prestada y la cazadora negra que llevaba debajo, Gunn sacó la cámara digital, subió a la plataforma central y se dispuso a fotografiar a toda prisa aquellos aparatos empezando por el fondo. Pero antes, sudando profusamente, fue hasta la entrada y abrió la puerta para que entrara un poco de aire fresco. Sabiendo que de ese modo podría oír mejor si se acercaban pasos y también recibir llamadas en su radio, dejó la puerta abierta y volvió a sus fotografías.

Al cabo de un momento, se detuvo al llegar a una gran consola ante la que había una cómoda butaca giratoria de cuero: la zona de trabajo del operario encargado de hacer funcionar el artefacto acústico. Gunn se instaló en la butaca y estudió la pantalla de control que tenía delante, iluminada con brillantes colores. En ella había una ventana abierta con el mensaje *prueba en marcha* escrita en alemán. Gunn tenía ciertos conocimientos de esa lengua después de haber pasado varios meses estudiando con un equipo de investigadores alemanes el pecio del paquebote de la Segunda Guerra Mundial *Wilhelm Gustloff*. Hizo clic en una casilla marcada como *Abort*, y una vivaz imagen abstracta apareció de repente en la pantalla.

El monitor de control mostraba una imagen tridimensional de distintas capas sedimentarias, cada una de ellas coloreada de un tono distinto de amarillo dorado. En uno de los márgenes, una escala indicaba quinientos metros; Gunn llegó acertadamente a la conclusión de que se trataba de una imagen estratigráfica del terreno sedimentario que había bajo el laboratorio. Cogió el ratón que había en la mesa de la consola y lo movió hacia él. Mientras el cursor se desplazaba por la pantalla, los tubos abocinados emitieron un fuerte ruido de tictac que se apagó

cuando en la pantalla apareció una nueva imagen subterránea. Gunn vio que la escala indicaba en ese momento quinientos cincuenta metros.

Evidentemente, Von Wachter había perfeccionado notablemente su sistema de obtención de imágenes sísmicas. Gunn fue desplazando el ratón y admirando las nítidas imágenes de los estratos sedimentarios que yacían a cientos de metros bajo él. En el centro de la sala, el artefacto acústico emitió nuevamente su ruido de tictac mientras un motor eléctrico hacía girar el mecanismo y variaba su ángulo de penetración. Igual que un niño con un juego de ordenador nuevo, Gunn se ensimismó momentáneamente con las imágenes producidas por aquel aparato que estudiaba las deformaciones del subsuelo. Por eso le costó oír la llamada de Pitt por la radio; se sobresaltó al escucharla y corrió hacia la puerta de entrada de la cámara para no perder la señal en el aislado recinto.

Tras escuchar el mensaje y cortar la comunicación, echó un rápido vistazo al pasillo. Al no ver señales de vida, corrió de vuelta a la plataforma y acabó de tomar las fotografías que le faltaban del artefacto acústico y de los equipos electrónicos. Se puso la cazadora y se dispuso a partir, pero antes hojeó los papeles y documentos que había en la consola. Encontró lo que parecía un manual de uso, un grueso libro unido mediante una pinza a un sujetapapeles de metal. Le faltaban las primeras páginas, pero supuso que había sido obra de Pitt durante su primera visita. Se lo guardó todo en el gran bolsillo interior de la cazadora y fue hacia la puerta. Se disponía a salir cuando una voz surgió por la radio.

El corazón se le encogió cuando comprendió que la voz no era la de Pitt; aquello significaba que todo estaba perdido.

Pitt se puso lentamente en pie, con el Colt 45 apuntando al suelo para no incitar a los hombres de gatillo fácil de Borjin. Esperó a que Giordino hiciera lo mismo; éste obligó a Tatiana a levantarse y le dio la vuelta para que mirase a su hermano. La Makarov con la que el italiano apuntaba al oído de la joven resultaba perfectamente visible. Tatiana intentó zafarse de la presa de Giordino, pero sin éxito.

—¡Suéltame, cerdo! —protestó airada—. ¡Sois todos hombres muertos!

Giordino se limitó a sonreír y a tirarle del cabello hacia atrás mientras le hundía un poco más la pistola en la oreja. Tatiana soltó un gemido de dolor y dejó de forcejear.

Con los ojos de todos fijos en Tatiana, Pitt levantó lentamente su Colt hasta apuntar claramente al pecho de Borjin mientras con su mano izquierda conectaba el botón de transmisión de la radio; de ese modo confiaba poder informar a Gunn de su apurada situación.

Borjin contempló a su hermana con escaso interés; pero, al mirar fijamente a Pitt y a Giordino y reconocerlos, sus ojos llamearon de indignación.

—¡Vosotros! —gritó antes de recobrar la compostura—. ¿Conseguisteis sobrevivir a vuestra travesía por el desierto y habéis vuelto para irrumpir de nuevo en mi propiedad? ¿Para qué arriesgarse a semejante locura? ¿Solo por los colegas? —preguntó señalando a Theresa y a Wofford, que se habían situado prudentemente detrás de Tatiana.

—Hemos venido para poner fin a los terremotos y a la criminal manipulación de los mercados del petróleo —repuso Pitt—. Hemos venido por nuestros amigos y hemos venido por Gengis.

La mención de Pitt de los terremotos apenas provocó ninguna reacción en el magnate; pero, nada más pronunciar el nombre del gran conquistador de los mongoles, vio que un estremecimiento se apoderaba de Borjin. Sus ojos se entrecerraron, y su rostro enrojeció. Pitt creyó que en cualquier momento podría salirle fuego por la boca.

—La muerte te saludará a ti en primer lugar —dijo, haciendo un gesto afirmativo a los guardias que lo rodeaban.

—Puede, pero tu hermana me acompañará en ese viaje.

Borjin miró intensamente al hombre de duro aspecto que tenía delante y que lo amenazaba tan audazmente. Por la acerada determinación que leía en sus ojos comprendió que aquel hombre se había enfrentado a la muerte. Al igual que su propio ídolo, Gengis Khan, no mostraba miedo ante la batalla. Sin embargo, sospechaba que Pitt tenía un punto débil, uno que quizá podría aprovechar para desembarazarse de él de una vez por todas.

—Mis hombres te abatirán en un instante —replicó—, pero no quisiera ver morir a mi hermana. Suéltala y tus amigos serán libres para marcharse.

—¡No! —protestó Theresa situándose ante Giordino—. ¡Tienes que dejarnos ir a todos! —Luego, entre susurros dijo al italiano—: No permitiremos que te quedes aquí y que te asesinen.

—No estás en situación de exigir nada —repuso Borjin dando unos pasos adelante y atrás. Sin embargo, Pitt se dio cuenta de que estaba intentado apartarse de la línea de fuego y apretó la culata de la pistola con firmeza mientras Borjin se situaba tras uno de los centinelas.

El estallido sonó como si un martillo gigante hubiera golpeado un caldero de hierro, solo que con un eco explosivo. Sin embargo, el retumbo no había salido de ninguna de las armas, sino que resonó en todo el recinto, proveniente del laboratorio. Transcurrieron veinte segundos durante los cuales todo el mundo se quedó petrificado por la confusión; de repente sonó otro tronido idéntico al primero. Tatiana fue la primera en reconocer el sonido y gritó a su hermano con un tono donde se percibía el miedo a lo peor:

—¡Es el aparato de Von Wachter! ¡Alguien lo ha activado!

Gunn había demostrado una notable frialdad bajo presión. Sabía que Pitt habría querido que tomase todas las pruebas fotográficas posibles, escapara del recinto y se pusiera en contacto con las autoridades para llevar a Borjin ante los tribunales y desenmascararlo ante la opinión mundial. Pero no podía escapar y dejar morir a sus amigos. Armado únicamente con la palanqueta, también sabía que si se reunía con ellos solo conseguiría hacerse matar. Fue entonces cuando pensó que quizá —y solo quizá— podría volver a la diabólica máquina de Borjin contra su propietario.

Gunn volvió a entrar en la cámara anecoica, cerró con llave la puerta y corrió hacia la consola dando gracias a que hubieran dejado el sistema conectado y funcionando y a haber pasado un rato manejando sus controles. Saltó a la butaca del operador, cogió el ratón y fue pasando páginas hasta encontrar la imagen que había visto antes; movió frenéticamente el ratón mientras el artefacto seguía sus órdenes zumbando y emitiendo su característico tictac. Al final localizó el estrato que estaba buscando. Se trataba de una extraña ondulación en la línea sedimentaria que dividía dos capas de sedimentos con un nítido corte. Alrededor del corte se veían una docena de marcas redondas que eran en realidad fisuras en la roca. No sabía si se trataba de una falla de verdad, ni tampoco si allí se acumulaban vectores de presión. Al fin y al cabo, quizá tampoco tenía demasiada importancia. No tenía todas las respuestas, pero llegó a la conclusión de que, dadas las circunstancias, era la mejor posibilidad que tenía.

Guió el cursor hasta la cúspide del corte sedimentario e hizo clic con el ratón. Un punto de mira empezó a destellar sobre el lugar señalado mientras el trípode de

bocinas emitía su tictac. Gunn llevó el cursor al margen superior de la pantalla y examinó una serie de menús desplegados. El sudor empezó a gotear por su frente mientras trabajaba frenéticamente en la tórrida cámara. Puesto que el sistema había sido diseñado por Von Wachter y sus colegas, todas las instrucciones estaban en alemán. Gunn rebuscó en los rincones de su cerebro para extraer hasta el más mínimo conocimiento de dicha lengua mientras recordaba que Yaeger les había explicado que Von Wachter utilizaba «paquetes» concentrados de ondas de alta frecuencia para la obtención de imágenes, de modo que seleccionó la frecuencia más alta. Conjeturó que *weite* significaba «amplitud» y escogió el grado máximo de potencia; luego seleccionó un ciclo repetitivo de veinte segundos. Una ventana con la palabra *Aktivieren* en rojo se abrió en la pantalla. Gunn cruzó los dedos mentalmente y apretó el botón.

Al principio no ocurrió nada. Luego, una secuencia de números y letras desfiló por el monitor a toda velocidad. Puede que fuera debido a los agudizados sentidos de Gunn, pero todos los ordenadores y amplificadores de la cámara parecieron cobrar vida con un zumbido de baja frecuencia. Se secó el sudor de la frente, convencido de que la temperatura de la cámara debía de haber subido al menos diez grados, y reparó en que las bocinas volvían a emitir su tictac, solo que en rápido crescendo. Entonces, con un parpadeo de las luces, las bocas de las bocinas vomitaron un ensordecedor tronido. La sensación que tuvo Gunn fue como si un relámpago le hubiera caído a escasos centímetros. La descarga acústica estremeció el edificio y estuvo a punto de arrojarlo al suelo. Se levantó y caminó hacia la puerta trastabillando y con los oídos pitando. Entonces se detuvo y contempló la sala con amargura.

¡La cámara anecoica! Había sido diseñada para absorber ondas de sonido; por lo tanto, incluso las concentradas descargas del artefacto sísmico quedarían considerablemente amortiguadas por los paneles absorbentes. Todos sus esfuerzos por poner en marcha el sistema habían sido inútiles.

Saltó de la pasarela al suelo de espuma y caminó como pudo hasta la base de las bocinas. Anticipándose a la segunda descarga, se tapó los oídos justo antes de que el tronido surgiera por las trompetas con un ensordecedor estallido.

La explosión lo hizo caer de rodillas, pero se recuperó rápidamente y se arrastró hasta la base del trípode. Contó en voz alta hasta veinte mientras arrancaba frenéticamente los bloques de espuma del suelo. La suerte se puso de su parte porque la espuma no estaba pegada; podía levantarla en grandes paneles. Bajo ella, el suelo parecía enlosado, pero al ver su brillo grisáceo, Gunn supo que eran láminas de plomo montadas como absorbente adicional. Había contado hasta once cuando se levantó y corrió a la consola, donde cogió la palanqueta que había dejado en la mesa. Clavando la uña de la herramienta en las juntas del suelo, retiró rápidamente una de las pesadas losas. Haciendo caso omiso de la cuenta —que iba por el dieciocho—

arrancó otras tres que, junto con la primera, dejaron un metro cuadrado de superficie despejada bajo las bocinas.

Empujado por su afán de romper el suelo, Gunn había contado demasiado deprisa, por lo que se retiró de debajo del trípode justo antes de que estallara la tercera descarga. Tapándose los oídos vio que el artefacto disparaba sus ondas a través de la capa de cemento que formaba la base del edificio.

«No puedo hacer más», se dijo mientras se apagaba el tronido y se encaminaba de nuevo hacia la puerta.

Cuando la abrió temió encontrarse frente a una legión de guardias armados, que esperaban a que saliera, pero todos los centinelas habían corrido a la mansión, al menos temporalmente. Lo que vio en su lugar fue un reducido grupo de científicos, algunos de ellos en pijama, pululando al otro extremo del pasillo. Cuando salió de la cámara, uno de ellos gritó y lo señaló, azuzando al furioso grupo para que fuera en su persecución. Con solo unos pocos metros de margen, Gunn se precipitó en el interior del despacho más próximo a su derecha.

Al igual que la mayoría de las oficinas del edificio del laboratorio, estaba austeramente amueblada con un escritorio de metal adosado a una pared y una mesa de trabajo llena de equipos electrónicos a un lado. Sin embargo, los muebles no interesaban a Gunn. Lo único importante era la pequeña ventana que daba al recinto. Se acercó a ella dando gracias a Giordino por haberle entregado la palanqueta, que en esos momentos sujetaba con ambas manos, y asestó un golpe en la esquina del cristal con el lado romo de la herramienta. Barrió los restos de cristales del marco con la barra de hierro y saltó al exterior. Su cuerpo apenas había tocado el suelo cuando sonó un cuarto y último tronido, cuyo impacto le pareció mucho menos violento estando ya fuera del edificio.

Un coro de gritos frenéticos se oyó a través de la rota ventana. El grupo de científicos se olvidó de Gunn y corrió al interior de la cámara. Sabía que desactivarían el sistema antes de que se produjera otra descarga. Su intento de provocar un terremoto había fracasado, pensó lúgubrementemente, y con él su oportunidad de salvar las vidas de Pitt y Giordino.

Cuando el sonido de la segunda descarga resonó en el recinto, Borjin ordenó a dos de sus guardias montados que fueran a investigar. Los hombres galoparon rápidamente por el oscuro recinto mientras un ligero temblor sonaba en la distancia. El profundo tronar de la tercera descarga sísmica apagó la trápala de los caballos y también el discante tronido.

—¿Se ha traído algún otro amigo? —preguntó despectivamente Borjin.

—Los suficientes para meterlo a usted entre rejas para siempre —contestó Pitt.

—Entonces morirán con usted.

Un ruido de cristales rotos sonó procedente del laboratorio, seguido por la cuarta detonación del artefacto acústico. Luego todo quedó en silencio.

—Se diría que sus amigos se han topado con mis guardias —sonrió Borjin.

La mueca despectiva seguía en su rostro cuando un nuevo tronido resonó en las montañas como el sonido de una tormenta que se avecina; solo que en esa ocasión el rumor siguió creciendo con la intensidad de una avalancha que se acercaba. Fuera del recinto, un par de lobos empezaron a aullar al unísono con lúgubre premonición. Los caballos de las cuadras interpretaron las mismas señales y empezaron a piafar esperando nerviosamente el cataclismo que sus dueños humanos eran incapaces de prever.

A mil metros bajo la superficie, las tres ondas disparadas por los tres transductores convergieron en la falla señalada por Gunn. El corte sedimentario era en efecto una antigua falla oblicua. Las dos primeras descargas del artefacto sísmico, amortiguadas por la insonorización de la cámara anecoica, habían golpeado la falla con una energía menor; sin embargo, la tercera la golpeó con toda la potencia de sus ondas convergentes. Aunque la capa sedimentaria aguantó, las ondas sísmicas vibraron con una potencia que sacudió toda la línea de falla. La cuarta descarga bastó para partirla el espinazo.

Por naturaleza, una línea de falla es una fractura en la roca propensa a moverse. La mayoría de terremotos son el resultado de la energía liberada por un deslizamiento en la zona de falla. La presión va aumentando a lo largo de la falla debido al movimiento tectónico subyacente, hasta que un súbito deslizamiento libera la tensión. El deslizamiento reverbera hacia la superficie y envía una serie de ondas de choque que son las que crean los temblores que sacuden la superficie.

En la falla situada bajo las montañas de Mongolia, la cuarta y última descarga actuó igual que un torpedo. Las vibraciones sísmicas sacudieron la fractura y provocaron un deslizamiento tanto en el plano vertical como en el horizontal. La combadura fue pequeña, apenas unos centímetros repartidos a lo largo de menos de quinientos metros de grieta; pero, dado que se hallaba cerca de la superficie, la onda

de impacto fue brutal.

Las ondas de choque surgieron a través del suelo en una siniestra confusión de temblores horizontales y verticales. En la escala de Richter, el temblor habría alcanzado los 7,5 grados; pero la escala no reflejaba su verdadera intensidad en la superficie, donde los que estaban sobre el terreno percibieron los temblores con una fuerza diez veces superior.

Para Pitt y los demás, el movimiento llegó precedido de un tronido que fue creciendo en intensidad hasta que sonó como si un tren de mercancías estuviera pasando bajo sus pies. Entonces las ondas de choque alcanzaron la superficie, y el suelo bajo ellos empezó a girar. Al principio, el terreno se estremeció hacia adelante y hacia atrás; luego, pareció liberarse en todas direcciones mientras aumentaba su fuerza.

Pitt y los guardias cruzaron una mirada de aprensión cuando los temblores empezaron; las violentas sacudidas no tardaron en arrojar a todo el mundo al suelo. Pitt vio que uno de los guardias caía hacia atrás en los peldaños del porche y soltaba el fusil de asalto, que quedó al alcance de su mano; pero no se esforzó por mantener el equilibrio, sino que se tiró al suelo apuntando con la pistola. Su arma, más pequeña y ligera, le dio una repentina ventaja sobre los guardias, de modo que apuntó al que tenía más cerca y apretó el gatillo. A pesar de las vibraciones, dio en el blanco, y el hombre se desplomó al suelo. Pitt cambió rápidamente la dirección de su arma hacia el hombre que había hincado la rodilla en tierra para estabilizarse y realizó tres disparos en rápida sucesión al mismo tiempo que su adversario soltaba una ráfaga con el AK-47. Dos de los proyectiles de Pitt dieron en el blanco; mataron al guardia al instante, mientras que las balas del Kalashnikov rebotaban en el suelo a la izquierda de Pitt.

Éste apuntó inmediatamente al primer guardia, que había caído justo delante de Borjin. El magnate había subido corriendo los peldaños de la entrada con el primer tiroteo y se había escondido tras la puerta justo cuando Pitt apuntaba en esa dirección. Otro tiro sonó tras él, disparado por Giordino después de haber arrojado a Tatiana al suelo. Los temblores estaban alcanzando su máxima intensidad, y resultaban demasiado fuertes para que nadie pudiera apuntar con efectividad. Dando un salto increíble, el guardia saltó hacia la puerta y alcanzó indemne el interior.

Al otro extremo del camino de acceso, los guardias a caballo no eran motivo de preocupación. Los caballos, que no entendían por qué el suelo se estremecía bajo ellos, seguían relinchando y piafando. Tres de los aterrorizados animales no dejaban de encabritarse y obligaban a sus jinetes a sujetarse con ambas manos para no caer. El cuarto salió desbocado, pisoteando los cuerpos de los centinelas muertos en su loca carrera hacia las caballerizas.

El violento zarandeo se prolongó casi un minuto durante el cual las personas que

estaban tumbadas en el suelo tuvieron la impresión de ser lanzadas por los aires. Dentro de la mansión de Borjin se oyó un caótico estruendo de cristales y objetos diversos haciéndose añicos mientras las luces parpadeaban. Al otro lado del recinto, una alarma sonó débilmente en el interior del edificio del laboratorio.

Y entonces todo terminó. Los temblores cesaron, y el tronido se fue apagando lentamente, hasta que un silencio sobrenatural se apoderó del recinto. Las luces del pórtico se habían apagado, por lo que Pitt y sus amigos podían cobijarse en la oscuridad. Sin embargo, Pitt sabía que el tiroteo no había acabado.

Miró a los demás y vio que Theresa y Wofford estaban bien, pero que un reguero de sangre manaba de la pierna de Giordino. El italiano observaba su herida como si fuera una molestia menor.

—Lo siento, jefe. Me ha dado una bala rebotada de don gatillo fácil. De todas maneras, no es grave. No ha dado en el hueso.

Pitt asintió y se volvió hacia los jinetes, cuyas monturas se estaban tranquilizando.

—Rápido, refugiaos tras las columnas —ordenó.

Apenas pronunció aquellas palabras uno de los jinetes disparó.

Cojeando ligeramente, Giordino arrastró a Tatiana hasta la base de uno de los pilares mientras Theresa y Wofford se escondían tras una columna. Pitt hizo algunos disparos para cubrirlos antes de correr él también a refugiarse. Acurrucados tras los pilares, por el momento se hallaban fuera de la línea de tiro tanto de los jinetes como de los efectuados desde la mansión.

Una vez tranquilizadas sus monturas, los cinco jinetes restantes abrieron fuego a discreción y rociaron las columnas de balas. Sin embargo, al contrario que sus objetivos, ellos se hallaban totalmente expuestos. Con un rápido movimiento, Giordino se asomó por un lado de la columna, disparó dos veces contra el jinete más cercano y volvió a ocultarse. El hombre recibió un impacto en la pierna y otro en el hombro antes de que sus compañeros devolvieran el fuego e hicieran saltar una lluvia de esquirlas de mármol. El jinete herido dejó caer su rifle y se retiró tras unos matorrales al final del camino. Mientras Giordino atraía los disparos, Pitt disparó a su vez un par de veces; hirió a otro de los guardias en el brazo. El cabeza de la patrulla ladró una orden, y los jinetes restantes se retiraron tras la vegetación.

Giordino se volvió hacia Pitt.

—Volverán. Apuesto algo a que en estos momentos están desmontando para atacarnos a pie.

—Sí. Y seguramente estarán intentando rodearnos mientras hablamos —contestó Pitt, que en ese momento pensó en Gunn. Buscó su radio sin encontrarla. Seguramente se le habría caído durante el terremoto y estaría en algún lugar en la oscuridad—. ¡He perdido la radio! —dijo, soltando una maldición.

—Dudo que Rudi pueda hacer algo más para ayudarnos —dijo Giordino—. Además, solo me quedan cinco balas.

A Pitt también le quedaban solo unas pocas balas en su Colt. Con Wofford y Giordino cojeando, no podían desplazarse rápidamente, y sin duda los guardias no tardarían en rodearlos. Pitt vio la puerta abierta de la mansión y decidió que el interior era su mejor alternativa para una posición defensiva. La casa había quedado extrañamente silenciosa. Cabía la posibilidad de que él o Giordino hubieran alcanzado al guardia y que dentro solo se escondiera Borjin.

Pitt se incorporó sobre una rodilla; se preparaba a conducir al grupo al interior cuando una sombra cruzó rápidamente el umbral. En la débil claridad, creyó ver asomar el cañón de un arma, y un repentino rumor entre los arbustos a su espalda le dijo que era demasiado tarde. La trampa estaba preparada, y ellos no tenían forma de escapar. Superados en número y en armamento, sin ningún lugar donde esconderse, iban a tener que ofrecer su última resistencia allí mismo.

Entonces, un profundo tronido resonó en las montañas. Era parecido al que había precedido al terremoto, pero también extrañamente distinto. Y con él llegó un nuevo e inesperado cataclismo de muerte.

Pitt escuchó atentamente y comprendió que el rugido tenía su origen en lo alto de la montaña y no bajo el suelo. Era un ruido atronador que no disminuía, sino que se hacía más fuerte a cada segundo, y que parecía transformarse en un bramido torrencial. Todos en el recinto se volvieron y contemplaron fijamente la entrada, donde el fenómeno parecía concentrarse. Increíblemente, el bramido aumentó de intensidad hasta que llegó a parecerse al rugido de una docena de Jumbo 747 despegando a la vez.

Por encima del estruendo, se oyeron entonces dos gritos de terror que surgían de la entrada del recinto. Al otro lado de los muros, fuera de la vista, los dos centinelas de la entrada se apresuraron a abrir las pesadas puertas de hierro. Sus gritos y su intento de escapar quedaron ahogados por una gigantesca pared de agua.

Quinientos metros río arriba, el terremoto había abierto una gran grieta perpendicular al cauce. Las turbulentas aguas habían girado en un confuso remolino mientras la fuerza de la gravedad las conducía en una nueva dirección. Cerca de la embocadura del acueducto, todo el río se había desplazado lateralmente y había trazado un nuevo curso a lo largo del elevado camino de tierra.

El río se había lanzado hacia el recinto de Borjin antes de acumularse en una gran depresión. El alto montículo construido como vía de circulación para maquinaria entre el acueducto y el camino había hecho de improvisada presa a poca distancia de las murallas. Las turbulentas aguas la habían llenado hasta formar un gigantesco depósito; después, habían empezado a rebosar y a abrir una grieta en el talud que pronto se expandió hasta su base. En un abrir y cerrar de ojos, el talud se desmoronó bajo el peso del agua que contenía, por lo que liberó un impresionante muro líquido.

La acumulación de gélidas y negras aguas arremetió en forma de una ola de más de tres metros de altura contra el recinto. Los centinelas de la entrada, ajenos al peligro hasta que fue demasiado tarde, quedaron aplastados por la ola cuando ésta golpeó la puerta y saltó por encima de los muros. El torrente apenas perdió impulso al reventar las puertas de la entrada y al abrir un considerable agujero encima de la zona de paso del acueducto. Las dos corrientes unieron sus fuerzas en el interior del recinto y se lanzaron contra la mansión en forma de ola de dos metros.

Pitt contempló la muralla de agua que se les echaba encima y supo que no tenían la menor oportunidad de escapar de ella, particularmente Giordino y Wofford.

—¡Cogeos a las columnas y aguantad! —gritó a sus compañeros.

Las columnas de mármol que sostenían el porche eran de estilo dórico y estaban profundamente estriadas, con lo que permitían asirse fuertemente a sus bordes. Theresa y Wofford rodearon la columna con sus brazos y se cogieron de las manos mientras Giordino se aferraba con uno de sus fuertes brazos para no soltar la

Makarov que tenía en la otra mano. Tatiana se olvidó de su miedo a que el italiano le disparara y rodeó la cintura de Giordino presa del pánico ante la avalancha de agua que se les echaba encima. Pitt apenas tuvo tiempo de echarse al suelo y aferrarse a su columna antes de que el diluvio lo alcanzara.

Pero lo que llegó primero fueron los gritos de los hombres. Los guardias que se habían desplegado para rodear a Pitt y a los suyos fueron pillados al descubierto y barridos por la ola mientras ésta se precipitaba hacia la mansión. Pitt oyó los alaridos de agonía de uno de los guardias al ser arrastrado contra la casa por la imparable corriente.

La ola siguió el camino de menor resistencia: cruzó el recinto y prácticamente evitó el edificio del laboratorio y el garaje. Acompañada por un ensordecedor rugido, se estrelló con gran estruendo contra la mansión. Tal como Pitt había esperado, las columnas de mármol absorbieron la mayor parte del impacto. Aun así, notó cómo la corriente le levantaba las piernas y tiraba de ellas. Se sujetó con todas sus fuerzas mientras la acometida principal pasaba y la fuerza de la corriente empezaba a disminuir. El miedo a ser arrastrado y ahogarse en el torrente se vio sustituido por el contacto de las heladas aguas. El choque de la gélida ola lo dejó sin aire en los pulmones y le azotó la piel con cientos de afiladas agujas. Sin dejar de sujetarse a la columna, se puso en pie cuando vio que la corriente disminuía y le llegaba a los muslos. A su lado, vio que Giordino sacaba a Tatiana de debajo del agua tosiendo y jadeando. Unos segundos más tarde, Theresa y Wofford salieron de detrás de su columna tiritando de frío.

El muro de agua había entrado en tromba en la casa buscando un camino de descenso. A pesar de que dos palmos de agua se arremolinaban en el boquete abierto donde había estado la puerta, la principal acometida se había desviado por los gruesos muros de la mansión, de modo que la corriente había formado una cascada que caía por el borde del precipicio. Los débiles gritos de los hombres que habían sobrevivido al impacto inicial pero que se vieron arrastrados al vacío sonaron brevemente por encima del rugido del agua. No lejos de allí, un repentino estruendo indicó que el extremo norte de la casa había cedido bajo la fuerza de las furiosas aguas.

El nivel del agua y la fuerza de la corriente habían disminuido en el porche. Pitt vadeó hacia los demás, que se habían reunido alrededor de la columna de Giordino, mientras contemplaba la macabra escena de los cadáveres de los guardias flotando. Cuando llegó junto a sus amigos se encontró con que Theresa tiritaba incontrolablemente y lo miraba con ojos vidriosos. Hasta el inquebrantable Giordino parecía atontado por el efecto de la herida de la pierna y la inmersión en el agua helada. Pitt sabía que no tardarían en sufrir de hipotermia si no conseguían salir de aquellas heladas aguas.

—Tenemos que llegar a terreno seco. Venid por aquí —les dijo señalando hacia el

laboratorio, que se había mantenido más o menos a salvo de la inundación por hallarse en una zona un poco más elevada.

Wofford ayudó a llevar a Theresa mientras que Pitt se aseguraba de que Tatiana no se separara de Giordino; sin embargo, su preocupación era innecesaria, porque el helado baño había bajado los humos de la hermana de Borjin.

El río se había dividido en dos en el interior del recinto. La corriente principal corría desde la puerta de entrada hasta el extremo norte de la mansión, donde las aguas seguían desgastando los derruidos muros. Una corriente secundaria fluía en remolinos hacia el laboratorio antes de desviarse en dirección al porche de la casa. Parte de las aguas atravesaban el interior de la casa, mientras que el resto la rodeaban y se unían al cauce principal.

Era aquella corriente secundaria la que obstruía el camino a Pitt y a los suyos. Rápidamente, guió al grupo fuera de la zona más profunda. Aun así, en todas direcciones el agua helada les llegaba hasta los tobillos. A su alrededor, se oían los gritos y las voces de los científicos que intentaban evitar que las aguas inundaran los laboratorios. Alguien gritó dentro del garaje cuando se oyó que un coche se ponía en marcha. En el exterior, el caos iba en aumento: los caballos de los guardias habían escapado de las caballerizas durante el terremoto, y los asustados animales galopaban nerviosamente de un lado a otro.

Pero Pitt tenía sus propios problemas. Vio que a Theresa le fallaban las piernas y corrió para ayudar a Wofford a ponerla en pie.

—Se está desmayando —advirtió el geofísico a Pitt.

Éste miró a la joven y vio unos ojos vacíos. Theresa seguía tiritando y tenía la piel pálida y fría. Se hallaba al borde de la hipotermia.

—Tenemos que secarla y hacer que entre en calor sin pérdida de tiempo —dijo Wofford.

Allí, de pie en medio del inundado recinto, sus posibilidades parecían escasas y no parecieron mejorar cuando vieron que un vehículo salía en tromba del garaje con las luces encendidas.

La zona alrededor del garaje estaba cubierta por un palmo de agua, pero el vehículo se abrió paso por ella igual que un tanque. Pitt lo observó con inquietud mientras las ruedas giraban en su dirección y enfilaban hacia la mansión. El conductor puso las largas y empezó a maniobrar como un poseso para barrer la zona con las luces. En menos de un minuto los faros iluminaron a Pitt y a sus amigos. El conductor dejó de maniobrar y se dirigió directamente hacia ellos.

El congelado grupo se había detenido en una zona despejada y no tenían donde esconderse. Además, la sucia agua que les llegaba a los tobillos no les permitía correr aunque hubieran tenido un lugar hacia donde hacerlo. Pitt observó fríamente el vehículo que se acercaba y se volvió hacia Wofford.

—Aguanta a Theresa un momento —le pidió.

A continuación, levantó el Colt 45 y apuntó al parabrisas del coche y al invisible conductor que había al volante.

Pitt se mantuvo inmóvil mientras su dedo aumentaba la presión en el gatillo. El conductor hizo caso omiso del gesto y siguió avanzando hacia ellos, levantando cortinas de agua con los neumáticos. A medida que se acercaba fue girando hasta ponerse de lado y frenar. Pitt mantuvo el coche en su punto de mira mientras el Range Rover negro describía una cerrada curva y se detenía ante ellos entre salpicaduras de agua. Pitt apuntó a la ventanilla del pasajero y se acercó con el arma preparada.

El coche permaneció unos segundos al ralentí, entre nubes de vapor que surgían de sus calientes entrañas. Luego, la ventanilla bajó y del oscuro interior surgió un familiar rostro con gafas.

—¿Alguien ha pedido un taxi? —preguntó Rudi Gunn con una sonrisa.

Pitt instaló a Theresa en el asiento de atrás del Range Rover mientras Giordino introducía a Tatiana a la fuerza y se sentaba junto a Theresa. Wofford subió al asiento del pasajero mientras Gunn ponía el calefactor del coche a la máxima potencia; el interior del vehículo se convirtió en un horno. Entretanto, Giordino quitó la empapada ropa a Theresa, que empezó a dejar de tiritar. El calor no tardó en reanimarlos a todos, y Theresa sorprendió a todo el mundo incorporándose y ayudando a vendar la pierna del italiano.

—¿Es a ti a quien tenemos que dar las gracias por haber hecho temblar la morada de Borjin? —preguntó Pitt a Gunn apoyándose en la puerta del conductor.

—En realidad tenéis que agradecerse a Von Wachter. Su artefacto sísmico funciona de verdad y es muy fácil de manejar. Me la jugué y decidí pulsar cierto botón. Al cabo de un momento teníamos un terremoto a la carta.

—Y justo a tiempo, si se me permite decirlo.

—Bonita sacudida, Rudi —gruñó Giordino desde el asiento trasero—, pero la verdad es que podríamos haber prescindido perfectamente del baño de impresión.

—La verdad es que no puedo hacerme responsable de los añadidos como el incendio y la inundación —contestó Gunn con fingida humildad.

Pitt se volvió hacia el laboratorio y reparó por primera vez en el humo y las llamas que surgían de las ventanas del primer piso. Una tubería de gas había reventado en algún lugar del laboratorio y propagaba una bola de fuego por todo el edificio. Un grupo de angustiados científicos se afanaba en sacar de allí los equipos, el material de investigación y sus efectos personales antes de que toda la estructura fuera pasto de las llamas.

Recuperada del frío gracias a la calefacción del Range, Tatiana volvió a su belicosa actitud.

—¡Salgan de aquí! —ordenó con voz cargada de odio—. ¡Éste es el coche de mi hermano!

—Pues es una buena elección. No se olvide de darle las gracias de mi parte por dejarse las llaves puestas —repuso Gunn abriendo la puerta y disponiéndose a bajar—. ¿Quieres conducir? —preguntó a Pitt—. Yo puedo ir detrás con esa gata salvaje.

—No —contestó Pitt, volviendo la cabeza hacia la mansión—. Quiero a Borjin.

—¡Adelante! ¡Vaya a buscarlo! —chilló Tatiana—. ¡Así mi hermano tendrá ocasión de matarlo!

Giordino ya tenía suficiente. Lanzó un directo a la mandíbula de la joven, y ésta se desplomó en el asiento, inconsciente.

—Llevaba rato queriendo hacer esto —dijo en tono de disculpa antes de volverse hacia Pitt—. ¿Necesitas refuerzos?

—No con esa pierna tuya —repuso señalando con la cabeza la vendada extremidad—. No, será mejor que colabores con Rudi para sacar a todo el mundo de aquí en caso de que haya más problemas. Solo quiero asegurarme de que nuestro anfitrión no se ha esfumado.

—No aguantarás mucho más en esta agua helada —le dijo Rudi viendo que Pitt tiritaba ligeramente—. Al menos quítate el disfraz que llevas y ponte mi cazadora —añadió quitándose la gruesa prenda.

Pitt se quitó el empapado *del* naranja y aceptó gustoso la prenda de Gunn.

—Gracias, Rudi. Intenta salir de aquí antes de que todo esto se derrumbe pendiente abajo. Si no me he reunido con vosotros antes de una hora, salid pitando hacia Ulan Bator sin mí.

—Te esperaremos.

Gunn volvió a instalarse tras el volante, puso una marcha y se dirigió hacia la entrada del recinto levantando cortinas de agua. La puerta de la muralla y parte de los muros adyacentes habían sido derribados por la ola; la zona estaba llena de escombros y fragmentos de hierro y hormigón. Pitt observó cómo Gunn guiaba el Range hacia el gran boquete de la muralla y vio el todoterreno botando sobre los escombros hasta que sus luces traseras se desvanecieron al otro lado de los muros.

Mientras vadeaba hacia la oscura e inundada mansión de Borjin, Pitt se sintió de repente muy solo y helado; se preguntó lúgubrementemente qué le tendría reservado el mongol.

Aunque lo peor de la inundación ya había pasado, seguía habiendo más de un palmo de agua en la casa cuando Pitt subió los peldaños de la entrada. Se detuvo ante la puerta principal, donde vio un cuerpo flotando en el agua, boca abajo, con las piernas encajadas tras una gran maceta. Se acercó y examinó al hombre. No era uno de los guardias que él había abatido, sino otro de los centinelas, que aparentemente se había ahogado en la inundación. Vio que todavía sujetaba una lanza en una mano y que la aferraba con sus rígidos dedos. Pitt se agachó, le quitó la túnica naranja y también la lanza. A continuación pasó el asta del arma por las mangas de la túnica y dejó que esta colgara como de una percha. Sabía que era una trampa inocente, pero no tenía nada más para hacer frente a los que lo esperaban dentro.

Se agachó al cruzar la puerta y entró rápidamente en la mansión describiendo un arco por todo el vestíbulo con su Colt 45. La entrada se hallaba desierta, y el silencio reinaba en toda la casa salvo por el constante fluir del agua que caía en cascada por una distante escalera. Hacía rato que la electricidad se había ido, pero algunas luces de emergencia, sin duda alimentadas por algún generador, brillaban en el pasillo con su roja claridad; apenas iluminaban y solo proyectaban sombras carmesí en los inundados corredores.

Pitt se asomó a los tres pasillos. No pudo ver el final del corredor norte, donde el turbulento río seguía erosionando el extremo del ala. Pensó que era imposible que Borjin hubiera escapado por allí, a menos que tuviera un kayak y ganas de suicidarse. Entonces se acordó de que Theresa había dicho que el estudio del magnate se encontraba en el pasillo principal, de modo que empezó a moverse despacio hacia allí.

Se pegó a la pared lateral apuntando con la pistola hacia delante con la mano derecha. Luego, levantó la lanza y se la encajó bajo el brazo izquierdo con la punta por delante. La desgarrada túnica color naranja que colgaba de ella iba a cierta distancia por delante de Pitt, haciendo de diana móvil por el centro del corredor.

Pitt se movió lentamente, arrastrando los pies para no hacer ruido en el agua y delatar su presencia. En realidad no podía hacer otra cosa porque notaba los pies tan entumecidos por las heladas aguas que tenía la sensación de caminar sobre muñones. Esa noche no habría carreras ni persecuciones, pensó mientras se esforzaba por mantener el equilibrio.

Se desplazó con calculada paciencia, dejando atrás varias habitaciones pequeñas sin haber entrado en ellas. Se detenía después de haber pasado ante ellas y esperaba unos instantes para ver si alguien salía tras él. Un aparador caído y algunas estatuas rotas le bloquearon el camino, de modo que se vio forzado a ocupar temporalmente el centro del pasillo. Al acercarse a la cocina de la mansión volvió a pegarse a la pared

dejando que la colgante túnica fuera por delante de él a lo largo del centro del pasillo.

Entumecido por las heladas aguas, Pitt se concentró en mantener la vista y el oído aguzados al máximo. Cuando sus oídos detectaron un leve ruido de agua se detuvo y se esforzó en determinar si el ruido había sido producto de su imaginación. Sin moverse apenas, agitó la túnica por delante de él.

La ráfaga surgió de la cocina; un ensordecedor tableteo de un arma automática que resonó entre las paredes de la casa. En la rojiza penumbra, Pitt vio que la túnica estaba desgarrada por los disparos y que éstos habían continuado su camino y se habían estrellado en el pasillo a escasos metros frente a él. Entonces, Pitt levantó con calma el Colt 45 hacia la puerta de la cocina, apuntó hacia donde había visto el destello de la boca de fuego y apretó tres veces el gatillo.

Mientras el estruendo de la pistola automática reverberaba en el pasillo, Pitt oyó un ahogado respingo en la cocina, seguido del metálico golpe de un fusil de asalto al caer entre los fogones y del chapoteo del cuerpo del guardia al desplomarse muerto en el agua.

—¡Barsijar! —gritó la voz de Borjin desde el fondo del pasillo.

Pitt sonrió para sus adentros cuando el grito del magnate quedó sin respuesta. Su instinto le decía que no había más sicarios entre él y el mongol. Tras dejar caer la lanza con la túnica, Pitt se lanzó agresivamente hacia el lugar de donde provenía la voz de Borjin. Parecía que sus entumecidos pies fueran de plomo, pero apoyándose con la mano libre a lo largo de la pared avanzó por el agua tan deprisa como pudo. Por delante de él, le llegó el chapoteo de los pasos de Borjin, pero el sonido se desvaneció bruscamente al final del pasillo.

Un nuevo estrépito resonó por toda la casa cuando otro trozo del ala norte se vino abajo por efecto de la fuerza del río. Toda la mansión se resentía bajo la rápida erosión que cada vez se iba acercando más al centro del edificio. Situada al borde de un precipicio, Pitt era consciente de que existía un peligro real de que toda la edificación acabara deslizándose montaña abajo. Aun así, descartó cualquier tentación de dar media vuelta y correr hacia la salida. Tenía a Borjin al alcance de la mano y podía capturarlo con vida.

Corrió dejando atrás diversas estancias vacías, pero vaciló al llegar al calcinado estudio. Sacudiéndose de encima un escalofrío provocado por la humedad y el frío, hizo un esfuerzo para concentrarse en el entorno y no en su propia incomodidad. El constante murmullo del agua al fluir se había hecho más intenso al acercarse al final del corredor. En la débil claridad de las luces de emergencia, Pitt vio que eran las aguas que se precipitaban por la escalera que había más allá del estudio. A pesar de la penumbra, también divisó las huellas de pisadas que conducían a la sala de reuniones que se veía al final del pasillo.

Pitt pasó ante la escalera, aliviado por poder sacar los pies de las heladas aguas.

Se acercó cautelosamente a la puerta de la sala de reuniones y se asomó al interior. La tardía luna había salido por el horizonte y proyectaba sus plateados rayos a través de los altos ventanales de la sala. Pitt se esforzó por localizar a Borjin en las profundidades de la espaciosa estancia, pero todo estaba en silencio. Finalmente se decidió a entrar sin hacer ruido, moviendo el cañón de la pistola al mismo tiempo que los ojos.

La coordinación de Borjin resultó impecable. El mongol surgió de detrás de la mesa de reuniones cuando su adversario se encontraba mirando el lado contrario de la sala. Demasiado tarde, Pitt se volvió hacia el repentino movimiento, justo cuando un fuerte ¡tang!, sonaba en la oscuridad. Con el precario equilibrio que le proporcionaban sus congelados pies, Pitt solo logró disparar una vez contra Borjin, pero falló por mucho, y la bala se estrelló en el ventanal que había tras él. En cambio, el disparo del mongol fue mucho más certero.

Pitt apenas vio la mancha borrosa de la flecha antes de que le acertara de lleno en el pecho, justo por debajo del corazón, con un golpe sordo. Lanzado de espaldas al suelo, Pitt alcanzó a ver una última imagen de Borjin, de pie, con el arco entre los brazos. La luz de la luna iluminaba sus afilados dientes, que brillaban en una sonrisa asesina y satisfecha.

Tras pasar chapoteando con el coche entre el agua y los escombros del muro de entrada, Gunn hizo girar el Range Rover hacia la pequeña loma que había fuera del recinto y se abrió camino hasta lo alto. Allí dio media vuelta con el coche y apagó las luces. Desde aquella posición tenían una perfecta visión del recinto que se desmoronaba a sus pies. La furiosa corriente golpeaba contra las destrozadas murallas de la entrada y serpenteaba alrededor de la mansión mientras el humo y las llamas se alzaban cada vez a mayor altura desde el laboratorio situado al otro extremo.

—No me importaría que no quedaran ni las cenizas de este lugar —comentó Wofford contemplando con placer la destrucción.

—Estando como estamos a cientos de kilómetros de la estación de bomberos más próxima, hay muchas probabilidades de que ocurra precisamente eso —contestó Gunn.

Sudando por culpa de la calefacción que secaba y calentaba a los demás, se apeó del coche. Giordino lo siguió a pesar de su cojera y ambos contemplaron la devastación que se extendía a sus pies. El sonido de un tiroteo les llegó desde alguna parte de la mansión. Pasados unos minutos, se oyó un solitario disparo.

—Pitt no tendría que haber regresado solo —dijo Giordino soltando una maldición.

—Nadie podría habérselo impedido —repuso Gunn—. No le pasará nada.

Sin embargo, una desagradable sensación en la boca del estómago le decía lo contrario.

Borjin volvió a colocar la ballesta medieval entre su colección de armas antiguas. Luego, se acercó al roto ventanal y echó un rápido vistazo al exterior. Un torrente de agua se precipitaba sobre la parte trasera de la casa y se acumulaba contra el borde del precipicio antes de saltar al vacío en forma de amplia cascada. Pero lo que más preocupaba a Borjin era el agua que llenaba el patio y que amenazaba al santuario. Contempló con angustia el edificio de piedra. La estructura principal seguía intacta, pero la entrada en forma de arco había quedado reducida a escombros por el temblor de tierra.

Haciendo caso omiso del cuerpo de Pitt, tendido en el suelo, Borjin salió a toda prisa de la sala de reuniones y bajó por la escalera vadeando el agua. La fuerza de la corriente lo empujaba, por lo que tuvo que agarrarse a la barandilla para poder bajar. Se detuvo un instante para contemplar el retrato que colgaba a medio camino e inclinó levemente la cabeza ante la pintura del gran conquistador mongol. En el piso de abajo, el nivel del agua le llegaba a la cintura hasta que abrió la puerta lateral y dejó fluir el helado torrente por el patio. Trastabillando igual que un marinero borracho, cruzó el inundado patio hacia la destrozada entrada del santuario. Pasó por

encima de los escombros, entró en el abovedado pasadizo iluminado por antorchas y vio con alivio que el suelo solo estaba cubierto por unos centímetros de agua.

Tras comprobar que las tumbas no habían sufrido daños, examinó las paredes y el techo. Varias grietas ascendían hacia la bóveda como una telaraña gigante. La antigua estructura había quedado gravemente afectada por el terremoto. Borjin recorrió con la mirada el resto de la cámara funeraria y posó sus ojos en su más preciada posesión mientras se preguntaba cómo podía protegerla. No había reparado en la sombra que acababa de aparecer junto a una de las antorchas.

—Su mundo se está derrumbando, Borjin, y usted se desmoronará con él.

El mongol se volvió como el rayo y se quedó petrificado como si hubiera visto un fantasma. La figura de Pitt, de pie en el otro extremo de la cámara, con la flecha sobresaliéndole del pecho se le antojó una visión sobrenatural. Solo el Colt 45 que el fantasma sostenía firmemente en la mano y con el que lo apuntaba sin vacilar desmentía cualquier posibilidad de que hubiera resucitado. Borjin no pudo hacer más que mirarlo con estupefacción.

Pitt se desplazó lateralmente hacia una de los sepulcros de mármol y lo señaló con la pistola.

—Es un bonito detalle por su parte conservar a los familiares tan cerca. Es su padre, ¿verdad? —preguntó.

Borjin asintió en silencio mientras se esforzaba por recobrar la sangre fría ante aquel cadáver parlante.

—Fue su padre quien robó el mapa de la tumba de Gengis Khan al arqueólogo británico —dijo Pitt—. Aun así, no fue suficiente para encontrarla.

Borjin arqueó una ceja ante el comentario de Pitt.

—Mi padre consiguió información aproximada sobre su paradero, pero fue necesario el uso de nuevas tecnologías para encontrar el lugar exacto donde se hallaba la tumba.

—Se refiere al aparato diseñado por Von Wachter.

—Evidentemente. Descubrimos la tumba gracias a un prototipo inicial. Las mejoras introducidas en el diseño a partir de entonces han demostrado ser de gran eficacia, como usted ha tenido ocasión de comprobar. —Las palabras sonaron cargadas de ironía mientras los ojos de Borjin recorrían la cámara en busca de algún medio de defensa.

Pitt se acercó lentamente al centro de la sala y apoyó su mano libre en el ataúd de mármol colocado encima de un pedestal.

—Gengis Khan —dijo. A pesar de lo fatigado y helado que estaba, todavía sintió un estremecimiento de respeto en presencia del antiguo conquistador—. Sospecho que al pueblo de Mongolia no le gustará saber que usted lo tiene escondido en su casa.

—¡El pueblo de Mongolia disfrutará de la gloria de una nueva era de conquistas! —contestó Borjin alzando chillonamente la voz—. ¡En nombre de Temujin nos alzaremos contra los insensatos de este mundo y ocuparemos nuestro lugar en el panteón de la supremacía global!

Apenas había acabado su soflama cuando un profundo tronido resonó por el suelo. El estremecimiento fue en aumento durante unos segundos hasta que culminó en un formidable estruendo; toda el ala norte de la residencia —o lo que quedaba de ella— se había desprendido de sus cimientos y caía precipicio abajo.

El impacto sacudió el terreno circundante, estremeciendo lo que quedaba de la mansión y también el santuario. El suelo del mausoleo vibró visiblemente bajo los pies de Pitt y Borjin, lo que les hizo perder el equilibrio. Fatigado y helado, Pitt se apoyó en el ataúd para seguir apuntando al magnate.

Borjin cayó de rodillas, pero se incorporó cuando el tronido y las vibraciones menguaron. Entonces sus ojos se desorbitaron al escuchar el seco chasquido que restalló sobre su cabeza y ver con horror que un fragmento de la bóveda se precipitaba sobre él.

Pitt se protegió en el costado del ataúd mientras la parte trasera del santuario se venía abajo. Una lluvia de piedras y mortero se estrelló contra el suelo, levantando una cegadora nube de polvo. Pitt notó que algunos cascotes caían sobre el ataúd, pero ninguno lo alcanzó a él directamente. Esperó unos instantes a que el polvo se posara y se levantó; notaba el frío viento de la noche azotándole la piel. De pie entre los restos del derruido santuario, vio que al menos la mitad de la bóveda y toda la pared de atrás se habían derrumbado bajo los efectos de las vibraciones. A través de los montones de escombros vio claramente la caballeriza cubierta con el viejo coche aparcado en su interior.

Tardó unos momentos en localizar a Borjin entre los escombros. Solo su cabeza y parte del torso sobresalían de debajo de los cascotes. Pitt se acercó mientras el mongol abría los ojos y parpadeaba. Su mirada era vidriosa y mortecina, y un hilillo de sangre le corría por la comisura de los labios. Pitt reparó en que el cuello del magnate parecía extrañamente torcido. Borjin lo miró con un destello de ira.

—¿Por qué...? ¿Por qué no ha muerto? —balbuceó.

Sin embargo, no llegó a escuchar la respuesta. Un grito ahogado surgió de su garganta, y sus ojos se nublaron definitivamente. Aplastado por su propio monumento de conquista, Tolgoi Borjin acababa de morir a la sombra de Gengis Khan.

Pitt contempló el cadáver sin lástima alguna y bajó lentamente la pistola que seguía aferrando en la mano. Luego, abrió la cremallera del gran bolsillo interior de la cazadora y miró dentro con la ayuda de la luz de la luna. El sujetapapeles con el manual de instrucciones estaba allí, donde Gunn lo había dejado, solo que en esos

momentos lo perforaba una flecha de ballesta que había atravesado todas las páginas. La punta incluso había llegado a abollar el soporte de metal, pero éste había evitado que el dardo alcanzase el corazón de Pitt y lo matara al instante.

Pitt se inclinó sobre el cuerpo sin vida de Borjin.

—A veces soy un tipo con suerte —dijo en voz alta a modo de respuesta.

El derrumbamiento del ala norte de la mansión había canalizado aún más agua hacia el patio. Una poderosa corriente fluía alrededor del santuario y amenazaba con inundar la desintegrada estructura. Era solo cuestión de tiempo que las aguas acabaran de debilitar el terreno sobre el que se asentaba el mausoleo y lo arrastraran montaña abajo. La tumba de Gengis Khan quedaría inevitablemente destrozada, y esta vez sus restos se perderían para siempre.

Pitt dio media vuelta para escapar antes de que el resto del santuario se viniera abajo, pero vaciló al ver la caballeriza cubierta del fondo. Se volvió y contempló una vez más la tumba de Gengis Khan, que, milagrosamente, había sobrevivido intacta al desplome del santuario. Durante unos instantes, se preguntó si sería la última persona que la vería. Entonces se le ocurrió. Pensó que se trataba de una locura, y no pudo evitar sonreír a pesar de un estremecimiento de frío.

—De acuerdo, viejo amigo —murmuró hablando con el ataúd—. Veamos si todavía te queda algo por conquistar.

Pitt empezó a notar nuevamente los pies con unos dolorosos pinchazos cuando salió del santuario y entró en la caballeriza, donde apartó rápidamente unos cuantos maderos de la derruida valla para dejar el camino libre. Tras echar a un lado cajas y bultos, despejó una salida entre los restos hasta que logró lo que pretendía: llegar al antiguo y polvoriento vehículo.

Se trataba de un Rolls-Royce Silver Ghost descubierto, con una carrocería especial obra de Park Ward. Décadas de polvo y suciedad cubrían la exclusiva pintura color berenjena de la carrocería. Descolorido desde hacía mucho, la pintura combinaba con la plancha de aluminio del capó y los tapacubos. Más propio de las calles de Londres, Pitt se preguntó cómo era posible que un coche tan elegante hubiera acabado sus días en Mongolia; pero entonces se acordó de que T. E. Lawrence había comprado un vehículo Rolls-Royce blindado, construido en 1914 sobre un chasis Silver Ghost, y que lo utilizó en su campaña contra los turcos en los desiertos de Arabia. Pitt especuló con la posibilidad de que la fama de indestructible del vehículo hubiera llegado al desierto de Gobi o con que quizá aquel coche, construido antes de la revolución mongola, fue la única muestra de riqueza que el Partido Comunista permitió a la familia de Borjin.

Fuera como fuese, nada de eso interesaba a Pitt. Lo que sí le interesaba era que una cromada palanca sobresalía bajo el radiador. Montada como elemento auxiliar de los primitivos sistemas de arranque, la palanca le dio esperanzas de poder poner en marcha el motor a pesar de que la batería estuviera muerta. Eso suponiendo, naturalmente, que el bloque del motor no estuviera gripado.

Pitt abrió la puerta del conductor en el lado derecho, colocó la palanca de cambio en punto muerto y volvió a la parte delantera. Se agachó, cogió la palanca de arranque con ambas manos y tiró de ella empujándose con las piernas. El mecanismo no se movió. Con un esfuerzo más, Pitt logró que la palanca girara unos centímetros. Descansó un momento y volvió a intentarlo. El cigüeñal se desbloqueó de golpe, empujando los seis cilindros arriba y abajo.

Como propietario de una pequeña colección de coches antiguos que guardaba en su casa de Washington, Pitt conocía los trucos para poner en marcha un vehículo de época. Volvió al asiento del conductor, ajustó el gas, la chispa y el avance, que se controlaban a distancia desde los mandos del salpicadero. A continuación, abrió el capó y cebó la pequeña bomba de un recipiente de latón que confió que estuviera lleno de gasolina. Una vez hecho esto, volvió a la palanca y se dispuso a arrancar manualmente el motor.

Con cada giro del cigüeñal, sonaron una serie de toses y chasquidos mientras el motor intentaba absorber una mezcla de aire y gasolina. Agotado por el frío y los

sucesos de la noche, las fuerzas de Pitt menguaban a cada giro. No obstante, decidido a ponerlo en marcha a pesar de las protestas del motor, se concentró en la tarea. Al final, a la décima vuelta de manivela, el motor tosió. Unas vueltas más produjeron un chisporroteo. A pesar de tener los pies helados, el sudor perlaba la frente de Pitt, que dio una vuelta más. El cigüeñal giró, el aire y la gasolina entraron en combustión y el motor se puso finalmente en marcha con un apagado «output».

Pitt descansó un momento mientras el coche cogía temperatura suficiente y escupía una espesa nube de humo negro por el oxidado tubo de escape. Luego, buscó en las caballerizas hasta que encontró un pequeño barril repleto de cadenas que dejó sobre el asiento del pasajero. Se sentó al volante, puso una marcha y salió de la caballeriza conduciendo el traqueteante Rolls-Royce.

—Ya ha pasado más de una hora —comentó lúgubrementes Gunn mirando el reloj.

Giordino y él se hallaban en lo alto de la loma, contemplando la devastación que se extendía a sus pies. El incendio del laboratorio, que ardía con furia, devoraba el edificio y el garaje adyacente. Grandes llamaradas y nubes de negro humo se alzaban hacia el cielo arrojando un resplandor amarillento sobre todo el recinto. Al otro extremo del terreno se veía claramente que faltaba un ala de la mansión, y que la había sustituido una cascada de agua que brotaba allí donde había estado el lado norte de la casa.

—Bajemos a echar un rápido vistazo —propuso Giordino—. Puede que Pitt esté herido y no pueda caminar.

Gunn asintió. Había pasado más de una hora desde que habían oído los disparos de las armas automáticas. Hacía rato que Pitt tendría que haber salido.

Apenas habían empezado a caminar hacia el coche cuando notaron que el suelo se estremecía. Esta vez sabían que no se trataba de un terremoto, sino que obedecía al efecto de erosión de las turbulentas aguas. Se detuvieron a mirar, temiendo ver qué llegaría a continuación. Desde su privilegiada situación, la escena parecía un castillo de naipes desplomándose. El extremo norte de la estructura empezó a derrumbarse, pared por pared; el movimiento pareció cobrar impulso y se extendió por toda la mansión como una ola de destrucción. La zona central de la casa se hundió sobre sí misma con un chirriante estruendo y desapareció bajo las aguas. La bóveda de la entrada se deshizo en mil fragmentos que arrastró la furiosa corriente. Pitt y Giordino apenas pudieron divisar unos cuantos cascotes asomando en el agua mientras la mayor parte de la mansión se deslizaba por el borde del precipicio y desaparecía montaña abajo. En cuestión de segundos no quedaba ni rastro de la casa. Solo había sobrevivido una pequeña porción del ala sur, que seguía en pie en medio de la corriente de agua que ocupaba el lugar del opulento palacio.

Con la destrucción de la mansión desaparecía también cualquier esperanza de poder encontrar a Pitt con vida. Tanto Gunn como Giordino sabían que nadie que hubiera estado en la zona habría podido sobrevivir. Ninguno de los dos dijo una palabra ni se movió; permanecieron solemnemente de pie, contemplando el cambiado curso del río que fluía turbulentamente sobre los cimientos y se precipitaba por la ladera de la montaña. El rugido de las aguas competía con el crepitar del incendio; desgarraban el silencio de una noche que, de otro modo, habría resultado completamente tranquila. Entonces, el oído de Gunn percibió otro sonido.

—¿Qué es eso? —preguntó y señaló un pequeño fragmento del ala sur que se levantaba sobre terreno seco y que había sobrevivido al derrumbe del resto de la mansión.

El gemido de un motor girando a muchas revoluciones sonó en medio de la devastación. De vez en cuando tosía y petardeaba, pero en general sonaba como si estuviera funcionando al límite de sus posibilidades. El ruido se hizo más fuerte y no tardó en llegar acompañado de las luces de un par de faros que remontaban la pendiente.

A través de las llamas y el humo, el objeto parecía una especie de insecto primitivo que hubiera salido de un agujero del suelo. Dos grandes pero poco potentes faros sondeaban la noche igual que un par de ojos amarillos. Los seguía un brillante cuerpo metálico cubierto por el polvo que levantaban sus apéndices posteriores. La bestia parecía incluso respirar, ya que una blanca nube de vapor surgía de su cabeza.

Avanzando con gran esfuerzo, como si cada paso le supusiera una tarea insuperable, la criatura llegó por fin a lo alto de la pendiente. Una brusca ráfaga de viento barrió entonces el humo y el polvo y, bajo el resplandor de las llamas, Gunn y Giordino vieron que no se trataba de ningún insecto gigante, sino del antiguo Rolls-Royce que estaba aparcado en la caballeriza.

—¡Solo conozco a una persona que sea capaz de ponerse a conducir ese pedazo de chatarra en un momento como éste! —gritó Giordino lleno de júbilo.

Los dos hombres corrieron hasta el Range Rover, y Gunn lo condujo a toda velocidad colina abajo hasta entrar en el recinto. Iluminando el Rolls con los faros vieron que la antigualla seguía esforzándose por avanzar y que de su guardabarros trasero colgaba una cadena. El viejo cacharro intentaba desesperadamente arrastrar algo hasta lo alto del recinto.

Al volante del Rolls, Pitt saludó con alivio al Range que se acercaba y siguió concentrado en la tarea de hacer avanzar el viejo automóvil. Con su entumecido pie derecho pisaba a fondo el acelerador al tiempo que mantenía la primera marcha, aunque las deshinchadas ruedas resbalaban y patinaban en su valiente intento de encontrar agarre. Sin embargo, el peso que arrastraban era demasiado, y el gran coche parecía estar perdiendo la batalla. Bajo el capó, el forzado motor empezó a dejar oír sus protestas en forma de fuertes campaneos. El poco refrigerante que quedaba en el radiador prácticamente se había evaporado, y Pitt sabía que no pasaría mucho rato antes de que el motor gripara.

Con expresión de sorpresa, Pitt vio que Giordino aparecía de repente junto a la portezuela y, a pesar de su pierna herida, se ponía a empujar haciéndole un guiño. También Gunn, Wofford y Theresa se unieron al intento y ayudaron a empujar con todas sus fuerzas.

Aquella ayuda fue suficiente para impulsar al Rolls en una última arrancada. Diez metros por detrás, un enorme bloque de granito era arrastrado por la renovada potencia del vehículo.

Traqueteando hasta llegar a un lugar seco y a salvo, Pitt apagó el motor entre

grandes nubes de vapor.

Mientras se disipaban, Pitt vio que estaba rodeado por una docena de científicos y técnicos, además de uno o dos guardias que habían dejado de luchar contra el incendio del laboratorio para presenciar la inesperada aparición del vehículo. Se apeó cautelosamente del Rolls y caminó hacia la parte de atrás del coche. Giordino y los demás, que ya se habían reunido en torno al bloque de granito, le confirmaron que había sobrevivido intacto a la remolcada.

Temiendo por su seguridad, Pitt desenfundó su Colt 45 cuando los hombres de Borjin los rodearon; pero no tendría que haberse preocupado.

Al ver que el sarcófago de Gengis Khan había sido rescatado de la inundación, los guardias y los científicos prorrumpieron en vítores y aplausos.

IV.
UN VIAJE AL PARAÍSO

El crucero *Anzio* de la Armada de Estados Unidos viró hacia el norte desde su base en los Emiratos Árabes Unidos, se adentró cien millas por el estrecho de Ormuz y se dispuso a cruzar el golfo Pérsico. Aunque no era ni mucho menos el barco más grande que navegaba por aquellas aguas, el crucero de la clase Ticonderoga sí era el más mortífero. Gracias al sistema de radar instalado en su cuadrada superestructura podía detectar y señalar como objetivo cualquier vehículo terrestre, marino o aéreo en un radio de doscientas millas. Y con solo pulsar un botón, uno de los ciento veinte misiles Tomahawk o Standard podía ser lanzado desde sus baterías de tubos para que destruyera al enemigo en cuestión de segundos.

Su arsenal de alta tecnología estaba dirigido desde el Centro de Información de Combate, una oscura sala de control hundida en las entrañas del buque.

En la penumbra que proporcionaban las azules luces del techo, el capitán Robert Burns examinó una de las muchas pantallas de proyección instaladas en la pared. Toda la región del golfo estaba representada con vivos colores sobre los que se superponían distintas formas geométricas y símbolos que se movían lentamente por la imagen. Cada símbolo representaba un barco o un avión rastreado por el sistema de radar. Uno de ellos, un brillante punto rojo, se dirigía lentamente hacia el estrecho de Ormuz, de izquierda a derecha, cruzándose en la ruta del crucero.

—Doce millas para la interceptación, señor —informó un marinero sentado cerca, uno de los numerosos expertos en ordenadores instalado frente a los monitores repartidos por la sala de control.

—Mantengan el rumbo —contestó Burns, un hombre serio pero con sentido del humor que se había ganado el respeto de la tripulación. Burns estaba disfrutando de su destino temporal en el golfo Pérsico. A pesar de añorar a su mujer y a sus dos hijos, su misión en aquellas aguas le parecía un desafiante estímulo al que se añadía la chispa de algún ocasional peligro.

—Entraremos en aguas iraníes dentro de tres millas —advirtió un joven oficial táctico que se hallaba de pie, al lado de Burns.

—Después de lo ocurrido en la isla Kharg, no creo que los iraníes estén por la labor de acoger a esos tipos —contestó Burns—. Pat, creo que iré a presenciar los acontecimientos desde el puente. Tienes el control.

—Sí, capitán. Mantendremos la conexión por si acaso.

Burns salió de la oscura sala y subió al puente de mando, bañado por el sol que se reflejaba en las aguas del golfo. Un oficial de oscuros cabellos se encontraba de pie, junto al timón, mirando con unos prismáticos y observando el negro buque que navegaba frente a ellos.

—¿Es ese nuestro objetivo, comandante? —preguntó el capitán.

El comandante Brad Knight, oficial jefe de inteligencia del *Anzio*, asintió.

—Sí, señor. Ése es el barco perforador. Reconocimiento Aéreo ha confirmado que se trata del *Bayan Star*, proveniente de Kuala Lumpur. Es el mismo barco que nuestros satélites localizaron en Ras Tanura y en la isla de Kharg antes de los terremotos.

Knight miró la cubierta de proa del crucero, donde un pelotón de marines vestidos con ropa de combate preparaba un par de lanchas neumáticas.

—El equipo de abordaje parece estar listo, señor.

—Bien. Veamos si el *Bayan Star* quiere jugar.

Burns se acercó al oficial de comunicaciones y le dio una serie de órdenes. El crucero empezó a lanzar mensajes al barco perforador, primero en inglés y luego en árabe, ordenándole que se detuviera y se pusiera al paio para ser inspeccionado. El negro buque hizo caso omiso de los avisos en ambos idiomas.

—No varía su velocidad, señor —informó el operador del radar.

—No puedo creer que esos Hornet no llamaran su atención —comentó Knight.

Un par de F-18 del portaaviones *Ronald Reagan* habían estado siguiendo al barco perforador durante una hora, sobrevolándolo constantemente.

—Me parece que tendremos que hacer las cosas al viejo estilo y dispararle un cañonazo delante de la proa —dijo Burns. El *Anzio* disponía de dos cañones de cinco pulgadas que eran capaces de eso y de mucho más.

El crucero se había acercado a dos millas de distancia del barco perforador cuando el operador del radar avisó:

—Parece que está aminorando, señor.

Burns se acercó y, tras examinar la pantalla de radar, vio que el destello del buque perforador dejaba de moverse siguiendo su rumbo hacia el sudoeste.

—Acerquémonos —ordenó Burns—. Y que el grupo de abordaje esté preparado.

El crucero viró hacia el noroeste y se colocó a la altura del barco perforador, dejando una distancia de media milla entre ambos. Los marines subieron a las lanchas neumáticas, que fueron bajadas hasta el agua. Justo cuando empezaban a navegar hacia el negro buque, Knight alertó repentinamente al capitán.

—Capitán, veo que el enemigo está lanzando al agua dos lanchas por la popa. Creo que la tripulación intenta abandonar el barco.

Burns cogió unos prismáticos y los enfocó en la popa del barco perforador. Dos lanchas salvavidas, repletas de individuos vestidos con monos de trabajo de color negro, se alejaban del buque. Burns estaba examinando el resto del abandonado navío cuando vio que unas nubecillas de humo blanco surgían de los niveles inferiores.

—¡Pretenden hundirlo! —exclamó—. ¡Ordene a la patrulla de abordaje que regrese!

Mientras la tripulación del *Anzio* observaba con sorpresa, el barco perforador

empezó a hundirse en el agua. En cuestión de minutos, las saladas aguas del golfo empezaron a lamer su cubierta de proa. Mientras la proa se hundía, la popa se elevó hasta que, finalmente, el anegado navio se precipitó hacia el fondo soltando chorros de agua a presión.

Knight meneó la cabeza mientras contemplaba cómo se disipaba el rastro de burbujas que señalaba el lugar del hundimiento.

—Al Pentágono no le gustará esto. Estaban impacientes porque lo capturáramos. Según parece, tenían mucho interés en echar un vistazo a cierta tecnología que había a bordo.

—Bueno, tenemos a la tripulación —repuso Burns señalando los dos botes salvavidas—. Además, el Pentágono siempre puede echar mano al barco, si es lo que quiere. Solo está a cien metros de profundidad en aguas iraníes —comentó con una sonrisa maliciosa.

Una fresca brisa ondulaba sobre la falda de los montes Burjan Jaldún, haciendo flamear la multitud de banderas mongolas rojas y azules. La mayor de ellas, un gigantesca enseña de más de quince metros de largo, ondeaba encima de un enorme mausoleo de granito cuya esculpida fachada había sido terminada a toda prisa el día anterior por una cuadrilla de obreros especializados. El vacío mausoleo se hallaba rodeado por una considerable multitud de dignatarios, personas importantes y reporteros que charlaban en voz baja entre ellos mientras esperaban a que llegara su ocupante.

Un coro de impacientes murmullos recorrió el gentío y se extinguió rápidamente cuando el sonido de las botas se aproximó. Una compañía de soldados de las fuerzas armadas de Mongolia apareció entre los pinos desfilando por la ligera pendiente hacia los allí reunidos. Eran los primeros de la larga procesión de guardias de honor que escoltaban los restos de Gengis Khan hasta el lugar de su eterno descanso.

Gengis se hallaba enfrascado en una batalla de asedio cerca de Yinchuan, en el noroeste de China, cuando cayó del caballo; falleció días después a consecuencia de las heridas. Un cortejo funerario secreto había llevado sus restos de vuelta a Mongolia y a la falda de aquellos mismos montes, en 1227, para enterrarlo; sin embargo, la historia no tenía constancia de los detalles de aquel cortejo. Deseando que sus enemigos no conocieran las noticias de su muerte y que su lugar de eterno reposo permaneciera oculto, sus camaradas transportaron el féretro en una discreta comitiva antes de darle sepultura en un lugar anónimo. Casi ocho siglos después, no habría ni un ápice de discreción en su segundo entierro.

El cuerpo del guerrero mongol había descansado en Ulan Bator durante una semana, donde atrajo las visitas de casi dos millones de personas, más de los dos tercios de toda la población del país. Miles de peregrinos llegaron de todos los rincones de Mongolia para poder contemplar sus restos y el ataúd. El cortejo fúnebre hasta los montes Jentii, que se prolongó durante tres días, atrajo un número impresionante de gente que, deseosa de darle su último adiós, se congregó al borde del camino con banderas e imágenes del guerrero. Mujeres y niños lloraron y saludaron al paso del féretro como si de un pariente próximo se tratara. Un día de luto nacional y la declaración de día festivo para el futuro habían rematado el desfile.

Aquel día, el cortejo ascendía por una improvisada carretera hasta un tranquilo rincón en la falda del monte Burjan Jaldún, donde se decía que el conquistador había nacido.

Pitt, Giordino y Gunn, junto con Theresa y Wofford, se hallaban sentados en la primera fila, reservada a los dignatarios, solo a unos pocos asientos de distancia del presidente de Mongolia y de los representantes del Parlamento. Cuando el cortejo

fúnebre se acercó, Pitt se volvió y guiñó el ojo al muchacho sentado tras él. Noyon y sus padres, invitados especiales de Pitt, miraban a su alrededor llenos de un temor reverencial; los ojos del muchacho se agrandaron como platos cuando, por fin, apareció el féretro del Khan.

Con un esplendor acorde con el mayor conquistador que el mundo haya conocido, el cuerpo de Gengis Khan viajaba en un armón pintado de un brillante color amarillo. Un conjunto de ocho hermosos sementales blancos tiraban del carro fúnebre con tanto garbo que parecía que sus cascos golpeaban el suelo a la vez. Sobre el armón iba el ataúd de granito que Pitt había rescatado de la inundación, en esos momentos cubierto de capullos de flor de loto.

Un grupo de ancianos lamas, ataviados con llamativos ropajes rojos y arqueados sombreros amarillos, habían ocupado silenciosamente su lugar frente al mausoleo. Un poco más abajo, otro grupo de monjes soplaban en los *radongs*, los gigantescos cuernos que emitían un grave suspiro que resonaba por todo el valle. Mientras los poderosos ecos eran arrastrados por la brisa, los lamas iniciaron los rezos funerarios de rigor a los que se añadieron tambores, timbales e incienso. Una vez concluida la ceremonia, los lamas se hicieron discretamente a un lado mientras un viejo chamán se adueñaba del escenario. La época de Gengis Khan había estado llena de misticismo, y el chamanismo había tenido un importante papel en la vida nómada de las tribus mongolas. El ajado sabio, que lucía una larga barba e iba ataviado con pieles de reno, bailó y cantó alrededor de una hoguera donde ardían huesos de oveja. Con un agudo chillido bendijo los restos del Khan, que convocó desde la tierra del cielo eternamente azul a una vida en el más allá llena de conquistas.

Una vez acabada la ceremonia, el féretro de granito fue introducido en el mausoleo, y este fue sellado con una losa pulida de seis toneladas que colocó una grúa. Posteriormente, y a pesar de que no había una sola nube en el cielo, los espectadores asegurarían haber oído el retumbar de un trueno en el instante en que la tumba quedó sellada. De ese modo, Gengis Khan volvería a descansar en las montañas que habían sido su querido hogar, y su tumba se convertiría en la meca cultural de los turistas, historiadores y los habitantes de Mongolia.

Cuando la multitud empezó a disolverse, Ivan Corsov y Alexander Sargov se acercaron al grupo desde las filas de atrás, donde habían estado acompañando al embajador ruso.

—Veo que eres tan diestro husmeando nuestros tesoros nacionales en el mar como en tierra —rió Sargov dando un abrazo a Pitt y a Giordino.

—Considéralo un pequeño suplemento derivado de la investigación de por qué intentaron hundir el *Veresbchagin* —repuso Pitt.

—Desde luego. Hablando de ello, todavía tenemos que completar nuestro proyecto de investigación en el Baikal. El *Veresbchagin* estará reparado y listo para la

próxima temporada. Espero que te unas a nosotros.

—Allí estaré, Alexander.

—Eso suponiendo que no hayan más olas secas —añadió Giordino.

Corsov se acercó con su habitual sonrisa de oreja a oreja.

—Debo decir, amigos míos, que ha sido una impresionante demostración de trabajo encubierto. Deberíais uniros al Servicio Federal de Seguridad Ruso. Allí necesitan gente de vuestro talento.

—Creo que mi jefe tendría algo que objetar a eso —rió Pitt.

El presidente de Mongolia se acercó seguido de su reducido séquito, y Sargov se despidió rápidamente. Por su parte, Pitt se fijó en que Corsov se esfumaba discretamente entre la multitud.

—Señor Pitt, en nombre del pueblo de Mongolia tengo que darle las gracias, a usted y a la NUMA, por haber rescatado los restos de Gengis Khan para la posteridad.

—Un gigante de la historia merece vivir eternamente —contestó Pitt mirando el mausoleo—. Sin embargo, es una vergüenza que los tesoros de su tumba se hayan perdido.

—Sí, es una tragedia que los tesoros de Gengis Khan hayan ido a parar a manos de coleccionistas de todo el mundo simplemente para enriquecer los bolsillos de Borjin y los suyos. Puede que nuestro país consiga recobrar algunas de esas antigüedades gracias a nuestra recién descubierta riqueza petrolífera. En cualquier caso, los arqueólogos parecen creer que un tesoro aún mayor se esconde en la tumba de Kublai Khan, que por suerte Borjin no ha podido localizar. Al menos, Kublai descansa enterrado en algún lugar de estas montañas.

—Kublai Khan... —murmuró Pitt contemplando el monumento de Gengis, en cuya fachada se veía esculpida la figura de un lobo solitario cuyo perfil aparecía pintado en azul.

—Sí, ésa es la leyenda, señor Pitt. También quería darle personalmente las gracias por haber puesto al descubierto las actividades corruptas e ilegales de la familia Borjin y habernos ayudado a ponerles fin. He iniciado una investigación en el seno de mi propio gobierno para determinar el alcance de su corrupción. Le prometo que lo que quede de las canalladas de Borjin será enterrado con sus restos.

—Confío en que Tatiana se esté mostrando dispuesta a colaborar.

—Desde luego que sí —contestó con una furtiva sonrisa el presidente, que sabía que la joven seguía encerrada en cierto centro de seguridad muy poco agradable—. Con su ayuda, y con la colaboración de esos amigos de usted de la industria del petróleo —añadió mirando a Theresa y a Wofford—, estaremos en condiciones de explotar las recién descubiertas reservas de crudo en beneficio de la nueva Mongolia.

—¿Y China no renunciará ahora a entregarles la Mongolia Interior? —preguntó

Gunn.

—No. Para ellos sería demasiado peligroso políticamente hablando, tanto en el plano internacional como en el plano nacional, donde los habitantes de ese territorio hace años que reclaman separarse de China. No. Los chinos ya tienen suficiente, sobre todo desde que hemos acordado suministrarles crudo a un precio muy ventajoso hasta que nuestro oleoducto al puerto ruso de Najodka esté terminado. —El presidente sonrió y saludó con la mano al embajador ruso, que estaba cerca de allí, charlando con Sargov.

—Asegúrese solo de que los ingresos del petróleo se destinan a las personas que más los necesitan —pidió Pitt.

—Ciertamente ya hemos tomado nota de lo que ustedes han hecho en Alaska. Parte de esos ingresos se repartirá entre todos los hombres, mujeres y niños del país. El resto se destinará a financiar el crecimiento de los servicios de educación, sanidad e infraestructuras. Borjin nos ha enseñado que esos beneficios no deben acabar en manos de nadie, se lo aseguro.

—Me alegro de saberlo, señor presidente. Tengo un favor que pedirle. Hemos descubierto los restos de un avión que se estrelló en el desierto de Gobi.

—Mi director de antigüedades ya me ha informado. Pensamos enviar un equipo de investigación de la Universidad Nacional de Mongolia para excavar y rescatar los restos del aeroplano. Los cuerpos de los que se hallaban a bordo serán devueltos a sus países de origen para que sean debidamente enterrados.

—Sí. Se lo merecen.

—Ha sido un placer, señor Pitt —dijo el presidente mientras un ayudante le tiraba de la manga. Se volvió para marcharse, pero se detuvo—. ¡Ah! Casi lo olvidaba, tengo un regalo para usted de parte del pueblo de Mongolia. Tengo entendido que le gustan esta clase de objetos —añadió, señalando un camión que había seguido discretamente el cortejo fúnebre a cierta distancia.

Un gran bulto tapado por una lona destacaba en su plataforma. Mientras Pitt y los suyos miraban con curiosidad, dos operarios se encaramaron y retiraron la lona que lo cubría. Bajo ella apareció el sucio Rolls-Royce hallado en las instalaciones de Borjin.

—¡Vaya! —exclamó Wofford contemplando el decrepito vehículo—. Será un entretenido trabajo de restauración para los ratos libres del fin de semana.

—A mi mujer le encantará —contestó Pitt con una sonrisa traviesa.

—Me gustaría tener ocasión de conocerla algún día —comentó Theresa.

—La próxima vez que pase por Washington. De todas maneras, tengo la impresión de que va a tener mucho trabajo en Mongolia.

—La empresa nos ha dado tres semanas de vacaciones pagadas para compensarnos por lo que hemos pasado. Nosotros teníamos pensado regresar a casa y descansar antes de que Jim y yo tengamos que volver.

Por la mirada que lanzó a Giordino y su tono de voz, estaba claro que ese «nosotros» no se refería a Wofford.

—Supongo que no querrá encargarse de que un viejo lobo de mar como Al recobre la salud durante ese tiempo, ¿verdad? —preguntó Pitt.

—La verdad es que contaba con ello —dijo ella tímidamente.

Giordino, apoyado en un par de muletas y con la pantorrilla fuertemente vendada, sonrió ampliamente.

—Gracias, jefe. Siempre he querido ver el Zuider Zee.

Mientras los amigos se despedían, Pitt se dirigió hacia el camión; Gunn se unió a él.

—El ministro de Energía de Mongolia acaba de decirme que el precio del barril de crudo ha caído hoy otros diez dólares —comentó—. Parece que los mercados están asimilando las noticias de que la Avarga Oil ha desaparecido de escena para siempre y que la ola de terremotos ha terminado. Según los expertos, esto, unido a la noticia de la existencia de reservas en Mongolia Interior, harán que los precios del crudo descendan a niveles inferiores a los que había antes de los desastres del golfo Pérsico.

—Eso. quiere decir que el pánico por la crisis del crudo ha remitido y que se ha evitado una recesión global. Ojalá a partir de ahora las instancias económicas tomen buena nota y se dediquen de verdad a desarrollar energías renovables.

—Dudo que lo hagan hasta que no se vean en la más apremiante necesidad —repuso Gunn—. ¡Ah! De paso me han dicho que el Pentágono no está nada contento de que hayan desaparecido los tres únicos artefactos de Von Wachter, después de que el último quedara destruido en el naufragio del golfo.

—La NUMA no puede hacerse responsable de eso.

—Es cierto. Fue un golpe de suerte que Summer y Dirk se tropezaran con el hermano de Borjin y el segundo artefacto en Hawai. O que él se tropezara con ellos. Si ese barco hubiera conseguido llegar a Valdez y cargarse el oleoducto de Alaska como tenían planeado se habría organizado una buena.

—Fue por el pecio chino que Summer encontró. Por alguna razón atrajo a esos piratas —dijo Pitt. Una expresión pensativa cruzó por su rostro mientras repasaba mentalmente las claves del misterio. Entonces, sus ojos verdes relampaguearon.

Gunn, ajeno a ello, seguía pensando en las exigencias de su gobierno.

—No solo se han perdido los aparatos de Von Wachter, sino que los materiales de la investigación tampoco han podido recuperarse. Según parece, Borjin guardaba todos los archivos del alemán en el edificio del laboratorio que, en estos momentos, no es más que un montón de cenizas. No queda nada con que resucitar esa tecnología.

—¿Y eso es malo?

—Supongo que no. De todos modos, preferiría que ese conocimiento estuviera en

nuestras manos y no en las de gente como Borjin.

—Que quede entre tú, yo y este coche —dijo Pitt—, pero sé que ese manual de instrucciones que te llevaste del laboratorio ha sobrevivido al agua y al fuego.

—¿El manual? ¿Sobrevivido? Ese documento sería una gran ayuda para cualquiera que intentara seguir los pasos de Von Wachter. Confío en que esté a buen recaudo.

—Ha encontrado un hogar permanente y seguro.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Gunn.

Pitt caminó hacia la parte trasera del Rolls y abrió el gran arcón de cuero que iba fijado a la parrilla portaequipajes. En el fondo del sucio baúl, el manual con el sujetapapeles y la flecha sobresalían.

Gunn dejó escapar un silbido, se llevó las manos a los ojos y se dio la vuelta.

—Yo nunca lo he visto.

Pitt cerró las correas del baúl y echó un vistazo al resto del vehículo. Una gran masa de plumizas nubes empezó a llegar rápidamente desde el oeste y los espectadores que quedaban se apresuraron a correr hacia sus coches para escapar del inminente chaparrón.

—Supongo que será mejor que nos marchemos —dijo Gunn acompañando a Pitt hacia el jeep alquilado que los esperaba al final de la pendiente—. Bueno, ¿qué? ¿Volvemos a Washington?

Pitt se detuvo y contempló el mausoleo de Gengis Khan una última vez. Luego, meneó la cabeza.

—No, Rudi. Adelántate tú. Yo me reuniré contigo dentro de unos días.

—¿Te quedas por aquí un poco más?

—No —repuso Pitt con un destello en la mirada—. Me voy a cazar a un lobo.

El sol tropical calentaba la cubierta del *Mariana Explorer* mientras doblaba la rocosa protuberancia del cabo Kahakahakea. El capitán del buque de la NUMA, Bill Stenseth, aminoró la velocidad cuando entró en la ya familiar ensenada de la bahía de Keliuli. A lo lejos, por delante y a la izquierda, vio una boya de señalización roja que se agitaba en el agua. Veinte metros más abajo descansaban los restos del buque perforador de Avarga Oil, parcialmente enterrados bajo un desprendimiento de rocas volcánicas. Cuando las aguas se hicieron poco profundas, Stenseth detuvo el barco y fondeó.

—La bahía de Keliuli —anunció, volviéndose hacia la parte de atrás del puente de mando.

Sentado a la mesa de cartas de caoba, Pitt examinaba con una lupa una carta náutica de la costa de Hawai. Desplegada junto a ella se hallaba la piel de leopardo que había encontrado con los restos de Leigh Hunt en el estrellado Fokker, en el desierto de Gobi. Sus hijos, Dirk y Summer, estaban de pie junto a él, mirando por encima de su hombro con curiosidad.

—Así que ésta es la escena del crimen, ¿no? —dijo el mayor de los Pitt, levantándose de la mesa y asomándose a las ventanas del puente. Se estiró y se desperezó, quitándose de encima el cansancio de su reciente vuelo de Ulan Bator a Honolulu, a través de Irkutsk y Tokio. Tras haber dejado atrás el frío que ya hacía caer volutas de nieve cuando subió al avión, la cálida y húmeda brisa le pareció agradablemente refrescante en la piel.

Su regreso a Hawai había estado teñido de cierta melancolía que se había acentuado durante la escala que había hecho en Honolulu. Con tres horas por delante antes de poder embarcar en su avión con destino a Hilo, había alquilado un coche y conducido por los montes Koolau hasta la costa de poniente de Oahu. Cerca de Kailua Beach salió de la carretera principal y se adentró por un camino hasta un pequeño cementerio desde donde se dominaba el océano. Era un reducido espacio verde rodeado de densa vegetación, pero bien cuidado. Pitt paseó tranquilamente entre las tumbas, contemplando las lápidas hasta que, bajo la florida sombra de un magnolio, halló la sepultura de Summer Moran.

La madre de sus dos hijos y su primer y más profundo amor, Summer Moran, había fallecido hacía poco; pero Pitt —que ignoraba que estaba viva y que llevaba una vida apartada de todo tras el accidente que la había desfigurado—, no lo había sabido, convencido como estaba de que había fallecido décadas atrás. Había pasado años intentando borrar de su mente y de su corazón sus recuerdos hasta que sus dos hijos se presentaron inesperadamente en la puerta de su casa. Con ellos regresó un torrente de emociones, que le obligó a preguntarse con dolor qué distinta habría sido

su vida de haber sabido que Summer Moran estaba viva y cuidaba de sus gemelos. En aquellos momentos ya había establecido una estrecha relación con sus dos hijos y disfrutaba del amor de su segunda esposa, Loren; no obstante, un sentimiento de pérdida seguía acompañándolo, un sentimiento que también se teñía de disgusto por haber perdido un tiempo que podría haber pasado con ella.

Con el corazón encogido recogió un ramillete de olorosas flores y lo depositó en la tumba. Se quedó un buen rato allí, pensativo, contemplando el océano hasta que las suaves olas de su otro amor, el mar, acabaron por mitigar la tristeza que lo embargaba. Al cabo, se alejó del cementerio, cansado y emocionalmente agotado, pero con un renovado sentimiento de esperanza.

De pie en el puente de mando, junto a sus dos hijos, experimentó una cálida sensación al comprender que una parte de Summer seguía con vida; reanimado su espíritu aventurero, volvió a concentrarse en el misterio del pecio chino.

—La boya está donde Summer acabó con el barco perforador —explicó Dirk con una sonrisa señalando por la ventana—. El pecio chino se encuentra en cambio en el centro mismo de la ensenada —añadió trazando un arco con el brazo hacia la derecha.

—¿Y todos los objetos que recuperasteis databan al menos del siglo XIII? —preguntó Pitt.

—Todo parece indicar que sí —contestó Summer—. Las piezas de cerámica que recuperamos pertenecen al último período de la dinastía Song y al principio de la Yuan. Las muestras de madera resultaron ser de olmo y su fecha se calcula alrededor del año 1280. El famoso astillero de Longjiang de la época solía utilizar madera de olmo y de otros tipos en la construcción de sus barcos, lo cual es otra prueba.

—Los registros geológicos locales también nos favorecen —dijo Dirk—. Hemos comprobado el historial de erupciones volcánicas en la isla desde que los restos del barco quedaron cubiertos por el río de lava. Aunque el Kilauea es el más conocido y el más activo de los volcanes, el Hualalai y el Mauna Loa también tienen un historial de actividad reciente. El más próximo al lugar donde nos encontramos, el Mauna Loa, ha entrado en erupción seis veces en los últimos ciento cincuenta años y se sabe de varias erupciones de lava en los siglos anteriores. Los geólogos locales han logrado datar con radiocarbono las muestras recuperadas bajo el río de lava. El estudio de una muestra de lava de la bahía vecina de Pohue tiene aproximadamente ochocientos años de antigüedad. No sabemos a ciencia cierta si los ríos de lava que cubrieron la ensenada y enterraron nuestro barco correspondían a la misma erupción, pero me apuesto algo a que sí. Si es así, nuestro querido pecio es de un barco que arribó a estas costas antes de 1300 después de Cristo.

—¿Algo de todo esto encaja con tu misteriosa piel de leopardo? —preguntó Summer.

—Es imposible establecer una fecha, pero el viaje que aparece representado en ella muestra interesantes similitudes —contestó Pitt—. El barco principal es un enorme junco de cuatro palos que, a juzgar por las dimensiones del timón encontrado por Dirk y Jack, parece corresponderse con el tamaño de vuestro pecio. Por desgracia, no hay ninguna explicación que acompañe las imágenes. En la piel solo aparecen unas palabras que significan: «Un largo viaje al paraíso».

Pitt se sentó y estudió una vez más el artístico trabajo pintado en la piel del animal. Las series de dibujos mostraban claramente un junco de cuatro palos navegando con dos barcos de apoyo más pequeños. Varias escenas ilustraban un largo viaje por mar hasta la llegada del barco a un grupo de islas. Aunque toscamente representadas, éstas ocupaban la misma posición que la mayor de las islas de Hawai. Luego, el junco aparecía en la mayor de ellas, anclando cerca de una cueva situada en la base de un gran acantilado. La última escena era la que más intrigaba a Pitt. Mostraba el barco fondeado cerca de unas cajas en la base del acantilado. El fuego y el humo envolvían el barco y el desprendimiento de tierras de alrededor. Pitt estudió con especial interés la bandera que ardía en el mástil.

—Lo de la erupción volcánica encaja como un guante —dijo—. Las llamas del dibujo parecen un incendio de la vegetación, pero ahí está el secreto: no se trataba de ningún incendio, sino de una erupción volcánica.

—Esas cajas debían contener algún tipo de tesoro o de objetos preciosos —comentó Summer—. Tong, o Borjin según nos has dicho que se llamaba, sabía alguna cosa del cargamento del barco. Por eso intentaron romper el lecho de lava con un terremoto controlado.

—Pues les está bien empleado —terció Dirk—, porque el tesoro o lo que fuera ni siquiera estaba en el barco. Si el dibujo es correcto, el cargamento fue llevado a tierra y acabó destruido por los ríos de lava.

—¿De verdad fue destruido? —preguntó Pitt con una sonrisa.

—¿De qué modo podría haber sobrevivido a los ríos de lava? —preguntó Summer.

Cogió la lupa y examinó la última escena. Sus cejas se arquearon levemente cuando estudió las cajas rodeadas de negra piedra. La imagen no mostraba llamas cerca de las cajas.

—En el dibujo no aparecen quemándose. ¿De verdad crees que sobrevivieron?

—Yo diría que vale la pena echar un vistazo. Démonos un chapuzón y salgamos de dudas.

—Pero lo normal sería que hubieran quedado enterradas bajo la lava —protestó Pitt.

—Ten un poco de fe en tu viejo —contestó Pitt con una sonrisa antes de salir del puente.

Llenos de escepticismo, Summer y Dirk siguieron a su padre hasta la zona de popa del barco y prepararon tres equipos de buceo. Luego, subieron a bordo de una Zodiac que Dahlgren arrió en el agua.

—Tengo una botella de tequila para el primero que encuentre un jarrón Ming —bromeó mientras empujaba la embarcación para alejarla del barco.

—No olvides el limón y la sal —bromeó Summer.

Pitt guió la Zodiac hacia la costa; entró por un lado de la ensenada y apagó el motor antes de la línea de rompientes. Dirk dejó caer el ancla, y los tres se pusieron el equipo de buceo.

—Bucearemos paralelos a la costa tan cerca de la línea de rompientes como podamos —ordenó Pitt—. Tened cuidado con las rompientes.

—¿Y qué estamos buscando exactamente? —preguntó Dirk.

—Una escalera al paraíso —contestó crípticamente Pitt con una sonrisa antes de ponerse las gafas de buceo. Acto seguido se sentó en la borda de la embarcación, se dejó caer hacia atrás y desapareció bajo las olas.

Dirk y Summer se ajustaron rápidamente el equipo y lo siguieron sin pérdida de tiempo.

Se reunieron en el fondo, a menos de cinco metros de profundidad, en un agua oscura y turbia. Las olas rompientes llenaban el mar de espuma y sedimentos; la visibilidad se reducía a un metro escaso. Summer vio que su padre le hacía un gesto afirmativo y se metía de cabeza en la oscuridad. Lo siguió sin vacilar sabiendo que Dirk cerraría la marcha.

La superficie del fondo era un irregular lecho de lava que se elevaba bruscamente hacia su izquierda. Incluso bajo el agua, Summer se sintió empujada con fuerza por las olas que llegaban y tuvo que patear vigorosamente con las aletas para evitar ser lanzada contra el muro de lava que se alzaba cerca de ella.

Siguió el rastro de las aletas y burbujas de su padre durante veinte minutos antes de que él desapareciera en las oscuras aguas. Calculó que se hallarían, más o menos, a medio camino de la orilla de la ensenada y decidió que seguiría nadando unos minutos más antes de emerger para comprobar dónde se hallaba.

Mientras seguía la línea de rompiente, sintió que una ola la arrastraba de repente contra un muro de lava. Cuando se giró para apartarse, una segunda ola más poderosa la sorprendió y la empujó contra la orilla. La ola pudo con ella fácilmente y la lanzó de espaldas contra la pared de lava, haciendo que su botella de oxígeno chirriase al arañar la piedra volcánica.

A pesar de no haberse hecho daño con el golpe, permaneció pegada a la roca por la fuerza de la ola hasta que ésta se retiró. Tras empezar a moverse reparó en una oscura mancha en la lava, sobre su cabeza. Se acercó y se encontró asomándose a un negro túnel que ascendía en ángulo hacia la orilla. Por culpa de las turbias aguas no

podía decir si era una simple oquedad en las rocas u otra cosa, de manera que sacó la linterna y lo iluminó. El haz de luz se perdió sin reflejarse en ninguna pared.

Estaba claro que el túnel se prolongaba un buen trecho; el corazón le dio un vuelco cuando comprendió que eso era exactamente lo que su padre andaba buscando. Se agarró a la abertura mientras pasaba otra ola; luego, se llevó la mano a la espalda y golpeó la botella de aire con la linterna. Un metálico martilleo resonó en el agua.

Dirk apareció casi en el acto y miró a Summer con expresión interrogadora. Cuando ella le mostró la boca del túnel, sus ojos se abrieron como platos. Unos minutos más tarde, su padre llegó nadando y, al ver la abertura, le dio una cariñosa palmada. Pitt encendió su propia linterna y se adentró por el túnel seguido por sus hijos.

De inmediato reconoció que se trataba de un tubo de lava. Sus cilíndricas paredes estaban perfectamente formadas y eran redondas y suaves como si fueran obra de una moderna máquina. Sin embargo, era el resultado de un río de lava que se había enfriado en la superficie creando un caparazón exterior. La lava había seguido fluyendo bajo ese caparazón hasta agotarse y dejar un recorrido hueco. Sabía que se habían encontrado túneles de lava de una anchura de hasta veinte metros y de varios kilómetros de largo; el de Summer era relativamente pequeño y solo tenía un par de metros de diámetro.

Pitt siguió por el túnel unos diez metros; notó que ascendía gradualmente. De repente, el tubo se abrió, y Pitt vio reflejada la luz de la linterna justo antes de salir a la superficie en una tranquila piscina subterránea. Iluminó a su alrededor con la linterna y vio que las paredes de lava caían verticalmente por todos lados salvo por uno, donde se abría una amplia playa de guijarros. Pitt nadó lentamente hacia ella mientras las linternas submarinas de Summer y Dirk rasgaban la superficie. Nadaron todos hasta la playa y allí se desprendieron de los reguladores.

—¡Es increíble! —exclamó Summer—. ¡Una cueva subterránea conectada por un túnel de lava! La verdad es que no le iría mal un poco de ventilación.

El aire de la cueva estaba enrarecido, y Summer pensó en seguir respirando con su regulador.

—Seguramente en otro tiempo fue una cueva mucho más profunda, pero quedó sellada por los ríos de lava que se precipitaron por la ladera —dijo Pitt—. Ha sido una suerte que ese túnel de lava se formara donde lo ha hecho.

Pitt se quitó la botella y los plomos y alumbró con la linterna. Algo entre las rocas captó su atención.

—¡Summer! ¡Detrás de ti!

La joven se volvió y dio un respingo al ver al hombre que se hallaba de pie cerca de ella, pero contuvo el grito al ver que no era real.

—¿Un guerrero de terracota? —preguntó Dirk.

Summer alumbró con su linterna y vio otra figura cerca. Eran ambas de tamaño natural, con los uniformes pintados y las espadas esculpidas. Summer se acercó lentamente y contempló el artístico trabajo. Eran figuras de soldados que llevaban el pelo en trenzas, tenían finos mostachos y ojos almendrados.

—¿Son los guerreros de barro de Xian del emperador Qin o serán quizá una reproducción del siglo XIII? —se preguntó Pitt.

Summer miró a su padre con expresión de perplejidad.

—¿Del siglo XIII? ¿Y qué hacen aquí?

Pitt se acercó a las dos figuras y vio que un estrecho sendero se adentraba en la roca.

—Creo que ellos nos guiarán hasta la respuesta —dijo enfilando por el camino mientras Summer y Dirk lo seguían. El pasadizo los condujo por entre muros de piedra y, de repente, desembocó en una espaciosa cueva.

Pitt se quedó allí, en la entrada, con sus dos hijos, iluminando el recinto totalmente asombrado. La enorme cavidad estaba llena de un ejército de figuras de barro que se alineaban contra las paredes. Todas llevaban al cuello una pesada cadena de oro o un amuleto tachonado con piedras preciosas. Situado dentro del círculo de guerreros había otro formado por esculturas de animales. Algunas estaban hechas de piedra o jade, mientras que otras resplandecían de oro. Unos ciervos miraban fijamente a un par de grandes halcones, y unas yeguas encabritadas destacaban en el centro.

Repartidos entre las figuras se veían docenas de pequeños arcones de madera lacada y mesas de madera cubiertas de polvo. Sobre una gran mesa de teca, Summer vio dispuesto todo un servicio de comer que brillaba a la luz de su linterna. Los platos, los cubiertos y los cubiletes que había encima de un mantel de seda eran todos de oro macizo. Junto a la mesa había un conjunto de adornos de plata y oro, algunos trabajados con letras árabes e inscripciones chinas. En otras mesas había espejos, cajas y objetos artísticos que destellaban con piedras preciosas. Summer se acercó a un armario decorado con escenas de batalla pintadas con vivos colores y abrió uno de sus cajones. El interior estaba lleno de bandejas forradas de seda que contenían ámbar, zafiros y rubíes.

Pero ni las esculturas ni las joyas interesaban a Pitt, que miraba fijamente más allá de todos ellos, hacia el centro de la cueva. Allí, una larga caja de madera descansaba sobre una elevada plataforma de piedra. Estaba pintada de un intenso color amarillo, y todos sus lados estaban ricamente trabajados. Pitt se acercó e iluminó la tapa con su linterna. La talla de una pantera mostrando los dientes y las zarpas parecía a punto de saltar sobre él. Recorrió la tapa con la linterna y sonrió al ver la otra imagen: la figura de un lobo, perfilada en azul, blasonaba la superficie.

—¡Os presento al difunto emperador del imperio Yuan! ¡Kublai Khan!

—¿Kublai Khan? —exclamó Summer, perpleja—. ¡No puede ser!

—Yo pensaba que estaba enterrado junto a Gengis Khan —comentó Dirk.

—Eso dice la leyenda popular. Pero el relato no encajaba. Borjin había logrado localizar la tumba de Gengis con la ayuda del invento del profesor Von Wachter, pero no había logrado dar con la de Kublai, a pesar de que se suponía que habían sido enterrados en la misma zona. Entonces tu doctor Tong aparece aquí y aplaza su misión de destruir el oleoducto de Alaska, ¿por qué? ¿Porque se interesa por un simple barco hundido? Estaba claro que había algo más importante, algo que solo los Borjin estaban en condiciones de apreciar. Supongo que encontraron la tumba de Kublai en Mongolia, pero estaba vacía o hallaron alguna pista que les decía que Kublai había sido enterrado en otra parte.

—Aun así, sigo sin entender cómo todo esto nos conduce hasta aquí —admitió Summer.

—La historia está en la piel de leopardo. Fue descubierta en Shangtu, de manera que estaba vinculada con Kublai. Se sabe que el emperador tenía leopardos amaestrados que solía utilizar en sus cacerías, de modo que incluso es posible que esa piel perteneciera a una de sus mascotas. Lo importante es que esa piel fue desenterrada junto con un mapa de seda que supuestamente mostraba la ubicación de la tumba de Gengis Khan. Borjin padre se hizo con el mapa; el propio Tolgoi reconoció que el mapa había ayudado a localizar el sepulcro. Por alguna razón, la importancia de la piel de leopardo les pasó por alto cuando la hallaron. Lo que me dio la pista fue la figura del lobo azul.

—¿Un lobo azul? —preguntó Summer.

—Un emblema —repuso Pitt señalando la imagen tallada en la tapa del féretro—. Era la enseña imperial de los Khanes, y se remonta al propio Gengis. Si echas un atento vistazo a la piel de leopardo verás que la bandera que ondea en el mástil del navío ardiendo tiene el mismo símbolo del lobo. Es una enseña que solo ondeaba en presencia del emperador. Tu pecio, que encajaba con la ilustración del navío real que partió de China, está fechado cincuenta años después de la muerte de Gengis; por lo tanto, demasiado tarde para que él hubiera salido de crucero. No. Las fechas concuerdan con la época de gobierno de Kublai y con su muerte. El gran secreto de la piel de leopardo es que ilustra y muestra el último viaje de Kublai Khan.

—Pero ¿por qué lo trajeron a Hawai? —preguntó Summer recorriendo el ataúd con su linterna. Sostuvo el haz de luz un momento contra un torcido bastón de madera que se apoyaba en el pedestal, y se fijó en el colgante hecho de dientes de tiburón que pendía de su gastado mango.

—Sus últimos años fueron difíciles. Quizá ese «viaje al paraíso» no fuera más que un plan para pasar el resto de la eternidad en una costa lejana.

—Pero, papá, ¿cómo sabías que su ataúd había sobrevivido a la erupción volcánica y que podríamos encontrarlo? —preguntó Dirk.

—Fuera quien fuese el que pintó la piel de leopardo, era alguien que había visto el sepulcro y los tesoros y que sabía que habían sobrevivido a los ríos de lava. De no haber sido así, habría dibujado las cajas quemándose también. En cuanto a la entrada de la cueva, me la jugué. El nivel del mar es ahora más alto de lo que era hace ochocientos años. Por lo tanto, supuse que la entrada podía estar bajo el agua.

—Los tesoros que hay aquí son las riquezas acumuladas durante toda una vida de conquistas —dijo Dirk, impresionado por la ingente cantidad que lo rodeaba—. Puede que parte de ellos fueran amasados también durante el reinado de Gengis Khan. Todo esto debe de valer una fortuna incalculable.

—Al pueblo de Mongolia le hurtaron el tesoro de Gengis Khan. Lo correcto sería que el de Kublai fuera a parar a sus manos. Estoy seguro de que encontrarán un lugar más adecuado en Burjan Jaldún para que Kublai Khan descanse para toda la eternidad.

La maravilla del hallazgo de aquella ignorada tumba pesaba en el ánimo de sus descubridores, y los tres se encontraron hablando en respetuosa voz baja mientras caminaban entre tantos tesoros. Iluminada únicamente por los haces de las linternas, en la oscura cámara se respiraba un aire de misterio medieval. Mientras las luces arrancaban destellos de oro por doquier, Pitt se acordó del verdadero Xanadú y del cautivador poema de Samuel Coleridge.

—«La sombra de la bóveda del placer flotaba en medio de las olas» —recitó—, «donde se escuchaba el compás combinado de la fuente y las cuevas».

Summer se acercó a su padre y le cogió la mano.

—Mamá siempre nos decía que eras un romántico incurable —le dijo, sonriendo.

Viendo que se les agotaban las baterías, Pitt y Summer abandonaron la cueva y Dirk se les unió mientras los tres le echaban un último vistazo.

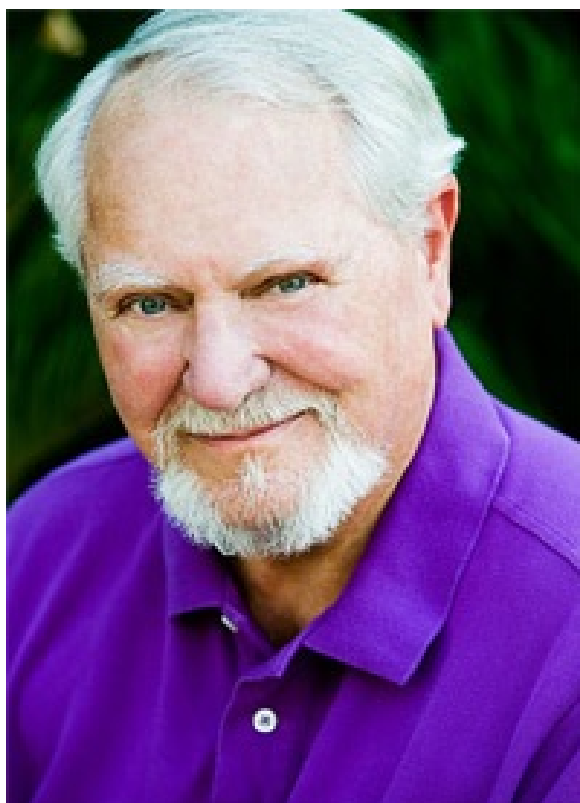
—Primero salvas la tumba de Gengis Khan y ahora descubres la de Kublai Khan y los tesoros de su imperio —comentó, impresionado—. Es algo digno de hacer historia.

Summer asintió, plenamente de acuerdo.

—Sí, papá. A veces eres simplemente extraordinario.

Pitt rodeó a sus dos hijos y se fundió con ellos en un afectuoso abrazo.

—No —contestó con una amplia sonrisa—. A veces, lo que tengo es suerte.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la

que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «Royal Geographic Society» de Londres, y la «American Society of Oceanographers». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

Notas

[1] Se denominan «secas», que viene del francés «seiches» porque, cuando ocurren en lagos grandes y alargados, una de las orillas se queda seca, mientras que la contraria se inunda. Evidentemente el proceso se repite hasta que se acaba la energía introducida en el sistema. (Fuente: Asociación Ibérica de Limnología). (N. del T.) <<

[2] Whisky destilado clandestinamente «a la luz de la luna». (N. del T.) <<

[3] Cadena de restaurantes llamada International House of Pancakes. (N. del T.) <<

[4] Nombre de un personaje de dibujos animados que representa a un espía de Europa del Este en El show de Rocky y Bullwinkle. (N. del T.) <<

[5] Very Large Crude Carrier («Transporte de Crudo Muy Grande»). (N. del T.) <<

[6] Nombre de la raza de los perros salchicha, y juego de palabras humorístico entre «dachshund» y «dacha». (N. del T.) <<

[7] Popular cadena estadounidense de tiendas de electrónica. (N. del T.) <<

[8] Capitán de la *Bounty*, temido por su férrea disciplina, inmortalizado en la novela *Rebelión a bordo* y en la película del mismo título. (N. del T.) <<